
THE LIBRARY OF CONGRESS
1800





J. Cebrian lit.º
Lit. A. Foruny, Madrid.

JAIME ALFONSO,

EL BARBUDO,

NOVELA HISTÓRICA

POR

DON FLORENCIO LUIS PARREÑO.



MADRID:

OFICINA TIPOGRÁFICA DEL HOSPICIO.

1873.

Esta novela histórica ha sido
aprobada por la censura.

CAPITULO PRIMERO.

La comarca.—Jaime Alfonso.—El diablo enmascarado.—Provocacion, muerte y huida.—Remordimiento.—La cueva misteriosa.—El espectro.—Primer robo de Jaime.

Dan principio las escenas de nuestra novela histórica en un país privilegiado por la naturaleza. Al Sur del paraje en que vamos á detenernos se presenta bella, lozana y caprichosa la extensa y poblada vega que nace con el rio Segura y muere con él, atravesando parte de los reinos de Murcia y Valencia. Al Oeste y Norte se ven elevadas montañas, cubiertas unas de admirable vegetacion y llenas otras de inmensas cuevas, patentizando la existencia en lo antiguo de sus volcanes y las continuas sacudidas que abrieron desde las macizas entrañas hasta su dura superficie. Y al Este se distingue el Mediterráneo, sereno y apacible unas veces, en tanto que otras ruge espumeante y altivo formando montes de olas, que vienen á estrellarse en la roca ó á besar con hirvientes bramidos la arenosa playa.

Son las cinco de la mañana. En este instante sale la aurora por entre las ondas del mar; brilla el agua, los árboles presentan, cual diamantes, las gotas de rocío de que fueron

inundados durante la noche, y los pajarillos se estremecen, mueven sus alas y saludan á la bella precursora del rey de los astros. Poco á poco, y como abriéndose paso sin dificultad, aparece la majestuosa faz del sol, cubierta en parte por el inmenso piélago que abandona pronto, para elevarse y dominar los mares y las tierras. Su manto de oro tornasola el agua, presta brillo y colores á la campiña; y las aves, fuera ya de sus nidos, le saludan con cánticos, arrullos y gorjeos. La naturaleza sonríe al sentir los rayos del primero y más grandioso agente que la vivifica.

Al silencio, quietud, oscuridad, tristeza y cuadro sombrío de la noche, reemplazaron las voces, el movimiento, la luz, el placer, la vida. ¡Oh! en la noche debiéramos ver el símbolo del océano de sordas intrigas, simuladas falacias, disfrazados manejos en que se agita y corre á ciegas la existencia del hombre; en el radiante y hermoso dia, con sus dilatados mares, sublime sol, apartados continentes, bosques sin fin, valles amenos y fértiles campiñas, un ligero y mal trazado bosquejo del *más allá* que anhelan los ménos y temen los más. En lo ruin, finito, miserable y vano, al hombre; en lo grande, perfecto, infinito y sorprendente, á su Criador.

Detengámonos en Catral. Este pueblo se halla situado en la vega que, á excepcion de ligeras interrupciones, nace, sigue y muere con el Segura, segun dijimos ántes; dista de Orihuela dos leguas, seis de Murcia, dos de Crevillente, tres de Elche y siete de Alicante. La huerta de Catral se encuentra poblada, como el resto de la vega, de que hemos hecho mencion, de barracas donde habitan los colonos encargados del cultivo de aquella. Termina la referida huerta en su parte Norte, con un viñedo extenso y poblado. En el ángulo que forma el Sur hay una barraca pequeña, cuya puerta de morera se halla entreabierta.

Al asomar el sol en Oriente se acaba de abrir la puerta y sale de tan mísero albergue un hombre, notable por muchos conceptos. Tiene estatura regular, no es grueso, pero sorprenden su anchura de hombros y su musculatura rígida y nervuda.

Es moreno, el pelo y barba compiten con el azabache, y su fisonomía, sin presentar imperfecciones, tiene algo de fiero y terrible. Sus ojos son tambien negros, la mirada fija y penetrante, largas las pestañas, arqueadas las cejas, y en ocasiones dadas demuestran aquellos la ardiente vehemencia de las pasiones que agitan y conmueven el corazon de este hombre extraordinario. En su estado normal reflexiona bien, decide con fria razon y obra luégo con energía. Tiene talento, pero le falta educacion; estudió poco, desconoce mucho, y su fecunda y vigorosa imaginacion se pierde de continuo en el inmenso y lóbrego espacio de su ignorancia. Por esta causa se presenta con más corazon que cerebro, con más pasiones que virtudes, con más valor que talento. Con envidiables dotes, se acercará al heroismo para caer de pronto en el crímen, impelido por pasiones que no pudo dominar y por torpezas que no supo destruir.

Nos referimos á Jaime Alfonso, guarda de la viña, habitante de la pequeña barraca, y el que sólo cuenta ahora veinticinco años de edad próximamente, pues estamos en primero de Setiembre de 1808 y nació el dia 27 de Octubre de 1783.

Al abandonar su choza, se santigua, mira al cielo, corriendo luégo su vista cõn desden por el largo cuadrilátero que forma la hacienda encargada á su custodia.

Viste calzon corto y chaleco de pana negros, cubre las piernas con calcetas, y lleva alpargatas de cáñamo con cintas azules. Esconde el pecho y brazos en grosera camisa de hilo, y ciñe su cintura una canana bordada de seda, provista de doce cartuchos. Cerca tiene la escopeta de chispa, con la cual ensaya de continuo su certera puntería.

Cási todo lo que rodea á Jaime es árabe ó semiárabe. Los árabes fundaron la vega, construyeron las barracas, fertilizaron el suelo con cientos de canales ó acequias, que aún permanecen en el mismo estado; y los árabes al partir dejaron muchos hijos, bastante sangre mahometana un dia y luégo cristiana, algo de sus trajes, sus cánticos, costumbres, posturas, aficion á lo maravilloso, superstICION, y el país, en gene-

ral, que tiene de africano hasta los movibles montes de arena que se ven entre santa Pola y Guardamar, á imitacion de los que existen en el desierto de Sahara.

Por eso indudablemente hay en el rostro de Jaime tanta expresion, y por eso es, no obstante su valor, serenidad y audacia, algo supersticioso, fanático y aficionado á la maravilla.

Hecho su primer reconocimiento, segun dijimos ántes, quedó parado al pié de la barraca, triste y meditabundo. De pronto exclamó:

—Estoy condenado por la suerte á vivir solo, sin trato apénas ni roce. No me avengo á permanecer así mucho tiempo más; en cuanto empecé á andar me echó mi padre al monte con su ganado, y desde entónces fueron mis compañeros dos mastines, cincuenta ovejas y algun lobo, que de vez en cuando intentaba saludarme llevándose una res. Mal oficio era el de pastor, y ya me voy cansando tambien del de guarda.

Y comenzó á pasear con la cabeza inclinada y la frente contraida. Así permaneció media hora, en cuyo instante vino á distraerle una voz que le era muy conocida.

—*Chavó* (1),—le dijo,— aguanta un poco y afila el *churi* (2), que pronto llegará el *dachmanú* (3).

Jaime se detuvo, quedando frente á un hombre bajo de estatura, membrudo, mal encarado, peor vestido y con todas las trazas de un desertor de presidio. Representaba el recien venido más de cuarenta años de edad, y lo mismo su fisonomía que su modo de decir, revelaban en él maldad y cuanto de asqueroso y ruin presenta ese tipo grosero del hombre que vivió muchos años entre el crímen, los vicios y el desenfreno. Su lenguaje era una mezcla de castellano con el *caló* que se habla en las cárceles y entre los confinados de Africa. Se llamaba Francisco Lobon, y se habia propuesto precipitar á Jaime, enmascarado con la torpe careta de una amistad que no le profesó nunca. Dió durante su vida más de una puñalada, aspi-

(1) Muchacho.
(2) Cuchillo.
(3) Adversario ó enemigo.

raba á la gloria de ser el primer maton de Catral, Jaime lo habia vencido públicamente, y no se avenia á continuar sufriendo una humillacion y preponderancia que le quitaban el sueño.

Al oirle nuestro guarda, quedó parado frente á él, contestándole:

—Paco, si prosigues haciendo uso de esa *jerga*, te vuelvo la espalda.

—¡*Jerga* llamas al lenguaje de los valientes! Jaime, eres un *chavó* templao, pero te falta mundo.

—Marcha de aquí ó háblame de otro modo. Yo no sé lo que es *chavó*.

—¡*Chachipé!* No te enfaes por tan poca cosa; somos dos buenos amigos, y haré lo que tú quieras, con tal que no pongas esa cara de tigre.

—¿Qué hay, Lobon?

—Jaime, tú naciste en Crevillente, te criaste en el monte y eres lo mejor que ha salío de aquella tierra; pero en Catral hay tambien hombres de pelo en pecho, uno de ellos es capaz de *pintarte* un *jabeque*...

—¿Qué quieres decir?

—No te *ajunques*, hombre; desea darte una puñalá...

—Que venga cuando quiera. ¿Para eso madrugaste tanto?

—No; ya está en pié la tia *Joroba*, y si me acompañas tomaremos juntos el *peñascaró*.

—¡Dale!

—El aguardiente.

—Gracias, Paco, no me gusta.

—¡Cuando digo yo que te falta mucho para ser un hombre completo! Tú no quieres vino, ni bebes aguardiente, ni juegas; hablas poco... Jaime, yo quiero ser tu maestro.

—Lo que tú sabes no debo yo aprenderlo, Lobon.

—Mal hecho; seis años estuve en Ceuta, y lo que allí me enseñaron...

—Me lo figuro.

—¿Tomamos el aguardiente, ó no?

—Te he dicho y repito que no me gusta.

—Bueno; hablemos del *Zurdo*. Tú, Jaime, andas pregonando que de esta viña sólo comen uvas el amo y tú; y no es cierto.

—El que quiera probarlas que las toque sin mi permiso, y habrá hecho su suerte.

—¡Que las toque! Pues las han comío y se han burlao de tí.

—¿Quién?

—El *Zurdo*, y lo presenciaron dos amigos suyos.

—¿Cuándo?

—Ayer tarde.

—Miéntras yo estuve en Crevillente; lo creo. ¿Por qué esperó á que me marchase?

—No sabía que estabas fuera.

—Miente.

—Eso le dije yo, pero él asegura lo contrario, y porfia que esta mañana vendrá sólo y te comerá las que quiera.

—Lo dudo.

—Es muy hombre, Jaime. Anoche decia á toos los mozos del pueblo, que tú no bebes, ni fumas, ni tienes naa de eso que constituye á los valientes. Yo te defendí, y él sostuvo que necesita dos como tú para almorzar.

—¡Paco, que me irritas la sangre, siento coraje, y si veo á ese hombre!...

—Vendrá hoy; ya no debe tardar. Pues hubo en el pueblo quien estaba de su parte.

—Tú, y probablemente *Sabandija*. Sois deslenguados, traidores y cobardes. Con vosotros dos y el *Zurdo*, tenía Ceuta tres buenos servidores.

—¿Eso me dices? Bien pagas la defensa que te hice.

—Te conozco, Lobon, y sé de lo que eres capaz.

—Tú no fuiste nunca mi amigo, Jaime; pero yo lo soy tuyo, y el tiempo te convencerá de que no miento. En Catral son más de tres y más de seis los que dudan de tu valor; al fin eres de Crevillente, y ninguno te quiere. ¡Cómo aplaudian al *Zurdo* cuando hablaba de tí! Se reian de la *mojá* que me

diñaste, y todos decian que estaba yo borracho y que fué á traicion.

—Tú sabes que eso es mentira.

—Ya lo dije; pero se burlaron de mí y añadió el *Zurdo:*— «Mañana temprano tendré á Jaime como el ángel al diablo.»

—¡A mí! ¡Si llegase á venir, juro!.. Pero no se atreverá, estoy cierto.

—«No tiene alma ni sabe manejar el *churi*,—decia;—es un borrego que lo he de trasquilar mañana con esta sola hoja.» Yo no pude aguantarlo más; aposté un duro á que no venía, y me fuí á mi casa.

—Hiciste bien, Paco; si se acerca por aquí, ya verás lo que sucede.

—Por si acaso, madrugué hoy tanto, y aquí me tienes para presenciar lo que pase y dejar tu nombre bien puesto. Si lo ves y os enreais, dale en el corazon, que es muy malo, y como él puea despacharte, lo hará. ¿No distingues un bulto entre aquellas barracas? ¡Míralo; es él! ¡Cuando yo te ije que vendria!.. Jaime, mano á la escopeta, que ese te come las uvas y si lo ejas hasta el alma. No quearán muy léjos sus amigos. *Arrimándole* una *buena mojá*, cierras el *pico* á toos los *engibaores* de Catral. Trae la chaqueta al hombro, el cuchillo guardao y la risa en la boca. Ya llegó á tu viña. Jaime, sereniá, aplomo, y que no digan los *mirlos* que para un Alfonso sobra con el *Zurdo*.

Calló Francisco, fijándose en Jaime, que, inmóvil y con los brazos cruzados, miraba á su antagonista. Aparecia sereno, pero su semblante empezaba á contraerse y á enrojecer sus pupilas.

La presencia del *Zurdo* en aquel sitio era hija únicamente de intriga llevada á cabo por Lobon. Este malvado habia hecho con aquel lo mismo que con Jaime; fingió ideas y palabras que á ninguno de ellos se le ocurrieron, y como no eran cobardes, le fué fácil enardecer la sangre de ámbos. La rivalidad que existia entre los mozos de Catral y Crevillente, y el valor y serenidad de Jaime, contribuyeron poderosamente á la rea-

lizacion del pensamiento criminal de Francisco. Todos sus amigos le ayudaron el dia anterior, no cesando hasta que el *Zurdo* se decidió á ir á la viña y coger unas uvas, que nádie habia osado tocar desde que Alfonso las guardaba.

Frente á frente el *Zurdo* y Jaime, se detuvo el primero, y sacando un cuchillo y pan, partió un trozo del último, diciendo á los otros:

—Buenos dias, señores; aquí hay *manró*, como dice el Curro, para vosotros y para mí. Vamos, Jaime, coge ese pedazo y comamos.

—Gracias,—le contestó Alfonso con indiferencia.—Yo no almuerzo hasta las siete, y me gusta comer lo que he ganado y es mio.

—Pues á mí no, y lo mismo lo doy que lo tomo. Supongo que esta uva no ha nacido para que se pudra en la cepa.

—*Zurdo*, tienen amo, y sin su permiso nádie las cogerá miéntras yo las guarde.

—Jaime, ántes de venir tú aquí, los mozos de Catral probábamos el fruto de estas viñas; eres de Crevillente, nos vamos cansando de que un extraño imponga su voluntad á todo un pueblo.

—Mientes; yo me contraigo á cumplir con mi deber, y á nadie impongo nada.

—Pues vamos, yo he jurado á nombre de los de Catral comer hoy pan y uvas á tu presencia, y si quieres evitar una desgracia no debes oponerte.

—¿Traes permiso del dueño de la hacienda?

—Nunca lo hemos necesitado, y por esa razon no lo he pedido.

—Pues entónces no las comerás.

—Jaime, tengamos la fiesta en paz, porque has de saber que las cojo, quieras tú ó no.

—¡*Zurdo*, que empieza á arder mi sangre, y soy capaz!..

—¿De qué?

—De nada; estás en terreno mio y te echo de aquí. Marcha, que nada perderás.

—¿Es decir, que ahora ni un palmo de terreno me concedes para estar de pié? ¡Já já, já! ¡Estos de Crevillente son feroces!

—Vamos,—dijo Lobon interponiéndose entre ámbos con hipocresía,—daos las manos de amigos y acabe la riña, pues ya sabemos toos que los dos sois valientes.

Sin hacer caso el *Zurdo* de las estudiadas frases de Francisco, prosiguió dirigiéndose á Jaime:

—Te hemos admitido entre nosotros sin que nádie se oponga, y por cierto que lo agradeces bien; pero yo te bajaré los humos, ya que el Curro no supo hacerlo. ¡Já, já, já! no me asusta tu modo de mirar, Jaime; tienes los ojos encarnados, y eso te pronostica mal. Pues, señor, el pan solo, ahoga; voy á humedecerlo.

Y se inclinó, cortando instantáneamente un gran racimo de uvas.

Jaime separó á Francisco, y dando un puntapié fuerte al *Zurdo*, lo derribó, chocando su rostro con la cepa ante la cual se habia inclinado. Su nariz empezó á verter sangre; los ojos á despedir fuego. Se puso en pié de pronto, llevándose un grano de uva á la boca. Luego arrojó el pan y el racimo, y cogiendo con la mano izquierda el cuchillo y con la derecha la chaqueta, se volvió á Jaime, diciendo:

—¡Ya las he comido, y ahora me falta beber, mastin de Crevillente!

—Buen provecho,—le contestó Jaime, sereno, pero inyectados sus ojos de sangre.—En vez de agua te daré otra mordedura, cordero de Catral.

—¡Cordero! ¡Tigre que te va á devorar, infame!

—No vengas de costado y con la chaqueta por escudo; de frente y como yo te espero.

Y Alfonso sacó una navaja corta del bolsillo de sus calzones, la abrió, aguardando impávido la acometida de su contrario.

El *Zurdo* estaba ciego; el golpe que llevó y la sangre que vertia su nariz acabaron de descomponer su ya perturbado

cerebro: fuera de sí, y anhelando matar ó morir, se echó sobre Jaime con satánico furor.

Lobon, creyendo que estaba demás y empezando á temer las consecuencias de un lance que habia provocado con siniestra intencion y estudiadas frases, desapareció de allí, entrando en la taberna ó ventorrillo de la *Jorobada*.

Solo Jaime con el *Zurdo*, esquivó, saltando á la izquierda, la primera acometida de su contrario; revolviéndose como un leon, le cogió por el costado, le volvió á tumbar en tierra, dándole un nuevo golpe en la espalda con la punta del pié.

Más ciego y despechado que nunca el *Zurdo*, se rehizo, arrojando con oportunidad su chaqueta sobre el rostro de Alfonso. Este, conociendo la intencion, dió otro salto; pero ya el *Zurdo* estaba sobre él, y el cuchillo enemigo le hirió, aunque ligeramente, en su brazo izquierdo. Jaime se estremeció como la fiera del desierto, y se oyeron á la vez una voz parecida al rugido y un golpe.

Alfonso acababa de atravesar el corazon del *Zurdo*. La víctima cayó exánime, sin pronunciar una sola frase. Al rodar por el suelo llevaba el arma fatal clavada hasta las cachas. Se contrajo su rostro, las pupilas desaparecieron, presentando sus ojos dos semicírculos blancos.

Poco á poco fué palideciendo, la carne adquirió fria y marmórea rigidez, y el suelo se cubrió de rojiza sangre.

Jaime lo vió caer, echándose atrás con ojos espantados.

—¡Le he muerto!—dijo trémulo y agitado.—Por un rasguño en el brazo izquierdo, que nada vale, le he deshecho el corazon! ¡Pero si se volviera á levantar, le mataria cien veces! ¡Vino á provocarme, robóme las uvas y!.. ¿Qué gente es aquella? ¡Cuatro amigos del *Zurdo* con escopetas! ¡Que vengan!

Y cogió la suya, dispuesto á esperarles.

—¡Qué miro!—añadio.—¡Salen del ventorrillo otros dos y se dirigen al pueblo; van á dar parte á la justicia, y con esa no puedo yo. ¡Maldicion! ¡Si me cogen me ahorcan! Eso no; el verdugo me aterra. ¡Al monte! ¡Al monte!

Entró en la barraca, y cogiendo su sombrero y manta corrió hácia la sierra, exclamando:

—¡Ay de mi pobre mujer! ¡Ay de mi hijo!

Y los cóncavos repitieron los ecos de aquellas exclamaciones exhaladas por el corazon de Jaime.

Pronto desapareció, perdiéndose primero entre los árboles y luégo en lo más agreste de las breñas.

Sepamos ahora lo que habia motivado la persecucion de que era objeto Jaime Alfonso.

Ya hemos dicho que Francisco Lobon escapó, dirigiéndose al ventorrillo de la *Jorobada;* allí estaban cuatro escopeteros de Catral y vários otros amigos del *Zurdo;* eran entre todos nueve mozos, que, sabedores del lance que tenía lugar en aquellos instantes, esperaban el momento de proteger la retirada del *Zurdo*, si triunfaba, ó de perseguir y perder á Alfonso, si su paisano y compañero sucumbia. Desde el ventorrillo se dominaba el sitio de la pelea, la distancia era corta, y los nueve miraban con avidez el resultado de tan sangrienta escena.

En tal estado oyeron el rugido de Jaime, y un segundo despues todos exclamaron:

—¡Lo ha muerto!

—Sí,—añadió Lobon, que llegaba en aquel instante.—Muerto no, lo ha asesinao; ¿lo oís? ¡Lo ha asesinao!

—Eso es; lo ha asesinado. ¡Pobre *Zurdo!*

—¡Escopeteros, á él,—gritó Francisco,—y vosotros dad parte al alcalde!

—¿Y tú?

—Yo naa he visto; voy á esconder el *churí* del *Zurdo*... ¿comprendeis? y luégo nos veremos.

—¡A Catral!

Los cuatro escopeteros empezaron su persecucion contra Jaime. Dos de los otros partieron á Catral, siguiéndoles luégo los tres restantes.

Lobon se dirigió apresuradamente á la barraca donde yacian los inanimados restos del *Zurdo*, y sin asombro, sorpresa, pavor ni abatimiento, reconoció el cadáver de su amigo,

muerto por culpa suya, sacó la navaja de Jaime, metió en su lugar el cuchillo de la víctima, y enterró aquella de modo que no pudieran encontrarla jamás. Luégo se acercó á una acequia, en la que se lavó las manos, manchadas con sangre del *Zurdo.*

Sin perder tiempo dirigióse al pueblo, entra en casa del alcalde y se confunde con los cinco delatores y demás personas que habian acudido á la noticia del asesinato denunciado.

La autoridad, seguida de un escribano, dos alguaciles, testigos y curiosos, llega al pié de la barraca, reconoce sitio y cadáver, hallando sólo al muerto y un cuchillo clavado en el pecho de aquel.

—¡Lo han asesinado!—exclamó.

—Lo mató Jaime traidoramente,—gritó con oportunidad Lobon.

—¡Infeliz!

—¡Muera el asesino, el de Crevillente!—repitieron en coro los demás.

Y comenzaron las indagaciones, diligencias é instruccion del expediente entre la atmósfera creada por Francisco; atmósfera de calumnia, mentira y soborno; atmósfera que debia extraviar la opinion pública de Catral, predisponer contra la verdad al alcalde, engañar luégo á los jueces, y dar por resultado la creacion de una partida de bandoleros, la más célebre, poderosa y valiente de cuantas existieron.

No tardaron en regresar los cuatro escopeteros, diciendo al alcalde que Jaime, más conocedor que ellos del terreno, se les habia escapado, perdiéndose en el laberinto de cuevas, árboles y breñas del monte. La autoridad, animada del mejor deseo, dispuso en el acto una batida. Al efecto armó gente práctica, y bajo la direccion de un hombre valiente y entendido, les ordenó que salieran en persecucion del reo; medida que aplaudió la mayoría de los habitantes de Catral.

Rindiendo justo tributo á la verdad, debemos decir que el alcalde y cási todo el pueblo procedian de aquella manera por creer firmemente que Jaime era asesino; la indignacion general fué hija del noble deseo de justicia y de reparacion, y al pensar

de este modo no tenian en cuenta que Alfonso fuese ó no de Catral, y sí solo el crímen que se le suponia.

Sólo Lobon y media docena más que consiguió arrastrar inícua y artificiosamente el malvado, eran la verdadera causa de los graves males á que se estaba dando orígen.

Dejemos al alcalde y honrados vecinos de Catral que instruyan y cometen, y sigamos nosotros al infortunado Jaime.

Corrió el infeliz sin tregua ni descanso más de media hora que tardó en llegar á la sierra. En su rápida marcha oyó varias detonaciones, sintiendo el silbido de dos balas que cruzaron cerca de su cabeza. Ya en el monte, ganó una altura, y quedando inmóvil sobre ella, exclamó:

—Basta de correr; el que intente subir esa cuesta, morirá.

Los cuatro escopeteros llegaron á ella resueltos á continuar, pero les detuvo la arrogante voz de Jaime, que les dijo:

—¡Alto! Retiraos á Catral, ó muere el primero que avance. Ahora os toca á vosotros ir delante.

Los cuatro alzaron á la vez la cabeza, viendo á Alfonso con la escopeta á la cara. A la vez tambien recordaron su certería puntería, y exclamaron:

—¡A Catral! ¡A Catral!

Y desaparecieron como relámpagos.

Jaime los vió partir, y arrojando la escopeta y manta, se recostó sobre una piedra, añadiendo:

—¡Ay de de mi pobre mujer! ¡Ay de mi hijo!

Y ocultó el rostro en las palmas de las manos con dolor y sentimiento. Poco después alzo la cabeza, murmurando:

—¡Qué va á ser de ellos, que va á ser de mí! ¡Nos separa el crímen, la justicia, acaso la horca! ¡Maldicion! ¡En un solo instante he jugado y perdido la tranquilidad, la honra, probablemente la vida! Pero ¿qué habia yo de hacer? ¿No me robó? Sus provocaciones, ¿quién las podia sufrir con paciencia? Yo le pude matar ántes y no quise, me conformé con darle otra patada; mas léjos de reconocer mi superioridad, acobardarse y ceder, se ensoberbeció, acometiéndome de un modo que si

no ando listo... Aquí está la señal que me hizo con su cuchillo; salieron tres gotas de sangre y luégo... luégo lo maté. ¡Qué cara puso, qué mirada! ¡Ay! si pudiera volverle la vida. ¡Imposible! ¡Que Dios le haya perdonado, y á mí me perdone tambien!

Y volvió á inclinar la cabeza más abatido que nunca. En cuatro horas no dió señales de vida. Por fin se animó su semblante, y con tono reflexivo, prosiguió:

—Me presentaré al Alcalde de Catral, y siendo así que le maté en propia defensa, todo se reducirá á cuatro ó seis años de presidio. Eso es mejor que vivir separado de mi mujer é hijo el resto de la vida. Me ofusqué anteriormente; el delito aparecia ante mi vista mucho mayor. A Catral; mas primero mitigaré la sed que me devora. Cerca de aquí hay agua. ¡Oh! conozco el terreno palmo á palmo.

Y se puso en pié. En el mismo instante oyó vários tiros y el silbido de las balas que cruzaron junto á él.

—¡Qué es esto!—exclamó:—¡Todos los mozos de Catral se han armado contra mí! ¡Voto al infierno!.. ¡Estoy perdido, me acosan por todas partes, pues fuego!.. Pero no, que empeoraré mi causa. ¡Por aquí á la cima, desde ella á la cueva, ó que Dios me reciba benigno y piadoso!

Y se arrojó al precipicio un minuto ántes de que llegaran siete escopeteros de los treinta y seis que lo tenian sitiado.

Jaime recibió dos contusiones en su caida, lo cual no fué causa de que, ya en el fondo, dejase de ganar una grieta del monte, por la que penetró arrastrándose como la culebra. Desde allí escuchó el desgraciado las carreras de sus perseguidores y los gritos de:

—¡Muera el asesino!

—¡Fuego al asesino!

Al oir Jaime aquellas voces, se detuvo para exclamar:

—¡Me llaman asesino; creen que yo he muerto traidora y cobardemente al *Zurdo!* ¡Me he perdido! ¡Para el que así hiere solo hay horca y verdugo en este país! ¡Ay de mi pobre mujer, ay de mi hijo!

Los ayes del infeliz fueron repetidos por las bóvedas donde acababa de entrar; era la expresion genuina del dolor más agudo y cruel. Las voces que percibia destrozaban su corazon, causándole más daño que hubieran podido hacerle las balas ó puñales enemigos.

Dentro ya de la caverna, á oscuras y sin aliento, se dejó caer sobre la dura roca, apareciendo en sus ojos ardientes lágrimas que le abrasaban el rostro.

De este modo permaneció mucho tiempo sin oir, sin escuchar nada y como entregado á profundo letargo.

Por fin se incorporó, murmurando de nuevo:

—Me devora la sed. ¿Dónde estoy? ¿Qué ha sido de mí? ¡Ah, todo lo recuerdo! ¡De nuevo miro el patíbulo y el verdugo que se agita delante de mí, atrayéndome con rudo coraje! ¡Yo, que era ántes tan valiente, me encuentro ahora más débil que un niño! Jaime, si has de morir á la postre, que miren en ti un hombre. Basta de llanto inútil; en primer lugar debo huir de los hijos de Catral; contra cuarenta escopeteros nunca pudo uno sólo; luégo me alejaré de esta tierra, y si me obligan... ¡Qué ideas tan extrañas se agolpan á mi cabeza! En Crevillente hay hombres de valor que me seguirian al monte, y si llego á reunir diez ó doce, entónces ¡ay de los de Catral y de cuantos me persigan! Pero es indispensable comer, y no teniendo recursos... ¡Qué ideas, Señor, que ideas!.. ¿Habia yo de robar, yo, que acabo de dar muerte al *Zurdo* porque cogió sin permiso de su dueño un racimo de uvas? Pero en la sierra no puede el hombre subsistir si no... Me repugna la palabra. ¿Y qué hago? ¿Será cierto lo que un dia escuché? ¿No mentiria el que me dijo que al hombre lo precipitan los hombres, que al malvado le empuja á veces la sociedad? La desesperacion me aturde y confunde. Dejaré al tiempo que me aclare lo que ahora no comprendo. ¡Ay!

Y se puso en pié, dolorido á causa de los golpes que concluia de recibir en la caida.

Jaime conocia el terreno mucho mejor que sus perseguidores; desde muy niño lo habia recorrido y estudiado con la

calma y sosiego del pastor, y no existia cueva, árbol, breña, cima ni escondrijo que le fuera ignorado. Al frente de sus ovejas y mastines unas veces, y otras detrás, niño al principio y mozo después, anduvo por espacio de muchos años entre lo más aspero de la comarca. Los árboles de que estaba cubierto el monte en la época á que nos referimos, y la multitud de cuevas que habia do quier, le prestaban ahora seguro asilo contra los mozos de Catral. Estos, al verle, le hicieron fuego, avanzaron despues hasta llegar al borde de la sima, á la que no juzgaron posible se arrojara. Dejaron sin embargo dos hombres para que vigilaran aquel punto, continuando los demás de breña en breña, hasta tomar todas las alturas, sin que por el pronto les fuera posible ver otra cosa que rocas, árboles y precipicios. Jaime habia desaparecido como por encanto, pero debia estar por allí; era el mediodía y les quedaba el resto de la tarde para encontrarlo y muerto ó vivo llevárselo al alcalde.

En cambio, nuestro fugitivo conocia perfectamente la sima donde se arrojó, por haber descendido en varias ocasiones al fondo de ella en circunstancias ménos críticas, y sabía de antiguo que la grieta donde se refugió iba ensanchando y en forma de caverna atravesaba las entrañas del monte. De aquí la razon de haberle asustado más las voces de asesino que la horrible persecucion de que era víctima.

Hemos dicho, y así es la verdad, que, efecto sin duda de los muchos temblores de tierra con que la naturaleza castiga aquel país, se encuentran sus montes abiertos por todas partes, lo mismo en sus entrañas que en la superficie. Por eso Jaime hallaba facilidad en andar un cuarto de legua por el corazon de la montaña, recibiendo á intervalos ráfagas de luz que penetraban por las grietas y le guiaban y conducian sin peligro de estrellarse en aquel laberinto de picos, profundidades, ascensos y descensos. Le era dable atravesar el monte del modo que hemos descrito y salir por la parte opuesta, dejando á sus enemigos atrás y á muy respetable distancia. Con la manta al hombro y apoyándose en la escopeta, emprendió su pe-

nosa caminata, sufriendo todavía las consecuencias de las contusiones que recibió.

—Agua,—decia subiendo y bajando vericuetos,—me abrasa la sed y no debe hallarse muy léjos de aquí. Recuerdo bien el dia en que la cordera roja se tiró como yo esta mañana, me vi por primera vez obligado á seguirla y la encontré bebiendo en un arroyo que corre á poca distancia. No me equivoco; siguiendo por este sitio debo ir derecho.

Y continuó diez minutos más, á tientas unas veces y otras guiado por la claridad que entraba por las grietas. De pronto oyó un ruido lejano y no tardó en ver el pequeño torrente, que salia de entre las rocas para precipitarse por las pendientes. Jaime llegó sediento, se arrojó al suelo, empezando á beber con voracidad aquella agua pura y cristalina. Cuando estuvo saciado, se sentó sobre la manta, refrescando acto continuo con el mismo líquido las contusiones que habia recibido.

—¡Me hallo cansado,—exclamó más tarde,—la carrera, golpes y estos endiablados picos han comenzado á rendirme, y tanto sobresalto y angustia destrozaron mi alma! ¡Voy á dormir un par de horas; y si al despertar me hallo entre mis enemigos, cúmplase la voluntad de Dios!

Deslió su manta, tendiéndose sobre ella, apoyada la cabeza en el brazo derecho. Un cuarto de hora después dormia murmurando frases ininteligibles.

Empezó desasosegado, agitaba las piernas de continuo, se volvia de un lado para otro, demostrando con su intranquilidad la horrible tormenta de que era presa su espíritu. Contra su costumbre soñaba fuerte; dió várias voces, cuyos ecos repetian los cóncavos del monte, se sentó, volviendo á echarse; y todo esto lo hacía víctima de un sueño ménos tranquilo que su conciencia.

En tal estado y con solo algunas cortas interrupciones, permaneció cerca de cuatro horas.

De pronto despertó, gritando:

—¡Detente, *Zurdo*, detente; no me mires así: perdóname, que no supe lo que hice! ¡*Zurdo*, *Zur*!..

La última frase se apagó en sus labios, y al delirio, hijo del remordimiento y de cruel pesadilla, reemplazó la razon. Sentóse, oprimió la ardorosa y tostada frente con su mano, preguntándose:

—¿Dónde estoy? ¿Qué ha sido de mí? ¡Ah, todo lo recuerdo! Al despertar se me presenta el crímen real y efectivo, más negro que el ensueño que há poco me agitaba ¡Quiero agua, más agua; me devora la sed! ¡Ay,—añadió después de haber bebido;—qué vida me espera, qué vida! ¿Qué será de mis pobres mujer é hijo? ¿Les habrán ofendido? ¡Ay de ellos si yo lo averiguo! ¿Y qué puedo yo hacer? ¡Maldicion! ¡Dentro de poco el hambre me debilitará, dando al traste con mis fuerzas, y entónces ya no tendrán mi mujer é hijo quien los defienda en el mundo! ¡Eso no; sólo aguardo la noche para salir de estas breñas! ¡Qué pensamiento tan atrevido! Eso es, me escapo por la cueva, y puesto que dejo á los mozos de Catral en el monte, no podré hallar á nadie capaz de interrumpir mi camino. Entre tanto me quedo aquí, donde tengo luz y agua. No me encuentro mal; peor se hallan los que están en un calabozo, segun cuentan, que á aquellos les falta á veces hasta agua y luz. Los hombres son muy generosos; llaman asesino al que no lo es, lo meten en prision, y si pueden lo ahorcan, en tanto que otros roban y matan sin que les molesten perseguidores ni verdugos. Como tengan dinero y picardía... Me recostaré nuevamente, pero sin dormir; temo á los ensueños más que á las escopetas de los que me buscan. En esta postura aguardo la noche; ínterin llega arreglaré mi plan.

Y quedó ensimismado y meditabundo, permaneciendo de este modo más de dos horas. Habia anochecido y Jaime continuaba entregado á sus pensamientos; estaba completamente á oscuras, y eran necesarios mucho valor y conocimiento del paraje para atreverse á cruzar el terreno que le faltaba ántes de llegar á la boca de la cueva que debia darle salida.

Con calma y aplomo acabó de arreglar su plan, se puso en pié y empezó á caminar á tientas, cuando se detuvo de pronto, exclamando:

—¡Aquello es el resplandor de una luz! ¡Sí; vienen hácia acá! Pues si son mis perseguidores, trabajo les ha de costar el encontrarme.

Y saltando de pico en pico, ganó un hueco, á cuya entrada quedó guarecido con los enormes peñascos que le rodeaban.

—Aquí hay otra cueva,—añadió,—por la que tambien se sale al llano, pero con tanta dificultad, que sólo una cabra, el que conozca bien el terreno ó uno cuya vida peligre se atreveria á cruzar por ella.

El resplandor que habia distinguido Jaime á lo léjos fué poco á poco adquiriendo un color rojizo, hasta convertirse en la luz de una linterna.

—Ya están ahí,—volvió á exclamar el fugitivo,—pero no los oigo ni los veo. ¡Qué silencio guardan! Observaré desde aquí.

Y se puso en pié, mirando por entre las peñas hácia el sitio por donde brillaba la luz. De pronto murmuró:

—¡Jesús me valga!

La escopeta se le cayó de las manos, y á no sostenerle la peña que tenía á la espalda, hubiera indudablemente rodado por el suelo. A pesar de su innegable entereza palideció, le faltaba la vista, y en los primeros instantes se descompuso su cerebro. Jaime era supersticioso como una gran parte de los habitantes de aquel país, y el que no temia á los vivos quedó sin accion ni movimiento ante una sombra, que juzgó alma en pena, fantasma ó cosa sobrenatural.

Vuelto á la razon, prosiguió murmurando:

—No son los de Catral, pero me aterra lo que acabo de ver. ¡Un espectro! ¡Qué cara tan horrible! ¡Con su barba blanca y un sayal!.. ¡Qué será esto, Dios mio! ¡Vírgen de la Luz, ampárame! ¡El *Zurdo*! ¡Será el alma del *Zurdo!* ¡Perdon, perdóname!

A estas frases de Jaime siguió una exclamacion angustiosa exhalada por el que Alfonso juzgaba un espectro.

—¡Ay!

Dijo, y nuestro fugitivo articuló:

—¡Se queja! Es un ánima en pena y yo me siento desfallecer.

Uno y otro guardaron silencio por algunos instantes. A Jaime le faltaba el aliento. Aquel hombre, que hubiera sido capaz de pelear con doce á la vez sin retroceder un paso hasta vencer ó morir, experimentaba en este instante los terribles efectos de un miedo cerval; bañaba su frente un sudor frio, le temblaban las manos y se dejaria atropellar en este momento por un niño de seis años. Tal era el funesto estado en que le pusieron la luz y una sombra; pues él nada más pudo distinguir.

No tardó en escuchar el leve ruido de unas pisadas, la luz brilló más que nunca y era indudable que el fantasma, espectro ó ánima en pena se le acercaba lentamente.

—¡Es el *Zurdo*, el *Zurdo!*

Tornó á repetir Jaime, con los ojos cerrados, por temor de que su víctima le dirigiese otra mirada como aquella que le lanzara al sentirse herido de muerte. Ahora no se movia ni hablaba; pero notando que el ruido habia cesado, hizo un esfuerzo grande sobre sí, y abriendo los ojos logró distinguir por entre dos peñas, frente á él y como á diez varas de distancia, á un hombre alto, delgado, de rostro cadavérico, barba blanca y larga, que, cubierto con túnica de color indefinible, bebia tranquilamente en un puchero el agua que acababa de coger en el mismo torrente donde Jaime sació su sed ántes y después de quedar dormido. Llevaba en la mano izquierda una linterna, y su cabellera, tambien blanca y rala, le caia sobre los hombros en desordenados mechones. En el rostro de aquel ser humano no existia nada, estudiado atentamente, que debiera imponer, y sí mucho que inspirase compasion. Tenía la nariz larga, los ojos hundidos, demacrada la faz, y se presentaba tan pálido, que parecia cadáver. Su accion era lenta, la mirada fria, lánguida é indiferente; andaba con alguna dificultad, y de sus labios brotaban suspiros roncos, profundos y destemplados. Pero si bien, para un hombre observador, aquel desgraciado sólo presentaba los efectos del ayuno, la vigilia y

le sufrimiento, en cambio debia aterrar al que fuese supersticioso con su traje, aptitud y presencia, más propios de un espectro, al fijarse en él de pronto, que de un mísero mortal. El sitio, hora y la oscuridad, herida levemente por los débiles rayos que despedia la linterna, completaban el cuadro é hicieron de nuestro fanático Jaime un niño cándido y temeroso. A pesar de tener tan cerca la realidad, todavía continuó por algun tiempo confundiéndola con el delirio que habia forjado su mente; y fué preciso que el objeto de su terror se moviera de un lado para otro, pronunciando frases muy inteligibles, para que al hijo de Crevillente le empezara á abandonar su pánico.

—¡Ay!—dijo el supuesto fantasma.—¡Mi hijo, mi pobre hijo muerto!

Y cogiendo el puchero con la misma mano que sujetaba la linterna, se oprimió la frente con su diestra, queriendo arrancar vanamente el pensamiento que en aquel instante le atormentaba.

Jaime respiró por fin; la terrible pavura principiaba á dejar libre de su enorme peso á aquel fuerte corazon, subyugado y abatido durante cinco minutos.

—Es un hombre,—exclamó,—y un hombre tan desgraciado al parecer como yo. Suspira tambien por un hijo y llora. ¿Quién es y por qué se habrá refugiado aquí? Ha vuelto á llenar de agua el puchero y se marcha por donde ha venido. Veré lo que intenta.

Repuesto completamente, cogió la manta y escopeta que tenía al lado, y anduvo detrás, procurando no hacer ruido alguno. De este modo siguieron el uno delante y en pos el otro hácia el mismo sitio por donde Jaime iba á buscar la salida momentos ántes de llegar su ilusorio fantasma. El terreno era bastante escabroso; la mayor parte del tiempo iban ámbos encorbados, y hubiera sido expuesto cruzar aquel paraje á oscuras, como quiso Alfonso, por lo sinuoso y fatal del piso.

Continuaba lentamente el semiespectro, le seguia Jaime, conteniendo hasta la respiracion, y de este modo llegó el pri-

mero á una meseta de la caverna, quedando parado ante una porcion de yerbas secas que estaban colocadas en el extremo de la izquierda. Luégo dejó la luz en el suelo, sentándose sobre aquel monton, que al parecer le servía de lecho. Distaba la meseta de la boca que daba salida al monte doscientas varas escasamente, pero el camino era tan tortuoso y desigual, que no podia en manera alguna distinguirse la luz desde el exterior de la sierra.

Por fin, Jaime, sereno y con vehemente deseo de averiguar quién era aquel misterioso personaje que se le habia presentado en momento tan crítico, se aproximó á él, haciendo todo el menor ruido que le fué posible con sus pisadas para no sorprenderlo de pronto. Al percibirlo el del sayal, le miró con ojos espantados, preguntándole:

—¿Quién eres? ¿Qué deseas?

Y le dirigió la luz de la linterna, creciendo su admiracion al contemplar la figura de Jaime. Este le contestó:

—No te asustes, que ningun mal he de causarte. Me he refugiado en esta cueva huyendo de mis perseguidores.

—¿Cómo te llamas?

—Alfonso.

—¿Qué eres?

—Esta mañana tenía ocupacion que me proporcionaba el sustento de la vida; ahora sólo me resta la existencia, gracias á que he huido de mis contrarios.

—¿Qué has hecho?

—Peleé con un hombre, me hirió y yo le maté.

—¡Has quitado la vida á un hombre!.. ¡Insensato!.. ¡Pero á mí qué me importa!

—Contesté á la pregunta que me hiciste. Y tú, ¿quién eres?

El anciano volvió á mirarle con ojos espantados y una movilidad en las órbitas que parecia estar loco. Con voz ronca y actitud descompuesta le contestó:

—¡Yo soy un hombre que cierto dia dejó á Satanás que se apoderara de mi espíritu y cometí el crímen mas nefando que

han presenciado los mortales! ¡Corrió la sangre por el suelo; la víctima rodó á mis piés; repitieron los ecos lastimeros de mis ayes las paredes, los huecos, el monte y hasta los aires! ¡A la vez cayó sobre mí la maldicion del cielo, y el cruel anatema lastimó mi alma, hiriéndome en el corazon; mi voz fué poco á poco desapareciendo, vi sombras en lugar de objetos, y desde entónces hasta ahora me viene gritando el destino: «¡Maldito, maldito!»—y yo contesto con acento ronco:—¡Hijo mio, hijo mio!

Calló el anciano, su voz resonó aún destemplada y hueca en las cavidades del monte, y Jaime se echó atrás, sintiendo otra vez los primeros síntomas del terror al mirar la metamorfósis que sufria el solitario y oir sus gritos. La pálida y demacrada faz del anacoreta se habia encendido de pronto; parecia que toda la sangre que circulaba por sus venas se agolpó á la cabeza; temblaba, y la movilidad de los ojos aumentó cuanto era posible. El segundo cuadro que se presentaba á nuestro perseguido no era tampoco para visto por un hombre supersticioso. Así es que se apoyó en la escopeta para guardar el equilibrio y no caerse; pero en este instante no veia claro, ni su aturdimiento le dejaba comprender que estaba delante de un hombre, cuyo cerebro, en estado de descomposicion, solia delirar á menudo, si bien tenía momentos de verdadera lucidez, como todo el que se halla en idénticas circunstancias.

El anciano volvió á su estado normal, y fijándose en Jaime, despues de un cuarto de hora de silencio no interrumpido, le preguntó:

—¿Qué te he dicho ántes? ¿De qué hablábamos?

—No lo recuerdo.

Le contestó Alfonso, principiando á reponerse.

—¿Qué haces aquí?

—Ya te lo he dicho, huyo de mis perseguidores.

—¿Viniste al caso ó conocias estos lugares?

—Desde muchacho anduve por toda la comarca, y no hay nada fuera ni dentro de los montes que yo haya dejado de ver.

—¿De dónde eres?

—De Crevillente.

—Pues dista una legua, y no comprendo la causa que te obligara á reconocer las cuevas.

—Fuí pastor, y mi ganado venía por estos sitios.

—Ya; ¡qué feliz serías entónces!

—Al contrario; me cansaba de andar, á veces de no hacer nada, y siempre de hallarme solo. ¡Oh, la vida del mísero guarda de ovejas es tan negra como el pan que come!

—¿No es dichoso el pastor?

—Es el hombre más infortunado que existe.

—¡Loco de mí, que lo creia el más feliz de la tierra! ¿Y ahora sufres?

—Lo indecible.

—Siéntate á mi lado, sobre estas yerbas secas que yo he cogido del monte. Las entrañas de la sierra forman hoy mi espléndido palacio; esta caverna mi alcoba, y las hojas que ves el lecho. ¿Qué te parecen mis habitaciones, muebles y decorado?

—No se está mal; bastantes siestas dormí yo por aquí huyendo de los calores, y me fué bien.

—¿No te sientas?

—Sí, que estoy cansado y contuso.

Y Jaime tendió la manta á la distancia de una vara del anciano, recostándose sobre ella.

Aquél exclamó:

—¡No hay nádie dichoso en la tierra! Cuando yo me hallaba en medio del Océano luchando con las olas, los vientos y las tormentas é iba defendido por débiles tablas, envidié la tranquilidad y sosiego del pastor; cuando en tierra era agitado por mis pasiones, siempre poderosas y terribles, y me encontraba vencido por ellas, tendia la mirada al monte, volviendo á envidiar el aislamiento del pastor; cuando me engañaban los hombres y las mujeres me vendian, entónces rayaba en lo infinito mi admiracion por la soledad, ignorancia y alegría del pastor; y cuando después de los combates sufria

el dolor de mis heridas y recordaba los hombres que inmoló mi acero, ¡ay, entónces maldecia mi suerte y miraba dichoso y feliz al pastor que apoyado en su báculo guía las ovejas, halla en los astros la medida del tiempo y no tiene otros enemigos que los fenómenos presentados por la naturaleza, para aparecer luégo ante sus ojos más grandiosa y sublime que ántes! ¡Vana ilusion! ¡Tú dices que el pastor es más desgraciado que el habitante de las grandes ciudades, y eso prueba que me equivoqué, y que en este valle de lágrimas llora desde el más poderoso al más pobre, desde el más asociado hasta el salvaje del desierto! ¡Pobre condicion humana, y cuán infausta eres para todos!

Jaime habia escuchado con suma atencion las filosóficas frases del anciano, y en verdad que vacilaba entre juzgarlo sano ó creer que aquello era una continuacion de su anterior delirio. Se presentaba todo tan extraño y nuevo para nuestro fugado de Catral, que á pesar de su buena imaginacion todavía no miraba en el sér que tenía delante á un hombre como él. Pero desapareció por completo su terror, y esto era ya una buena predisposicion para concluir por comprender al desconocido. Este prosiguió:

—¿Por qué el hombre nace llorando, muere sufriendo y su vida es una cadena de padecimientos con muy cortas interrupciones? Hé aquí, pastor, la pregunta que me vengo haciendo más de cincuenta años, ó sea desde que tuve uso de razon, sin que haya podido encontrar respuesta satisfactoria. Yo que he recorrido el mundo, noté que la desgracia persigue á los mortales lo mismo en Alemania, pueblos los más ilustrados del mundo, que en la Hotentaria y los desiertos de América, puntos del globo donde el sér humano se parece más al orangutan que al hombre. En todas partes la pena y los sinsabores martirizan el alma del rey de la creacion. Y es indudable que la bondad de Dios no tiene límites, que Dios se halla en todas partes y que no hay hecho alguno que le sea desconocido. ¿Comprendes tú mis ideas?

—Algo,—le contestó Jaime, mirándole fijamente.—Es

extraño para mí lo que dices, pero es verdad; yo á nádie conocí dichoso.

—Hemos venido al mundo para algo que ignoramos. ¡Ay de los que no llenen su mision! ¡Infelices de aquellos que niegan la existencia del poder divino! ¡Ah, qué infortunado soy, pastor!

—Yo tambien; me juzgan asesino, pronto me sentenciarán á muerte y tendré que espirar en un patíbulo ó vivir errante como la fiera que huye perseguida por el cazador!

El anacoreta miró con espanto á Jaime, volviendo á adquirir sus ojos la movilidad anterior.

—¡Asesino,—dijo;—te juzgan asesino, pero tú habrás muerto á un extraño, al hombre que te ofendió! Yo... ¡Pobre Eduardo! Su sangre cubria el pavimento; los ayes que exhalaba resonaron en mi corazon como la fiera voz del destino, y su última mirada descompuso mi cerebro! ¡Qué mirada aquella, Jaime!

—¡Cómo la del *Zurdo!*—se apresuró á replicar Alfonso.—Luégo quedaron sus ojos en blanco, rodó por el suelo, bañado en sangre, apareciendo pálido y frio hasta la eternidad!

—¡Cierto; y mi pobre Eduardo fué desde su casa á la fosa; desde la vida, en lo mejor de su edad, á la muerte!

—¡Lo mismo que el *Zurdo!*

—¡Dios mio, tened piedad de mí! Vida por vida; ¡matadme, Señor, matadme!

Y el anciano, que estaba sentado sobre el monton de hojas secas, se tendió, cubierto el rostro con las manos, afligido y en un estado que inspiraba compasion.

Jaime, triste tambien y angustiado, enmudeció para entregarse por completo á sus ideas. Ambos callaban; á sus gritos habia reemplazado un silencio sepulcral; la tormenta que se cernia sobre los dos, replegóse á lo más recóndito de sus corazones para destrozarlos con empeño y crueldad funestos.

A la media hora alzó Jaime Alfonso la cabeza, y fijándose en el solitario, murmuró:

—Está como aletargado. ¿Quién será este hombre? ¡Oh,

me gusta oirle, y el terror que me inspiraba en un principio ha desaparecido para ser sustituido por la admiracion y un deseo vehemente de averiguar su historia. Ha recorrido el mundo, segun dijo; se halló en los mares, en batallas; habla muy bien, y es indudable que pertenece á una clase privilegiada. ¿Por qué se habrá retirado á esta cueva? ¿Con qué se alimenta; qué hace? Nada me explico de cuanto he oido y veo. ¿Estaré soñando? No; lo contemplo y toco; es más, su cabeza delira algunas veces, y otras aparece víctima de cruel remordimiento. ¡Tambien yo lo tengo! ¿Habrá muerto á alguno? Indudablemente; el demonio nos tienta, y como somos tan débiles.. ¡Ay, qué presente y qué porvenir! Pues yo no me avengo á estar encerrado en las entrañas de los montes; quiero ver el sol, contemplar la vega, los rios, los mares, ó que me ahorquen y dejaré de padecer para siempre. ¿Y mi pobre mujer, y mi hijo? ¡Ay, qué va á ser de nosotros! Así no puedo continuar; necesito hacer algo. Voy á realizar el plan que concebí ántes. Este hombre se ha dormido; me serviré de su linterna, empezando por averiguar la hora que es.

Y dejando la escopeta y manta junto al solitario, cogió la luz, dirigiéndose acto continuo hácia la salida de la cueva.

No tardó en sentir la brisa de la noche que llegaba á su rostro, indicándole lo cerca que se hallaba del campo. Luégo dejó la linterna en el suelo y sitio en que no pudiera percibirse el resplandor desde fuera, y no cesó de andar hasta encontrarse en la superficie del monte.

Lo primero que hizo fué aplicar el oido, pero nada percibió; la noche se presentaba oscura y silenciosa. Después se fijó en el cielo, exclamando:

—Son las nueve, y en breve me será dado abandonar estos parajes. Desde aquella altura podré observar al enemigo, si es que continúa en el monte y han encendido luces.

Y comenzó á trepar como la cabra, llegando de este modo al punto en que se propuso detenerse.

—¡Allí están!—dijo.—Encendieron hogueras para verse los unos á los otros, y en caso de descubrir al fugitivo asegu-

rarlo mejor. Faltan algunos, que se hallarán á la parte opuesta del monte. No habrá marchado ninguno; estoy seguro; ignoran que el pájaro volará pronto, y les aguarda una noche ménos mala que la que á mí me espera. Cubierto con estas rocas no pueden descubrirme ni suponer que yo he llegado hasta aquí sin ser visto por ellos. Pero nada intento; el tiempo corre y no debo desperdiciarlo. ¡Velad, terribles atalayadores, velad, que yo haré lo mismo con idéntica suerte que vosotros!

Y abandonó el pico para regresar á la cueva. Ya dentro se detuvo, exclamando:

—¡Qué va á ser de mí! Lo ignoro, mas es preciso desechar vacilaciones... Adelante, Jaime, adelante; entre la horca y la vida, que decida Dios de tu suerte.

Minutos después dejaba la linterna en el mismo sitio de donde la habia cogido. Miró al anciano, que continuaba víctima todavía de prolongado letargo, é inclinándose un poco le tocó en el hombro, diciéndole:

—Me marcho, que es tarde. Adios, hombre incomprensible.

—¿Por qué te ausentas, Jaime?—le preguntó el anacoreta incorporándose.—Si te cogen vas á perecer.

—Allá lo veremos.

—¿Quieres quedarte conmigo? Te cedo la mitad de mi cama.

—Gracias; volveré otro dia para que me cuentes tu historia.

—Eso no lo lograrás de mí.

—Entónces hasta la eternidad, buen viejo.

—Aguarda, Jaime. Hay en ti algo que se parece á lo que yo siento y sufro. Por eso sin duda te veo marchar con angustia. Quédate.

—No puedo.

—Dame palabra de volver.

—¿Me dirás quién eres, lo que hicistes, la causa de haberte escondido en esta cueva, qué comes y cuál és, en fin, tu vida?

—¿Eres reservado?

—Siempre lo fuí, pero ahora que no puedo hablar con nádie, me convertí en mudo.

—Tú has muerto á uno, ¿es cierto?

—Esta mañana.

—¿Y vas huyendo de la justicia?

—Claro está.

—Entónces ven á verme; me contarás tu historia, y luégo yo te referiré la mia.

—Acepto.

—¿Cuándo te veré nuevamente?

—No lo sé; el fugitivo á nada puede comprometerse.

—No tardes.

—Adios.

—Que te espero.

—Te juro volver á esta cueva.

Jaime cogió su manta y escopeta, y anduvo primero de prisa y luégo despacio y cási á tientas, pues el anacoreta apagó la luz, y exhalando un ronco suspiro, se tendió sobre la yerva seca.

—¡Qué desgraciado parece,—exclamó Jaime;—todavía más que yo, no obstante su orígen, que debe ser el de un personaje elevado! ¡Qué susto me dió y qué misterioso se presenta! Averiguaré quién es. Poco me importa, pero me obliga un deseo que no puedo desechar.

Llegado que hubo á la parte afuera de la cueva, caló Jaime su sombrero, se embozó en la manta, y ocultando la escopeta, comenzó á andar muy de prisa, echado el cuerpo adelante y dispuesto su oido para percibir el más leve rumor ó movimiento. No era la primera vez que en noche más oscura aún andaba por aquellos sitios; así es que no le fué difícil encontrar una vereda que conocia de antiguo. Iba por un llano que se extendia desde Catral á Crevillente, cogiendo un cuadrado de tres cuartos de legua. Hasta entrar en la vega era todo árido, sin casas, barracas ni árboles.

Llevaba Jaime andada cerca de media legua, cuando se detuvo para exclamar:

—¡Qué es esto, Dios mio; me faltan las fuerzas! ¡Ah, lo comprendo; en este instante recuerdo por primera vez que en veinticuatro horas no comí nada, y el cuerpo se niega á trabajar cuando no le dan lo que necesita! Otro esfuerzo, Jaime, y adelante. Se me va un poco la vista y siento flojedad en las piernas... Lo extraño es que no he tenido hambre ni áun me acordé en todo el dia del alimento. Cuando era pequeño dejé de comer muchas veces por no tener mi padre nada que darme, y sentí el mismo mareo y debilidad que ahora. Mas llegaré á Catral; á Catral, sí; miéntras los unos velan en el monte y los otros duermen en el pueblo, yo pasearé sus calles, realizando mi plan. El pensamiento es atrevido, pero lo llevaré á cabo, Dios mediante.

Y continuó sin volver á pararse hasta que entró en la vega.

—Silencio sepulcral,—tornó á decir;—ni una sola luz se distingue en el pueblo ni en ninguna de esas barracas.—¡Qué será de la mia! Recuerdo que quedaron en ella un cuchillo, veintidos reales y alguna ropa. Voy por todo eso. ¿Estará allí el *Zurdo?* ¡Ya se lo habrán llevado; mas permanecerá su sangre, el sitio donde lo maté! La noche está oscura, pero áun cuando no fuera así, iria lo mismo. Tanto veneno vertieron en mi alma, que me siento capaz de todo, de todo.

Jaime llegó efectivamente á su barraca con osadía incomprensible; la halló sola, cerrada la puerta y con el sello de la justicia en la cerradura. Tendió una mirada sombría en torno de cuanto le rodeaba, y sin detenerse más quiso penetrar, apoyando al efecto el hombro y forcejeando hasta que crujió el pasador, cediendo al último empuje de Alfonso. A tientas cogió su cuchillo, los artes, medio único de encender luz en la época que pasa nuestra historia, los veintidos reales y la ropa que tenía.

Después salió, dejando entornada la puerta. A paso acelerado cruzaba otra vez la vega sin hallar ser humano, ver luz alguna ni sentir ruido: de este modo llegó al pueblo, parándose al pié de la tapia de un pequeño corral, perteneciente á la mísera vivienda donde estaban su mujer é hijo. Allí exhaló

un suspiro que sólo él pudo escuchar, y saltando el cercado fué á detenerse junto á la puerta que comunicaba con la casa. Halló aquella entornada, penetrando sin dificultad. Sólo dos habitaciones tenía la morada de Alfonso; en la primera no vió á nádie; en la segunda estaba su hijo dormido y la madre sentada á la cabecera, con los ojos húmedos y el semblante descompuesto.

Jaime los contempló á la opaca y macilenta luz del candil que pendia de un clavo, articulando:

—Descansa el uno y llora la otra. ¡Infelices! ¡Ay! ¡Haré por ellos lo que pueda!

Y muy quedo pronunció el nombre de su mujer. Ella alzó de pronto la cabeza, y reconociendo á su marido, exclamó á media voz:

—¡Alfonso mio, huye, huye, que te van á matar!

Y se dejó caer sobre el pecho de aquél, que la oprimió tiernamente, añadiendo:

—No temas; toda la gente armada está en el monte, y de los que quedan ninguno se atreve conmigo.

—¿Por qué has muerto al *Zurdo?*

—Porque me robó las uvas, hiriéndome en el brazo. Si yo no le parto el corazon, me atraviesa él con su cuchillo.

—¡Y dicen que lo has asesinado!

—Lo creo; tengo enemigos aquí, y se han vengado de ese modo.

—Yo contesté que no podia ser; me lo daba el corazon; pero ellos han jurado que te vieron asesinarle.

—Dime sus nombres.

—No, Alfonso; te conozco, y sé lo que vas á hacer. ¡Huye pronto, que si te descubren!..

—No he comido nada en todo el dia y me faltan las fuerzas.

—Yo tampoco, y me siento desfallecer.

—Ten valor y confía en la Vírgen, que áun cuando he matado á un hombre no fué á traicion ni por culpa mia. ¿Hay algo en casa que podamos comer?

—Todo lo que traje esta mañana para los dos.

—Pues enciende lumbre y despacha. Dame ántes agua.

—Toma. Era mejor que huyeras...

—¡He andado más de una legua por verte, y me echas cuando acabo de entrar!

—Eso no, Alfonso; quédate, si quieres, y muramos juntos.

—¡Quién piensa en la muerte! Ten valor como yo; enciende la lumbre, y nada temas.

—¡Ay, lo haré, mas tiemblo!..

—Despacha, que tengo hambre. Miéntras tú preparas la cena, veré yo á nuestro pobre hijo.

Jaime se sentó en la silla en que estaba su mujer anteriormente, y cogiendo una mano del niño, que permanecia dormido, comenzó á besarla, humedeciéndola á la vez con sus lágrimas. Poco á poco fué presa de un abatimiento que le duró hasta que ella le distrajo, diciéndole:

—Alfonso, ven á cenar.

—Vamos.

—Yo no tengo gana.

—Es indispensable; tienes que andar esta noche dos leguas.

—¿Adónde me llevas?

—A casa de tu hermana; pero de eso hablaremos después.

—Me alegro; este pueblo me embiste, y hoy me dijeron cosas...

—¿Quién?

—La comida te espera, Alfonso.

—Ven conmigo; siéntate ahí, y cenemos.

—Me ahoga el pan.

—Si continúas de ese modo, me levanto.

—Come tú, Alfonso, yo no puedo.

—¿Olvidas que nuestro hijo morirá si no te alimentas?

—Tienes razon; se me acabaria la leche; cenemos.

Y comenzaron hasta dar fin de cási todo lo que tenian delante, siendo Jaime el que más comia de los dos. La infeliz madre hizo un esfuerzo sobre sí, y para que á su hijo no le faltase el pecho, imitó á su marido en cuanto pudo. El uno, repuesto en parte de las emociones del dia, estaba sereno, frio,

reflexivo y más valiente que nunca; la otra se hallaba agitada, tímida é irresoluta.

Durante la cena, preguntó Alfonso á su mujer:

—¿Quiénes han sido los que declararon que yo asesiné al *Zurdo?*

—Jaime, basta con las desgracias que ya tenemos.

—¿Los conoces tú? Contesta, porque de lo contrario me voy á averiguarlo ahora mismo.

—Yo no lo sé de cierto, pero me figuro los que son.

—¿Quién podria decírmelo de una manera más cierta y positiva?

—Lobon.

—Y ese, ¿qué hizo?

—Anduvo entre todos ellos, pero luégo vino y se me ofreció mucho, aconsejándome que no temiera por ti, que era difícil cogerte.

—Y en el pueblo, ¿qué se contaba?

—No hablemos de eso, Jaime.

—Necesito saberlo.

—¡Válgame la Vírgen! Todos creen que asesinaste al *Zurdo*, y piden á gritos tu prision y muerte. Me dijo Lobon que han salido treinta y seis escopeteros en persecucion tuya.

—Me estarán formando causa.

—Lo ha tomado el alcalde con un interés...

—Le engañaron, y como soy de Crevillente...

—Yo fuí á casa del amo, pero me echó, Jaime. ¡Luégo vi á D. Pedro, y me sucedió lo mismo. ¡Ojalá no hubiera salido de casa! Cuando iba por la calle me señalaban con el dedo, gritaban y...

—No llores, por Dios Santo, ni hablemos más del asunto, que enciendes mi sangre y soy capaz... Mira, ves formando un lio con toda la ropa de tu hijo, tuya y mia. Cuando esté, la envuelves en una sábana y marcharemos.

—¡Ay, tienes razon, salgamos de aquí!

—Añades todo lo que te convenga llevar.

—Pesará mucho.

—No importa; he recobrado por completo la fuerza, y cargaré con ello sin trabajo alguno.

Una hora más tarde salian ámbos por la puerta del corral, llevando la madre al hijo y Jaime un enorme bulto al hombro, sin abandonar por eso la escopeta, que oprimia con su mano derecha.

La noche continuaba oscura, silenciosa y serena; el matrimonio dobló una esquina, entrando en la vega para andar lo ménos posible por el pueblo, el que pronto dejaron atrás. No encontraban persona alguna que les interrumpiera su paso, ni vieron luz en la villa ni en la huerta.

Al principio iban muy de prisa, pues no obstante el peso que llevaban ámbos, cruzaron la primera legua en poco más de media hora.

—Ya estamos fuera del terreno de Catral,—exclamó Jaime,—y puedes ir más despacio si quieres, que mi hijo pesa y te encuentro bastante angustiada.

—Aún puedo continuar á este paso. ¡Hijo mio! ¡Parece que comprende nuestra situacion, y ha enmudecido!

Y prosiguieron andando más despacio y conversando el resto de la jornada.

Alfonso dió á su mujer instrucciones sobre lo que habia de hacer y decir en la vega de Orihuela, modo de que debia valerse para trasladar los muebles que dejaban en Catral, concluyendo por entregarle todo el dinero que ámbos tenian, que en verdad era bien poco.

A las dos de la madrugada se detuvieron al pié de una barraca situada en la mencionada vega; Alfonso abrazó tiernamente á su mujer, y besando al niño, desapareció con los ojos húmedos. Su corazon le pronosticaba ya el cambio que habia de sufrir en su vida y costumbres desde este instante al en que debiera presentarse ante aquellos dos seres que abandonaba con tanto dolor.

Ella entró en la barraca, refirió á su hermana y cuñado todo lo que acontecia, ofreciéndole aquellos tenerla oculta y hacer por ámbos cuanto les fuera posible. No era conocida

en aquella huerta, la barraca estaba aislada, su hermano político era un colono honrado y bien quisto con todos sus vecinos, y la pobre mujer de Jaime endulzó en parte sus muchas desgracias con los cuidados y buen trato de los dos labradores.

Jaime sintió una impresion dolorosa al abandonar á aquellos dos séres que tanto queria, viendo á su pesar que los ojos se le arrasaban de lágrimas.

—¡Cómo ha de ser,—exclamó;—nací infortunado, y cada vez empeora mi suerte! Yo podré perdonar la terrible persecucion de que soy víctima; hasta la injusticia con que me tratan en Catral; pero si alguno atentara contra mi mujer ó mi hijo, lo mataria sin compasion!

En lo último decia Alfonso la verdad, en lo primero no. Hombre de ardientes pasiones, se dejaba á menudo dominar por ellas, y jamás cesó de oir la voz de la venganza. Cuando más adelante adquirió dominio absoluto sobre los montes, no perdonó á uno solo de cuantos pudo averiguar que le habian ofendido.

Fuerte como las rocas donde se crió y con una naturaleza privilegiada, no sentia ya molestia alguna en la herida y contusiones que recibió durante el dia. Bien comido y muy acostumbrado á la fatiga, acababa de andar las dos últimas leguas y aún corria por los estrechos senderos de la vega de Orihuela en direccion del monte. Conservaba su manta, la escopeta, un enorme cuchillo, y aumentó con doce cartuchos el repuesto de su canana. Con lo expuesto y las artes para encender luz, completaba Alfonso todo lo que poseia al empezar su segunda fuga.

El terreno á donde iba ahora no le era tan conocido como el de Catral y Crevillente, pero sí lo bastante para hallar por el pronto un seguro asilo contra las pesquisas de que era objeto.

Abandonó la vega, ganando acto continuo la extensa cordillera que corre desde allí hasta Santomera. Ya en el monte, esperó los primeros albores de la mañana para buscar una

cueva donde descansar sin peligro. Sentado y pensando en su suerte, le sorprendió la aurora. Con los primeros crepúsculos tuvo Jaime bastante para encontrar lo que necesitaba, y á las cinco de la mañana logró tender su manta en el interior de una nueva caverna, situada á más de tres leguas de Catral. Juzgando, con razon, que nádie habia podido seguirle é imposible descubrirle en el paraje donde se guarecia, dejó la escopeta á un lado, se quitó la canana y parte de la ropa que vestia, formando con ella y la manta una cama que le era bastante conocida.

—¡Ay,—exclamó tendiéndose y resuelto á dormir si podia,—aquella horrible mirada del *Zurdo* me persigue por todas partes, hasta en sueño! ¡Vírgen Madre! El fué la causa, me atormenta la vida que le arranqué; pero cegóme su maldad, me acometia de un modo!.. ¡Dios sea con él y conmigo! ¡Aparta, huye de aquí, horrible vision, que yo no tuve la culpa, no! ¡Qué semblante, qué ojos!.. Ya se marcha. ¡Ay!

El cansancio y el sueño dominaron á Jaime; por fin dió tregua á las consecuencias del remordimiento, quedando al parecer tranquilo y sosegado.

De aquella manera continuó, con ligeras interrupciones, hasta las cuatro de la tarde. Al despertar se hallaba completamente bueno y tan fuerte como en sus mejores tiempos; pero vino otro mal á violentarlo sin piedad ni descanso, y el que contribuyó poderosamente á precipitarle.

Sentado sobre su duro lecho, exclamó:

—¡Cuánto he dormido y qué bien me siento! El *Zurdo* va desapareciendo de mi memoria poco á poco. ¡Ay, haga el cielo que huya de una vez! Tengo hambre; y no habia yo pensado en esto; dí á mi pobre mujer cuanto poseia, y yo ahora no veo medio... Cerca de aquí hay un viñedo, y en cuanto anochezca... Pero no. ¿Cómo robo yo las uvas, cuando he muerto á un hombre que me las quiso quitar? A la derecha hay palas que conservan algunos higos chumbos; bajo, los pelo con mi cuchillo... Tienen dueño y no puedo robarlos. ¡Qué va á ser de mí, Señor! Si tuviera con qué alimentarme,

pasaria aquí una ó dos semanas, y entónces podria ir á Crevillente, donde cuento con amigos y parientes que me prestarian dinero para huir de esta comarca. Ha estallado la guerra contra los franceses, en el ejército faltan soldados, y con nombre supuesto. ¿Pero cómo voy? No tengo medio, ni me es dado abandonar á mi pobre mujer é hijo. Miéntras les dure el poco dinero que les dí, los ocultarán sus hermanos; mas ¿y luégo? ¡Voto al infierno y qué suerte tan negra me persigue!

Jaime continuó meditando, pero sin hallar solucion al difícil problema que se le presentaba; si huia del país, le era imposible defender á su mujer é hijo y vengarse, y si permanecia allí, juzgaba con razon que el hambre, si no lo mataba, acabaria por precipitarlo hácia el robo. Su cerebro, algo descompuesto con la multitud de emociones y acontecimientos del dia anterior, se perdia en un cúmulo inmenso de ideas que le condujeron desde la irresolucion á la nada. Cuando hubo anochecido bajó á la vega, mitigando la sed en la primera acequia que halló: luégo, cruzando junto á las cepas, no osó coger un solo grano de uva. Después marchó á las palas, y viendo tres higos caidos, los cogió, exclamando:

—Estos que abandonaron su planta, no tienen ya dueño.

Y sacando el cuchillo, les fué quitando la corteza y comiéndoselos.

—Poco es,—dijo;—pero algo he mitigado el hambre. Por un cuarto me daria el dueño doce ó veinte, mas no le tengo, y... A la cueva, Jaime, á la cueva, y mañana veremos lo que Dios dispone de ti. Seria horrible que me vieran coger y gritaran: ¡Ladron! ¡Al ladron! Y si averiguaban que yo maté al *Zurdo* por... ¡Paciencia, Jaime, y haga el cielo que me dure mucho!

Más tarde penetró en la cueva, tendiéndose á la entrada. Durmió poco aquella noche, le atormentaron bastante los remordimientos, y la figura del *Zurdo* se le presentaba más constante y sañuda que nunca.

Al amanecer dió al traste con el rubor que le habia impedido robar, y aprovechando la ocasion en que todos dor-

mian aún en la vega, cogió siete racimos de uva y medio ciento de higos, que escondió en las entrañas del monte. Este fué el primer robo que hizo en su vida Jaime Alfonso; le obligaron el hambre y la desesperacion; pero entrado ya en camino tan peligroso, no era fácil que su conciencia ni consideracion alguna le hicieran retroceder, como veremos más adelante.

Sus vacilaciones cedieron ante la necesidad; la materia se sobrepuso al entendimiento, y como del mal al bien no hay más que un paso, dado este se andan mil, que lo difícil fué siempre romper la valla que impedia dar el primero.

CAPITULO II.

Segundo y tercer robo de Jaime.—Abandona la cueva.—Vuelve á ser molestado por el hambre.—Cuarto robo, de peor clase que los anteriores.

Provisto Jaime de vitualla para un par de dias, buscó leña seca en el monte, encendiendo varias astillas, cuya luz le proporcionó reconocer el interior de su segunda caverna. No tardó en hallar una grieta por la cual salia el agua cristalina que andaba buscando. Este descubrimiento le proporcionó no salir de allí en cuarenta y ocho horas.

Al quinto dia y al asomar el primer crepúsculo matutino, volvió á proveerse de racimos de uva, higos chumbos y hojas secas, con las cuales formó un lecho idéntico al del anacoreta, permaneciendo tres dias sin salir de la cueva. Volvió á bajar á la mañana siguiente, y, provisto de lo necesario, se ocultó noventa y seis horas más; pero aquella vida indolente no era para la energía y carácter de Jaime. Así es que decidió marcharse, con ánimo resuelto de arrancar á la suerte un porvenir ménos angustioso y horrible que su presente. De pronto exclamó:

—Hace ya trece dias que maté al *Zurdo;* los escopeteros

se habrán convencido de la inutilidad de sus pesquisas, el pueblo de Catral irá poco á poco olvidándose de mí, y es indudable que fuera de este sitio, donde á nádie conozco, he de estar mejor.

Durmió hasta media noche, que, embozado en la manta, fué abandonando los montes y la vega de Orihuela.

En el tiempo que llevaba Alfonso de vivir errante le habia crecido la barba y los bigotes, formando contraste notable con el traje que vestia, pues sabido es que en esta época ninguno de la clase de Jaime los usaba. Comprendió él que aquellos le vendian por lo mucho que llamaban la atencion en todo el que le mirase; mas no tenia dinero para mandarse afeitar, ni le era dable tampoco detenerse en las poblaciones. Miéntras vivió en la cueva no se fijó en sus barbas; pero en este momento pensaba en las dificultades que podrian proporcionarle, y comprendia cada vez mejor lo crítico de la situacion en que se iba colocando.

En dos horas llegó desde la huerta de Orihuela á la de Catral; habia cruzado por frente de la barraca donde estaban su mujer é hijo, y se detuvo un momento para exclamar:

—¡Infelices, dormid si podeis; no os despierto, que hartas desgracias os abruman, y ya que no me sea dable mitigarlas, no las aumentaré!

Habia en la idea de Alfonso una bondad y delicadeza admirables. Ya no lloraba; los trece dias que permaneció oculto empezaban á endurecerle el corazon tanto ó más que lo estaban sus carnes.

Ya en la huerta de Catral, sonrió con desden, continuando adelante, resuelto á atravesar el pueblo, lo que verificó sin aturdimiento ni pavura.

Eran más de las tres de la madrugada. Jaime se paró delante de la casa del alcalde, que estaba á la salida del pueblo, y oprimiendo su escopeta, dijo:

—¡Aquí descansan tranquilos mis perseguidores, los que me calumniaron, los que contribuirán á que el alcalde mayor primero, y luégo la chancillería, escriban contra mí una sen-

tencia de muerte; aquí viven los que me han separado de mi mujer é hijo, los que me obligaron á robar para no morir de hambre, y los que yo he!.. ¡Qué ideas! ¡Arde mi cabeza, la sangre se agolpa á mis sienes y siento una ira, un deseo de venganza!.. Adelante, Jaime, que aún no es tiempo. ¡No es tiempo, pero si puedo luégo!.. ¡Quiero andar, y me enclavan en esta calle los suspiros de mi mujer, los latidos de mi corazon! Creen que por ser muchos han de poder conmigo, é ignoran que la desgracia y los sufrimientos me harán más fuerte y más avisado que lo son todos ellos juntos. ¡El dia de la venganza se convencerán de esta verdad!

Al fin logró dominarse y continuar su camino; pero á los pocos pasos, y cuando ya estaba fuera del pueblo, fué sorprendido por várias voces, que le gritaron:

—¡Alto!

Otro añadió:

—¡Si se mueve ese hombre, hacerle fuego!

Jaime se detuvo, y distinguiendo á la derecha un grupo de algunos individuos armados, dió un salto á la izquierda, se echó la manta al hombro, y preparando la escopeta corrió en direccion contraria de donde estaban aquellos, con la velocidad de una exhalacion.

—No es tiempo aún,—se decia por el camino.—Con esos puedo yo; pero estoy solo, acaso esperen otros detrás, y no debo exponer una vida de que tanto necesitan mi mujer é hijo.

Várias detonaciones le indicaron que los de Catral le perseguian, si bien las balas cruzaron á gran distancia de Jaime. Este, convertido en águila, volaba por el llano, dejando bien pronto atrás á sus enemigos.

Una hora después se paró, exclamando:

—Ya han debido perder la pista: ¡cuánto he corrido; brota el sudor de mi piel como el agua de los manantiales! No tienen esos hombres puntería ni piernas; no escuché el silbido de sus balas ni me dieron alcance, á pesar de estar ellos probablemente descansados, llevar yo tres leguas andadas y es-

tar mal alimentado. Lo peor es que ignoro dónde me hallo. Salí en direccion contraria del monte y de Crevillente, por impedirme ellos continuar mi ruta, é ignoro lo que he caminado y en qué tierra estoy. No distingo árboles, montes ni casas; seguiré adelante, que pronto amanecerá, y entónces reconoceré el terreno.

Y prosiguió hasta que aparecieron los primeros albores de la mañana. Lo primero que se presentó á su vista fué un bosque de olivos, en el cual penetró, diciendo:

—Ya conozco el paraje; desde aquí al matorral, que el monte está léjos, y hasta la noche me es imposible dirigirme á él.

Media hora más tarde entró efectivamente en un matorral donde abundaban la pita y multitud de plantas silvestres. El espacio aquel estaba muy poblado, y eran tan altas las matas, que podia muy bien Jaime refugiarse entre ellas sin temor de ser descubierto.

Empezaba á salir el sol cuando Alfonso, después de elegir un sitio á propósito, cortó con su cuchillo varias ramas, echándose acto continuo sobre su manta.

—Estoy fatigado,—exclamó,—rendido; ¡ay, qué vida! Me domina el cansancio, y voy á dormir con más exposicion acaso que en el mismo Catral. Aquí no hay hombres, pero sí culebras... ¡Quién piensa en eso!

Y acomodándose lo mejor que pudo, se quedó al poco tiempo dormido.

Todavía sudaba, tenía el rostro descompuesto á causa de la vigilia, el sufrimiento y la barba, su ropa se iba convirtiendo en andrajos, y más que el limpio y aseado guarda de hace poco, parecia un foragido en la forma. Aún no habia cumplido los veinticinco años, y en estos instantes representaba más de treinta.

Durmió seis horas sin interrupcion alguna; despertó luégo, é incorporándose, dijo:

—Nada me ha sucedido; hasta los insectos me tienen miedo ó me desprecian; mas no así el hambre, que me atormenta

cruelmente, y si llego á debilitarme mucho... ¡Voto al infierno y qué vida!

Luégo se fijó en el sol, añadiendo:

—Es cerca del mediodía; mucho he dormido, pero más me valiera no haber despertado. ¡Dios mio, tengo hambre, sed, y aquí no hay agua, uvas ni otra cosa que plantas silvestres, sol que abrasa, y un hombre más desgraciado que cuantos existen sobre la tierra! Tanto padecer acabará por obligarme á ser malo; sin comer no puedo dirigirme á Crevillente ni al monte. ¡Si viera algun pastor ó caminante!.. Mucho me he alejado de Catral, mas los escopeteros no abandonaron su empeño, como yo juzgué sin razon, y la verdad es que no me es dado dejar este sitio sin exponerme á caer en sus manos. Observaré: al extremo izquierdo del matorral hay árboles; á lo léjos se distinguen palmeras, y enfrente se ve el monte; no es el mio, pero tambien conozco ese, y bueno es estar cerca de él por si llegaran hasta aquí los de Catral. No se percibe un alma, casa, ni choza. Pues me voy al extremo opuesto.

É inclinándose, fué separando las matas hasta llegar al sitio en que se propuso detener su marcha.

—Allí veo un charco; beberé agua.

Y realizó su idea con prontitud. Luégo añadió:

—Termina el matorral con un enorme peñasco, detrás hay una vereda, y es posible que pase alguno, por cuya razon me situaré cerca.

Jaime volvió á cortar con su cuchillo várias ramas, y tendiendo nuevamente su manta, se recostó. Como no podia por ménos de suceder, se entretuvo mucho tiempo en meditar sobre su suerte. El infortunado no encontraba medio alguno de continuar su vida como hasta el momento en que mató al *Zurdo*. A menudo llegaban á su mente ideas terribles que desechaba con indignacion; pero fuera del campo que le presentaban aquellas, no hallaba medio de subsistir, y tan encontrados pensamientos y suerte tan negra habian de concluir necesariamente por extraviar su razon.

Cinco horas prosiguió meditando; el hambre y la debilidad

terminaron por excitar su desesperacion, hasta el punto de obligarle á exclamar:

—De hoy no pasa que me pegue un tiro; con la muerte concluyen el sufrimiento y la pena. ¿Qué tengo yo? ¿Qué va á ser de mí? Me mato. Muerto, nádie podrá decir «esos son la mujer é hijo de un ajusticiado.» Viuda la una y huérfano el otro, se compadecerán de ellos, acabando por ser ménos desgraciados que ahora. Señor, perdonadme; el que nada posee no puede vivir en la tierra, y por esa razon yo me mato.

Y montando la escopeta, se quitó la alpargata derecha para mover el gatillo con el dedo del pié. Luégo apoyó el extremo del cañon debajo de la barba.

Empezaba á anochecer; reinaba un silencio sepulcral, y Jaime decidió disparar y deshacerse el cráneo al terminar las siguientes frases:

—Dios me perdonará; los cuervos caerán sobre mí para devorar mis carnes, y mi alma...

En este instante interrumpió las solemnes frases de Alfonso una voz dulce, sonora, que aquel percibió á lo léjos.

—¿Quién canta?—dijo.—Parece el acento de un ángel .¿Me mandará la Vírgen?.. Alto, Alfonso; sepa yo lo que es eso.

Y arrastrándose, anduvo, separando las matas, hasta que le fué dado distinguir á un jóven que se encaminaba de Norte á Sur por el sendero que estaba á cuatro pasos del matorral.

Tendria el cantor diez y seis años, era bajo de estatura, mas su rostro no presentaba imperfeccion alguna; tostado por el sol, era simpático y agradable á cuantos le dirigian la palabra. Usaba un traje propio del país, pero de clase indefinible.

Jaime se fijó en él con suma atencion; no miraba, sin embargo su faz, actitud, ni ropa, sino un morral que se le veia al costado, y por cuya boca asomaba un trozo de pan y la bota del vino.

—Me lo manda el cielo,— dijo,—para que no me mate, y desisto de la idea.

Pero su cerebro estaba perturbado en aquel instante, y en



J. Cebrian, litº   Lit. A. Foruny, Madrid

— Alto! Suelta el morral ó te mato.
— De donde sales? Ah! ¿Quien eres?

vez de pedirle una limosna ó rogarle que partiese con él las viandas que llevaba, se escondió detrás de la peña que habia al extremo del matorral, y alzando la escopeta, esclamó:

—¡Alto! Suelta el morral ó te mato.

—¿De dónde sales? ¡Ah! ¿Quién eres?

Le preguntó el jóven, deteniéndose para mirarlo con sorpresa.

Jaime le contestó:

—¡Soy un hombre que no ha probado el pan hace catorce dias, y si no me das ese!..

—No amenaces,—replicó el cantor, repuesto y con admirable serenidad.—¿No ves que estoy indefenso?

—Muchacho,—añadió Jaime bajando la escopeta,—tus palabras han llegado á mi descompuesta razon y hecho ver que soy un insensato. Nada temas, no tengo miedo á nádie, pero el hambre y la desgracia me aconsejaron robarte.

—Lo siento: pero tu traje y actitud parecen los de un bandido.

—Eso no; en prueba de ello te pido una limosna.

—¡Qué cambio tan extraordinario! Partiré lo que llevo contigo si continúas de ese modo. ¿Por qué te trocaste de ladron en mendigo?

—Mi cabeza estaba mala, tanto sufrir me imponia la necesidad de pegarme un tiro, é iba á realizar el pensamiento cuando oí tu voz, vi ese pan, y como todavía me hallaba loco...

—Casualidad prodigiosa. Hace cuatro horas que salí del pueblo, y hasta ese momento no se me ocurrió cantar.

—Pues debo la vida á tu acento.

—Me complace saberlo; pero el hombre de corazon nunca debe atentar contra su vida; eso lo hace sólo el cobarde que carece de valor para soportar las desgracias de este mundo.

—Es que soy muy infortunado.

—Acaso ménos que yo, y jamás se me ocurrirá pegarme un tiro.

—¡Si conocieras los males que me cercan!

—¡Si yo te contara los mios!

—¡Ay, qué débil me siento!

—Tambien yo tengo apetito, es hora de merendar y vamos á hacerlo juntos, que traigo conmigo lo bastante para ámbos.

—¿Y luégo?

—Después Dios proveerá. Vamos cerca de aquel charco.

—No; entra conmigo en el matorral. Aquí hay un sitio á propósito...

—¡Vaya una rareza!

—¡Hijo, me persigue la justicia!..

—Basta, entremos, y ya que mi voz salvó tu vida, no quiero comprometerla con mi presensia. Adelante. No es mal paraje. Sentémonos. En primer lugar tiendo la servilleta; ahora salen los blancos (1); después, este trozo de dos libras de sabrosa magra, bien curada y muy estomacal; sigue el pan, la bota con tres cuartillos, y este puchero con el cual podemos coger agua. ¿Cómo te llamas?

—Jaime. ¿Y tú, admirable jóven?

—Yo, Leopoldo. ¡Cómo se alegraron tus ojos y qué cara pones!.. Yo saco mi navaja, echa tú mano al cuchillo, y veamos quién lo hace mejor. ¡Santa Bárbara! ¡Qué vivo eres y con qué trozos tan enormes te santiguas.

—En catorce dias consecutivos sólo comí uvas é higos chumbos.

—Poca sustancia te habrán dejado; pero no hables, que tienes la boca muy llena y te puedes ahogar. Yo era de parecer que preparases el estómago con un buen trago de vino.

—Tienes razon. ¿Me das la bota?

—Cógela tú, que no eres manco. Y en verdad que yo tambien tengo apetito.

—Me ha devuelto la vida ese líquido.

—Es puro y bueno.

—Rico y ardiente.

—¡Aprieta! Tus mandíbulas parecen dos ruedas de molino.

(1) Ricos encurtidos que se comen en Murcia y Valencia.

—¿Qué son mandíbulas?

—Lo que vosotros llamais quijadas.

—Hablas bien, Leopoldo.

—Mejor comes tu, Jaime.

—¿Te pesa?

—Al contrario, gozo viéndote, y me entusiasma saciar tu voracidad con alimentos tan exquisitos.

—Eres noble y generoso.

—Oye, y muy templado; en Fortuna todos los de mi edad me temen.

—Ya noté tu serenidad y aplomo.

—Me alegro. ¿Vas ahora con los blancos?

—Mezclo.

—¡De cada bocado, medio! Así pronto acabarás. Bebamos otra vez. ¡A tu salud!

—Venga; ¡á la tuya!

—Poco consumo vamos hacerle á ese charco.

—Es agua cenagosa, y conviene beber de ella lo ménos posible.

—¿La emprendes nuevamente con el pernil?

—Sí, hijo, sí; esta es una merienda de príncipes.

—¿Vas recobrando la fuerza?

—Claro está. ¿Hácia dónde ibas?

—A Murcia.

—Mal camino llevabas.

—Creo efectivamente que me he perdido; pregunté á un pastor por la trocha del *Viudo*, me dió las señas, pero hallé dos sendas, y he tomado la contraria.

—Positivamente.

—¿Qué ciudad es la que tengo más cerca.

—¿Podrás resistir dos leguas?

—Me parece que sí.

—Entónces te dejaré en el camino de Catral á Orihuela; allí encontrarás buena posada, madrugas, y por el arrecife te vas á Murcia, que dista sólo cuatro leguas.

—¡Vaya un rodeo que voy á dar! Por acortar el camino

subí lomas, salté montes, y á la postre me estravié: pero no, que á eso debo el haberte encontrado y salvar tu vida.

—No he conocido mozo más hidalgo y generoso.

—Parece que ya no te das tanta prisa.

—No te extrañe; el apetito está en menguante.

—Vaciaré el morral.

—¿Aún queda algo?

—Sí, higos secos.

—¿Tambien tenemos postres?

—Tambien.

—Temo dejarte sin nada.

—Mal hecho; llevo cuarenta reales, y en Orihuela podré hacer repuesto. No te importe dar fin de todo.

—¡Cuarenta reales!

—¿Te parece mucho?

—Es una fortuna para el que nada tiene.

—Una fortuna, ¿eh? Pues durarán seis dias, y en acabándose me encontraré como tú, si ántes no logro colocarme.

—¿Qué eres?

—Ultimamente monaguillo de oficio; de aficion, el mejor cantor de la provincia.

—Por eso llevas guitarrillo.

—Que tendré que vender probablemente para comer.

—¡Feliz tú, que algo posees en este mundo, que puedes entrar en las poblaciones, y en último caso pedir de puerta en puerta una limosna que muchos niegan, pero que algunos dan!

—¡Qué triste y melancólico te has quedado, Jaime! Toma un duro, y alégrate; con este otro tengo yo suficiente para llegar á Murcia.

—Gracias, hijo, guárdatelo, que á mí para nada me sirve.

—¿Por qué?

—Me está prohibido, bajo pena de la vida, entrar en las ciudades á comprar nada.

—¡Qué misterio!

—Uno terrible, Leopoldo.

—¿Me lo quieres decir? Soy reservado.

—Sí; que no traté en mi vida mozo alguno que te aventaje en generosidad. Con dos palabras te bastará para comprenderlo. Me desafió un hombre, nos batimos y le maté al pié de mi barraca.

—¿Eso fué en Catral?

—Sí.

—¿Te llamas Jaime de nombre y Alfonso de apellido?

—Sí.

—¿El otro era el conocido por el *Zurdo*.

—Sí.

—Oí contar el lance; pero aseguran que lo mataste porque cogió un racimo de uvas de la viña que guardabas.

—Mis enemigos estaban cerca y han declarado eso; pero bien saben que me hirió ántes y que yo le dí en propia defensa.

—Ves á Catral y cuéntaselo al Alcalde.

—¡Leopoldo, me reciben á tiros!

—Entónces, fuego á ellos, que no eres manco. ¿No comes?

—Va acabando mi apetito.

—Pues para lo que queda demos fin de ello. ¿Te has olvidado de la bota?

—No, por Dios, que el vino ahoga las penas; venga.

—¿Me dejaste algo?

—Sí.

—Lo apuro y al morral.

—¿Quiénes son tus padres?

—¡Mis padres! No hablemos de eso.

—Yo te he contado mi historia, y lo que tú me digas con dificultad se lo referiré á nádie.

—Jaime, ya que hemos concluido, vámonos hácia Orihuela.

—Ahora, Leopoldo, eres tú el que se pone triste y baja la cabeza.

—Has tocado mi cuerda floja y me entrego.

—Dime algo de lo que te he preguntado, que aún somos los dos jóvenes y quién sabe si algun dia podré serte útil.

—Acaso; tú nada tienes hoy, pero yo... ¡Bah! la mala

suerte no es razon para que yo ahuyente mi alegría. Te voy á contar parte de mi historia. Oyela, Jaime: sin saber cómo, pues era muy niño y no me acuerdo de nada, fuí rodando á un monasterio. Los benditos padres me educaban perfectamente, pero á los dos años de estar allí me cansé y volví á rodar por el mundo.

—Es decir, que te escapaste.

—Cabal. Habia un monje anciano que me trataba bien y con un cariño... Pero los otros me daban con las disciplinas, y esta fué la causa de que el pájaro volase de su nido. Me recogió un labrador, no sé á qué distancia del monasterio, porque yo anduve muchas horas por caminos ó veredas; aquél me endosó á un pariente suyo de Jumilla, y más adelante fuí á parar á casa del cura de Fortuna. Ya tocaba yo mi guitarrillo, me dí al canto, y el buen prelado gustaba de mis coplas. Así es que me nombró monaguillo, y llegué á ser con el tiempo indispensable por mi voz en la misa mayor. Cuatro años entretuve allí, cantando unas veces, otras zurraba á los hijos del sacristan, y por último, un dia que el padre rompió en mi cabeza dos vinajeras, se me ocurrió á mí desencuadernar un misal en la suya.

—Muy bien; adelante.

—Pues ahí concluye; ayer ocurrió eso, y hoy, sin permiso del cura ni de nádie, tomé las de Villadiego.

—¿Pero y tus padres?

—¡Mis padres! Ahora me voy á Murcia, en Fortuna me enseñó el organista algo de música, y con ella y mis dos puños...

—¿Sabes leer y escribir?

—¡Ya lo creo! Y hablo el latin como el castellano.

—¿Pero y tus padres?

—Jaime, ya es completamente de noche y deseo marcharme.

—Eso esperaba yo para poder dejarte en buen camino. Vamos, y no hablemos más del asunto, pues te pones de mal humor cuando te...

—Que te dejas el sombrero.

—No; ya está en la cabeza.

—¿Por qué te embozas tanto?

—Figúratelo; para que nádie me conozca.

—¿Daremos con el camino?

—Sí, conozco el terreno bien, y esta noche tendremos luna.

Los dos continuaron hablando sin dejar de andar. Jaime habia recobrado todas sus fuerzas, y en tal instante contestaba á Leopoldo, pero meditando en cosa diferente.

De este modo atravesaron el terreno que los separaba del camino de Orihuela. Ya en él, dijo Alfonso:

—Leopoldo, este arrecife te lleva á la ciudad; empieza á salir la luna, no necesitas de mí y debo retirarme. ¿Quieres algo más?

—Gracias; que seas muy feliz, ya que hoy te niega esa fortuna el destino.

—Oye, muchacho; te quedo muy agradecido á lo que has hecho conmigo, y si algun dia puedo devolverte...

—Calla, hombre, eso nada vale.

—¿Vas indefenso?

—Sí, porque la navaja que llevo...

—Toma mi cuchillo.

—¿Y tú?

—Me basta con la escopeta.

—Tienes que defender tu vida.

—Si con el cañon no basta, de poco me serviria esa hoja.

—Lo acepto por ser tuyo. Gracias.

—¡Estrecha mi mano, y hasta que Dios quiera que volvamos á vernos!

—No te olvidaré nunca. ¡Adios!

—Ni yo á ti, generoso mancebo.

Y Leopoldo continuó adelante.

Habia aparecido la luna en su cuarto creciente, y Jaime se subió á una altura, en la cual permaneció inmóvil hasta que dejó de ver la figura de Leopoldo.

—Ya no puede perderse,—dijo,—ni acontecerle nada, siendo así que entró en la vega y está toda ella poblada de casas y barracas. ¡Qué muchacho tan noble! Por él no me maté, y á su generosidad debo el haber recobrado las fuerzas y estar en disposicion de hacer algo por mí.

Y pensando en su porvenir, se dirigió hacia Catral, con más valor que prudencia.

El tiempo trascurrido y los muchos sufrimientos de que era víctima fomentaban en él una desesperacion que, si bien se debilitaba por algun incidente del momento, pronto volvia á aparecer más fuerte y hostigadora que nunca.

Lo crítico de su situacion debia indudablemente proporcionarle terribles consecuencias. Era llegado el caso, segun los datos que tenemos á la vista, de que se sucedieran los acontecimientos con pasmosa rapidez.

CAPITULO III.

De Herodes á Pilatos.—No todos los hombres son escribas y fariseos.—Encuentro terrible.—Uno herido y otro muerto.—La célebre partida de los Mogicas.

Jaime pensaba realizar las nuevas ideas que en aquellos momentos brotaban de su cerebro, y aconsejado por la desesperacion se dirigia, como hemos dicho ántes, á Catral. Recordaba bien lo que le habia ocurrido la noche ántes; daba por hecho que algunos de los escopeteros estarian alerta, y no le era desconocido el grave peligro que iba á correr; pero confiaba en sus piernas, y como quiera que la necesidad apremiaba, no vaciló un instante, y por veredas extraviadas se acercó al pueblo. Como una ardilla trepó hasta la copa del árbol más alto que habia en los alrededores, notando con placer que no distinguia sér humano en las calles de Catral, si bien várias luces le demostraban que no todos los vecinos dormian.

Descendió inmediatamente, y, embozado hasta los ojos, llegó á la villa. A los trescientos pasos saltó una tapia, no tardando en hallarse en el huerto de la casa en que deseaba entrar. La puerta de comunicacion estaba cerrada; pero la ven-

tana que habia encima se encontraba abierta, salia por ella luz, y no léjos distinguió una escalera de mano, á beneficio de la cual bien pronto se vió dentro del edificio. Allí habitaba el dueño de la viña que él guardó, el que concluia de cenar en el momento que fué sorprendido por nuestro fugitivo. Su amo estaba solo, y al verlo se puso en pié, exclamando:

—¡Qué es esto! ¿Quién eres?

—No se asuste V., señor amo,—le contestó Jaime dándose á conocer;—es su antiguo guarda, que le viene á ver de este modo por serle imposible de otro. En sus manos pongo mi vida, y esto le probará que nada debe temer de mí.

El dueño de la casa notó con sentimiento que los dos criados, únicos séres que le acompañaban, proseguian cenando en la cocina del piso bajo, y se resignó á oir á Jaime, si bien demostraba claramente el disgusto con que lo hacía.

Alfonso aparentó no comprenderle, cerró la puerta que comunicaba con el interior, y frente á frente del otro, le dijo:

—Ya sabrá V. la desgracia que me ha ocurrido por guardar su propiedad como le ofrecí.

—Sólo escuché que por una disputa mataste al *Zurdo*, sin darle tiempo á que se pudiera defender.

Jaime le oyó con calma, refiriéndole luégo lo acontecido, sin añadir ni quitar nada.

—Esta es la verdad,—dijo por último,—así Dios me valga como no mentí, y me creo con derecho á solicitar de usted la proteccion y amparo que no me negará.

—Lo siento, Jaime, pero te declararon asesino, probablemente serás sentenciado á horca, y yo nada puedo hacer por ti. El que alberga á un criminal incurre en grave delito.

—Yo no vengo á que V. me oculte en su casa; mas tiene dinero, es amigo del alcalde, y si se declara V. padrino mio, otra será mi suerte.

Sin vacilar le contestó su amo:

—Imposible; yo no puedo proteger á un... Vamos, al que mató á otro.

—Fué por guardar mejor la hacienda de V.

—Dicen lo contrario, y te repito que te sentenciarán á muerte.

—Para que no cometan esa injusticia le pido por caridad su influencia en el pueblo.

—No tengo ninguna; hoy, Alfonso, estoy mal con todos. Lo más que puedo hacer por ti es pagarte el mes que tenías vencido, añadiendo un pico. Ahí tienes media onza.

—¿Solo eso ofrece V. á un desgraciado cuya vida peligra porque le calumniaron villanamente?

—Lo siento, lo siento mucho, pero no puedo más; toma ese dinero y márchate.

—¿Toda esa caridad tiene su alma?

—No quiero comprometerme; además, sería inútil.

—Se intenta cuando se trata de socorrer á un infortunado.

—Jaime, si te han visto entrar y vienen, me van á prender á mí tambien por encubridor; con que huye ó llamo á los que están abajo.

—Por última vez, señor; socórrame V., y que la Vírgen María le inspire.

—¿Te vas, ó grito?

—Sí, señor, ya me marcho.

—Por donde has entrado.

—Por ahí.

—Eso es. Coge la plata, y que Dios te proteja. Abrevia.

Jaime tomó el dinero, y arrojándoselo al rostro á su amo, exclamó:

—Miserable; me niegas hasta la defensa que te pide el reo; ¡ay de ti si soy sentenciado á muerte! No te muevas, porque te parto el corazon de un balazo. ¡Silencio! Ahí tienes tu dinero. Eso es poco; por cada maravedí me darás un dia no lejano mil reales. ¡Te regalo el último mes que te serví, mas la defensa que hice á tu hacienda al matar al *Zurdo*, te ha de costar cuanto tienes! ¡No te levantes, perro, que te tiro!

—¡Me has herido en la cara! ¡Vete, vete!

—Ya lo hago, pero esta bala...

—¡No apuntes, que puede salir! ¡Por Dios!

—¡Ay de vosotros, ay de mí!

Jaime saltó por la ventana, y desde el quinto peldaño de la escalera portátil se tiró al suelo.

Su amo, en cuanto le hubo perdido de vista, gritó:

—¡Ladrones! ¡Ladrones! ¡Al asesino!

Los criados repitieron las voces, se asomaron á los balcones los vecinos de Catral, muchos se echaron á la calle, entrando vários en la casa del amo de Alfonso, el cual, herido en el rostro con los cantos de los duros que le arrojó Jaime con bastante violencia, seguia gritando:

—¡Favor, vecinos, favor! ¡Me ha sorprendido Alfonso, y ved cómo me ha puesto!

A la vez cogia el dinero que le tiró el otro, y se lo guardaba, repitiendo:

—¡Salid, buscadlo y que lo prendan! Por esa ventana se descolgó.

Jaime en tanto habia saltado la tapia, se internó en la vega y corria hácia la sierra de Crevillente con velocidad que, segun dicen testigos oculares, no tenía parecido en el mundo. Oyó los gritos de su amo, percibia luégo las pisadas de los mozos, y sin volver la cabeza desapareció, llevando la sonrisa en los labios y la desesperacion en su alma.

A los tres cuartos de hora dejó de caminar, y tirándose al suelo, dijo:

—¡Estoy en Crevillente y no me siguen los hombres; pero traigo conmigo el dolor, la pena y el más acerbo despecho! Soy más valiente que ellos, más fuerte, mas inclinado al bien, y sin embargo tengo que huir, que vivir como la fiera. ¡Maldicion! ¡Si no tuviera mujer y un hijo, pegaba fuego á Catral, y luégo!.. ¡Qué ideas! Me abandona la Vírgen y me desoye Dios. ¡Ay, cuando así sucede, debo haber sido malo; y lo fuí, que pude rehusar la pelea con el *Zurdo*, y ahora viviria!.. Mejor está él que yo, mucho mejor.

Y permaneció sentado sobre la estribacion de la cordillera hasta la media noche.

Su ardor se habia templado algo.

—¡Voy á Crevillente,—se dijo,—veré á nuestro antiguo amo, y si se niega como el otro, abrazaré á mi hermano y que Dios me ilumine, porque de lo contrario!..

Muy embozado entró en el pueblo de Crevillente, llamando á la puerta de una casa grande y de buen aspecto.

Todos dormian en el pueblo, inclusos los habitantes de la morada en que deseaba penetrar Jaime.

Allí habia aspirado Alfonso los aires natales; allí tenía parientes allegados y amigos de la infancia, y en el intervalo de los golpes que daba á la puerta recordaba el infeliz las horas tranquilas y apacibles que vió trascurrir en aquella populosa villa. Todo le era conocido; no existia calle que no llevara á su memoria un acontecimiento grato.

Al quinto golpe que dió, le preguntaron desde dentro:

—¿Quién es?

—Abre, Pepe,—contestó Alfonso.

—¿Cómo te llamas?

—Sal, hombre, que bien me conoces.

—Recuerdo la voz, pero no caigo.

—¿Está D. Pedro?

—Duerme.

—Soy Jaime Alfonso.

—¡Jesús, lo que dicen de ti!

—Nada temas; deseo hablar con el amo un momento, y en seguida me marcho.

—Pero si está en la cama...

—Pepe, que me persigue la justicia, y si me cogen...

—Tienes razon, hombre. Entra. Ahora cierra. ¿Te ha visto alguno?

—No.

—Me alegro. ¿Con que al *Zurdo* le distes?..

—Antes me hirió él á mí.

—Tu mujer ha escrito la verdad, y ya sabemos por aquí cómo fué el caso.

—Me alegro. Avisa á D. Pedro.

—¿Qué le vas á decir?

—Vengo á pedirle amparo y proteccion.

—Malo, malo, Jaime; has equivocado el camino. Si yo pudiera favorecerte y muchos otros, los mozos están todos de tu parte; pero el alcalde y los amos...

—Quién sabe. Don Pedro tiene mal genio, mas á mi padre y á mí siempre nos trató bien.

—Porque os necesitaba. En fin, despierto está y se lo voy á decir. ¿Oyes cómo me llama? Sube y espera en el comedor.

Jaime quedó sólo y á oscuras en una habitacion que le era conocida.

Diez minutos después regresó el criado, dejando un velon sobre la mesa. Al salir dijo á Alfonso:

—Ánimo, que ahí viene.

Segundos después entró á medio vestir D. Pedro. Era un hombre de sesenta años de edad, grueso, ricachon, que habia sido alcalde y solia tratar con bastante despotismo á los que se llegaban á él pidiendo ó molestándole.

Entró con mal gesto, exclamando:

—¡Vaya una hora de venir!

—Señor,—le contestó Jaime,—me persigue la justicia, tengo necesidad de ver á V., y sólo á media noche...

—¿Qué quieres?

—Me van á sentenciar á muerte porque ignoran la verdad.

—Sí, unos dicen que asesinaste al *Zurdo* y otros que le has muerto peleando.

—Eso último es lo cierto.

—Ya no soy alcalde ni puedo hacer nada en tu causa.

—Lo sé; pero si V. me diese un ciento de ovejas, me iria al monte con ellas, y allí, escondido con mi hermano... Daria á V. lo que otras veces...

—No debo quitárselas á ninguno, Alfonso, ni estoy en disposicion de comprar más.

—¡Señor, por María Santísima!

—Me pides un imposible; debiste comprenderlo y no venir á esta hora.

—Señor, que soy bueno y me están ustedes empujando al crímen.

—¿Y á mí qué me importa? En el monte tienes á los Mogicas, y uno más ó ménos influye poco.

—¿Con que V. me aconseja?..

—Yo, nada; déjame dormir y has lo que mejor te cuadre.

—¿Con que uno más ó ménos influye poco?

—Claro está.

—Puede que se equivoque V.

—Son ya más de veinte; roban, matan y hacen...

—Todo eso es poco para lo que merecen algunos hombres.

—¿Te largas?

—Sí, señor; pero grabe V. bien en la memoria la causa que me ha traido aquí, y que salgo negándome V. hasta un vaso de agua.

—Tu hermano tiene aljibe y puede darte la que quieras.

—Pues me voy á su casa á beberla. Cuando nos volvamos á ver, si llega ese caso, y si no llega, sin vernos, pagaré á V. la deuda que contraigo esta noche.

—En paz estamos; nada te debo ni me debes. Marcha de aquí.

—Mi padre sirvió á V. veinte años, yo diez; son treinta: no olvide V. esa suma.

—A los dos os pagué. Largo.

Jaime bajó sonriendo, pero aquella risa era fatídica, amenazante.

En el portal le esperaba el criado, el cual le alargó un bulto, diciendo:

—Toma, Alfonso, pan, longaniza y treinta reales.

—¡Treinta! ¡La misma suma! Gracias, Pepe; la comida esa me ahogaria por ser de D. Pedro. Guarda los treinta reales y no los gastes, que te han de producir por accion tan noble treinta mil.

—Chico, no te entiendo.

—No importa; estrecha mi mano, y hasta más ver.

—Me llama otra vez. Toma esto, hombre.

—No lo quiero. Adios.

—¡Y se va! ¡Cuidado no te cojan! ¡Huye al monte! ¡Corre! ¡Qué calma tiene! Me voy adentro por no ver su cachaza.

Alfonso anduvo várias calles con paso lento. Se iba mordiendo los dedos de una mano, en tanto que con la otra oprimia fuertemente la escopeta: de este modo llegó á casa de su hermano, que tenía poco más de catorce años, pues nació el 4 de Abril de 1795 y se llamaba José Juan Alfonso. Al morir su padre les dejó una docena de cabras, Jaime cedió á su hermano menor la parte que le correspondia, y con el producto de ellas vivia José Juan. Habitaba una casita vieja y ruinosa, situada en un extremo del pueblo.

Jaime saltó la tapia del corral, forzó una ventana, sorprendiendo á su hermano dormido.

Después que hubo encendido luz lo despertó. Al reconocerlo el jóven, se abrazó á su cuello, gritando:

—¡Hermano mio, te persiguen, te van á matar!

—Allá lo veremos, José. Dame la jarra aquella y luégo hablaremos.

—¿Tienes sed?

—Mucha.

—Bebe. ¡Ay de tí, Jaime! ¿Por qué mataste al *Zurdo*?

—¿Qué te importa á ti ni qué entiendes de eso?

—¿Y si te ahorcan?

—Ya procuraré yo que no me cojan.

—Ha venido requisitoria de Catral, y estuvo aquí la justicia tres veces.

—¿Te hicieron algo?

—Reconocieron la casa, y no hallándote, me amenazaron si no decia dónde estabas.

—¡Qué torpes!

—Aun cuando yo lo hubiese sabido, primero me cortarian la lengua que declarar nada. ¡Qué desconocido estás con esas barbas!

—¿Te pegaron en el pueblo?

—Al contrario, los mozos dicen en voz baja que has hecho perfectamente, y si ellos pudieran no te ocurriria cosa mala.

—Muy bien; era cuanto deseaba saber.

—Jaime, si te ha visto alguno y vuelve la justicia...

—Qué le hemos de hacer; la recibiré á tiros.

—Aguarda un poco.

—¿Qué intentas?

—Aquí está mi hacha; si llegan te ayudaré.

—No es mala tampoco tu sangre. ¿Qué dinero tienes, José?

—Once cuartos; pagué ayer la casa... Pero no te importe; te vas esta noche al monte, yo vendo mañana las cabras y lo poco que tenemos, y en seguida te iré á buscar.

—No pienses nunca en eso; me creen asesino y jamás debes asociarte á mí.

—¿Y por qué?

—Porque yo no quiero.

—Eres mi hermano.

—Que velará por ti sin conducirte al mal.

—Yo deseo que mi suerte sea la tuya.

—Pues yo no.

—¡Jaime!

—José, hablemos de otra cosa ó me marcho y no me vuelves á ver. Siendo así que el pueblo de Crevillente me hace justicia y nádie se mete contigo, continúas como hasta aquí, mostrando indiferencia á todo lo que tenga relacion conmigo.

—No te comprendo.

—Hermano; es menester que para el público me juzgues muerto.

—Pide otra cosa, porque eso no puede ser.

—Me conviene á mí que lo hagas.

—Entónces es diferente; pero me va á costar trabajo.

—No importa; entre nuestros amigos y parientes hablas de mí; pero con los restantes reserva completa.

—¿Me darás á menudo noticias tuyas?

—Sí.

—¿Te veré?

—Tambien.

—¿Dónde?

—Aquí.

—Te vas á comprometer.

—Calla, necio; todos me desconoceis.

—No te enfades por eso. Yo sé que eres muy hombre, más pueden cogerte, y si te mataran...

—Todos hemos de morir, sea ántes ó después, José Juan.

—Pero todos dicen que cuanto más tarde mejor.

—Los pobres no tenemos medios de ser avaros ni áun con nuestra vida.

—¿Por qué no haces algo, Jaime? Yo en tu lugar hablaria á D. Pedro, á tu amo el de Catral y á otros.

—Ya lo hice, hermano, ¡y si vieras cómo me trataron!..

—¿Se niegan?

—A todo.

—¡Somos desgraciados; te persiguen, y los malditos!..

—Sal al corral y mira la hora que es.

José le obedeció, diciéndole al volver:

—Más de las dos de la madrugada.

—Ordeña una cabra, cuya leche beberé ántes de marchar; luégo hablaremos hasta las tres, y en seguida partiré al monte.

Así lo hicieron ámbos, dando Jaime instrucciones á su hermano sobre la conducta que debia observar para que nadie le molestase. A las tres lo abrazó, diciendo:

—Adios, José; sigue en todo mis consejos, y que Dios te haga más feliz que á mí.

—Jaime, tus palabras me aterran; yo quiero irme contigo.

—Te lo prohibo; soy tu hermano mayor, hago las veces de padre y no puedes desobedecerme.

—¿Pero qué va á ser de ti sin dinero ni medios de ganarlo?

—No lo sé; mas el mundo es grande y en él hay para todos.

—Deja que venda las cabras y te lleve...

—Ni una sola, y te ruego no aumentes con tu terquedad las desgracias de que soy víctima.

—Te obedeceré.

—¡Adios, hermano!

—¡El cielo vele por ti y la Vírgen te acompañe!

Jaime saltó la tapia y fué á partir, deteniéndole un suspiro que exhaló José desde la parte adentro del corral.

—No todos son indiferentes á mi suerte,—dijo Alfonso;—en este pueblo tengo deudos y amigos que me seguirán á todas partes. ¡Aquí volveré, si la Divina Providencia no se compadece de mi suerte!

Y se dirigió al monte con paso lento, mirada vaga y sombría. A la hora de caminar se paró de nuevo, y desde la altura donde estaba, exclamó:

—Va á aparecer la aurora, clara y hermosa para todos los hombres, negra y horrible para mí. ¡Llevo quince dias de un martirio perpétuo, de un tormento peor que la muerte! Ya no se me presenta el *Zurdo*, y consiste en que me mira más desgraciado de lo que él está. ¡Qué generoso fué mi amo; qué noble D. Pedro, cuando entre ámbos pudieran haberme librado de una muerte deshonrosa que no merezco y á la que no quiero sujetarme! ¿Qué haré? ¿Pegarme un tiro? Dijo Leopoldo que eso es de cobardes, y tiene razon. Y si conservo la vida, ¿cuál va á ser mi suerte? La de un bandolero... mas la de un bandolero que dará fin de sus enemigos; que á todo el que le hizo daño... Bien; me agrada. Antes desechaba las ideas de venganza, pero ya no puedo; me entrego á ellas en cuerpo y alma. ¡Venganza, venganza!

Y corrió por el monte más despechado y furioso que nunca.

Sus amos acababan de precipitar á Jaime, negándole una proteccion que él les pidió con humildad, más todavía por horror al crímen que por temor á la muerte.

Seriamos injustos si no declarásemos, ántes de seguir adelante, que Alfonso, desde que nació hasta el momento de matar al *Zurdo*, habia sido hombre de bien, leal como pocos, y

tan exacto en el cumplimiento de su deber, que nunca dió lugar á la más leve reprension. Era valiente, atrevido; pero rehusó en lo posible toda clase de peleas, aceptando solo aquellas que no podia rechazar sin mengua de su nombre y fama. Comedido en sus conversaciones, reservado y hasta prudente en ocasiones dadas, refrenaba á menudo los impulsos de su fogoso carácter, y habia nacido indudablemente para ser un buen amigo y mejor esposo y padre. Le faltaba, no obstante, segun dijimos al principio, la educacion que trasforma al hombre, le contiene, lo eleva y lo conduce; y sin ella y precipitado por el torrente donde ahora le empujaban su destino y los hombres, debia cambiar por completo, pasando desde cordero á leon. Sus amos, al verlo tan humilde y sumiso, le trataron mal; sin tener en cuenta que era valiente, enérgico, sagaz, atrevido, y que en vez de piernas tenía alas, á favor de las cuales desaparecia como un meteoro. Estas cualidades y otras, de que ya hablamos anteriormente, desconocidas de los de Catral y por muchos de Crevillente, debian muy en breve producir un resultado funesto.

Ya hemos visto que Jaime Alfonso rechazó en un principio todas las ideas de robo y esterminio que se agolpaban á su mente; pero la desesperacion y el despecho le embotaron la conciencia, y modificando su buena índole le empujaban al precipicio.

Continuaba corriendo por entre várias colinas y á la vez murmurando:

—¡Venganza, señores de Catral; venganza, ingratos de Crevillente; ay de vosotros, ay de mi! ¡No me quereis bueno; culpaos á vosotros mismos si al trocarme en malo os destruyo como el rayo asolador! ¡Quemaré vuestras mieses, vuestros ganados serán mios, y la bala de mi escopeta os buscará sin tregua ni descanso en cuanto deis un paso fuera de la poblacion! ¡Guerra eterna á los que cerraron los ojos al ver mis lágrimas, á los que no me quisieron humilde y á su pesar me contemplarán orgulloso! ¡Llegué á ellos sediento de justicia; en vez de agua me dieron acíbar; pues guerra, y si el patí-

bulo ha de concluir conmigo, que pase yo ántes por encima de sus cráneos rotos y desechos por la mísera planta que ellos hicieron arrogante y cruel!

Jaime llevaba el rostro encendido, rígida la musculatura y fiera la mirada; pero de pronto cambió, quedando parado. Una melodía dulce, arrobadora, acababa de llegar á su oido, y, como á la fiera del desierto, le detuvo.

—¿Qué ruido es ese?—exclamó.—¡Ah, estoy al pié del monasterio y los padres elevan sus preces á Dios! ¡Qué música tan agradable tiene ese órgano! Me lleva á la iglesia; pues entro.

Y Jaime penetró en el atrio, cayendo de rodillas con las manos cruzadas, abandonada la escopeta y en actitud verdaderamente ascética.

El sagrado asilo que contuvo su carrera era un pequeño edificio situado en la espesura del monte, y en el que diez y ocho ó veinte monjes consagraban á Dios sus vidas, léjos de las turbulencias y agitacion del mundo.

Jaime oró con admirable recogimiento. Las melodiosas notas del órgano, y el tierno cántico de los frailes, arrancaron de pronto de su impresionable corazon los instintos de venganza, el odio y despecho que acumularon en él los acontecimientos de la noche y anteriores, y en este instante no era otra cosa que un pecador afligido, el cual demandaba perdon y misericordia. A las voces de venganza y muerte habian reemplazado frases tiernas; á la desesperacion siguieron el dolor y el arrepentimiento. Y este caso, repetido muchas veces en la vida de Jaime, nos prueba que nunca fué malo por índole, toda vez que su sola conciencia en ocasiones dadas, y en otras la idea de Dios, lo separaban del delito, siquiera fuese por algun tiempo y hasta tanto que nuevas causas venian á precipitarlo.

Tres cuartos de hora permaneció de rodillas, apoyadas las manos en el pecho y rezando fervorosamente. Concluyeron el órgano, el cántico de los monjes, y entónces Alfonso levantó la cabeza, púsose en pié, y exhalando ronco suspiro, se

santiguó para continuar su camino. Triste y meditabundo avanzaba por la espesura del bosque y lo más áspero de las breñas.

—Yo no quiero ser malo,—decia;—mi corazon rechaza el crímen, y todavía era capaz de perdonar á cuantos me han ofendido si la suerte me proporcionara medio de subsistir léjos de estas tierras y en compañía de mi mujer é hijo. ¡Felices esos monjes que ven correr su existencia entre oraciones dirigidas al Todopoderoso, haciendo bien á sus semejantes y con vida tranquila y solitaria! ¡Ah, por qué habré yo nacido hijo de un pastor; por qué me enseñaron tan poco!

Media hora después se tendió debajo de unos árboles, quedando dormido; el cambio que sufrieron sus ideas habia sido completo; pero ignoraba mucho, sus pasiones estaban siempre en guardia dispuestas á dominarle, y los de Catral y algunos de Crevillente, por odio y envidia, debian necesariamente precipitarlo, de no acabar con él. Lo desconocian, y Jaime ignoraba lo bastante para no ver el único medio de librarse de la tormenta que le amenazaba.

Durmió seis horas y anduvo de nuevo; á los pocos pasos halló á un pastor conocido, que le cedió la mitad de su comida, permitiéndole que bebiera la leche que quiso; con él y otros compañeros pasó dos dias, durante los cuales disfrutó de completa tranquilidad. En este período se olvidó de sus enemigos, admirando la generosidad y cariño con que le trataban aquellos pobres y antiguos camaradas. Llegó el domingo, y Jaime se levantó al amanecer, diciendo á los pastores:

—Puesto que pensais bajar al pueblo, yo me voy á misa al monasterio, y en la cabaña os aguardaré.

Uno de ellos le contestó:

—Jaime, reza aquí y no te espongas, que es fiesta, acude mucha gente á esa iglesia, con las barbas llamas la atencion y puede algun mal intencionado venderte. Todos te conocen en el monte, no puedes entrar en el convento con escopeta, y hasta que se olviden de ti debes ocultarte.

—No pierdo hoy la misa áun cuando me ocurriera una

desgracia; los dos últimos domingos dejé de oirla, y este no me quedo sin ella.

Sus amigos continuaron persuadiéndole, pero él estaba decidido á marchar, y así lo hizo después de despedirse de ellos tiernamente.

Antes de llegar al monasterio dejó la escopeta escondida entre las ramas de un árbol, llegando á la iglesia á la vez que vários montañeses y selvícolas. Jaime, recatándose en lo posible y sin darse á conocer á nádie, entró en el templo, y en un rincon separado del sitio en que aguardaban los demás devotos, esperó de rodillas la llegada del sacerdote, el cual se detuvo todavía más de media hora. La misa era cantada, por lo que duró una hora. Al concluir, todos se fueron saliendo. Jaime dejó trascurrir diez minutos más, y cuando nádie quedaba en la iglesia abandonó el templo, notando que se hallaban cerca de allí vários montañeses, los que en vez de partir á sus hogares cuestionaban acaloradamente.

Muy embozado Alfonso, mirando á los costados, receloso y aligerando el paso, llegó al árbol donde tenía la escopeta, que cogió con ánimo de encaminarse á la cabaña; pero en el mismo instante oyó una voz que á larga distancia le gritaba:

—¡Huye, Jaime, que te han denunciado!

Alfonso se estremeció, no de miedo, sino de ira, y en vez de ganar la espesura volvió hácia el monasterio, viendo correr á vários montañeses en direccion opuesta. Uno de aquéllos, separado de sus compañeros, descendia por la derecha sin cesar de decir:

—¡Huye, Alfonso, que te matan!

Jaime continuó mirándolos hasta que la distancia y los árboles los ocultaron de su vista. Entónces exclamó:

—Los pastores tenian razon; me reconocieron, y alguno me ha vendido; pero Catral está dos leguas... Pudieran sin embargo los escopeteros hallarse en Crevillente ó cerca del monte, y yo he permanecido en la iglesia más de hora y media. La caverna del solitario aquél está al extremo opuesto, me hallo en un paraje donde no hay cuevas y el peor sitio

del monte para huir y esconderme. ¡Quién sabe! Puede que las voces de ese campesino ó montañés que parece amigo mio sean inspiradas por el sólo temor de que me cojan. Desde aquella altura se domina cási toda la sierra; observaré, y puesto que tengo más piernas que todos ellos, en cuanto los vea huyo, dejándolos burlados como de costumbre. La hora y el terreno no son los mejores.

Y dudando de todo, comenzó á subir una empinada cuesta. A la mitad de su ascenso, y como á doscientas varas de la cúspide, aparecieron de pronto en la parte más elevada veinte hombres, que al verlo gritaron:

—¡El es, fuego!

Y sonaron algunos tiros.

Jaime exclamó:

—¡Los de Catral con algunos de Crevillente! ¡Maldicion! ¡Otros por la izquierda! ¡Tambien por la derecha! ¡Estoy perdido!

Y tirando la manta huyó de frente con extraordinaria celeridad.

Las balas habian cruzado tan cerca de él, que su rostro sintió el calor de algunas; eran cuarenta y dos hombres entre los tres grupos que ahora le perseguian, y en verdad que conceptuó imposible toda defensa. Sin querer les salió al encuentro, le iban al alcance, y á pesar de su prodigiosa carrera no le quedaba, al parecer, otro medio que entregarse ó morir. Eso le gritaban sus perseguidores. Alfonso comprendió que estaba perdido; pero muerte por muerte, prefirió la de un balazo en el monte á la del afrentoso patíbulo.

Sin detenerse le hacian fuego graneado, del cual le libraba su suerte, y ya les habia adelantado algo, efecto de sus admirables piernas, cuando se sintió herido en la pantorrilla izquierda.

—Esto es lo peor,—dijo;—ahora no hay remedio para mí; pero sólo me entregaré cuando me hayan cogido.

Y comenzó á saltar con la pierna derecha, fijando el pié izquierdo al caer para apoyarse y dar de nuevo otro salto.

Así continuó diez minutos. La sangre salia de su pantorrilla con demasiada celeridad, y todavía avanzaba Jaime, ganando más terreno que sus contrarios. Uno de éstos, que iba delante de sus compañeros y como á ochenta pasos de Alfonso, le seguia gritando:

—¡Entrégate Jaime, que vas herido! Yo te ofrezco respetar tu vida.

Mas nuestro fugitivo no hacía caso alguno de las voces, y en este momento descendia una cuesta saltando con su sola pierna derecha. Así, por más que parezca increible, llegó el valiente jóven á la hondonada. Para continuar tenía que empezar á subir, y eso era imposible con una pierna sola y debilitado como iba quedando por la falta de sangre y el cansancio. Al llegar al fondo se detuvo y volvió, viendo á cincuenta pasos al jefe de los escopeteros de Catral, que era el más bravo y corredor de todos.

Aquél se detuvo tambien, diciendo á Jaime:

—¡Entrégate!

—¡No; si andas un paso más te abraso!

—¡Pues muere!

—¡Muere tú!

Ambos se habian echado á la vez la escopeta á la cara é hicieron fuego en el mismo instante. La bala del de Catral pasó rozando el hombro derecho de Jaime; la de éste dió en la frente de su enemigo, deshaciéndole el cráneo.

—¡Le he muerto!

Dijo Alfonso, tiró la escopeta, comenzando á subir la pendiente apoyadas sus manos en los tallos de romero y tomillo de que estaba cubierta la sierra.

Cada vez vertia más sangre su pantorrilla izquierda; pero haciendo esfuerzos prodigiosos, sobrehumanos, intentaba seguir ascendiendo á gatas, resuelto á no rendirse miéntras alentase.

Detrás del jefe llegaron los escopeteros; al ver muerto al que los mandaba, montaron en cólera, descargando sus armas en Jaime Alfonso, después de asegurar la puntería.

Sonaron quince tiros, y Jaime rodó por la pendiente hasta llegar abajo.

—¡Es nuestro!

—¡Es nuestro!

Gritaron los mozos, y fueron á descender; más les detuvo la voz de uno de ellos, que exclamó, poseido de terror:

—¡Alto! ¡Los Mogicas!

Todos miraron al frente, viendo sobre la altura que queria ganar Jaime diez ó doce hombres armados de trabucos, y cuyo número aumentaba por instantes.

Los de Catral y Crevillente tenian descargadas sus escopetas y los Mogicas iban á disparar sobre ellos, cuando trasmitiendo el primero que dió la voz á los suyos el pánico de que estaba poseido, se oyó un grito unánime, que dijo:

—¡Huyamos!

Y todos desaparecieron en un segundo.

Los Mogicas bajaron sus enormes trabucos á la voz de uno de los suyos, que gritó:

—¡Dejadlos que corran! Al enemigo que huye, puente de plata.

—Han muerto al de las barbas.

Añadió otro.

—Veámoslo, que es valiente y dejó seco á nuestro terrible enemigo el jefe de los escopeteros.

—¡Alto!—tornó á gritar el primero, añadiendo:—Bajad dos nada más y subidlo muerto ó vivo; los restantes quedad preparados por si se rehacen, cargan y vuelven esos canallas.

Este hombre fué obedecido por todos. Antes de pasar adelante digamos algo sobre los bandidos que socorren en este momento á Jaime Alfonso.

Los Mogicas fueron tres hermanos nacidos en la comarca de Crevillente. El mayor y segundo eran más feroces que valientes; el menor más bravo que sanguinario. Por causas que desconocemos se marcharon los tres á la sierra, no tardando en presentarse al frente de una partida que en poco tiempo realizó bastantes robos, cometiendo excesos y hasta asesina-

tos horribles. Bien pronto aterrorizaron con sus hechos el país, y áun cuando salieron muchos escopeteros en persecucion de ellos, nada lograron. Los Mogicas descansaban de dia y robaban de noche, huyendo continuamente de un lado para otro con el fin de cansar á sus enemigos, burlando las asechanzas y sorpresas. Ahora que reunian el mayor número, eran veinticinco, bien armados, con dinero, pero mal avenidos. La mayoría optaba por seguir infundiendo el terror en el país con asesinatos y atrocidades, y una gran minoría aceptaba á despecho tal conducta por imponérsela con los trabucos el resto, inclusos los jefes principales.

Se hallaban almorzando en una cueva cerca de allí, cuando un vigía oyó el fuego que los de Catral hacian á Jaime. Todos se armaron inmediatamente, mandando exploradores, que volvieron diciéndole:

—Vários escopeteros persiguen á un barbudo que desconocemos y vienen hácia acá.

—Pues tomemos aquella altura,—exclamó el Mogica mayor, que hacía de capitan,—y si podemos sorprender á los escopeteros, fuego en ellos hasta que no quede uno.

Y llegaron por la espalda á la altura que queria ganar Jaime, en el momento que este se detuvo para descargar su escopeta sobre el de Catral.

Los Mogicas y demás bandidos aplaudieron interiormente la certera puntería del que empezaron á apellidar *Barbudo*, admirando su serenidad y la entereza con que á pesar del reguero de sangre que iba formando su herida trepaba á gatas sin tregua ni descanso.

Todos quisieron favorecerle, no tanto por compasion, desconocida de la mayor parte, cuanto porque acababa de matar al terrible jefe de sus enemigos. Pero en el instante de ir á verificarlo vieron aparecer más de cuarenta escopeteros y vacilaron en el primer momento; notando luégo que después de descargar dudaban, concluyendo por huir á la voz de:

—¡Los Mogicas!

Les permitieron desaparecer sin hacerles fuego, temiendo al número y á que cargasen y se rehicieran.

No tardaron en subir los dos que fueron por Jaime, dejando á éste tendido á los piés de los Mogicas. Todos le contemplaban con interés, cuando el capitan dijo á uno de ellos:

—*Barbero*, tú que entiendes de cirugía mira si está muerto ó si vive.

El aludido dejó su trabuco y reconoció á Jaime, contestando:

—Sólo tiene un balazo en la pantorrilla y algunos chichones en la cabeza que le han privao del sentío. ¿Le curo?

—Sí, hombre; que ha muerto á aquel perro que queria dar fin de toos nosotros.

—Pues venga agua.

Poco después cortó el *Barbero* la hemorragia de la pierna de Jaime, y lavando la herida fijó en ella un apósito hecho con tiras de pañuelos. Después refrescó las contusiones, terminando por decir:

—Ya está; si lo llevan á la cueva lo pongo bueno ántes de seis dias.

El capitan reflexionó un poco, concluyendo por exclamar:

—Este hombre es muy bragao y nos conviene en la partía; á la cueva con él, y anda aprisa no vengan los otros y tengamos que correr, dejando al *Barbuo* en poer de los mastines. Está media legua; cuando os canseis unos que carguen otros con él, y adelante, que urge.

Así lo hicieron, desapareciendo de allí por entre riscos y árboles hasta perderse en lo más escondido de la sierra.

La parte de terreno accidentado de Crevillente ha sufrido una completa metamorfósis; lo que en el dia son unas cuantas colinas con montes y sierra y poco de montaña, árido todo y por consiguiente descubierto, eran, en la época que pasa nuestra novela, inmensos bosques poblados de pinos, chaparros, lentisco, romero, balaco, tomillo, ajedrea, esparto, albardin, carrizos, adelfas, juncos y otra multitud de arbustos y plantas de que hoy sólo queda el recuerdo. Hacemos esta

observacion porque la mano del hombre ha segado cuanto habia en aquella extensa superficie, y el viajero que hoy se detenga á mirar los desnudos picos de Crevillente no podrá comprender que allí se hubiera escondido nunca un sólo hombre y menos la célebre partida de bandoleros llamada de los Mogicas; pero repetimos que al principio del siglo, y áun bastante después, estaban aquellos sitios tan poblados de árboles y plantas espesas y elevadas, que era muy difícil atravesar el monte áun para los mismos que le conocian.

Jaime eligió para teatro de sus fechorías otras sierras más empinadas, extensas y difíciles, de las que hablaremos en adelante. Ahora concretémonos al terreno ocupado por los Mogicas.

Hemos dicho que estos bandidos eran por lo general feroces é inhumanos, y así resulta de los relatos que escuchamos á algunos de los que les conocieron. Para que nuestros lectores puedan formar una idea de la crueldad de aquellos hombres, vamos á referirles uno sólo de los medios que empleaban para asesinar á muchos de los infelices que caian en su poder. Cuentan que cogieron vários perros á los cuales condenaron al ayuno; luégo les echaron un maniquí, en cuyo figurado estómago escondian el hígado y la asadura de un carnero; los mastines se arrojaban á el, viéndose precisados por el hambre á destrozarlo, para sacar lo que tenía dentro y devorarlo instantáneamente. Acostumbrados los perros á no comer otra cosa que las artificiosas entrañas del maniquí, fieros por la clase á que pertenecian y obligados por sus amos, se abalanzaban á los hombres, triturando sus cuerpos hasta deshacerlos. Eran seis alanos terribles, que infundieron más terror en el país que todos los bandoleros juntos de España, y téngase entendido que á principios de este siglo menudeaban por todas partes.

A esa clase de hombres debia Jaime Alfonso la vida, segun hemos visto anteriormente; pero al asociarse á ellos tenía que sufrir una variacion completa la partida hasta llegar á desaparecer, pues Alfonso no era sanguinario ni se

gozó jamás en el daño que pudiera causar á sus semejantes.

Tambien debió á los Mogicas el seudónimo de *Barbudo,* con que empezaron á designarle por los pelos que cubrian su rostro, y el cual llegó á nuestros dias; mas conviene advertir que Jaime Alfonso, á excepcion de este primer período, que fué muy corto, nunca usó barba ni bigotes como no fuera artificiales. Contribuyó, sí, á que el apodo se perpetuara en el país, la costumbre que de antiguo hay en él de llamar barbudo al hombre que demuestra valor y entereza de alma. Jaime, repetimos, jamás usó después en el monte barba, patilla ni bigote; sólo en ocasiones dadas, en que se veia obligado á disfrazarse para entrar en las ciudades ó pueblos, descomponia su rostro de diferentes maneras; pero esto lo hacía rara vez. Hemos insistido tanto sobre este tema, para deshacer por completo el error que se viene siguiendo por escritores que han presentado á Jaime con grandes barbas, fundados sin duda en el seudónimo, y no es cierto, sucediendo en esto lo mismo que con la mayor parte de lo que dijeron de él. Fué demasiado cauto y sagaz el célebre bandolero para ocurrírsele llevar un distintivo que sólo usaban en aquella comarca los frailes capuchinos, y el que le hubiera hecho blanco de las balas enemigas y objeto de una persecucion más acertada y segura que la que siempre tuvo.

Ya hemos presentado la primera y segunda faz de la vida de Alfonso; en la una como pastor y guarda fué honrado, leal, buen hijo, esposo, padre y excelente amigo; en la otra, aunque sufrido, algo fiero, vengativo y osado. Pasemos ahora á conocer la tercera, que fué causa de que su nombre llegara á la posteridad.

CAPITULO IV.

La cueva de los malhechores.—Sorpresa de Jaime.—Sana, vacila y opta por lo peor.—El crímen en su grado más hediondo.

Una hora después de haber rodado Jaime al fondo de la rambla donde le cogieron los Mogicas, débil por la sangre que perdió, dolorido por el balazo y contusiones recibidas y fatigado por su anterior carrera y la fiebre que ahora le molestaba, abrió los ojos, mirando en torno sin sorpresa ni admiracion.

Se hallaba en el interior de una cueva, tendido sobre un monton de paja; le habian desnudado y cubierto sus carnes con un pedazo de grosera jerga. Nuestro enfermo recobraba en aquel momento la razon, y al volver á percibir la luz creyó que se encontraba en el fondo de un calabozo.

—Me hirieron,—dijo,—y me han encerrado en esta horrible mazmorra. ¿Por qué no me habrán asesinado? Recuerdo que después de matar al jefe de los escopeteros huia con gran trabajo de mis perseguidores, cuando se rompió la mata en que me apoyaba y caí, sintiendo á la vez una descarga, cuyas balas no me atravesaron por la oportunidad con que se que-

bró el tallo y perder instantáneamente el terreno que habiá ganado á costa de esfuerzos sobrehumanos. Después se extravió mi razon y de nada más me acuerdo. Caí sin duda á la rambla, y allí me cogieron los de Catral y Crevillente, trayéndome á esta prision, desde la cual me llevarán al patíbulo. Ahora no hay defensa posible; á la muerte del *Zurdo* se ha unido la de otro que representaba la justicia, y sólo me resta perecer. ¡Cúmplase la voluntad de Dios!

Jaime se movió de un lado para otro, tornando á decir:

—¡Qué rareza; no me han puesto grillos, esposas ni cadena! ¡Muy malo debo estar cuando así me dejan! ¡Que no se fien mucho!.. Tengo hinchada la pierna, arde mi sangre y siento calentura; pero no estoy tan mal como ellos creen; más me molesta la sed que el resto de lo que padezco. La misa y mi imprudencia me han perdido. Desoí primero la voz de los pastores; luégo aquel acento amigo que me avisaba, y léjos de hacerle caso corrí sin saberlo en busca de mis enemigos, cuando pude tomarles delantera y entónces hubiera sido otra cosa. A nádie puedo culpar; mi arrojo y temeridad son la sola causa de que me lleven al patíbulo ántes de cumplir veinticinco años. ¡Ay, qué suerte, qué suerte la mia!

Y guardó silencio, cruelmente molestado por ardiente sed.

Poco después oyó tocar una guitarra y seguidamente las voces de vários hombres que cantaban, haciendo la parodia de horrible bacanal. Al escucharlos Jaime, exclamó:

—Serán los presos que están en la habitacion contigua; ¡qué alegres y qué satisfechos se encuentran! No me sucede á mí lo mismo. ¡Qué copla tan desvergonzada! ¿Cómo les permitirán cantar de ese modo? Votan, juran y ofenden á Dios como yo no escuché jamás. Por lo visto las cárceles en España son lugares inmundos y repugnantes. Yo no estuve en ninguna hasta ahora, y por eso me admira tanto. ¿Qué veo? Esto no es calabozo; parece una cueva; aquello son trabucos, mantas; y esta bóveda es el hueco de un monte. Cierto: me habrán metido aquí los escopeteros miéntras descansan... Pero es imposible; ellos no usan esa clase de armas. Allí veo un

viejo, recostado sobre la roca, dormido al parecer. Le voy á despertar, que ese podrá enterarme.

Y comenzó á gritar:

—¡Eh, abuelo! ¿No me oye? ¡Buen viejo! ¡Alerta!

—¿Qué es eso? ¿Quién me llama?

Exclamó el interrogado, y medio dormido aún, fué á salir; pero Jaime le detuvo, añadiendo:

—¡Aquí, abuelo!

El anciano se acercó á Alfonso, preguntándole:

—¿Cómo estás?

—Mejor.

—No me extraña; el *Barbero* es el mejor cirujano en diez leguas á la reonda.

—¿Dónde me hallo?

—En la cueva del *Duende*.

—¡Qué lejos me han traido!

—Pa que no te cojan los escopeteros.

—¿Quiénes sois?

—Muchacho, no tengas cuidiao, que estás mu bien defendío y ha mandao el capitan que te se trate á cuerpo de rey.

—Veamos si es cierto. ¿Me das agua?

—Y vino, y lo que tú quieras, *Barbuo*.

—Mézclalo.

—¿Agua y vino?

—Sí.

—Allá voy. Espera, que en este puchero te pondré las dos cosas. ¿Tendrás bastante? Hay una micheta (1).

—Sí.

Y lo bebió con ansiedad.

—Gracias,—añadió.—Me ahogaba la sed.

—Pide lo que quieras. Dice el capitan que eres un valiente y que pones la bala onde el ojo.

—¿Quién es el capitan?

—Como perdiste el conocimiento ignoras lo que pasa. Pus

(1) Medida vulgar usada en el reino de Valencia, equivalente á cuartillo y medio.

has de saber que te libró de los escopeteros la partía de los Mogicas, y que estás entre nosotros.

—¿Es cierto? ¿Me hallo en libertad?..

—Quieto, hombre, que estás herío y ma dicho el *Barbero* que no te levantes ni te muevas.

—¡Los Mogicas!

—Los mesmos; ya verás que gente, si sigues con nosotros; pus no has de seguir; aquí hay vino largo, mucha magra y plata abundante. El que cae en nuestras manos sale más limpio que Adan.

—¿Eres tú de la partida?

—Claro; ellos hacen el acopio y yo compro, vendo y algunas veces preparo la comía.

—¿De dónde eres?

—De Albatera; mi hijo se jué con los Mogicas y yo me juí detrás.

—¿Cómo te llamas?

—¡*Pelon*, y mi hijo lo mesmo! Semos los *Pelones*.

—Ya recuerdo haber oido hablar de vosotros.

—¿Y tú onde has nasío!

—En Crevillente.

—¡En Crevillente!

—¿Qué te extraña?

—La mitá é la partía es de allí.

—Ya lo sé.

—¿Cómo es tu mote?

—Ya me lo has puesto tú, el *Barbudo*.

—¿No tienes otro?

—No.

—¿Y tu nombre?

—Jaime Alfonso.

—¡El pastor, el guarda de Catral!

—Sí.

—¡El que mató al *Zurdo!*

—El mismo.

—¡Muchacho, pues si vales un imperio!

Y el viejo comenzó á gritar:

—¡Mogicas, *Barbero*, *Pelon;* venid toos aquí!

Los sonidos de la guitarra y voces cesaron, precipitándose en la cueva quince bandidos, los cuales preguntaban á la vez:

—¿Qué es eso, tio *Pelon?*

—¿Qué hay?

—¿Se ha muerto?

—No es ná de cuidiao. El enfermo está cási güeno. ¿Sabeis quién es ese que llamais el *Barbuo?*

—No.

—Un hombre... vamos, un hombre mu valiente y que toos conoceis.

—Habla pronto, *Pelon.*

—Pus es Jaime Alfonso el de Crevillente, el que mató al *Zurdo* de una puñalá que lo ejó seco.

Varios se acercaron fijándose en Alfonso.

—¡El es!—exclamaron.—Jaime, echa esos cinco; soy el *Curro.*

—Y yo *Culebra.*

—Y yo el *Salao.*

—Con esas barbas no te habiamos conocío.

—Es mu templao, capitan.

—Mu hombre.

—Ganó la partía con él un regimiento.

—¿Te quearás con nosotros, Jaime?

Y todos continuaron haciéndole preguntas y dándole el parabien por la vida que le habian salvado cási milagrosamente.

Alfonso sentia en aquellos momentos un placer indecible. Es cierto que se hallaba entre gente que le era antipática, repugnante; pero de estar con ella en completa libertad y bien cuidado, á encontrarse en el fondo de una mazmorra, próximo á subir las gradas del patíbulo, habia un mundo de distancia. Olvidó necesariamente el vicio y crueldad que le rodeaban, é incorporándose, fué estrechando con efusion uno por uno á todos los bandidos.

El *Barbero* interrumpió la expansiva escena con las siguientes frases:

—Basta, señores; el *Barbudo* está mejor, pero se encuentra herido y tiene calentura. ¿Habeis notado cómo abrasan sus manos?

—Sí.

—Pues bien; dejadme que le cure del todo, y entónces podreis decirle lo que os parezca; ahora le conviene estar sólo conmigo.

—Tiene razon el *Barbero*,—dijo uno de los Mogicas.—Salgamos, y continúe el fandango, que hoy es domingo. Adios, Jaime.

—Cerca estamos, *Barbuo*.

—Que na le falte. Diquiá luego, Alfonso.

Y fueron saliendo, hasta quedarse sólo con él el *Barbero* y el tio *Pelon*. El primero dijo al segundo:

—Enciende una luz, trae mi morral y agua en el puchero.

Poco despues replicó aquél:

—Aquí está too.

—Pues alumbra.

Y quitó al enfermo el apósito, reconociéndole la pantorrilla.

—Se ha hinchado algo,—dijo,—pero no es cosa mayor; la bala dió ántes en la roca, y de rechazo te llevó un poco de carne.

—Apuntan muy mal esos escopeteros; me tiraron más de cuarenta tiros, y me dió ese por casualidad.

—En cambio tú rompiste el cráneo del jefe; aquel fué sargento y apuntaba bien.

—Cierto; sentí el calor de su bala, que debió pasar rozando con mi hombro.

—Ten la pierna encorvada miéntras reconozco las contusiones. Muy bien; baja la inflamacion, y con estas no es necesario hacer nada. A la herida le voy á aplicar una cataplasma, y pronto la curaré, si bien te quedará señal para toda tu vida. Alumbra aquí, *Pelon*.

Y el cirujano sacó de su morral una yerba que habia cogido al efecto, y, machacando parte de ella, la extendió en un trapo, el cual aplicó inmediatamente á la pantorrilla de Jaime, sujetándolo luégo con su correspondiente apósito. Despues encargó á *Pelon* que acercara un jarro con agua y vino al enfermo, única cosa que le permitia tomar ínterin tuviera fiebre.

Alfonso pidió al viejo que le cuidaba una manta hecha dobleces, en forma de almohada, para apoyar en ella la cabeza, y quedó tan resignado con su suerte, cuanto que en estos momentos aparecia en sus labios una risa satisfactoria. No le era extraño el duro lecho de paja que tenía, ni la caverna ó cueva que le estaba sirviendo de alcoba; acostumbrado desde la infancia á sufrir toda clase de penalidades, nada hallaba de nuevo en su actual situacion, si se exceptúa la herida que sufria; pero aquella no era grave, y le sobraban al futuro bandolero ánimo y valor para no quejarse ni verse abrumado por el dolor que le producia.

El cirujano se reunió á sus compañeros, los cuales continuaban fuera de la cueva tocando uno y cantando cási todos, cuya algazara y bullicio amenizaban con sendos tragos de vino, votos, juramentos terribles y maldiciones.

Jaime en tanto cortó el cúmulo de preguntas que le dirigia el tio *Pelon* con las siguientes frases:

—Anduve hoy más de tres leguas por los sitios peores del monte; estoy herido, cansado, la cataplasma empieza á mitigar mis dolores, y voy á dormir, *Pelon;* cuando despierte te contestaré á todo lo que quieras.

—Bueno, hombre,—replicó el viejo;—voy á preguntar al capitan si come hoy aquí la partía pa preparar lo necesario. ¿Bebes más agua?

—Sí.

—Pues toma, duerme, y diquiá luégo.

No tardo Jaime en cerrar los ojos, quedando al poco tiempo sumido en profundo sueño.

Era cerca del mediodía, y Alfonso continúo durmiendo

hasta las cinco de la tarde, sin que fueran suficientes á alterar su sosiego los gritos y bulla de los bandoleros.

Dos palabras ántes de seguir adelante: habrán notado nuestros lectores que hacemos hablar demasiado bien, para su clase y condicion, á cási todos los sujetos que empiezan á figurar en nuestro libro; pero no es posible otra cosa, teniendo en cuenta que los de Crevillente se expresan por lo general en un valenciano adulterado; los de la huerta de Orihuela terminan todos los diminutivos en *ico*, y los de la de Murcia en *iquio;* y en la partida de los Mogicas, como luégo en la de Jaime, habia de unos y de otros, con presidiarios que mezclaban el *caló* puro y de cárcel con el lenguaje de las tabernas. En algunos casos daremos á conocer los términos que usaban la mayor parte de ellos, para presentar los cuadros y las escenas con la posible verdad; mas no es conveniente otra cosa, porque de lo contrario tendriamos á cada momento que poner notas aclaratorias, que serian interminables y molestas al lector. Por lo mismo que conocemos el país, costumbres, modismos y lenguaje, rehusamos dar una completa propiedad en el decir, que perjudicaria al asunto y á la fácil comprension. Sentado esto, continuaremos nuestra interrumpida narracion.

Despertó Jaime sin fiebre y aliviado de sus dolores; la naturaleza de este hombre era tan privilegiada como sus fuerzas y prodigiosa celeridad con que corria. Halló la cueva en completo silencio, é incorporándose, vió cerca de él al tio *Pelon*, que dormia tranquilamente envuelto en una manta. No tardó en llamarlo, y le hizo sentar á su lado para preguntarle:

—¿Y la partida?

—Comieron toos un arroz que yo les preparé con pernil y bacalao, y aluego, como es domingo, gente jóven y aficionaos... vamos, á aquella Eva, se fueron al cortijo, á caza é gangas. Yo ya estoy curao é espanto, y aquí me queo contigo hasta que vengan por la mañana.

—¿Dónde duermen?

—Ca uno onde puee y sa comoa mejor.

—Me figuro lo que harán, pues ya tengo noticias de sus excesos, y siento que aquellos que me salvaron la vida sean como son.

—Mi hijo ice que lo é los perros y tanta muerte no le gusta, porque á la postre ca uno pagará lo caiga hecho. Y no es sólo mi *Pelon*, sino muchos otros los que están cansaos de ver muertos y sangre; pero los dos Mogicas mayores son tan arrastraos que no poemos con ellos. Icen que el que *espicha* no habla, y yo y mi hijo y otros icimos que nos va á costar caro tanto matar.

Ambos continuaron hablando sobre el mismo tema, y el tio *Pelon* fué tan franco y expansivo con Jaime, que acabó por horrorizar á éste con el relato de los crímenes que llevaban realizados los Mogicas. Los destrozos de los carnívoros perros echados sobre las víctimas despues que les robaban cuanto tenian, las violencias con doncellas, casadas y hasta viejas, y la sangre fria con que practicaban estas tan crueles y repugnantes escenas dos de los Mogicas y la mayor parte de los que les seguian, hicieron pensar mucho á Jaime sobre su suerte futura.

—Yo no puedo unirme á estos hombres,—se decia,—sin exponer mi vida á cada momento, pues nunca toleraré que delante de mí se hagan esas cosas; y es lo peor que de abandonarlos no hallo medio alguno de subsistir. Con la muerte del jefe de los escopeteros acabó mi última esperanza, y léjos de esta gente sólo veo al juez, un verdugo y la horca ¡Ay de mí, qué desgraciado soy! ¡Si yo pudiera formar otra partida!.. En Crevillente y los pueblos cercanos hay hombres de corazon que me seguirian en cuanto les ofreciera dinero; pero es el caso que no lo tengo ni quien me lo dé. No importa; me atrevo yo solo... Eso es; empezaré yo solo, y luégo... Entre los ricos hay algunos tan malos que merecian un patíbulo. Dos de ellos me han conducido al estado en que me veo, y no deben culparme si les hago probar las consecuencias de su mal proceder. No puede ser otra cosa. ¡Ay, bien lo siento, pero la suerte me lleva al robo, y á mi pesar seré ladron! ¡Qué pala-

bra tan horrible; ya me iré acostumbrando á ella, que á todos no nos es posible vivir de la misma manera en el mundo! ¡Cuánto acontecimiento en solos veinte dias; dos muertos por mí, algunos heridos, y luégo me salvan la vida los Mogicas, para caer en medio de una terrible partida de malhechores! Tanto accidente me tienen loco; sí, mi cabeza discurre algunas veces muy bien, y otras... ¡Qué será de mí!

Jaime vacilaba; mas sus buenos instintos jamás le aconsejaron formar parte con los Mogicas, á los que aborrecia desde ántes de estar entre ellos. Despues de muchas dudas é inseguridades, vió en lontananza la partida que más adelante capitaneó, y ante la idea de ser el dueño de aquella comarca, de quitar al rico y de socorrer al pobre, cedió, envaneciéndole la intuicion de sus hechos futuros.

Más sagaz, astuto, valiente y entendido que los Mogicas, dejó al tiempo que le proporcionase la ocasion de abandonarlos. No podia ser ingrato con los que acababan de salvarle la vida; pero tampoco cuadraba á su alma asociarse y ménos obedecer á los que no valian lo que él, eran infinitamente más perversos, y formó su plan, destruyendo hábilmente las contrariedades que se le oponian.

Tres dias permaneció sin abandonar su duro lecho, bebiendo agua y vino y comiendo sólo algunas migas de pan que el tio *Pelon* le daba para que las mojase en aquel líquido. En este tiempo habló dos veces con los Mogicas y compañeros, los que, alegres por la notable mejoría que hallaban en él, intentaron hacerle jurar que los seguiria en el momento que el *Barbero* lo diese de alta. Alfonso contestó de un modo ambiguo, sin negarse ni asegurar nada, con lo cual se dieron por el pronto satisfechos los bandoleros.

Al cuarto dia se encontró Jaime con su herida cási cicatrizada y sano de las contusiones; pero, efecto de lo poco y mal que comió en un principio y de la dieta de los últimos tres dias, se sintió tan débil, que le costó trabajo poderse sentar sobre la paja.

—¿Qué es eso, Jaime?

Le pregùntó el tio *Pelon*, que estaba cerca de allí preparando el almuerzo de los bandoleros.

—Que estoy mal.

Le contestó Alfonso.

—Pùs échate otra vez y espera, que no tardará en venir el *Barbero*; ya deben haber dao el golpe...

—No es eso, tio *Pelon;* de la herida estoy bien, mas se agotaron mis fuerzas de no comer nada.

—Eso se remedia còn faciliá; toma.

—¿Qué es eso?

—Pan y vino; luégo almuerzas con nosotros.

—Buena idea.

Jaime preparó su estómago con parte de lo que el otro le ofrecia, y, reanimado algo, se vistió, sentándose despues sobre una manta.

De este modo le sorprendieron los Mogicas y el resto de la partida. Llegaban aquellos cargados con ropas, alhajas y dinero; algunos manchados de sangre, la mayoría satisfechos, y unos cuantos tristes y cabizbajos. El capitan nombró dos atalayeros que inmediatamente fueron á ocupar sus puestos, mandando dejar dentro de la cueva los trabucos y cuanto concluian de robar. Luégo tendieron mantas en el suelo, sobre las que se rescostaron para almorzar.

Jaime, que estaba en el interior y ninguno habia reparado en él, se acercó al corro, diciéndoles:

—Buenos dias, señores. ¿No contábais conmigo?

—¡El *Barbuo!*

—¡Qué flaco estás y qué descolorío!

—Parece otro.

—Siéntate á mi lao.

—Al mio.

Jaime se puso entre dos Mogicas, replicando:

—Gracias, y si me dais de almorzar, comeré.

—Lo que diga el *Barbero*.

—No hay inconveniente,—contestó aquél.—Eso le falta nada más; con vino y magras se cura lo que ahora le queda.

—Pus á comer toos.

—A comer.

Y dieron principio con trozos de pernil que les habia frito el *Pelon*, siguieron á éste longaniza, blancos, higos secos y almendras crudas, con mucho vino y pan abundante. Miéntras duró este acto prorumpieron los bandoleros en dichos y frases tan repugnantes que no es posible trascribir; Jaime comia efecto del hambre y debilidad que le molestaban, pero no desplegó sus labios durante el almuerzo. Gente sin educacion y cási toda ella de instintos feroces, nada sagrado respetaban sus inmundas lenguas, y al crímen de hacer seguia necesariamente el de decir.

Alfonso estaba aturdido, confuso; su corazon rechazaba aquella sociedad maldita, y miéntras blasfemaban en coro ó particularmente, murmuraba él:

—¡Qué perversidad, qué hombres tan viles!

Concluyó el almuerzo, y todos fueron echándose sobre sus mantas, fatigados por las cinco leguas que habian andado, y borrachos la mayor parte.

Confundido en la partida se hallaba un jóven alto, fornido, nervudo, que tendria la edad de Jaime, el cual tampoco desplegó sus labios durante el acto que acababan de terminar; ántes al contrario, permaneció taciturno, comiendo poco y sin haber apénas probado el vino. Era paisano de Alfonso, y nada existia en su semblante que revelara simpatías por los Mogicas. Riñó por una mujer con otro mozo, se batieron, quedando Amorós, pues así se llamaba, vencedor y muy mal herido su antagonista. A imitacion de Jaime, tuvo que marcharse al monte para huir de la justicia, cayó en poder de los Mogicas, y el hambre y la libertad le obligaron á formar parte de una partida de facinerosos, cuyos hechos le iban cada dia horrorizando más.

Alfonso leyó en el semblante de su paisano Amorós lo mucho que sufria entre bandidos tan crueles, y miéntras aquellos dormian, él se entretuvo en meditar. Más tarde observó en torno, notando con placer que no habia uno solo despierto,

pues el *Pelon* partió á llevar la racion á los atalayeros.

Sin hacer ruido se puso en pié, y ya al lado de su paisano, le dió un golpecito en el hombro. Amorós abrió los ojos, y Jaime, con el dedo índice puesto sobre los labios en señal de silencio, le hizo seña con la cabeza para que le siguiera.

Uno tras otro salieron de la cueva. Alfonso, que al entrar creyó que estaba en una mazmorra y que sólo le restaba morir en la horca, sintió una alegría indecible al hallarse en el monte, ver el sol, contemplar los árboles y poder decir: «¡Soy libre!»

A veinte pasos de la boca de la cueva se sentó sobre una peña, indicando á su paisano que hiciera lo mismo á su lado.

—Amorós,—exclamó Jaime,—he leido en tu cara que no estás contento.

—¿Adónde vas á parar?—le preguntó el otro.

—Eso es lo último; debemos empezar por lo primero.

—Pues di lo que quieras, Jaime, que nos hemos criado juntos, más de una vez medimos nuestras fuerzas, y áun cuando contigo salí siempre mal parado, era el segundo en la villa, me acostumbré á respetarte y áun á quererte, porque nunca pegastes á traicion ni sin motivo.

—Juntos, Amorós, hicimos correr á cuantos se nos ponian delante, y siempre que nos unimos temblaba el pueblo. ¿Te acuerdas?

—Sí, mas no sé á qué viene eso.

—Ya te lo diré. Tú no estás contento con los Mogicas.

—Es verdad, Jaime, pero me persigue la justicia como á ti, y si me cogiera...

—No digas más; te ahorcarian. ¿Qué es peor, vivir con esa gente, ó el verdugo?

—Te diré en confianza que las dos cosas son muy malas.

—Pues librémonos de las dos.

—¿De qué modo?

—Dime ántes, Amorós: tú, que fuiste valiente, ¿qué has hecho con los Mogicas?

—¿La verdad?

—Sin ocultarme nada.

—Chico, descargué mi trabuco al aire y tomé lo que ellos me dieron; ni más ni ménos.

—¿Y en los cortijos con las mujeres?..

—No me hables de eso; más de diez veces hubiera empezado á tiros contra ellos.

—¿De qué te arrepientes, Amorós? Figúrate que estás confesándote.

—Del pan que como y de lo que recibo de esos hombres.

—¿Pero tú no has hecho?..

—Muchas centinelas, salvas, amenazar y estar de testigo.

—¿Me lo juras?

—¡Por mi madre, Alfonso!

—Entónces, si yo algun dia formo una partida de gente como nosotros dos, serás mi teniente.

—¿Con gente que no asesine?

—Claro está; que dé mucho á los pobres y quite algo á los ricos.

—Reúnela mañana, y cuenta conmigo.

—Podiamos irnos desde Fortuna á Fuente del Garrobo, desde Abanilla por la Peña de Zafra, toda la sierra de la Pida hasta el campo de Jumilla. Conozco el terreno por dedos, y allí no hay escopeteros capaces de dar con nosotros.

—Tienes razon; aquello es mejor que esto, y contigo al frente podiamos pasarlo bien. ¿Qué te detiene?

—Hombre, que quisiera yo elegir uno por uno á los que nos habian de seguir, y me falta el anzuelo.

—¿Qué quieres decir?

—Que si yo tuviera plata, sé de una docena...

—Comprendo, y me figuro los que son. Yo reuniré entre todo más de cuatro onzas. ¿Habrá bastante? Y otras dos lo ménos que me tocarán del reparto de esta tarde...

—Es poco dinero ese.

—Ayer jugué al tute y me ganaron la mayor parte.

—No queda otro remedio que el de dar ántes un golpe de mano entre los dos solos.

—Me ocurre una idea.

—Habla, que tu eres *largo* y muy avisado.

—Los Mogicas quieren á todo trance que pertenezcas á la partida; ayer les dijo el *Barbero* que pronto estarias bueno, y no tardarán en obligarte á que te decidas; rehusa tú, yo propondré, como para atraerte, echar una manga, y daré el ejemplo con dos onzas; todos me imitarán, y...

—Comprendo, y no me parece mal pensamiento; luégo nos escapamos, y hasta la eternidad.

—La ocasion convida; nuestros espías aseguran que de toda esta comarca se han ido la mayor parte de los mozos, unos á Valencia y otros á Murcia.

—¿Qué se proponen?

—Han fijado bandos en las esquinas llamando á los españoles á las armas para pelear contra los franceses. Napoleon se llevó al rey, á los infantes; las tropas se han apoderado de las plazas principales, incluso Madrid, y en las demás capitales se han formado juntas que llaman á todo el mundo á la guerra, y unos por voluntad y otros por fuerza, han dejado los pueblos sin escopeteros.

—Si eso es cierto, te aseguro que triunfaremos.

—Jaime, algo he visto yo.

—Pues combinemos el plan.

Y los dos siguieron hablando hasta que fueron interrumpidos por el tio *Pelon*. Jaime contestó á las preguntas que el último les hacía, en tanto que Amorós, entrando en la cueva, volvió á tenderse en el mismo sitio donde estuvo anteriormente.

A las tres de la tarde empezaron á despertar los bandidos, comieron media hora despues, y, terminado este acto, principiaron unos á tocar y cantar, varios á tirar á la barra y á jugar á las bochas, miéntras los últimos lo verificaban al tute.

Jaime habia comido bien, empezaba á recobrar sus fuerzas, la herida no le molestaba, y en este momento, fijo en los

bandidos, permanecia como mero espectador ante aquellos diferentes entretenimientos.

Amorós, disimulando la idea de Alfonso y suya, jugaba á las cartas confundido con sus compañeros.

Ya anochecido, retiraron los vigías, y, encendiendo luces en la cueva, comenzaron á hacer el reparto del robo efectuado por la mañana.

En primer lugar tasaron en una exigua parte de lo que valian las alhajas y ropas, poniéndolas á pública subasta; pero no hubo proposicion alguna, y el capitan se quedó con ellas por el precio de tasacion, dejando en su lugar el importe.

Dividieron luégo en partes iguales el metálico, tomando cada uno la suya. Al tio *Pelon* le dieron noventa y seis reales que habian separado como pico indivisible.

Alfonso se hallaba distante del corro que formaban, contemplando el acto, cuando oyó exclamar á Mogica mayor:

—Tio *Pelon*, salte fuera otra vez, y olfatea. Y tú, Jaime, ocupa su lugar y hablemos.

Y quedaron formando círculo, sentados sobre mantas todos los indivíduos de la partida, incluso el *Barbudo*. El capitan le miró atentamente, diciéndole:

—Alfonso, tú eres *terne* como pocos hombres y nos haces falta en la partía; ya estás güeno, y si quieres acompañarnos te daremos tu puesto y tu parte. No olvíes que *diñaste mulé* á dos, que la justicia te busca, y si te cogen vas al palo. ¿Vusotros admitis con gusto al *Barbuo?*

—Sí.

Contestaron sin excepcion. El capitan añadió:

—Pues al avío. ¿Qué ices tú, Jaime?

—Mogica, yo tengo mujer y un hijo, y hasta que asegure la suerte de ambos no puedo comprometerme á nada. Sé que os debo la vida, os estoy muy agradecido, pero me llaman á otra parte aquellos pedazos de mi corazon.

—¡Vaya por el diablo! ¿Y qué vas á hacer, endino, pa socorrerlos? Tú no tienes *calés*, estarás sentenciao á morir en *alto puesto*, y si te llegan á atrapar...

—Todo eso es cierto, y no sé lo que va á ser de mí.

—Vente con nosotros, que tu mujer ya estará *apañá* con otro que la defienda.

Alfonso se extremeció al oir las últimas frases de Mogica. Amorós, que le conocia bien, no lo habia perdido de vista, y, adivinando la terrible contestacion que iba á dar, se apresuró á cortarle el uso de la palabra, diciendo:

—El *Barbudo* tiene razon, Mogica; su mujer es buena, y su hijo tan pequeño que no debe abandonarlos. ¿Tú sabes lo que habrán hecho con ellos en Catral, donde todos le aborrecen? Pero Jaime hace falta en la partida, porque es muy hombre, nosotros le queremos, y si me ayudais, yo prometo arreglar el negocio.

—¿De qué modo?

Le preguntaron la mayor parte á la vez.

—Dándole cada uno lo que tenga voluntad; con lo que junte puede llevar á su mujer léjos de aquí, y luégo á nuestro lado matar á cuantos escopeteros se presenten, pues ya sabeis que apunta como ninguno sabemos.

—¿Te conviene, Jaime?—le preguntó el capitan.

—Sí.

—¿Cuánto necesitas?

—Doce onzas.

—Mucho es.

—Se las prestamos, y que nos las vaya dando poco á poco.

—Alfonso, ¿juras volver aquí ántes de seis dias?

—¡Lo juro!

—Pues ir echando. Aquí está mi parte.

Y le reunieron las doce onzas en plata y oro, que él cogió, contestando:

—Gracias; no cogeré un maravedí de lo que me dé el capitan hasta que os haya pagado á todos.

—¿Cuándo quieres irte?

—Mañana por la noche.

—¿Estarás ya juerte?

—Sí.

—¿Qué ices, *Barbero?*

—Es más duro que la roca.

—Jaime, si quieres te acompañarán cuatro ó seis.

—No debo comprometer á ninguno. Puesto que ahí teneis ropas de varias clases, con unos zaragüelles y traje de hortelano me disfrazaré, yendo solo y auxiliado de aquella carabina, un buen cuchillo y la canana.

—Pero si te ven esas armas...

—Iré embozado en la manta.

—¿Y los pelos de la cara?

—Mañana me los quitará el *Barbero.*

—Mu bien; pus á jugar toos á la treinta y una; venga la baraja.

—¿A cómo el tanto?

—A veinte reales; gente como nosotros no pone ménos.

Afonso se vió obligado á tomar parte con ellos, y hasta el tio *Pelon* se presentó algo más tarde, diciéndoles:

—La luna está encapotá, la noche escura, y no se istingue á media vara. Capitan, allí no hago falta, y aquí estaria yo guapamente.

—Asiéntate y deja los *parnés* que te hemos dao.

—Pus venga carta.

Como habian dormido parte de la mañana y tarde, siguieron jugando hasta las diez de la noche, hora en que, despues de apurar varios jarros de vino, se fueron acostando unos sobre sus mantas y otros en montones de paja, dejando completamente á oscuras la cueva.

Jaime jugó, segun dijimos, pero sin tomar parte en los votos, ternos y maldiciones con que los bandidos demostraban las diferentes emociones que les producia el juego. Fué el único que se desnudó por completo, y de este modo durmió toda la noche. Al despertar era ya muy de dia, miró en torno, viendo sólo al tio *Pelon* que estaba sentado á la salida de la cueva.

—¿Dónde se halla la gente?

Le preguntó Jaime.

—Por allí corren como cabras.

Le contestó el viejo.

—¿Tienen hoy negocio?

—Pue que caiga, pero ahora van al cortijo de la Lumbrera.

—¿Qué se proponen?

—Divertirse y comer bien.

—¿Cuándo volverán?

—Mañana ó pasao; me ijo el capitan que no se espedía de ti porque como estabas herío no queria dispertarte, y añadió que ahí te ejaba lo necesario, y que te esperaba presto.

—¿Tenemos que comer, *Pelon?*

—Para los dos de sobra.

—Bueno; entónces pasaremos el dia hablando.

—¿Cómo está la pierna?

—Bien.

—¿Te duele cuando andas?

—No. Se fué el *Barbero* sin afeitarme.

—Me ijo que gorveria luego con Amorós.

Y continuaron conversando unos ratos, otros comian, y el resto lo ocuparon en andar por el monte, separándose poco de la cueva. Jaime se enteró minuciosamente de cuanto habian hecho los Mogicas, y en verdad que el tio *Pelon,* con su lenguaje torpe y chavacano, le describió el crímen en su grado más hediondo. Horrorizado Alfonso con el relato de aquel hombre, juzgaba cada vez más acertado y digno su plan.

A las cinco se presentaron el *Barbero* y Amorós. El uno rapó las barbas á Jaime, y el otro le dijo:

—Alfonso, tengo órden del capitan para acompañarte.

—¿Y si te descubren?

—Me disfrazaré como tú, y nuestra suerte será la misma.

El *Barbudo* comprendió que no era hija de desconfianza aquella idea, y sí sólo de una intriga de Amorós para alejarse de los Mogicas y estar el mayor tiempo posible con él.

En cuanto anocheció se vistieron con trajes iguales á los que usan los *huertanos*, saliendo en compañía del *Barbero*, el cual bien pronto se despidió de ellos para dirigirse en busca de los Mogicas, que estaban á la parte opuesta.

Solos aquellos, bien embozados en las mantas, el sombrero hasta los ojos y ocultas las carabinas, cananas y cuchillos, siguieron por el monte miéntras les fué posible. Luégo, no teniendo otro camino que el arrecife, entraron en él sin temor ni sobresalto.

Jaime llevaba la frente contraida y la mirada vaga y sombría; segun iba recobrando sus fuerzas, daba más ensanche al plan que tenía ya trazado, sintiendo una imperiosa necesidad de abandonar á los Mogicas antes de que le obligasen á ser testigo ó actor de algunas de las escenas sanguinarias y crueles que representaban aquellos. Pero no hallaba medio de dejarlos sin faltar á los deberes de gratitud.

Este era el fundamento de las ideas que ahora embargaban su mente.

CAPITULO V.

La época.—El encuentro de los carreteros.—Jaime y Amorós se salvan milagrosamente.—El padre, la madre, el hijo y el amigo.

Antes de continuar la historia de nuestros bandoleros, es preciso que digamos algo sobre la época, toda vez que tanto contribuyó á la impunidad de aquellos. Jaime contó siempre con su sagacidad, destreza y buena imaginacion para eludir las persecuciones y sorpresas de la justicia, durante los diez y ocho años de su vida errante ó bandálica; pero los Mogicas no disponian de esos recursos; eran torpes, soeces y hasta descuidados; la nacion entera se ocupaba en realizar la idea más patriótica que concibió país alguno, y á eso debian la continuacion de sus crímenes. No suelen hallarse cobardes en la comarca donde tales cosas sucedian; y esto confirma lo que hemos expuesto ántes, es decir, que los hombres de todas condiciones emprendian en aquellos momentos la guerra contra el coloso de Europa.

Nuestros lectores saben muy bien que la conspiracion y *suceso del Escorial* fueron orígen de los motines del 17 y 19 de Marzo de 1808, del saqueo de la casa y prision de Godoy, con la afliccion y sentimiento que produjeron tales tumultos en los reyes Don Cárlos IV y Doña María Luisa. Aquellos trastornos dieron por resultado la abdicacion del monarca en

su hijo primogénito el Príncipe de Astúrias, que empezó á reinar con el nombre de Fernando VII.

A la abdicacion siguió tres dias después una protesta, que decia así:

«Protesto y declaro que mi decreto de 19 de Marzo, en el »que he abdicado la corona en favor de mi hijo, es un acto á »que me he visto obligado para evitar mayores infortunios y »la efusion de sangre de mis amados vasallos; y por consi»guiente debe ser considerado como nulo.=Cárlos.=Aran»juez 21 de Marzo de 1808.»

Trajeron al Príncipe de la Paz á Madrid, y eso bastó para que el pueblo de la coronada villa repitiera los excesos de Aranjuez.

Es decir, que saquearon su palacio, arrojando al fuego cuanto hallaron á mano, con otros atentados no ménos punibles.

Las graves disidencias de la familia real, las opiniones encontradas de los grandes y el caos á que todo esto condujo cuando ya los franceses se habian empezado á apoderar de nuestras plazas, decidieron á Napoleon á hacerse dueño de España, sentando en el trono de San Fernando á un indivíduo de su familia. Al efecto mandó á Murat á Madrid al frente de un poderoso ejército, se llevó á Bayona á Cárlos IV, María Luisa y Godoy, despues engañó á Fernando VII, y con pretextos hábiles le hizo tambien entrar en Francia, concluyendo por meter en el vecino imperio hasta los infantes Don Antonio y Don Francisco de Paula; á todos los que retuvo allí en calidad de prisioneros.

La perfidia de Bonaparte y el entusiasmo que habia en España por Fernando VII fueron causa del célebre Dos de Mayo, primer chispazo de una revolucion que debia extenderse por todos los ámbitos de la Península.

No obstante las debilidades y torpezas de la Junta suprema que sustituyó al rey como poder ejecutivo, y sin embargo del disimulo de Napoleon y de su aparente amistad, la nacion rompió el dique, y al grito de «*¡Rey, patria y religion!*» reem-

plazado solamente con el de «*¡Independencia y guerra á los franceses!*» se improvisaron ejércitos, pues el de España estaba combatiendo en el extranjero por la causa de nuestro falso aliado Napoleon, y principió la lucha con encarnizamiento que debia concluir por asombrar al mundo. Los *gabachos*, apodo con que nuestro pueblo calificó á los invasores, estuvieron crueles é inhumanos durante los acontecimientos del 2 de Mayo; después muy impolíticos, y con posterioridad unieron á lo expuesto, el robo, la violencia y cuantos excesos caben en los más feroces conquistadores.

Convencidas nuestras provincias de la ineptitud, vacilacion y torpeza de la Junta suprema, cada capital nombró una junta revolucionaria, y desde ese dia, con celo y ardor incansables, se dedicaron á la formacion de los valerosos batallones que más tarde pisotearon el águila francesa, señora entónces de Europa.

Tambien nosotros cometimos algunos excesos, disculpables en parte teniendo en cuenta el estado á que nos habian conducido algunos de nuestros gobernantes y la falacia de Napoleon. Pero concretémonos á los dos reinos donde pasan las escenas de nuestra novela, terminado el ligero bosquejo que acabamos de presentar sobre el estado general de España.

Murcia y Cartagena fueron las primeras que en la parte oriental de la Península enarbolaron la bandera de la independencia. Empezaron por sacrificar á injusta venganza al capitan general del departamento, D. Francisco de Berja; en Villena mataron al corregidor, y el que aparecia tibio, dudoso ó excitaba sospechas, moria víctima de un entusiasmo y ardor que no conocieron límites. Gran parte de la nobleza, el clero, los frailes, la clase media y el pueblo, todos tomaban parte, y el que no podia sostener las armas, pronunciaba discursos, excitaba á la pelea, y desde la cátedra más elevada hasta el rincon de la taberna, en todos lados se predicaba la guerra, por doquier se prendia la tea de la discordia.

El reino de Valencia siguió al de Murcia, sobreponiéndose al poco tiempo á todas las provincias de España en excesos

que cometió una parte exigua del pueblo. A imitacion de los asesinatos de París durante la revolucion llevada á cabo á fines del siglo XVIII, fueron prendiendo y matando cruel é inhumanamente á todos los franceses avecindados en la capital. Mandaba la turba un canónigo de Madrid, y este horrible atentado fué orígen de nuevos asesinatos jurídicos. Se dispuso regalar á los amotinados una cantidad en dinero, y el magistrado que se encargó de realizar la idea, creyendo dar un golpe hábil, exigia al entregar la suma el nombre y apellido del matador. Fueron pocos los que tomaron parte en tan crueles escenas, pero muchos los infelices cuya miseria les obligó á inscribirse en las listas del magistrado donador. Apaciguado el tumulto, y cuando se hubo logrado que imperase la ley, se trató de castigar á los asesinos, y fueron sentenciados á muerte cuantos estaban inscritos en las mencionadas listas. Como la mayor parte de los apuntados allí eran inocentes, siguió al crímen político el asesinato jurídico, segun dijimos ántes, llegando el caso de perdonar á un reo cuando ya estaba en poder del verdugo y minutos ántes del momento en que lo iban á ajusticiar. Tales eran la confusion y aturdimiento que dominaban y descomponian los cerebros de muchos hombres.

Y no eran solas las grandes poblaciones las que ardian en aquel bélico fuego, en tan ciego entusiasmo; Orihuela, Crevillente, Catral, Fortuna, los pueblos más chicos y hasta en las aldeas, no se hablaba de otra cosa que de guerra, sangre y exterminio. La patria é independencia eran el objeto; Fernando el deseo y la esperanza, y los franceses un enemigo feroz, al que se le acosaba en todas partes, se le buscaba de mil modos y se le mataba como se podia. Nada de esto es censurable si se tiene en cuenta la conducta del enemigo.

Hé aquí la causa de que los Mogicas continuasen cometiendo sus horribles atentados y burlasen la débil persecucion que los pueblos comarcanos podian conceder á estos y otros bandidos. Tanto crímen, sin embargo, y las ideas que ya acariciaban la mente de Alfonso, debian, sin embargo, destruir

por completo una partida de horribles foragidos, más que bandoleros ó ladrones (1).

Ahora que conocemos la situacion de nuestro país, sigamos á Jaime Alfonso y á su futuro teniente Amorós.

Ninguno de ambos conocia el miedo; el primero era sagaz, inteligente y avisado; el segundo, más alto, fornido y membrudo, tenía la fuerza de un alcídes con la musculatura de gigante.

La noche se presentaba clara y fresca, por lo cual disculpaban ellos el ir embozados hasta los ojos. Entraron y seguian por la espesura; al principio guardaban ambos silencio, pero al fin rompió aquel Amorós, preguntando á su compañero:

—¿Te duele la pierna, Jaime?

—No.

—Estás muy delgado.

—Me sobran fuerzas, no obstante, para llegar donde otro.

—De ese modo pronto te repondrás.

—Así lo creo. Me has dicho ántes que todo el mundo se ocupa de la guerra y muy poco de nosotros.

—Es la verdad.

—Te lo recuerdo, porque de ese modo podemos al acabar la sierra entrar en el arrecife y seguir por él hasta la huerta de Orihuela.

---

(1) Cuando se nos estaba imprimiendo el anterior pliego, llegó á nuestras manos el prospecto y entrega primera de un libro que se titula como el nuestro. Nada diriamos, y hasta hubiéramos perdonado con gusto al autor y editor la accion y el propósito, que no queremos calificar, si no viéramos, en la exigua muestra que nos enseña, tal cúmulo de equivocaciones, que nos obligan á insertar esta nota para establecer entre la historia de **JAIME ALFONSO, EL BARBUDO,** que estamos nosotros publicando, y la fábula con que empieza el libro á que nos referimos, la linea divisoria que debe existir entre una y otra publicacion. Ni Jaime usó la barba rizada ni sin rizar que se le supone, ni fué faccioso contra las huestes liberales, ni ménos se hizo guerrillero durante la guerra de la Independencia. Esto último es un absurdo; el terrible bandolero, léjos de ayudar á nuestros padres en la heróica lucha con que asombraron al mundo, buscó en ella la impunidad de sus delitos, siendo asi que en el pais donde se hallaba tomaron las armas cuantos podian sostenerlas para combatir el águila que devoraba nuestro pais. Falta la comarca de defensores, pudo el sagaz Alfonso formar su partida é imponer su voluntad, creando una situacion, dificil más adelante de destruir. Esta es la verdad, y nos alegramos que asi sucediera, toda vez que empañaria la gloria de aquella guerra santa el apoyo del bandido Jaime. La abundancia de datos, noticias exactas y conocimiento de los hechos y del terreno, nos permitirán ir demostrando hasta la evidencia cuanto acabamos de decir. Basta lo expuesto para que el público pueda distinguir.

—¿Allí tienes á tu mujer y á tu hijo?

—Sí, pero ocúltaselo á todo el mundo, Amorós.

—Te lo juro, Alfonso.

—¿Has pensado bien en mi plan?

—No hago otra cosa.

—¿Te decidistes?

—Por completo. Contigo, Jaime, lo quiero todo; sin ti, nada.

—Eres leal como yo, una causa idéntica nos separa de nuestras familias y de los hombres, y nuestra suerte debe ser la misma.

—Lo deseo.

—¿Te hallas dispuesto á hacer sacrificios por la realizacion de mi pensamiento?

—Cuantos sean necesarios.

—Entónces echemos cuentas: yo tengo las doce onzas que me disteis, las cuales me servirán de anzuelo para mi futura idea; conservo además seiscientos reales que gané anoche á la treinta y una. Y tú, ¿de cuánto dispones?

—Gané por la tarde y por la noche; desde que me he unido á ti empieza á sonreirme la fortuna; así es que puedo ofrecerte hoy ocho onzas y treinta y seis reales.

—No; dame la mitad.

—Te equivocas; me quedo con el pico, toma el resto y empléalo en lo que quieras.

—¡Ocho onzas! Dios te lo pague, Amorós; así podré dejar á mi mujer y á mi hijo bastante y emprender nuestra campaña con tranquilidad en lo relativo á esos desgraciados. ¿Qué te parece?

—Líbrame de los Mogicas, no me abandones, y sea lo que tú quieras, Jaime.

—Hasta la muerte, Amorós.

—Hasta la muerte, Alfonso.

Los dos se estrecharon las manos, jurando seguir el mismo camino é idéntica suerte.

A la hora y media de andar por el monte entraron en el

arrecife. La noche continuaba clara y serena, la luna en lleno extendia sus pálidos reflejos por el camino real, permitiendo á Jaime y Amorós que percibieran los objetos á gran distancia.

Al principio anduvieron ambos entre una soledad completa; á los quince minutos se detuvo Amorós, diciendo á su camarada:

—Jaime, se ven bultos.

—Prosigue á mi lado y nada temas.

El primero se paró más adelante, tornando á exclamar:

—Son carros y bestias, y me consta que los dueños van armados por temor á los Mogicas.

—No importa.

—Por los bultos calculo que van allí veinte hombres con un número igual de escopetas.

—Teniente, sigue á tu nuevo capitan y deja que él arregle todos los negocios.

—Si nos descubren... esa gente es peor que los escopeteros.

—Amorós, sé yo más que ellos, y ha de sobrarnos con mi astucia y sagacidad.

—¿Y si un contratiempo?..

—¿Llevas bien cargada la carabina?

—Sí.

—¿Y dispuestas las piernas á correr?

—Tambien.

—Pues entónces, ¿qué temes? Cuando no baste la habilidad, se recurre á la fuerza; y si ésta fuese poco, á la carrera; y puesto que en todo les aventajamos, es una necedad temer.

—Adelante, Jaime, que no he de quedarme detrás.

—Imítame en todo, haz cuanto yo haga, y ya verás como nada perdemos, como algo ganamos entre esos carreteros y arrieros.

Minutos después se incorporaron con diez y ocho de aquellos, todos los que iban guiando sus bestias ó carros á pié y con la escopeta al hombro.

—Buena noche, gente honrada.

Les dijo Jaime, contestándole ellos:

—Venga con Dios.

—¿De dónde sois?

Les preguntó Alfonso; un arriero, que parecia el más listo, le respondió:

—De Aspe, Elda y Novelda; aquí hay de too. ¿Y vusotros?

—Venimos de Crevillente y nos volvemos á la huerta de Orihuela.

—Al pueblo vamos nosotros.

—¿Qué conducis?

—Unos vino, otros arroz, y estos cuatro, bacalao de Alicante.

—¿Y qué se dice en la capital de la guerra?

—Que too el mundo se va contra los franceses. Mira, ¿ves toa aquella gente armá que viene hácia acá? Pus son voluntarios y sordaos que marchan á buscar su regimiento.

Minutos después cruzaron junto á los carreteros cincuenta y ocho jóvenes; iban entonando canciones patrióticas y muy alegres y satisfechos. Unos y otros se saludaron, pasando desapercibidos Jaime y Amorós, confundidos como iban entre los arrieros, por los nuevos servidores de la patria.

Cuando Alfonso hubo dejado de oir el ruido de las pisadas de los patricios, volvió á preguntar al arriero con quien conversaba ántes:

—¿Y qué se dice de los Mogicas?

—Naa; que matan y roban, y si nosotros los llegamos á ver, no quea uno. ¡Qué malos son, qué infames! Toos merecian ser escuartizaos.

—Es verdad.

—Ahora icen que se les ha agregao un *Barbuo* mu terne, pero tan malvao como ellos.

—El *Barbudo*,—le contestó Jaime dominándose,—mató en desafío al *Zurdo* y luégo al jefe de los escopeteros de Catral; pero ántes lo habian aquellos herido á él en una pantorrilla, y no sé si en algun otro sitio.

—Los escopeteros,—prosiguió el arriero,—creen que lo

mataron, pero nusotros sabemos que solo fué herío en la pierna, que le cura el *Barbero* y que presto estará bueno.

—¿Quién os ha dicho eso?

—En la venta nos enteró uno que se lo oyó á los Mogicas en el cortijo del tio Paco. ¡Así reventaran él y toos los que le acompañan!

—Amen.

Contestaron todos los compañeros.

—Los Mogicas bueno, pero el *Barbudo*, ¿qué os ha hecho?

—Unío á los bandoleros, pronto será el peor, el más malo de la partía.

—Vosotros no conoceis á ese hombre ni sabeis lo que es.

—Un pícaro como los otros. ¡Si yo le cogiera!..

—¿Qué harias?

—Poca cosa; le regalaba una onza de plomo.

—¿No has dicho que es muy terne?

—Eso cuentan, pero yo opino que es mentira, como lo del desafío con el *Zurdo* y el del jefe de los escopeteros. Repito que los malvaos son toos asesinos.

Los carreteros y arrieros contestaron en coro:

—Claro es.

Varios añadieron indistintamente:

—Un cobarde que mata por la espalda.

—Que hiere á traicion.

—Como los Mogicas y sus perros.

—¡Si los llegamos á coger!..

—Yo escuartizo al capitan.

—Yo á los otros hermanos.

—Yo al *Barbuo*.

Jaime dejó que dijesen de él cuanto quisieran, dando lugar á que entrasen en la vega.

Iban ahora por un camino recto, distaban de Orihuela tres cuartos de hora y no se veia alma viviente ni delante ni detrás. Las pocas casas y barracas que habia por allí estaban cerradas, y sus habitantes dormidos.

Jaime oyó á aquellos hombres los suficientes insultos é im-

properios para que su sangre ardiese y le abandonara la prudencia. Sin poderse contener más, exclamó:

—Vosotros hablais así del *Barbudo* porque creis que está herido y léjos de aquí; de lo contrario todos temblariais.

Una carcajada fué la primera contestacion que dieron los carreteros á Jaime. Uno de ellos interrumpió la hilaridad de sus compañeros con la siguiente exclamacion:

—¡Voto á!.. ¡Si ahora mismo se me presentase el *Barbuo!*..

—¿Qué harias?

Le preguntó Alfonso.

—Na; de un culatazo... y que no tengo yo fuerza.

—¿Qué decis vosotros á eso?

Volvió á interrogar Jaime.

—Que toos poemos con él.

—¿Juntos?

—No, uno á uno. Esos ladrones y asesinos son cobardes; por eso se reunen tantos y sorprenden.

—Pero si el *Barbudo* no es asesino ni ladron.

—Pus no ha de ser: como los Mogicas.

—¿A quién ha robado?

—A muchos.

—¡Qué bárbaros sois!

—¿Qué?

—¿Qué?

—¡Cortarle la lengua!

—Conmigo os atrevereis porque no esta aquí Jaime.

—¡Al agua con él!

—¡A la acequia!

Y varios fueron á empujarle.

Alfonso miró á derecha é izquierda del camino, y no distinguiendo á nádie, tiró de pronto la manta, echándose la carabina á la cara.

—Alto,—exclamó;—al que se mueva lo mato; Amorós, desarma á los diez y ocho; al suelo las escopetas y todos boca á bajo. Muy bien, soy Jaime Alfonso, el *Barbudo*, y basto contra todos! ¡Ay del que dude ó vacile!.. ¡Miserables!.. Así me

gusta. Pára los carros, Amorós; en uno de ellos hay cuerdas; comienza á atarlos... sin tanta prisa, que hemos de morir una vez, y es indiferente que sea ántes ó despues.

Alfonso habia sorprendido á los carreteros, les ganó la accion, y con su valor y sangre fria principió á dominarlos de un modo absoluto. Al principio demostraron ellos sorpresa; á ésta siguió el terror, y juzgaron, efecto de su pavura é ignorancia, que aquel encuentro era una emboscada de los Mogicas, y obedecieron á Jaime, implorando algunos su compasion.

José Amorós, compañero del *Barbudo*, se mostró sereno tambien; y subyugado como los carreteros por la mirada, actitud y frases de su futuro jefe, le obedecia en estos instantes sin réplica ni vacilacion.

Miéntras el uno ataba, el otro, oprimiendo con su izquierda la carabina, arrojaba con la derecha las escopetas de los arrieros á una acequia que tenía á diez pasos.

En veinte minutos concluyeron ambos su operacion.

Detenido por Amorós el primer carro, se pararon los restantes, en union de las recuas que les seguian. Y á las voces de Jaime siguió un silencio terrorífico para los carreteros que temian á Alfonso, y para éste y Amorós, que previeron, no sin fundamento, la llegada de algunos jóvenes de los que continuamente corrian en busca de la bandera que alzaba nuestro país en pos de su independencia.

Jaime volvió á exclamar:

—No entraba en mis cálculos ofenderos á ninguno ni áun detener vuestro paso; pero me habeis calumniado, y sin yo haceros daño alguno jamás, me arrojásteis al rostro tanta infamia y mentira que es preciso un escarmiento. Ya estais todos desarmados, inútiles las escopetas y sujetas vuestras muñecas. Ahora, Amorós, puesto que se han empeñado en que somos ladrones, en que robamos, sea así, y que caiga sobre los que nos precipitan toda la responsabilidad del hecho. A las fajas; tú á esos y yo á estos; desprecia los cuartos, pero que no les quede una sola pieza de oro ó plata.

Y ambos comenzaron á sacarles de uno de los extremos de

la faja, en que los naturales de aquel país guardan el dinero, cuanto aquellos llevaban en plata ú oro.

—Abrevia, Pepe,—prosiguió Jaime;—á la luz de la luna se distingue bien lo que buscamos, y siendo así que el enemigo no puede estar más humilde y resignado, conviene aligerar... ¿Qué es eso?

Exclamó el *Barbudo* de pronto, y, abandonando su operacion, se tendió en el suelo aplicando el oido á la tierra.

Inmediatamente se puso en pié, y haciendo una seña á Amorós, se separó con él á un lado.

—Espera,—le dijo;— oigo pisadas.

—Y yo tambien.

—Hácia Orihuela distingo bultos.

—¡Estamos perdidos, Jaime!

—¡Qué locura! Sella los labios y que no te vuelva á oir esa frase.

—¡Es caballería; míralos; huyamos!

—Detente. Corremos nosotros más que aquellos potros, y entre el laberinto de árboles de la huerta.

—¿Qué aguardas? Van á llegar...

—Miro sólo si vienen ó no armados, porque de llegar indefensos nos prestarian dos de sus jacos. Pero no, son muchos; lo menos treinta, y traen sables. Por aquí, Amorós.

Y ambos corrieron por un sendero estrecho de la vega como dos exhalaciones.

A la vez se pusieron en pié varios carreteros, gritando en coro:

—¡Favor, favor! ¡Nos roban los Mogicas! ¡Por esa senda!

Los que venian era una partida de jóvenes pertenecientes á la clase acomodada de la sociedad, los cuales, provistos de armas, dinero y caballos, iban resueltos á alistarse en la bandera de la *Independencia* y perecer por su patria. Eran cuarenta y dos. Al oir las voces de los carreteros picaron á sus potros, llegando un instante después.

—¿Qué acontece?

Preguntaron. Un arriero les contestó:

—Que nos han atado las manos, tiraron nuestras escopetas á la acequia y estaban robándonos cuando os oyeron.

—¿Decis que son los Mogicas?

—Hemos visto á uno de ellos y á Jaime el *Barbudo*, pero los demás deben estar cerca.

—¿Por dónde han ido?

—Por ahí.

—¡Compañeros, á ellos! Unos por aquella vereda; los demás seguidme.

Los valientes jóvenes desnudaron los sables, y uno tras otros, pues sólo así podian marchar por la vega, caminaron á escape, resueltos á acuchillar á los ladrones. Todos recordaron los crímenes cometidos por los Mogicas, y se prestaban con el mayor gusto á exterminar una partida bandálica que tenía aterrorizado el país. Y es indudable que de ningun modo mejor hubieran podido inaugurar la gloriosa lucha por la independencia de su patria, que destruyendo ántes á los Mogicas y secuaces. Pero ellos iban en la persuasion de hallar toda la partida, segun indicacion de los carreteros, y esto debia contribuir necesariamente á la salvacion de los dos únicos que habian realizado la sorpresa, desarme y robo de los arrieros.

Los valerosos patricios corrian sin cesar de gritar:

—¡A ellos!

—¡No temais sus disparos!

—¡Detengamos á los Mogicas!

—¡No envainemos nuestros sables miéntras quede uno!

—¡Sirva este ensayo de nuestro bautismo de sangre!

—¡Viva España!

—¡Viva el rey!

—¡Mueran los bandidos y los franceses!

Y con más entusiasmo y ardor que prevision y acierto, se extendieron por la vega.

Jaime y Amorós, echado el cuerpo adelante para que no sobresalieran sus cabezas de los cáñamos y maízes que tenían á derecha é izquierda, corrieron cinco minutos.

De pronto se detuvo el primero, diciendo á su teniente:

—¡Alto! Esconde la carabina y manta entre la matas de este melonar. Haz lo que yo; eso es, que nada se vea. Ahora, sígueme.

Y ambos treparon como ardillas hasta llegar entre el ramaje de una enorme higuera que habia junto al melonar.

—¿Qué intentas, Jaime?

Preguntó Amorós.

—Silencio miéntras yo observo.

El uno se apoyó entre varias ramas, en tanto que el otro subió algo más para dominar desde allí cuanto pasaba en torno.

El árbol en que se hallaban era tan grande y estaba tan poblado de hojas, que áun de dia hubiera sido muy difícil distinguir á nuestros dos bandoleros. Más de una vez hemos admirado en las vegas de Murcia y Orihuela la grandiosidad de estos cirtíceos de la poligamia dioecia, los cuales no se parecen en tamaño ni espesor á las raquíticas higueras que vemos en Castilla y otras provincias; hasta el fruto de las murcianas es mayor é infinitamente más agradable al paladar. A alguna distancia se parecen á esos enormes nogales que se ven al Sur de España y áun en los empinados montes de nuestra costa cantábrica.

El relato de este hecho de Jaime se lo hemos oido á uno de los tres indivíduos que áun viven, procedentes de la partida del *Barbudo*, pobres ancianos, cuya situacion y edad rechazaban el cuento y la mentira.

Un minuto despues de estar Jaime observando, le llamó la atencion su compañero con las siguientes frases:

—Alfonso, que llegan los de caballería y no tenemos defensa alguna. ¿No los oyes?

—Sí, y los veo; van á pasar á veinte varas de nosotros.

—¡Estamos perdidos!

—Al contrario; existen en la huerta de Orihuela más de mil higueras como esta, y en el caso de suponer ellos, lo cual es imposible, que nos hemos escondido en una, era preciso que adivinasen cuál es, lo que me parece más imposible aún. Silencio ahora.

Y quedaron mudos ambos. Más tarde continuó Jaime:

—¿Los has visto?

—No.

—Pero les habrás oido.

—Sí.

—¡Qué entusiasmo, qué demencia! Cruzaron junto á nosotros; unos se dirigen hácia el rio y otros van por la derecha rivalizando en ardor. ¡Quién pudiera defender su causa! A nosotros, José, no nos es posible seguir ese camino; nosotros tenemos que ocultarnos, robar y sufrir!

—Ya no se les oye. ¿Dónde están?

—Corren sin direccion ni rumbo seguro.

—Y nosotros, ¿qué hacemos?

—Esperar su regreso.

—¿Para qué?

—Cuando ellos se cansen de recorrer la vega, entónces volveremos á emprender nuestra interrumpida marcha.

—Yo no conozco esta huerta.

—Yo sí.

—¿Y los carreteros?

—Esos aguardan la vuelta de nuestros perseguidores, y pronto caminaremos delante sin que nos vuelvan á ver en mucho tiempo.

El astuto Jaime calculaba en estos instantes, por efecto de la necesidad, admirablemente, y pareciéndole poco todavía, sacaba la cabeza por encima de la copa de la higuera, para dominar un rádio extensísimo de la vega.

Media hora después decia á su compañero:

—Ya vuelven.

—¿Los ves?

—Mejor que á ti, pues estás como la araña escondida entre su tela. Se unen á los carreteros; en este momento les dan, á mi juicio, la fatal noticia de que los pájaros volaron y no es posible hallarlos. Claro es, se alejan de nuevo en la misma direccion que llevaban al principio. ¿Les oyes cantar? Dicen en la copla que van á perecer por su patria y por su rey;

á nosotros, José, nos cogerá el verdugo... Abajo, que ya no hay cuidado.

—Esperemos un poco más.

—No es necesario.

—¡Qué vivo eres en ocasiones dadas! ¿Ya estás en el suelo?

—Sí.

—Aguarda; que yo no puedo...

—Te enroscaste á esa rama como una culebra... Déjate caer. Ahora cojamos nuestras mantas y carabinas.

—¿Y los carreteros?

—¿Quién hace caso de esa pobre gente desarmada y vencida? Más miedo llevan ellos que nosotros desde que les abandonaron los patriotas.

—Pues adelante.

—Embózate bien, como yo, y continúa á mi lado.

—¿Qué decias antes del verdugo?

—Nada. ¿Te asusta ese nombre?

—Un poco.

—Entónces hablaremos á menudo de él para irnos acostumbrando y perder el miedo. El verdugo, Amorós, es un hombre como otro cualquiera, que le mandan ahorcar y lo hace sin miramiento alguno; obedece á la justicia y cumple con su oficio; por lo demás, no es feo ni horrible. Y pregunto yo: ¿qué diferencia hay entre morir de un balazo, de una puñalada ó por una cuerda que le rodean á uno al cuello y tiran hasta ahogarlo? Ninguna. Antes me horrorizaba la idea; pero desde que pienso á menudo en la muerte, me va siendo igual...

—Jaime, hablemos de otra cosa.

—Me es indiferente.

—¿Dista mucho la barraca donde se alberga tu mujer?

—Un cuarto de legua.

—Apretemos el paso.

—¿Más aún? Pues si voy sudando, á pesar del fresco de la noche.

—¿Estaremos seguros al lado de tu cuñada?

—Sí.

Y los dos prosiguieron diez minutos más sin ver á nádie ni oir el más leve ruido.

Ambos se detuvieron á la puerta de una mísera choza. Jaime miró en torno, y, satisfecho de su reconocimiento, llamó, dando á la vez su nombre por la cerradura.

Instantes despues estrechó á su mujer y cuñados. La primera lloraba con temor y alegría, y los otros le miraban con sorpresa.

Alfonso, con ternura impropia del cambio que habia sufrido su modo de vivir, se aproximó á la cama de donde concluia de levantarse su mujer, y con los ojos húmedos, levantó en alto á un niño que oprimió en seguida contra su pecho, exclamando:

—¡Hijo mio, cuántos suspiros me cuestas, cuántas lágrimas! ¡Ay, qué desgraciado soy; qué infortunados os hice á ti y á tu madre! ¡Lloras! ¡Es natural; mi destino es ese! ¡Toma, mujer; calma la afliccion de ese ángel, el cual con sus gritos me parte el alma!

Y se lo entregó á la madre, que le dió el pecho para acallarlo.

Jaime se dirigió á sus cuñados, que permanecian como mudos espectadores, preguntándoles luégo:

—¿Qué se cuenta de mí entre vosotros; qué dicen?

—Antes de contestarte, déjame que encienda una luz y cierre la puerta de la barraca. ¿Es amigo tuyo este hombre?

—Sí, paisano y compañero; me sigue á todas partes y me quiere como á hermano; nada temas de él.

—Pues sentaos, que pronto acabo.

—Falta nos hace, que hemos andado mucho. Ocupa esa silla, Amorós; estamos entre amigos, y en verdad que puedes dejar tu carabina junto á la mia en aquel rincon.

El dueño de la barraca cerró la puerta y encendió la luz, segun habia ofrecido, concluyendo por sentarse, formando círculo con los cuatro restantes. Luégo contestó á Jaime:

—En este rincon de la huerta, Alfonso, no se habla nada de Catral ni de los de Crevillente; aquí se sabe muy poco de lo

que pasa en el resto del mundo. Refieren, sí, que hay guerra contra los franceses, los mozos cambian el azadon por el fusil, abandonan á sus padres y se van á Valencia. Con tal motivo se entretienen los que quedan en hacer suposiciones sobre los combates y nada más. Yo, desde que está aquí tu mujer, me retraigo en lo posible de alternar con los vecinos, y de este modo aguardo que la Providencia mejore tu suerte.

—Rafael,—añadió el *Barbudo*, dirigiéndose á su pariente,—eres pobre, mi mujer debe serte gravosa, y esta idea me tuvo muy desazonado desde el momento en que la dejé aquí hasta hoy.

—Mal hecho; donde comen dos, caben tres, y por cierto que mi cuñada, contra mi voluntad, gana lo que le doy.

—¿Qué hace, Rafael?

—Jaime, ayuda á mi mujer en las faenas de la casa, y ambas á mí en las de la huerta.

—Te oí decir en una ocasion, que serías el hombre más feliz de la vega si fuera tuya la tahulla (1) que cultivas junto á la acequia mayor.

—Ya lo creo; es el mejor terreno de la huerta.

—¿La venden?

—Es de unos menores, y hace tiempo que la hubieran enajenado si tuviesen comprador.

—¿Tanto piden por ella?

—Mucho, y áun cuando lo vale, como están los tiempos tan malos...

—¿Qué cantidad quiere su dueño?

—Veinte onzas.

—Bastante es.

—Si yo las tuviera algun dia... pero es imposible.

—Rafael, lo que estás haciendo por tu cuñada no se paga en el mundo con dinero; toma, sin embargo, las veinte onzas porque suspiras, compra la tahulla y mira en mi mujer tu segunda hermana.

---

(1) Tahulla viene á ser la tercera parte de una fanega de tierra. En los reinos de Murcia y Valencia dan ese nombre á las partes en que se divide una heredad.

—¡Qué dices, Jaime!

—Diez y siete, diez y nueve, y con esta otra tienes el completo.

—¡Jesús, cuánto oro!

—Tómalo, hombre.

—¿Qué quieres, que la compre á tu nombre?

—No, al tuyo, te la regalo yo.

—Me dejas atónito; no sé qué contestarte.

—¡Rafael, el que sea bueno conmigo hallará en mí un hermano; pero el que me ofenda!..

—Lo sé, fuiste siempre vengativo, y eso te tiene huyendo. ¿Quién te ha dado este dinero?

—Me lo han prestado unos amigos.

—Mucho temo que sea otra cosa, Jaime.

—Rafael, no te metas en averiguaciones que á nada conducen. Compra la tahulla, cuida de tu mujer, de la mia y de ese inocente niño, que yo pronto huiré de esta tierra para no comprometeros.

—Pero si robaste ese dinero...

—¡Tú tambien me llamas ladron! ¡Ay, qué suerte tan negra me persigue!

—No te aflijas, hombre; haré lo que me mandas, si bien quisiera tenerte á mi lado siempre y que todo el mundo te estimara.

—¡Por esa dicha daria la mitad de mi vida, mas no la lograré nunca, nunca; maldicion!

—Hablemos de otra cosa, Jaime, que me da pena oirte. ¿Vas á estar mucho tiempo con nosotros?

—Lo que resta de noche y el dia de mañana.

—¿Te persiguen aún?

—Con más encarnizamiento que nunca.

—Entónces no salgas de la barraca.

—Mi compañero y yo dormiremos en la pajera que tienes junto á la cuadra, y de este modo podreis tener la barraca abierta sin excitar sospecha alguna. Al mediodía nos entras la comida; anochecido la cena, y luégo nos alejaremos de aquí por

mucho tiempo. Toma esos veinte reales para el gasto de hoy.

—Tengo yo...

—Cógelos y calla.

Todavía continuaron hablando los cinco media hora, en cuyo instante se retiraron Jaime y Amorós á la pajera. Esta la formaba otra barraca situada junto á la que habitaba Rafael, en la que tenía el colono un par de mulas, los útiles de labranza, las mieses y cuanto cogia en el terreno que cultivaba. Con dos almohadas, las mantas y la paja, formaron aquellos una cama que prestó inmediatamente sueño tranquilo y profundo á José Amorós. Jaime quedó sentado y como meditando. De pronto exclamó:

—¿Dónde están aquella calma del pastor, aquel sosiego del guarda? ¡Ay, qué infortunado nací! ¡Ya no me es dado retroceder; maté á dos, soy ladron, y en tan espinoso camino habré de continuar ínterin la justicia no pueda conmigo! ¡Venganza, sólo la idea de venganza me halaga! Mataré á los que son causa de que me vea así, y el que tenga dinero nos mantendrá á mi gente y á mí contra su voluntad. Todos son malos en el mundo, siempre hubo ladrones, y uno más ó menos poco importa á este país tan grande y en el que hay tanto rico. El robo y la muerte; eso es: al que merezca ambas cosas no le perdonaré, que á mí nádie me ha perdonado tampoco, ni en lo sucesivo encontraré quien me tenga lástima.

Y se tendió en busca de un sueño que pudo hallar, pero intranquilo y desasosegado.

Ese era Jaime; cada dia fué aumentando en sagacidad, valor y osadía; pero desde este instante siempre se presentó vengativo, rencoroso y ladron. Hizo bien al que tenía una seguridad de que era muy pobre y no le habia causado daño alguno, pues jamás entró en sus mientes perdonar la más leve ofensa. Sus generosidades fueron, como no podia ménos, las de un bandido, que da sólo lo que roba á otro, lo cual debe ser cómodo y poco violento; y si bien demostró capacidad y á veces talento, talento en bruto, permítasenos la frase, se embotaron ambas cualidades en lo grosero de su educacion abandonada y

en la completa carencia del estudio y conocimiento del mundo y de las cosas.

A este hombre, sin embargo, hay quien le llama héroe; ¡heroe de trabuco! ¿Sabrá el que eso dice qué es heroicidad? Un gitano no podria expresarse de otro modo.

Lo del heroismo, la barba rizada, guerrillero en la santa lucha de la Independencia y tantas otras *bellezas* atribuidas á Jaime, recuerdan al autor de este libro una anécdota, oportuna en el caso presente, que va á referir á sus estimados lectores, contando con su benevolencia.

Corria el año de 1853, se representaba en uno de los teatros de la corte el último drama que yo habia escrito, cuando fuí agradablemente sorprendido con la visita de mi inolvidable cuanto infortunado amigo D. Sixto Cámara. Le conocia yo como publicista, no como autor dramático, llevaba vistas algunas pruebas de su buen talento, y no me extrañó oirle decir:

—Te participo, querido amigo, que vengo á leerte un drama en tres actos y un epílogo, en verso, titulado *Jaime el Barbudo*. Tú te has educado en Murcia, conoces el terreno, probablemente habrás oido hablar á tu padre, parientes y amigos del protagonista de mi libro; eres tambien autor, amigo leal, sincero, y nádie como tú podrá darme su opinion con tanto conocimiento de causa.

—Gracias, querido Sixto,—le contesté, oprimiendo por segunda vez su mano;—la honra me enorgullece, pero es el caso que como autor valgo poco, y la verdad es que durante mi infancia oí hablar mucho de ese bandido, pero solo conservo una idea confusa de los hechos y del terreno. Por lo demás cuenta conmigo para todo.

—Suprime la modestia, y manos á la obra, si estás desocupado; es mi primer ensayo, y por el pronto sólo á ti me atrevo á leértelo.

—Pues empieza, que te escucho con el mayor placer.

Y me leyó el drama; mi opinion fue favorable, si bien le indiqué algunos defectos, hijos de la improvisacion. Respecto

á la parte histórica, como él desconocia el personaje y yo entónces tambien, nada hablamos.

Algun tiempo despues se ensayaba en el teatro de la Cruz, por la compañía de Farro, si no recuerdo mal, y yo ayudé á mi amigo en la direccion de escena. A los ensayos siguió la representacion; el público aplaudió frenéticamente, y Sixto y yo gozamos de lo lindo en union de otros amigos. No he olvidado la fecha; era la noche del 2 de Mayo de 1853.

El dia 15 del mismo mes recibí la siguiente carta:

«*Murcia* 13 de Mayo de 1853.—Mi querido Florencio: Un »excelente jóven que estudió conmigo jurisprudencia, por vo»cacion ahora y por otra causa lamentable, se ha lanzado á la »escena y lo tenemos en este teatro de barba. Merece la pro»teccion de la juventud ilustrada de Murcia, y la tiene por »completo.

»Puesto que en breve vendrás á visitarnos, yo te ruego me »traigas una copia del drama *Jaime el Barbudo*, pues de»seamos que se represente en esta á beneficio de nuestro pro»tegido; aquí debe tener gran éxito, y es el modo de endurecer »algo el flojo bolsillo de mi amigo y compañero. No admite »disculpa tu constante amigo,—JUAN.»

¡Cómo cambia todo en el mundo! Ese pobre barba, eclesiástico despues, es hoy una lumbrera de la iglesia, dignidad sacerdotal, eminente orador, gran teólogo, y más apasionado del coro y púlpito que lo fué un dia de las tablas. Y mi amigo Juan, que el año 53 era barbilampiño, ligero, atolondrado y pendenciero, es hoy jefe de numerosa familia, grave, sesudo, reflexivo, y uno de los abogados más diestros, habiles y entendidos de la provincia. ¡En sólo quince años, qué variacion, qué cambio! ¡Ay, á la vuelta de otros quince posible es que no existamos ninguno de los tres!.. ¡Pobre género humano, y cómo se afana, desvela, sufre por su culpa y padece sin ver la terrible segur alzada siempre sobre su débil garganta! Tanta aspiracion, tantas pasiones bastardas sin freno y á merced del egoismo ¿para qué? Conteste el que pueda.

Continuando la interrumpida narracion de mi anécdota,

diré, que devolví á mi amigo Sixto su visita; vivia á la sazon en un elegante, espacioso y bien amueblado cuarto de la casa que fué Conservatorio de música, situada en la Plaza de Isabel la Católica, y despues que hablamos de literatura, política, de la que era muy apasionado y yo poco, le leí la carta recibida de Murcia en demanda de una copia de su drama.—Te daré,—me contestó,—uno de los ejemplares que han servido en el Teatro de la Cruz, pues ya han terminado las representaciones, no he querido vender la propiedad, y todavía no me he ocupado de su impresion. En cuanto al permiso para representarla, dalo tú en mi nombre para que lleve algo tuyo.

Marché á Murcia, dí el drama, y no tardé en verlo anunciado en los carteles, en los cuales sobresalia, despues del título de la obra, el nombre del autor. Pero es el caso que el público en general sólo se fija en el título, y habiendo corrido la voz de que yo lo habia llevado, creyeron muchos que estaba escrito por mi, y esta equivocacion estuvo á punto de proporcionarme una gran desgracia, como diré despues.

Llegó la noche de la representacion, y yo asistí á ella desde un palco, en el que fuí favorecido felizmente con la amable compañía de varios murcianos amigos mios.

Se alzó el telon, y comenzaron las primeras escenas del drama, que se oyeron con gusto, pues está bien versificado. En la escena XV apareció Jaime, y poco despues comenzó un murmullo desagradable entre el público. Yo no comprendí la causa, pues me gustaba la composicion, la habia oido aplaudir frenéticamente en la corte, y traté de buscar solucion al problema. Los que tenía al lado me miraron con la sonrisa en los labios. Les pregunté, y sus contestaciones fueron tan breves como irónicas.

Al segundo acto creció el murmullo; al tercero se salieron algunos, y al finalizar el epílogo, que tanto gustó en Madrid, oí denuestos y amenazas.

Abandoné el teatro disgustado y confuso, mis amigos no me dejaron hasta verme rodeado de varios indivíduos de mi familia, y no teniendo yo ganas de hablar, por el mal efecto

que me habia producido la actitud del público, contesté con monosílabos á las preguntas de mi padre y hermanos, buscando acto continuo el aislamiento en el escondido rincon de mi modesta alcoba.

—¿Qué ha sucedido?—me preguntaba tomando la postura horizontal. Si no conociera á los murcianos; si no me hubiera educado entre ellos, diria que el mal resultado aquí de la representacion de Jaime lo motiva la falta de cultura y de ilustracion. Pero no es eso; me consta de antiguo que en Murcia son escasísimos los tontos, los avisados muchos, y que el talento y brillantes imaginaciones abundan de un modo prodigioso. Y si me hallo en un pueblo culto, ilustrado y entendido, ¿por qué el drama de mi compañero Sixto no ha obtenido en Murcia el mismo merecido éxito que en la corte?

No podia contestarme, y desechando ahora las suposiciones que hacía ántes, pasé hasta la madrugada, en que me rindió el sueño y me quedé dormido. Al cerrar los ojos, el problema continuaba sin resolver.

Al despertar vi á la cabecera de mi cama un hombre, y fuí á estrecharlo creyendo que era mi anciano padre, el cual tiene esa bondadosa costumbre; pero pronto noté que me habia equivocado; era un amigo de la infancia, otro sér que distinguia y acariciaba yo con mi cariño, y del que hoy conservo un recuerdo bien triste y molesto. ¡Con la edad, los cambios de posiciones y el aumento de familia, vienen los desengaños! Sea de esto lo que quiera, aquel entónces mi querido amigo, que tiene algo de aleman, me dijo secamente:

—Anoche te quisieron matar.

Mis lectores comprenderán que al oir tan estupenda noticia, del primer salto que dí quedé sentado y con el cuerpo al aire libre. El que de tal modo habló no es embustero ni aficionado á la exageracion. Así es que le miré espantado, preguntándole:

—¿Quién?

—Muchos hombres,—replicó con tono grave.

—No puede ser,—añadí.—En Murcia sólo tengo amigos,

y á ninguno hice daño nunca; tú sabes muy bien lo que yo estimo á los murcianos.

—Pues te iban á matar; yo vi alzarse las varas de fresno con chapa de acero en el extremo inferior, y si no acudimos tan pronto...

—Acaba, hombre.

—Nada, que te matan.

—¿Hablas de veras?—le pregunté atónito.

—Sí; como siempre.

—Tú no eres efectivamente bromista ni chancero; pero sí tan flemático como un tudesco. Acaba por mil santos, y di la causa, quiénes eran, con todo lo demás que sepas. Nota que estoy en ascuas.

—Es el caso,—añadió sin perder un ápice su habitual calma,—que una parte del público creyó que el drama *Jaime el Barbudo* era tuyo, y como se indignó tanto, iba á emprenderla á palos contigo. Nosotros acudimos á tiempo, les dijimos la verdad, y á duras penas pudimos disuadirlos.

—Y áun cuando el drama fuese escrito por mí, ¿qué motivo era ese para atentar contra mi vida?

—Si hubiera sido tuyo, les sobraba razon,—dijo cambiando de tono y hasta encendiéndose su semblante.

—¿Por qué?

—Estaba el teatro lleno de hijos y parientes de las víctimas de Jaime; todos sabemos aquí que no tenía barba, que no lo indultaron para que se hiciese guerrillero contra los franceses, que no se hizo, y que no fué realista, liberal, ni ménos demócrata, por más que á últimos del 23 y el año 24 persiguiera á los liberales de órden de la autoridad. Jaime fué sólo un bandido que sacó contribuciones á los propietarios, arrieros y carreteros; que mató en algunas ocasiones, y que si tuvo talento, lo empleó en el mal y no para hacer bien. Ese fué Jaime, ahorcado luégo, y así queria el público que se lo presentaran, porque así es la verdad. Más os valiera á los escritores de Madrid,—añadió con ira,—aprender lo mucho que ignorais, y sacar provechoso ejemplo de esos facinerosos contra nuevos crí-

menes, y no convertir en héroes de trabuco á lo más abyecto de la sociedad, disculpando sus hechos y hasta adornándolos tanto que da gana de imitarlos.

Aturdido, perplejo y cortado me dejó el relato de mi amigo; y como si esto fuera poco, mi anciano padre, que conoció á Jaime y habia oido las últimas frases de aquél, corrió en su ayuda y confirmó con la descripcion de hechos las palabras de mi amigo.

Salí de mi casa y averigüé: todo era verdad; la indignacion pública se excitó en el teatro; unos cuantos del pueblo quisieron castigarme por creerme autor de *Jaime*, y es lo cierto que pasé un dia cruel.

—Bien,—les decia yo cuestionando con ellos;—se habrá faltado á la verdad histórica, pero el drama es muy bueno, y cuanta más inventiva tenga, más se realza como creacion. Lo difícil es crear; lo fácil copiar.

A lo cual se apresuraban á contestarme:

—Cread el personaje y luégo la fábula, eso está bien; pero nada tan ridículo y torpe como presentar al Cid con una rueca; á Gonzalo de Córdoba haciendo calceta; al tonto de Peñíscola escribiendo libros; á Alonso X remendando camisas; á un ladron, hombre de bien; á un ciudadano pacífico, asesinando; á los soldados de Atila muy afeitados, y á Jaime, ó á alguno de los de su comarca y clase, con barba larga.

Nada hallé que contestar; tomé la leccion que el público de Murcia dirigia á otro, no la he olvidado, y para que en la ocasion presente no me la recuerden de modo más directo, iré poco á poco, y segun lo requiera el asunto, presentando los hechos del infortunado Alfonso, fundados en el extracto del expediente que se le formó, en el relato de los tres bandoleros que áun viven, en noticias exactas, dadas por ancianos de nuestra misma familia, que le conocieron, á uno de los cuales lo tuvo prisionero Jaime Alfonso, y, digámoslo de una vez, en otras que nos ha suministrado la hermana del célebre bandolero, la cual, anciana, ciega é impedida, reside hoy en un pueblo de la provincia de Alicante, el que callamos, como

tambien lo relativo á esta pobre anciana, por consideraciones y agradecimiento.

Diré, para concluir este capítulo, que debe arrojar mi libro de sus manos el que pretenda hallar en él la barba rizada natural que no usó nunca el bandolero, ó ese cúmulo de cuentos que con el carácter de históricos se entretiene á los incautos; expondremos sólo la verdad, lo verosímil, y nada más; que en esto de escribir historia, preferimos un hecho exacto á todo lo poético, fantástico y maravilloso que tan del agrado era de los Abencerrajes, Zegríes, Abenamares y restantes tribus africanas, aclimatadas luégo en nuestro país.

CAPITULO VI.

La familia de Jaime Alfonso.—Lobon y un compañero suyo.—Vacilacion del *Barbudo.*

La mujer de Jaime, Rafael, su cuñado, y Tadea, esposa del último, quedaron en la primer barraca comentando la llegada de Alfonso y su esplendidez con el segundo.

—¿Qué hacemos?

Preguntaba Rafael á las otras.

—Compra la tahulla,—le contestó su mujer;—mejoremos de suerte, y no nos metamos en más averiguaciones.

—¿Pero y si Jaime ha robado este dinero?

—¿Qué nos importa á nosotros? En Murcia, donde están los dueños, no sabe nádie lo que pasa en Crevillente, ni los tres hemos quitado nada jamás.

—Bien, mujer, ¿mas no arguye á tu conciencia tener hacienda con dinero mal adquirido?

—¿Qué sabes tú?

—Estoy seguro.

—Suposiciones.

—Tadea, que tú tambien lo crees.

—Rafael, no te metas en honduras, y quiere decir que comprada la tahulla, si Jaime robó el dinero y algun dia desea restituirlo, ahí la tiene á su disposicion. ¿No vale eso más,



C. Mujica Dibº y Litº
Lit. de N. Gonzalez, Madrid.

—¡Hijo mio, tu padre ladron y nosotros huyendo de la justicia!..

que él ó nosotros gastemos las veinte onzas, y á la postre carezcamos todos de lo suficiente para devolver lo ajeno?

—Eso es verdad.

—Pues compra y calla.

Rafael insistió, preguntando á la mujer de Jaime:

—¿Qué dices tú, María Antonia?

—Yo, que la compres.

De este modo, aunque con frases groseras, empezaron estos tres indivíduos de la familia de Jaime á aceptar una parte de los robos del bandolero, siendo así que los tres creian firmemente imposible que las veinte onzas fueran bien adquiridas.

Hablando sobre el mismo tema, amaneció, y Rafael dejó la adquisicion de la tahulla para el dia siguiente, marchando á Orihuela en busca de las viandas necesarias para poder ofrecer á Jaime y compañero comida y cena suculentas.

Cuando hubo regresado, encargó á su mujer el servicio de la cocina, y él comenzó á trabajar á la puerta de su barraca. Cerca de allí se sentó en el suelo la esposa de Alfonso, y estrechando á su niño, exclamó:

—¡Hijo mio, tu padre ladron y nosotros huyendo de la justicia!..

Y quedó contemplando al tierno infante, no con tanto dolor y sentimiento como anteriormente.

Jaime y Amorós comieron á las doce y cenaron á las siete. Una hora después se despedian de Rafael y de las dos mujeres. Alfonso estrechó á sus cuñados, luégo dió á su mujer dos onzas, diciéndole:

—Para que os vistais mi hijo y tú.

Besó á ambos, y unido á Amorós, desapareció de allí algo enternecido y anhelando perder de vista unos objetos cuya presencia le atormentaba.

Eran cerca de las nueve, la luna aparecia encapotada por varias nubes, y Jaime y su compañero seguian por un sendero estrecho, perdidos entre el sin número de árboles, maízes y cáñamos de la hermosa vega de Orihuela. En el primer cuar-

to de hora ninguno de los dos desplegó sus labios. Por fin rompió Amorós el silencio, diciendo á Alfonso:

—Aplaudo, Jaime, la conducta que has observado con tu pariente; pero es lo cierto que nos hemos quedado sin dinero para la realizacion de nuestro plan.

—¿Y qué deduces de eso, José?

—Que nuestras esperanzas se han convertido en ilusiones.

—¿Por qué?

—Sin oro no tendremos gente, y con los dos solos no basta.

—Pues anoche nádie nos hizo falta.

—Fué aquello una sorpresa que habla muy alto de tu valor, sangre fria y acierto; pero el robo nada valió...

—¿Quién te lo ha dicho?

—Hombre, yo limpié á tres, logrando encontrarles treinta y siete reales por junto.

—Pues yo saqué de una sola faja treinta onzas en oro.

—¡Qué dices!

—La verdad. Y de las otras dos más de trescientos reales. Estabas algo aturdido, Amorós, y es lo cierto que no empezaste eligiendo á los que debian llevar más, como yo.

—Contaba con reconocerlos á todos...

—Se principia siempre por lo mejor, por si nos obligan á dejar algo, como sucedió anoche, que quede lo menor.

—Tomaré la leccion, Alfonso.

—Tienes valor, José, pero te falta aplomo, serenidad.

—Te imitaré, Jaime.

—Así lo deseo.

—¿Con que ahora?..

—Ahora pagaremos á los Mogicas lo que nos prestaron, quedándonos lo suficiente para la realizacion de nuestro plan. De ese modo podremos abandonar la partida cuando nos acomode.

—Tienes razon, y aplaudo cuanto haces. ¿Qué es eso?

—Nada; pasamos por cerca de un ventorrillo en el cual cantan y probablemente beberán. Espera.

—¿Ocurre algo?

—Sí; la voz de ese hombre no me es desconocida.

—Razon más para que apretemos el paso.

—Calla y sígueme.

—¿Vamos al ventorrillo?

—Claro está.

—Jaime, tu demasiado valor nos va á perder.

—Amorós, si no me equivoco, estoy oyendo á un *grajo* cuyas garras necesito destruir. ¿Conoces tu á Paco Lobon?

—No; pero oye, volvamos atrás...

—Teniente; obedece á tu capitan, y adelante.

—¿Pero vamos á entrar?

—Por el pronto, no; mas si fuese necesario, y no hay escopeteros, como creo, convidaremos al cantor y acompañantes.

—¿Qué te propones, Alfonso?

—Ahora observar. Déjame y calla.

Y ámbos se aproximaron á una barraca grande, en cuyo centro habia un mostrador y encima de éste varios jarros de vino. Todo era pobre, grosero, apareciendo en el mayor desórden. La *huertana*, dueña de aquel mísero establecimiento, vendia aguardiente y vino, teniendo nota entre sus parroquianos de malas costumbres. Bebian tres hombres allí, cantaba el cuarto al compás de un guitarrillo, con el cual se acompañaba. Al terminar la copla le aplaudió su reducido auditorio, pidiendo otra. El cantor acto continuo entonó la siguiente:

Esos calcos (1) que habillelas (2)
en tus pulidos pinrés (3),
costaron más de un lituaje (4)
al trupo (5) de tu gaché.

—¡Es él!—exclamó Jaime al oido de Amorós.—El hombre que ando buscando hace un mes.

—¿Cómo se llama?

---

(1) Zapatos.
(2) Tienes.
(3) Piés.
(4) Pleito.
(5) Cuerpo.

—Lobon de mote, Francisco de nombre.

—¿Quién es, Alfonso?

—El que tiene la culpa de que yo me halle en el estado que ves.

—Tus ojos despiden fuego, Jaime; repara que no está solo.

—Distingo á un primo del *Zurdo* que le acompaña y á otros dos de la huerta de Orihuela.

—La ocasion no me parece á propósito.

—¿Por qué?

—Está cerca el camino, y no debes olvidar la sorpresa de anoche.

—Como nos libramos entónces, nos salvariamos ahora.

—¿Ves bien por esa abertura?

—Perfectamente.

—Vuelve á cantar.

—Oigámosle.

Lobon, pues era efectivamente el mismo, continuó acompañándose la siguiente copla:

Después del estaribel (1)
me llevaron al veró (2),
mas bestalao (3) en un gel (4)
me chalé como un caló (5).

Al concluir el presidiario de Catral, dió el guitarrillo á la dueña del ventorro, comenzando á beber con sus tres acompañantes.

—Yo pago,—decia,—todo el peñascaró que se apure esta noche. Llena los cacharros, morena.

Y seguidamente empezó á hacer preguntas á los dos *huertanos* sobre los cuñados y mujer de Jaime. No satisfaciendo aquellos la intencionada curiosidad de Francisco, les dió las señas de Alfonso por si alguno de ellos le habia visto cruzar la vega. Le contestaron que no, refiriendo uno la sorpresa y

---

(1) Cárcel.
(2) Presidio.
(3) Sentado.
(4) Pollino.
(5) Gitano.

robo de los carreteros en la noche anterior, que oyó contar en Orihuela, pero exagerando mucho y añadiendo que Jaime iba acompañado de los Mogicas.

—Ya me habian dicho á mí que Alfonso curó de sus herías,—exclamó Lobon dirigiéndose al primo del *Zurdo*,—y que se habia unío á los Mogicas.

—Eso descompone nuestro plan, Paco,—dijo el otro con algo de indiferencia.

—Pus yo digo toavía que la mujer y el hijo de Jaime han de estar por aquí, y que el pare y marío los ha de venir á ver, y era lo que á nosotros nos convenia; encontrarlo solo.

—No tiene tanta alma, y opino que debemos volvernos á Catral; tarde ó temprano caerá en nuestras manos, y entónces se le ajustará la cuenta.

—Esperemos algo más.

—No puede ser; llevamos tres dias en inútiles averiguaciones, y el dinero se me acabó.

—Pus entónces á Catral, que ya va siendo tarde. ¿Te quea para pagar la bebía?

—Sí.

—Pus abona, y nos las *guillamos* con viento fresco.

Así lo hicieron, y despues de haberse despedido de los *huertanos* y dueña del ventorrillo, salieron en busca del camino que conducia á Catral.

Jaime cogió del brazo á Amorós, retirándose á un lado de la barraca, para que aquellos pasaran sin verlos, como así sucedió. Un minuto despues le decia:

—Sigue por ese mismo sendero de ellos, que yo voy á dar la vuelta y á cogerlos de frente.

—¿Qué intentas?

—Despues lo sabrás, abrevia.

La luna, cubierta por varias nubes, dejó ver su pálida faz por algunos instantes, los que aprovechó el *Barbudo* para adelantar por otro sendero á Lobon y al primo del *Zurdo*. Luégo torció á la derecha, y, atravesando por los sembrados, vino á quedar parado frente á sus enemigos.

La luna habia vuelto á encapotarse, y la oscuridad era cási completa.

—Buena noche.

Dijo Jaime á los de Catral, obligándoles á detenerse.

—¿Quién eres?

Le preguntó Lobon.

—¿Ya no me conoces, Paco? Soy Jaime Alfonso, el guarda.

El primo del *Zurdo* lo reconoció, y echándose atrás quiso huir, pero le detuvo Amorós, tocándole en el rostro con el cañon de su carabina.

—Alto,—le dijo.—¿No teniais tanta gana de encontrar á Jaime? Pues ahí está. Cuidado con moverse, porque mato al que lo intente.

—¡Chavó!..

Exclamó Paco fingiendo y alargando la mano al *Barbudo;* pero éste le interrumpió, replicando:

—¡Canalla, no me hables en esa *jerga*, que la cosa es grave y puede costarte la lengua!

—¿Ya no eres mi amigo, Jaime?

—Estás mintiendo, y te voy á abrir en canal. Retírate, Amorós. ¿No queriais hallarme solo? Pues aquí me teneis. ¿Quién de vosotros desea pelear conmigo? ¿Callais? Pues me atrevo con ambos á la vez. Vamos.

—Jaime,—contestó por fin el primo del *Zurdo*,—te buscábamos efectivamente, no para pelear contigo, que basta con la sangre de mi pariente, sino para entregarte á la justicia; lo mismo que tú harias si te hubieran asesinado á un primo.

—¡Yo asesino! ¿Quién te lo ha dicho?

—Lobon y cuantos lo presenciaron.

—¡Lobon!

Y Jaime le cogió por el cuello.

—¡Habla, miserable! ¿Qué ocurrió entre el *Zurdo* y yo?

—Me aturdí y no vi claro... Como estaba amaneciendo...

—¡Ah, todo lo comprendo, infame! Amorós, desarma á ese hombre, tiéndelo en el suelo, y si intenta huir, con la culata de tu carabina...

—Entiendo, le machaco la cabeza.

—Eso es. Y tú, primo del *Zurdo*, valiente de Catral, sígueme.

Pasaba esta escena en un sendero de la huerta, poblado á derecha é izquierda de árboles frutales. Jaime arrastró á su enemigo á treinta pasos fuera de la vereda, y deteniéndose de pronto, le preguntó:

—¿Qué arma traes?

—Un cuchillo.

—Está bien.

Y Alfonso tiró su manta y carabina, añadiendo:

—Ya estamos iguales. Maté á tu primo porque robó las uvas de mi viña, porque me provocó y hasta llegó á herirme. Tenía él un cuchillo como este y yo una navaja bien corta; estábamos frente á frente, como ahora los dos, y empezó la pelea con ventaja por su parte. Atravesé su corazon porque se hallaba aturdido, no veia, y tanto coraje pierde siempre á los hombres. Esa es la verdad, y en prueba de ello tiré mi carabina, tú tienes el cuchillo en la mano y el mio permanece en el cinto, que me sobra alma para pelear contra dos y áun contra tres.

—Jaime, no niego tu valor, que bien claro lo veo; pero á mi primo se le encontró clavado un cuchillo, no una navaja.

—Eso haceis vosotros; cambiásteis el uno por la otra para perderme. Recuerda lo que pasó la noche antes en Catral, y comprende si yo podria asesinar al que iba á matarme.

—Es verdad; pero dice Lobon que no le distes tiempo para nada.

—¡Lobon! Ahora lo voy comprendiendo todo! Antes de la lucha hablamos, me comió las uvas, como te dije, le dí una patada y me hirió; pero se propusieron perderme, y lo han logrado. ¡Maldicion!

—Te voy creyendo, Alfonso; por eso no contaron conmigo para algunas cosas.

—He dicho la verdad; mas eso no obsta para que peleemos; el que tiene corazon no sorprende ni delata á nádie; bus-

ca á su enemigo y le mata. En frente estamos y con iguales armas; empieza cuando quieras.

—No, Jaime; leo en tu cara que dices la verdad; lo que acabas de hacer conmigo lo confirma; te perdono la muerte de mi primo, y está seguro que por mí nádie te hará daño.

Y guardó su cuchillo en el cinto, mirando á Alfonso con interés.

—Me alegro por ti,—le contestó el *Barbudo*.—Te conozco, y sé que me vas á defender en Catral; pero es tarde, muy tarde. ¡Cómo ha de ser! Si te dicen que robo, créelo; que mato, tambien será verdad; pero si añaden que he asesinado, diles que mienten; Jaime no aprendió á herir por la espalda. Adios, Mariano: ¡el cielo te haga más feliz que á mí!

—¿Te quedas con Lobon?

—Sí; ese malvado es el que realmente mató á tu primo.

—¿Qué quieres decir?

—Antes de la pelea se me presentó contando lo que habia pasado por la noche, y poco á poco fué encendiendo mi sangre con su relato; así es que cuando llegó tu pariente no fuí dueño de dominarme y disuadirle; lo mismo haria con el muerto. Le pegué en el pueblo y el cobarde se vengó, perdiendo á tu primo y á mí.

—Entónces déjamelo, Alfonso, que yo le obligaré á que declare la verdad.

—Es tarde, Mariano; ya me habrán sentenciado, y soy bandolero.

—¿Te uniste á los Mogicas?

—No; les debo la vida, y les estoy agradecido; pero yo no puedo pertenecer á esa cuadrilla.

—Pues cuentan que anoche...

—Lo he oido. Fuimos solos Amorós y yo. Pregunta mañana en Catral por dónde anduvieron los Mogicas, y verás que no han abandonado la sierra de Crevillente. Los carreteros robados hablaban tan mal de mí, que me obligaron á sorprenderlos y á lo restante que sabes.

—¡Cómo mienten!

—Las imaginaciones de este país se prestan mucho á la exageracion, cuando no á otra cosa peor.

—¿Me das á Lobon?

—Primero te regalaba mi vida.

—Entrégamelo, y yo te vengaré, Jaime.

—Imposible, Mariano; para eso de venganza no admito sustitutos ni cedo á nádie mi derecho.

—Entónces, adios, Jaime. ¿Quiéres estrechar mi mano?

—Con mucho gusto.

—¡Lástima es que un hombre como tú se haga bandolero!

—¡Ya no tiene remedio! Adios.

—Adios.

El uno se dirigió á Catral y el otro al sendero donde se hallaban Lobon y Amorós.

Incorporado el último con su teniente, le dijo:

—José, con la faja de ese miserable sujétalo por las muñecas: lo embozas luégo en su manta, y que vaya en medio de los dos. Despacha.

—Jaime, soy tu amigo...—exclamó Lobon.

—Si vuelves á pronunciar esa frase, te rompo el cráneo.

—¡Te juro!..

—¡Silencio!

Y el *Barbudo* le dió con el pié en el rostro, haciéndole verter sangre por boca y narices.

Cinco minutos después caminaban en la forma expuesta por Alfonso. Andaban muy de prisa. Lobon iba perfectamente amarrado, y ya el miserable empezaba á sufrir las consecuencias de su cruel conducta con el *Zurdo* y el guarda de la viña. Creyó en un principio que Jaime era valiente, pero no tan hombre como realmente se presentaba ahora, ni pudo comprender á dónde llegaba el instinto de venganza de su víctima; pero en este momento todo lo adivinaba ya, y temia por su vida más que nunca.

Cruzando las estrechas veredas de la huerta se separaban de las barracas y caseríos, y de este modo llegaron al inmenso llano que divide la vega de la sierra de Crevillente.

A gran distancia del camino y los senderos comenzaron á atravesar el árido terreno de que hemos hablado ántes.

Por fin llegaron al monte sin haber encontrado hombre capaz de detenerlos. Allí aflojaron el paso, hasta emboscarse lo suficiente para que nádie pudiera dar con ellos.

Jaime y Amorós iban cansados; Lobon sentia correr por su frente un sudor frio, temblaba de miedo, y las palpitaciones de su corazon aumentaban por instantes. Varias veces dirigió la palabra á Alfonso, mas aquel le interrumpia, imponiéndole silencio con el puño ó la culata de su carabina. Francisco cerró sus labios, resuelto á no desplegarlos sin órden expresa de su terrible enemigo.

Los tres habian subido una empinada cuesta poblada de chaparros, pinos y lentiscos, llegando á una meseta que formaba el monte. Allí se detuvieron á la voz de Jaime, que gritó:

—¡Alto! Nos hallamos en terreno seguro, sale la luna, y nos vamos á ver las caras Lobon y yo. Amorós, suéltale; ponle su cuchillo cerca y prepara la carabina; si huye, le matas; de lo contrario te estás quieto, ocurra lo que quiera.

Acto continuo tiró su manta y arma de fuego, y cuando el otro estuvo suelto, se acercó á él, diciéndole:

—Nunca te creí bueno, Lobon; pero jamás imaginé que pudiera existir un hombre tan perverso como tú.

—¿Me dejas hablar, Jaime?

Le preguntó algo trémulo el de Catral.

—Sí.

—Yo no he declarao contra ti, ni hice naa malo; pus si bien acompañaba esta noche á Mariano, fué con objeto de encontrarte y unirme á ti; dicen que te has echao al buen camino, y yo he sio siempre aficionao á lo ajeno.

Alfonso no pudo continuar escuchándole; al espirar en sus labios la última frase, levantó la carabina, descargando un golpe terrible sobre el hombro izquierdo de Lobon.

—¡Ay!

Exclamó aquél, rodando por el suelo:

—¡Maldito!—le dijo el *Barbudo.*—No tengo paciencia para oir tus embustes; deseaba matarte peleando contigo, mas no me avengo á luchar con un malvado como tú. Al amanecer morirás ahorcado con tu propia faja; quiero ver tu agonía, los gestos que haces al ofrecer tu alma al demonio.

—Me has herío sin compasion. ¡Ay! ¿Me dejas que te iga la verdá?

—Sí.

—¿Que no te mienta?

—Por cada palabra en que me engañes llevarás un golpe igual al anterior.

—Alfonso, yo te queria porque me gustan los valientes; pero desde el dia en que me pegastes en la plaza de Catral, te aborrecí, y esa fué la causa de no declarar en favor tuyo en la causa que tan formao.

Lobon permanecia recostado en el suelo, fija la mano derecha en el sitio dónde recibió el culatazo. Jaime lió su manta, y sentándose encima de ella, dijo al otro:

—Incorpórate y contesta á mis preguntas.

—Perdóname, Alfonso, y te obedeceré en too.

—¡Que miserable eres! Pero ya en mi poder recibirás lo que mereces, Paco.

—Yo te ofrezco enmendarme y hacer cuanto quieras. Toos erramos, Jaime, y recuerda que ántes de matar al *Zurdo* me puse en medio de los dos y os pedí paz.

—Dime, ¿quién sacó mi navaja del pecho del *Zurdo* y se la guardó, metiendo en su lugar el cuchillo que aquel llevaba?

—Yo no.

—Te pregunto que quién lo hizo, y como mientas...

—Se me figura que fué Leandro.

—¿Dónde está ese hombre?

—Ha marchao á la guerra.

—¡Qué malo eres! Deseo saber los nombres de los que han declarado contra mí; me los ha dicho el primo del *Zurdo*, y como me engañes, renegado, te mato.

Y Jaime cogió otra vez la carabina, levantándola en alto;

pero Lobon, importándole poco lo que aquel pudiera intentar contra sus cómplices, fué diciéndole la verdad, sin omitir nombre alguno ni detalle de cuanto se habia hecho contra Alfonso; sólo ocultó la parte que él habia tomado, mas esta la adivinaba Jaime.

El encono, la ira y despecho aparecieron en el rostro del *Barbudo;* pero de pronto hizo un esfuerzo sobre sí, y, conteniéndose en lo posible, dijo á Lobon:

—¿Y qué te parece á ti todo eso?

—Que fué una maldá, una picardía.

—¿Por qué no lo dijiste así en el pueblo?

—Como son tantos, no me hubieran creio, y acaso pensaran que te ayudé.

—Bueno, Paco; sólo tuve enemigos que me perdieron y miserables que se callaron.

—Hoy me hallo dispuesto...

—Hablemos de otra cosa, Lobon. Me has dicho que entré por el buen camino y que quieres obedecerme; ¿es cierto?

—No me vuelvo atrás; sí.

—¿Me lo juras?

—Solenemente.

—Supongo que el buen camino á que te refieres es el robo que hice anoche á los carreteros. ¿Me he equivocado?

—No.

—¿Es decir, que si me hago bandolero me seguirás?

—A toas partes.

—Como capitan tuyo, ¿harás lo que yo te mande?

—No tengo inconveniente.

—Muy bien; soy ya bandolero, y desde este instante perteneces á mi partida.

—¿Me perdonas, Jaime?

—Lobon, yo te hubiera matado de buena gana, porque eres muy malo y me perdistes; mas te presentas tan cobarde y ruin que no puedo hacerte nada. Sin embargo, juraste seguirme, con intencion sin duda de sustraerte á mi venganza; pero es el caso que no te voy á perder de vista, y en el momento

que pienses huir, la bala de Amorós ó la mia destrozarán tu corazon. Ya sabes cuál va á ser tu fin.

—¿Y si ahora no te engañase?

—Entónces sólo debes temer á la justicia.

—Alfonso, cuando yo tenía tu edad, limpié muchos bolsillos léjos de este país, y me ha quedao una aficion... Si ahora que toos los mozos se van marchando á la guerra, juntas veinte hombres como tú, Amorós y yo, jamás te abandonaré, que el negocio puee ser mu bueno y yo estoy mu mal.

—Ese es mi pensamiento, que ya he empezado á realizar.

—¿Tienes dinero?

—Mucho.

—Entónces, ¿qué te detiene?

—Nada; principié anoche y he de continuar del mismo modo.

—Echemos pelos á la mar, y alante, Jaime; soy de tu partía.

—Primero, Lobon, tenemos los tres que ajustar cuentas con el alcalde y algunos otros de Catral; luégo que hayamos despachado allí, seguiremos con los Mogicas, y el tiempo te dirá lo demás.

—Los Mogicas son mu malos.

—No eres tú mejor. ¿Te asustan?

—A mí no.

—¿Tienes algun reparo?

—Nenguno.

—Pues vamos á preparar nuestro plan. Acércate un poco, Amorós.

Y los tres comenzaron á hablar sobre el pensamiento de Alfonso. Este habia adivinado la idea de fugarse que acariciaba la mente de Lobon; pero él tenía otra, con la que intentaba perderlo ántes de que lograse huir de su venganza; la ocultó cuidadosamente, y ya en este instante preparaba los medios de realizarla, castigando á Paco y á la vez á cuatos le habian ofendido en Catral. Empezó por averiguar las fuerzas de que podia disponer el alcalde, y cuando le hubo sacado

lo que convenia á su intento, hizo el último esfuerzo sobre sí, y alargándolo la mano, añadió:

—Estréchala, Lobon; te voy á hacer rico y vas á pertenecer á la primer partida del mundo.

—Gracias, Jaime; ya verás lo que yo soy con el trabuco y la manta.

—Ahora vámonos, que es preciso dormir algo, y áun tenemos que andar una legua. Coge tu cuchillo, y en marcha. Amorós, llevemos en medio á nuestro nuevo compañero.

Jaime hizo una seña á su teniente, y, comprendida por aquél, prosiguieron su interrumpida marcha.

Paco iba alegre, satisfecho al parecer, y Jaime procuraba halagar sus ilusiones contándole lances que inventaba, suponiendo que los iba á realizar en lo futuro, en tanto que Lobon se aficionaba á aquellas ideas de rapiña y despojo, que tiempo atrás tanto le sedujeron.

El *Barbudo* logró su objeto, consiguiendo que ántes de llegar Paco á la cueva de los Mogicas creyera en sus frases, abandonara por el pronto el pensamiento de fugarse y se entregase en cuerpo y alma al bandalismo que el otro le ofrecia con arte y habilidad.

En un momento en que los tres guardaban silencio, exclamó para sí Lobon:

—Me conviene robar, que estoy sin dinero, y el ganarlo trabajando no es pa mí. Daré unos cuantos golpes de mano, y terminaré mi obra *limpiando*, si puedo, á Jaime. Con too lo que reuna me voy á Lorca y allí que me vayan á buscar.

Jaime se decia á la vez:

—Convencí á ese miserable, y ya tengo medio de que vaya á ocupar en la cárcel de Catral la prision que á mí me destinaban.

Todavía, sin embargo, vacilaba el *Barbudo* sobre las intenciones de Paco, proponiéndose en consecuencia no perderlo de vista y abreviar en lo posible el desenlace de la escena que meditaba.

CAPITULO VII.

Otra vez la cueva de los Mogicas.—Jaime empieza á dominar.—Asalto en Catral.—La venganza.

Cuando llegaron Jaime, Amorós y Lobon á la cueva de los Mogicas, se la hallaron completamente abandonada. El segundo encendió luz, hallando la paja, algunas armas, cacharros y otras cosas pertenecientes á la partida. Esto les indicaba que el abandono era interino, y Alfonso dispuso dormir, si bien mandó á Paco que se internara en la cueva, echándose él con Amorós muy cerca de la puerta. Pero el primero estaba rendido, no pensaba por el pronto escaparse, segun dijimos antes, y no tardó en ser presa de profundo sueño.

Lo mismo sucedió algo más tarde al nuevo capitan y á su teniente.

De aquel modo continuaron hasta las siete de la mañana, en que les despertaron las voces de:

—¡El *Barbuo!*

—¡Amorós!

—Bien veníos.

Eran los Mogicas, que llegaban seguidos de toda la partida, incluso el tio *Pelon*, que iba cargado con una banasta, en la que abundaban el vino, pan, carnes, encurtidos, arroz y frutas secas.

Jaime y su teniente se incorporaron, contestando el primero á las salutaciones de aquellos:

—Gracias; aquí estoy en cumplimiento de mi palabra. ¿Qué habeis hecho en el poco tiempo que estuvimos separados?

—Na,—le contestó el mayor de los Mogicas;—no hubo *cante*, y la gente se va haciendo mu aficioná á las mujeres de los cortijos, y es lo cierto que san perdío tres dias.

—Pues Amorós y yo nos entretuvimos bien.

—¿Habeis ganao algo?

—Sí.

—¿Los dos solos?

—Claro está.

—¡Que lo cuente!

—¡Que diga lo que es!

—Alla voy, no os impacienteis.

Y Jaime refirió su encuentro y conversacion con los carreteros, terminando con la descripcion del robo.

Unos le creyeron, otros dudaron, y hasta hubo quien se atrevió á decir:

—Dos contra tantos no pue ser.

—Para el que lo dude tengo yo este cuchillo.

—Y yo este otro,—añadió Amorós;—Jaime ha dicho la verdad.

—En prueba de ello, dí á mi familia veintidos onzas y veinte reales; aquí teneis vosotros el dinero que me habeis prestado; tomadlo, que á mí todavía me queda bastante.

La partida prorumpió en las siguientes exclamaciones:

—¡Es mu hombre el *Barbuo!*

—¡Mu valiente!

—¡Mu largo!

—¡Pero debió matar á los que hablaban mal de nosotros!

—¿No has oio que no le dieron tiempo los de caballería?

—Es verdad.

—¡Viva el *Barbuo* y los Mogicas!

Y comenzaron á beber y á brindar por ellos.

Esta segunda escena fué interrumpida por Alfonso, el cual, internado en la cueva, regresó acompañado de Lobon. Jaime lo presentó á los Mogicas, é hizo tantos elogios de su astucia y maldad, que la partida entera lo aceptó, oprimiendo su mano y alargándole un jarro para que bebiera con ellos.

Temiendo el *Barbudo* que el mayor de los Mogicas se emborrachara, llamó su atencion con las siguientes frases:

—Capitan, tengo que hablar contigo.

—¿De qué?

—Sepárate á un lado, y lo sabrás.

—¿Ahora mismo?

—Sí.

—Pus vamos.

Ya léjos del corro que formaban los bandoleros, añadió el *Barbudo*:

—¿Preparas algo para estos dias?

—No.

—¿Por qué?

—Hay moros en campaña.

—¿Qué quieres decir?

—Jaime, hay guerra con los franceses; too el mundo se va á Valencia, donde están formando un ejército, y segun noticia, es muy expuesto andar ahora por los caminos.

—Eso es cierto.

—Y he determinao que nos estemos en esta cueva, que nádie conoce más que nosotros, catorce ó quince dias que supongo yo tardarán en avisarnos con *cante* y seguridad; tenemos dinero; los *Pelones* nos proveerán de lo necesario, y de este modo aguardaremos á que too el mundo se vaya. Pero luégo, sin mozos en los pueblos ni sordaos por aquí, figúrate tú lo que haremos. Ya he mandao á los otros, y ahora te lo digo á ti, que no se va á los cortijos ni se pasa veinte varas más allá de la cueva. ¿Qué te parece, *Barbuo*?

—Muy bien.

—¿Querias saber algo más?

—No.

—¿Por qué mas echo la pregunta?

—Porque tengo yo un plan para cierto golpe de mano que te ha de gustar; pero aguardaré, como tú dices.

—Espera, sí, espera, que áun no es tiempo.

—Ya te hablaré de él más adelante.

—Bueno. ¿Vamos á beber?

—¿No pones antes centinelas?

—Tienes razon.

Y Mogica dió algunas órdenes, que realizaron de mala gana dos de los bandoleros, continuando el resto en horrible orgía.

La idea del Mogica mayor se cumplia en todas sus partes; los bandoleros bebian, jugaban, y diariamente les llevaron *Pelon*, padre é hijo, abundantes magras, blancos y una longaniza muy bien echa y curada que comen cruda los habitantes de aquel país. Lo mismo por la mañana que á la tarde se hacía un gran perol de arroz, única cosa caliente con que se alimentaban, si bien es cierto que en los reinos de Valencia y Murcia condimentan ese guisado de un modo admirable, y tan sabroso, que se prefiere á cualquier otro manjar. Los Mogicas le echaban jamon, longaniza, blancos, bacalao, pimientos, y tomates cuando los tenian.

Jaime se vió obligado á jugar con ellos, y no fué desgraciado; verdad es que los otros estaban cási siempre borrachos, y él bebia poco, para conservar siempre su razon completa.

Prestó dinero á *Lobon* para que jugase, y este malvado fué poco á poco connaturalizándose con los Mogicas hasta rivalizar con ellos en todo lo malo que ofrecian la forma y fondo de gente tan miserable.

De este modo trascurrió una semana; como Jaime no maldecia ni votaba, el juego le distraia poco y rechazaba por lo general la bebida, se aburrió, y al sétimo dia espiraba el último átomo de su paciencia. Volvió á pedir otra entrevista al mayor de los Mogicas, preguntándole cuando estuvo solo con él:

—¿Qué noticias tienes de los caminos y de las partidas de los patriotas?

—Ya empiezan á disminuir, y no tardaremos en hacer algo. Te diré para tu gobierno que los pueblos van queando sin defensores, los caminos sin escopeteros y el país va á ser nuestro. Antes de un mes tendremos en esta cueva el primer botin que vieron los mortales.

—¿Piensas asaltar alguna villa?

—Sí, iremos toos á Albatera, cuyos mozos nos han perseguío tanto.

—¿Y luégo?

—Cox, y hemos de llegar hasta Callosa.

—¿Cuándo abandonamos la cueva?

—No se puede en ocho ó nueve dias.

—Mogica, yo me aburro y no puedo continuar así.

—Lo creo, no bebes, el juego te gusta poco, apénas hablas...

—Yo soy hombre que hago y no digo; pero fuera de aquí, en el campo...

—Tambien á mí me gusta aquello más; pero te repito que hay que esperar lo ménos otra semana. Pregunta á los *Pelones*, y ellos, que salen y entran toos los dias, te enterarán mejor que yo.

—Aguardaré si no hay medio de adelantar; pero quisiera entretenerme en algo, y te voy á pedir un favor.

—Habla, Jaime.

—Oyeme: salí yo de Catral huyendo como un relámpago de los escopeteros que me perseguian, y en poco más de una hora me planté desde la viña que yo guardaba en el término de Abanilla.

—¡Vaya una carrera! ¡Ni el aire!

—A piés nádie me ha ganado nunca. Ya en la sierra, detuve á los escopeteros y les hice retroceder, pero á las cuatro ó cinco horas me hallé sitiado por todos los mozos de Catral y tuve que arrojarme á una sima que felizmente conocia. Desde allí crucé el monte por el interior, siguiendo una cueva que tiene más de media legua. Libre ya de mis enemigos, continué adelante, siendo sorprendido más tarde por un hombre de bar-

ba larga y blanca, viejo y tan extraño que lo tomé por un alma en pena.

—Ya sé quién es; uno que llaman el *Penitente.*

—¿Lo has visto? ¿Le conoces?

—No, pero me han hablado mucho de él.

—¿Qué dicen?

—Ná, que fué mu pecaor y sa retirao á la cueva pa purgar sus culpas. Otros añaden que sólo come raízes, que bebe el agua en una calavera y no recuerdo más. Yo creo que es mentira la mayor parte, pus le tienen miedo y nádie se acerca por allí.

—Tambien á mí me asustó, pero luégo me hice amigo suyo, y estuvimos juntos bastante tiempo.

—Me alegro; cuéntame lo que hablásteis.

—Lo hallé en algunos momentos como loco; en otros se expresaba bien, y conservo la idea de que fué un personaje; pero ocurrió esto el mismo dia que maté al *Zurdo*, y mi cabeza no se encontraba muy buena.

—Lo siento.

—Se puede remediar; me encargó que volviera á verlo, se lo ofrecí, yo juré cumplir mi palabra, él contarme su historia, y mañana por la noche, si tú me lo permites, vuelvo á la cueva.

—Jaime, que te pueden coger, y te ahorcan.

—Lo primero es difícil, lo segundo muy cierto si lograran aquello; pero tengo contra ambas cosas unas piernas que ni el galgo, la liebre ni el gamo. ¿Te dijeron lo que yo corro?

—Sí, pero acuérdate del dia que te cogimos nosotros, y no olvíes que una bala desecha ó perdía inutiliza á la liebre, al gamo y al galgo.

—Mogica, era de dia, cometí una gran imprudencia y ahora no me sucederá nada de eso. Intento á la vez y con maña reconocer los caminos y alrededores de Crevillente, Albatera, Catral, Albanilla y Fortuna, trayéndote luégo noticias más ciertas y exactas que las de los *Pelones*.

—Lo último no me parece mal, pero temo...

Jaime insistió hasta convencer á Mogica de la conveniencia de su marcha. Cuando hubo logrado esto, se separó de

aquel para unirse á Amorós, al cual le dijo en reserva la verdadera causa de su partida, recomendándole que vigilara dia y noche á Lobon. José quiso acompañarle, pero Alfonso no se lo permitió, manifestándole la inconveniencia de que él dejase la cueva y de que le siguiera.

Trascurrió el dia siguiente en perpétua bacanal para los bandidos. Al anochecer se volvió á disfrazar Jaime con el traje de *huertano,* y cogiendo un solo cuchillo y la manta, desapareció de allí, embozado hasta los ojos y muy calado el sombrero.

A las ocho y media entró en Crevillente; con pasmosa temeridad visitó á varios de sus antiguos amigos, les hizo proposiciones que la mayor parte aceptó, y cuando supo la gente de que podia disponer un dia no lejano, entró en la casa de su hermano, lo estrechó, desapareciendo acto continuo.

Desde allí pasó á Albatera y seguidamente á Catral; paseó por las calles de ambos pueblos, y en el momento que hubo reconocido todo lo que le hacía falta, se dirigió hácia Abanilla, á cuyas inmediaciones llegó al amanecer. Habia andado nueve leguas, sin más descanso que el poco que le ofrecieron sus amigos en Crevillente.

Cerca de Abanilla se dejó caer sobre un ribazo, exclamando:

—No es mala prueba la que he exigido esta noche á la pierna que me hirieron, y por cierto que me la ha dado del modo más satisfactorio; únicamente siento en ella el mismo cansancio que en el resto del cuerpo. Ahora necesito proveerme de alimento para el dia y luégo dormir; asoma la aurora y no puedo perder muchos minutos en esta postura, que me va la vida en ello, y media legua más ó ménos no merece el que me ahorquen.

Al poco rato se puso en pié, comenzando á caminar de nuevo. Llegó á un ventorrillo del camino que conduce de Abanilla á Fortuna, y entró en él, viendo con satisfaccion que estaba solo el dueño. No le conocia, y habló con él, concluyendo por pedirle un vaso de agua con aguardiente, que bebió en

el acto. Despues aguardó un cuarto de hora, y, llegado que hubo del pueblo inmediato el hijo del ventorrillero con pan y algunos otros efectos, compró del primero, añadiendo longaniza. Guardadas las provisiones, satisfizo su importe, desapareciendo de allí, embozado hasta los ojos, pues habia empezado á salir el sol.

No tardó en ganar el monte y luégo un barranco, á cuyo fondo se deslizó sin inconveniente alguno.

—Aquí,—dijo,—no me amenaza peligro por parte de los hombres: podrá ocurrir que alguna culebra... ¡quién se ocupa de eso!

Tendió la manta, y recostado sobre ella comió la mitad del pan y longaniza, guardando el resto entre la faja que llevaba al cinto.

—Puede que haya alguno que envidie al bandolero,—dijo, tendiéndose y atrayendo el sueño;—pero el que así piense no conoce su vida, las desgracias de que está siempre rodeado, los sinsabores, el sobresalto en que vive y los trabajos que sufre. Soberbias cama y almohada me he proporcionado; estoy sobre la roca, en el fondo de las breñas donde no llega ni áun el sol, y es el rato más agradable que encuentro desde que salí de la cueva. ¡Ay, felices los que en la miseria, con hambre y disgustos, pueden hablar con su mujer, ver al hijo amado, y no piensan en la persecucion, en la justicia ni el verdugo! Siendo yo matador, perdí más que aquellos á quienes he muerto; ellos descansan, yo sufro dia y noche, sin tregua ni descanso, hasta durmiendo. ¡Maldicion! ¡Qué infeliz soy, que desgraciado!

Al poco rato, dominado por el cansancio y la fatiga, se quedó dormido. Jaime era fuerte, muy fuerte, pero no le bastaba para la vida que llevó desde que hubo dejado el viñedo de Catral hasta que lo ahorcaron.

Descansó hasta las dos, y dando fin del pan y la longaniza que le quedaban, quiso entregarse de nuevo al sueño; pero aquel le habia abandonado por completo, y se vió en la necesidad de proseguir despierto toda la tarde.

Se recostó sobre la manta, ocupándose desde las tres hasta cerca de las seis en formar planes y disponer acometidas que no tardó mucho en empezar á realizar. Su actividad y energía fueron siempre extremadas.

Al asomar el primer crepúsculo vespertino se hallaba sobre la cúspide de una empinada roca, observando, cual mudo fantasma, la inmensa zona que descubria en torno.

—Allí está Abanilla,—dijo,—á la izquierda Fortuna, enfrente Los Barros, la sierra del Carche, La Parra; á la derecha, no se distinguen, pero están Fuente del Algarrobo y El Pino, y al otro lado Las Peñas, Capré, Peña de Zafra y la Sierra de la Pila, que viene á morir en el campo de Jumilla. Existen en todo ese rádio inmensos bosques, dilatadas cavernas, sierras, montes, cabezos, barrancos, multitud de caseríos aislados, y un terreno, en fin, que parece dispuesto por la naturaleza para la realizacion de mi plan. No hay paraje donde yo no halle una retirada segura, y con piernas como las mias se puede desde este centro de operaciones ir lo mismo á Chinchilla que á Novelda, á Cartagena que á Lorca, por bosques cuando no entre breñas, siendo los llanos tan cortos, que á mi paso no hay uno sólo que me obligue á tardar tres cuartos de hora en cruzarlo. No debo temer las acometidas, sino las sorpresas. ¿De quién puede fiarse un bandolero, de quién? ¡Oh, necesito tener muy contenta á mi gente, y luégo á los restantes que puedan venderme! De esto se deduce que nádie sabrá jamás dónde yo duerma y que tendré que robar para cien, no obstante ser yo solo. Llega la noche, y ántes que la completa oscuridad me proporcione una caida, me voy á la cueva del *Penitente*.

Y como las cabras que un dia encaminaba, comenzó á saltar y correr, sin hallar obstáculo insuperable á su práctica, ligereza é instinto.

Media hora después entró en la cueva, hallando recostado en su monton de yerbas secas al anacoreta de que ya tienen conocimiento nuestros lectores. Le miró con algo de supersticion, mezcla de respeto, diciéndole al fin:

—Anciano, vengo á cumplir mi palabra. ¿Duermes?

—¿Quién me llama?—preguntó aquél incorporándose.—¿Qué atrevido mortal se atreve á profanar mi escondido y miserable retiro?

—Yo, soy Jaime; llegué á tientas, y si tienes ahí con qué encender luz, podrás reconocerme.

—¡Jaime! ¡Otro infortunado como yo! Recuerdo quién eres. ¿Por qué has tardado tanto en volver?

—Me hirieron.

—¿Quién?

—Hombres que me perseguian por órden de la justicia.

—¿La temes?

—Mucho.

—Yo no; me rio de los males de este mundo; sólo me aflige y desconsuela la justicia de Dios.

—¡Qué recuerdo tan terrible! ¿Enciendes luz?

—Sí, pronto estará. ¿Vienes cansado?

—Un poco.

—Ya te veo, matador del *Zurdo*.

—Ya son dos.

—¿A otro tambien quitaste la vida?

—Sí.

—¿Cómo fué?

—Batiéndome; en lucha desesperada para mí, ventajosa para mis enemigos.

—De ese modo herí yo á muchos. Ya está la linterna ardiendo; siéntate á mi lado, y cuéntame tus desgracias.

—Sabes una parte de ellas, y añadiré el resto, si me cumples tu palabra de referirme tu historia y la causa que te retiene aquí. Enterado yo de quién eres, podré visitarte á menudo, y hasta elegiré este paraje como refugio á la nueva vida que voy á emprender.

—Habla, que yo luégo te diré lo que deseas.

—¿No me faltarás?

—¿Esa pregunta me haces? Tu valor me ha seducido; cuantos me ven huyen de mí, como si yo fuera capaz de ofender á nádie.

—Te llaman el *Penitente.*

—Ya lo sé.

—Pues alguien viene aquí, porque te traen lo necesario para alumbrarte, y, segun veo allí, pan.

—Sí, un fraile.

—¿Nádie más?

—Y tú. En seis años con nádie más he hablado. Me juraste que callarias mi historia.

—Cierto, y me hallo dispuesto á cumplir tan sagrada oferta.

—Pues empieza tu relato.

Alfonso, no obstante lo que ya tenía contado al anacoreta, comenzó á hablarle de su pasado, principiando desde su más tierna infancia.

Una hora tardó en exponerle cuanto habia realizado hasta aquel momento, condoliéndose mucho de su suerte y de la injusticia con que le habian tratado algunos hombres.

Calló, sin embargo, los hurtos que llevaba hechos y su union en estos momentos á la partida de los Mogicas, como tambien las ideas y plan que pensaba realizar.

El anacoreta le oyó con marcado interés, exclamando al concluir:

—Te he escuchado con mucho gusto, Jaime; me hallo tan retirado é ignorante de lo que pasa en el mundo, que tu historia sirvió de bálsamo consolador á mi afligido espíritu. ¡Ingratos fueron para ti los hombres; pero cree que nunca han sido mejores, y lo peor es que todos faltamos, todos! ¿Quién no habrá pecado una sola vez? Solamente el Hijo de Dios vino infalible é impecable á esta mísera esfera.

—Te hallo esta noche,—exclamó Jaime,—tan sereno y tranquilo, que no pareces el mismo; tu razon está completa, y la mirada vaga y sombría de la otra vez, se fija ahora bondadosa y dulce. ¡Qué cambio, *Penitente!*

—No te extrañe; estuvo por la tarde mi confesor, mi hermano, y me trajo, como de costumbre, un poco de alimento material y mucho, muchísimo espiritual. Me aseguró que Dios me habia perdonado, y, como ese privilegiado sér no miente,

lo creí, y al creerlo fuí dichoso. ¡Dichoso yo, que riego dia y noche la dura superficie de esta caverna con las lágrimas de mis ojos; que gasto los cóncavos de estas inmensas bóvedas obligándoles á repetir sin trégua ni descanso mis continuos ayes, mis innumerables suspiros!

—Tranquilízate, para que puedas contarme con fria calma tu importante historia.

—Estoy tranquilo, ya lo ves. Mi hermano, confesor, amigo y todo, porque todo lo es para mí, endulzó mi alma lo que á mí no me es dado explicar. Por esta causa hallas mi cerebro cabal, y por la misma podré referirte lo que deseas. Fuiste bueno conmigo, me has cumplido tus palabras y no te faltaré, Jaime. ¿Qué quieres de mí?

—Tu historia; la voy á oir con un interés...

—Pues escúchala, y cuidado con referírsela á nádie.

—Te lo juré, y vuelvo á hacerlo por el Dios que nos oye.

—Quedo satisfecho.

—Principia.

—Me llamo Pablo Ramiro; mi padre fué rico; perteneció á la corte, y áun prestó servicios importantes en la guerra de sucesion al rey Don Felipe V, que en gloria esté. Huérfano de madre cási al nacer, hijo único, y ocupado el autor de mis dias en guerras y asuntos de corte, me educaron como al hijo de un poderoso, cuyo padre se hallaba ausente. No me enseñaban mucho, dejándome en cambio que poco á poco me fuese haciendo déspota, irascible, vengativo y hasta cruel. A los doce años ya no habia nádie alrededor capaz de sufrirme. Por fin mi padre supo lo que era su heredero y se presentó de pronto en Madrid para obligarme á que eligiera una carrera. Yo medité, y no hallando ninguna tan llena de aventuras, peligros y emociones como la del marino, me decidí por ella, sin que bastaran á disuadirme los consejos y reflexiones de mi padre. Era hijo único, como he dicho ántes, y el doble divorcio que nos ofrecia mi carrera le entristeció; pero más hombre de corte y de guerra que otra cosa, concluyó por acceder, vista mi tenacidad. Entré en un colegio, promoví es-

cándalos, me castigaron de mil modos, logrando por fin domar en parte mi fiereza. El orgullo y el temor me hicieron estudiar; lo que me faltaba de aplicado lo suplia ventajosamente mi valor, y á los diez y siete años de edad me embarqué para cruzar el ancho Océano. Eran de mi agrado las tormentas, los fuertes aquilones, las embravecidas olas, el caminar sin rumbo y cuantos fenómenos presenta la naturaleza. Asistí al primer *zafarrancho* que tuvo mi navío, y me encantó la lucha entre los hombres. ¡Qué dia aquel para mí! Maté, me hirieron, y cuando hube curado me nombró el rey alférez de fragata, y mis jefes y compañeros me llamaban el primer valiente de los mares. Continué batiéndome unas veces, sufriendo otras las calmas y los chubascos, y de accidente en accidente, cuyo relato suprimo porque á nada conduce y porque se haria eterno, llegué á capitan de navío. Rey absoluto en mi barco y en guerra con los ingleses, alcancé tanta gloria como el que más, logrando que en Europa y América se pronunciara mi nombre con respeto y admiracion.

El anciano hizo un momento de pausa para reconcentrar ideas, exhaló un suspiro, continuando:

—Era el dia 1.° de Enero de 1782, hace cuarenta y dos años próximamente; tenía yo veinticinco de edad, y ya era capitan. Me hallaba á la sazon en Cartagena, recibiendo vítores y plácemes, cuando en un mismo correo recibí la noticia de la muerte de mi padre y una órden del rey mandándome que me presentara inmediatamente en la corte. Dejé dos lágrimas en Cartagena, tomé un caballo, y al quinto dia por la mañana estaba en Madrid. Encerrado con el rey y su ministro, se me dieron órdenes terminantes y concretas, el pésame y algunas frases halagüeñas. Al siguiente dia tomé posesion de lo poco que mi padre me habia dejado, pues por causa que respeto dió al traste en sus últimos años con la mayor parte de sus bienes, nombré un apoderado, y acto continuo regresé á Cartagena. Me esperaban en el puerto mi navío, dos fragatas y un bergantin. Me trasbordé al primero, y como jefe de aquella escuadra me hice á la vela en direccion

del cabo de Hornos el 15 de Enero del referido año de 1782. A pesar de la larga distancia que debia atravesar, tuve pocas calmas, y favoreciéndome mucho el tiempo, me hallé á los cuarenta y ocho dias en el mar Pacífico y quince despues anclaba en el Callao. Corrí á Lima, que distaba de allí poco más de una legua, y entregué al Virey un despacho de S. M., ofreciéndole á la vez los servicios de mi escuadra y persona. Aquél se concretó á contestarme:

—No son barcos lo que yo necesito, sino soldados; el enemigo campea en el interior, tala, roba, degüella, engrosa sus filas, y nuestra causa se pierde, capitan.

—¿Qué ocurre, señor Virey?—le pregunté.

—José Gabriel Tupac-Amaru,—me contestó,—descendiente, segun dice, de los Incas, cacique de Tungasuca, estudiante un dia, y jóven, en fin, valiente y emprendedor, se ha rebelado, proclamándose rey. Tiene ya ejércitos de indios, ciudades que le obedecen, y yo carezco de los medios necesarios para combatirlos.

—Grave es el caso,—le repliqué,—y si me lo permitis, puesto que dispongo de quinientos hombres que son inútiles en mis barcos ínterin estén anclados, iré con ellos donde me ordeneis. Es buena gente, y yo anhelo siempre para mí el puesto de más peligro.

—No me hallo en situacion de mirar con indiferencia socorro alguno, capitan; sólo temo que los soldados de mar no sirvan en tierra. Os exceptúo á vos, cuya pericia militar y valor me son conocidos.

—Señor Virey, el soldado español sirve lo mismo para pelear en el suelo que en la mar, y lo difícil en un caso extremo es que el de tierra navegue, no que el de los buques luchen en tierra.

—En ese caso, acepto.

No tardó en darme sus órdenes, y á la siguiente mañana corria yo al frente de mis quinientos bravos en busca de los parciales del intruso José Gabriel Tupac-Amaru. Crucé países devastados por el enemigo, vi montones de infelices á los que

pasaron á cuchillo, pueblos enteros quemados, y tal cúmulo de crímenes, que huyó de mi alma la compasion. Hallé á un cabecilla y lo batí; el número de prisioneros se contaba en los cadáveres que dejé en pos, y, á imitacion de mis contrarios, establecí horrible represalia, que dió por resultado un aumento de víctimas, cuya cifra todavía me espanta. Sacerdotes, religiosos, españoles é indígenas, á cuantos vi obligué á tomar las armas; y con mil seiscientos hombres me abrí paso por todas partes. No cuenta el mundo guerra más cruel y sangrienta; duró cerca de tres años, perecieron más de cien mil personas y fueron entregados al saqueo muchos millones de duros. Me porté tan bien, á juicio de mis parciales, que desde allí me mandó el rey á Méjico, ocupándome diez y seis años en apaciguar á los indios de esta á la otra colonia. ¡Pero de qué modo, santo cielo! Más vale olvidarlo. Regresé á España, me colmaron de títulos y honores, dándome tiempo para descansar. En Alicante me casé, tuve un hijo, y á los catorce meses de holganza me dieron el mando de escuadra más poderosa, y volví á América, donde ojalá me hubieran muerto; pero no fué así: siempre vencedor, de lucha en lucha, sirviendo lo mismo en los mares que en tierra, tardé diez años en regresar á mi patria. Me concedieron ocho meses de licencia, que pasé al lado de mi mujer y de mi hijo. Como un soplo trascurrió aquel segundo período; me hice á la vela nuevamente, dejando á mi esposa en cinta y á mi hijo en mal camino, pues las madres difícilmente educan bien á los varones. ¡Ay, doce años despues recibí la noticia de que mi mujer habia espirado! La revolucion de Nueva Granada estaba vencida, y en treinta y seis dias crucé las Antillas y el Océano, anclando el treinta y siete en Cartagena. Dí el mando de la escuadra á mi segundo, y de incógnito partí á Alicante en busca de mis hijos. ¡Qué desórden hallé en mi casa, qué desconcierto! Mi hijo el mayor habia disipado cuanto yo les dejé; echó de su lado á su hermano, se me presentó casi cubierto de andrajos y borracho; le hablé de su infortunada madre, y me contestó con una carcajada; le pedí explicaciones, y me llamó bárbaro; fuí á cas-

tigarle y me dió un bofeton. Ciego yo de ira, más extraviada mi razon por el despecho y la rabia que la suya por el vino y los licores, le sujeté con la mano izquierda, y con la derecha le dí un puñetazo en la sien que le hizo rodar por el pavimento como ligera pluma. Fuera de mí todavía, comencé á pasear por la estancia donde nos hallábamos en estado febril y como un loco. La inmovilidad de mi hijo concluyó por calmar mi justa ira; le llamé, y no contestándome, juzgaba que la embriaguez y el golpe... ¡Pero no era eso! ¡Jaime, estaba muerto!

Los ojos de D. Pablo Ramiro se inyectaron de sangre, su musculatura se contrajo, los ralos cabellos se le encresparon, y, alargando los brazos instintivamente, volvió á gritar:

—¡Lo hallé muerto! ¡Rota la sien derecha por el puñetazo que le dí! ¡Vueltos los ojos, cadavérico su semblante y yerta la piel!

—¡Cómo el *Zurdo!*

Murmuró Jaime, reculando hácia atrás para huir de las miradas y de las manos que le alargaba el anacoreta.

En estos momentos era Alfonso el verdadero hijo de Crevillente; supersticioso como el que más, demostraba un terror que contrastaba notablemente con su sangre fria y valor en el campo y á la luz del sol. La figura y actitud del *Penitente* le imponian más en tales momentos que todos los escopeteros reunidos de la comarca.

Don Pablo se hallaba en estos instantes con el cerebro descompuesto. El sangriento recuerdo habia trastornado nuevamente su razon, y de este modo continuó gritando:

—¡Estaba muerto, Jaime; yo era el asesino! No le dí tiempo á mi pobre Eduardo ni áun para pronunciar las frases *¡Dios me valga!* Tambien yo fuí disipador y pendenciero; tambien me embriagué algunas veces, y no hallé, sin embargo, un padre tan inícuo que descargara sobre mí aquel tremendo puñetazo.

—¿Pero no te pegó ántes?

—¿Pero no estaba él borracho? Le maté porque en más de treinta años no hice otra cosa que matar y ordenar que

hiriesen; porque la suerte me convirtió en verdugo; porque, sin el amor patrio de Junio, sin la abnegacion de aquel sublime romano, fuí el verdadero Bruto de la edad moderna! ¿Has conocido tú en el mundo algo más horrible, deforme y miserable que yo? Si estaba el infeliz borracho, si no tenía la razon cabal, ¿qué extraño que me pegase? El demonio me inspiró; los espíritus de tanto infeliz como yo inmolé en América dieron tremebunda fuerza á mi brazo, y desde entónces los tengo por aquí, junto á mi cabeza! ¿No los ves, nécio? Revolotean y gritan en coro: «¡Asesino, parricida, mal padre, descorazonado, cruel, inhumano!» ¡Ay!

El anacoreta gritaba; los cóncavos de la caverna repetian los ecos de un modo terrorífico; Jaime, horripilado como nunca, se puso en pié, corriendo desalentado, y el ex-marino, que tambien se levantó y anduvo varios pasos, cayó por último al suelo sin sentido al exhalar su última exclamacion.

A las voces de D. Pablo y carrera de Alfonso reemplazó profundo silencio. Diez minutos despues, notando que nada ocurria, comenzó á recobrar su calma y tranquilidad el *Barbudo*. Del terror y asombro se fué á la compasion, levantó al *Penitente*, y sentándolo sobre la yerba seca esperó á que volviera en sí.

—¡Qué susto me ha dado!—se decia.—Presentaba una cara... ¡Qué torpe fuí! Es más desgraciado todavía que yo, y lo abandoné cobarde y temeroso. Ya sospechaba yo que era un personaje, y la verdad es que me inspira tanta lástima como interés. Ya empieza á recobrar la razon. ¿Don Pablo?

—¿Quién me llama? ¿Quién eres?

—Tu compañero Jaime.

—¿Dónde estamos?

—En la cueva.

—¡Ay! ¿Qué ha sucedido?

—Nada. ¿No recuerdas lo que te dijo esta tarde el fraile?

—Sí; que Dios me ha perdonado y me tiende ya su bondadosa diestra. ¡Llevo seis años de sufrir tanto! ¿Pero ántes no hablábamos de otra cosa?

—Olvida eso.

—¡No; te contaba el trágico fin de mi pobre Eduardo!

—Ocupémonos de los mares, que el recuerdo de tu hijo extravía tu razon.

—Ya no; pasó el vértigo, y me he quedado tranquilo, bien lo ves.

—¿Qué has sentido?

—No me acuerdo de todo; principió á latir muy de prisa mi corazon; luégo llegó á mi cabeza un fuego que la abrasaba; confundia las ideas, y más tarde rodé, como otras veces, por esa dura superficie. Pero en esta ocasion fué el accidente más corto y débil que anteriormente. Me ha perdonado Dios, y entró mi vida en un nuevo período, diferente de aquel en que tanto sufrí. En adelante me hallarás cási siempre tranquilo, sosegado, y podremos hablar, amigo Jaime, de lo que tú quieras.

—¿Habrá inconveniente en que continúes tu interrumpida historia?

—Ninguno.

—Si ha de volver á darte el accidente...

—No temas.

—Te descompones de tal modo, que infundes terror al que te oye y ve.

—Lo creo.

—Desde que sé quién eres, me cuesta trabajo tutearte.

—Quién era, querrás decir, porque ahora soy ménos que tú, ménos que el más pobre y mísero mortal. Continuemos hablando como hasta aquí, Jaime.

—Pues sigue, que te voy á escuchar con el mismo interés que ántes.

—¿Dónde corté mi narracion?

—En el momento en que, después de pasear largo tiempo por la sala, fuiste á levantar á tu hijo y lo hallaste muerto.

—¡Ah, sí! Largo tiempo miré el cadaver frio é inanimado; mi cerebro empezó á descomponerse, lloré primero como un niño; luégo se apoderó de mí la desesperacion, y, ensangrenta-

do, trémulo y con la razon extraviada, huí de mi casa, de la ciudad, prosiguiendo sin cesar de correr por los llanos, las cuestas, el bosque y las breñas. Iba como si me hubieran perseguido legiones de espíritus, á los cuales me parecia oirles gritar: «¡Parricida, asesino, malvado; huye, corre sin tregua ni descanso; riega el mundo con tu llanto hasta que espires y nos podamos apoderar de tu alma para entregársela á Lucifer.»—Yo exclamaba: «¡Corro, huyo, ay de mí!» ¡Una sola vez volví la cabeza y creí distinguir en pos las figuras de todos aquellos indios, caciques y soldados que inmoló mi acero! ¡Detrás de estos iban otros que no eran americanos, á los cuales maté en los zafarranchos, y ya no me atreví á volver la cabeza! De este modo, despedazada mi alma y cubierto mi cuerpo de un sudor frio, crucé leguas y leguas hasta que distinguí un monasterio á cuya entrada quise refugiarme, pero caí sin sentido. Al volver en mí me encontré en una celda, tendido sobre blando lecho, viendo á la cabecera de mi cama á un reverendo monje que me prestó toda clase de auxilios materiales y espirituales. Quince dias pasé recostado en la cama, con fiebre, y en un estado que sólo inspiraba compasion. El monje aquel fué mi médico, mi criado, mi protector constante. Unicamente abandonaba la celda para cosas indispensables y por breves instantes. Dormia cerca de mí, y su solicitud fué y continúa siendo la del padre más cariñoso, la de un digno ministro del altar. Cuando hube sanado de las dolencias del cuerpo me confesó, quedando horrorizado al oir el relato de mi vida. Cuatro dias despues hizo que me cubriera con este grosero sayal, me trajo á esta cueva, imponiéndome vivir en ella el resto de mi existencia. Puedo andar por el interior cuanto quiera y salir, siempre que no me separe de este sitio más de quinientas varas. Me visita continuamente, pues el monasterio está á ménos de media legua, y me trae ó manda cada dos dias pan y frutas secas; única cosa que como. Hoy, gran dia para mí, me echó la absolucion, dejándome al partir un consuelo que no tuve en seis años. Además de asegurarme que Dios me ha perdonado, dijo que mi cerebro caminaba á su estado nor-

mal, y que ántes de poco no volveria á sentir perturbacion alguna en su organizacion. Y es, por último, tan santo varon el respetable abad de ese monasterio, hombre de tanto talento y virtud, que encanta con las frases y sorprenden y admiran sus cuidados. Ya te lo he referido todo, Jaime.

—No; falta algo, Ramiro.

—Ignoro lo que pueda ser.

—Tú tenías dos hijos.

—¡Ah! ¿Te refieres á mi pobre Leopoldo? No he llegado á verlo, no le conozco. El padre abad le buscó, y hubo de hallarlo, por fin, en Alicante; se lo llevó al convento, procurando á la vez recoger cuanto yo dejé en mi navío y lo poco que nos quedaba en España al espirar mi hijo Eduardo. Lo último se hallaba en poder de la justicia, la cual se apoderó del cadáver y de lo que teniamos; dió sepultura al primero, retuvo lo segundo mucho tiempo, entregando, por fin, al abad una parte exigua; pero yo guardaba en mi barco las economías de algunos años, los despojos de la guerra y algunos regalos que me hicieron en América, con todo lo cual pensaba formar á Leopoldo mi reverendo protector, un patrimonio que no bajaria de cuarenta mil duros. Mas es el caso, que ántes de llegar este dia, el niño desapareció del convento y nada hemos vuelto á saber de él. En esa época se ahogaron en Alicante varios jóvenes, y se cree, con fundamento, que uno de ellos fuese mi hijo. ¡Qué fin tan desastroso de familia! ¡Oh, el que empieza mal, no acaba bien, Jaime, y á mis hijos les sucedió lo que á mí! ¡Abandonados de su padre como yo, su educacion fué mala, funesta!

—Pues ¿y tu mujer?

—Ya te he dicho, Alfonso, que es muy rara la madre que sabe educar bien á los varones; su misma dulzura, ese cariño tan tierno y solícito, son la rémora que la impide la realizacion de su deseo. Al hombre, cuando empieza á discurrir, es preciso guiarlo, dirigirlo, y como á los pueblos, imponerles el bien. El instinto de los séres los precipita, y el padre que no refrena y contiene á su hijo lo pierde. Eso le su-

cedió á mi pobre esposa, la cual murió á la postre por efecto de los digustos que la dió mi hijo Eduardo.

—¡Luego ese hombre mató á su madre!

—Sí; me ha dicho el abad que la asesinó moralmente.

—Pues, Pablo, el hijo que mata á su madre, merece lo que tú has hecho con el tuyo, y no debes apurarte tanto.

—¡No, Jaime, eso no; mereceria la muerte, pero no dada por su padre! Tenía mi sangre, mi nombre; era un pedazo de mi corazon. Mil vidas que hubiera yo tenido las diera por la suya. ¡Pobre Eduardo; hijo de mi alma!

Y el anciano prorumpió en un llanto amargo que le duró algunos minutos.

Léjos de consolarlo Jaime, quedó como ensimismado y meditabundo; parecia absorto en una idea que ocupaba por completo su cerebro. De pronto preguntó al anciano:

—Di, Pablo, tu hijo menor, ¿me has dicho que se llama Leopoldo?

—Sí.

—¿Es delgado, moreno?..

—No continúes; jamás le vi, y todo lo ignoro.

—Pero el monje que lo tuvo en su convento, ¿no te dijo cómo era?

—No; rehusó hablarme de él, porque suponia perjudicar m isituacion.

—No te comprendo.

—Cree que mi razon anduvo muy mal, y temia descomponerla más.

—¡Ya! ¿Y llegó á formarle el patrimonio de los cuarenta mil duros?

—Creo que sí.

—¿Qué ha hecho de ellos?

—Me pidió parecer, y le dije que los conservara hasta adquirir una seguridad de la muerte de mi hijo; pero que si esta no se lograba durante mi vida, podia aplicarlos á obras pias.

—¿Qué son obras pias?

—Limosnas.

—¿Te afecta todavía que te hablen de Leopoldo?

—Hoy no tanto como anteriormente; lo noto en lo que me estás diciendo.

—Pablo, yo creo que tu hijo vive.

—¿En qué te fundas?

—Se me figura que he hablado con él.

—¡Imposible; tú deliras!

—¿Y por qué?

—Jaime, desde que tuve uso de razon hasta hace seis años, mi vida fué un cúmulo de delitos, cuyo recuerdo me horroriza. Déspota en la paz, sanguinario y cruel durante la guerra, maté; por mi causa vi los campos talados, corrió la sangre sin tregua, y pueblos enteros fueron presa de las llamas. Aquellas charcas rojas, el humo, los ayes del moribundo que se asfixiaba, los indios pasados á cuchillo, mi hijo Eduardo con el cráneo desecho, todo eso y más debo expiar en la tierra; y si mi Leopoldo viviese, no podria ser.

—¿Por qué?

—Despues del perdon que hoy obtuve, me haria dichoso la sola idea de encontrarlo.

—¿Crees tú que la misericordia de Dios se parece á la caridad de los hombres?

—No; aquella es infinita, sublime; pero ¿y su justicia?

—Debes haber sufrido mucho en los seis años que van trascurridos.

—No puedes tú figurártelo.

—Pues ten confianza en Dios, Pablo, que tu hijo vive, y yo te lo he de traer aquí. Debe ser el mismo. Sus maneras, desembarazo y arrogancia jamás las tiene un monaguillo. Su reserva y tristeza al preguntarle yo por su orígen, la igualdad del nombre, su generosidad... Sí, es el mismo. Se escapó del convento, huyó á Fortuna...

—¿Te lo dijo él eso?

—¿Otra vez se descompone tu cara? Pablo, ¿cómo está tu razon?

—¡Ay, todavía no se encuentra bien! Pero háblame de mi hijo, de mi Leopoldo! Yo te lo ruego.

—Imposible; tu mirada ha cambiado, se contrae tu rostro, y es preciso que tratemos de otra cosa.

—¡Dime siquiera que vive, que es cierto lo que acabas de decir!

—Yo no soy embustero, Pablo, ni ingrato; así es que expresé la verdad, y ahora, agradecido á lo mucho que me has contado de ti, voy á concluir de referirte mi historia y lo que pienso hacer en adelante, pues á ti nada debe admirarte.

—¡Qué me importa á mí eso! ¡Mi hijo, Jaime, mi hijo!

—¡Qué me importa á mí tu Leopoldo! ¡Tu razon, Pablo, tu razon! Si continúas de ese modo, me marcho.

—No te vayas, Alfonso, te lo suplico. La noticia que me has dado es providencial; cuando acaba de perdonarme Dios...

—¿Lo ves? Te pones encendido y va á volver la locura. Me voy.

—No, detente; haré un esfuerzo sobre mí.

—Me das miedo, Pablo, y si no te tranquilizas...

—¡Cobarde!

—¡Qué quieres! A nosotros nos aterran los muertos, las almas en pena, los fantasmas y todas las cosas sobrenaturales.

—¡Pero si yo no soy nada de eso!

—Pero sí lo pareces.

—Dime algo más de mi Leopoldo; ¡por Dios te lo ruego!

—No lo vuelvo á nombrar esta noche.

—¡Corazon de tigre, tú no eres padre!

—Vaya si lo soy; de un hijo más robusto y colorado de lo que yo puedo decirte. ¡Ay, pobrecillo y qué suerte le espera!

—La Providencia lo protejerá; él no tiene la culpa de que tú matases.

—Es que hice algo peor, y resulta además que ya no puedo enmendarme.

—Sea el padre lo que quiera, el hijo no debe pagar sus culpas.

—Es que no me conoces aún, Pablo. ¡Si supieras á quién

estoy asociado, lo que hice noches atrás y el plan que tengo!..

—¡Me engañas para eludir el hablar de mi Leopoldo!

—¡Ojalá y fuera cierto; mas es el caso que me dió vergüenza contarte algunas cosas y las oculté; ahora que tú nada me callas, debo yo decirte todo lo que me sucede.

—Al acabar, ¿me darás noticias de mi Leopoldo?

—¿Te parece poco que yo haya hablado con él, que viva y que te ofrezca traértelo.

—¿Y si no lo encuentras?

—Sé por donde debe andar, y daré con él fácilmente.

—¿No estás sentenciado á morir?

—Eso no obsta para que yo éntre y salga en las poblaciones.

—¿Y si te cogen, desgraciado?

—Entónces me ahorcan.

—Es que yo no quiero que te maten.

—Ni yo tampoco; pero como ellos no han de tener en cuenta tu voluntad ni la mia...

—Por esa razon debes ocultarte.

—Sí, como tú te escondias de tus enemigos.

—Yo llevaba hombres que defendian mi existencia.

—¡Ay! Yo tambien.

—¿Quién eres, Alfonso?

—No me dejas que te lo acabe de decir.

—¡Habla, hombre, habla por Dios!

—¿No te asustarás?

—¡Qué nécio eres!

—Pudiera suceder que mi plan no te gustase... Como tú fuiste caballero, rico y jefe de marina...

—¿Qué tiene eso que ver para que te oiga?

—Bueno, tú lo quieres, sea. Aquellos que salvaron mi vida cuando yo concluia de matar al jefe de los escopeteros, son los Mogicas.

—No los conozco.

—Unos bandoleros, los más crueles y sanguinarios que hubo jamás.

—Adelante.

—Ya en su poder, me ofrecieron una plaza en la compañía, y áun cuando no dije que sí, tampoco dije que no. Entretuve; ¿estamos?

—Pero tú, ¿qué piensas?

—Huir de ellos lo más pronto posible.

—Bien hecho; muy bien hecho. Recuerda siempre, Alfonso, que un dia hemos de dar cuenta de todas nuestras acciones, y lo que es peor, que pagaremos todo lo que no se haya expiado en este mundo. Cuando yo te lo digo...

—Sí, lo comprendo, y debes ser voto, porque tampoco fuistes muy bueno.

—¡Ay! Verdad es.

—Yo tampoco he sido santo, ni en lo sucesivo me voy á hacer fraile.

—Jaime, eres mejor que yo; tú mataste en propia defensa al *Zurdo* y al otro, y yo gritaba «¡No hay cuartel!» cuando cientos de infelices me pedian gracia sin armas y con voces lastimeras.

—Pablo, noches atrás me dirigia, acompañado de un amigo, á ver á mi mujer y á mi hijo. En el camino hallé á unos carreteros; hablaban de mí, me insultaron, y los desarmé á todos.

—¿Eran muchos?

—Quince ó veinte.

—¡Brava accion! No descendian del Cid ni de Gonzalo de Córdoba. En eso, Jaime, no veo crímen alguno.

—Es que luégo mandé á mi compañero que los maniatara.

—Si no les hizo mucho daño, tampoco era delito obrar así con quienes tanto te insultaron.

—Daño no; ninguno.

—¿Pues entónces?..

—Consiste en que luégo empezamos á quitarles el oro y plata que llevaban...

—¡Ah! ¡Ladron!..

—¡Vaya una frase!

—¡Sí, ladron; has robado á tus hermanos, á unos infelices arrieros!

—No acabé; vino caballería, y mi amigo y yo huimos de la persecucion que pronto empezaron á hacernos.

—¿Qué aplicacion diste al dinero robado?

—Pagué una deuda, y conservo lo demás.

—Alfonso, ¿se lo vas á dar á los pobres?

—¿Hiciste tú lo mismo cuando en América entrabas á saco?

—El que yo fuese malo no autoriza á nádie para que me imite. Yo quiero que tú seas bueno, te confesarás con mi monje, entregándole el dinero que tienes para que lo distribuya en limosnas.

—Lo del confesonario, pase, que yo soy muy devoto de la Vírgen del Cármen; es mi patrona y abogada; aquí llevo el escapulario, mírale. Tambien amo á Dios Todopoderoso, uno y trino, como nos enseña la Santa Madre Iglesia; y es muy justo decirle al padre todas las faltas y pecados para que nos perdone nuestras culpas y nos eche la absolucion. Pero en cuanto á lo de los cuartos, ya me encargaré yo de dárselos al pobre Alfonso, el cual está más perdido que un presidiario.

—Bien, que te confiese el abad, y tú entrarás por el buen camino.

—Ocurre, Pablo, que tengo que ajustar cuentas con algunos malvados; me ha impuesto la naturaleza obligacion de comer y vestir miéntras viva; mi hermano, mujer é hijo son muy pobres, y como no puedo ganarlo, cuando se me acabe este dinero tendré que quitar á otros lo que lleven.

—¡Empiezo á adivinar tu plan, Jaime! Sé franco y dime la verdad.

—A eso voy. Pienso que nos reunamos unos cuantos amigos, todos de buen temple, y á esos ricos que tanto les sobra obligarles á que nos den á nosotros algo.

—¡Te vas á hacer capitan de bandidos!

—De bandoleros; lo mismo tiene, pero me gusta más la

palabra. Ya me verás á pié ó en la jaca torda de mi antiguo amo, correr como el corzo, disparar mi escopeta como pocos y ser el rey de toda esta comarca. No te han de faltar entónces, amigo Pablo, buenas magras, vino y lo que tú quieras.

—¡Infeliz, qué intentas!

—Ya lo has oido.

—No lo consentiré yo miéntras viva, que me interesas y necesito de ti.

—Tú sigue haciendo penitencias y no te mezcles en mis cosas; tiempo me queda para acabar como tú, que al cabo puedes ser mi abuelo.

—¿Quién te ha dicho que vas á vivir lo que yo?

—Tengo veinticinco años nada más.

—¿Pero de dónde sacas que te van á permitir cumplir los treinta?

—Lo aprendí en el mismo libro donde tú estudiabas esa cuestion á mi edad.

—Yo no hallé, por desgracia, en mi camino un hombre que me dijera la verdad como yo á ti, Jaime. Admírate; cuando mandaba acuchillar, me aplaudian; cuando prendia fuego á una poblacion, me vitoreaban; y el exterminio, desolacion y muerte de que yo cubria un mundo nuevo, vírgen en su mayoría, me valió gran renombre, consideraciones y envidiables recompensas. Esa era aquella sociedad, Alfonso.

—¡Oh, pues no está en ella mal un bandido!

—¡No saques esa consecuencia, insensato! Ve lo que me ha quedado de tantos vítores y honores; no te fijes en el principio, sino en el fin. La Providencia concluye por rasgar el velo de que parecia cubierta, nos ve, sentencia y castiga. Compara mi grosero sayal de hoy con el oropel que me cubria hace diez años; mira esta barba rala y nevada por el hielo de la edad, y verás lo que me ha quedado de aquel gracioso bigote con que imponia á unos y agradaba á otras. Fíjate en mi semblante demacrado, macilento, y compáralo con el del héroe. Y por último, puesto que las conoces, medita en mis ideas antiguas y mis creencias de hoy, y no olvides lo mucho que ig-

noraba entónces, lo que ahora sé. La experiencia y la sabiduría me demostraron la verdad; Dios se apiadó de mí á tiempo, y he podido conocer y distinguir lo bueno. ¡Ay de los que mueren ántes; ay de ti, Jaime, si desoyes mis consejos y súplicas, y una bala certera, el puñal homicida ó las cuerdas del verdugo siegan tu existencia ántes de que purifiques tu alma!

Calló el anciano, los dos inclinaron la cabeza, quedando reflexivos y ensimismados.

En cinco minutos ninguno de ellos desplegó sus labios. Por fin preguntó Ramiro:

—¿Que dices, Alfonso?

—Que tienes mucha razon; pero que yo necesito vengarme y vivir, y para lo último me es indispensable quitar al que tenga. Luégo que sea lo que Dios quiera.

—¡Es horrible el fanatismo estúpido y las creencias descabelladas que se tienen en este país! Cuando yo era malo no tenía idea de Dios, ni me cuidé para nada de los preceptos de la Iglesia; abrí los ojos, distinguí el error en que habia vivido, me vine á esta cueva y sólo me ocupé de la religion católica, de purgar mis faltas y de adorar y pedir misericordia á la Divinidad; pero vosotros no: en la izquierda teneis el Cristo, y en la derecha el puñal; á la parte exterior del pecho el escapulario, y en el interior al diablo. ¡Señor, yo no comprendo á esta gente!

—Pues ahí verás tú; cada pueblo tiene sus usos, costumbres y lenguaje.

—¡Qué usos ni qué lenguaje! La verdad es la misma en todas partes, y sabido es que el blanco y el negro no pueden confundirse, ni el pro y el contra caben en una misma idea. El que roba, mata ó delinque, obedece á Lucifer, eterno enemigo de Dios y del hombre, y no se puede hacer esto y ser á la vez partidario de la divina causa. Es tan imposible, como el que un hombre se bata á la vez contra el amigo y el enemigo; al pelearse con el primero, dejaba de ser lo que ántes.

—Deben respetarse las costumbres que cada país tiene.

—Lo bárbaro ó nécio, Alfonso, se aniquila donde se ve.

—Pero si á mí no me enseñaron otra cosa.

—Pero si te estoy yo demostrando la verdad.

—Pablo, cuando me haya vengado y pueda vivir en cualquier rincon del mundo con mi mujer y mi hijo, entónces seguiremos esta conversacion.

—Torpe pastor, hombre sin educacion ni ciencia, pero con talento claro, desecha esa corteza ruda y salvaje que te cubre y óyeme bien: Prescinde de la venganza; sólo perdona el hombre grande y fuerte; no seas tú ruin y miserable; ocúltate en lo posible, trae á mi hijo, y yo te daré dinero y medios de que vivas tranquilo y sosegado con tu mujer é hijos el resto de la existencia.

—Hace un mes hubiera aceptado, hoy no puedo.

—¿Por qué?

—Porque empezado el melon, ya no paro hasta que me lo coma.

—¡Qué idea tan grosera en la forma y tan asquerosa en el fondo!

—Pablo, me estás poniendo como ropa de Pascua.

—Como mereces, salvaje. ¡Quién hubiera hallado á tu edad un hombre que me aconsejara como yo á ti; que me estimara y presentase el ejemplo que yo acabo de demostrarte!

—Todo eso es verdad, como es cierto que no me ofende tu lenguaje, hijo del cariño; pero juro, por Dios Santo, que he de ser capitan de bandoleros, y me he de vengar de todos los que me hicieron mal.

—Eso es; ¡invoca el santo nombre de la Divinidad para mezclarlo con la idea de tus crímenes futuros! ¡Acerca el nombre de Dios á tus inmundos labios; coge el bellísimo é incomparable brillante y confúndelo en el cieno, bellaco! Dios ó el diablo; elige, si tienes algo de racional.

—Los dos.

—¡Eso no puede ser!

—Pues será.

—¿Quién eres, Alfonso? Porque todavía no te conozco.

—Un hombre que tiene buena sangre; más instinto que un perro perdiguero; que hará daño, algunas veces bien, y que acabará por ser ménos malo que tú, Ramiro.

—¡Tienes razon; lo primero es la humanidad, y yo carecí de ella por completo; llegué á matar hasta á mi hijo! Pero di, Jaime, ¿y si Dios se cansa de tus crímenes, de los ultrajes que haces á su nombre á cada momento, y en vez de dejarte llegar á los sesenta y siete años que yo tengo, te llama á juicio á los treinta, cuarenta ó cincuenta?

—Entónces, Pablo, le pediré perdon, y si no se digna absolverme, sufriré las consecuencias.

—¡Qué estoicismo, qué demencia! ¿Ignoras que lo que no ganes aquí no pueden dártelo allá?

—Pablo, límpiate tú y déjame, que yo soy muy jóven áun y no puedo encerrarme en una cueva á hacer penitencia.

—¿Te molestan mis consejos?

—Se van haciendo ya impertinentes.

—¿Tú corazon dice eso mismo?

—Sí.

—¿No hay nada en tu conciencia que se oponga?

—Nada.

—¿Me lo juras?

—Te lo juro.

—Está bien, Jaime; seré en lo sucesivo tierno y cariñoso contigo; si algo te digo que pueda violentarte, tómalo como efecto de un interés paternal.

—Ahora me encanta tu lenguaje.

—No volveré á hablar de otro modo en adelante; quiero hacerte bien, y la manera de lograrlo, veo con sentimiento que es salvándote en parte, ya que no puedo en todo. ¿Vendrás á verme á menudo?

—Sí, te haré compañía muchas noches, que este sitio es seguro. Me traerán de continuo el afecto que te tengo y el egoismo. Me parece que te digo lo bastante.

—Que vengas solo. ¿Lo entiendes?

—¡Y tan solo!

—Jaime, hijo mio, ¿te acordarás de mi pobre Leopoldo?

Y el anciano le echó los brazos al cuello. Alfonso le contestó:

—Te juro traerlo aquí, pero no digo cuándo ni cómo, que estoy proscrito.

—Yo, agradecido, si no puedo detener los crímenes que intentas, iré modificando poco á poco tu índole y sentimientos, endulzaré tu alma, te daré seguro asilo, enseñándote á vencer cuatro á veinte, diez y nueve á cien.

—Eso, Pablo; enséñame eso, y te querré más que á mi padre.

—Te lo ofrezco solemnemente.

—Tú habrás peleado alguna vez cien contra doscientos.

—Eramos en cierta ocasion quinientos uno y los enemigos más de cuatro mil.

—¿Y qué sucedió?

—Que los vencimos, haciendo en ellos una carnicería horrible.

—¿De qué medio te valiste?

—Eso se logra con talento, ciencia, calma y valor.

—¡Yo no tengo todo eso!

—Pero yo te daré lo que te falte, siempre que oigas mis consejos y seas humano, Jaime, que hasta en el ladron cabe la caridad. Dios no se oculta á ninguno de sus hijos, buenos ó malos.

—Te obedeceré con tal... vamos, con tal que me dejes hacer algo. Reconozco tu talento, me gusta escucharte, y ejercen en mi alma la mayor parte de tus frases un mágico influjo.

—¿Pero no te olvidarás de mi Leopoldo?

—Oye, Pablo, para tu tranquilidad: me hallaba yo desfallecido de hambre y tan desesperado que me iba á suicidar. Al tiempo de ir á mover el gatillo, me detuvo una voz dulce, tierna, apasionada; me levanté, y vi venir hácia mí á un jóven que cantaba alegremente, llevando á la espalda un morral con viandas. La Providencia me lo manda, dije; ya no me mato, le robo. Un minuto despues, exclamé:—«¡Alto ahí; el morral ó

la vida!»—Y le apunté con mi escopeta. El muchacho me miró sorprendido, luégo con indiferencia y despues con desdeñosa compasion.

—¿Qué edad tendria, Jaime?

—De diez y siete á diez y ocho años.

—¿Guapo?

—Como un sol.

—¿Quién era, Jaime?

—Mi salvador.

—No te entiendo.

—Sus frases retiraron mi escopeta, le pedí una limosna y me convidó á merendar con él su rico pan y exquisitos encurtidos, vino y postres.

—¿Quién era, Jaime?

—Mi salvador.

—Aún no te comprendo.

—Yo no tenía hambre, era voracidad. Nos escondimos entre unos juncos y plantas silvestres, y de cada bocado me llevaba un blanco, de cada sorbo media micheta. Mi jóven se reia, gozando al ver la rapidez con que yo destruia su excelente merienda.

—¡Qué bueno era, Jaime!

—¡Oh, mi salvador!

—Sigue.

—Hablamos despues del suicidio, y con sentidas frases me convenció que era una cobardía, un crímen horrendo y asqueroso.

—¡Qué talento tenía!

—Sí, señor.

—¿Quién era?

—Ya lo sabrás.

—Continúa.

—Desde aquel instante deseché para toda mi vida la idea del suicidio.

—Logró de ti más que yo, Jaime.

—Sí, señor.

—¿Y luégo?

—Despues, hartos ya de manjares, y comenzando á anochecer, como él se habia perdido, le acompañé hasta dejarle en el camino de Orihuela. Al despedirnos le dí la mitad de mis armas, él á mí la mitad de su dinero, y nos estrechamos, jurando ser amigos.

—¿Nada más hablásteis?

—Me contó que fué muy desgraciado en un principio, que luégo estuvo en un monasterio, que algunos frailes le trataban mal y se escapó...

—¿Te dió su nombre?

—Que luégo marchó á Fortuna, siendo protegido por el cura, que fué monaguillo, y el más valiente de todos los muchachos del pueblo; pero acabó por maltratar al sacristan, si bien halló causa justificada para hacerlo, y, no obstante la proteccion del cura, dió al traste con su empleo, con el protector, y, provisto de un guitarrillo, de cuarenta reales y de un corazon enérgico y emprendedor, marchó á otra tierra en busca de mejor suerte.

—¿Hácia qué punto se dirigió?

—Entiende algo de música; estudió latin, es osado, sereno, tiene brillante imaginacion y se abrirá paso por donde quiera que vaya.

—¿Pero hácia dónde camina, Alfonso?

—Eso me importa á mí sólo, pues soy yo el único encargado de buscarle.

—¿Te diria su nombre?

—Claro es.

—¿Y el apellido?

—Se lo calló.

—¿Cómo era el primero?

—Leopoldo.

—¡Gracias á Dios que lo has pronunciado! ¡Qué dia, Jaime! ¡Oh, la piedad divina es inmensa! No ofendas á Dios; ¡es tan bueno!

—¡Y nosotros tan malos, tan propensos al abuso!

—Por esa razon debes rechazar de tu mente las ideas de crímenes ó delitos. ¿Lo harás?

—Aconsejar es mucho más cómodo y fácil que practicar, Pablo.

—Siempre que pueda he de encaminarte al bien.

—Y yo, agradecido, vendré aquí, acompañado de mi amigo Leopoldo, cuando ménos te lo figures.

—Pronto, amigo mio, pronto.

Y los dos continuaron hablando largo tiempo, sufriendo un cambio completo las ideas de Jaime. Ramiro se esforzó en presentarle peligros que le eran desconocidos. Le habló del mundo, de la sociedad en que vivia, y muy particularmente de los hombres.

Despues de media noche le dió Pablo la mitad de sus yerbas secas, apagaron la linterna y se quedaron dormidos.

Ya muy de dia despertaron ambos. Jaime estrechó tiernamente al anacoreta, y despues que hubo recibido el último consejo y un abrazo, desapareció de allí muy embozado en la manta y bastante calado el sombrero. Por el camino se decia:

—La razon del *Penitente* va siendo completa. ¡Qué talento tiene; qué admirablemente se expresa! ¡Lástima es que yo le haya conocido después de matar al *Zurdo!* Ha hecho una revolucion completa en mis ideas y creencias. ¡Nunca olvidaré la primer noche que pasé á su lado! Me ha dicho la verdad; será raro el hombre de quien podré fiarme, y más que con las armas debo vencer con la cautela y sagacidad. ¡Hay tantos traidores! ¡Por un indulto, por cuatro onzas serán capaces de venderme, cuando no por una frase escapada en el calor de la cuestion! ¡Bueno: viviré prevenido y tan avisado como conviene á mi situacion!

Y continuó adelante, llegando á un cortijo próximo á la sierra. Allí encontró quien le afeitara y le diese un buen almuerzo; despues adquirió noticias, marchando á otro paraje distante dos leguas.

De cortijo en cortijo y de pueblo en pueblo fué Jaime recorriendo y estudiando la zona que debia servirle más tarde

de teatro durante muchos años. Pagaba con esplendidez cuanto pedia, mostrándose humilde y sagaz; no se presentó á ningun amigo ni conocido; se detenia poco tiempo en los puntos que estudiaba, durmiendo en lo más espeso de los bosques ó en lo más agreste de la sierra.

Cinco dias tardó en adquirir las noticias y datos necesarios; al anochecer del último se dirigió á Crevillente, llegando á las doce.

No encontró centinela alguno, y entrando en la cueva halló sumidos en tranquilo sueño á los tres Mogicas y restantes indivíduos de su partida.

—¡Qué imprevision!—dijo contemplando al que estaba más cerca de la puerta;—gente tan descuidada no permanecerá mucho tiempo en el monte. Y en verdad que me alegro; ¡son tan malos!

Seguidamente tendió su manta en el suelo y se acostó, quedando tambien dormido.

Serian las siete de la mañana cuando le despertaron varias voces. Unos decian:

—¡Jaime ha parecío! Miradle.

Otros gritaban.

—¡No lo han cogío; ma legro!

—A este no le atrapa ni el demonio.

—¡Arriba, Alfonso!

—¿Qué te ha ocurrío?—le preguntó el mayor de los Mogicas.

—Nada de particular. ¿Y José?

—Aquí lo tienes.

—¿Y Lobon?

—Mírale; es una alhaja que no tiene precio; bebe más que nenguno; habla peor que toos, y nos cuenta unas cosas en gitano!.. ¿Por qué has tardao tanto, Jaime?

—Tuve que dormir de dia, que indagar de noche, y he andado mucho.

—¿Hasta onde llegastes, Alfonso?

—Estuve en el campo de Jumilla.

—¿Pa qué tanta caminata?

—Para reconocer lcs pueblos y averiguar todo lo que nos hace falta.

—¿Y qué has sacao en limpio?

—Vente afuera conmigo y lo sabrás.

—Vamos.

Ambos se salieron, y á la distancia de quince varas de la boca de la cueva se detuvo Jaime, diciendo al mayor de los Mogicas.

—Todavía salen algunos mozos de los pueblos.

—Pus los *Pelones* no han visto un alma, y nuestro mejor espía la dicho ayer que ya poemos abandonar la madriguera.

—Esos no han indagado tanto como yo, que anduve más de cuarenta leguas.

—¿Crees tú que áun debemos seguir escondíos?

—Mogica, se puede dar un golpe de mano sin que tú te expongas.

—¿Qué ices?

—Con Lobon, José y media docena elegidos por mí, voy á entrar á media noche en Catral. Yo conozco allí á uno que tiene mucho dinero y lo vamos á limpiar. Los restantes nos esperais aquí tranquilos, que ántes de amanecer ya estará todo concluido.

—¿Dentro de Catral?

—Sí

—Es mu expuesto; si se espierta arguno y toca á rebato, estais perdíos. Los golpes se dan mejor en el camino.

—El viajero, Mogica, lleva lo indispensable, y el que está en su casa tranquilo lo tiene todo cerca de él.

—Pero hay mucha gente que le defienda, y si grita y tocan las campanas...

—Me atrevo á realizar la idea con solos José y Lobon.

—No quiero, Jaime, que lus dos sus vais á perder.

Ambos continuaron hablando, concluyendo Alfonso por convencer á Mogica. Al efecto lo sedujo con la perspectiva de un botin fabuloso y del abandono en que la guerra habia

dejado al pueblo de Catral. Logrado el permiso que Jaime queria, conversó éste largamente con Amorós y luégo con Lobon, hasta enterar á los dos de la idea que pensaba realizar aquella noche. Cuando hubo concluido se retiró al fondo de la cueva, donde durmió nuevamente hasta la hora de almorzar.

José en tanto habló con los seis ménos sanguinarios y que le ofrecian más confianza de los que componian la partida, preparándolos para el asalto de la noche.

Trascurrió el dia sin incidente alguno extraordinario. Los Mogicas y restantes bandoleros comieron y jugaron como de costumbre; armaban disputas y promovian peleas que contenian los tres hermanos, y su lenguaje era tan asqueroso que no podemos estampar aquí una sola de sus frases. Todo era entre ellos liviano, grosero y tan hediondo, que la sola idea repugna; por esa razon suprimimos muchos detalles.

En cuanto anocheció se armaron los nueve que debian ir á Catral, y despedidos del resto, partieron sin dilacion. Jaime iba delante con Amorós, y todos ellos embozados en las mantas.

—¿Traes puesto el cinto?

Preguntó Alfonso á José.

—Sí.

—¿Qué hombres nos acompañan?

—Los ménos malos de la partida.

—¿Pero tienen corazon?

—Más que los otros.

—Muy bien; es preciso que estés muy alerta y te concretes á obedecerme, para que yo pueda realizar las ideas que me propongo.

—Adelante, Jaime, que te conozco, y dirigido el asalto por ti, saldrá bien.

Distaban más de tres leguas de Catral y no salieron del monte hasta las diez. La noche estaba oscura y silenciosa; no se veia alma viviente, y nuestros bandoleros entraron en el llano, tomando al efecto cuantas precauciones creyó Jaime con-

veniente adoptar. Iban de dos en dos, separadas las parejas y observando lo mismo los de delante que los de atrás.

Así llegaron á la huerta de Catral, entre cuyos árboles se detuvieron, formando corro. Alfonso entónces les dijo á todos una parte de su pensamiento y lo que cada uno debia hacer.

Seguidamente anduvieron hasta llegar á las inmediaciones del pueblo. Allí se pararon de nuevo, adelantándose el *Barbudo* solo. A la media hora regresó, diciendo:

—No he visto luz ni persona alguna; son más de las once, y todos duermen tranquilamente. Compañeros, manos á la obra y nada temais, que tengo bien tomadas mis medidas y el golpe se va á dar en toda regla. Vosotros dos os quedais aquí observando las afueras. Tú, Juan, espera en aquella esquina mirando á éstos y á nosotros. Roque, á tí te dejaré en la Plaza. Vosotros dos me seguireis hasta escalonaros, y Amorós, Lobon y yo entraremos. Animo, mucho oido, escuchad, haced bien las señales, y aprendereis una cosa nueva para vosotros.

—Andando.

Le contestaron varios.

Y conteniendo hasta la respiracion, se iban parando unos en los parajes que les estaban destinados, miéntras Jaime, Lobon y José llegaban á la tapia del corral perteneciente al amo del viñedo que guardó un dia Alfonso, cuyo sujeto conocen ya nuestros lectores.

—Imitadme,—les dijo Jaime;—nada de hacer ruido, con calma, aplomo y segun veais en mí.

Saltó la tapia, quedando parado y observando á sus compañeros.

—Bien,—añadió dirigiéndose á los dos;—empezais á desempeñar perfectamente el oficio. Seguid lo mismo. La manta al hombro; escondida y sujeta la carabina con la mano izquierda, y la derecha en disposicion de obrar. Son necesarias cada vez más precauciones, silencio y sangre fria. Adelante.

Jaime supuso, con razon, que la ventana perteneciente al comedor de su amo, por donde él entró, y la puerta que estaba debajo, habrian sido favorecidas con barras de hierro has-

ta hacer imposible forzarlas. Era aquél muy cobarde y precavido, y el nuevo jefe de bandoleros no se equivocaba en sus cálculos. Pensó, en consecuencia, que la manera de obviar dificultades y asegurar el éxito de su empresa era la de hallar un descuido en los dos criados que servian al dueño de la casa, y lo buscó con avidez. A los pocos minutos sonrió, exclamando para sí:

—Encontré lo que anhelaba; se dejaron esta pequeña ventana entornada, y por ella se puede penetrar fácilmente. Da á la cocina, y tengo más de lo que yo habia imaginado.

Como una culebra se deslizó por el hueco á que nos referimos, mandando ántes á Lobon y José:

—No chisteis; fijaos bien en lo que yo hago, é imitadme.

Un segundo despues se hallaba á la parte adentro, ayudando á sus compañeros á penetrar como él concluia de hacerlo.

Luégo fué á tientas al fogon, dió con una pajuela, y aplicándola á una sola ascua que estaba espirando, tuvo luz, que trasmitió á un viejo y pequeño candil, el cual colgó en la parte superior de la puerta de salida.

Al oido de sus dos compañeros, dijo:

—Os llevaré á cada uno al cuarto respectivo de los dos criados; los sorprendeis, tapándoles la boca con los pañuelos. Bien sujetas despues las muñecas con la cuerda, atais el extremo de ésta á la puerta de la habitacion. Son una pobre mujer y un mozo que no os opondrán resistencia alguna. El resplandor de esa luz os prestará la suficiente claridad para que realiceis mi intento, pues los dos duermen aquí cerca. Cuando hayais concluido, subis á buscarme, que yo estaré arriba con el amo. Mucho oido por si los de fuera nos hacen alguna seña; calma, y más vale que sobren diez nudos que el que se afloje uno, José y Lobon.

—Estamos, y adelante.

Dijo el teniente; Paco añadió:

—Aquí hay *parnés* en grande, y ya me crispo de alegría al contemplar el aspeuto de este negocio.

—Tú con ella, Lobon; tú con él, José. Venid.

Muy cerca de la cocina habia dos puertas entornadas, una enfrente de otra, las que abrió Jaime, diciendo á los otros:

—Al avío.

Los criados estaban profundamente dormidos, como habia supuesto Alfonso, y al despertar se encontró cada uno con un puñal en el pecho que anudó sus lenguas.

Jaime volvió á sonreir, y encendiendo nuevamente la pajuela, subió al piso principal.

El dueño de la casa dormia en una alcoba que se comunicaba con la sala, cuya puerta tenía por dentro echado un pasador. Jaime, cuando la hubo reconocido, se dirigió á la de escape, pero sucedia lo mismo. Entónces sujetó la carabina con el brazo izquierdo, en la mano tenía la pajuela encendida, y con la derecha enarboló un enorme cuchillo. De pronto dió un empuje con el hombro á la referida puerta, con tal fuerza que rompió el pasador y picaporte.

Su antiguo amo despertó al ruido, gritando:

—¿Quién es? ¿Qué es eso? ¿Qué intentas?

No pudo continuar; la punta del cuchillo de Jaime se fijó en su garganta, dejándolo mudo y sin aliento.

En tal estado hizo el *Barbudo* que su manta se escurriera hasta el suelo, quedando la carabina, que estaba dentro, tendida á los piés de la cama. Libre ya su brazo izquierdo, pudo alargarlo y encender el belon que tenía el dueño de la casa á la cabecera de la cama, conservando fija su arma blanca en el cuello de la víctima. Despues tiró la pajuela, y apagándola con el pié, se sentó tranquilamente, diciendo:

—No es cosa lo que voy á hacer contigo.

—¡Perdon, Jaime, perdon!

Murmuró á cuarto de voz el sorprendido señor, reconociendo al *Barbudo*.

—Si vuelves á hablar sin mi permiso,—replicó Alfonso,—aprieto así...

—¡No, por María Santísima! ¡Me has lastimado!

—¿Qué hombres hay en tu casa?

—Sólo el mozo y la criada; nádie más.

—¡Qué poco precavido eres, hombre! Yo te juzgué más cauto.

—Hasta hace cuatro dias tuve á Nicolás y á Pedro; pero se han ido á la guerra, y me quedé únicamente con los criados.

—Feliz casualidad; así habrá dos víctimas ménos.

Y retiró algo el cuchillo, cogiendo la manta y carabina para tenerlas en la forma que al entrar. Luégo continuó:

—Ya recordarás, amo mio, el recibimiento que me hicistes cuando vine á implorar tu clemencia y proteccion. Acogida tan noble y generosa dió por resultado que los mozos de Catral continuaran persiguiéndome y que matase á su jefe, quedando yo en la contienda mal herido. Debieron acabarme acto continuo, pues dí una caida, recibiendo tal golpe en la cabeza que me privó de la razon; pero hizo la casualidad que llegaran los Mogicas en aquel momento, los cuales salvaron mi vida, reteniéndome entre ellos hasta ahora. Luégo se empeñaron en venir á verte, abajo están, y en breve los tendrás aquí.

—¡Los Mogicas! ¡Estoy en poder de los Mogicas!

—Sí, mi querido protector.

—¡María Santísima me valga!

—No temas, que estoy yo aquí para defender tu vida, y como en la ocasion presente te portes bien, yo no obraré mal.

—Te daré lo que me pidas, Jaime. Yo siempre te quise...

—Por supuesto; nos amamos como padre é hijo.

—¡Qué no me maten, por Dios!

—Claro está.

—¡Ni me hieran!

—Se entiende.

—¡Ni me peguen!

—Digo que te voy á defender y á guardar tu cuerpo como lo hice con tu viña; pero ahora los Mogicas querrán comerse algunos racimos de la parra de tu casa, y hay que ser tolerante con ellos; que matan sin compasion, y traen unos perros...

—¡Que no suban, por la Vírgen! ¡Esos alanos devoran al que cogen!

—Todo depende de tu conducta.

—¡Ay! ¡Haré lo que tú quieras, lo que me mandes! ¿Cuántos sois?

—Ya los verás.

El miedo, pavura, temblor y aturdimiento del amo contrastaban notablemente con la sangre fria y valor de su ex-guarda. Ahora conocia el primero la gravedad del disparate que hizo al recibir á Jaime, el dia que le pidió amparo, del modo feroz é imprudente que recordarán nuestros lectores.

El profundo silencio que reinaba en la casa y en las calles circunvecinas aumentaba la tranquilidad de Alfonso é imponian doblemente al otro.

Nuestro bandido, más apasionado de la venganza que de cuantos goces conoció hasta entónces, se hallaba en este instante experimentando una alegría y satisfaccion que no tuvo jamás.

Por un minuto dejaron de hablar ambos; el uno meditaba en el buen éxito de su plan, y el otro en aquella lúgubre tranquilidad que tanto le aterraba.

—Jaime,— añadió por fin su amo,— nada escucho; si has venido solo, dímelo, luégo lo que deseas, y te lo concederé al instante. ¡Ah, por la Madre de Dios, sácame de la horrible ansiedad en que estoy!

—Aguarda un poco, que esta comedia se va á representar como las otras, y bien comprendes que los cómicos no pueden salir todos de una vez.

—No escucho nada, Jaime.

—Consiste en que esta es una escena de silencio. ¡Ay de ti si llega la de voces y tiros! Yo era bueno; jamás tuvo amo alguno un criado que guardara mejor su hacienda; la suerte me llevó á una riña, maté en propia defensa, y la injusticia de los hombres me perdió. Llegué á ti, humilde y afligido, te pedí auxilio, proteccion, y léjos de otorgarme ámbas cosas, me empujaste al crímen sin piedad. Recuerda tus frases, actitud y conducta; no olvidaré el resto de mi vida la noche aquella, primera en que cambió mi modo de existir. Tú lo

has querido, sea; *no hay plazo que no se cumpla ni deuda que no se pague.* Ahora te toca á ti; más tarde á los otros.

—¿Qué vas á hacer conmigo, Jaime?

—¡No hables fuerte ni te muevas, porque!..

—Enmudezco, y... ¡retira ese cuchillo, por Dios! ¡Ay, la Vírgen me valga!

—¡Hipócrita, malvado; todos los dias oyes misa, los santos están siempre en tus labios, y eso no obsta para que explotes al género humano y te hayas hecho rico con el sudor del pobre! ¡Dios protege sólo á los que tienen su caridad, y tú jamás la conociste!

Otra vez volvieron á callar, cuyo silencio se prolongó hasta que fué interrumpido por la voz de Lobon, el cual, asomando la cabeza por la puerta de escape, preguntó:

—¿Qué ocurre por acá?

El dueño de la casa tembló más que nunca. Jaime, con su habitual calma, contestó:

—Entra, Lobon, ¿y José?

—Aquí atrás viene; *diquélalo.*

Y aparecieron ambos, llevando las carabinas en la mano izquierda y uno de ellos el candil en la derecha.

Amorós interrogó á Jaime:

—¿Qué ruido fué ese que sentimos hácia aquí?

—Nada, amigo mio; el de esa puerta, cuyos pestillos saltaron á un empuje mio.

—Verdad es.

—¿Quedaron bien sujetos los de abajo?

—No se soltarán en muchas horas.

—¿Y las bocas?

—Tapadas á satisfaccion.

—Dejad las mantas, el candil y las carabinas á ese lado. Ahora haced con este lo mismo que con sus humildes servidores.

—¡Jaime, por!..

—¡Si chistas, te atravieso el corazon! Perro, amas el oro más que la vida; pues yo te dejaré la última, mas el primero

se vendrá con nosotros, á no ser que te empeñes y pierdas los dos. Vosotros despachad, que urge.

—Asina, *chaboró;* no tiembles.

Contestó Lobon, y entre éste y Amorós lo amarraron por las muñecas, tapándole despues la boca con un fuerte pañuelo de hilo.

Cuando hubieron concluido, metió Jaime la mano debajo de la segunda almohada, sacando un manojo de llaves.

—Aquí están, como yo suponia,—exclamó.—*No hay peor cuña que la de la misma madera,* amo mio, y los secretos que yo averigüé en tu casa van á surtir esta noche sus naturales efectos. Muchachos, coged una luz de esas dos, y alumbradme.

Los tres pasaron á la sala, en la que abrió Alfonso un armario de nogal.

—¡Estos cartuchos tienen dinero!

Dijo Lobon con alegría, viendo el interior del armario. El *Barbudo* le contestó:

—Alumbra bien y calla, Paco. José, tú ves metiendo todo eso en el saco.

Seguidamente dió con un secreto que andaba buscando, y pronto distinguieron los tres varias columnas de onzas.

—¡Oro!

—¡Cuánto dinero!

—Era muy rico este hombre. Echa, José, echa; más de prisa. ¿Qué hay detrás?

—Cajas pequeñas.

—Sí, las sortijas, collares, arracadas y brazaletes de su mujer y de otras. Al saco, Pepe, que esto vale mucho.

—Ya no hay más.

—Ahora seguidme á su despacho, y luégo iremos al comedor.

Como Alfonso conocia todos los rincones de aquella casa y cuanto se encerraba en ella, en media hora cogieron lo que habia en oro, plata, inclusos los cubiertos y alhajas. Sólo dejaron siete reales en cuartos que se hallaban en la mesa del despacho. Al terminar, mandó Jaime á Lobon que se enca-

minara delante hácia la sala, y quedándose él un poco atrás con Amorós, le dijo al oido:

—José, te detienes arriba, y guardas en el cinto todo el oro que quepa en él. Lo demás se repartirá en la cueva. ¿Entiendes?

—Sí.

El *Barbudo* realizaba un doble robo; quitó á su antiguo amo cuanto tenía, y en este momento separaba una parte considerable del todo que pensaba partir con sus compañeros. Para empezar su carrera de crímenes, no nos parece que se descuidaba.

Al llegar á la sala cogió él la luz, y dijo á Francisco:

—Agarra á ese hombre de un brazo y bájalo, que vamos á encerrar á los tres.

—¿Se queda aquí Amorós?

—Sí; miéntras nosotros despachamos, él va á reconocer lo único que falta. Coge todas esas cuerdas que os sobraron.

Un cuarto de hora más tarde se hallaban en el sótano del edificio, y en un extremo, en que era muy difícil oyeran en el pueblo los gritos del amo y dos criados, los dejaban amarrados de piés y manos, bien tapadas las bocas y como convenia al intento de Alfonso. Este cerró la puerta del sótano, y guardándose la llave, volvió á sonreir por tercera vez.

Seguidamente fué con Lobon á la despensa, y cogiendo una botella de aguardiente, fingió beber, diciendo luégo á su compañero:

—Exquisito. Toma, Paco; echa un trago, que es muy bueno.

Aquel le obedeció, contestando:

—¡Soberbio! ¡Qué *peñascaró, chavó!* (1).

—Vaya otro sorbo.

—Allá voy.

—No pares; adelante, hasta verle el fin.

—*¡Chachipé*, qué fuerte y qué calor dá, Jaime!

—Te has chiflado media botella, *chavó*.

(1) ¡Qué aguardiente, chico!

—¿Ya lo has aprendío? ¡Qué chasco mas dao! Yo que te creí tonto, y te explicas como un *caló*. ¡Vaya un negocio que hemos hecho! ¡Já, já, já! Se me va la vista y las piernas...

—Cuidado, Paco, que estamos en Catral y áun nos falta mucho para concluir.

—No tengas mieo, Alfonso, que estoy yo mu acostumbrao al aguardiente, y ya no me hace daño.

—Pues vamos arriba, y despachemos.

Sin detenerse subieron al piso principal; Amorós habia terminado ya su escamoteo, y seguidamente cogieron las carabinas y las mantas, desapareciendo de la casa del mismo modo que entraron.

Jaime se decia por el camino:

—Estos hombres que dejo en el sótano no pueden ser oidos por nádie en más de dos horas; Lobon va medio borracho, y el asunto continúa á pedir de boca.

Saltaron la tapia, y fueron incorporándose con sus compañeros, á los cuales dijo Jaime:

—Se dió el primer golpe, y ahí lleva José el dinero, alhajas y cubiertos.

—¿Hay mucho?

—Por lo que abulta y por lo encorvado que va Amorós, puedes figurártelo.

—Pues á la cueva.

—¿Nada ha ocurrido?

—Yo no vi un alma.

—Ni yo.

—Ni yo.

—La noche está oscura como boca é lobo y convía.

—Pues vamos con el segundo golpe, despues con el tercero, y entónces nos marcharemos.

—Ya hay bastante y es mu tarde, Alfonso.

—Serán las doce, poco más, y primero me dejaba pegar cuatro tiros que abandonar mi empresa á la mitad.

Esto produjo una disputa entre los nueve, prevaleciendo al fin la opinion de Jaime. La casualidad hizo que estuvieran

á cincuenta varas de la casa más próxima y nádie pudo oirlos.

Jaime volvió á distribuir la gente de un modo distinto, preguntando luégo á Amorós:

—¿Va bien atado ese talego?

—Tiene el cordel siete vueltas y en los extremos cinco nudos.

Seguidamente mandó el *Barbudo* que dejase Pepe en la esquina donde estaban el talego al cuidado de uno de sus centinelas, dió varias órdenes á Paco y á Lobon, y siguiendo los tres la tapia en cuyo ángulo se habian detenido y dejado el saco y su guarda, treparon hasta saltar á un huerto.

Alfonso delante, y detrás, cogidos de las manos, Amorós y Lobon, llegaron á una puerta que forzó el primero, precipitándose los tres en el edificio.

Era la casa del alcalde, en la que se hallaba éste, un alguacil y tres mujeres. Los cinco fueron sorprendidos durmiendo, y poco despues atados.

Lobon estaba ahora torpe, riendo á carcajadas y patentizando, en fin, los efectos del mucho aguardiente que bebió; Amorós algo agitado é impaciente, y Jaime demostraba, como ántes, una tranquilidad y satisfaccion extremadas. Encendió varias luces, hizo vestir al alcalde y alguacil ántes de maniatarlos, y quedándose con el primero y Lobon, dijo á aquél:

—Siéntese V. y hablemos. Soy Jaime Alfonso, y quiero que oiga la verdad de lo que me ocurrió con el *Zurdo*, por boca del que realmente presenció el hecho. Paco, tú que fuiste el único que lo oiste, cuenta al señor Alcalde lo acontecido, sin añadir ni quitar; pero abrevia.

Lobon le obedeció, y salpicando su relato de palabras groseras, una gran parte en *caló*, prosiguió detallando cuanto deseaba Alfonso.

El Alcalde no era cobarde; pero, efecto de la sorpresa y del aturdimiento consiguiente, se amilanó en los primeros instantes; luégo fué poco á poco reponiéndose, y satisfecho de la conducta que habia observado en lo relativo á Alfonso, interrumpió á Lobon para reprenderle con acritud por no habér-

sele presentado á declarar en tiempo hábil todo aquello que ahora contaba en favor de Jaime. Francisco le insultó, y el Alcalde, viendo que el *Barbudo* se mostraba indiferente, apostrofó al otro, jurando que le sentaria la mano en toda regla en el momento que lo cogiera de otro modo. Borracho Lobon y montado en cólera, se echó sobre él y lo abofeteó cruelmente, sin importarle nada que estuviese maniatado.

Era lo que deseaba Alfonso; cuando vió que el Alcalde arrojaba sangre por boca y nariz, separó á Paco, obligándole á que continuara su relato. Logrado esto, le hizo sentar enfrente del otro, añadiendo:

—Dame el cuchillo y la carabina, no vayas á matarlo, que yo no quiero eso; entéralo bien de todo miéntras los Mogicas y yo limpiamos la casa.

—Güeno, Jaime,—le contestó Lobon;—despacha pronto, que yo en poco tiempo le iré lo que quea.

Y empezó á cumplir su palabra.

Alfonso cogió las armas de su compañero, cerró por fuera la única puerta que tenía aquella habitacion, y dejando la llave en el suelo con la carabina y cuchillo de Lobon, se encaminó al sitio en que estaba José, diciéndole:

—Ya hemos concluido aquí. Sígueme.

—¿Quedó el raton en el cepo?

—Encerrado y sin armas, que es lo peor. Ahora á escape; depende nuestra salvacion de la ligereza de las piernas.

Saltaron la tapia, y en el alto silbó tres veces Jaime. Era la señal de peligro. Los ocho se reunieron instantáneamente en la esquina. Amorós, que era el más robusto y fuerte, dió su carabina y manta á otro, y echándose al hombro el talego, corrieron en direccion de la sierra de Crevillente.

Jaime sólo contestó á las preguntas de:

—¿Qué ocurre?

—¿Y Lobon?

—¡Huyamos!

—¡Adelante! Por la trocha de Crevillente. Amorós, cuando te canses yo te ayudaré. ¡Más vivo, que vienen!

Sin otra explicacion desaparecieron de allí como centellas.

Alfonso se quedó atrás de propio intento, y al llegar á la última casa del pueblo se detuvo junto á una ventana. Cuando comprendió que sus compañeros no podian oirle, llamó fuertemente hasta que le contestaron.

—Levántate, Pablo,— gritó entónces fingiendo la voz;— tu primo el Alcalde ha sido sorprendido por una partida de bandoleros. ¡Armate y corre en su defensa! ¡Por la puerta del huerto tienes entrada!

—¿Quién eres?

—¡Corre, hombre, corre, que lo pueden asesinar!

Y escapó Jaime sonriendo por cuarta vez.

No tardó en incorporarse con sus compañeros, á los cuales gritaba para que esforzasen la carrera unas veces y otras para que ayudasen á Amorós, al cual le rendia el enorme peso que llevaba encima.

Serian las tres de la madrugada cuando se encontraron en medio del monte, libres de todo peligro.

—¡Alto!—exclamó el *Barbudo,*—que ya no hay cuidado; ese saco pesa mucho y debemos descansar. Sentémonos aquí.

—¿Y Lobon?

—¿Qué ha sido de Lobon?

—Se ha quedado en casa del Alcalde,—replicó Jaime recostándose sobre su manta,—con el fin de contarle una historia muy importante.

—No te entiendo.

—Ni yo.

—Ni yo.

—Pues oidme todos: Paco me perdió; y yo, agradecido, despues que dimos el golpe á mi antiguo amo, me propuse buscar el medio de que fuera á ocupar el calabozo que por culpa suya me prepararon en Catral. Al efecto lo entré en casa del Alcalde; como estaba bebido me fué fácil enredarlo con el otro, le pegó, y concluí por dejar al uno maniatado, indefenso al otro y encerrados los dos; á la salida del pueblo me quedé atrás, avisé al primo del Alcalde para que corriera en

auxilio de su pariente, y en estos momentos estará ya Paco con cadenas y grillos, empezando á pagar lo que me hizo.

—¿Pus quién nos perseguia?

—Nádie; pero sin esas voces hubiérais querido salvar á Lobon, y á mí no me convenia eso. De este modo me vengo de los que me ofenden, y deben saberlo bien todos los que anden conmigo y no sean capaces de pelear como yo.

Los siete callaron, admirando en su interior el proceder de Jaime.

Amorós rompió aquel silencio, colmando de elogios al *Barbudo* por la serenidad y acierto en los asaltos y sorpresas que acababan de realizar. Todos convinieron en que Alfonso valia más que ellos, y prosiguieron hablando hasta el amanecer de las escenas pasadas y del rico botin que ahora llevaban á la cueva.

El terreno que habia desde allí á donde estaban los Mogicas era muy escabroso, y Jaime esperó á que asomara el primer albor del dia para continuar adelante sin peligro de estrellarse.

A las seis de la mañana llegaron á la caverna, y bien pronto fueron rodeados por sus compañeros, los cuales se fijaron principalmente en el pesado talego que Amorós arrojó en medio de la cueva. A esto siguieron los gritos y plácemes de los bandoleros. Mogica el mayor logró al fin imponer silencio, mandando á Jaime que contara lo que habia hecho.

Aquel detalló minuciosamente el recibimiento de su antiguo amo y el robo y venganza con que él correspondia á su ingrato proceder.

Sin distincion, todos aplaudieron la conducta que concluia de observar, mirando con alegría febril el enorme saco lleno de oro, plata y alhajas.

Jaime continuó su relato, añadiendo lo que Lobon hizo contra él y la manera con que acababa de corresponderle. Al terminar, cuantos habian quedado en la cueva le miraron con sorpresa y terror, y ninguno se atrevió á replicar.

Más tarde dijo el menor de los Mogicas:

—Bien pensado, el traidor y mal amigo merece lo que Jaime ha proporcionado á Paco.

Algunos exclamaron:

—Estoy contigo, Mogica.

—Y yo.

—Y yo.

Otros replicaron:

—Yo no.

—Ni yo.

—Ni yo.

Estas voces dieron lugar á que Jaime volviera á hacer uso de la palabra, imponiendo á los que pensaban de distinta manera que él con sus frases y actitud.

—Yo era hombre de bien,— dijo,—vivia tranquilo y sosegado con mi mujer y mi hijo, cuando ese malvado me precipitó del modo que sabeis, buscando luégo testigos falsos, sin parar hasta que me sentenciaron. Lo cogí; cualquiera de vosotros le hubiera pegado un tiro; yo quise matar ántes al primo del *Zurdo*, que iba con él, cuerpo á cuerpo y con cuchillos iguales, y luégo á Paco del mismo modo; pero el uno me dijo que lo habia engañado Lobon, y lo dejé escapar sin tocarle al pelo de la ropa. En cuanto al otro, José lo estuvo oyendo, confesó sus faltas, demostrando tal miedo que no pude pelear con él. Dijo que lo habia hecho por vengarse de cierto dia que yo le vencí en público, provocado por él; y contra tan inícua accion sólo un bárbaro podrá decir que yo esta noche obré mal. Lobon entre vosotros hubiera acabado por perderos; es cobarde, traidor, el que lo defienda se parece á él, y para hombres así tengo yo siempre una carabina y un cuchillo que maten. ¿Lo habeis oido?

Un murmullo confuso y prolongado siguió á las palabras de Alfonso. Este los miraba á todos de un modo provocativo, y acaso hubiera terminado aquella escena trágicamente, pues la opinion de los bandoleros estaba dividida, si el mayor de los Mogicas no se apresurara á intervenir, diciendo:

—Lobon no era de la partía, Jaime sí, arreglaron sus

cuentas, y á nosotros no nos importa la manera ni el cómo. Yo creo que no se debe hablar más del caso, ni el de Catral merece que entre nosotros haya riña por él; tomemos la mañana, y á partir lo que ha traio Alfonso. ¿Qué os parece?

Y vació el saco, añadiendo:

—¡Mare mia, lo que viene aquí!

La vista del oro, plata y piedras calmó á los disidentes, reconciliándolos con Jaime.

—Venga el aguardiente, y á partir.

Gritaron todos.

—A partir.

—A partir.

Exclamaron.

Y despues que hubieron bebido, se sentaron en corro, en tanto que Mogica el mayor contaba.

Resultaron trescientas ochenta onzas en dinero, doce cubiertos de plata y varias alhajas.

—Mogica tasó lo que no era metálico y lo puso, segun costumbre, á pública subasta; pero no habiendo quien hiciera oferta, el capitan se quedó con los cubiertos y Alfonso con las alhajas por el tipo marcado. Ambos retiraron unos y otras, poniendo en su lugar el importe, que se dividió por iguales partes, dando á *Pelon*, padre, ciento tres reales.

Los Mogicas hicieron adelantar el almuerzo con el objeto de que la partida bebiera más y se olvidase por el pronto de Lobon.

Así sucedió, terminando por ponerse á jugar, como anteriormente.

Amorós y los seis restantes que acompañaron á Alfonso, hablaron mucho durante el dia de la serenidad, acierto y valor de Jaime. Los Mogicas lo oyeron, notando con sentimiento que una parte de los bandoleros elogiaba demasiado al *Barbudo*, y procuraron neutralizar los malos efectos de aquel entusiasmo por Alfonso, recordando algo de lo sucedido á Paco. Esto fué orígen de que los dos bandos en que ya se dividia la partida aumentaran en disidencia y encono.

Los ménos sanguinarios veian en Jaime la regeneracion que anhelaban; los otros lo conceptuaban débil, asimilándose cada vez más á los Mogicas. Esto hubiera traido un fin trágico si el *Barbudo* no se apresurara á cortarlo; pero no adelantemos el discurso.

Concluian de comer y se pusieron nuevamente á jugar, cuando, separándose Amorós con Alfonso, le dijo:

—¿Notas qué mal te miran algunos y qué bien otros?

—Sí, Pepe, y hasta he observado que los Mogicas toman parte con los primeros.

—Cierto.

—Pero nada he dicho, porque así nos conviene.

—Explícate.

—Tenemos ya dinero de sobra para realizar nuestra idea, y la division de pareceres nos abrirá el camino para separarnos de esos hombres, á los que estoy agradecido, sin perjuicio de aborrecerlos por sus maldades y ferocidad.

—Es cierto, pero no te descuides, porque de lo contrario vamos á andar á tiros.

—Poco me importaria si no hubieran salvado mi vida; mas yo evitaré el que se haga daño á mis defensores de ayer. Ahora disimula y juega.

Y se separaron, llamando Jaime al mayor de los Mogicas, con el cual conversó media hora. En esta entrevista se propuso y logró nuestro bandolero tranquilizar al otro en lo relativo á él, acallar la envidia que pudieran haber excitado sus émulos, terminando por darle una seguridad completa de que él jamás intentaria sobreponerse á ninguno de los tres hermanos.

Mogica estrechó su mano y se puso á jugar de compañero con él, satisfecho de su conducta.

Por la noche recibieron aviso de que á la madrugada siguiente podrian sorprender y robar un carruaje que iba de Orihuela á Valencia, y los Mogicas arreglaron su plan, sin que el *Barbudo* se mezclase en nada de lo que aquellos disponian. Le pidieron parecer, y se excusó de un modo hábil para no aprobar ni desaprobar nada.

Una hora despues dormian todos, á excepcion de Alfonso, el cual meditaba en su plan de evasion.

Algo más tarde fué tambien presa del sueño, pero al cerrar los ojos tenía el rostro contraido y se hallaba inquieto y desasosegado.

Suponia con sobrado fundamento que en el atentado de la siguiente mañana le darian los Mogicas motivo suficiente para romper con ellos, mas rehusaba pelear contra sus defensores de ayer, hallaba difícil su separacion sin sangre y esta idea lo desveló.

Pronto sabremos si logra ó no la realizacion de su pensamiento.

CAPITULO VIII.

Preparativos para una acometida.—El robo, los perros y la iniquidad.—Jaime salva á las víctimas.—Su actitud.—Vacilacion de la partida.—Heróica resolucion de Alfonso.—La fuga.

A la madrugada siguiente despertaron todos los bandoleros, recibiendo órden terminante de Mogica el mayor para armarse y seguirle á la acometida y asalto que tenía dispuesto.

Jaime preguntó á Amorós, sin que los demás se apercibieran:

—¿Llevas el cinto?

—Sí.

—¿Y todo lo que te pertenece?

—Todo.

—Te lo digo, porque probablemente no volveremos á esta cueva.

—¿Hoy piensas que nos fuguemos?

—Así nos conviene, José; sobre que no es posible permanecer más tiempo entre esta gente, temo que Lobon acompañe á la justicia y sorprendan la partida de los Mogicas.

—No habia yo caido en eso, y te sobra razon. ¿Recordará Paco el camino?

—Mejor que tú. Nota que nos observan. Recoge, si algo te falta, y disimula.

Y se separaron, saliendo todos un minuto despues y cuando todavía no asomaba el sol.

Los tres Mogicas iban delante. Jaime se incorporó con ellos, preguntando al mayor:

—¿Vas á salir al encuentro de ese coche?

—Claro está. ¿Tienes que decir algo en contra?

—No; pero quisiera pedirte un favor.

—Habla.

—Como yo no estoy práctico en estas contiendas, quisiera aprender ántes de tomar parte en alguna.

—No te entiendo.

—Que me nombres á mí para observar miéntras vosotros haceis lo restante.

—¿Tienes miedo?

—No; quiero que no os sorprendan por la espalda, y desde una altura ver el cuadro que presenta vuestra acometida, que si hago falta yo bajaré.

—En eso no hay inconveniente. Cuando lleguemos te daré tu puesto.

—Gracias.

Un cuarto de hora despues se detuvieron en una casa aislada del monte, y de allí sacaron tres enormes perros que tenian encerrados en un pequeño corral. Uno de los Mogicas cogió á Jaime de la mano y lo llevó entre los mastines, castigándolos hasta que lamieron la ropa del *Barbudo*.

Sin detenerse más, corrieron hácia la garganta de Crevillente, á cuyos lados situó el mayor de los Mogicas á todos los que le seguian. Unos se hallaban cubiertos con las rocas, otros con árboles, dispersos en el rádio de doscientas varas, quedándose el capitan con los tres carnívoros perros, en la mano izquierda su trabuco y en la derecha un silbato.

Jaime, separado de todos, guarecido con un arbusto y en la mayor altura del monte, meditaba, observando á intervalos á derecha é izquierda.

Media hora despues, y cuando empezaba á salir el sol, distinguió un coche que iba en direccion del pueblo de Aspe,

llevando cuatro escopeteros delante y seis detrás. A la trasera del carruaje se veian varias maletas y baules sujetos con cordeles, y en el interior del coche á un caballero con su esposa. El primero representaba cuarenta años de edad y la segunda veintidos. Ambos tenían parentesco con la familia del marqués del Rafal, noble y poderoso señor de Orihuela.

El cochero guiaba á sus caballos desde el pescante é iba receloso y descolorido; los escopeteros hablaban entre sí, y el matrimonio conversaba agradablemente sobre el porvenir que les esperaba en Valencia, á cuya capital les obligaban á dirigirse asuntos de familia.

Un minuto despues tocó su silbato el Mogica mayor, y cási á la vez se oyeron varias detonaciones.

Antes de distinguir á los bandoleros cayeron en tierra dos escopeteros muertos y cuatro heridos. Los restantes vacilaron, acabando por huir á la voz de:

—¡Los Mogicas!

—¡Nos han sorprendido!

—¡Sálvese el que pueda!

Los bandoleros exclamaron á la vez:

—¡Fuego á ellos, que no quede uno!

Y continuaron las descargas; pero los cuatro malos defensores del coche se habian convertido en águilas, que desaparecieron de allí como por encanto.

El mayor de los Mogicas les echó los perros, y ya uno de éstos iba á abalanzarse al escopetero que iba detrás, cuando Jaime, que observaba la escena desde su altura, sin ser visto de los bandoleros mató de un tiro al mastin. Los otros dos olieron á su compañero, retrocediendo junto á los Mogicas.

Alfonso cargó inmediatamente; los restantes salteadores, á excepcion de Amorós, todos habian descargado, y dueños del campo, rodeaban en este instante el carruaje, ávidos del botin y de la hermosa jóven que iba en el interior.

Sin cuidarse ya para nada de los que huian y sin echar de ver la falta de un perro, abrieron el coche, y uno de los Mogicas sacó fuera á la dama, desoyendo las súplicas y ruegos

que el infeliz marido les hacía desde la portezuela del carruaje.

El mayor de los Mogicas gritó:

—¡Si hablan, rompedles el cráneo; si gritan, echadles los perros!

Pero aturdidos el caballero y la señora, y no comprendiendo por otra parte lo que valian las amenazas que acababan de oir, sigieron dando voces en demanda de compasion.

El segundo de los Mogicas abrazó á la jóven, separándola del coche. El mayor volvió á exclamar:

—¡*Tigre, Lobo, Leon,* á ese del coche!

—Y azuzó á dos de los tres perros que llamaba... Estos se fueron á abalanzar al caballero, al que hubieran desecho en pocos instantes, si Jaime, que habia bajado ya, no se interpusiera, y dando á los mastines dos culatazos en la cabeza que los tendió en el suelo, gritara despues, echándose el trabuco á la cara:

—¡Amorós, llegó el momento! Mogicas, yo tolero el robo, no el asesinato; delante de mí no se mata á infelices que nada malo nos han hecho é imploran de rodillas mi compasion!

—¡Traidor!

Dijo Mogica.

—¡El que se mueva lo abraso!—añadió Alfonso, despidiendo fuego sus miradas.—Sólo José y yo tenemos cargado; ¡ay del que ofenda á ese caballero ó á esa dama!

Amorós se puso á su lado montando el trabuco. Siete de la partida gritaron:

—Tiene razon Jaime. Se roba, pero no se mata; bastan con esos seis que están ya tendidos.

—Cargad vosotros,—les dijo el *Barbudo;*—de los restantes, al que intente imitaros le parto el corazon.

—Y yo tambien.

Exclamó Amorós.

—Y nosotros en cuanto acabemos de cargar.

Añadieron los siete.

El mayor de los Mogicas murmuró:



C. Mújica Dib.º y Lit.º

Lit. de N. Gonzalez, Madrid.

—Si hablan, romperles el cráneo, si gritan hecharles los perros.

—¡Qué agraecío eres, Jaime,. á la vida que te salvé!

—No me la eches en cara, pues te regalo la tuya y la de tus hermanos en este momento, que debiera arrancároslas por asesinos y crueles.

—¿Pus no sabías lo que íbamos á hacer?

—No; asaltar, sorprender y robar no es herir de muerte á infelices indefensos que piden misericordia. Es preciso un corazon de tigre para hacer lo que tú, y cuando no te lo he desecho, cobarde, debieras estar muy agradecido. Bien sabes mi vida; bien os consta á todos que yo ni áun pego á los que no se defienden, ni consiento que nádie lo haga en mi presencia.

—Entónces, ¿por qué has venío?

—Ahora lo verás.

Y seguidamente cogió á la jóven, que áun la sujetaba el segundo de los Mogicas, y la entró en el coche, cerrando la portezuela. Luégo cortó con su cuchillo los cordeles que sujetaban el equipaje, y tirando éste al suelo, gritó:

—¡Cochero, sigue tu camino, pero á escape!

—¿Quién eres?

Le preguntaron á la vez el caballero y la dama, asomándose por la ventanilla.

—Jaime Alfonso, de mote el *Barbudo*, que acaso la suerte le obligue á robar en lo sucesivo, pero que nunca se asociará á hombres como los Mogicas, ni ha de consentir que á desgraciados como vosotros se les prive de la existencia ni áun que se les maltrate. Id con Dios.

—¡El cielo te premie el bien que nos has hecho! ¡No me olvidaré de ti, Jaime!

—Gracias. ¡Corre, cochero!

Los caballos, aligerados del peso que llevaban á la espalda del carruaje, hicieron desaparecer á éste con la rapidez de un meteoro, ostigados por el látigo y voces del tronquista.

Cuando Alfonso hubo perdido de vista el vehículo, dijo á los Mogicas:

—Ahí teneis los equipajes con todo lo que llevaban esos señores; os lo regalo. A la vez os he librado de cometer nue-

vos crímenes. Me salvásteis la vida y nada puedo hacer contra vosotros. ¿Quieres seguirme, Amorós?

—Sí, Alfonso; soy tu amigo y paisano, y deseo que tu suerte sea la mia.

—Y yo.

—Y yo.

Añadieron los siete que habian cargado por órden de Jaime.

—Imposible, amigos mios; yo me voy ahora al pueblo de Crevillente y no sé lo que será de mí en adelante. Quedaos con los Mogicas; aconsejadles que me imiten, y Dios os lo agradecerá. No olvideis ninguno que el país está horrorizado con vuestros hechos, que no teneis un amigo verdadero, y vuestra conducta os ha de perder. ¿Qué ganais con matar? Por el pronto sembrais el terror; pero á éste siguen el aborrecimiento, la ira y el deseo de venganza. Los intereses perdidos se olvidan, porque no es imposible reponerlos; mas el huérfano y la viuda no desechan jamás de su memoria el recuerdo del padre ó esposo muertos alevosamente. Si quereis enmendaros, con lo dicho basta. Pensad ahora en los cuatro escopeteros que han huido, los cuales estarán ya en Crevillente, y en que pueden volver acompañados de veinte ó treinta hombres armados. Repartíos el botin y huid. Sígueme, Amorós.

Y ambos se encaminaron á buen paso en direccion de Crevillente.

A los pocos segundos oyó Jaime la voz del mayor de los Mogicas, que gritaba:

—¡A ellos!

Jaime se volvió, apuntando con el trabuco.

—¡Al que se mueva lo abraso; y tened entendido que si vuelvo á apuntaros, hago fuego á uno de los tres hermanos!

Ninguno le contestó ni anduvo un solo paso. La certera puntería del *Barbudo* les habia impuesto lo suficiente para conservar una actitud pasiva ante la amenaza de aquél.

—Anda, hombre, vete,—replicó el mayor de los Mogicas,—en otra ocasion nos veremos.

Comprendiendo Alfonso que le tenian miedo, y queriendo evitar una acometida por la espalda, se acercó nuevamente seguido de Amorós, diciéndoles:

—Ea, acabemos de una vez; me atrevo con los tres Mogicas sin otra arma que este cuchillo. Coged los vuestros, y separémonos de aquí los cuatro solos. ¿Quereis?

Los tres hermanos se miraron, y despues de una larga vacilacion, contestó el segundo:

—Marcha, Alfonso, no queremos nada contigo.

—Está bien; hasta la eternidad.

Y desmontó su trabuco, diciendo á Amorós muy bajo:

—Anda, José; despacio ahora; en cuanto nos pierdan de vista, como águilas.

Así lo hicieron, añadiendo aquél cinco minutos más tarde:

—Ahora vuela.

—¿Adónde vamos por ahí, Jaime?

—Sígueme y calla.

—Por allí no hay montes, ni siquiera árboles.

—Por eso ninguno creerá que nos hemos dirigido á este sitio.

Un cuarto de hora despues se detuvo Alfonso, observando si alguien les seguia.

—A nádie distingo,—exclamó.—Nos hemos salvado, José.

—Pero estamos en un sitio en que pueden vernos los de Crevillente.

—Deja el trabuco y la canana entre estas matas.

—¿Para qué?

—¡Qué perdemos tiempo, Amorós!

—Bueno, hombre. ¿Y ahora?

—Embózate en la manta como yo; el cuchillo á la espalda, sujeto con la faja.

—Ya estoy.

—Ahora corramos.

—¿Indefensos?

—¡Maldicion! Sígueme y calla.

Y como dos exhalaciones dejaron el monte, precipitándose por el llano en direccion de Abanilla. No seguian camino ni vereda, pero el *Barbudo* conocia perfectamente el terreno, y en línea recta iban por los sembrados hácia el punto que acabamos de indicar.

Prosiguieron sin dejar de correr una hora. Ambos sudaban, la fatiga empezó á rendirlos, cuando, parándose Alfonso á la entrada de un bosque de olivos, dijo á su compañero:

—Alto, José, que ya estamos libres de toda pesquisa y cansados.

—Yo más que tú.

—¿No has andado lo mismo?

—Sí; pero el mucho oro y plata que llevo encima, pesan.

—Ménos aún de lo que ambos quisiéramos.

—Bastante llevamos, Alfonso; y ya libres de esos hombres me encuentro satisfecho. ¡Qué bien te has portado esta mañana! Te hubiera dado un abrazo y un beso. ¿Reparastes si murieron los dos perros á quienes distes los culatazos tan á tiempo?

—No; pero al otro lo dejé seco de un balazo.

—¿Fuistes tú?

—Claro está; si tardo un segundo, destroza al cuarto escopetero.

—Chico, no tengo frases con que elogiar tu serenidad, valor y buen alma. Hoy has salvado la vida á varios infelices.

—Bueno, pues cállatelo.

—Al frente de una partida de hombres como yo no hay quien pueda contigo en la comarca. ¿Qué tal me he portado yo hoy?

—Bien; te miré varias veces y ninguna te he hallado descolorido ni temeroso. José, á mi lado valdrás lo que tú no te figuras.

—¿Qué hacemos ahora?

—Sentarnos y descansar.

—¿Y luégo?

—Despues almorzaremos.

—¿Dónde?

—No lo sé; pero llevamos dinero, y con él nádie se muere de hambre en este país.

Cuando hubieron descansado, dejaron el bosque de olivos, siempre en direccion de Abanilla, deteniéndose tres cuartos de hora más tarde en una casa de campo aislada, cuya dueña convino en prepararles varios trozos de pernil fritos con huevos. A esto unió buen pan, mejor vino, almendras é higos secos.

Una hora permanecieron almorzando Alfonso y Amorós; y pagando despues, continuaron á buen paso y sin dejar ya de andar hasta que distinguieron la torre de Abanilla.

Cuando hubo meditado Alfonso dos minutos, torcieron á la derecha, con objeto de buscar nuevamente la sierra é internarse en ella, segun realizaron tres cuartos de hora más tarde.

Con objeto de ganar tiempo y terreno habian cruzado por delante del pueblo de Crevillente; ahora se hallaban á cuatro leguas del teatro donde tuvieron lugar las escenas que hemos descrito ántes, y en paraje montuoso, poblado de árboles y arbustos, algunas casas diseminadas en él, y un sitio, en fin, que les ofrecia completa seguridad y cómodo asilo.

Comieron en otra casa de labor, y tan espléndidamente pagó Alfonso, que les brindaron con cama y con cuanto quisieran.

Ambos aceptaron, fingiéndose tratantes en ganado.

Empezó el *Barbudo* por comprar las dos escopetas y cananas que usaban el dueño de la casa y su hijo, exagerando el mérito de las dos primeras, y dando por ellas lo que aquél quiso pedirle.

Llegada la noche, encerrados José y Alfonso en el cuarto que les destinaron, provistos de armas nuevamente, y á gran distancia del pueblo y caminos, preguntó el teniente á su capitan:

—¿Qué vamos á hacer, Jaime?

—Dormir tranquilamente en una cama que convida; mí-

ralas las dos, qué limpias y blancas. ¡Ya hace tiempo que no las cogimos iguales, Pepe!

—Verdad es, Alfonso.

—Mañana contaremos despacio el dinero, se hará el reparto, y proseguiremos descansando. Esta es buena gente, como habrás notado, vive aislada, y con el cebo que les he puesto irán aficionándose á nosotros.

—¿Y luégo?

—Despues, pretextando que nos dirigimos á ver ganados, recorrerás conmigo la comarca que conozco de antiguo, reuniremos gente, y poco á poco se irá haciendo todo lo demás. ¿Qué te parece?

—Bien.

—Te tendré que dejar unos cuantos dias en paraje seguro.

—No te comprendo. ¿A qué conduce separarnos?..

—Tengo que ir á Murcia, á Catral y á Crevillente.

—No te dejo, Jaime; quiero que tu suerte sea la mia.

—Pepe, yo corro más que tú, uno llama ménos la atencion que dos, y es indispensable, por último, que marche solo.

Ambos siguieron cuestionando sobre el mismo tema, concluyendo por prevalecer la opinion del *Barbudo*.

A las nueve de la noche dormian ya sosegadamente sin que les amenazase peligro alguno. Tenian la puerta del cuarto cerrada por dentro, las escopetas y cananas á la cabecera del lecho, y los cuchillos debajo de las almohadas.

Dejémoslos descansar, y sepamos qué hicieron los Mogicas y qué era de Lobon.

CAPITULO IX.

Efectos de la fuga de Alfonso y de Amorós.—La partida de los Mogicas empieza á desmembrarse.—Catral, Lobon y el Alcalde.—Declaraciones.—La prision y el reo.

Los Mogicas vieron desaparecer á Pepe y á Alfonso, mirándose luégo sin saber qué determinar. Quedaron humillados y vencidos por Jaime, y su deseo hubiera sido cargar y perseguirlos; pero temian que la partida no les siguiera por lo cobarde de la accion, el abandono del botin y la exposicion de hallarse con gente armada, y concluyó el mayor de aquellos por decir:

—Dejémosles que huyan; fueron amigos nuestros y na poemos hacer. Ea, cargad.

Y le obedecieron todos los que tenian vacíos sus trabucos.

—Ahora,—añadió,—recoged esos baules y maletas y á la cueva, que no tardarán en salir á perseguirnos. Estamos á media legua del pueblo, el del coche paece un personaje, y es preciso avivar. Vamos, en marcha. Tú, esa maleta; este baul vosotros dos. Tomad estos otros, y á escape. Algunos de esos seis escopeteros que estan tendíos se mueven, pero no hacer caso. Volemos.

Cinco minutos más tarde corrian, no cesando hasta llegar á la casa de donde sacaron los perros.

—¿Y el *Tigre?*

Preguntó Mogica, notando que sólo le seguian dos mastines. Uno de los bandidos le contestó:

—Se queó muerto á un lao del camino.

—¡Muerto!

—Sí, de un balazo.

—Algun escopetero de los que huian.

—Me paece á mí que fué Jaime.

—Estaba á mucha distancia.

—Apunta mu bien.

—Siempre Jaime; ¡en mal hora lo libertamos de morir! Nos ha matao al *Tigre*, y ved qué estropeaos vienen estos animales; el uno sangre en la cabeza, el otro... ¡Mala peste acabe con él! Los que vais cargaos, á la cueva sin detenerse; vusotros id detrás, que yo os cogeré.

Y entrando en la casa, ató los perros, mandando al dueño que los curara.

—Toma esas moneas de oro,—dijo á aquél,— y mucho cuidiao, *Tuerto*.

—No digas más, Mogica.

—Te vas aluego á Crevillente y averiguas.

—¿Dísteis el golpe bien?

—A medias. ¡Mal rayo me parta!

—¡Qué cara traes!

—Lo dicho; en la cueva te aguardo.

Algo más tarde se hallaban todos en la caverna que conocemos. Se hizo el reparto y almorzaron, hablando poco y maldiciendo mucho.

Al terminar, los vapores del vino produjeron los efectos consiguientes, y los Mogicas empezaron á cuestionar acaloradamente con los siete que habian querido seguir á Jaime. Hubo amenazas, improperios, concluyendo por coger sus armas y marcharse aquellos.

Se sabe que se dirigieron á Valencia, y que tres de ellos fueron sentenciados á presidio un año más tarde. De los otros cuatro se ignora el fin.

Quedaron, pues, los tres Mogicas acompañados de quince bandoleros, los más cobardes y asesinos que tuvo aquella terrible partida. Permitieron á los siete que huyeran tranquila-

mente porque les tuvieron miedo; de lo contrario los habrian muerto.

Desde este instante desapareció de entre los Mogicas hasta el más leve asomo de piedad y compasion. Reemplazaron al *Tigre* con dos nuevos perros que pronto adiestraron, llegando el caso de no perdonar ni áun á los infelices soldados que indefensos iban á sus casas con licencia. Fueron tan horrendos los crímenes que en lo sucesivo cometieron, que se resiste nuestra mano á escribirlos.

Sólo el menor de los tres hermanos se halló sin iniciativa y con poca accion en la nueva carrera de asesinatos y robos que emprendieron.

Debemos abandonarlos hasta el dia que caigan en poder de la justicia y sean juzgados, para continuar la historia de Alfonso.

Antes diremos, sin embargo, lo que aconteció en Catral, despues de las sorpresas y robos realizados por Jaime el *Barbudo*.

Solos el Alcalde y Lobon, notó el primero que Alfonso los habia encerrado, quedando pendiente de las pisadas de aquél. No tardó en escuchar los tres sonidos del silbato y luégo la carrera de los bandoleros.

Lobon nada percibió, ni su cerebro, perturbado por los vapores del aguardiente, se hallaba en disposicion de comprender lo que acontecia.

El Alcalde estaba maniatado; y áun cuando no le molestaban mucho las ligaduras, le era imposible soltarse sin la ayuda de otro. Así es que esperó tranquilo y resignado el auxilio que no debian tardar en prestarle los indivíduos de su familia. Oyó con calma el relato de Lobon, concerniente á Alfonso; le hizo despues varias preguntas, y, convencido por las contestaciones de que fué villanamente engañado en todas las indagaciones que hizo relativas á Jaime, se admiró de que éste, léjos de maltratarlo é insultarle, evitara que continuase pegándole Lobon.

—¡Mintieron,—se dijo;—unos de mala fe y otros ignoran

tes, como yo, de la verdad, entre todos perdimos á ese desgraciado! ¡Cómo ha de ser; ya no tiene remedio!

En este instante oyó voces y carreras por la calle; más tarde ruido en el piso bajo y habitaciones interiores de su casa, acabando por precipitarse en la estancia donde él estaba, su primo, que como saben nuestros lectores fué avisado por Jaime, tres amigos que vivian al lado, armados de escopetas, y en pos el alguacil, mujer é hija del Alcalde.

Al ver la sangre que le habia hecho Lobon, todos gritaron:

—¡Está herido!

—Prended á Paco y sujetadlo,—les contestó el Alcalde,—y no os cuideis de mi sangre, que no es nada. Soltadme, y que esta cuerda sirva para ese miserable.

Lobon se habia puesto en pié al oir las voces y carreras dentro de la casa; quiso salir, y hallando la puerta cerrada, retrocedió varios pasos, borracho y aturdido. Al ver entrar á la familia del Alcalde, abrió la boca como un tonto que no comprende nada de lo que acontece, y continuando hácia atrás, se refugió en el ángulo izquierdo de la habitacion.

En este instante comenzó la campana del pueblo á tocar á rebato, las carreras y voces aumentaban en las calles circunvecinas, aparecieron luces en ventanas y balcones, y los vecinos de Catral, con raras excepciones, abandonaron sus lechos, anhelando saber lo que acontecia.

Toda esta alarma la habia promovido el primo del alcalde al cruzar desde su casa á la de su pariente, y por lo tanto Jaime Alfonso el *Barbudo*, verdadero causante, pues fué el primero en dar el alerta y pedir socorro en favor de su víctima.

La casa de la autoridad sorprendida, se llenó de hombres, armados unos de escopeta, otros con sable, y hasta los habia provistos de un azadon por no disponer de otro medio de ataque. Desde la entrada pasaron á la parte interior, llenándose despues la habitacion en que estaba el Alcalde. Al ver á éste manchado de sangre, todos preguntaban:

—¿Qué acontece?

—¿Adónde está el enemigo?

—¿Qué hacemos?

El tañido de la campana y los gritos que se oian doquier, aumentaron la confusion, y ya en estos instantes daban pábulo al espanto.

Y nada tenía de extraño, pues el Alcalde de Catral era un honrado labrador, al que estimaban mucho todos sus convecinos. No era tonto aquél, adivinaba ya la intencion del *Barbudo*, y á pesar de la terrible alarma, pidió agua, y con calma lavó las manchas de sangre que tenía en el rostro y camisa. Luégo preguntó á su mujer é hija:

—¿Os han ofendido á vosotras?

—No; Jaime encargó dos veces al otro que nos sujetasen las muñecas, pero sin hacernos daño.

—¿Qué se han llevado?

—Nada.

Seguidamente interrogó al alguacil:

—Y á ti, ¿que te sucedió?

—Lo mismo que al ama, me ataron sin lastimarme, y estuvo dándome conversacion el compañero de Jaime hasta que aquél le ordenó que le siguiera.

—¿De qué te habló?

—Me dijo que no se llevarian de esta casa ni un alfiler, ni de ninguna otra del pueblo, con la sola excepcion del antiguo amo de Alfonso, al cual concluian de quitarle cuanto dinero y alhajas hallaron en su casa, por avaro, cruel, y principalmente porque al pedirle Jaime amparo y proteccion contra no sé qué calumnias, léjos de atender á su súplica, lo echó inhumanamente de la casa, lanzándolo al crímen.

—¡Todo lo comprendo ya! Ese desgraciado Alfonso no fué lo que yo creia, y en verdad que hemos contribuido muchos á su perdicion, y ha de pesar nuestra torpeza sobre la comarca en que nos hallamos.

—Pero ¿qué hacemos, Alcalde?

Preguntaron su primo y otros.

—¿Los perseguimos?

—Es lo mejor.

—¿Hácia dónde huyeron?

—Silencio,—dijo el Alcalde.—¿Quién fué el primero que dió la voz de alarma?

Todos callaron. Aquél volvió á interrogar:

—¿No contestais? Alguno empezaria.

—Yo estaba dormido,—dijo su primo,—cuando me despertaron los golpes que daban en mi ventana. A la vez me mandaba una voz, que me era desconocida, viniera á favorecerte, y yo me eché á la calle al momento.

—¿Qué viste?

—Nada; todo estaba en la mayor tranquilidad.

—¿Qué hiciste despues?

—Llamé á los vecinos, disponiendo que tocasen á rebato, saltamos varios la tapia de tu huerto, para entrar por la puerta que estaba abierta, segun me dijeron. En el acto desatamos á tu mujer, hija, criada y alguacil, abrimos esa puerta, y ya sabes todo lo demás.

—¿Quién te dijo que fueras por la tapia y que hallarias franca la entrada interior?

—El mismo que golpeó mi ventana.

—Entónces era Jaime Alfonso.

—¿Cómo lo sabes tú?

—Siendo él y su compañero los únicos que entraron y salieron por ahí, sólo uno de ellos pudo haberte enterado.

—Es verdad, y lo confirma el que al echarme yo á la calle todo estaba en el mayor silencio y á nádie hallé en mi camino.

—Tambien comprendo la causa.

—Pero ¿qué hacemos, Alcalde?

—¿Salimos ó no?

—Cuanto más tardemos, más difícil será hallarlos.

—En eso no cabe duda; pero en mi concepto todo será inútil. Supongo que no habrá avisado él para que tengais el gusto de prenderle; sin embargo, incurro en una grave responsabilidad si no tomo alguna disposicion despues de saber que ha habido robo en el pueblo, y os ordeno vayais en persecucion

de ellos. Deben huir hácia la sierra de Crevillente. Marchad.

—¿Hasta dónde llegamos?

—Os faculto para que hagais lo que os acomode.

—Pues corramos.

Y salieron cási todos los hombres que estaban allí.

El Alcalde continuó:

—Alguacil, ves con Paco el cerrajero y el Escribano á casa del amo de Jaime, entrad, enteraos de lo acontecido allí, y traed á mi presencia la gente que halleis. Que despejen mis habitaciones, corred la noticia de que ya todo ha concluido y que calle la campana. Tú, primo, te quedas aquí. Vosotras,—añadió á su mujer, hija y criada,—retiraos á vuestras alcobas á dormir.

Todavía hablaron diez minutos el Alcalde y los indivíduos de su familia.

Poco á poco fueron cesando el ruido de carreras y voces, el tañido de la campana se apagó, volviendo á imperar la tranquilidad en el pueblo. En un principio creyeron que habian entrado los franceses, luégo corrió la voz de que eran ladrones, y en este momento comentaban la presencia de Jaime, seguido de los Mogicas, en Catral.

Solo el Alcalde con su primo y Lobon, preguntó á aquél:

—¿Cómo entraste en esta habitacion?

—Hallé al pié de la puerta la llave, y una carabina y cuchillo que dí á dos de los que me acompañaban.

—Sí, las armas de este miserable, arrancadas por Jaime para que no me matase. El bárbaro, á pesar de verme maniatado y sin defensa alguna, me dió varios puñetazos en el rostro, hasta hacerme verter sangre por boca y narices.

—¿Ese canalla te ofendió?

—Sí.

—¡Le mato!..

—Detente; que la justicia caerá sobre él como rayo asolador.

Los dos le miraron con ira y despecho.

Lobon, del espanto y el asombro pasó al terror, desapare-

ciendo la borrachera, y por fin distinguia la verdad, tan terrible como funesta para él.

—¿Qué he hecho yo?—se decia.—Ma perdío Jaime; ahora lo conozco; no me mató, pero ma entregao á un alcalde que no tendrá misericordia de mí. ¡Si yo pudiera desliarme de este enreo!

Y añadió fuerte:

—Señor Alcalde, ¿me deja usted que hable?

—No.

—Es que tengo que icirle muchas cosas.

—Todavía no es tiempo.

—Le pegué por culpa de Jaime; él me trujo aquí, me ijo que lo hiciera ó que me mataba; y como me tenía prisionero...

—¡Calla, malvado! Si vuelves á hablar sin mi permiso, te mando poner una mordaza. A los prisioneros nádie les da carabina ni cuchillo.

—Pa perderme mejor.

—¡Silencio! Que tus mentiras y embrollos no han de valerte ahora.

—Pus yo...

—Tápale la boca, primo.

—Me callo, y no golveré á hablar.

Media hora despues se presentaron el Escribano y el alguacil. El primero dijo al Alcalde:

—Hemos forzado la puerta del amo que fué de Jaime Alfonso (1); despues de mil vueltas hallamos á aquél y á sus dos criados en el sótano, cuya puerta tambien violentamos, y abajo están los tres aguardando á que V. los llame.

—¿Hay algun herido?

—No, señor; los encontramos fuertemente sujetos, y con pañuelos á la boca.

—¿Se sabe si ha ocurrido algo más en el pueblo?

—La alarma consiguiente, y nada más.

---

(1) No extrañen nuestros lectores que callemos nombres propios, en obsequio á los hijos y descendientes de algunos de los personajes que figuran en este libro, á los cuales no es permitido á nádie sonrojar, toda vez que ellos sólo son responsables de sus actos y en manera alguna de los de sus padres ó parientes.

—Muy bien. Primo, tú que estás armado, quédate aquí custodiando á Lobon. Que nádie entre y que no hable ni áun contigo. Si intenta desobedecerme, da una voz para que le pongan mordaza.

—Vete descuidado, que se hará todo como lo mandas.

—Alguacil,—añadió el Alcalde,—que suba el amo y esperen abajo los criados. Escribano, pasemos á la sala, y demos principio al sumario.

Poco despues se les presentó el amo de Alfonso, muy descolorido, desencajado y trémulo. El Alcalde lo tranquilizó, y haciéndole sentar á su lado, comenzó el interrogatorio.

El preguntado contó lo sucedido, exagerando la conducta de Amorós, Jaime y Lobon, concluyendo por romper en llanto amargo al expresar que le habian robado cuanto dinero y alhajas poseia.

—Valúe V. el importe de todo lo que le han quitado.

Le dijo el Alcalde.

—Con exactitud no puedo.

—Basta con la aproximacion.

—¿Es indispensable?

—Sí, señor; se lo mando.

—Entre dinero, alhajas y cubiertos, llegarán á mil onzas.

—¡Santa María! ¿Con una renta de seis mil reales ha hecho V. ese dinero?

—Eso no es cuenta del Alcalde.

—Ciertamente; pero convenia á V. mucho que yo no recordase el adagio que dice: *el que roba á un ladron...*, etc.

—Mi mujer llevó de dote mil pesos duros en oro.

—Lo sé; con ellos presta V. hace más de diez años, cobrando un ciento por ciento, para concluir por quedarse con las alhajas de cuantos desgraciados de Catral ó sus inmediaciones llegaron á V.

—Pero eso ¿á qué conduce? Yo creí que me llamaba la autoridad para ofrecerme auxilio contra los ladrones.

—Ya corre en busca de ellos gente armada del pueblo; y para cuando los cojan, pues más tarde ó más temprano cae-

rán en poder de la justicia, como acontece á todos los criminales, quiero saber toda la enormidad del delito. Señor X., entre Lobon y varios vecinos de Catral, á sabiendas, yo y el Alcalde mayor engañados, y V., tratando de un modo indigno al que le demandaba amparo y proteccion, hemos precipitado á Jaime Alfonso, logrando hacer de un hombre de bien un terrible bandido, tan valiente, sagaz y temerario que empieza á espantarme nuestra obra.

—Parece que le defiende V., señor Alcalde.

—Sí, es verdad; en agradecimiento á que me sorprendieron, maniataron, hiriéndome, cuya sangre, vertida por mí, vale algo más que el dinero de V., tan caritativamente adquirido.

—Yo ignoraba eso.

—Pues sépalo V., y entienda que tambien fueron sujetos como yo el alguacil, mi mujer, hija y criada. Consiste, señor X., en que no quiero volver á ser engañado, en que soy hombre de conciencia y rectitud, como todo el mundo sabe, y no puedo ni debo añadir un átomo de yesca al combustible que ya tiene la hoguera. Retírese V.

—¿De qué modo?

—Como ha venido.

—¡Nada me dice V. sobre los ladrones!

—Que los están persiguiendo por órden mia.

—¿Y sobre lo que me han robado?

—Sobre eso contestaré á V., que en lo sucesivo lo gane mejor y el destino se lo guardará de otra manera.

—Yo sé lo que debo hacer en adelante; pido á la autoridad justicia contra los que me han arruinado; quiero mi dinero, alhajas y cubiertos.

—Lo creo. Si los que han salido esta noche en persecucion de Jaime regresan sin hallarlo, como es lo probable, mañana armaré diez mozos, la guerra me impide disponer de más, y á V. lo nombraré jefe de ellos, para que corra en persecucion de los bandoleros, y si de ese modo logra V. restituir lo suyo, me alegraré mucho.

—Yo no sirvo para esa fatiga, ni con diez hombres conseguiria otra cosa que morir como el jefe de los escopeteros que salió de aquí con más de treinta.

—En ese caso debe V. esperar á que acabe la guerra, pues bien comprende que al país le importa mucho más su independencia y Rey que lo que Jaime haya hecho con V., y entónces determinaré otra cosa. Ruegue entre tanto á la Providencia que triunfe nuestra santa causa y que despues forme yo parte del Gobierno, y le juro solemnemente influir para que pongan un regimiento á disposicion de V.

—¿Se está V. burlando de mi desgracia, señor Alcalde?

—No, señor; sepa V., si lo ignoraba, que cuando se pide en tonto se concede en sábio.

—¿Esto más?

—¿Le duele á V. más el bolsillo que á mí el rostro?

—¡No lo sé, pero me han arruinado!

—Le queda á V. lo mismo que el dia en que se casó.

—¿Y los trabajos de once años?

—¿No ha comido V. ni gastado nada en ese largo período?

—Mi renta escasamente.

—¿La señora N. vive tambien?..

—Basta, señor Alcalde; basta ya. Creí hallar en V. amparo y proteccion, y me he equivocado.

—¿Qué quiere V. que haga? Indíqueme algo.

—Yo no lo sé.

—Pues yo tampoco.

—Tiene V. la vara.

—Aquí está; cójala V. y ordene.

—¡Si nada se me ocurre!

—Ni á mí.

—¡Es que yo estoy aturdido! ¡Una desgracia tan grande!..

—Pues consistirá en que á mí tambien me duele la cara. ¡Unos golpes tan fuertes!..

—¡Señor mio, por Dios!

—Señor X, no soy rico, y sólo puedo ofrecerle el sueldo que recibo como alcalde, á pesar de ganarlo bien, si me lo

dieran, con tantas necedades é impertinencias como se ve obligada á oir mi pobre autoridad. Alguacil,—añadió,—que salga Don X y suba su criado; déjale que marche donde quiera.

—Yo no me voy solo; aguardaré abajo á mis sirvientes.

—Alguacil, venga otro.

El Alcalde murmuró al perderlo de vista:

—A Jaime lo hemos hecho entre todos ladron; ese otro lo fué siempre por voluntad propia.

—Es verdad,—dijo el Escribano.

Siguió el interrogatorio; el Alcalde, queriendo enmendar su falta, procuraba dulcificar la conducta del *Barbudo*, aumentando por el contrario la gravedad de los delitos de Lobon.

Además de los tres referidos, hizo declarar á su mujer, hija y criada, al alguacil, al primo del *Zurdo* y á otros.

Pronto circuló la noticia por Catral y sus contornos de que Jaime no asesinó al *Zurdo* y de que se habia hecho un terrible bandido. Al odio é indignacion que inspiró en un principio reemplazaron el temor en todos y el sobresalto en los que le perdieron, sin que dejase de haber, aunque pocas, algunas simpatías en pro del audaz bandolero.

Como nádie declaró haber visto á los Mogicas en Catral, sólo constaba en el expediente y creia la mayor parte que Alfonso se valió únicamente de Lobon y Amorós para realizar las sorpresas y robo de Catral.

El Alcalde tuvo en su casa con cadena y grillos á Paco, ínterin duraron las diligencias, mandando luégo uno y otras al Alcalde mayor del partido (1).

Los mozos de Catral regresaron sin haber visto ni la huella de Jaime.

Lobon, muy bien sujeto, á pié y entre dos escopeteros y un alguacil, fué al pueblo cabeza de partido, en el cual le encerraron en un calabozo, con cadena, grillos é incomunicacion.

(1) Los Alcaldes mayores, en la época que pasa nuestra historia, reasumian en su autoridad las facultades y derechos de los jueces de primera instancia, de los que fueron un equivalente hasta la creacion de los actuales juzgados.

El Alcalde de Catral descubrió en sus indagaciones que Paco éra desertor de presidio, y lo hizo constar en el expediente, como comprenderán nuestos lectores. Lobon estaba completamente perdido, y esto le obligaba á exclamar:

—¡Mare mia, en que lio me metí! ¡Por aficionao á lo ajeno tuve que ir desde Valencia á Ceuta; me escapé, quise aluego ser el maton de Catral, me venció Jaime, y la vaniá, y la venganza y el demonio me aconsejaron que le perdiera, y no lo he lograo, y yo solo soy el que me he perdío! ¡Qué intencionao es y qué malo! ¡Con el aguardiente me mareó, á la seña suya pegué al Alcalde, me dejó encerrao con él, y hasta la eterniá! ¡Lo que sabe y qué bien camina! Si yo pudiera algun dia *endiñarle una mojá* (1) aunque fuera en el estógamo!.. ¡Ay, mare mia, qué valgo yo en esta mazmorra y con lo que ha caío encima e mí!

Un mes trascurrió sin que entrara en el calabozo otra persona que el carcelero.

Despues lo llevaron á declarar, todo lo negó, volviendo á su encierro.

El expediente tornó á archivarse por efecto de la guerra, hasta algun tiempo despues en que Lobon, ofreciendo entregar á los Mogicas y á Jaime, se vieron obligados á aceptar su cooperacion, si bien en calidad de preso y muy vigilado por los escopeteros á quienes él guiaba.

El resultado que dieron su delacion y pesquisas lo diremos más adelante.

---

(1) Darle un navajazo.

CAPITULO X.

Jaime en Murcia, Orihuela, Catral y Crevillente.—Historia de sus preparativos y de la formacion de su partida.

Dejamos á José Amorós y á Jaime Alfonso durmiendo tranquilamente en una casa de labor aislada y solitaria en la falda de la sierra del Carche.

Al amanecer se levantaron ambos y reunieron el dinero que tenian, quedando asombrados, pues no supieron hasta aquel momento en que José vació su cinto la enorme suma de que disponian.

Con lienzo que les dió la dueña de la casa hicieron otro cinto, y luégo fueron sacando las piedras de las alhajas que Alfonso se llevó, machacando últimamente el oro en que estaban engastadas, hasta hacer una pelota con todo él. De este modo creyó Jaime, con razon, que podia dar salida á las unas y al otro sin que á nádie le fuese dable averiguar su orígen.

Tres dias permanecieron en aquella casa, pero Jaime no perdió tiempo; notando que habia predisposicion en el hijo de los labradores al oficio que él habia tomado, lo ganó, quedando el mozo comprometido á formar parte de su compañía.

Satisfecho Jaime de aquella conquista, decia por la noche á José:

—Nos convienen hombres así; los padres están interesados

en que nada malo nos ocurra, y sus casas pueden servirnos de refugio y hasta ofrecernos una comodidad y asilo que no se hallan entre las grietas del monte.

—Cada dia sabes más, Alfonso, te expresas mejor, y la verdad es que estás desconocido. Nádie podria ver en ti hoy el pastor y yesquero (1) de otros tiempos.

—Hombre, se me figura que he variado algo,—contestó el *Barbudo*,—y consiste en los terribles accidentes que he sufrido y en lo mucho que me enseñó un marino tan desgraciado como entendido y caballero.

—¿Dónde le conociste, Alfonso?

—José, no me es dado decírtelo.

—¿Tienes secretos para mí.

—Juré no hablar á nádie de él, y ya ves que no puedo faltar.

—Entre nosotros...

—Chico, ni á mi padre se lo diria. Es una accion muy mala vender un secreto.

—Pero no contándoselo yo á nádie...

—Qué importa; basta con que yo sepa que he sido perjuro.

—Vamos á dormir, Jaime, que como tú digas no, es inútil insistir.

A la mañana siguiente se despidieron de sus patrones y futuro compañero, dirigiéndose, sin abandonar la sierra, hasta el Pinoso. Despues retrocedieron, reconociendo todo el monte de la Pila para venir á concluir en las Peñas.

Habian invertido un mes, pero no perdieron el tiempo. Alfonso dejaba ya en lo que eligió para teatro, varios cómplices, casas aisladas que le ofrecian seguro asilo y cuanto creyó indispensable para la impunidad de sus futuros delitos y hasta para el espionaje que pensaba tener; como hábil general acabó de estudiar el terreno, sin que pasara desapercibida ante su inteligente mirada la trocha, el bosque, los picos, las faldas, los cortados, nada del llano, ni una sola vara del labe-

(1) A Jaime durante su infancia le enseñaron el oficio de yesquero, que practicó por algun tiempo.

rinto de árboles, enramadas, cuevas y breñas que existian en el extenso rádio que concluia de reconocer. Como bandolero sagaz, eligió para cómplices gente necesitada, pero leal, y su golpe de vista no le engañó en la ocasion presente; como precavido y conocedor de su situacion, estuvo espléndido y tan generoso, que sus obsequios y propinas asombraban. Y por último, hizo en los treinta dias cuanto cabe en la mente humana para adquirir los conocimientos que le faltaban y los satélites que le eran indispensables.

¡Lástima que su ingenio y travesura se empleasen en el mal! ¡Nádie hay feliz en el mundo, pero el malvado y delincuente son los séres más infortunados de la tierra! Sin la tranquilidad de espíritu, sin esa satisfaccion de sí propio, que es la consecuencia de la virtud, no hay goce posible, no existe momento de la vida en que el ser humano deje de padecer. Por estas razones, al estudiar la vida de Alfonso como al conocer la historia de otros muchos criminales, siempre hemos sentido compasion por ellos, siempre lástima. Sus mejores hechos, áun aquellos en que notábamos ingenio, sagacidad y talento, nos inspiraron desprecio por lo asqueroso del tipo que los practicaba; concluyendo por compadecer al que hacía de sus bellas cualidades un uso contrario al impuesto por la naturaleza, al que le obligaban las leyes divinas y humanas.

Desde las Peñas se trasladaron Jaime y Amorós á la desierta casa que les sirvió de punto de partida; fueron bien recibidos por los dueños, y muy particularmente por el hijo, que les esperaba con ansiedad.

Al dia siguiente cogió Alfonso las piedras, bola de oro y cien onzas en el cinto, se despidió de sus patrones, y estrechando á Amorós, marchó de allí, sin decirles otra cosa que le esperasen un mes próximamente que tardaria en volver. Su reserva se hermanaba bien con la sagacidad y entendimiento que estaba demostrando.

Se habia provisto de buenas alpargatas y calcetas; calzon corto de pana, faja de seda, chaleco con botones colgantes de plata, chaqueta, un sombrero de ala ancha, manta fina y una

navaja de muelles que escondia en los calzones y manejaba muy bien. Habia entrado el invierno por completo, y emprendió su caminata embozado en la manta con direccion á Fortuna. Distaba dicha poblacion tres leguas, y se las anduvo sin descansar. Habia almorzado con Amorós, comió en Fortuna, quedándose en la posada hasta la mañana siguiente que se dirigió á Murcia, en cuya capital entró al anochecer. Hospedado en una posada en la que no paraban los de su país, comenzó á discurrir por las calles, reconociendo el terreno y las tiendas. Luégo entabló relaciones de amistad con algunos murcianos, acabando por sufrir un cambio completo en persona y traje.

Provisto de cuantas noticias y datos necesitaba, halló un peluquero, procedente de Madrid, que le hizo barba y bigotes como los de un fraile capuchino, y la pequeña patilla que se usaba por muchos señores en aquella época.

Tambien encontró á un sastre que le confeccionó dos trajes de caballero; y aparentando donde le convenia ser cómico, compró hábitos de fraile y cuantos disfraces creyó útiles y necesarios.

Colocado todo aquello en dos baules, abandonó la posada, trasladándose á la mejor hospedería de la ciudad, situada en un paraje céntrico. Desde aquel dia vistió de caballero, y en verdad que en poco tiempo aprendió á llevar un traje que no le sentaba mal.

De ese modo, y fingiéndose extraño al país, pudo vender sin excitar sospechas las piedras y pelota de oro correspondiente á las alhajas que robó á su amo. En la primera tienda de la calle destinada á esos comercios enajenó el oro, y en la última las piedras. El suponia tuviesen mucho valor aquellas, pero quedó asombrado al recibir su importe.

Mucho más rico de lo que él se figuraba en un principio, siguió averiguando hasta dar con el dependiente de un escribano que le facilitó dos pasaportes muy bien falsificados, con nombre supuesto en ambos, el uno como caballero y el otro como tratante en ganado. En las señas del primero aparecia

con patillas, y en el segundo rapado, segun los usos y costumbres de aquel país en todos los de su clase.

El escribiente le puso en relaciones con su principal, éste con algunos otros amigos, y al partir dejó un núcleo amistoso capaz de proporcionarle por dinero cuanto él necesitase en adelante.

El dia ántes de su partida se trasladó por segunda vez á la posada, y prévio el cambio de traje, no le fué difícil hallar un carretero que le llevase los dos baules á la mejor posada de Abanilla, en la cual debia aquél dejarlos depositados hasta que él se presentase á recogerlos

Cubierto con el traje que llevó, y provisto de su navaja, manta y sombrero, con mucho más oro y el pasaporte de tratante en ganado en el bolsillo de su chaqueta, se metió en el carro del ordinario de Orihuela, y como un transeunte cualquiera, se dejó llevar.

Veintitres dias estuvo en Murcia, y bien puede decirse que los habia aprovechado.

El ordinario con quien iba ahora se detuvo á comer en Santomera. Jaime le dió un recado al oido y veinte reales, con lo cual retrasó aquél su salida hasta las tres de la tarde. Así es que llegó el carro de noche al centro de la vega de Orihuela. Alfonso, pretextando que tenía un primo allí cerca, se despidió de sus compañeros de viaje y dueño del carro, marchando por un sendero estrecho de la vega á la barraca donde residian su mujer y cuñados. Entró en los momentos que aquellos empezaban á cenar.

Jaime cerró la puerta de la mísera vivienda, y ántes de saludar á los otros cogió á su hijo, que estaba sentado en el suelo, y comenzó á besarle, diciendo:

—¡Pepe mio! ¿Reconoces á tu padre?

El niño lo estrechó, murmurando:

—Pare.

Jaime lo colmó de halagos; sin soltarlo abrazó luégo á su mujer, á Rafael y á Tadea, y se sentó, formando corro con ellos, conservando á su hijo sobre la rodilla izquierda.

—Cenemos,—dijo,—que á vuestro lado me hallo contento y quiero que lo esteis vosotros.

—Aumenta el pan, Tadea,—exclamó Rafael;—trae longaniza, blancos, y comamos.

Así lo hicieron, si bien contrastaba la alegría de Jaime con la tristeza y pesar que demostraban los otros. Alfonso lo notó, y dejando de hacer fiestas á su hijo y de cenar, preguntó á su mujer:

—¿Qué tienes, María?

—Jaime, dicen en Orihuela que te has unido á la partida de los Mogicas.

—¿Lo habeis creido vosotros?

—Las veinte onzas que diste á mi cuñado, y las dos que me dejaste, contestan por mí.

—Oidme: los Mogicas salvaron mi vida y estuve con ellos algun tiempo, pero sin tomar parte en ninguno de sus hechos. Sólo presencié el robo de los parientes del señor marqués del Rafal, á los cuales salvé la vida exponiendo la mia.

—Nos lo han dicho en Orihuela. Y despues, ¿qué hiciste?

—Ese dia me marché con Amorós, y no los he vuelto á ver.

—¿Dices la verdad, Alfonso?

—Te lo juro, María (1). Cree lo que te cuenten de mí léjos de esos malvados, y no dudes que me repugnan más que á ti los asesinatos y horribles crímenes de tales hombres.

—Pero tú has robado, Alfonso, cerca de Orihuela y en Catral.

—Sí; los unos me insultaron, y el otro me lanzó al crímen cuando yo le pedia proteccion y amparo.

—¡Ay, por qué ha de ser nuestra suerte tan negra!

—No llores, María, que me afliges.

—¡Es que te voy á perder, Jaime, y te quiero mucho!

—No lo consentirá Dios.

---

(1) La mujer de Jaime se llamaba María Antonia Sol Perez, y, segun todos los datos que tenemos á la vista, jamás tomó parte en ninguno de los atentados de su marido. Parece que le fué leal, y nada hemos encontrado que desmienta su buena conducta como esposa y madre.

—¿Tú le amas; le temes?

—Mucho.

—Entónces, ¿por qué robas?

—¡Ah, no lo sé!

—¡Abandona ese camino, Jaime, por tu pobre hijo!

—¡Qué rato me estás dando, María; creí comer arroz y me das á beber acíbar!

—Yo quiero que seas bueno, que vivamos juntos; para eso nos casamos.

—Yo tambien; pero no puede ser.

—Tú sabes guardar ganados, trabajar la yesca; vámonos á otra tierra...

—Te digo que no puede ser; tengo que habitar en estos países; contraje compromisos sagrados, y me es imposible retroceder.

—¡Por Dios, Alfonso!

—¡Por el ángel de tu guarda, María!

—Moriré de pena.

—Si continuas así, me marcho. Rafael, Tadea, mediad vosotros, si no quereis que os deje á los tres.

Todavía insistió su mujer mucho tiempo; pero Jaime la dominó siempre, acabando ahora por obligarla á que mudara de conversacion. Visto que sus súplicas y ruegos eran inútiles, le ayudaron sus cuñados, y la cena terminó con ménos angustia de la que reinó en un principio.

—¿Compraste la tahulla?

Preguntó Jaime á Rafael.

—Sí.

—¿Estás contento con ella?

—Mucho.

—¿Qué os falta ahora?

—Que tú te quedes con nosotros, Alfonso.

—Gracias por el obsequio; pronto me delataria alguno y, ya en manos de la justicia, me ahorcarian.

—Entónces vete muy léjos.

—La justicia tiene agentes en todas partes, y ese remedio

no me salva. Viviré no muy lejos de aquí; entre amigos leales, bosques, cuevas y montes que nádie conoce como yo, y donde es punto ménos que imposible dar conmigo. Rafael, yo sé perfectamente lo que debo hacer, y habremos de concretarnos á mejorar vuestra situacion.

—Sea como tú quieras.

—¿Te venderian dos tahullas más?

—Sí; pero no comprendo...

—Con tres podiais vivir desahogadamente, no tendrias amo ni administrador que interviniera tus actos, descubriese á mi mujer y mi hijo y los perdiera.

—Es verdad, pero...

—Pero aquí tienes en este cartucho cuarenta onzas en oro; las compras y callas.

—Alfonso, van á creer que las he robado.

—¿Tú? ¿Pues no te ven todo el dia trabajando en la huerta?

—Sí; más, ¿qué he de decir al que me pregunte?..

—¡Qué inocente eres, hombre! Finge que á mi mujer, desconocida aquí, se le ha muerto un pariente, dejándola por heredera, las pones á su nombre, y negocio concluido.

—¡Tres tahullas!

—Con las que podeis vivir holgadamente.

—¡Ya lo creo!

—Y satisfechos.

—Sí.

—Sin pagar renta á nádie.

—Claro está.

—Es lo que yo deseo, vuestra dicha. ¿Aceptas?

—¡Qué he de hacer!

—Pues aquí tiene mi mujer otras diez por si alguno cayese enfermo, para vestidos, y no temais gastar, que pienso venir á menudo á veros y continuamente os daré algo.

Las primeras impresiones que habian recibido la mujer y parientes de Alfonso al ver el oro, fueron desagradables por recordar el modo con que lo adquiria y las funestas consecuen-

cias que pudiera acarrearle ocupacion tan arriesgada y peligrosa; pero la miseria que les rodeaba, su mucha ignorancia, falta de educacion, y, más que todo, el agradable cambio de colono á propietario y el desahogo y bienestar con que el porvenir les brindaba, contribuyeron á modificar en parte sus creencias, mirando ya con agrado y satisfaccion las cincuenta onzas que tenian delante.

Todavía dieron algunos consejos á Alfonso; pero tan frios, que el otro los escuchó con la sonrisa en los labios, nada replicó, pasando á referirles la mayor parte de sus hechos y acciones.

Al terminar su largo relato, añadió:

—Yo sufro las consecuencias del abandono y mala crianza en que vi envueltos mis primeros años; ¡ay! la irreflexion y falta de mundo fueron la causa única de que yo me perdiera. Por esa razon quiero que mi hijo empiece á estudiar y á aprender en cuanto sepa hablar. Vosotros poco ó nada podeis enseñarle; lo mandaremos á un colegio de Orihuela, y que lo instruyan, para que desde pequeño comprenda la gravedad de lo malo y la bondad de lo bueno, lo funesto de lo uno y lo útil, agradable y áun plausible de lo otro.

Jaime queria estar sólo veinticuatro horas con su mujer, hijo y cuñados; pero á los ruegos de la primera accedió, pasando entre ellos siete dias.

—¡Una semana de tranquilidad, sosiego y bienestar!—exclamó Alfonso momentos ántes de partir.—¡Oh, tal dicha es nueva y enorme para el infeliz bandolero! ¡A la calma y reposo de esta mísera choza, reemplazarán en breve para mí la zozobra, desconfianza, incertidumbre y violencia! ¡Una semana de paraíso y años enteros de martirio! ¡Qué suerte la mia, qué suerte!

Habia estado el *Barbudo* con su familia tan tierno, expresivo y bondadoso en el período aquél, describió su vida bandálica con ideas tan elevadas para aquella pobre gente, y exageró tanto la causa que le condujo al crímen, que aparecia justificado su proceder ante estos infelices labriegos. Los tres

le abrazaron con ternura, lloraban todos, y en verdad que la escena era impropia de un bandolero tan audaz.

—¡No puedo más!

Dijo por fin Alfonso, y desasiéndose de los que le rodeaban, cogió su manta y sombrero, para correr por una vereda estrecha de la vega en direccion de Catral; sus ojos iban húmedos, el rostro encendido y palpitante su corazon.

El lo habia dicho: con otra educacion jamás se habria lanzado al crímen; la mayor parte de los hombres que se echan en brazos de la maldad obedecen á la ignorancia, á la costumbre luégo y al vicio despues. No nos cansaremos de repetirlo: la falta de crianza, ese nocivo y cruel abandono en que algunos padres dejan á sus hijos; esa tolerancia paternal, son causa de cási todas las desgracias que deplora nuestra sociedad. En prueba de lo expuesto, estudiad bien el tipo que nos ofrece Jaime, y se convencerá hasta el entendimiento más rudo de la verdad que estamos demostrando.

Alfonso no era un hombre vulgar; debió á la naturaleza cualidades bellísimas, que le hubieran elevado un dia y hecho brillar, como tantos otros de su misma clase lograron en el mundo abrirse paso y subir á la cúspide del poder. La historia nos presenta á cada momento hijos de pastores, de artesanos y de pobres, en fin, que han llegado á ministros, á generales, á obispos y á grandes, é indudablemente el *Barbudo* tenía en su cerebro la buena organizacion suficiente para poder aspirar á la eminencia en que hemos visto á otros de su clase. Le faltaron padres, protector ó un pariente que desde niño lo guiara, comprendiese lo que valia, y, destruyendo la grosera corteza en que todos venimos envueltos, se lo presentara al mundo con buena crianza y educacion. El talento no se hereda ni compra; viene ingénito en el hombre, como el oro entre la escoria, y es preciso fundirlo si ha de presentarse limpio y puro.

Jaime no tuvo esa suerte, y Jaime fué ladron y criminal. Escribimos su historia, y no hemos de tardar mucho en oirle algunas verdades que escritas dejó sobre el tema que ahora

nos ocupa. Pronto le veremos que sus pasiones sin freno lo conducen de delito en delito, formando contraste con un gran retraimiento hácia el vicio, contenido por la luz de su entendimiento, que penetra y sale á menudo por entre los poros de la ruda corteza que le cubre.

No es nuestro ánimo hacer interesante la persona de Alfonso; ántes al contrario, lo presentaremos tan distante del héroe como el brillante del cieno, que la idea nuestra se contrae única y exclusivamente á que sirva el contenido de este libro de provechoso ejemplo contra nuevos crímenes de esos infelices mal educados que viven en completo abandono; pero habiendo sido el *Barbudo* un bandolero extraordinario y nada vulgar, preciso es hacerle justicia si hemos de ser exactos y verídicos.

Nuestros lectores hallarán en los hechos de Alfonso alguna contrariedad y algo de voluble y ligero; pero si tienen en cuenta dónde nació y el carácter de sus paisanos, verán justificado aquello que más inverosímil les parezca.

Deciamos que nuestro bandido caminaba por un estrecho sendero de la vega, y así es la verdad. La noche se presentaba oscura y fria; iba muy embozado, lloraba, y corria desalentado en direccion de Catral.

Al cuarto de hora de haber abandonado á su familia se detuvo para exclamar:

—¡Basta de debilidades, basta de llanto, que llevo el alma dolorida y el corazon hecho pedazos! Acabó el padre, esposo y pariente, y empieza de nuevo el bandido.

Secó sus ojos y anduvo otra vez, tratando inútilmente de condenar al olvido lo que dejaba atrás. Contra su deseo veia aún á su mujer é hijo que le alargaban los brazos, cuyo tierno cuadro no pudo desechar de su mente en mucho tiempo.

Salió de la barraca despues de anochecido, entrando á las nueve en Catral. Sin detenerse cruzó dos calles, y llegando á la casa de Mariano, primo del *Zurdo*, empujó la puerta que estaba entornada, quedando parado á la parte adentro. Llamó al dueño por su nombre, y aquél, que se hallaba rodeado de

su familia junto á la lumbre que ardia en el hogar, se le acercó, preguntándole:

—¿Quién eres?

—Jaime Alfonso, tu amigo.

—¡Ah! ¿Quieres que hablemos?

—Sí. ¿Puedo fiarme?

—Siento que hayas entrado; pero ya aquí, con mi vida respondo de la tuya.

Y lo llevó á un cuarto interior, dijo á su familia que era un antiguo amigo, ausente mucho tiempo hacía del pueblo, y cogiendo una luz se encerró con él. Sentados ambos, exclamó Mariano:

—Ya estamos solos. ¿Qué te trae á Catral, temerario?

—Poco, amigo mio; el gusto de estrechar tu mano y la necesidad de hacerte unas cuantas preguntas.

—¿Nada más pretendes aquí?

—Eso sólo; me has abierto la puerta de tu casa, y yo no comprometo nunca al que, léjos de hacerme daño, me favorece.

—Estoy á tu completa disposicion, Jaime.

—Mariano, hace más dé dos meses que abandoné el reino de Valencia, y no sé nada de lo que pasa aquí.

—Más te valiera no haber vuelto. ¿Qué ganas con exponer tu vida de ese modo?

—Ya te lo explicarán los acontecimientos. ¿Qué ha sido de Lobon? ¿Quieres decírmelo?

—¡Ah, qué recuerdo traes á mi memoria! ¡Bien te vengaste de él, Alfonso, y de tu antiguo amo! Voy á satisfacer tu curiosidad por completo.

Y Mariano le contó lo ocurrido desde que Jaime, Amorós y seis bandoleros abandonaron á Catral, hasta el dia en que el reo Lobon salió en medio de los escopeteros con ánimo resuelto de sorprender á los Mogicas. Añadió que en el pueblo se sabía ya con exactitud cómo habia matado al *Zurdo;* el disgusto del Alcalde por el engaño de que habia sido víctima al practicar las diligencias é instruccion de su expediente;

que su antiguo amo estaba gravemente enfermo á consecuencia de la sorpresa, robo y ruina, y que el pueblo en general no sintió mucho la desgracia de aquél, ni se cuidaba ahora para nada de su mal estado de salud.

Despues añadió lo siguiente:

—Lobon, que continúa tan perverso como siempre, quiso neutralizar los malos efectos de su delito, y ofreció sorprender y entregar á los Mogicas y á ti, dado caso que te hallases entre ellos, como él suponia. Eran tan horrendos los crímenes que aquellos malhechores cometian, que el Alcalde mayor se vió precisado á aceptar su ofrecimiento, y hace seis dias salieron treinta y cinco hombres, elegidos uno por uno, con un valiente oficial á la cabeza y Lobon en medio. A las pocas horas hallaron á los Mogicas cometiendo toda clase de excesos en un cortijo del término de Crevillente. Los que se defendieron quedaron muertos en el acto; huyeron tres ó cuatro, y los restantes se entregaron á discrecion.

—Me alegro,—exclamó Jaime con satisfaccion.—¿Los ahorcarán á todos?

—Corren voces que el menor de los Mogicas fué arrastrado al crímen por sus dos hermanos, y á ese, con otros dos paisanos tuyos, los echarán á Ceuta; los restantes perecerán en el patíbulo probablemente. Hoy nos han referido que declararon en la causa un caballero y su esposa, naturales de Orihuela; dicen que tú les salvaste la vida, y no consta en el expediente que hayas tomado parte en ningun robo ni fechoría de esos malvados. Confuso, aturdidos y temblando todos, han confesado la verdad en lo relativo á ti, y es lo cierto que léjos de cogerte entre ellos, como suponia Lobon, has ganado en nombre y fama. Lo cual no obsta, Jaime, para que si te cogen...

—Me ahorcan; ya lo sé.

—La muerte de mi primo, la del jefe de los escopeteros...

—Y lo demás; entiendo. Por eso vengo únicamente á tu casa, seguro de que en ella nada malo me ha de acontecer.

—Cierto; pero oye, Alfonso: puesto que hiciste tan buen

negocio con ese judío que está muriéndose, márchate de España ó al ménos de este país.

—Mariano, tengo echadas mis cuentas, formado mi plan y nada me hará desistir. Hay en Crevillente un hombre por el estilo de ese que tú llamas judío, el cual me arrojó con cajas destempladas cuando yo con los ojos húmedos y el corazon dolorido le pedia proteccion y amparo contra la injusticia de los hombres. Y existen en Catral algunos que mintieron para perderme; y al uno y á los otros les he de sentar la mano ántes de que concluya el presente año de 1809.

—¿Y si te cogen, Jaime?

—¿Y si no me cogen, Mariano?

—Toma mi consejo; márchate, y es el único medio seguro de que no te pillen.

—¿Sin vengarme? Antes me dejaba dar tormento y luégo la muerte.

—Sé de antiguo que como tú te propongas una cosa, nádie logra disuadirte; lo siento por ti.

—Gracias. Tengo que andar todavía algunas leguas esta noche, y sólo me resta suplicarte que me mandes algo y despedirme de tí.

—Nada, Jaime; deseo que no te cojan y que temples tu anhelo de venganza.

—¿Quieres dinero? Me sobra mucho, Mariano.

—No; tengo lo suficiente.

—Eres pobre, me consta; mas el oro del ladron lo desprecia el hombre de bien. Chico, continúa por ese camino, que más valen las sopas que se hacen en tu casa, que las perdices, gallinas y manjares que yo como. Adios, Mariano, y gracias.

—Adios, Alfonso, y que el cielo te proteja.

El *Barbudo* marchó á Albatera y desde allí á Crevillente, entrando en la casa de su hermano cuando empezaba á amanecer. El dia lo entretuvo allí en dormir y comer; por la noche vió á sus amigos, dió dinero á los que debian seguirle, como hizo en Albatera, y dejándolo todo terminado, salió á

las dos para llegar á la casa donde le esperaba Amorós á las siete de la mañana siguiente. Su tardanza tenía contristados á José, patrones é hijo, que él consoló con frases irónicas.

Quince dias despues tenían armas, trajes y cuanto Jaime creyó necesario para la formacion de su partida de bandoleros.

Alfonso retiró sus dos baules de la posada, depositando cada uno en casa diferente. Continuó repartiendo dinero, ganando encubridores, y de esta manera aguardó el dia destinado á la cita y reunion de los hombres que debian seguirle.

Antes de ese momento se separó por algunas horas de Amorós para dirigirse á la caverna donde estaba el penitente.

Sigámosle.

CAPITULO XI.

Noticia infausta.—Lamentos de un padre.—Convenio.—La partida de Jaime Alfonso.

EL *Barbudo* no esperó á que fuese de noche, como en las dos veces anteriores, para ir á ver al *Penitente*. Antes al contrario, marchó de dia y con la holgura y satisfaccion del que conoce bien el terreno y le consta que por allí no anda el enemigo ni existe peligro que pueda detener su paso.

Distaba la cueva tres cuartos de hora de la casa que habitaba Jaime, y éste llegó intranquilo y receloso por la infausta noticia que llevaba al infortunado padre.

Subió una pendiente, y á la entrada de la cueva, sobre una roca en la que daba el sol de lleno, vió á Don Pablo sentado, con las manos cruzadas, la cabeza inclinada adelante y en actitud de meditar. Tan embebido se hallaba en sus ideas, que no oyó el ruido de las pisadas de aquél. Alfonso le miró con lástima, y quedando parado, exclamó para sí:

—¡Qué anciano es y qué flaco está! ¡La huella del dolor aparece en su demacrado semblante, y es lo peor que hoy ven-

go yo á aumentarlo! Nádie creeria que ese hombre fué un general de marina, poderoso ántes, y ahora mísero penitente que cubre sus carnes con solo un grosero hábito tan descolorido y arrugado!.. Ya lo creo; no se lo quita nunca.

Y añadió fuerte:

—¿Pablo?

—¿Quién?.. ¡Ah, Jaime! ¡Válgame Dios y lo que has tardado! Setenta dias justos. Los conté uno por uno, y de sol á sol permanecí sobre esta roca esperando tu regreso!

—¿Ahí has estado siempre?

—De dia, sí.

—¡Paciencia has tenido!

—No te extrañe; las visitas del padre abad y el recuerdo de mi Leopoldo reaniman mi vida y me sostienen sobre la tierra; lo restante del globo nada me importa. ¿Por qué tardaste tanto?

—Estuve muy ocupado, Ramiro.

—Ya lo veo, Jaime; traes chaleco y faja de seda; muchos y gruesos botones de plata, manta fina... ¿A quién has robado?

—Hablemos de otra cosa, Pablo; á mi edad tambien á ti te gustaria lucir.

—Verdad es; pero mi padre me dejó rentas, y el Estado me daba sueldo.

—Sin contar los zafarranchos, saqueos, incendios...

—Hablemos de otra cosa, Jaime.

—Tienes razon; los dos fuimos pecadores, y no es grato recordar...

—Yo purgo mis culpas, ya lo ves.

—A mí tambien me llegará mi San Martin.

—Luégo nos ocuparemos de eso. ¿Por qué no viene mi Leopoldo contigo? ¿Por qué has faltado á tu palabra?

—No dije cuándo ni cómo lo traeria; recuerda mis frases.

—No olvides tú tampoco que dudé de las seguridades que me dabas. ¡Ay, no me extrañó tu tardanza ni el verte ahora sólo!

—Pablo, ¿cómo anda tu razon?

—No he vuelto á sentir accidente alguno; discurro cada dia mejor, pero sufro cada instante más.

—Pues entónces prepárate á oir una mala noticia.

—Dios me perdonó, y era á todo lo más que yo podia aspirar. Habla sin temor, Jaime.

—Me agrada esa santa resignacion. Oye, Pablo: en cuanto hube despachado algunos asuntos que me importaban mucho...

—Sí, robado á varios con sorpresa, asalto y...

—Y nada más. Cuando me hube separado por completo de los terribles Mogicas, asesinos, y tan crueles que sus hechos me horrorizaban, fuí á Murcia, punto donde yo creia hallar á Leopoldo. Habian trascurrido algunos meses desde el dia en que yo le dejé caminando hácia esa ciudad, y como el mozo sabe y vale tanto, se ingenió muy bien, y es lo cierto que el pájaro voló en busca de un porvenir que no hubiera encontrado jamás escondido en aquel rincon.

—Di primero si era efectivamente mi hijo; puede haber dos de un mismo nombre, y como yo no le vi nunca...

—Me refiero positivamente á tu hijo, á Leopoldo Ramiro, pariente, aunque lejano, del señor conde de Floridablanca.

—Cierto, que ese eminente hombre de Estado es pariente mio, y al cual le debo muchas atenciones.

—Dicen que fué ministro bastantes años, que tiene mucho talento, y que á la postre lo desterraron de Madrid, yendo á parar á una mísera celda del convento de San Francisco de Murcia, en el que estuvo algun tiempo, y que fué servido por sólo un lego.

—¡En una celda; servido únicamente por un lego! ¿Estás seguro?

—Muy cierto.

—¡Cómo cambia todo en el mundo! Yo le conocí en Madrid, consejero del rey Cárlos III, muy querido del monarca, admirado por todos, efecto de su gran talento, probidad y acierto en el despacho de los asuntos, y aplaudido y respetado por todas las naciones cultas del mundo. Despues fué minis-

tro de Cárlos IV; siempre probo, leal y entendido; mas el huracan de las pasiones humanas derribaria su elevado pedestal, y rodó por el suelo hasta obligarle á cambiar su espléndida morada de Madrid por la humilde celda de un fraile mendicante. Continúa, Alfonso.

—Tu hijo oyó hablar sin duda del conde y del parentesco que á él le unia.

—Cierto; su madre era prima de Floridablanca, se escribian á menudo, y por fuerza mi Leopoldo debió estar muy enterado de la historia de ese grande hombre.

—Así es; el pobre muchacho huyó del convento en que primeramente estuvo, porque cerca de ese buen abad debe haber otros que no sean tan santos, le castigaron varias veces, y lo mismo le sucedió en Fortuna, segun te conté anteriormente. Desde este último punto se dirigió á Murcia, y el mismo dia de su llegada vió al conde su pariente. El mozo es enérgico y atrevido como pocos. Ocurria esto en los momentos en que Floridablanca ya no estaba desterrado; el pueblo, haciendo justicia á sus méritos, servicios y talento, lo puso al frente de una junta que se ocupaba de hacer la guerra á los franceses, y poco despues fué nombrado presidente de la Central que se instaló en Aranjuez con el mismo objeto. En estos momentos era cuando Leopoldo veia por primera vez al conde. Yo creo, aunque esto se ignora en Murcia, que el muchacho le contaria sus desgracias, el otro se compadeció, y es lo cierto que Don Leopoldo Ramiro fué nombrado alférez de infantería, y dicen que cuenta con toda la proteccion de su tio.

—Eso no obstaba, Jaime, para que lo buscases y me lo hubieras traido.

—No he acabado aún, Ramiro.

—Prosigue.

—Tu hijo tiene buena sangre; yo le vi, cuando le apuntaba, sereno é impávido, mirándome primero con sorpresa, luégo con desden y últimamente apareció la compasion en su rostro.

—Al grano, Alfonso.

—Allá voy, Ramiro. Yo siento decírtelo; me duele mucho destrozar tu alma.

—¡Qué torpe eres, hombre!

—Gracias.

—¿No ves la ansiedad que me devora?

—Acabo. Leopoldo fué incorporado á un regimiento, y en estos instantes mata franceses y adquiere nombre.

—¿Qué más?

—¿Te parece poco?

—Falta esa noticia con que crees destrozar mi alma.

—Hombre, ya te la he dicho; los *gabachos* traen sables, pistolas, fusiles, cañones y tiran con plomo.

—¿Y qué?

—Que pueden... Vamos, una bala derecha... Un lanzazo...

—Calla, profano. ¡En esas ideas descubriria en este momento al bandolero si ignorara lo que eres!

—¿Por qué me dices eso?

—Insensato, ¿no sabes que Napoleon metió en España sus ejércitos pretextando que iban á Portugal?

—Eso cuentan.

—¿No sabes que ántes se llevó los nuestros en su calidad de aliado? Pues bien, cumpliendo con la lealtad de un *Alfonso*, se apoderó de nuestras plazas fuertes, y mandando á Murat á Madrid, acuchilló al pueblo español, despues de haber trasladado á Bayona todos los indivíduos de la familia real. Parodiando á los cartagineses, se fingió amigo para hacerse dueño de mi patria, y no tiene sangre española en las venas el que no coja un fusil y vaya á pelear contra tan menguados invasores. Mucho me hubiera alegrado, bandolero Alfonso, que en cumplimiento de tu palabra me trajeras á mi hijo; era la mitad de mi felicidad, el colmo de la dicha; pero la noticia que acabas de darme supera á todo eso. Mi hijo es español como yo, y al partir en defensa de su patria cumple la santa mision de un héroe.

—Pero ¿y si le matan?

—Si le matan, morirá.

—¡Vaya una salida!

—¿Eres tú francés?

—No, de Crevillente.

—¡De la Hotentaria, por lo visto, cuando temes por la vida de un hombre que defiende la independencia de su patria, el nombre y suelo español! Ya verás, si existes, lo que le sucede en este país á ese génio maléfico de la guerra, á ese ambicioso que pretende hacerse dueño de Europa. «No tienen soldados, habrá dicho; les quito á sus reyes, y, dueño de las plazas fuertes, mi voluntad les impondrá la ley sin obstáculos ni dificultades.» Si así fué, desconoce la historia de mi país, el carácter de sus habitantes, su energía, valor y sobriedad. En cada hombre hallará aquí un valiente soldado, en cada pecho un baluarte de su patria, y en el conjunto una guadaña que ha de segar sus glorias, que ha de concluir con su poder y prestigio! Yo, que me he batido siempre al frente de españoles y contra extranjeros, sé muy bien que á nosotros nos basta un mes para ser soldados, y una hora para vencer al enemigo. El abad, mi confesor, que para distraerme algo y enderezar mi razon suele referirme lo que pasa en España, me dijo ayer que no me he equivocado en mis cálculos. Ya tenemos ejércitos, y creo que empiezan á morir franceses en todas partes y de diferentes maneras.

—Pues vamos, me alegro que te haya satisfecho la noticia de tu hijo, porque la verdad es que yo temia dártela.

—Al contrario, debiste seguirle, incorporarte á su compañía y pelear por tu patria.

—Gracias; yo no entiendo de eso.

—¿Has formado tu partida?

—Hoy nos reunimos todos por primera vez.

—No tardarán en perseguiros, y entónces tendrás que batirte.

—Ya lo creo; pero aquí conozco muy bien el terreno, mando yo sólo, y difícilmente me vencerán.

—¿Quién te ha enseñado el arte de la guerra?

—Tú, la otra noche.

—¿Con eso te basta?

—Todavía espero que me digas más.

—Con poco tienes suficiente, pero no añado una frase ínterin haya franceses en España.

—Entónces no vuelvo á verte.

—¡Egoista, malvado; cada vida que tú arranques ahora, derriba un baluarte de la patria!

—No espero al enemigo hasta que acabe la guerra, y para entónces cuento contigo.

—Es preciso que ántes te confieses con el abad.

—No hallo inconveniente; hoy es lúnes, ántes del sábado estaré en el monasterio.

—Le dices que yo te mando; ya conoce él tu nombre y algunos de tus hechos.

—No me extraña; esos benditos viven léjos de las poblaciones, pero la verdad es que todo lo saben.

Ambos continuaron hablando; el anacoreta veia en Alfonso ese talento rudo como la luz del brillante en bruto, y creyó que enseñándole mucho é ilustrándolo lograria separarlo del crímen, y con admirable constancia empezaba su obra. Para que Jaime cobrara cada dia más aficion á sus conversaciones y sábios consejos, le hablaba de guerras, de formacion de ejércitos, cómo se distribuian éstos, presentándole el arte de la guerra tal como él lo aprendió en teoría y práctica. Este era un cebo que debia indudablemente atraer al *Barbudo* de continuo á aquella cueva. Sembró en su alma una desconfianza hácia los hombres, instintiva en Alfonso; exageraba los peligros, y proponiéndose ir poco á poco limando su aficion al robo, logró únicamente hacerlo más cauto, sagaz y previsor. Algo se modificó Jaime en sus ideas relativas al robo; pero, como veremos más adelante, usurpar por impuestos ó limpiar en los caminos, todo es robar. Y si bien la constancia de Don Pablo rayó en lo increible en lo relativo á separar al *Barbudo* de la peligrosa carrera que habia emprendido, la tenacidad del bandolero fué mayor, como tambien expondremos en lo sucesivo.

Llegada la hora en que Jaime debia recibir á sus partidarios, se despidió de Ramiro, y treinta minutos despues se presentaba en el sitio designado. Era este un bosque de pinos en la falda de la sierra del Carche, é iba el futuro capitan luciendo plata, seda y rica lana.

En el paraje designado le aguardaban Amorós y catorce hombres, únicos que tenía citados. Se estrecharon los diez y seis, las botas de vino corrieron de mano en mano, Alfonso les hizo jurar lealtad y templanza entre sí, les recomendó valor, prudencia, reserva y sagacidad, y ellos, entre vivas y plácemes, le proclamaron capitan, y á José Amorós teniente.

Terminados los gritos y voces, les dijo Alfonso:

—Amigos, compañeros, os voy á mandar, y desde hoy quedo responsable de vuestras vidas, siempre que me obedezcais con ciega sumision. Quitaremos al rico, algo hemos de dar al pobre que lo merezca, sosteniendo á peso de oro agentes y espías en todas partes. La vida es ántes que el dinero, y es preciso sacrificar éste en defensa de aquella. Por eso la mitad de lo que consigamos coger, se destinará á nuestros cómplices, y el resto se distribuirá entre nosotros por iguales partes. Sólo así puedo responderos de que no nos sorprenderán y de que viviremos más tranquilos y sosegados. ¿Qué os parece?

Varios le contestaron:

—Aprobao.

—Lo que tú hagas está bien hecho.

—Sabes más que nosotros, eres el capitan, mu buen amigo y compañero, y na tenemos que icir á lo que tú dispongas.

—Os juro que con mi vida salvaré las vuestras, que velaré por vosotros dia y noche sin descanso; pero no os extrañe que sea reservado; el que habla mucho yerra á menudo, y os advierto que será inutil que me pregunteis, porque yo á nádie digo mis secretos.

—Bien, hombre.

—Juzgad mis acciones y nunca formeis comentarios por lo que digan de mí, sino por lo que haga; de este modo os con-

vencerá el tiempo de que quiero ser vuestro padre. Al que me trate como yo, sea leal y obedezca con sumision, le daré mi mano y mi dinero, y, si le hace falta, mi vida; pero al que dude, me falte ó sea traidor, le pegaré un tiro ó con este cuchillo morirá. Yo no sé perdonar, y entended que en una mano tengo el corazon y en la otra la muerte, para que elija el que quiera.

—¡Bien por Jaime!

—¡Que viva Alfonso!

—¡Que viva la partía!

—Ahora sólo me resta añadir que somos jóvenes y tan pobres que es preciso quitar al rico. Con que ánimo, amigos mios, que vamos á ser los reyes de esta comarca. Seguidme, que os voy á dar casa, buenas armas, traje de bandolero y una onza de oro á cada uno.

—¡Viva Jaime!

—¡Viva nuestro capitan!

—¡Qué rumbo y qué manos!

—¡Con él hasta el infierno!

—¡Alante con él!

De este modo, con las ideas expuestas y áun con algunas de las mismas frases que concluimos de copiar, se inauguró en la sierra del Carche la terrible partida de Jaime Alfonso el *Barbudo*. Empezó con diez y seis hombres, todos valientes, y poco á poco se fueron haciendo aguerridos y audaces. El capitan les trasmitia su espíritu, y en algunos casos su entendimiento. Fueron elegidos uno á uno por él, y en verdad que no estuvo desacertado. La mayor parte se habian criado con él, los trataba desde muy pequeños, y conocia los vicios y virtudes que cada uno tenía.

Es admirable, segun cuentan ellos mismos, la paciencia y calma con que Jaime empezó á educarlos desde el primer dia. Antes de comer, y en los ratos de ocio, los reunia en torno, y haciendo uso de todas las ideas que habia cogido á Ramiro y de muchas suyas, les iba dando á conocer el mundo é infiltrando en sus almas una compasion hácia los desgraciados y

un odio á los traidores, que contrastaban con la vida y oficio de bandoleros; y consistia en que Alfonso no era perverso en el fondo de su alma ni hubo pasion que le dominase tanto como la de la venganza.

Para que nuestros lectores puedan juzgar y conocerlo mejor, citaremos un caso, cuyos apuntes tenemos á la vista, y en verdad que los creemos fidedignos, pues nos los ha facilitado un testigo ocular, anciano é incapaz, en nuestro concepto, de mentir.

Cuentan que una tarde dejó Alfonso á todos sus compañeros, encargando á Amorós repetidas veces que no les permitiera beber hasta su regreso. Volvió una hora más tarde, y todos le aguardaban con la ansiedad del sediento que se acerca al agua pretendiendo mitigar su sed.

—Buenas tardes.

Les dijo el *Barbudo.*

—Bien venío, Jaime,—le contestaron.—¿Saca José la bota?

—No, ántes quiero que hablemos un rato, como de costumbre. Al acabar se echará una rueda completa.

—¿Ocurre algo?

—Nada; deseo únicamente que sepais lo que yo, para que, obrando de igual modo, me evite la triste necesidad de mandar al otro mundo el traidor ó tonto.

—Pues al avío.

—Salgamos, y sentémonos al aire libre.

Los diez y seis liaron sus mantas, y formando con ellas una especie de cogin, se sentaron en la falda del monte, haciendo corro, de idéntica manera que lo verificaban cinco siglos antes los sectarios de Mahoma en aquella misma comarca.

Alfonso meditó un instante, diciendo luégo:

—No tengais tanta aficion á la bebida; el vino se sube á la cabeza, trastorna y hasta perturba la razon. El borracho es una especie de bestia, que anda de diferente modo, pero que obra lo mismo. En todo hombre regular se mira ese vicio como impropio, feo y asqueroso.

Uno de sus compañeros le interrumpió:

—Pues yo sé de algunos señores, Don Rafael el de Crevillente, por ejemplo, ese, raro es el dia que no coge una *mona* tremenda.

—Eso consiste,—añadió Jaime,—en que Don Rafael, y otros que se la echan de caballeros como él, no lo son. *El traje no hace al monje*, dice el adagio, y es verdad. Así como del pueblo salen hombres que se elevan y por sus hechos llegan á ser generales y grandes, hay tambien señores que, olvidándose de lo que fueron, descienden por sus actos á lo más ruin y miserable de la sociedad. A esos no me refiero yo, Bautista, me concreto á los que de lo alto ó de lo bajo obran de distinta manera, porque así es lo conveniente y racional. Decia que el vicio de la bebida es uno de los más feos y asquerosos, y á esto se une el ser para nosotros lo más perjudicial que existe. Los que tienen que huir de la justicia y luchar uno contra mil, necesitan tener siempre la razon muy cabal, por aquello de que con la fuerza rara vez podremos defendernos; en lo general debe salvarnos la prevision, astucia y sagacidad. ¿No creeis esto mismo?

—Sí, sí.

—Y el borracho, ¿puede tener algo de eso?

—No, no.

—Pues bebamos muy poco y pensemos mucho, que nos va en ello la vida.

Condenado que hubo la embriaguez, segun acabamos de demostrar, varió de tono, añadiendo:

—Ahora ocupémonos de otra cosa. Os he dicho, y no me cansaré de repetirlo, que somos malos, pero no tanto que en un apuro dejemos de hallar defensores: el que robemos será nuestro enemigo; al que salvemos la vida ó hagamos un favor, será nuestro amigo; y como nos vemos obligados á robar, y por consiguiente tendremos muchos enemigos, conviene hacer bastantes favores para contar con mayor número de amigos el dia que la suerte no nos sea propicia. Al efecto procuremos que el enemigo sea lo más débil posible y el amigo lo más fuerte que nos sea dado. Esto se logra tratando bien al

que robemos; nada cuesta usar buenas palabras y maneras en ese acto como en cualquiera otro de la vida. ¿Qué ganamos con maltratar á la víctima? Aumentar su odio y coraje, y el dia que pueda sentarnos la mano, que lo haga en toda regla. Viendo que no atentaron contra su vida; que se le tienen consideraciones; que, léjos de maltratarlo, se le evita hasta el susto, hasta el miedo de estar entre bandoleros, se debilita su deseo de venganza, y de esta manera es fácil que, andando el tiempo, nos perdone, miéntras que de la otra es imposible. Por la inversa, cuando se trate de hacer bien, no conviene economizar nada; á unos por compasion y á otros por interés, se les da mucho, hasta exponer la vida por ellos si preciso fuera.

De este modo enseñaba Alfonso á sus parciales á que fuesen ladrones, pero ladrones sagaces, precavidos y sin esa fiereza que tanto ofende á la víctima. Tenía el capitan, sin embargo, un flaco, que era el completo desarrollo del instinto de venganza, y por esta causa añadió:

—Separo de entre los primeros y los últimos al que nos ofenda ó intente hacerlo sin que nosotros nos hayamos metido con él. De la misma manera que yo doy al que sea leal de vosotros, mano, bolsillo y vida, y un balazo en el corazon al que me engañe ó venda, engañe ú ofenda á alguno de sus compañeros, de idéntico modo se trata al que no hubiéramos hecho daño y se ensañe con nosotros.

Tomando ahora la idea de Ramiro, de que la union constituye la fuerza y la obediencia y sumision el acierto, prosiguió:

—Al efecto es indispensable que empeceis por trataros como hermanos; unidos los diez y seis por el pronto y luégo los que seamos, podremos conseguirlo todo; desunidos nos aguardan únicamente una horca y el verdugo. ¿Haceis gestos? Me alegro; para eludir lo que temeis, fijaos bien en mis palabras y haced lo que os digo, que para eso os predico. Esa union que tanto nos conviene y que responde de nuestras vidas, se logra siendo tolerantes entre vosotros, imitándome y obedeciendo al capitan como único jefe y director. Si todos manda-

mos, el demonio que nos entienda. De la confusion salen la torpeza y las desgracias; del órden y concierto la victoria y la vida que hemos jugado.

Proponiéndose luégo conseguir su intento, añadió:

—Somos pobres y hemos de robar únicamente al que tenga mucho. Esto no es bueno, lo confieso, pero hay cosas bastante peores, y *del mal, el ménos*. No temo yo á los hombres, si consigo que obreis como yo y que, siempre unidos, sigamos por el sendero que os acabo de trazar; lo que me asusta es la cuenta que tenemos que dar á Dios un dia, de todo lo que hagamos. Yo creo que se compadecerá de nosotros, porque es muy grande Dios y muy bueno... ¿Llevais todos el escapulario de la Vírgen del Cármen que os ha dado Amorós?

—Yo sí.

—Y yo.

—Y yo.

Contestaron. Jaime prosiguió:

—El que no cree en la caridad de Dios no tiene derecho á pedírsela luégo, ni se la dará. Con esto os quiero decir que ninguno dude de la Providencia, que recemos á la Vírgen y que tengamos confianza en Dios. ¿Estamos?

—Sí.

—¡Paece un predicaor!

—¡Lo que sabe!

—¡Viva el capitan!

—¡Viva!

—Lo que yo quiero es que me comprendais bien, haciendo luégo lo que os aconsejo.

—¡Pus no faltaba más!

—Claro es.

—Manda, y el que no te obedezca, que muera.

—Deseo además que no imitemos en nada á los Mogicas. Espresaos como yo; no maldigais ni jureis, que basta y sobra con el cariño que tenemos á lo ajeno, ni os aficioneis á esas *palabrotas* de presidiario. Por desgracia tendremos que tratar con damas y caballeros muy elevados, y conviene que sepamos

hablar con ellos; yo encontré un maestro muy bueno; me enseña lo que no podeis figuraros.

—Ya se conoce.

—¡Vaya!

—Yo á mi vez os demostraré todo lo que aprenda. Y por hoy basta, que la leccion es buena si quereis aprovecharla.

—Sí, Jaime.

—Estás desconocío.

—¡Qué cambio tan grande!

—Pues es más valiente,—dijo Amorós,—que todos nosotros juntos. ¡Si viérais qué sereno, qué arrogante y cómo apunta! Al jefe de los escopeteros de Catral lo dejó seco, tirándole á más de doscientos pasos.

—Basta, José; saca la bota, y que beba el que quiera.

—Aquí está.

—Primero el capitan.

—Y aluego el tiniente.

—Eso es; bebe, Jaime.

Alfonso cogió la bota y tomó un sorbo. Amorós hizo lo mismo, obligando de esta manera á los otros á que no se excedieran.

Más tarde comieron; al acabar les dijo Alfonso:

—Ahora jugad; teneis bochas, barajas, barra, bolos y rayuela; pero os prohibo que pase el tanto de un real; los buenos hermanos parten el dinero entre sí; jamás se lo disputan.

—¿Y tú?

—Yo no jugaré nunca; en cambio velaré siempre por vosotros. Hasta luégo.

—¡Qué bueno es!

—¡Y cómo nos quiere!

Catorce comenzaron á jugar alegres y satisfechos.

Amorós quedó observando al *Barbudo*, y habiendo notado que aquél subió á una altura, y, recostado sobre su manta, vigilaba los contornos, se incorporó con él algo más tarde, preguntándole:

—¿Qué haces aquí solo, Jaime?

—Os guardo las espaldas y medito. ¿En qué se entretiene la gente?

—Cantan y juegan.

—¿Están contentos?

—Mucho.

—¿Ninguno murmura?

—Al contrario; te quieren cási tanto como yo.

—Espíalos, no obstante, José, que pronto pregonarán mi cabeza, son pobres, todo lo ignoran, y gracias que uno pueda tener confianza en sí propio.

—Ya lo hago, Alfonso, y en verdad que todo lo que he visto y escuché hasta ahora me agradó.

—El mal debe cortarse en su orígen; despues es muy difícil. No olvides esta verdad que tanto te repito.

—La tengo muy presente siempre.

—¿Por qué no te has quedado con los compañeros y?..

—Jaime, noto que delante de la partida cantas, ries y demuestras alegría; pero cuando estás solo...

—Pepe, ¿tambien á mí me espías?

—Tambien; á ellos por interes, á ti por cariño. Ya sabes que cuando todos reiamos sorprendí en tu cara dos lágrimas, y eso me pone desazonado.

—José, tengo mujer y un hijo.

—¿Les falta algo?

—Sí.

—Toma treinta onzas para ellos; yo no las necesito.

—Gracias, Pepe, te lo agradezco mucho, pero no es eso; les sobra dinero, mas quieren que esté á su lado, yo tambien lo deseo, y no puede ser.

—¿Y vas á estar siempre lo mismo?

—No; el hombre se acostumbra á todo, y áun cuando no los olvide, llegará dia en que no me sea tan dura la ausencia.

—Pues si no hay remedio, ¿por qué no empiezas? Cuando te entra esa tristeza te convenia beber.

—No me hables de eso; tengo que dar ejemplo y velar por todos.

—¿No te gustan el vino ni el aguardiente?

—Mucho; pero cuando una cosa no conviene, se deja de hacer. No te molestes, José; yo nací para ser bueno, la suerte me ha hecho malo, y si el ladron es siempre desgraciado, yo debo serlo doblemente. Oculta esta verdad á los nuestros, pero créela.

—Lo mismo me sucede á mí.

—Ya lo sé.

—Y tú, que tambien discurres, ¿no hallas un medio de combatir el mal?

—Ando tras de él, Amorós; pero ántes necesito vengarme, comprometer á la gente para que no nos falte en lo sucesivo, y me he subido aquí á pensar en ello. Déjame sólo.

—Bueno, mas no estés triste ni llores.

—Ya hago lo posible por alegrarme.

—¿Tardarás mucho en bajar?

—No lo sé. Adios.

—Que te vea yo pronto, hombre. Hasta luégo.

Alfonso meditó nuevamente, limpiándose más tarde varias lágrimas que asomaron á sus ojos.

—¿De qué me sirven,— exclamó,— las onzas que llevo en el cinto; este dorman tan majo, tanto boton de plata, esta seda y todo lo que me cubre? ¡Tengo que huir de la gente, son pocos los que me ven, y!.. ¡Maldita suerte! ¡Qué infortunado es el bandolero! ¡Los de Catral y el de Crevillente tuvieron la culpa! ¡Ah, recuerdo ahora que cuento con quince hombres, y aquellos canallas continúan tranquilos y satisfechos! De una pedrada voy á matar dos pájaros y comprometeré además á los otros para que no puedan retroceder. Sólo la venganza conmueve y alegra mi corazon; pues á ella me entrego.

Y permaneció una hora ensimismado y taciturno.

Al terminar comenzaba á anochecer. Se levantó, y no viendo nada que llamara su atencion, se dirigió al pié de la casa donde estaba su gente, murmurando por el camino:

—Mañana quedaré vengado de todos y mi partida en com-

promiso que le impedirá desistir en adelante. Luégo impondré contribuciones hasta realizar el todo de mi plan.

Y se confundió entre los suyos, aparentando alegría y jovialidad.

Desde que Alfonso tuvo uso de razon se presentaba triste, poco comunicativo y taciturno, pero desde el instante en que se hizo capitan de bandoleros aumentaron bastante su reserva y melancolía.

Gustaba de oir tocar la guitarra, y de que los suyos demostrasen satisfaccion y contento; él hacía por distraerse, pero cuentan que rara vez lo lograba, efecto sin duda de su carácter tétrico y hasta sombrío.

Nació en nuestro concepto para meditar y decidir, la suerte lo llevó á otro terreno, y de ahí la razon de hallarse siempre mal.

CAPITULO XII.

El asalto de Crevillente.—Situacion desesperada.—Transige el enemigo.—A Catral nuevamente.

JAIME cenó con los de su partida, y á las nueve de la noche todos se acostaron para levantarse al amanecer. Bebieron aguardiente, y concluido los sacó, no para predicarles, como en los dias anteriores, sino para participarles del asalto y robo que debian efectuar en Crevillente aquella misma tarde ó noche.

Cuando todos estuvieron enterados y otorgaron su aquiescencia, se dispuso el almuerzo, y terminado éste partieron.

Iban armados de trabuco y cuchillo; algunos de carabina y navaja, y Jaime con Amorós llevaban además pistolas.

Desde la sierra del Carche fueron á un caserío distante de allí tres leguas; en él descansaron y comieron, saliendo á las tres de la tarde para Crevillente.

En esta ocasion, y por órden de Alfonso, ninguno se recataba el rostro ni disimulaba quién era. Trataba el capitan de darse á conocer con todos los indivíduos de su partida, y debian, en consecuencia, hacer alarde.

El traje era uno peculiar á los bandoleros de aquella comarca, y se componia de las prendas siguientes: sombrero de ala ancha, dorman, chaleco, una falda larga, listada por el estilo de la escocesa, medias y alpargatas con cintas muy lar-

gas que iban sujetando á la pierna, formando cruces hasta concluir en la corva, donde terminaban.

Debajo del sombrero solian llevar un pañuelo de seda rodeado á la cabeza, como los andaluces. Ceñian la cintura con una faja de lana ó seda, que reemplazaban con la canana en el acto de armarse.

El dorman de Jaime llegó á ser muy conocido, por llevar en los codos, bocamangas, cuello, pecho y espalda adornos en forma de corazones y otras figuras de un color grana bastante subido.

Nada hubieran supuesto aquellos diez y seis hombres en tiempo de paz para el pueblo de Crevillente; pero iban en ocasion en que la mayoría de los mozos y los escopeteros de que disponia la autoridad se hallaban en la guerra, y por esta razon se atrevia Jaime á presentarse allí con descaro é insolencia extremas.

Media hora ántes de llegar al pueblo caminaban cási todos cantando; iban de dos en dos, la carabina ó trabuco al hombro, con órden, y á la cabeza Alfonso y Amorós.

Al anochecer distinguieron las torres del pueblo, y poco á poco fueron callando todos. El *Barbudo* mandó hacer alto, dándoles las últimas instrucciones.

Diez minutos despues entraron en Crevillente.

Era ya de noche, se dejaba sentir el frio y apénas transitaba nádie por las calles. Las puertas de las casas estaban entornadas, como de costumbre; las ventanas y balcones cerrados, y sólo en unas cuantas tiendas y tabernas se veian luces y gente hablando á la parte adentro y fuera del mostrador.

Las ocho parejas comenzaron á atravesar las calles del pueblo, marcando el compás con sus pisadas y como pudiera haberlo hecho una compañía de soldados.

Se dirigieron, como habrán adivinado nuestros lectores, á casa de Don Pedro, dueño del ganado que guardó Jaime, al cual sorprendieron sentado junto al fogon y al calor de varios troncos que despedian llamas rojizas.

Los informes que le habian dado á Alfonso eran exactos; la familia de Don Pedro se encontraba á la sazon en Aspe, con motivo de una boda que se celebraba aquella noche entre indivíduos de su parentela, residentes en dicho pueblo. Por esta causa lo halló la partida de bandoleros acompañado únicamente de su criado José.

Vivia Don Pedro á la entrada de Crevillente por la parte que llegaron los bandidos, y efecto del frio, la oscuridad y la aproximacion, se presentaron aquellos sin ser vistos por nádie; la puerta estaba entornada, y el dueño de la casa quedó espantado al encontrarse de pronto con Jaime y quince compañeros.

—Buena noche.

Exclamó Alfonso. El ganadero y su sirviente, que arreglaba en este instante la lumbre del fogon, se fijaron en él con aturdimiento.

—José,—añadió el *Barbudo,* dirigiéndose al criado,—con la cuerda que te dará Rosendo ata á tu amo. Despacha.

—¡Qué es esto!—dijo Don Pedro.—¿Qué te propones, malvado?

Alfonso le dió en el rostro con la culata de su carabina, contestando:

—¡Silencio, hombre infame! ¡Te atravieso el corazon con este cuchillo si vuelves á desplegar los labios ántes de que te lo mande! Uno de vosotros ayude á Pepe á que lo ate. Tú, Amorós, sácale las llaves de los bolsillos. Cuando acabeis, cerrad la puerta de la calle y la de esta habitacion, dejándome solo con él.

Don Pedro, á pesar de su carácter irascible y soberbio, no se atrevió á pedir ni á amenazar. Dejó que le atasen las muñecas y que lo sujetasen luégo al viejo y pesado sillon de roble y baqueta en que estaba sentado.

Cuando los bandoleros hubieron terminado aquella operacion, salieron de allí, llevándose el sirviente las llaves y cerrando la puerta.

Solos Jaime y Don Pedro, se sentó el primero con calma,

y dejando su carabina y manta entre las piernas, preguntó á su prisionero:

—¿Recuerdas mi última entrevista contigo? Te permito ya que hables.

—Sí.

Le contestó aquél, presentando el rostro encendido por la ira y el despecho.

—Despues de implorar tu compasion y amparo, que oistes con la piedad de un tigre, añadí: «¡Señor, que soy bueno y me están ustedes empujando al crímen!» ¿Recuerdas mis palabras? No he quitado ni añadido una. Pues oye tu contestacion: «¿Y á mí qué me importa? En el monte tienes á los Mogicas, y uno más ó ménos, influye poco.» Se cumplió tu deseo, y áun cuando no robé con los Mogicas, los he reemplazado con la partida que acabas de ver, la cual, por órden mia, inaugura su oficio estrenándose contigo. Te he reservado esa honra en agradecimiento al consejo que me distes. Si no estoy acertado, recuerda que es tu obra, la consecuencia de haberme negado hasta un vaso de agua.

—Hoy te toca á ti, malvado; pero ¿y mañana?

—Pedro, tu razon se ofusca; mañana empezaremos á gastar las onzas que tú guardas, miéntras lloras por lo que no tienes y yo rio por lo que te he quitado.

—Nunca pude imaginar que existiera un hombre tan perverso como tú.

—Formas un tipo contrario de mi otro amo, el de Catral; aquel suplicaba y pedia; tú amenazas é insultas; pero aunque de diferente modo, á los dos os va á suceder lo mismo.

—¿Me está robando tu gente?

—Hasta los clavos nos hemos de llevar. Lo malo es que tú no tienes tanto dinero ni alhajas como el otro; me consta. En cambio eres más poderoso en fincas y ganado; sé que reunes una renta de treinta mil reales al año. ¡Treinta! Esa cifra que hallo repetida siempre en tu casa, va á ser fatídica para ti. Treinta años te servimos entre mi padre y yo; treinta reales me ofreció tu pobre sirviente cuando tú me negabas hasta el

agua; tienes treinta mil reales de renta y va á suceder que, además de quitarte esta noche cuanto guardas, me vas á entregar todos los meses lo correspondiente á treinta onzas que te echo de contribucion miéntras vivas y esté yo libre.

—El importe de ese segundo robo te lo entregará el verdugo, Alfonso.

—Me parece bien, si logras que la justicia me eche la mano; de lo contrario tú mismo irás á depositarlo en la persona que yo designe.

—Eres tan nécio como malo.

—Acaso no te equivoques; pero si no me obedeces nos comeremos tus reses, el trigo de las eras no lo cogerás nunca, ni la oliva, ni el vino. Te propongo lo que más te conviene, y si eliges otra cosa, peor para ti.

—Jaime, te recuerdo á mi vez que no hace muchos meses llamaste á mi puerta á media noche, te franquearon la entrada, me levanté y oí tus cuitas. Luégo te dejé salir sin dar voces ni prenderte; y el no haberte perdido me lo estás pagando dignamente.

—Pedro, escuchastes mis súplicas esa noche con desprecio; no me delataste porque soy muy hombre, lo sabes tú, y mis armas ataron tu lengua; de lo contrario saldria yo de tu casa con cadena y grillos. En prueba de que es verdad y de que temias las consecuencias de tu mala conducta conmigo, por consejo é influencia tuya mandó el alcalde de Crevillente al de Catral diez y seis escopeteros para que, unidos á los suyos, me persiguieran, matasen ó arrastraran aquí. Para el mejor logro de tus deseos ofreciste mil reales á los diez y seis mozos, y estos juraron traerme muerto ó vivo. No pudieron cumplir su palabra, y en su defecto he venido yo y somos igual número de hombres. Algo más te costaremos; en cambio sólo perdiendo la existencia dejaremos de realizar cuanto te anuncie esta noche.

—¿Hay algun medio de que nos arreglemos, Alfonso?

—Es tarde, Pedro.

—Te habrán visto entrar, que es muy temprano, ya se es-

tará reuniendo la fuerza de que dispone el Alcalde, y te va á costar la vida, Jaime.

—¿Quién es ahora de los dos el nécio? Los escopeteros marcharon á la guerra, y el Alcalde dispone por junto de cuatro hombres. Con uno de los mios basta contra los cinco.

—Tu suerte será igual á la de los Mogicas.

—Posible es, áun cuando yo obro de otra manera; ellos ya te hubieran muerto.

—Alfonso, deja ese oficio, huye de este país y salva tu vida. Cuenta conmigo para lo que necesites.

—Eso me lo debiste decir hace más de seis meses.

—Te lo digo ahora, y cumpliré mi palabra.

—¡Cuando estás sujeto, en mi poder y todo lo que tienes es mio! La transaccion me parece ingeniosa. ¿Qué se diria de un general que despues de haber tomado una plaza por asalto y tener preso y maniatado al enemigo, le admitiera la capitulacion?

—No es igual el caso; te lo propongo por tu bien.

—Pedro, yo me hice bandido, pero no embustero, y tu pretendes engañarme ahora. Quieres que transija para perder tú ménos; pero ocurre que yo he aprendido mucho en el tiempo que llevo de desgracias, sé más que tú y tu oferta solo me inspira desden.

—Estás cambiado efectivamente.

—Ya lo creo; como que fuí un dia pastor y yesquero, guarda, y hoy el rey de una comarca rica, feraz, abundante, y en la que nádie probablemente podrá con Alfonso.

—¿Y si te equivocas?

—El término de la vida es la muerte; y, poco ántes ó poco despues, todos iremos cayendo, Pedro.

—¿Y luégo, Jaime?

—Aclara la pregunta.

—¿Y cuándo Dios te pida cuenta?

—¿Tú me dices eso? ¿Hay alguno más soberbio que tú en Crevillente, más iracundo y vengativo, más déspota y cruel? Por mucho mal que yo haga, no llegará á la mitad del que tú

realizaste siendo alcalde. Y es diferente, porque yo expongo mi vida á cada paso, y tú te escondias en la impunidad de tu vara.

—Me admira y sorprende el modo de expresarte, tu serenidad y valor.

—Y á mí tu tranquilidad y sangre fria. Con dificultad hallaremos en adelante una víctima de tanto corazon como tú.

—Por eso debiéramos transigir, Alfonso.

—Por eso te estoy quitando cuanto tienes y luégo las treinta onzas anuales.

—Hasta ahora los bandoleros sólo robaban en los caminos, y á lo más en un caserío.

—Es que hasta ahora no hubo un Jaime que éntre en las poblaciones grandes y salga de ellas repleto de oro, sin haber hecho derramar una gota de sangre y sin que nádie le persiga.

—A tu mucho ingenio debieras darle mejor aplicacion.

—He pensado en eso varias veces; pero hoy es el dinero el rey de la tierra, y como nada produce tanto...

—Suéltame.

—¿Para qué?

—Me hacen daño estas cuerdas, y estando indefenso nada debes temer.

—Lo que es el miedo no llegaria á mí áun cuando te hallases armado; pero la prudencia, que yo procuro hermanar con el valor, me aconsejan que te deje así.

—¡Mentira; me tienes miedo!

—¿Ya vuelves á enfurecerte? Siempre tuviste esa propension.

—¡Miserable! ¡Si yo te cojo algun dia!..

—No me lo digas, porque eres tú el cogido en este instante, y puede ocurrírseme aplicarte lo que tú quisieras darme á mí.

—¡La horca y el verdugo!

—Pedro, traigo cuerdas, y gente que las maneja bien.

—¡Prueba, villano!

—No quiero; te perdono la vida, no porque la mereces, porque me humillaria matarte.

—¡Acércate; con la boca!..

—Ahora te la taparán, no tengas cuidado.

—¡Oigo sus pisadas, el sonido del oro que me roban! ¡Dieron con el secreto, y me he perdido!

—Será una gracia de tu criado José.

—¡Cierto; sólo él pudo descubrirlo! ¡Le habrán amenazado cruelmente!..

—Al contrario, es lo más bueno que come pan en el mundo; sabe que somos pobres, que tú eres rico, y á la primera súplica cantaria de plano.

—¡Es muy bruto, pero se quedará sin lengua!

—¡Pobrecillo! Yo lo evitaré, Pedro.

—¡Allá lo veremos!

En este momento se abrió la puerta, apareciendo en el umbral Amorós.

—Todo está terminado, Jaime.

Dijo quedando parado.

—¿Limpiásteis bien?

—Hasta los clavos, segun mandastes.

—¿Dísteis con el secreto?

—Sí.

—¿Quién os lo dijo!

—¡Alfonso!..

—Da su nombre.

—El criado.

—¿Le amenazásteis?

—No.

—¿Lo ves, Pedro? Pepe es una alhaja inapreciable.

Y volviéndose á Amorós, añadió:

—Que pasen dos, tapad la boca á Don Pedro, y amarrad el sillon á los hierros de esa ventana que da al patio.

—¿Se abren los maderos?

—Claro está. Por ahí no ha de entrar nádie á favorecer-

lo hasta que haya roto el pañuelo y grite, despues de haber tascado el freno una hora.

—¿Serás capaz?

—¡Y que no es lista mi gente! ¿Qué tal?

—¡Dejadme! ¡Maldi!..

No pudo continuar. Un pañuelo de hilo con nudos, fuertemente atado á la espalda, apagó sus frases.

Quedó Don Pedro imposibilitado de hablar y de moverse. Para hacerle Jaime más dolorosa su horrible situacion, quiso que padeciera por los dos únicos sentidos que le quedaban útiles, que eran el oido y la vista. Al efecto mandó que á su presencia le enseñaran el oro y la plata que acababan de robarle, y extendiéndolos sobre una manta, se entretuvo en contarlo; luégo reconoció los cubiertos, y seguidamente los repartió entre varios bandoleros para que pudieran llevarlos con comodidad.

Al terminar dispuso que le ensillaran una jaca torda que tenía Don Pedro, la cual le envidiaban todos los caballistas de la provincia por su bella estampa y mejores cualidades.

La víctima veia la escena inyectados los ojos de sangre y más iracundo que lo habia estado nunca; pero ni áun moverse podia, y ante tan completa inutilidad tuvo que resignarse con su suerte.

Como comprenderán nuestros lectores, Jaime se presentaba en estos momentos horriblemente vengativo. Don Pedro estuvo en su derecho negándole la proteccion que le pidió un dia; y si bien demostró en aquella ocasion poca humanidad con el infeliz fugitivo, esto no debió ser causa ni áun del más leve atropello, y ménos tratándose de un hombre que jamás obraba de otro modo con persona alguna. Era déspota, segun hemos dicho ántes, intransigente, y nunca llegó á él la caridad.

Cierto que ofreció mil reales á diez y seis escopeteros para que le trajesen preso á Jaime, y si bien le inspiró este hecho su deseo de conservacion, ante la opinion pública sólo debian juzgarle como la consecuencia de interés en pro de la justicia y de la reparacion.

Y áun cuando en el conjunto este hombre mereciera la

antipatía y hasta un susto dado por Jaime, no era acreedor en manera alguna á lo que se estaba haciendo con él. No nos cansaremos de repetirlo; el *Barbudo* se nos presentará en el trascurso de esta historia tan excesivamente generoso con algunos pobres, como horriblemente vengativo con todo el que le hubo hecho daño. Esta pasion le ofuscó siempre de un modo inconmensurable.

Cuando avisaron á Alfonso que tenía la jaca lista, salió al zaguan y dijo á José, criado de don Pedro:

—Pepe, toma ese cartucho.

—¿Qué es esto, Jaime?

Le preguntó aquél sorprendido.

—Los treinta mil reales que te ofrecí la noche que tú, generosamente, me dabas treinta.

—¡Yo!.. ¡Treinta mil reales!.. Eso no puede ser, Alfonso.

—Tómalos, José, que los he robado yo para ti.

—Pero, hombre, si me los quitarán en el momento que te marches.

—Eso tiene un remedio, Pepe.

—¿Cuál?

—Vente con nosotros.

—Chico, yo contigo iria al fin del mundo, pero ya sabes que no soy valiente como tú.

—No importa; te nombraré ranchero de la compañía, y nunca te comprometerás.

—Si eso pudiera ser...

—Yo te respondo, José; vente, que has de estar conmigo mejor que sirviendo á ese bribon.

—Me decido; andando.

—Toma los treinta mil reales.

—No me atrevo, Jaime; con cuatro ó cinco soy yo feliz.

—De no ser los treinta mil ofrecidos, y que te regalaba con mucho gusto, sean treinta onzas: quiero que mi obsequio tenga el número treinta.

—Bueno, vengan.

Y se las entregó Jaime, añadiendo:

—En cuanto yo monte, te vas á la salida de la poblacion, nosotros áun permaneceremos aquí media hora; puesto que tú nunca aparecerás como bandolero, es conveniente que no te vean entre nosotros los de este pueblo.

—Entiendo, y te lo agradezco.

—Pues sigue teniendo el caballo, y espera.

Jaime volvió á entrar en la habitacion donde se hallaban su gente y Don Pedro, diciendo al último:

—Pedro, desde primero de mes has de entregar á la persona que yo te designe el equivalente á las treinta onzas anuales que te he impuesto de contribucion. Cuando puedas grita, ó te desatas ó corres. Vaya, buena noche, Don Pedro. Adelante, muchachos.

Montó en la jaca, desapareciendo Pepe, segun la órden que habia recibido de Alfonso. Este mandó cerrar todas las puertas, y tirando las llaves al arroyo, se encaminó, seguido de los suyos, á la plaza del pueblo.

—Entrad en esa taberna, daos á conocer y bebed algo, pero poco. Amorós, das una onza por el gasto que hagan.

Y él se quedó á la puerta montado en la jaca.

El tabernero y parroquianos quedaron sorprendidos al principio; luégo fingieron, por temor, fraternizar con ellos, acabando por vitorear todos al capitan, que los oia con entusiasmo y un poco engreido por la vanidad que empezó á halagarle desde aquel instante.

A los quince minutos de beber y gritar, exclamó Alfonso:

—Muchachos, despedíos, y adelante. Paga, Amorós. Buena noche, señores; no oculteis á nádie que hemos estado aquí.

Cuando todos salieron, añadió:

—Vamos á Aspe. ¡Joaquin, Rosendo, al que nos espíe ó siga, fuego!

Y se encaminaron hácia el pueblo que acababa de citar; pero al salir de Crevillente torció á la izquierda para seguir una direccion contraria.

—Aprisa ahora,—volvió á decir.—Si tratan de perseguir-

nos, tomarán el arrecife de Aspe miéntras nosotros vamos á Catral.

Poco despues se les incorporó José García, criado que fué de Don Pedro. Desde este momento le llamaremos por su apellido para no confundirlo con José Amorós.

Jaime puso su jaca á un trote largo, y los diez y seis le siguieron alegres y satisfechos.

Con un corto descanso de veinte minutos continuaron hasta llegar á la huerta de Catral. Allí echó pié á tierra Alfonso, entregando su jaca á García. Acto continuo escalonó á los suyos, entrando con cuatro en el pueblo.

Se propuso castigar á los que habian declarado contra él; pero sabía que sólo quedaban dos, por estar los otros en la guerra.

Eran las diez de la noche; sorprendió á uno de ellos en los momentos en que se iba á meter en cama, lo abofeteó cruelmente, acabando por dejar á cuantos habia en la casa maniatados y con las bocas tapadas. Rompió algunos muebles, y seguidamente marchó á casa del segundo, sufriendo éste y familia la misma suerte que su compañero.

Terminó ambas operaciones sin escándalo, voces ni alboroto; así es que pudo abandonar el pueblo sin disparar un trabuco ni verter otra sangre que aquella que rodó por el rostro de sus dos enemigos.

Nuevamente en la vega, dijo á su gente:

—El que esté más cansado que suba á mi jaca.

—Denguno,—le contestaron.—El caballo pa el capitan.

—Tenemos que andar todavía bastante, y yo os daré siempre el ejemplo. Ea, ¿quién monta? Que perdemos tiempo.

—Yo no.

—Ni yo.

—Pues arriba, García; tú que eres el más flojo.

—Primero eres tú, Jaime.

—¡Dale! ¡Te lo mando! Eso es; ponla al trote. Por la derecha. ¡Más vivo, que se oyen voces!

Y desaparecieron los diez y siete, perdiéndose primero entre los árboles de la huerta y luégo en el inmenso llano que debian atravesar ántes de llegar á la sierra del Carche, á la cual se dirigian.

Jaime y Amorós se quedaron algo atrás con el objeto de saber si los seguian ó no; nada oyeron; á la hora de caminar descansaron, y á las dos de la madrugada entraban en la casa en que debian dormir, rendidos por la fatiga y el cansancio.

Treinta minutos despues se tendieron unos en la pajera y otros en colchones, siendo todos por último presa del sueño, hasta las siete de la mañana en que los fué despertando Jaime. Luégo almorzaron, y acto continuo se hizo la distribucion de lo robado, en la forma siguiente: se separó la mitad, que guardó Jaime, para gastos de espionaje y confidencias, y el resto fué dividido por partes iguales, tomando una de ellas los dueños de la casa. Lo que no era dinero se tasó en lo que podrian dar por ello, y lo cogió Alfonso.

Desde este momento empezaron á ponerse vigías, que observaban sin tregua ni descanso.

Jaime habia comprometido á su gente para que no pudieran retroceder. En cambio dió una campanada que alarmó á los pueblos de Crevillente y circunvecinos, temiendo ahora con sobrado fundamento nuestro bandido ser objeto de una persecucion tan activa como vigorosa. Pensando en esto llegó la hora de comer y, rodeado de todos los suyos, practicó aquel acto, apareciendo triste y ensimismado. Al acabar satisfizo las preguntas que le hicieron durante la comida con las siguientes frases:

—Pronto tendremos sobre nosotros quince ó veinte escopeteros, á los que es preciso dar una leccion para que nuestro nombre y fama asuste á los que vengan y á los restantes. Aun tardarán algunos dias, pues los pueblos están sin mozos, y si á mí me temian estando solo, figuraros lo que les sucederá ahora que me acompañais vosotros. No quiero yo que los esperemos aquí, sino que les salgamos al encuentro, para que no averigüen nuestras guaridas y para que comprendan que so-

mos muy hombres. En fin, yo tengo mi plan, y si lo secundais, continuaremos siendo los reyes de esta comarca.

—Lo que tú quieras.

—Lo que tú mandes.

—Alante contigo.

Le contestaron en confusa gritería. Jaime prosiguió:

—Antes que el peligro amenace me voy á ausentar; ignoro lo que tardaré, pues corro en busca de datos y noticias que nos son necesarias. Interin regreso, es preciso que haya entre vosotros mucho órden y concierto; jugad en buen hora, pero que estén siempre los vigías alerta, y en el caso improbable de que vinieran á acometeros, al monte todos y á la cueva. Amorós, tú tienes las restantes instrucciones, quedas en mi lugar, y espero que no tolerarás ninguna inconveniencia.

—Marcha tranquilo, Jaime. ¿Pero vas solo?

—Claro es.

—Solo no.

—Yo te acompañaré.

—Yo.

—Yo.

—Yo.

Gritaron, oponiéndose todos á que partiera de aquel modo. Jaime impuso silencio, diciéndoles luégo que se iba á disfrazar para hacer averiguaciones, sin ser reconocido por otros que aquellos en quienes tenía confianza.

Cuando hubo convencido á los indivíduos de la partida que debian dejarle marchar de la manera que él se propuso, y los halló lo suficientemente instruidos para poder evitar cualquier sorpresa, se despidió de ellos, llevando dos pistolas y un cuchillo, que escondió cuidadosamente debajo de su ancha y larga faja.

Embozado en la manta, solo y ensimismado, caminó mucho tiempo. Dejando luégo el llano, comenzó á subir la empinada cuesta que concluia en la boca de la cueva habitada por el anacoreta.

CAPITULO XIII.

Diálogo que influyó poderosamente en modificar las ideas de Alfonso.— El capitan de bandoleros aprende lo bastante para resistir y hasta para vencer.—El valor y la prudencia hermanados.

Jaime Alfonso habia satisfecho su sed de venganza y á la vez comprometió de tal modo á su gente, que ya ninguno podia retroceder en el terrible camino porque les obligó á entrar; pero su insolente presencia y robo efectuado en Crevillente, cuando todavía se hallaban en pié sus numerosos habitantes, y su segunda visita á Catral con fuerza armada é imponiendo á los que creyó conveniente castigar, escandalizaron la comarca entera y se oyó un grito unánime que dijo:

—Es preciso contener tanta osadía. Es necesario aniquilar al bandolero que tales cosas hace.

El nombre de Alfonso se habia popularizado; se mezclaba ya en todas las conversaciones; se comentaban su valor, serenidad y acierto, y aparecia ménos malo comparado con los Mogicas, autores de crímenes horrendos que no podia cometer nunca el *Barbudo*. Pero como el hombre estima mucho su dinero y tranquilidad, creyeron con razon que áun cuando Jaime era más valiente y ménos malo que los Mogicas, debia acabarse con él y con lôs suyos. Y aconsejados unos por el miedo, otros por la indignacion y la mayoría por el cumplimiento de un deber sagrado, no hubo uno sólo que combatiera la

idea de armar gente y correr en persecucion de los temerarios bandoleros.

Los ancianos y los tímidos ofrecieron su óbolo; los valientes su pecho y vida; y de acuerdo Catral, Crevillente, Aspe, Albatera y otras poblaciones, armaron á algunos voluntarios, dándoles por jefe al iracundo y soberbio Don Pedro. Esta idea se hubiera en otra ocasion realizado de manera más digna; pero aquella comarca, donde el espíritu patrio se inflamó como en ninguna otra, se hallaba á la sazon escasa de dinero y de valientes, por encontrarse el uno y los otros entre los ejércitos de la independencia nacional. Así es que Don Pedro sólo pudo reunir veinticinco hombres decididos, si bien todos ellos, aunque labradores, eran valientes, y se presentaron dispuestos á no retirarse á sus casas hasta acabar con la ya célebre partida de bandoleros.

Jaime adivinaba cuanto acabamos de exponer, y más prudente aún que valeroso, corria en este momento en busca del arte de la guerra, para combatir con éxito la tormenta que presentia caminar hácia los suyos próxima y terrible.

Esta era la causa de llegar en tal instante á la cueva del *Penitente*.

Se hallaba Don Pablo en aquel momento en la primera bóveda del monte, arrodillado ante un pequeño crucifijo, con las manos cruzadas y en actitud de orar. Lo halló Alfonso tan embebido en su ascética meditacion, que no se atrevió á interrumpirle. Y cayendo tambien de hinojos, comenzó á rezar un *Padre Nuestro* con toda la devocion de que era capaz un hombre que presentaba esa mezcla que se ve y no se comprende de fanático, generoso, malvado, vengativo y á veces tipo de caridad.

Cuando terminó su oracion el *Penitente*, entónces vió á Jaime, que murmuraba su quinto *Padre Nuestro*.

—Acaba,—le dijo,—que el adorar á Dios es el primer deber de las criaturas.

—Ya he concluido, Pablo, y me complace verte con rostro tan sereno y apacible.

El anacoreta escondió la sagrada imágen entre el pecho y su sayal, sujeta con el cíngulo, y volviéndose luégo al *Barbudo*, le contestó:

—Sí, Dios se dignó perdonarme, y desde aquel instante mi cerebro está cabal y la resignacion es completa. ¿Sabes algo de mi hijo Leopoldo?

—¡Ay, no me es posible averiguar por ahora lo que pasa en el mundo! Pero confío en que más adelante será otra cosa.

—Siéntate, Alfonso, que deseo hablar contigo largamente.

—Muy bien; dime lo que quieras; yo tambien tengo que pedirte consejos é instrucciones.

—Has faltado á tu palabra, resultando que me has engañado.

—No te entiendo.

—Durante la semana que terminó antes de ayer no fuiste á que te confesara el abad, y recuerda que me ofreciste lo contrario.

—Cierto; pero me fué imposible, Pablo. Estoy ya sentenciado á muerte, y no me es dado ir donde deseo; pero eso no obsta para que más pronto ó más tarde lo haga una ó diez veces.

—¡Qué mezcla tan rara se halla en estos hombres! Parece que aman y temen á Dios, no obstante lo cual son peores que un pirata.

—¿Por qué dices eso, Pablo?

—Hablé con el padre abad de ti, y se por él que has robado á tu amo de Catral, con todo lo demás que hiciste en ese pueblo.

—Cierto; aquel hombre contribuyó poderosamente á mi perdicion; es más ladron que yo, y cuando respeté su vida, debieras juzgarme generoso y noble en mi proceder.

—¡Noble, generoso, y le has robado cuanto tenía!

—Ahí verás.

—Jaime; el hombre que vale, que se estima, el hombre grande perdona siempre.

—¡Pero si yo no lo soy, si Dios me hizo pequeño!

—¡Pero si yo te he enseñado el camino de los buenos!

—¡Pero si no le veo!

—¡Yo abriré tus ojos, maldito!

—Yo apretaré los párpados, pecador arrepentido.

—¡Terco como no vi otro!

—No lo sabes tú bien; como yo me empeñe en una cosa...

—Lo creo; la estupidez ofrece esos prodigios.

—¿Qué es eso?

—Ya te lo explicarás más adelante. ¿Qué has hecho desde que te separaste de mí hasta ahora? No me ocultes nada.

—Oye, Pablo, te advierto que no soy embustero.

—¡Pues podias tener tambien ese defecto!

—¿Y qué sería de extrañar? Los hay que son á la vez ladrones, asesinos, embusteros, calumniadores, falsos, malos esposos y peores padres. Yo sólo tengo el primer defectillo de esos.

—¡Defectillo! ¡Todo sea por Dios! Adelante.

—Y los hay que son á la vez crueles, inhumanos; que degüellan al vencido, saquean las casas, incendian las poblaciones...

—Bueno, hombre, bueno; bien caro me cuesta. ¡Ay, no hubo sér en el mundo más infortunado que yo!

—¿Continúo?

—Sí; pero concrétate á referirme lo que has hecho en los trece dias que no te he visto.

—En pocas palabras te lo voy á explicar: formé una partida de bandoleros, compuesta de quince mozos más fuertes que esa roca, tan decididos como yo, tan valientes como tú lo fuiste un dia. Con ellos y las lecciones que me diste, en vez de asaltar en los caminos ó sorprender indefensos caseríos, me presenté en buen órden, con marcialidad y cási á la luz del dia en Crevillente. Cogí á otro por el estilo del de Catral, arreglamos cuentas y lo dejé vivo y tan sano como yo.

—¡Pero limpio!

—Eso sí; hasta los clavos me llevé. Despues paseamos por las calles del pueblo, nos detuvimos en la plaza, y montado yo sobre una jaca torda que es la envidia de los nacidos, á

imitacion de los generales que van al frente de sus ejércitos, dí órdenes, dispuse la retirada, y algo despues entramos en Catral.

—¡Otra vez en Catral!

—Sí; quedaban agazapados dos testigos falsos que declararon contra mí.

—¿Tambien los limpiastes?

—No; allí pegué y destruí.

—¿Has muerto á alguno?

—¡Qué locura! Yo no soy asesino; una buena paliza, cuatro muebles rotos y nada más.

—¡Qué vengativo eres!

—Chico, hasta la quinta generacion. Que no se hubieran metido conmigo, y nada les sucederia.

—¡Qué generoso!

—Vaya si lo fuí; otro los hubiera muerto. Sin la maldad de ellos sería yo hombre de bien y al lado de mi mujer y de mi hijo...

—¿Y luégo?

—Luégo nos volvimos á la sierra, descansamos, y en los ratos de ocio doy á mi gente consejos y les predico sermones en un estilo que ni tu padre abad me sobrepujaria.

—Un dia os sorprenden y os ahorcan.

—¡Quiá! Vivimos muy alerta, tengo muchos y buenos espías, conozco el terreno palmo á palmo y es mia la comarca, que no hubo allí ni en ninguna parte bandolero más generoso que yo.

—Lo creo; no debe ser violento regalar mucho cuando se da el dinero de otro.

—¿De dónde sacas tú eso? Compro ese oro con mi vida; ya adquirido de ese modo es mio, y si lo doy, consiste en mi generosidad y en que soy bueno.

—¡Bueno tú!

—Sí; con relacion á los asesinos, á los piratas, á los incendiarios y á los que saquean...

—¡Jaime, si no te enmiendas espirarás en una horca!

—Eso ya me lo sé yo de antiguo.

—Y en breve.

—Ahora no estamos conformes.

—¿Qué pueden diez y seis hombres contra veinte pueblos el dia que se armen y corran en tu busca?

—Más adelante, puede; pero ahora no tienen mozos, carecen de armas y les falta dinero.

—¿En qué te fundas, Jaime?

—En que han mandado todo eso y más de lo que yo te pudiera decir contra los franceses.

—¡Qué iniquidad, Dios mio! ¡Qué hombre tan perverso! ¡Ese es tu mayor delito, Alfonso, tu crímen nefando!

—Yo no entiendo esas palabras.

—¡Insensato, cuando tus hermanos abandonan el hogar paterno y corren en tropel á formar con sus pechos un dique inespugnable contra ese ambicioso y torpe conquistador; cuando la sangre de los nuestros inunda el país y caen á miles en tierra, gritando: «*¡Viva la independencia! ¡Viva España!*» tú, hijo expúreo de esta noble nacion; tú, feroz bandido, buscas la impunidad de tus crímenes en la falta de esos valerosos pechos que combaten contra el maldito francés, en la soledad á que el heroismo de los nuestros condenó esta comarca! ¡Maldicion sobre ti, Jaime! ¡Maldito el español que no ayuda á sus hermanos contra Napoleon I, contra ese monstruo, que quiere convertir á España en miserable y servil colonia suya! ¿No han resonado en tus oidos los gritos de patria y libertad?

—No.

—¿Desoistes por ventura el grito nacional que llevaba al heroismo desde el grande hasta el más pequeño, sin excluir clase ni condicion?

—Como yo anduve escondido, nada de eso percibí.

—Pero ¿no has visto, como yo, correr los mozos entonando canciones patrióticas y pidiendo á voces su independencia ó la muerte?

—Sí; á esos los he contemplado con envidia; pero entre ellos no cabe un bandido.

—¡Tienes razon; ya es tarde! ¡Tu esfuerzo hoy empañaria el brillo de la defensa que hace España! Sigue robando, Jaime, que mis conciudadanos acabarán primero con los franceses y luégo con vosotros.

—Te agradezco la profecía.

—Haga Dios que se cumpla; doy por ella la sangre de mi hijo y la mia; no tengo más.

—Si hubiera adivinado cómo estabas hoy, no vengo á verte.

—Mi patria, que combate contra los ladrones de su independencia y de tantas otras cosas, no puede efectivamente aceptar en su apoyo bandoleros como tú. Quédate aquí, Jaime, mas cambia el oficio, porque de lo contrario hasta este pobre *Penitente* que te estima aplaudirá la horca y el verdugo que te destine la justicia.

—¡Vaya un cariño! Pablo, yo no pienso imitar á los Mogicas ni seguir robando como hasta aquí. Mis amos merecian lo que hice con ellos por haberme precipitado con su falta de caridad. Algo he de quitar á los ricos, pero daré mucho á los pobres, nunca atacaré, y si ahora me defiendo contra poca gente, mañana, cuando vuelvan esos héroes, aquí me hallarán, sin que su llegada sea razon que me oblige á retroceder un solo paso.

—¡Es un valor nécio, criminal! ¿Qué presente es el tuyo y cuál tu porvenir? Tu hijo te imitará en adelante, y habrás logrado que sea tan perverso y desgraciado como tú...

—No sigas, Pablo; el hijo de mi alma no me imitará; yo le pondré buenos maestros que le enseñen lo que su padre ignoraba; le educarán bien, y, si su inclinacion me ayuda, lo haré religioso.

—Entónces conseguirás que se avergüence de ser hijo tuyo, que te maldiga y que te desprecie.

—Tampoco, Pablo, tampoco; yo le daré oro, mucho oro para que me esté agradecido.

—Si la buena crianza de que me hablas lo adornase de esas bellas cualidades que presenta la persona decente y honrada, no aceptará tu dinero, ó al tomarlo buscaria el medio de restituirlo á su legítimo dueño.

—¿Por qué.

—Hombre, el que admite una fortuna mal adquirida es por lo ménos cómplice del que se la ha regalado.

—Pero si él lo tomará en herencia, y mi hijo no es responsable de lo que yo haya podido hacer.

—Jaime, si tu hijo acepta el dinero que tú has robado y no lo restituye, es tan delincuente como tú; es, como he dicho ántes, tu cómplice.

—¿Aun cuando yo hubiera muerto?

—Claro es.

—¿Y si no supiera que yo lo habia adquirido mal?

—En ese caso podia hacer de él lo que gustase, sin faltar; pero no es posible; las fortunas no se improvisan, tu hijo llegará por lo ménos á sospechar, y desde este instante contrae la obligacion de averiguarlo. Si se mostrase indiferente, para Dios y para todo hombre sensato, por bueno que pretenda aparecer, será tu cómplice, el cómplice de un ladron.

—¿Y no hay medio de que él admita mi herencia, si llego á dejársela, sin menoscabo de su honra?

—¡Imposible! El hombre ha venido al mundo á ganar el sustento con el sudor de su frente: cuando el padre adquirió mucho de ese modo y se lo deja á su hijo, éste puede aceptarlo con el beneplácito de Dios y de los hombres, pues resulta que si el uno trabaja de ménos, el otro trabajó de más, y el trabajo de ambos unido forma el equilibrio indispensable; pero cuando el uno lo ha robado ó lo ha mal adquirido y el otro lo hereda y á sabiendas lo guarda ó gasta, falta á Dios y á las leyes humanas; en este mundo sólo debe esperar entónces el desden y desprecio de la gente honrada, y en el otro el castigo de la Providencia.

—No entiendo yo esas leyes.

—Pues bien claras te las he presentado; pero es duro todo lo que no agrada, y ni tú, ni probablemente tu hijo, os avendreis á sujetaros á ellas.

—Todo eso está muy bueno, pero á mi hijo nada podrán hacerle, herede lo que quiera, con tal que él no robe.

—Desgraciado de él si acepta el fruto de tu rapiña y no lo restituye; jamás dirán: «Hé ahí un hombre de bien, hijo del bandolero Jaime.» Exclamarán, por el contrario: «Ese es el heredero del ladron; lo que posee lo robó su padre, y si él no le imita, es porque vale aún ménos que el malhechor á quien debió la existencia.» Prescindo de la responsabilidad que contrae para con Dios, y en verdad que es mucho prescindir.

—¡Pablo, ves las cosas de un modo tan extraño!.. Cómo tú ya no puedes por tu edad hacer nada malo...

—¿Que no? ¿Quién te lo ha dicho? Estoy flaco, débil por el ayuno y la penitencia, y á veces hallo descompuesto mi cerebro; pero eso podria remediarse fácilmente si yo quisiera. Si á mi talento uniera la experiencia de sesenta y seis años de vida, y ambas cosas las aplicase al mal, podria yo solo causar más daño que cien Alfonsos reunidos. No lo hago, Jaime, porque Dios se apiadó de mí y he visto la verdad. Desde ese venturoso dia amo al género humano como tú no puedes figurarte; desconozco la envidia, el orgullo y la vanidad, tres pasiones que convierten al hombre, rey de la creacion, en lo más asqueroso, feo y ruin de la tierra. Desde ese venturoso dia quiero mi bien, anhelo el de toda la humanidad, veo mi principio y camino con planta segura á mi fin.

—Pablo, yo no llego donde tú; me encanta oirte, comprendo que tus ideas son elevadas, muy elevadas; pero yo, mísero pastor un dia, yesquero, guarda y bandolero despues, no puedo abarcar tanto. Salgo siempre de esta cueva, sin embargo, con otras creencias, veo las cosas de diferente manera, y es lo cierto que al confundirme luégo con los de mi clase, me elevo sobre ellos, hablo mejor que ellos, discurro como nunca, y soy, en fin, para tales hombres lo que tú para mí.

—No me extraña: tu entendimiento claro y bueno se halla cubierto por la ruda corteza de tu ignorancia, y cada vez que llegas á mí doy un golpe con el martillo de mi talento á esa ruda corteza. Sí, hijo mio; deja la carrera del crímen para el hombre estúpido, ciego y desenfrenado. Tú, que, gracias á mí, empiezas á ver claro, entra por el camino del bien y sé bue-

no; que áun cuando nádie halle felicidad en la tierra, ninguno tan desgraciado como el malhechor. Lo sé por experiencia, Alfonso. ¡En esta triste y solitaria caverna, con mi lecho de yerba, mi pan duro y frutas secas por único alimento, sin deudos ni amigos, abandonado de todo el mundo y asociado al águila que anida cerca de mí, soy ménos infortunado, mucho ménos infeliz que al frente de mis batallones, recibiendo aplausos en las ciudades ó aniquilando á los hombres en el campo de batalla! Aquí, tranquilo y solitario, nada envidio ni me envidian; no hago bien ni recibo ingratitudes; no practico el mal ni me atormenta el aguijon del remordimiento; el dia se me presenta sereno, la noche en calma; el corazon callado, el alma sosegada; amo á Dios, lo bendigo á cada instante, y, con la idea de que mi Padre Divino me perdonó y á su vez me ama, veo pasar las horas en éxtasis que la mayor parte del tiempo me arroba y deleita. Imítame, Alfonso; yo te aseguro que ganarás un mundo de ventura.

—Yo bien quisiera, Pablo, pero áun es pronto. Tus ideas, no obstante, modifican mi ser y me convierten en otro hombre.

—Es tu conciencia, Jaime, que acoge mis consejos y te los repite á cada instante.

—¡Si vieras cómo me grita!

—Oyela y obedece; que esa voz oculta jamás engaña al hombre.

—¡Si hay una fuerza potente, insuperable que me arrastra al monte!

—¡Cobarde; lucha con ella y véncela!

—¡Pablo, si puede más que yo; me agita y me empuja al monte!

—Ese fiero instinto, esa horrible pasion se deshace con un destello de la inteligencia humana.

—Llega efectivamente á mi cerebro esa luz, pero al instante se convierte en huracan el misterioso poder, ruje, la apaga y me precipita al monte.

—El sér humano corre al centro de una sociedad ilustrada impelido por su inteligencia, por el deseo del mejoramiento y

de mayor desarrollo inteligente; el bruto, por la inversa, busca su bienestar en el bosque y la selva, y la fiera sólo encuentra guarida en el monte.

—A mí me llevan á él mi destino, las muertes que hice y los delitos que he cometido.

—Entónces busca en él, como yo, la solitaria entraña, no la tumultuosa superficie.

—En el monte está mi porvenir, Pablo.

—El monte te perderá, Jaime.

—O no, que todavía soy jóven y te tengo á ti.

—¡Ay, difícil es destruir tu ruda corteza, y mi martillo desaparecerá en breve!

—¡Quién sabe! Golpea, dale de continuo y espera, que, no siendo imposible, puede lograrse con paciencia y constancia.

—Ayúdame, Alfonso.

—¿Qué hago, Pablo?

—Vete mañana mismo á confesar con el padre abad; te lo impongo; es tu primer deber, fiero pecador; sus consejos serán un martillo más fuerte, vigoroso y robusto que el mio.

—Antes, Ramiro, tengo que cumplir otro deber más sagrado.

—¡Insensato!

—Sí, Pablo, sí; de lo contrario sería egoista y malvado.

—Habla.

—Diez y seis hombres se han fiado de mí; sus vidas estarán pronto amenazadas, y ellos, sin embargo, cantan, rien y nada temen porque confían en su Jaime. Yo no convierto en ilusiones la fe y confianza que mis amigos depositan en mí.

—Esos hombres blasfemarán.

—¡Si tal hicieran en mi presencia, les cortaria la lengua!

—Serán borrachos.

—Les gusta, pero no abusan; que se lo he prohibido yo y les doy ejemplo.

—Odiarán al género humano.

—¡Qué locura! Son jóvenes todos; desean vivir, y nacieron

tan pobres, que es en parte disculpable el qué quiten á un rico y den á necesitados como ellos. Ese es su único delito, que no disculpo, pero que no es tan grave tampoco que merezca tu odio y anatema. Tus ideas, Pablo, llegan á mi alma, germinan en ella, y luégo salen como rayos luminosos que se esparcen entre los mios y ejercen allí mágica influencia. A ellas debemos que, aunque malos, no haya entre nosotros ninguno vicioso, torpe ni cruel.

—Bien te has expresado, Alfonso.

—A ti te lo debo, Pablo.

—Sigue.

—Es fácil, muy fácil, que el bueno mejore; difícil, muy difícil, que el malo se contenga.

—Bien dicho, Jaime.

—Gracias, Rodrigo.

—Continúa.

—Me voy á concretar al maestro. Es cierto que me vengué; ¡fueron tan malos conmigo! ¡Que he robado; pero lo que quito lo doy á dos manos; duermo sobre una manta tendida en el suelo; mi alimento se parece al tuyo; ando á pié ocho leguas al dia, y baño la tierra que piso con el sudor de mi frente, y la ropa que me cubre con el llanto de los ojos! ¡No envidio á nádie, siendo el más desgraciado de todos; robo al que tiene, y por cada real que le quito lanza un dardo cruel contra mi corazon la ruda flecha de mi conciencia! Ese es Jaime, Pablo. Los que me rodean se me parecerán siempre ó no estarán conmigo.

—¡Ah! Te voy conociendo mejor, Alfonso. Si yo vivo mucho, tú serás malo poco. Estrecha mi mano. ¿Qué deseas de mí?

—Gracias; tu calor vivifica mi espíritu, lo engrandece. Quiero de ti que me digas cómo se espera al enemigo, qué se hace para verlo llegar con calma y sangre fría; como se le bate y de qué manera se le vence.

—Jaime, para la guerra es preciso arte, y éste se aprende con la teoría y la práctica.

—Enséñame algo, hombre, que yo con poco tengo bastante.

—Te sitúas sobre una altura que domine; atraes al enemigo hácia ella con una retirada falsa, y cuando suba ufano y anheloso, entónces caes de pronto sobre él, lo sorprendes, su entusiasmo cambia en pavura, y lo probable es que huya desalentado. A ti no puedo decirte más, porque sería inútil.

—Me dijiste en otra ocasion que tú veias á los indios á distancia que ellos no podian distinguirte. ¿Cómo se logra eso?

—Con un anteojo de larga vista de que ellos carecian.

—¿Dónde venden eso?

—En las ciudades; en casa de los ópticos.

—¿Qué figura tienen?

—Cilíndrica...

—Pablo, que de ese modo no te comprendo.

—Es verdad. Se parece á un cañuto, que se prolonga ó encoge á voluntad del que lo maneja. Por fuera es de bronce, y por dentro tiene cristales que atraen los objetos y los presentan claros.

—¿Y alcanzan mucho?

—Los hay de una legua, de dos y áun de más.

—¡Con ellos se ve á más de una legua!

—A mucho más.

—¡Qué prodigioso debe ser eso! Que uno vea estando sobre el monte miéntras que los otros no pueden distinguirle. Dame algunas explicaciones más.

—Lo coges cerrado, ó sea lo más corto posible; fijas la parte más estrecha al ojo derecho, cierras el otro, y vas estirando el anteojo hasta que te presente los objetos claros y distintos. A eso se llama graduarlo á la vista de cada uno; porque no todos tienen la vision del ojo en el mismo estado de fuerza y claridad.

—Me basta, y pronto lo tendré. Dame más lecciones sobre los combates.

—Pregunta.

—¿Cómo destaco á los unos y cómo caen luégo todos sobre el enemigo?

—Te pondré un ejemplo: supongamos que dispones de cien hombres; tomas con ellos la altura, ocultando una mitad de la vista del enemigo, en tanto que la otra desciende y atrae á los contrarios hasta que estos caigan sobre ellos. A la primera embestida fingen dispersarse los que bajaron, subiendo á la desbandada; pero de pronto se unen, salen á la vez los que están ocultos, y cargan sobre el enemigo, que ve entónces la emboscada de que ha sido víctima, se acobarda y por lo comun huye ó perece. En las batallas grandes, como en las pequeñas, el jefe principal no toma parte en la lucha...

—¿Cómo es eso?

—El que manda, si ha de dirigir y encaminar á los suyos para que haya órden y concierto, no debe exponer su vida ni distraer su atencion. Se sitúa sobre un punto que domine, desde el cual vigila al enemigo, penetra sus intenciones, adivina sus propósitos y varía las maniobras segun le aconsejan la conveniencia y la necesidad. El que dirige debe suponer tambien que el enemigo le prepara alguna emboscada, y su mision más grande es la de adivinársela, fingir que cae en ella y que luégo resulte lo contrario.

—¿Y cómo manda si se halla separado de los que le obedecen?

—Tiene á su lado ayudantes que comunican sus órdenes á los que están batiéndose.

—Y en el campo ó monte, ¿dónde se esconden los que deben estar emboscados?

—Eso depende del número y de los accidentes del terreno: cuando es poca gente y hay árboles, detrás de ellos; si no existen aquellos, entónces se busca para que los cubra un paraje en el que haya una colina, un descenso, y en ocasiones dadas se tienden en el suelo, permaneciendo así hasta el momen to crítico.

—¿Y las guerrillas? Háblame de las guerrillas.

Y continuó todavía Rodrigo dos horas satisfaciendo los deseos de Alfonso, relativos al arte de la guerra. El bandolero le escuchaba como oráculo, grababa en la memoria cuanto oia,

y su bien organizado cerebro comenzaba á ver con una claridad que le fué hasta entónces desconocida.

—Ya tengo bastante, Ramiro,—exclamó Jaime.—Ahora que vengan cuantos mozos hay en esta comarca, que les haré huir, ó todos perecerán.

—No te fies, Alfonso, de esa manera; que el que juega su vida procura defenderla como tú la tuya, y puede saber tanto ó más, pues no soy yo sólo el que conoce los medios de triunfar.

—Cierto; mas esos están léjos de esta comarca y tardarán en volver. Ahora me explico lo que me parecia un misterio, y es la posibilidad de que ciento puedan vencer á mil. ¡Oh, yo habia nacido para soldado! Tus ideas me entusiasman, y si bien algunas cosas de las que tú dices, relativas á otros asuntos, no las puedo penetrar por elevadas ó por falta de inteligencia, lo que se refiere á los combates lo comprendo con mucha facilidad.

—¡Y todo eso para acabar muriendo en un patíbulo afrentoso!

—¡Quién sabe! Todavía soy muy jóven.

—¡Siempre la edad en tus labios! ¡Siempre escudándote con la juventud, como si esta tuviera algun salvo-conducto para llegar sin peligro á la ancianidad, pasando por guerras y accidentes de todas especies! Jaime, se puede morir en cualquiera época de la vida; ni el verdugo ni las balas tienen en cuenta los años.

—Bien; pero quiero decir que no matándome Dios, puedo hallar medio en el largo trascurso de mi existencia para eludir el castigo de la justicia.

—Pues hazlo ahora, Jaime; empieza por eso, y es el modo de que mañana no te cojan.

—Imposible; ántes de huir me queda mucho que hacer.

Pablo insistió, estrellándose sus verdades y consejos en la ruda tenacidad de Alfonso. Este hombre comprendia ya todo lo grave y azaroso de su situacion; pero ante la idea de mandar á los suyos, dominar la comarca y saltar de la nada á una posicion que él creia importante y elevada, se resistia

al bien, no importándole los trabajos y el verdugo con tal de ser algo en el mundo y de que su nombre y fama corrieran de boca en boca.

Don Pablo veia todo esto, y no obstante su desconfianza de lograr lo que se proponia con admirable paciencia, loable abnegacion y haciendo uso de todo su talento, atraia la imaginacion del bandolero, hablándole del arte de la guerra, para minar luégo el edificio que aquél formaba y echárselo abajo con razonamientos é ideas incontestables. Pero todo fué inútil ante la decision y firmeza de carácter del *Barbudo*. Entónces Ramiro, sin abandonar su noble propósito, comenzó á dirigirlo y encaminarlo para que fuese lo ménos malo posible.—«Todo,—se decia el anacoreta,—ménos abandonar á este infeliz en el terrible camino por donde ha entrado. Tiene valor, serenidad, aficion decidida á la guerra; no le falta talento, y si yo lo dejase y se precipitara, podria asombrar á las generaciones presente y venideras con hechos que sembrarian de víctimas toda la comarca.»

Continuaron hablando hasta anochecido, que exclamó Jaime:

—Te dejo, Pablo; mi gente confía en mí, y debo velar por ella. Adios.

—¿Cuándo volverás?

—Pronto, lo más pronto que pueda. Mandaré á saber de tu hijo; que tengo muchos y buenos agentes.

—Alfonso, no olvides un momento á Dios; recuerda que todos los nacidos somos hermanos, que España está en guerra con un enemigo poderoso...

—¿No son hermanos nuestros los franceses?

—Sí; pero en la ocasion presente descienden de Cain y luchan contra los herederos de Abel.

—¡Ya!

—Compadécete del infeliz caminante, del desgraciado que no te hizo mal, y sobreponte al ofensor, venciéndolo en generosidad, en grandeza de alma

—¡Qué bien dices, Pablo! Pero... vamos, hay cosas que

suenan muy bien, mas sucede con ellas lo que con la música, que agrada, extasía por un momento, y como el aire se lleva los sonidos, á la postre queda un recuerdo vago y confuso, y nada más. Eso no obsta para que yo tenga lástima del pobre, compadezca al caminante y haga bien; que no soy avaro, y gozo mucho más dando que quitando.

—Sí, hijo mio; hazlo por Dios, por mí, por tu alma, que un dia ha de dar cuenta de sus acciones.

—Déjame que estreche tu mano, y hasta más ver. ¿Quieres dinero?

—No.

—Que te traigan todos los dias pan tierno, aves...

—Nada de eso necesito, que soy penitente; quiero sólo tu salvacion.

—Tambien yo. Adios, y no dudes que seguiré la mayor parte de tus consejos.

—¡El cielo te inspire mejor que yo, te defienda y ampare!

Alfonso se embozó en la manta, desapareciendo de allí entre las primeras tinieblas de la noche. Por el camino se decia:

—¡Cuánto me ha enseñado ese marino! ¡Oh, pero es indispensable que al valor se unan la prudencia y el acierto! Sí, ya lo sabía yo; el hombre domina hasta las fieras más bravas con la inteligencia, pensando mucho, discurriendo bien. Yo no empiezo á hacerlo mal, y desde esta noche en adelante lo haré mejor.

Y continuó su camino, dejando el monte para seguir por el llano largo tiempo.

CAPITULO XIV.

Provisiones.—Aumento de cómplices.—Los ensayos de Jaime.—Empieza la campaña.

Alfonso no se detuvo hasta que llegó desde la sierra del Carche á la de Salmas. Entró luégo en un caserío en el que tenía cómplices, é inmediatamente mandó uno á Valencia, en busca del mejor anteojo que existiera allí.

Durmió algunas horas, prosiguiendo al amanecer su camino, para aumentar el número de sus espías y favorecedores. Con oro se abria paso por todas partes, y no tardó en hacer acopio de balas, pólvora y cuantos útiles podia necesitar para su partida.

A la vez recibia noticias continuas de lo que en Crevillente, Catral y pueblos limítrofes se intentaba contra él.

A costa de un gran sacrificio pecuniario logró ganar á dos espías que le mandaba el enemigo, proporcionándole la traicion de estos hombres retrasar el ataque el tiempo que él necesitó para proveerse de cuanto le hacía falta, y el que sus contrarios empezaran á caer en la emboscada que ya les tenía tendida ántes de salir de Crevillente, punto de partida de la fuerza que intentaba combatirlo.

Habia comprado una jaca negra, flaca y de mala estampa, pero muy fuerte y corredora, y con ella, su osadía, el pa-

saporte de tratante en ganado, tirando el oro, y en ocasiones dadas con pasmosa serenidad, anduvo más de treinta leguas; visitó seis pueblos, estuvo en varios caseríos, posadas y ventas, sin que ocurriera incidente alguno capaz de comprometer su existencia. Sólo al retirarse á la sierra del Carche, y cuando ya parecia que no le amenazaba peligro alguno, le comprometió una imprudencia que pudo costarle muy cara.

Regresaba, como hemos dicho, provisto de su anteojo, pólvora, balas y algunas otras cosas, cuando pernoctó en una venta situada en el camino de Abanilla. Distaba sólo tres leguas del paraje donde le esperaban los suyos, el pueblo más próximo se hallaba léjos, y no encontró en la mencionada venta otros hombres que el dueño, dos mozos y una veintena entre arrieros y carreteros.

Alfonso entró en la cuadra, trasladando al cuarto más cercano dos enormes alforjas que llevaba en su jaca, encargó el cuidado de ésta á un mozo, se hizo servir luégo la cena en su habitacion. Y usando de la prudencia que no le abandonó hasta aquel instante, se acostó sin comunicarse con otro hombre que un sirviente, despues de haber reconocido una ventana que en caso de apuro debia facilitarle la salida por el corral de la venta.

Encargó que le despertasen á las tres, y á las nueve era ya presa de tranquilo sueño.

Se levantó al amanecer, le ensillaron la jaca, fijó en ella sus dos alforjas, y cuando hubo pagado, cogió al animal del diestro, mandando que le abriesen la puerta de la venta para salir.

Interin le obedecian, quedó parado delante del extenso hogar que estaba situado á la entrada de la venta, en el extremo de la derecha, y en torno del cual se calentaban catorce carreteros, miéntras los zagales les preparaban sus respectivos vehículos.

La puerta se abrió y Jaime fué á salir; pero en el mismo instante le detuvo la voz de un carretero, el cual decia á sus camaradas:

—Jaime, con toos los suyos, morirá ántes de cuatro dias. Esos bandoleros son mu cobardes, y sólo atacan cuando sorprenden.

Alfonso iba embozado en su manta; vaciló, pero, dominado siempre por una inmensa cantidad de amor propio, no pudo contenerse en esta ocasion, y dando las riendas al mozo que le abrió la puerta, le dijo:

—Ten la jaca y espera un poco, que voy á calentarme ántes de salir.

Y se dirigió al corro de los carreteros sin bajar el embozo de la manta.

A las palabras del primero de aquellos, siguió la confirmacion por todos. Otro añadió:

—Entre tanto, es preciso que sigamos armaos y uníos lo mesmo que si estuvieran los Mogicas, porque los de Jaime son tan malos como aquellos. En Crevillente robaron, en Catral hirieron, y si ese es el prencipio, ¿cómo el será fin?

—Toos armaos y uníos.

—Eso es.

—¡Y que vengan!

—¡Qué han de venir! Si nos cogieran sin escopetas, ó á dos ó tres solos...

—Pero como no nos agarrarán asina...

Al llegar aquí interrumpió Jaime la conversacion para preguntarles:

—¿Piensan todos los carreteros de esta tierra como vosotros?

—¿Quién eres?

—¿Quién es?

Interrogaron varios á la vez.

—Un tratante en ganao.

Contestó Alfonso, aparentando con acento y frases el oficio que fingia. Y añadió:

—¿Toos sus habeis armao contra Jaime?

—Toos.

—No quea uno en el reino de Murcia ni en el de Valen-

cia que no ande preparao y unío á sus compañeros por si sale el *Barbuo*, y fuego en él escuartizarlo á tiros.

—¿Qué sus ha hecho á vusotros?

—Porque no puee.

—Pus dicen que es valiente.

—No lo creas; más cobarde que una gallina. ¿Cómo quieres que sea valiente y ladron?

—Se paece á los Mogicas, que al ver á los escopeteros quearon toos rendíos.

—Tiene mala sangre, mala; hijo de mal padre y nieto del diablo...

Jaime no pudo contenerse. Dió una bofetada al que acababa de hablar, que le hizo retroceder tres pasos.

Con la manta al hombro y un leño que cogió del hogar, comenzó seguidamente á descargar golpes á derecha é izquierda, quemando á unos, hiriendo á otros é introduciendo el desórden y espanto en los catorce carreteros.

Era en estos instantes un leon sediento de lucha y exterminio.

—¡Soy Jaime Alfonso, miserables,—les decia,—y he de acabar con todos vosotros! ¡Toma, tú! ¿No decis que soy cobarde? Pues con todos puedo.

Se habia esparcido la lumbre; rodaron los pucheros que estaban cerca y las sillas.

Un carretero gritó:

—¡A las escopetas! ¡Muera Jaime el ladron!

—¡Muera!

Y á excepcion de tres que cayeron en tierra heridos, los demás se precipitaron en confuso tropel hácia el corral donde tenian las armas.

Alfonso, ciego de ira, despechado y perdiendo la calma y sangre fria tan necesarias en aquellos críticos momentos, los persiguió con el leño hasta el corral, donde todos desaparecieron de su vista, entrando en las cuadras y carros donde guardaban las armas.

La detonacion y el silbido de una bala que cruzó junto á

su cabeza le hicieron comprender la magnitud de su imprudencia y todo el peligro que le amenazaba en tales instantes.

Eran entre amos y mozos sobre veinte, todos tenian escopetas y claro es que, castigados los unos y ofendidos los restantes de la temeridad y arrojo de nuestro bandolero, se unian en este momento contra él, y en verdad que la defensa era punto ménos que imposible.

El primero que llegó le hizo fuego, segun acabamos de decir, y los demás iban á secundarle, cuando Jaime comprendia su torpeza y exclamaba:

—¡Me he perdido, maldicion! ¿Dónde está tu prudencia, Alfonso? ¡El demonio me aconsejó, y fuí tan bárbaro!.. Veamos si hallo medio de salvarme.

El leño se le habia caido de la mano; corrió hácia la salida, hallando su jaca sola junto á la puerta; y tirando de ella la sacó al campo.

Aun no habia empezado á amanecer, y la madrugada continuaba oscura y silenciosa.

Alfonso tuvo bastante con algunos segundos para concebir una idea y realizarla.

Situó la jaca á un costado de la puerta de salida y como á seis varas de distancia; le quitó las alforjas, se las echó al hombro y se inclinó, quedando parapetado tras del cuadrúpedo. Habia cogido el par de pistolas, y una en cada mano las tenía montadas.

No tardó en esta operacion un minuto.

Los de la venta no podian verlo por la oscuridad y la pantalla que le formaba el caballo, en tanto que él, al resplandor de la luz y lumbre del fogon, podia distinguir perfectamente á cuantos se acercasen á la puerta.

En tal estado esperó tres segundos escasamente.

Despues de la detonacion gritaron los carreteros:

—¡A él, compañeros!

—¡Es Jaime el *Barbuo*!

—¡El ladron!

—¡El malvao!

—¡Aelante!

—¡Toos juntos!

—¡Fuego!

—¡Fuego!

Y se precipitaron hácia el hogar.

La voz de un mozo que estaba escondido cerca de allí, les gritó:

—¡Ha salío con la jaca! ¡Que huye!

—¡Pus á él!

—¡A él!

Y se echaron fuera para retroceder espantados, pues el primero que asomó fué herido en el pecho de un balazo que le dirigió Jaime con la pistola que tenía en la mano derecha. Acto continuo la tiró, y cogiendo la otra anduvo cuatro pasos, disparando seguidamente sobre el grupo de carreteros que se habian echado atrás.

El segundo pistoletazo acabó de introducir en ellos la confusion y el miedo. Así lo comprendió Jaime, y, dejando la jaca en el paraje donde la habia situado, huyó, sin ser visto del aturdido enemigo, en direccion de la sierra del Carche.

Habia tirado la segunda pistola tambien, quedándole solamente la navaja, arma inútil contra las escopetas de los carreteros.

Perdió en la refriega, además del cuadrúpedo que dejaba abandonado con las pistolas, el sombrero y la manta; mas pretendia salvar las alforjas, única cosa que le importaba en aquellos instantes. Colocó sobre cada hombro una de aquellas y corria, llevando un peso de cuatro arrobas próximamente. Esto le impedia avanzar como él lo hubiera hecho sin aquellos molestos, largos y pesadísimos estorbos, pero adelantaba sacando fuerzas de flaqueza; contra su costumbre, maldecia y se culpaba de una imprudencia que habia jurado ántes no cometer.

Sin dejar de correr, exclamaba:

—No puedo dominarme bien; áun me vencen el coraje y la soberbia; todavía me precipitan el amor propio y el deseo

de venganza. ¡Maldicion! ¡Si salgo bien de esta, me la han de pagar todos los arrieros y carreteros de España!

Un minuto despues añadió:

—No los oigo; pero avanzo poco con este enorme peso que me estorba, rinde y hace sudar á mares, de lo cual deduzco que pronto me darán alcance. Los aturdí, mas no tardarán en rehacerse, y por estas malditas alforjas me cogerán. Podia tirarlas, y entónces, ¿quién agarraba á Jaime? Pero van en ellas el anteojo, la pólvora, las balas y cuanto necesito para vencer á los escopeteros que ya estarán reunidos en Crevillente, y mañana ó pasado sobre mí. ¡Qué torpeza, qué iniquidad cometí, y todo por no haber despreciado como merecian las baladronadas é insultos de unos nécios. Jamás me perdonaré á mí ni á ellos lo que uno y otros hicimos esta noche. Aparece el alba; ¡sólo esto me faltaba! Animo; lo último es perder la vida, y lo penúltimo tirar las alforjas.

Y con sus cuatro arrobas á los hombros, bañando el suelo con el abundante sudor, encendido el rostro y jadeante, continuó avanzando sin tregua ni descanso.

Eran precisos un valor extraordinario, fuerza muy superior á lo comun en los hombres, tener musculatura de hierro y el grave compromiso en que se hallaba Alfonso, para poder correr del modo que él lo hacía, llevando cuatro arrobas de peso sobre los hombros.

Así y todo tropezó al cuarto de hora de huir, cayendo á la entrada de un matorral.

—¡Voto al diablo!

Gritó, quedando tendido y sin movimiento alguno.

Para colmo de desdichas acababa de oir algunas voces confusas y lejanas, pero que debian ser de sus perseguidores.

En vez de levantarse, se quitó las alforjas, escondiéndolas bien entre el inmenso bosque de matas que le rodeaba. Luégo dió la vuelta como la manecilla de un reloj, y ya frente hácia el sitio de donde venía, alzó la cabeza para ver si era ó no seguido.

Habia amanecido y la mañana se presentaba clara y serena.

Jaime distinguió á la distancia de doscientas varas catorce ó quince carreteros que, armados de escopetas, corrian en direccion del sitio donde él estaba tendido.

—¡Me han visto!

Dijo, y sin perder un instante se arrastró diez pasos, poniéndose en pié; de pronto escapó como una exhalacion.

—¡Fuego!

Gritaron, oyéndose varias detonaciones.

Pero Alfonso corria haciendo eses, y no le dió bala alguna.

Abandonó el matorral, y llegando á buen terreno, avanzaba por él con la rapidez del relámpago.

Sin volver la cabeza atrás para no perder tiempo ni fijar el oido en voz alguna, atravesó el llano, entrando por último en un extenso y poblado bosque de olivos; tambien lo cruzó, y un paraje accidentado que siguió á aquel.

A la hora de volar de aquel modo, sin tregua ni descanso, iban estallando sus venas, tenía la cara amoratada, seca la lengua y abrasado el cútis.

Pero Alfonso prosiguió corriendo un cuarto de hora más.

Eran las siete y media de la mañana; el dia continuaba sereno, apacible, y el rey de los astros extendia sus rayos de oro sobre el pedernal de la sierra del Carche.

La partida de bandoleros de Jaime almorzaba alegremente á la puerta de la casa que ya conocemos, ignorando lo que acontecia á su capitan, cuando oyeron á un vigía gritar:

—¡Alerta, compañeros! Viene gente corriendo hácia aquí.

Los bandoleros se precipitaron en la casa, y cogiendo las armas, salieron en confuso tropel.

A los diez pasos vieron á Jaime en la disposicion que hemos dicho ántes, con el pelo descompuesto, los ojos inyectados de sangre y la mirada fría y apagada.

Todos exclamaron:

—¡El capitan!

Y montaron sus trabucos y carabinas, añadiendo:

—¿Qué ocurre?

—¿Quién te ofendió?

—¿Te persiguen?

—¡Fuego á los que vengan!

—¡Fuego!

Jaime cayó sobre los brazos de Amorós. Cuando pudo hablar murmuró:

—¡Quietos; no os movais!

—¿Pero qué sucede?

—¿Qué te pasa?

—¿Qué tienes?

—Nada; la fatiga no me deja hablar bien. Dadme una silla.

—Entra en la casa.

—No; quiero aire, mucho aire. Ven á la sombra, Amorós.

—¡Qué encendío viene!

—¡La silla!

—Aquí está.

—Ahora un vaso de agua con aguardiente. No me pregunteis; dejadme descansar. Si formais corro no me da el aire.

Todos se pusieron á la espalda, mirándole con interés.

Alfonso comenzó á respirar sin tanta dificultad. Luégo cogió el vaso de agua, tomando un sorbo, despues otro, hasta apurarlo con pequeños intervalos.

A los diez minutos movió la cabeza sonriendo. Su cútis estaba todavía encarnado, pero la vista recobró su fuerza y vivacidad, la sangre dejaba de agolparse á su cabeza y empezaba á sentirse bien.

Los diez y seis bandoleros le miraban con temor y sobresalto.

Por último, Jaime los tranquilizó con las siguientes frases:

—Ya ha pasado todo, señores. He debido morir de diferentes modos, y fué causa de esto una imprudencia que no volveré á cometer jamás. ¡Oh! necesitamos mucha calma, bastante sangre fría, y tener á mano constantemente la mayor cantidad posible de indiferencia á todo lo que oigamos!

—Sigue, Alfonso.

—Cuéntalo todo.

—Entéranos.

—¡Tantos dias léjos de nosotros!

—Oidme con atencion y vereis qué bien me porté; pero á lo último me comprometí neciamente, y os pude perder á todos. Sírvaos de ejemplo, y cuidado con imitar lo que yo acabo de hacer ofuscado y torpe.

—Habla.

—Habla.

—Escuchad.

Jaime les contó las compras que habia hecho, la gente que ganó, su plan de campaña, concluyendo por el accidente de la venta.

Sus parciales aplaudieron con entusiasmo lo del leño encendido y su temerario valor ántes y despues, interrumpiéndole con vivas y elogios que él oia desazonado.

Luégo prosiguió:

—Caí en el matorral, como os he dicho; en aquellas alforjas iba nuestra salvacion; yo no podia abandonarlas, ni me era dado seguir con ellas porque el enemigo estaba ya encima.

—¡Y te las quitaron!

—¡Las tiró!

—¡Qué lástima!

—¡Si hubiéramos estado nosotros!

—No las he perdido, no; las escondí muy bien entre las matas; me arrastré como una culebra por si se fijaron en ellas y comprendian que las dejaba en el sitio en que me levanté, y saltando luégo como la liebre, crucé el matorral por entre balas, cuyos silbidos escuchaba; y ya, libre de mi enorme peso, los fuí dejando atrás. ¡Qué carrera, María Santísima! Volaba como el águila. Sin manta, pistolas, alforjas ni sombrero, atravesé el olivar de Don Justo como el gamo; no miraba atrás, á los costados ni adelante, sino al suelo para no caer. Y de este modo anduve tres leguas en cinco cuartos de hora.

—¡Ni las águilas!

—¡Bien por Jaime!

—¡Viva nuestro capitan!

—¿Estás ya bueno?

—Sí. Y aquí, ¿qué ocurrió?

—Nada de particular,—le contestó Amorós.—Vivimos muy precavidos, segun encargaste, la gente ha comido bien, bebia algo y jugó mucho, hasta hace tres dias que tu tardanza empezó á impacientarnos y anduvimos por ahí tristes y cabizbajos.

—Pues ya estoy aquí, y nada hay que temer.

—¿Y las alforjas?

—¿Vamos por ellas?

—Despacio, que de haberlas hallado el enemigo es inútil correr en su busca ¿Habeis almorzado?

—Todos.

—¿Y tú?

—Sí, alforjas y balazos. García, tráeme pan, cuatro dedos de vino y un vaso lleno de agua.

—Pus entra en la casa.

—No, aquí ha de ser, que el aire me cura.

—Vuelvo.

—Amorós, que ensillen mi jaca torda, tráeme la carabina, canana, pistolas, una manta y sombrero, y que se dispongan á seguirme los cuatro que tengan mejores piernas, que vamos por las alforjas.

—Yo.

—Yo.

Y todos pidieron ir.

—Tantos no puede ser. Me acompañarán Bautista, el *Tuerto*, Roque y tú, buena pieza.

—¿Me dejas á mí?

Preguntó Amorós.

—Claro es; con tu cabeza me sigues respondiendo del resto de la partida. Somos dos jefes, y alguno se ha de quedar. Te cederia de buena gana mi puesto, que estoy muy cansado,

pero como no sabes el escondite, tengo yo por fuerza que ir.

—Almuerza otra cosa.

—Quedaron arroz, magras...

—No tengo yo mi estómago para eso.

A la hora de haber llegado comió Jaime un pedazo de pan mojado en vino; bebió el resto, y seguidamente un vaso de agua.

—¡Listo!—exclamó.—¿Y mi jaca?

—Aquí está.

—Y la carabina.

—Y la canana.

—Venga todo.

Y Jaime se armó, cogiendo últimamente manta y sombrero.

—Ea,—dijo saltando sobre la jaca.—En marcha.

Y mirando á los cuatro que le seguian, añadió:

—Que vengan ahora cuarenta carreteros. Con la paloma que llevo debajo y vosotros...

—¡Que vengan!

—Amorós, ojo al llano, y para la una, que estaremos de vuelta, comida de príncipe.

—Entiendo.

—Hasta más ver.

—Id con Dios.

Jaime tocó á su jaca con la culata de la carabina, y el animal empezó un trote largo que seguian perfectamente los bandoleros de á pié.

—Para estos casos,—dijo el *Barbudo*, conviene que todos tengais caballos. Cuando ajustemos cuentas con los escopeteros que nos van á buscar se comprarán jacas ó se pedirán prestadas á sus dueños; lo mismo tiene.

—Por nosotros no aflojes el paso, que áun podemos seguirte más de prisa.

—Con este trote andaremos cada legua en muy poco más de media hora.

—Echarias de menos á la torda.

—¿Para qué? Sin alforjas corria yo más que ella.

—Pero te has cansado mucho.

—Eso sí.

Hablando algunas veces y sin dejar la jaca el trote largo, llegaron, por el mismo sitio que Jaime concluia de atravesar, al pié del matorral donde escondió las alforjas.

Nuestro bandolero echó pié á tierra, y dando las riendas á Bautista, dijo á los cuatro:

—Aguardad aquí, que de no habérselas llevado, cerca las tenemos.

Y entró en el matorral, separando las plantas á derecha é izquierda, hasta que de pronto se detuvo, exclamando:

—Muchachos, nada se ha perdido, vedlas.

Y las levantó en alto, mirando luégo si se habia salido algo de ellas.

—Todo está,—dijo,—y ahora á la sierra. ¡Cómo pesan, madre mia!

—¿Con eso corristes?

—Con esto, admírate.

—Tú eres el diablo, Alfonso.

—Cuando se defiende la vida ó los medios de guardarla, saca uno fuerzas que no creia tener.

—¿Podrá la jaca contigo y ese peso?

—Yo lo creo; si este animalito es de bronce. Como yo la hubiera traido esta mañana...

—¿Qué haces, Jaime?

—Voy á ver qué gente hay en la venta.

—En la venta. ¿Dónde está?

—La ando buscando.

—¿Qué dices, hombre?

—Allí la veo.

—¿Adónde?

—En este instante empiezan á salir los carros. No, están parados; se ve mucha gente... ¡Ah!.. ¡El escribano de Abanilla! Comprendo.

—¿Te has vuelto loco, Alfonso? ¿Qué haces con ese cañuto?

—Calla, necio; es un anteojo de larga vista, tiene dentro varios cristales, y con el auxilio de ellos distingo claramente lo que vosotros no podeis mirar. Conviene huir por lo que pueda acontecer, que está la justicia cerca y no es prudente pelear con ella. ¡A la casa!

Jaime habia colocado las alforjas sobre la jaca, guardó el anteojo y puso al trote su cuadrúpedo, diciendo á los cuatro que le acompañaban.

—Avancemos, que aquella gente se ocupa de nosotros, pueden tener hombres armados y no somos más que cinco.

—Los bastantes para todos ellos.

—Sería verdad si no lleváramos alforjas; pero hay que defender lo que contienen, y eso estorba mucho. Corramos.

—¿Podrá ese animal?

—Ahora lo verás.

Y Alfonso ostigó su jaca, poniéndola á escape.

Así continuaron hasta entrar en el olivar de Don Justo.

—¡Alto!—volvió á exclamar Jaime.—Ya no hay cuidado, y podemos ir más despacio, que la *Torda* lleva diez arrobas de peso y, áun cuando es muy fuerte, no quiero cansarla.

A la una llegaron los cinco á la casa donde les esperaban sus compañeros sin haber experimentado el más leve contratiempo. Habian ido y vuelto por medio de los sembrados y léjos de los caminos y veredas, lo cual les proporcionó no encontrar alma viviente, andar ménos y llegar ántes.

El conocimiento que tenía Jaime del terreno le facilitaba ya caminar de ese modo sobre mal piso, pero esquivando toda mirada curiosa, para concluir por economizar tiempo.

Reunidos los diez y siete, comieron, entreteniéndose acto continuo en hacerse cada uno cien cartuchos sobre los que tenian en las cananas.

Despues les enseñó Jaime su anteojo, quedando admirada aquella pobre gente de los efectos de la óptica.

Luégo hicieron un blanco y se ensayaron bajo la direccion de Alfonso. De este modo permanecieron hasta entrada la noche.

Se acostaron temprano, y al amanecer se los llevó el *Barbudo* al monte, donde les obligó á que practicasen evoluciones, ensayos de acometidas y cuanto él pensaba realizar muy pronto.

Continuaron hasta el mediodía, en que Jaime, satisfecho de los trabajos realizados, se retiró con su partida á la casa, y comieron.

A las dos de la tarde montó en la jaca, llevando en las alforjas provisiones de guerra, y, seguido hasta de José García, marchó en direccion de Crevillente.

Iban despacio, fuera de todo camino y senda, hablaban entre sí, pero sin dar voces ni demostrar tristeza ni alegría.

Pernoctaron en un caserío situado á legua y media de Crevillente. Durante la noche se separó Jaime de los suyos para hablar con agentes y espías que le aguardaban cerca del caserío, pero en puntos diferentes.

Satisfecho de las noticias que concluian de darle, se retiró entre su gente, durmiendo hasta las dos de la madrugada, hora en que se levantaron. Alfonso les hizo beber á todos más cantidad de aguardiente de la que les permitió los dias anteriores, y se dispuso á marchar. Antes les llenó los bolsillos de cartuchos, reconoció las cananas, y dejando á García con la jaca en el caserío, partieron los diez y seis entre las sombras de la noche, por terreno sinuoso y con el mayor silencio.

Alfonso les habia dicho lo puramente indispensable, contestaba en estos momentos con evasivas á las preguntas que le hacian, terminando por caminar un poco delante de los demás, cabizbajo y como entregado á profunda meditacion.

De aquel modo anduvieron cerca de una legua. Allí los paró Alfonso, siendo este el instante en que creyó conveniente participarles el pensamiento y lo que debian intentar en el próximo dia.

Se habian detenido en un terreno sumamente quebrado. A la izquierda tenian el camino de Abanilla, á la derecha los llanos de Albatera, y en torno colinas y barrancos poblados de chaparros, pinos, carrizos, y en las estribaciones de las cordilleras, albardin, adelfas, bolaga, agedrea y tomillo. Para andar

por aquel paraje era preciso conocerlo por dedos ó tener el instinto de la cabra.

Jaime esperó la llegada de la aurora para situarse; entretanto, formando corro con los suyos, les dijo:

—Antes de dos horas vendrán contra nosotros varios mozos armados sin experiencia ni práctica. Los hay entre ellos de Crevillente, Albatera, Catral, La Granja, Cox, Elche y otros puntos, son enemigos nuestros, matones, y á los que es preciso demos hoy una leccion completa. Uno de un punto, dos de otro y así sucesivamente, se han juntado los más bravos de la comarca. Si conseguimos vencerlos, no habrá ya quien pueda con nosotros en adelante, nuestros nombres infundirán terror, y concluiremos por ser los reyes del país. Siento mucho tener que pelear con los que poco ó nada nos hicieron; pero han jurado no volver á sus casas hasta acabar con nosotros, y es indispensable que suceda lo contrario. ¿Teneis ánimo?

—Sí.

—Sí.

—¿Valor?

—De sobra.

—¿Hay alguno que rehuse?..

—No.

—No.

—Decidlo con franqueza; ahora es tiempo: al que huya luégo le apuntaré yo, que no yerro nunca el tiro; porque el miedo se trasmite lo mismo que el valor, y no es cosa de que perezcamos todos por la cobardía de uno solo. El momento de hablar es este.

—Yo seguiré hasta morir.

—Y yo.

—Y yo.

Contestaron todos.

—¿Estais seguros?

—Sí.

—Sí.

—¿No os aturdireis?

—Imposible, estando tú con nosotros.

—Pues bien, si así lo haceis, yo os aseguro que triunfaremos y que no habrá en lo sucesivo quien se atreva con nosotros.

—Eso queremos.

—Mucha serenidad.

—Se entiende.

—No precipitarse.

—Con calma, buena puntería y fuego.

—Eso es. Y atentos á mi voz, haceis lo que os mande, que va á ser hoy el gran dia para todos nosotros.

Jaime continuó hablándoles; al amanecer les hizo apurar una bota que se habian traido del caserío con el aguardiente que les sobró, y despues que hubo elegido sitio, emboscó á los unos detrás de los chaparros en la parte más alta, miéntras que á seis de los otros, con Amorós á la cabeza, los dejó en la estribacion de la cordillera en la parte más próxima al camino de Abanilla.

Alfonso se subió á una altura que estaba cerca de los últimos, y sacando su anteojo lo dirigió hácia Crevillente, que era el sitio por dónde esperaba al enemigo.

Los bandoleros hablaban entre sí, pero no se movian ni demostraban temor; ántes por el contrario, se animaban los unos á los otros repitiendo las ideas y frases del *Barbudo*.

Gente jóven, vigorosa, entusiasta y con maestro tan bueno, aguardaba el momento del peligro con alegría y satisfaccion. Lo estraordinario de su capitan les tenía engreidos, pues miraban en su acertada direccion, sangre fria, valor y serenidad un triunfo cierto y seguro. Jaime les habia trasmitido la bravura de su espíritu. Dados al robo y alejados del vicio, sus naturalezas, léjos de debilitarse, se robustecieron más con los rudos ejercicios materiales á que estaban dedicados. Eran ya en lo atrevidos y temerarios, soldados de Atila; en lo bien organizados é instruidos, una hueste romana dirigida por Viriato.

Nos duele decir esto de una partida de bandoleros, pero

así aparecen, no debemos faltar á la verdad, y bueno es que sepan los de allende que hasta nuestros ladrones fueron notables en España en eso de quitar dinero, batirse y dar ó recibir balazos.

Ahora empiezan, y áun cuando en su primer ensayo demostraron ya valor y serenidad impropios en ladrones vulgares, no hemos de tardar en verlos pelear contra soldados bien dirigidos y ante los cuales asombraron la comarca, unas veces con su bravura y otras con admirables retiradas, en las que sin cesar de hacer fuego desaparecian como por encanto á una sola voz de Jaime.

Pero no adelantemos el discurso.

CAPITULO XV.

El enemigo.—Don Pedro y su gente.—Emboscada y combate.—La muerte.—De la derrota sale el triunfo.

Es indispensable retroceder un poco.

La presencia de Jaime y quince bandoleros en Crevillente y Catral, y los dos atentados que habian cometido últimamente, indignaron á unos, asustando á los demás.

Lo que Alfonso realizó por necesidad y por instinto de venganza lo atribuyeron á insolencia y maldad; y áun cuando los pueblos disponian de pocos brazos útiles para el combate y de ménos recursos, hicieron un esfuerzo, llegando á reunir más de cuarenta hombres perfectamente armados.

Don Pedro, que soñaba con Jaime desde que fué robado por él, y su ira, despecho y encono aumentaron considerablemente, pidió y obtuvo el mando de los escopeteros que debian dar fin de Jaime y sus adeptos. Logrado aquello, reconoció la fuerza, reduciéndola á veinticinco hombres por orgullo y hasta por conveniencia. A los restantes los mandó á su casa, diciéndoles que él sólo podia capitanear gente decidida y valiente, y que para diez y seis bandoleros sobraba con veinticinco hombres de bien.

Habia vendido Don Pedro cien cabras y realizado algunos fondos que tenía esparcidos, con objeto de reponerse en parte de la pérdida que le hizo sufrir el *Barbudo*.

Reunió diez mil reales, dedicándolos única y exclusivamente á la persecucion y muerte de Alfonso, con lo cual pretendia satisfacer su deseo de venganza, resarciéndose á la vez, si podia, del todo ó algo de lo que le habian robado.

Se llevó á su casa los veinticinco escopeteros y les habló muy fuerte, pretendiendo trasmitirles su coraje y despecho contra el audaz Alfonso.

Aquel hombre, ménos precavido y sagaz que Jaime, gritó mucho á su gente, queriendo, como hemos dicho ántes, un imposible; esto es, que participaran de su odio, ira y soberbia; y miéntras el *Barbudo* adiestraba á los suyos en el manejo del arma, les infiltraba su valor, recomendándoles la calma y prudencia tan necesarias en todos los actos de la vida y muy particularmente en las batallas, Don Pedro cegaba á los suyos con voces y denuestos que á nada conducian. Conducta tan contraria á la conveniencia y buen sentido debia producir durante el combate sus perniciosas consecuencias.

Llegó la noche anterior al dia de la marcha, y los veinticinco mozos pasearon por el pueblo luciendo sus cananas bordadas de seda, la escarapela del sombrero y las escopetas de chispas. Los vecinos les vieron con indiferencia, y sólo unos cuantos chiquillos y curiosos, siguiendo la costumbre de todos los tiempos, les aplaudieron y vitorearon. Los hechos de Jaime eran ya muy conocidos en la comarca; al lado de los robos miraban su generosidad para con los pobres, y la verdad es que no le odiaban ni habia uno solo, á excepcion de unos cuantos carreteros y sus amos de Catral y Crevillente, que le demostrase el horror y antipatía que inspiraron á todo el mundo los Mogicas. Como quiera que el *Barbudo* reemplazó á tan inícuos y cobardes foragidos, sus robos parecian menores, conceptuándose su valor y audacia más altos áun de lo que realmente eran. Estas causas contribuyeron tambien mucho á que en vez de cien ó más hombres bravos y decididos, sólo hallase Don Pedro veinticinco capaces de obedecerle como él deseaba.

Cuando los mozos se cansaron de andar y beber en las

calles del pueblo, se retiraron á casa de su jefe, el cual les ofreció una espléndida cena que ellos aceptaron gustosos. Durante los postres hubo vino en abundancia, se juró solemnemente no volver sin la cabeza de Alfonso, y á las once, cási todos embriagados, buscaron el descanso en el mismo local del que los mandaba.

Don Pedro no se acostó, ocupando una gran parte de la noche en formar cálculos, inspirado en un principio por los vapores del vino y más tarde por la fria razon, algo perturbada tambien ahora por la soberbia y el despecho.

Le dijeron sus espías, vendidos como hemos dicho á Jaime, que hallaria al célebre bandolero en un caserío inmediato á Abanilla; que si llegaba ántes de las ocho de la mañana los encontraria probablemente dormidos, y la realizacion de esto último formaba su más bella ilusion.

—Quiero,—se decia,—hallar vivo á Alfonso; que lo aten en mi presencia; por el culatazo que él me dió le devolveré quinientos, y cuando lo haya martirizado bastante, lo matan, pretextando luégo que se nos quiso escapar. Seguidamente les cogeré cuanto tengan, sea más ó ménos y como equivalencia á lo que á mí me robaron, pegaré cuatro tiros al traidor de mi sirviente, y la justicia que se entienda con los demás; yo se los entregaré bien sujetos, á excepcion de aquellos que intenten resistir, pues al que haga armas le rompo la crisma.

Don Pedro no conocia al *Penitente* ni á ninguno que se le pareciese; y es lo cierto que miéntras su contrario, siguiendo los consejos y lecciones del entendido marino, meditaba sobre todo lo malo que pudiera acontecerle, el buen Don Pedro, en alas de su exaltada imaginacion, formaba castillos en el aire, llegando hasta el extremo de creer de un modo absoluto que ántes de pocas horas Alfonso y su gente besarian la planta del iracundo señor.

No entraba en sus cálculos que pudieran estar en otro punto, que le hubiesen engañado sus espías, y ménos que aquél le preparase emboscadas ni que les fuera dable vencerlo. Tenian entre él y los suyos cerca de una mitad más de fuerza, y esto

le ofuscó, hasta el punto de desechar quince ó veinte hombres por creerlos indecisos y porque con veintiseis suponia que le sobraban.

Tan ciega confianza debia necesariamente comprometer su vida y la de los infelices que lo aceptaron por jefe. Empezó precipitando á Jaime en su indiferencia y abandono, y el que de tal modo obró habia de acabar por conceder al bandolero un predominio irresistible en la comarca durante mucho tiempo.

Entre él y el de Catral ayudaron á formar al ladron, y como si esto fuese poco, la soberbia y orgullo del primero iban á elevarlo donde Alfonso no debió llegar nunca.

De ilusion en ilusion trascurrieron las horas para Don Pedro. Abanilla distaba cerca de cuatro leguas, y muy satisfecho del porvenir, mandó levantar á los mozos á las tres, les hizo cargar á su presencia, los arengó por última vez, montando en una jaca pía, con la cual reemplazó la torda.

Minutos despues salian de Crevillente en direccion de Abanilla. Don Pedro iba delante, llevando á su izquierda un espía de los vendidos á Alfonso, y detrás los veinticinco escopeteros.

Anduvieron las dos primeras horas sin hallar alma viviente, hablando unos con otros, alegres, y Don Pedro muy complacido.

Al finalizar la tercera, y cuando empezaba á amanecer, encontraron á un arriero que iba á Crevillente, y al que detuvo Don Pedro para preguntarle:

—¿De dónde vienes?

—De Abanilla.

Le contestó aquél.

—¿Anda Jaime por allí?

—No le he visto.

—¿Qué dicen de él?

—Que está en la sierra

—Me estás engañando, y juro por San Pedro!..

—No se enfade V., que yo lo ignoro todo, porque no soy

de Abanilla. No léjos de aquí me pareció ver unos bultos que se movian junto al barranco del *Moro*; pero estaban distantes y era todavía cási de noche...

—¡Unos bultos!.. Serían cabras.

—O bestias que estarian pastando.

—No eres tú mala. ¿Qué tiene que ver eso con los bandoleros?

—Es verdad; pero mi burro negro, que tiene mu buen instinto, se paró, y tuve que arrearle pa que anduviera.

—¡Qué bárbaro eres!

—Yo creo que son animales, pero mi borrico ha indicao que eran hombres.

—Bueno, anda con Dios, y prosigue preguntando al burro, que él te aclarará la verdad.

El uno siguió su camino y los otros continuaron adelante.

Algo más tarde vieron venir hácia ellos, por un sendero que partia de la cordillera en direccion del camino, cinco bultos, que en un principio distinguieron mal.

Empezaba á asomar el sol por Oriente. Don Pedro tenía á un lado el llano poblado de olivos, y al otro el sendero de que hemos hecho mencion y la cordillera con barrancos, colinas, enormes peñas, y todo esto cubierto de chaparros, viejos pinos, carrizos y multitud de plantas y arbustos de mucha y poca elevacion.

Al llegar Don Pedro al principio de la trocha ó sendero, se detuvo de pronto, diciendo:

—Son cinco hombres, y me parece que traen escopetas.

—Sí,—contestó uno de los que le acompañaban,—vienen armados.

El espía gritó:

—Traen enagüilla y son de los de Jaime, que salen al camino. ¡Preparan las armas!

El que eso dijo saltó, desapareciendo de allí como la liebre.

Don Pedro y los escopeteros, parados y fijos en los bultos, miraban con avidez, cuando exclamó el primero:

—¡Ellos son y van á hacer fuego! ¡Corramos!

En el mismo instante se oyó una descarga de cinco tiros. Don Pedro rodó por el suelo con su jaca. La última habia recibido un balazo en el pecho.

Tres escopeteros de los que le seguian exclamaron á la vez:

—¡Ay!

El uno fué herido en el pecho, otro en una pierna, y el último en el hombro izquierdo.

Los cinco que dispararon se habian acercado lo suficiente, escapando luégo hácia la espesura.

Eran Amorós y cuatro bandoleros de Jaime.

Don Pedro recibió un fuerte golpe en la pierna derecha; pero la sacó de debajo de la jaca, y viendo que los bandoleros huian, montó su par de pistolas, gritando:

—¡Preparad las escopetas, y á ellos!

Los tres heridos se dejaron caer sobre un ribazo; los veintidos restantes corrieron en pos de su jefe, el cual seguia gritando:

—¡Por allí no tienen salida; adelante, adelante!

Y llegaron de este modo á la espesura.

Empezaron á subir una empinada cuesta, notando que los bandoleros se perdian entre el bosque de chaparros y carrizos.

Don Pedro cojeaba y corria, sin cesar de exclamar:

—¡Adelante, que son nuestros!

Cuando llegaban á lo más agreste del terreno vieron á Jaime sólo, el cual desde una altura se echó la escopeta á la cara, gritando:

—¡Compañeros, cayeron en la emboscada, fuego!

Y disparó, haciendo rodar á Don Pedro.

Su gente le obedeció, y saliendo de detrás de los árboles, apuntaron bien para asegurar la víctima, siguiendo al disparo de Alfonso un fuego graneado.

Los escopeteros contestaron, pero del modo que lo hace el aturdido por la sorpresa, terror y abatimiento; vieron caer una tercera parte de los suyos poco despues que el jefe, y los catorce restantes se precipitaron monte abajo, murmurando:

—¡Nos han sorprendio!

—¡A Crevillente!

—¡A Crevillente!

Jaime y sus parciales, que habian vuelto á cargar, los fueron siguiendo media legua, en cuyo espacio derribaron seis de los catorce.

Los ocho que salieron ilesos, sin manta, sombrero, armas ni peso alguno, se convirtieron en águilas, que entraron en Crevillente esparciendo el terror y el asombro.

El *Barbudo* persiguió cuanto creyó racional á los que huian, no por ensañamiento ni soberbia, sino porque juzgaba que cuantas más víctimas hubiera más grande sería el temor en los restantes mozos y con más dificultad volverian á atacarle. Se presentó cruel en este dia para asegurar el porvenir, y en verdad que no se equivocaba en ninguno de sus cálculos.

Cansado de correr, y comprendiendo por la delantera que llevaba los ocho, que ya no podrian alcanzarles sus balas, mandó hacer alto y retroceder.

—Compañeros,—les dijo, rodeándose de todos,—os habeis portado bien, pero no tanto que haya llenado mis deseos. Hemos disparado más de cuarenta tiros y sólo cayeron diez y ocho hombres.

—Es que algunos tienen dos balazos.

—Y otros tres.

Le interrumpieron. Jaime prosiguió:

Se perdió la mitad del plomo, y ha de llegar dia en que no os suceda eso. Somos tan pocos que es indispensable apuntar mejor para no errar uno. Ya os adiestrareis más, que hoy lo hicísteis bien para principiantes.

—Sólo ocho han huido.

—Y diez y ocho que cayeron, son veintiseis; los conté bien.

—¿Y áun te parece poco?

—En la primera embestida digo que es bastante; pero áun quiero más por si otra vez vienen ciento. Bien, Amorós; estás sereno y tranquilo como yo. Y tu, Juan, ¿qué sientes? Estás descolorido.

—Pues no tengo ná.

—Animo todos; se empezó el melon, y nos lo hemos de comer por completo. ¿Temeis alguno?

—No.

—¿Os asusta lo que habeis hecho?

—Al contrario.

—Que no hubieran venido.

—Nosotros no los hemos buscado.

—Mañana oirán nuestro nombre con terror en diez leguas á la redonda; no podrán decir ya que somos cobardes ni asesinos, y el que intente coger una escopeta contra nosotros lo pensará mucho, acabando probablemente por dejarla. Ahora seamos humanos con los vencidos, y avisemos en Abanilla para que curen á los unos y entierren á los otros. ¿Estais alguno herido?

—No.

—Se sobrecogieron y tiraban al aire.

—Era buena gente.

—Conozco á la mayor parte, y no son cobardes; mas se aturdieron, y por eso han caido tantos.

—Los mandaba Don Pedro.

—Yo le tiré, pero dí á su jaca.

—En cambio,—añadió Jaime con satisfaccion y orgullo,—le apunté yo al pecho y le rompí una costilla. Mas no perdamos tiempo, que puede morir alguno por falta de remedio, y eso es cruel.

Y de dos en dos, yendo á la cabeza el teniente y capitan, se dirigieron á buen paso hácia Abanilla.

De los diez y ocho habia cuatro muertos y catorce heridos. Algunos de los últimos estaban sentados, pero al verlos regresar se tendieron para fingirse cadáveres.

Jaime y los suyos pasaron por junto á varios de ellos, sin hacer otra cosa que mirarlos con algo de compasion.

En el camino encontraron nuestros bandoleros á seis arrieros y tres carreteros, á los que saludaron con cortesía sin decirles nada más.

Los diez y seis entraron en Abanilla, y seguidamente en casa del Alcalde.

Se hallaba aquél escribiendo, y al verlos se le cayó la pluma de las manos, exclamando:

—¿Qué quereis de mí? ¡Yo no soy rico; sólo tengo!..

—Basta,—le interrumpió Jaime;—nada venimos á pedirte. Mandaste cinco mozos contra nosotros á Crevillente; por ser la primera, te la perdono, pero á la segunda te corto la mano derecha.

—Lo dispuso el Alcalde mayor, y áun cuando lo sentia...

—¡Mientes! Te repito que te he perdonado la primera; ¡ay de ti si ocurre la segunda! Esta mañana hallamos en el barranco del Moro á los veinticinco mozos, con Don Pedro á la cabeza. Sabiamos que venian, les salimos á recibir, y, despues de pelear un rato, huyeron los ocho ménos valientes, quedando muertos ó heridos los diez y ocho restantes. Allí los tienes; da sepultura á los unos y que curen á los otros. Adios.

—¡Jesús, me llenas de asombro, Jaime!

—Ellos lo han querido, que yo bien quieto me estaba.

—¿Pero es cierto eso, Alfonso?

—Yo nunca miento, Alcalde.

—¡María Santísima, qué desgracia! ¿Y de vosotros?

—Ni un arañazo; míranos á los diez y seis.

—¡Veintiseis contra diez y seis! ¡Tú eres el demonio!

—Para los que me ofenden, ya lo ves; con los demás, un cordero. No pierdas tiempo si tienes humanidad. Adelante, y hasta más ver, Alcalde.

Y salieron, riéndose de ver correr á las mujeres, esconderse los hombres y cerrar las puertas como si entrara un enemigo poderoso.

Al abandonar el pueblo exclamó uno de los bandidos:

—¿No tomamos algo, Jaime? Son más de las ocho.

—No; hasta que lleguemos al cortijo hay que esperar.

—Faltan cinco cuartos de legua.

—Aunque fueran diez; ¿tienes hambre?

—Sí.

—Y yo.

—Y yo.

—Y todos; pero lo manda el capitan y hay que obedecerle.

—En el caserío nos tendrá dispuesto Pepe García un arroz con pollos, vino, pan tierno y nueces. Luego echaremos un sueño, y esa es la manera de comer bien y reposar una vez, pero por completo. ¿Qué os parece mi plan?

—Bueno es; adelante.

Y sin descanso alguno prosiguieron hasta llegar al caserío, donde almorzaron con hambre, tranquilidad y como si nada hubieran hecho.

Jaime por el camino los convenció de que habian disparado en propia defensa, añadió que aquello no era malo, volviendo á hablarles del renombre y fama que debia proporcionarles aquel hecho de armas, con otras consecuencias, todas en favor de la partida, que suponia con razon derivadas del acierto y valor demostrados.

Los diez y seis cruzaron, como hemos dicho, por delante de sus víctimas sin fijarse en las escopetas, cananas, mantas y sombreros que llevaban. Adelante, les dijo Alfonso, y ellos le obedecieron demostrándole ciega confianza y sumision.

Pronto corrió la noticia por Catral, Dolores, Aspe, Elche, Albatera, Orihuela y hasta Murcia, sembrando el terror entre cuantos la oian y cundiendo la fama del valor, serenidad y acierto de Jaime, como chispazo eléctrico. Todos hablaban de él y de su gente, pero á nádie se le ocurria pensar en nuevos escopeteros, visto que con dificultad habria quien quisiera encargarse de tamaña empresa.

Alfonso no se equivocó en su cálculo; como comprenderán nuestros lectores, procuró sacar todo el partido posible de tan completa victoria, renombre y fama, y, sin perjuicio de hacer correrías con los suyos para que estuvieran el ménos tiempo posible holgando, solo unas veces y acompañado otras, entró en pueblos pequeños, cortijos y caseríos, aumentando el número de sus confidentes, espías y encubridores. A los más importantes de estos les señalaba sueldo fijo, que satisfacia con

la mayor exactitud; y de este modo ocupó más de dos meses sin robar á nádie, pagando con esplendidez cuanto pedia y siendo bien recibido en todas partes.

Murió Don Pedro del balazo; de los heridos restantes perecieron cinco, curando los demás, á excepcion de dos, que sufrieron amputaciones. Estos hombres hablaban de Jaime como hubieran podido verificarlo de un general el más valiente y entendido. Lo bien dispuesto de la emboscada en que cayeron, con el pánico y aturdimiento de que fueron víctimas, les hicieron ver las cosas más grandes áun de lo que realmente eran; tenian necesidad de disculpar la prontitud con que huyeron del campo de batalla, y todos ayudaban sin querer á la realizacion del pensamiento de Alfonso, describiendo á éste y á su gente con los colores más vivos y hasta exagerados.

Nuestro bandolero, que empezó á saber cuanto se hablaba y decia en los pueblos, caseríos y cortijos, estaba ya sacando todo el partido posible de la buena situacion en que se habia colocado, como veremos más adelante.

CAPITULO XVI.

Alfonso en el pleno ejercicio de su destreza y habilidad.—Aumenta su partida.—La confesion.—Principio de los impuestos.

No habia perdido Jaime el tiempo, pues era activo y enérgico como pocos hombres. A la vez que aumentaba los espías y cómplices, buscó árboles que le servian de buzon, en los que sus parciales depositaban por escrito las noticias y avisos que podian convenirle. Para esto eligió olivos, tan comunes allí, cuyo tronco hallaba carcomido y hueco, y sin conocerse entre sí, todos concurrian, usando de árbol diferente, á un mismo pensamiento.

Tambien tenía Jaime posadas, ventas y ventorrillos cuyos dueños le pertenecian en cuerpo y alma, y las casas de estos eran otros tantos buzones, cuando no núcleos de confidencias y avisos.

Y contaba, por último, con alguaciles, algunos escribanos, y, lo que es peor, con alcaldes de montera.

Hemos dicho ántes, y así es la verdad, que á unos los tenía á sueldo fijo y á otros les daba una cantidad por cada noticia que le llevaban, estando la suma abonada en relacion de la importancia del descubrimiento.

Como esta comarca se hallaba á gran distancia del teatro de la guerra y los pueblos mandaron la mayor parte de sus mozos y bastante dinero, el país quedó empobrecido, transitaba

poca gente por los caminos, y esto fué causa de que Jaime pudiera contar con número tan inmenso de adeptos; pero á la vez fué tambien motivo para que Alfonso se echara á discurir sobre los medios que debia emplear para sacar dinero en proporcion de la mucha gente que tenía asalariada.

Poco ó nada podia hacer en los caminos por la razon anterior, y porque su renombre de bravo y sagaz espantaba á los ricos de los parajes en que pudieran encontrarse con Alfonso, y preferian dar grandes rodeos á la probabilidad de hallar al audaz bandolero y perder cuanto llevasen.

Cuando Jaime tuvo asegurada su vida en cuanto le era posible por las muchas personas interesadas ahora en que viviera para recibir su paga y medrar, sonrió henchido de gozo y alegría; pero se nubló su semblante al volver la hoja y ver la suma que arrojaba el presupuesto mensual de todos los sueldos y propinas que tenía necesidad de abonar.

—Cuento todavía con lo suficiente para el mes que viene,—se decia;—pero ¿y luégo? Yo no puedo faltar á mi palabra, no faltaré nunca; mas ese guarismo me asusta, porque es fijo, y yo sólo cuento con probabilidades. Para sueldo fijo es necesario disponer de renta fija, y esta nos la han de dar, ¿quién, Señor, quién? ¡Ah!.. Los carreteros, tan unidos, tan bien armados y tan valientes. Juré vengarme de ellos, y se presentó la ocasion; veremos lo que puedo sacarles, y si no me bastase, entónces recurriré á otros medios.

El renombre y fama de Alfonso le habian acercado todos los fugados de presidio, algunos cumplidos y cuantos vagos y aficionados á lo ajeno existian en la comarca. Esta gente se le iba presentando poco á poco, ofreciéndole formar parte de su compañía; pero el *Barbudo* los rechazó hasta entónces, pretextando que queria robar lo ménos posible, y que cuantos ménos fuesen les sería más facil huir del peligro, aminorando las necesidades y por consiguiente los asaltos. Siguieron los diez y siete solos hasta el momento de decidir la imposicion de contribuciones; pero varió de opinion luégo, considerando que la union de los carreteros era grande é íntima, y que habia

ocasiones en que se presentaban cuarenta y cincuenta perfectamente armados.

La idea de imponer con más facilidad, procurando de este modo el menor derramamiento de sangre y la seguridad del éxito, lo decidieron á aumentar la partida, y admitió nueve más, con lo cual eran veinticinco útiles para batirse, y veintiseis, contando con el ranchero José García, el que no podia servirles durante la pelea, pero ántes y despues les era indispensable.

La segunda eleccion de Alfonso no pudo ser tan acertada como la primera; pero los nueve últimamente incorporados eran valientes, y bien espiados por Amorós, daba por hecho Jaime que lograria de ellos lo mismo que de los restantes; esto es, lealtad, ciega obediencia y discrecion.

Pronto veremos si se equivocó en sus cálculos.

Antes de salir á los caminos á exigir los impuestos á los carreteros, se vió obligado á visitar al padre abad, protector de Don Pablo Ramiro, pues éste le habia dicho en la última entrevista que tuvieron que no volveria á hablar con él ínterin no se confesase.

Jaime pasaba cerca del marino horas tranquilas y agradables, recibia buenos consejos y una instruccion que lo regeneraba, y el bandolero no pudo prescindir de obedecerle.

Se disfrazó, en consecuencia, de *huertano*, y sin otra arma que una navaja corta, embozado en la manta y calado el sombrero, llegó al monasterio, haciéndose anunciar al padre abad de parte del *Penitente*.

Se hallaba en aquel momento el reverendo monje en su celda, conversando con un personaje de la corte, el cual recorria en aquellos momentos el reino de Valencia, comisionado por la Junta central para estudiar el país y ver si era posible sacarle más brazos y dinero. Este emisario era pariente del abad y aprovechó la ocasion para pasar algunas horas en su compañía.

Un lego anunció al monje la llegada del amigo de Don Pablo, y éste le contestó:

—Creo adivinar quién es y lo esperaba hace tiempo. Que

éntre en la habitacion contigua, y entreténlo hasta que yo concluya de hablar con mi primo y pueda recibirlo despacio.

Salió el lego y continuaron conversando el abad y el caballero. Terminado el anterior incidente, exclamó el monje:

—Te he dicho y repito, primo mio, que el país ha dado ya á su patria cuanto podia; debes dirigirte, en mi concepto, á la ciudad de Murcia, donde le será más fácil á la Junta alcanzar el logro de sus deseos.

—Noto,—contestó el caballero,—que, á pesar de lo retirado que vives del mundo, estás perfectamente enterado de lo que pasa en él.

—No te extrañe; nuestra mision en la tierra es puramente intelectual, y el tiempo que nos dejan libres la misa, el coro y las oraciones lo empleamos en averiguar y hacer un poco por la nacion que nos vió nacer.

—En algo más, primo; en el púlpito, el confesonario y hasta en la calle predicais la guerra contra los franceses.

—Sí; tambien participamos de ese deseo vehemente contrario á la causa de los franceses y favorable á la de España. ¿Obramos mal en eso?

—Hombre, como español me parece muy bien; como católicos, muy mal.

—Explícate.

—Primo, la mision del sacerdote no es esa.

—¡Ay, los franceses que entraron, sienten todavía en su pecho aquel ardor disolvente que descompuso un dia la Francia, y en su cerebro ideas tan contrarias á los intereses de la monarquía como á la religion de nuestros padres! ¡Y al defender nosotros la patria comun, salvamos nuestra religion del caos y Dios sabe!

—Si no es eso, primo; consiste en que vosotros sólo debeis procurar la salvacion de las almas, dejando al brazo é inteligencia seglar que se ocupe de lo restante.

—¿Acaso no somos nosotros hombres?

—Ese es el mal; que siendo ministros de Dios, os convertis en agentes del diablo.

—No me extraña tu lenguaje; es el mismo de todos tus amigos, los de esa minoría que hay en la Junta central, que si algun dia triunfa, lo que no espero con el auxilio de Dios, perderá al país. Primo, lee este escrito, y en él hallarás en resúmen las ingratitudes que te han proporcionado tus nuevas ideas, contrarias á gente que te debia mucho y te abandonó para huir del camino en que has entrado.

El caballero pasó la vista con desden por el documento que el abad le enseñaba, exclamando al concluir:

—No me atormentan ni duelen las ingratitudes, sino los males que afligen á mi patria.

Y quedó meditando algunos instantes, devolvió el papel al abad, y le dijo:

—Hicieron bien en dejarme todos los hombres que me citas en ese papel; cuando veinte emprenden un camino y diez de ellos, anhelosos de llegar pronto, se adelantan, los otros necesariamente se quedan detrás, y eso me ha sucedido á mí.

—Hablemos más claro, primo; tú profesas las ideas políticas de Aranda, Campomanes y Jovellanos, los que te abandonaron tambien, y yo no comprendo eso de que van delante los unos y detrás los otros.

—Consiste, noble abad, en que nos hemos dividido, y áun cuando yo quiero lo mismo que esos otros, voy más despacio en el camino de las grandes reformas, por no disgustar á Floridablanca y á la mayoría de la Junta Suprema.

—Ahora lo comprendo bien, y se me ocurre una pregunta: ¿Hay muchos que piensen como tú de los que rodean al conde?

—Sí.

—Ese era mi temor; pronto la minoría que hoy tiene enfrente Floridablanca será mayoría, y la perniciosa idea liberal imperará en la Junta, sembrando luégo en España los males que en Francia, la disolucion y el espanto que en todas las naciones donde se ha aplicado.

—Tú no entiendes de eso, abad; es una locura, un delirio la sola suposicion de lo que acabas de expresar. Las naciones no deben regirse por déspotas ni tiranos, ni es justo que mil



C. Mujica Dib.º y Lit.º — Lit. de N. Gonzalez, Madrid.

—No me atormentan ni duelen las ingratitudes, sino los males que afligen á mi patria.

pueblos sean patrimonio del capricho de un hombre solo.

—¿Y tú caminas detrás?

—Sí.

—Pues ¡cómo pensarán los que van delante!

—Aquellos preparan ya á su país una era de ventura que en su dia dará sabroso fruto. Aquellos piensan ya en dar á España una constitucion sábia, hecha por el pueblo que ha de regir.

—¡No sigas, que me espanta la idea! ¡Ay de vosotros, ay de aquellos que intentasen semejante reforma, tan inícuo sistema!

—Primo, en los primeros siglos se encerraban en estos monasterios la ciencia y la sabiduría, pero, desconociendo vosotros desde su orígen lo santo de vuestra mision, con ciencia y con sabiduría, durante la reconquista, ántes y despues, era muy frecuente ver al monje con un Cristo en la mano izquierda y la espada en la derecha; el emblema de la Caridad á un lado, y su antítesis, ó sea la destruccion y la muerte, en otro; unidos el pro y el contra, y tan torpe amalgama en hombres de ciencia y saber, era hijo de lo siguiente: Dios no ha mandado al mundo á sus criaturas para que vivan en la holganza ni se escondan en el rincon de un claustro. *Creced y multiplicaos*, dijo el Eterno, y en vuestras comunidades se falta á su Divina voluntad. Poco á poco va su dedo omnipotente señalándonos el progreso intelectual y material de que son susceptibles los hombres y la esfera que habitamos, y vosotros pretendeis apoderaros sólo del primero, siendo la rémora del segundo. Pero como vuestro inmenso poder nada supone frente al poder de Dios, han llegado los adelantos intelectuales y materiales á ser patrimonio de los pueblos, y ya hoy os declarais en retirada, cediendo el campo á los innovadores, que acogen la idea sin egoismo, que la extienden, por el contrario, en provecho de toda la humanidad. La aristocracia española, más impotente que vosotros, no ha resistido; en cambio la teocracia, que se juzga más potente y ofendida, resiste aún, y esa va á ser vuestra perdicion. Porque ya no se ocultan la ciencia y la

sabiduría en el claustro; teneis más ignorantes que hombres de talento, la nacion conoce vuestro egoismo, vicios y virtudes, y ya son muchos los que sonríen ante vuestra cogulla, pocos los que se inclinan y obedecen. Os quedaba un solo camino, y no quisísteis entrar en él; Jesucristo, vuestro Maestro, os lo trazó.

—¿Cuál, primo?

—Encerraos en la práctica de todas las virtudes, y muy particularmente en la de la Caridad. ¿Hay nada más impropio y ridículo que ver á un fraile con un Cristo levantado en su diestra aconsejando en nombre de ese emblema de abnegacion y santidad la guerra y la destruccion de sus hijos? Vuestra mision no está en los campos de batalla; á lo más se encuentra en los hospitales de sangre, sin distincion de clases ni de hombres; no está en las tribunas del pueblo, sino en la cátedra del Espíritu Santo, donde sólo debe oirse la palabra de Dios, del Dios único y verdadero que condena la lucha entre los hombres, que supo morir inocente y sublime como reo criminal, y no quiso nunca ni quiere que haya la menor discordia entre sus hijos. Esa era vuestra retirada; el atrincheramiento que el pueblo hubiera respetado y hasta defendido. No lo habeis hecho, no pensais hacerlo, y vuestras comunidades desaparecerán al soplo de la revolucion, que barre tronos y todos los poderes de la tierra con empuje irresistible.

—¿Y tú vas detrás, primo?

— Ante los Arandas y Jovellanos, sí, pues creo que áun no es llegado el momento; mas profeso idénticas ideas y quiero lo mismo; nos divide sólo la cuestion de oportunidad.

—¡Y tú has asistido á cátedras, tú eres hombre de carrera científica, tú sabes y dicen que tienes talento!

—Por eso discurro de esta manera, que entre los que piensan así, no hay tontos, fanáticos ni egoistas.

—¡Ay de la Iglesia de Dios en vuestras manos si algun dia el demonio corona el triunfo de vuestra causa!

—¡Qué disparate! Nosotros amamos al Creador y á sus

dignos representantes con entusiasmo, con delirio; pero queremos al primero tal como es, sublime tipo de bondad y misericordia, y á los segundos, como fué Jesús, como fueron sus discípulos y como fueron los discípulos de aquellos. Sólo aborrecemos la adulteracion introducida despues, los diferentes oficios que habeis tomado en nombre de la Iglesia, como guerreros y políticos; queremos que los hombres crezcan y se multipliquen, sean útiles al progreso humano y lleven su piedrecita al edificio social; que es impropio é intolerante que se reunan, confabulen y no sirvan de nada ni para nada, como no sea para sí. Logrado esto, levantaremos la Iglesia de Dios á la altura que la elevó San Pedro, sosteniéndola con nuestros hombros, defendiéndola con nuestros pechos, adorándola con alma y corazon.

—No debo seguir cuestionando contigo, primo; sólo me resta pedir á Dios que te ilumine, destruya los errores que absorben tu espíritu y que se apiade de vosotros y de nosotros.

—Yo te lo agradeceré mucho, primo; hazlo así, que sólo anhelo servir á Dios y á mi patria, en guerra hoy con el coloso de Europa, y luégo ser útil á la humanidad, que algo espera de mí y que tan deudor le soy.

—Lo haré con más fervor que nunca, ahora que empiezo á conoceros mejor.

—Oigo con gusto ese ofrecimiento sincero y leal; tú dices lo que piensas, y, áun cuando te equivoques, te disculpan tu buen deseo y ardiente fe que abriga tu corazon. No sucede lo mismo con todos tus compañeros; de cada diez escasamente te imitará uno, y la verdad es que tu virtud se refleja poco, muy poco, en los que te oyen y no te obedecen.

—No hablemos de eso, primo.

—Te esperan, yo he descansado lo suficiente en tu convento, y parto. ¿Deseas algo de mí?

—Que Dios te acompañe y proteja, primo. No olvides nunca que tu alma ha de dar cuenta al Eterno...

—No prosigas, que me ofende la duda. Creo tanto como

tú en el Sér Supremo, le amo con ternura de hijo, y me sacrifico más que vosotros por la humanidad. Adios, primo.

—Recibe mi bendicion. Estréchame ahora, y que la Providencia vaya contigo.

Salió el caballero, en tanto que el monje caia sobre el sillon en que aquél estuvo sentado, y cruzando luégo las manos, exclamó:

—¡Qué tiempos, qué hombres y cómo cambia todo en el mundo! Lejos de horrorizarles el mar de sangre humana, fruto de la revolucion francesa, parece que los impulsa y precipita hácia ella. ¡Será tan grande el poder del demonio!.. Se me resiste creerlo. ¿Será Dios, que castiga los crímenes de monarcas crueles, de grandes inícuos y de tanta falta, de tanto pecado como todos hemos cometido? En Asia se me presenta un pueblo esclavo; sigue esclavo en Grecia; la esclavitud existe en el Imperio romano, y de pronto cambia la faz del mundo, y ese mísero pueblo, esclavo siempre, se erige rey en Inglaterra, aparece soberano en Francia: ruedan los tronos, las cabezas de los monarcas caen al golpe del hacha ó de la guillotina; el grande perece y el esclavo triunfa. ¿Por qué Dios ha consentido eso; por qué un cambio tan radical? A la cabeza de esas masas no veo al hombre estúpido; distingo la ciencia, el talento. ¡Oh, mi primo descorrió el velo que me ocultaba acaso la verdad, y es lo cierto que desde hoy en adelante voy á pensar mucho hasta ver si logro resolver el problema!

Este noble abad, segun la historia, fué una de las sublimes excepciones del *gremio*.

Al llegar aquí movió una campanilla que tenía á la derecha, preguntando al lego que se le presentó:

—¿Qué ocurre en el convento, Miguel?

—Nada de particular; los novicios hablan, los coristas juegan y los restantes juegan...

—¿Quiénes me aguardan?

—Un mozo más templado que el Cid, con todas las trazas de maton, y una pinta... ¡Vaya qué pinta!

—¡Qué lenguaje tan inconveniente, Miguel!

—Perdóneme vuestra reverendísima. Y abajo esperan dos enlutadas que piden confesion y descargo de la terrible carga que las abruma. Parecen pecadoras arrepentidas...

—Basta. Que pase el recomendado de Don Pablo, y que aguarden las otras en la iglesia.

—Traeré al uno aquí y encaminaré á las otras.

Despues entró Jaime Alfonso sin manta ni sombrero. El monje y él se miraron, exclamando el *Barbudo*:

—Ave María.

—*Gratia Plena*. Avance, hermano, y diga lo que guste.

—Me manda aquí,—añadió Jaime con soltura,— el *Penitente* de la cueva; quiere que vea á vuestra reverencia y me confiese.

—¿Vienes preparado?

—Eso sí, que amo mucho á Dios.

—¿Puedo saber quién eres?

—Jaime Alfonso, de mote el *Barbudo*.

—¡Ah! El...

—Yo lo diré por su reverendísima; el que cometió algunos pecadillos en Catral, Crevillente y otros parajes.

—¿Vienes arrepentido?

—Sí, señor.

—¿Traes propósito de enmienda?

—Eso ya es diferente. Como no puedo vivir en las poblaciones, y Dios nos impuso la necesidad de comer á mí y á mi gente...

—Mas nos prohibe robar, nos manda que ganemos el sustento con el sudor de nuestra frente. Me consta que te impulsaron al crímen causas que, si no disculpan el hecho, lo atenúan. La puerta del cielo no sólo está abierta para los que siempre obraron bien; por ella entran además hasta los grandes pecadores que reconocieron sus faltas, demandaron perdon y se enmiendan. Tú, hijo mio, estás en el último caso; has delinquido, pero conociste á tiempo el error, llegas al tribunal de la penitencia, y nada es para mí tan agradable como hacer de un hombre malo su antítesis. Siéntate á mi lado.

—Perdone vuestra merced...

—No rehuses; soy tu hermano, tu padre.

—Gracias, señor. Sabía que vuestra reverendísima era muy bueno, y ahora me lo confirma...

—El que te siente á mi lado nada vale comparado con lo que pienso hacer contigo. Hijo, la vida es muy corta, cortísima; la eternidad no tiene fin. ¿Qué importa en consecuencia la existencia del breve período en que nuestro espíritu permanece encerrado en frágil y torpe materia, en relacion con el plazo y delicias ó tormentos que esperan luégo á nuestras almas? Ocupémonos, pues, de ella, siendo así que es lo único importante, lo que conviene á todo mísero mortal. Fíjate, Alfonso, en el laudable ejemplo que nos ofrece Don Pablo Ramiro. Mató á su hijo, es cierto, pero el otro le pegó ántes, y él al castigarle no pensó que el golpe tuviera las consecuencias que áun deplora. Ese delito, si realmente lo es, pudo quedar oculto como tantos otros y continuar él rico, adulado, rey de los mares y uno de los señores más poderosos en la tierra. Llegó á mí como tú, Dios escuchó sus ardientes súplicas, le impuso una penitencia corta, en la vida del hombre no hay nada largo, y en verdad que la cumple con santa abnegacion, con sublime constancia. ¿Te hallas dispuesto á imitarle, Alfonso?

—Padre, yo no soy tan pecador; los hombres me llevaron al monte, y áun cuando amo á Dios sobre todas las cosas, por ahora me es irrealizable dejar el oficio á que la suerte me condenó, y ménos esconderme en una cueva del modo que lo hace Don Pablo.

—¿Entónces á qué vienes aquí?

—A confesar mis culpas y á implorar la clemencia del Todopoderoso para que me las perdone.

—Sin un verdadero arrepentimiento y completo propósito de enmienda me es imposible lo primero, y creo más imposible áun lo segundo.

—Entónces aconséjeme vuestra reverendísima, que yo no pensé nunca morir en esta carrera, y quién sabe si un dia no

lejano me cansaré de ella, á no ser que una bala enemiga me obligue ántes á dejarla. En cuanto á la confesion, siento muchísimo que un padre abad tan justificado me la niegue, más ¡cómo ha de ser! otro me la concederá.

—¿Quién habia de atreverse á faltar á sus deberes de ese modo, Jaime?

—¡Ay, reverendísimo señor, qué ignorante se muestra vuestra paternidad de lo que pasa en el mundo! Conozco yo un carnicero que roba al dia la mitad de lo que vende, se confiesa todos los domingos y recibe la absolucion. Traté tambien á un fiel de fechos, que en poco tiempo se hizo rico estafando á todas horas, y ¡si viera vuestra merced qué cristiano se presenta y qué á menudo se confiesa y comulga! Pues ¡y el escribano Don Ruperto!..

—Bien, hijo, bien; esos hombres llegan al tribunal de la penitencia, ofrecen propósito de enmienda y los absuelven; delinquen nuevamente, faltan á Dios de dos maneras, quedando mucho más delincuentes que ántes de confesarse. La absolucion sin una verdadera enmienda es completamente inútil. Recuerda, Alfonso, la enormidal de tus crímenes, y cuan fácil es que una mano traidora dé fin de tu existencia...

—Todo eso es cierto, padre abad; no disculpo mis delitos, por más que los atenúe algo la primitiva causa. Sin embargo, ¡somos en este país tantos los aficionados á lo ajeno! El pobre que, como yo, busca un modo de vivir, deshonroso es verdad, pero exponiendo su vida á cada momento, es mucho ménos criminal que el criado que roba á su amo, que el amo robando á su criado, el amigo estafando al amigo; y desde el empleado más mísero hasta el ministro, escondidos en la impunidad de...

—Alfonso, no pretendas vanamente disculpar tus faltas con las menores ó mayores de otros. El dia que te halles en la presencia de Dios te sentenciarán con estricta justicia, como á todo el delincuente que no haya purgado. Fíjate bien en esa idea, en lo que te he dicho ántes sobre lo corta y mísera de nuestra existencia, lo penoso y cruel de la eternidad de los répro-

bos, é imita el bien, desecha el mal, y compadece á todo el que no haga lo mismo.

—Me gusta oiros, padre abad; lo mismo me sucede con Don Pablo. Creo que ambos lograreis vuestro propósito, pero es pronto aún, muy pronto. Me queda todavía algun tiempo en que la suerte me condena á vivir al frente de mi partida de bandoleros.

—Porque tú quieres, Alfonso.

—He tratado de combatir muchas veces mis propias ideas y obrar con arreglo á las de Don Pablo, pero no puedo dominarme, no puedo.

—Consiste en que el demonio se apoderó de tu alma, Jaime.

—Pues ese diablo tiene entónces algunos instintos buenos, porque si bien me aconseja el robo, me inspira á la vez socorrer á los pobres, venir á este convento, oir misa con devocion, no matar ni herir como los Mogicas, tratar bien á los mismos á quienes limpio, y, por último, muchas cosas buenas.

—¡Cuántos problemas, Dios mio, cuántos!

—Yo ignoro lo que son problemas, reverendísimo abad; pero se me figura que los demonios no se meten conmigo; consiste en que los hombres tenemos pasiones, virtudes y libre albedrío. Si el demonio me empujase hácia lo malo, él sería responsable de lo que hiciera, yo no.

—Y teniendo esa creencia, ¿por qué obras mal, toda vez que hallas en tu sola voluntad la potestad de encaminarte al bien?

—Voy á contestar á vuestra merced, y á convencerle.

—Dudo lo último.

—Veamos: padre, yo nací pobre, tan pobre, que á los cinco años de edad empecé ya á ganar el sustento de la vida. Crecí, y por más esfuerzos que hice, no pude nunca arrancar de mi sér la miseria, que venía pegada como la concha al galápago. Miré en torno, y vi muchos hombres que se hallaban en igualdad de circunstancias, pero ninguno reparaba en ello y yo los admiraba en sus cánticos, en sus alegrías, en su estúpida resignacion. Corrió el tiempo, mi concha crecia y los

sacudimientos que yo daba por desasirme de ella sólo lograban patentizar mi impotencia, mi desgracia, la crueldad de mis infortunios. Crecí más, varié de oficio, y nada conseguí. Me casé, tuve un hijo, y los tres quedamos encerrados dentro de la concha fatal. ¿Por qué el destino, al anegarme en miseria, me la presentó siempre por el lado más horrible que tiene? ¿Por qué me hizo de peor condicion que á mis demás compañeros? Dirá vuestra merced que debí á la naturaleza más inteligencia que ellos, mejor comprension; pero ambas cosas fueron un puñal que atravesaba mi corazon desde que principié á discurrir. Continúo: los cuidados de mi mujer y las caricias de mi hijo comienzan por primera vez en la vida á endulzar mi existencia, y hé aquí que dentro de mi ruda concha nace la resignacion. Tranquilo ya en cuanto cabia en lo posible, anda el tiempo y me concreto al cumplimiento de mi estricto deber, sirviendo á un amo con honradez y lealtad. Tratan de robarlo, recuerdo que aquel me paga para que yo lo evite, y me opongo. Me atacan; en propia defensa mato; me calumnian, y soy sentenciado á la horca por asesino. Antes recurro al amo cuyos intereses defendí y le pido su proteccion y amparo contra la injusticia de los hombres: me los niega, insulta y escarnece. Llego á otro, á quien tambien presté servicios importantes; me sucede lo mismo, y, en alas de cruel desesperacion, me voy al monte y ocupo algunos dias en humedecer el pan que llevaba á los labios con las lágrimas de mis ojos. Entre pastores tan pobres como generosos vi trascurrir muchas horas, tranquilo el corazon, pero agitada el alma é insegura la conciencia. Desde la mísera cabaña fuí al templo de Dios: abandono la iglesia, y cuando me retiraba nuevamente á mi escondido albergue, soy de pronto perseguido por cuarenta escopeteros, que caen sobre mí como tigres sedientos de mi pobre vida. Me hacen fuego, pero yo no les contesto, huyo; como el águila, procuro desaparecer saltando zanjas, atravesando sierras y perdiéndome entre los árboles, los riscos y la maleza, como el ligero ciervo que teme á los bravos cazadores. Pero la saña de mis contrarios les presta fuerza,

agilidad y constancia, las balas cruzan sin cesar por encima de mi cabeza, y yo, sin embargo, prosigo adelante, hasta que una onza de plomo me hiere é inutiliza para correr. Me hallaba en el fondo de un barranco; de estar en la cúspide me hubiera derrumbado. Me vuelvo; distingo al jefe de mis enemigos que me apuntaba, hago lo propio con él, salen los tiros, y cae muerto, miéntras que yo, arrastrándome como la culebra, intento ganar aún la altura. Mis esfuerzos no son inútiles; avanzo, avanzo, mas oigo otra descarga, la mata en que me apoyaba se quiebra, y ruedo al fondo, recibiendo varias contusiones hasta perder la razon. Al recobrarla me hallé entre los Mogicas, salvadores de mi vida. Léjos de imitarles, concluyo por aconsejarlos bien, evitando el que cometiesen un gran crímen. Huyo de con ellos, pero robo; el robo fué el único martillo que hallé en mi vida para romper mi concha; robé más y la deshice; reuní hombres, me nombraron capitan, gané con ellos un combate, y, dueño de extensa comarca, el pastor se hizo soberano, el galápago una paloma que corta el aire y halla chico el espacio para su rápido vuelo. Esa es mi historia, señor; y bien comprende vuestra reverendísima, que habiendo roto mi concha no puedo volver á ella. El martillo no lo he buscado yo; lo puso en mi mano el destino, un poder superior á mi voluntad dió impulso á mi brazo; sonaron los golpes; sus ecos resuenan en mi alma, me destrozan el corazon, y cuando me habla Don Pablo, como me habla vuestra merced, me encierro á mi pesar entre una de estas dos verdades: es tarde para retroceder, ó es pronto para empezar; que no tengo concha, y fué reemplazada aquella con el mal ejemplo, con la cruel indiferencia, con la injusticia de los hombres.

—¡Otro problema, Señor, otro problema!

Exclamó el monje, cruzando las manos nuevamente, con los ojos fijos en el cielo.

Jaime le contestó:

—Ved cómo no soy tan malo que deba olvidarme de la misericordia divina.

—Yo no quiero que un hombre como tú se pierda, Jaime.

—Pero si estoy perdido, abad.

—Me refiero á tu alma, mísero pecador.

—¡Ah! ¿Se refiere vuestra reverendísima á mi alma? Muy bien; á eso vine aquí, contrito y pesaroso de haber ofendido á mi Padre celestial, único á quien debo la existencia, que el otro, el que me engendró, poco ó nada hizo por mí en el mundo; de poco ó nada le soy deudor, poco ó nada me enseñó, y esa es la razon de hallarme bandolero y sentenciado á muerte. Yo amo á Dios como el que más; cuento con su misericordia; deseo que me perdone, y por eso, abad, vengo á vuestras plantas; pero vuestra reverendísima no quiere confesarme ni borrar con la absolucion las faltas que cometí.

—Hijo, no me niego; pero de nada te sirve si no traes propósito de enmienda.

—Padre, ántes os hablé de lo que pasaba en el mundo; contrayéndome ahora á este monasterio, os diré que en él hay pecadores...

—Jaime, ¿qué vas á hacer?

—Padre abad, ¿existe algo más grave que recibir todos los dias del año á Su Divina Majestad y faltarle y pecar y ser perjuro?..

—¡Alfonso!

—No acuso á nádie, señor; pero como yo me he criado en estos alrededores, conozco á todos los que os obedecen y á los que no os obedecen, y sé que juraron castidad, abstinencia; que su mision en el mundo es santa, y sus hechos...

—Jaime, que te pueden oir...

—Yo á nádie oculto que soy ladron, por los caminos ando, en despoblado vivo y nádie ignora lo que hago.

—Hijo, respeta el sagrado asilo...

—Padre, he venido á postrarme á vuestras plantas; pero como á mí no se me quiere confesar y los hay con más suerte, siendo estos más pecadores, más indignos... ¿Quiere vuestra paternidad que le refiera el lance de fray Fulgencio?..

—Lo sé, y ya le he castigado.

—Pues no se enmienda, no. ¡El corista de Catral tambien es una alhaja!..

—Ya le amenacé varias veces, y ¡como vuelva!..

—Pues vuelve, vuelve.

—Hijo, á ti eso no te importa ni disculpa tus faltas; yo quisiera que nádie pecase; doy el ejemplo en cuanto me es posible, pido á Dios que inspire á los demás, y deploro lo malo que veo cerca y léjos de mí.

—Tambien es cierto; si todos imitasen á vuestra reverendísima, sería esto una fuente de gracia donde todos vendriamos de continuo y anhelosos á beber. ¿Me confiesa ó no vuestra paternidad?

El padre abad meditó dos minutos; de pronto exclamó:

—Sí, te confieso.

—Pues vamos á la iglesia.

—No, aquí mismo. De rodillas, Alfonso.

El bandolero le obedeció, dando principio un acto tan patético como interesante. Jaime se olvidó de cuanto existia en el mundo que no fuesen sus faltas, y á la conclusion lloraba amargamente, demostrando una contricion que cambiaba por completo el tipo de aquel hombre.

Cinco horas despues de haber entrado en la celda salia de ella con los ojos húmedos, la cabeza inclinada, patentizando en su rostro y actitud lo mucho que acababa de sufrir.

El abad le dió consejos que él no podia olvidar fácilmente, lo abrazó al despedirlo, compadeciéndole más que anatematizando sus faltas.

Jaime marchó entre los suyos, ocupando ocho dias en adiestrarlos en el manejo de las armas y en darles consejos relativos á la conducta que debian observar entre sí y con las personas á quienes se acercasen.

En ese tiempo no le fué posible ni áun pensar en robo alguno; su confesion y las reflexiones del abad, unidas á las frases del *Penitente*, al cual visitaba cási todas las noches, le tuvieron enervado. Pero su compromiso con tantos hombres como habia asalariado destruyeron su vacilacion, decidiendo, por

último, poner á contribucion á muchos serés de aquella comarca.

Dominado cási siempre por ese espíritu de venganza que tanto sobresalia en él, se acordó en primer término de los carreteros de aquel país, tan enemigos suyos por punto general.

Seis meses ocupó al frente de veinticinco hombres en salirles al encuentro en todas direcciones, desarmarlos é imponerles un duro al mes de contribucion por cada bestia que llevasen. Algunos resistieron, pero á la postre se vieron todos obligados á sucumbir.

Hubo de hallar más de cuarenta perfectamente unidos y dispuestos á defenderse; pero ante el arrojo, serenidad, acierto de la partida y muy particularmente la del capitan, se rindieron, logrando únicamente contar en sus dispersas filas cinco heridos.

A los pocos que se resistieron les exigia tres mensualidades adelantadas, en tanto que á los otros sólo les tomaba una.

Por último, solamente uno de Crevillente se libró de aquel impuesto general á todos los carreteros, y la causa merece relatarse por ser uno de los hechos de Jaime que más nombre le dieron.

Era el sujeto á que nos referimos un hombre de cuarenta años, no tenía nada de tonto, y pasaba por el más valiente de todos los de su clase.

Salió de Crevillente, conduciendo cuatro mil duros, y Jaime, que sabía ya cuanto ocurria en la comarca, claro es que tuvo aviso de aquella remision de fondos, y esperó con dos ó tres de su partida la llegada del carretero, el cual se le presentó acompañado únicamente del zagal y de un enorme trabuco.

—¡Alto!

Le dijo Jaime, acercándose al carro. Este se paró, y adelantándose el bandolero á los suyos, prosiguió, dirigiéndose á aquél:

—Baja, no te he visto hace mucho tiempo y deseo que hablemos un rato.

—No puedo, Alfonso,—contestó el carretero montando su trabuco;—sé que vienes á robarme, y no lo vas á conseguir.

—Te equivocas,—replicó el *Barbudo;*—me han asegurado que escondes en tu carro ochenta mil reales, me hacen falta, y los quiero.

—No los escondo, míralos en estas talegas; pero dije á su dueño que se los entregaria á quien me mandaba, y es necesario que yo muera para que falte á mi palabra.

—Ya sé que eres valiente, y eso te va á proporcionar que vuelvas atado á tu pueblo. Andando yo por los caminos, ¿por qué te comprometiste á lo que no podias cumplir?

—Jaime, el dueño de los ochenta mil reales me protege hace mucho tiempo; no hubo escopetero ni gente capaz de encargarse de conducir el dinero, y entónces lo hice yo por agradecimiento.

—¡Tú solo!

—Ya lo ves.

—¡Y el dueño se fió de tu palabra!

—Míralo.

—Cada vez me explico ménos la conducta de ambos.

—Alfonso, era indispensable que estas talegas se entregasen mañana á la persona que van dirigidas; el dueño es hombre de palabra, y ántes que faltar á ella, me las entregó públicamente para que constase que él hizo lo posible por cumplir.

—Pero ¿y tú?

—Yo las cogí y se las llevo al otro.

—Pero si te constaba que no conseguirias tu objeto, la misma publicidad que dísteis al negocio debia perderte.

—Repito que estás equivocado; eres ó no valiente: si lo primero, pelearemos cuerpo á cuerpo, y el que más pueda se las llevará; si cobarde, me matareis aquí despues de despachar yo á los primeros que se acerquen.

—¿Tú qué crees de las dos cosas?

—Que eres muy hombre; te conozco desde pequeño, y me parece que no rehusarás el combate que te propongo. Un fa-

vor te voy á pedir: si me matas, coges el dinero con el carro y las mulas; yo te regalo lo último; pero si sucede lo contrario, da órden á tu partida para que me dejen pasar sin quitarme nada.

—Concedido. Muchachos,—añadió Jaime fuerte;—si ese hombre puede conmigo, permitidle que vaya donde quiera sin tocarle al pelo de la ropa. Ea, baja del carro, y situémonos á la distancia que quieras.

—Jaime, miéntras haya peligro no abandono este tesoro; aquí me arrodillo; ponte allá enfrente y demos principio.

—Sea. ¿A cuántos pasos quieres?

—Lo dejo á tu eleccion.

—A cincuenta.

—Está bien.

—Cuéntalos, Amorós.

El teniente le obedeció sin murmurar, seguro de que Jaime mataria al otro á aquella distancia. Cuando hubo terminado, replicó:

—Aquí, Alfonso; sobre esta raya.

—¿Quién tira ántes, carretero?

Preguntó Alfonso. El otro le contestó:

—A la suerte.

—Allá va un duro. ¿Cara ó cruz?

—Cara.

—Cara es, pero cara te va á costar. Vas á tirar el primero; mas ántes voy á darte un consejo: á la distancia esa no me vas á dar.

—Cómo ha de ser; tendré paciencia.

—¿Oiste hablar de mi puntería?

—Sí; dicen todos que donde pones el ojo allí fijas la bala.

—Pues yo añado que estando tú dentro del carro es imposible errar.

—¿Y qué he de hacer? Te apuntaré bien, y que Dios disponga lo demás.

—Por última vez, reflexiona un poco, y no expongas tu vida por un dinero que no es tuyo.

—A tu puesto, Jaime, que eres hombre de palabra y yo no faltaré á la mia.

—¡Qué terco eres!

—Como tú, Alfonso.

—Adelante; ya estoy plantado. Separarse vosotros; más aún. Tira cuando quieras.

Jaime, con su manta al hombro y la carabina en la mano izquierda, quedó inmóvil frente al carretero y á la distancia de cincuenta pasos. Aquél se echó el arma á la cara, y, cási sin apuntar, hizo fuego.

Se oyó la detonacion; á ésta siguió el humo, y todos vieron que Jaime, sereno, impávido, no demostró haber sentido la más leve emocion.

Al tiro siguió un silencio sepulcral, que interrumpió Jaime con las siguientes frases:

—Estaba mal cargado ese trabuco, carretero, y no apuntas bien; las muchas postas que metiste pasaron por encima de mi cabeza á bastante altura. Te lo dije, y has perdido la vida.

—Tira; pero si no me das me vuelve á tocar á mí.

—¡Nécio; sino te doy! A setenta pasos te pongo la bala en la frente.

—¿Rezo el *Credo*?

—Sí; pero dime ántes. ¿Estás arrodillado sobre una talega de duros?

—Cierto; mírala.

—Pues no te muevas. Ahora reza el *Credo*.

El carretero habia dejado el trabuco junto á él, y cruzando los brazos, comenzó á rezar el *Credo*, teniendo la vista baja y la mirada vaga y sombría

Al llegar á *su único Hijo*, gritó Jaime:

—¡Al talego!

Y apuntando muy poco, tiró.

—¡Le ha muerto!

Exclamaron los de su partida y zagal viendo caer al carretero.

—Os equivocais,—dijo Alfonso;—dí al talego, como ofrecí;

mi bala habrá herido dos ó tres duros, los que servirán á ese hombre para probar que es cierta la escena que acaba de tener lugar.

El carretero cayó al golpe y movimiento natural de la talega que recibió el balazo. Al momento se levantó, gritando:

—Tiene razon Jaime; tira como yo no he visto nunca, y le debo la vida. Alfonso, si fueras tan generoso como valiente y me dejaras...

—No sigas. Esos cuatro mil duros son tuyos. Cuenta lo que ha pasado aquí, y añade que eres el único carretero á quien Jaime exceptúa del impuesto. Anda por donde quieras; lleva en tu carro lo que te acomode, que la partida de Alfonso jamás se meterá contigo.

—¿Me lo juras, Jaime?

—Sí; viniste confiado en mi valor, confiaste luégo en mi palabra, y para que vieses que no te equivocaste, me expuse á morir, sin abrigar un solo momento la intencion de matarte ni de coger el dinero.

—Gracias, Alfonso. Yo en cambio diré á todo el mundo lo que tú eres y lo que vales.

—Bueno, hombre. Ahora ven con nosotros á aquel caserío y almorzarás conmigo.

—Acepto. ¿Y el carro?

—Que siga detrás, y de ese modo podrá comer tambien el zagal.

El *Barbudo* le estrechó la mano, y todos se dirigieron al mencionado caserío, en el cual se hallaba el resto de la partida. Allí almorzaron, hablándose únicamente del desafío que acababa de tener lugar.

De este modo terminó un lance que aumentaba la fama del *Barbudo*, presentándolo ahora ante la multitud con tanto valor y generosidad como abnegacion.

Con los restantes carreteros no tuvo las mismas consideraciones; cuantos andaban por los caminos tuvieron que abonarle la mencionada suma mensual de un duro por bestia, y,

prévio ese impuesto, los dejó tranquilos que fueran donde quisieran.

Alfonso echó cuentas, resultando que no le producirian los impuestos ni con mucho lo suficiente para pagar el espionaje y confidencias puestas á salario. Entónces formó una lista con los nombres de todos los propietarios ricos de la comarca que dominaba, y les pidió una cantidad proporcionada, amenazándoles con quitarles el doble en trigos ó aceituna si no se la abonaban. Una gran parte accedió; los restantes se negaron, ofreciendo Jaime á los unos su decidida proteccion y á los otros quitarles cuanto pudiera. La mayor parte de estos vivian en Murcia, y se concretaron á recurrir á la autoridad contra el bandido que les amenazaba de aquel modo y que jamás dejaba de cumplir lo que ofrecia.

Pronto sabremos lo que lograron contra el audaz bandolero.

CAPITULO XVII.

Triunfo de Alfonso.—Nuevo diálogo con el Penitente.—Indulto.—Decision del *Barbudo*.

JAIME Alfonso recaudaba ya lo suficiente para pagar á cuantos le servian en la capital, pueblos limítrofes y caseríos, y tranquilo por la posibilidad de cumplir su palabra, por lo difícil, si no imposible, de que fueran á perseguirle hombres armados, y muy satisfecho de la conducta de todos los individuos de su partida, temia sólo la traicion, único medio, en su concepto, susceptible de perderle.

—De dia,—exclamaba reflexionando para sí,—puedo ir donde quiera sin que nádie ose estorbar mi paso; unos por cariño y otros por temor, todos me respetarán, quedando mi vida á salvo de un golpe á mano airada. Pero ¿y de noche? ¡Oh! estoy sentenciado á muerte, han pregonado mi cabeza en los reinos de Valencia y Murcia, dan tres mil duros al que la entregue, y es tan fácil matar á un hombre cuando está dormido! Sesenta mil reales son un anzuelo capaz de seducir al hombre más leal. Es conveniente buscar un remedio, y en verdad que me voy á ocupar de él sin tregua ni descanso.

Jaime reflexionaba así recostado sobre su manta y á la sombra de una ancha higuera. En esta postura permaneció más de una hora. Al concluir sacó un reloj de plata que se

habia mandado traer de Valencia, y mirando la hora, exclamó:

—En lo sucesivo cenaremos al anochecer; faltan tres cuartos de hora, disto una legua de los mios, y tengo tiempo de sobra para llegar á la casa.

Y se dirigió á ella más satisfecho de lo que estaba al recostarse bajo la higuera; pero seguia taciturno; la tristeza y melancolía rara vez le abandonaban.

Llegó entre los suyos, á todos los que halló jugando alegremente, y pidió la cena, pretextando que tenía hambre. Luégo hizo retirar á los centinelas, mandándoles sentar á la mesa.

Terminado aquel acto, les preguntó:

—Muchachos, ¿estais contentos de mí?

—Sí.

—Sí.

Le contestaron. Uno de ellos añadió:

—¿Por qué dices eso, Jaime?

—Estamos todos reunidos, y aguardaba esta ocasion para enteraros de la determinacion que acabo de tomar.

—Habla, hombre, habla.

Le contestaron. Alfonso prosiguió:

—Bien sabeis que dan por mi cabeza tres mil duros.

—¡Que vengan por ella!

—Por ahora no se atreverán frente á frente y con armas iguales, pero temo una traicion. Os mirais como sorprendidos. Seamos francos; esa cantidad y el indulto, seducen á cualquiera.

—Jaime, ¿dudas de mí?

—Yo mato al que lo intente.

—Y yo.

—Y yo.

—Orden y oidme: yo no desconfío de vosotros en general; mas por el bien de la compañía y por mi propia seguridad, debo defender mi vida del puñal asesino. Miéntras yo exista, seguros estais vosotros; pero ¿y si me matan? Entónces el que libre mejor irá á presidio por diez años y un dia. A la luz del sol ninguno se atreverá, eso bien lo sabeis; mas dormido, ¡es

tan fácil matar á cualquiera! Ea, desde hoy en adelante, en cuanto anochezca os dejo, y ninguno de vosotros sabrá dónde duermo. De esta manera los buenos podrán estar tranquilos, y al traidor le será imposible realizar su villano intento.

—Aprobao, pero ¿y nosotros?

—Vosotros os quedais con Amorós á la cabeza, aquí unas veces, otras en las cuevas, y el resto en el cortijo del tio Paco, en el caserío de la Loba y donde yo mande, que al asegurar mi vida dejaré ántes á salvo las vuestras.

La idea de Alfonso fué causa de un acalorado debate entre los indivíduos de su partida. Unos sentian que se ausentara de noche por temor de ser sorprendidos, y á los demás les pareció bien, por profesarle mucho cariño y anteponer la seguridad del capitan á toda otra consideracion.

Alfonso les dejó que cuestionaran largo tiempo, hasta que se cansó, y, con tono imperativo, les dijo:

—Basta de palabrería; lo he dispuesto yo, y ninguno teneis derecho sobre mí.

Luégo les demostró de varios modos la conveniencia de aquella medida, hasta obligarles á aceptarla de grado á la mayor parte y por fuerza á los restantes. Seguidamente dió las órdenes que creyó convenientes, y despidiéndose de todos, desapareció de allí con ánimo resuelto de no pasar una sola noche entre ellos; palabra que cumplió sin excepcion alguna, y lo que indudablemente hubo de librarle en los muchos años que continuó ejerciendo el oficio de bandolero, de toda traicion alevosa.

Acostumbrado á la fatiga, á dormir sobre el duro suelo, al relente, y en un país cuya temperatura es benigna y hasta agradable en todas las noches del año, logró su intento sin grandes dificultades.

Pensaba dormir, y lo cumplió, cuando lloviera en casas aisladas que le ofrecian confianza; el resto de las noches en matorrales, cuevas, bosques, barrancos, y una parte no pequeña junto al *Penitente*, sin descansar dos seguidas en un mismo sitio.

Su privilegiada naturaleza, su vida cási siempre al aire

libre, y el ningun cuidado ni comodidades que ofrecia á sus carnes, le libraron de enfermedades que jamás tuvo, hasta que fué á habitar en la ciudad de Murcia durante los últimos meses de su existencia.

La materia se asimila á una planta; si la última nace y se la deja á merced de la intemperie, crece y se desarrolla sin enfermedad alguna, en tanto que entregada al cultivo de un hábil jardinero, gana en belleza; pero el dia que la abandona su dueño arrastra una vida enfermiza y muere. El símil es exacto; el hombre que vive siempre al aire libre y se ocupa lo ménos posible de sí, no tiene enfermedades; el que se cuida mucho en las poblaciones, usa de médico y gasta en botica, rara vez está sano, y pocos son de estos los que llegan á la ancianidad.

Lo que hemos dicho anteriormente de Jaime sobre su vida y determinacion invariable y cumplida de dormir siempre léjos de su partida y no verificarlo dos noches seguidas en un mismo paraje, es ciertísimo, y nos prueba lo bien que discurria, lo precavido que era y la fortaleza de su inquebrantable voluntad.

En la presente noche se dirigió sin vacilar á la cueva del anacoreta, hallando á aquél entregado á su rezo y sumido en completa oscuridad.

—¿Quién es?

Preguntó Don Pablo, oyendo el ruido de las pisadas y la voz de Alfonso que le llamaba.

—¿Dormias?

Añadió Alfonso.

—No; rezaba, como de costumbre.

—Muy temprano cierras tus espléndidos salones.

—Sí, mi castillo feudal no se abre de noche para nádie. Aguarda un poco, que ya está encendida la yesca y pronto tendremos luz.

—¿Con que para nádie? Pues yo soy alguien.

—Sólo tú, terrible bandolero, el huracan ó el águila se dejan sentir de noche en estas bóvedas sombrías. Siéntate á mi lado. ¿Vas á estar mucho tiempo?

—Toda la noche, si me cedes la mitad de tu cama.

—Con mucho gusto. ¿Te persiguen otra vez?

—No; pero he determinado huir de mis dignos compañeros el resto de mi vida durante las sombras de la noche.

—¿Qué motiva esa resolucion, Alfonso?

—Pablo, lo muy fácil que es matar á un hombre dormido.

—Ya sabía yo que el oficio era malo y que tu tranquilidad de espíritu y seguridad individual te serian desconocidas.

—¡Vaya una novedad que me anuncias! Te he dicho y repito que soy el más desgraciado de los hombres.

—¿Eso exclama el rey de los montes, el soberano de esta comarca?

—Sí, que el poder y las riquezas jamás constituyeron dicha ni felicidad.

—Cuéntame lo que has hecho desde la última vez que estuviste aquí.

Jaime le habló de los impuestos establecidos últimamente, del magnífico cuadro de espías y confidentes que estaban á sus órdenes y de sus planes todos, sin omitir detalle ni circunstancia alguna.

El anacoreta le oyó con interés, exclamando al concluir:

—¡Y toda esa magnífica organizacion, esos cálculos tan acertados, ese plan tan vasto y admirable, para robar, para ofender á Dios, para hacer tu desgracia y la de los demás!

—Predica, Ramiro, que te oigo con gusto.

—Sé que estuviste hace ya dias en la celda del padre abad; que te confesaste por segunda vez, y en verdad que te ha servido de poco.

—¿No estuve generoso con el carretero de los cuatro mil duros?

—Sí, el hecho es plausible, como lo serian otras acciones tuyas si no fueras bandolero; la virtud, Jaime, no debe practicarse á medias. ¿Ha llegado á tus noticias la nueva que corre hoy?

—Ignoro á lo que te refieres, Pablo.

—Me dijo el padre abad esta tarde que los franceses entra-

ron por fin en Valencia, y se teme con fundamento se extiendan por aquí.

—Lo habia oido, y creo sea cierto.

—¿Qué vas á hacer si llegan?

—Nada; entre las breñas donde yo habito seguro estoy de ellos.

—Pero comprende que entrarán en Crevillente, Catral, Abanilla y restantes poblaciones limítrofes, entregándolas todas al robo y al saqueo.

—Posible es.

—¿Qué intentas tú para cuando llegue ese caso?

—Estarme quietecito entre los mios.

—Alfonso, te se presenta una ocasion de hacer méritos y ganar un indulto con heroicidad y aplauso general.

—¿De qué modo, Pablo?

—Haciendo uso de tus espías y confidentes, sorprende á los de Francia; persíguelos dia y noche; conviértete en guerrillero, y no permitas que los enemigos de tu patria cometan desman alguno en los pueblos que tú crees dominar.

—¿Para qué? ¿Para librarlos de la rapiña francesa y entregarlos á la de mi gente? Pablo, tengo ya muchos enemigos, y áun cuando venciera á los hijos de Francia me ahorcarian lo mismo y acaso mucho ántes. Si ellos me atacan, me defenderé; de lo contrario, quieto me estoy, y que la tropa española se entienda con la francesa.

—No vuelves á encontrar otra ocasion más favorable y propicia.

—Ramiro, tú fuiste militar y ves las cosas de una manera contraria á como yo las miro; ahora estás encerrado en esta cueva, sabes únicamente lo que te dice el abad, y eso no basta para formar un juicio acertado. Yo tengo agentes en todas partes, no ignoro nada de lo que pasa, y te puedo asegurar que no debo combatir contra los franceses.

—Viriato fué, como tú, primero pastor y luégo bandolero; más tarde, al frente de su partida, declaró la guerra á los romanos que habian invadido España, como ahora los franceses,

y llegó á ser uno de los generales más esforzados y aplaudidos de los que brillaron en aquella época. ¿Por qué no lo imitas, Jaime?

—Porque ahora son otros tiempos, y á la postre me ahorcarian. No insistas, Pablo, porque nada lograrás de mí en lo relativo á los franceses.

—¡Qué tenacidad, que nécia obcecacion! ¿No comprendes la diferencia que hay entre el español que defiende su patria y se sacrifica, al que, por el contrario, la combate y aniquila con horribles atentados y latrocinios?

—Puedes apagar la luz cuando quieras, porque yo estoy cansado, y con tu permiso voy á dormir. Sólo te quito la tercera parte de la yerba.

—No hay remedio para ti, Alfonso; te aconseja Lucifer, y estoy seguro que te perderás.

—Perdido ando hace ya mucho tiempo.

—¡Qué ocasion tan magnífica para que el miserable bandolero trocara por honra y gloria la horrible fama de sus nefandos crímenes!

—La tormenta descarga esta noche como ninguna otra. Sigue, Pablo, que voy á dormir al agradable arrullo de los truenos.

—¡Podia ser este hombre un nuevo Viriato!

—¿Cómo acabó ese pastor, bandolero y luégo general?

—Lo envenenaron los romanos, porque llegó á ser para ellos el enemigo más terrible.

—¡Vaya un fin! No lo quiero. Hasta mañana.

—Creo, efectivamente, que serán inútiles todos mis consejos y reflexiones. Si yo estuviera en tu lugar, ¡con qué gusto ayudaria á esa santa revolucion que lleva á cabo mi patria con asombro del mundo! Es tarde para mí, pero al coloso de Europa lo vencerán mis hermanos, y esto me consuela, enorgulleciéndome que mi único hijo combata contra ellos y ayude á la regeneracion de un pueblo que yacía aletargado. Tambien tú, Jaime, pudiste contribuir... ¡Se ha dormido! Es fuerte como el roble, y tan tenaz en sus propósitos, que asombra. ¡Si

yo lograra convencerle! Imposible; á no ser que Dios me prestara su divino auxilio.

Y apagó la luz, tendiéndose sobre la yerba seca que le habia dejado Alfonso. Dos horas prosiguió en aquella postura, rezando y pidiendo al cielo porque el *Barbudo* cambiara de ideas.

Luégo se quedó dormido hasta el amanecer que le despertó Jaime, diciendo:

—Adios, Pablo; va á salir el sol y me marcho.

—¿Adónde vas?

—A la sierra, donde está mi gente.

—¿Cambiaste de opinion en lo relativo á los franceses?

—Por ahora no; pero pensaré en ello, y ya te contestaré.

—¿Vuelves esta noche?

—No; vendré á menudo á dormir contigo, pero nunca lo verificaré dos dias seguidos.

—¿Qué te propones?

—Evitar una sorpresa, que áun cuando vivo precavido, todo es poco contra el anzuelo de tres mil duros que dan por mi cabeza.

—Si no te declaras guerrillero, acabarás en un patíbulo; no lo dudes.

—Cómo ha de ser; paciencia.

Y ambos se despidieron, saliendo Jaime en direccion del monte.

Poco despues de aparecer el sol llegó á la casa donde habia dormido su gente, viendo á Amorós que desde una altura observaba los contornos.

Alfonso se incorporó con él, preguntándole:

—¿Qué haces aquí, José?

—Siguiendo tus instrucciones, vigilo.

—Bien hecho. ¿Y la gente?

—Vistiéndose están en este momento. Y tú, ¿dónde has dormido?

—Sobre mi manta y un poco de yerba seca; mala cama tuve, Amorós.

—Pero ¿en qué paraje?

—Eso no se lo diré á nádie jamás.

—¡Ni á mí!

—Ni á ti; que de ese modo, si tuviera algun contratiempo, no podré desconfiar del hombre á quien más estimo en la partida.

—Bien hecho.

—¿Murmura alguno?

—Como están ociosos, algo hablan; pero todos te quieren y sus cuestiones no merecen ni la más leve reprension. Hazles trabajar, Jaime, que llevas tú solo el peso y los demás poco ó nada hacemos.

—Ya lo sé, y en breve los ocuparemos. Míralos, salen de la casa y te buscan. Veamos qué acontece.

—Nada, que me habian echado de ménos.

Poco despues se incorporaron con aquellos, almorzando juntos una hora más tarde.

No obstante la impotencia de los escopeteros y los muchos y buenos agentes de Jaime, procuraba este eludir toda ocasion que pudiera comprometer á su partida ó individualidad. Así es que pasaba poco tiempo en cada punto, haciendo correrías con las cuales ocupaba á su gente, mareando al que pretendia conocer sus operaciones.

Desde Abanilla se iba á Laparra; desde ésta al Pino; desde el Pino al campo de Jumilla; luégo retrocedia á Capré, los Baños, para aproximarse á Orihuela, Crevillente, llegando hasta Elda y Novelda.

De noche seguia Alfonso desapareciendo, y cuando se hallaba en terreno donde no tenía amigos ó casa que le ofreciera completa seguridad, dormia en el fondo de un barranco, en el interior de una cueva ó entre las espesas plantas de un matorral.

Su gente se entretenia en los ratos de ocio en juegos lícitos, en ejercicios guerreros, y por los caminos cantaba y reia, pues la mayor parte eran jóvenes, tenian confianza absoluta en Jaime, llevaban dinero, comian bien, y como no maltrataban á

nádie en los caseríos y cortijos, eran recibidos con agrado.

El *Barbudo*, siempre ensimismado y taciturno, estudiaba el terreno que le era desconocido, y no habia trocha, pico, cueva ni pedazo de terreno que él no grabase en su memoria, hasta que llegó á aprender más aún de lo que le hacía falta en un diámetro de veinte leguas.

Reprendia á los suyos cuando hablaban mal ó se descomponian; no toleraba exceso alguno con hombres ni mujeres, y su aquiescencia se reducia á consentir amoríos que no llevasen violencia alguna.

A menudo les hacía tirar al blanco; predicábales continuamente, y pagaba á sus espías, agentes y cómplices con la misma rigurosa exactitud que exigia á sus víctimas los impuestos convenidos por ambas partes.

Tuvo Alfonso un larguísimo período en que, efecto de los consejos y reflexiones del padre abad y de Don Pablo, á nadie robó, pagando con exactitud y hasta con generosidad cuanto necesitaron él y los suyos. Esto le proporcionó el que léjos de temerle, desearan su presencia en los caseríos y cortijos, donde tan espléndidamente remuneraba.

En aquel largo período se hablaba de él sin temor alguno; y solo los carreteros, algunos de los señores á quienes impuso contribucion, y particularmente los que no quisieron someterse á tan duro arbitraje, murmuraban de él, solicitando de la autoridad de Murcia el exterminio de aquella partida.

En cambio no faltaban caballeros que, compadecidos de su suerte, y siéndole deudores de algunos beneficios, trataron de mejorar su condicion, empleando al efecto su influencia y poder en favor de Jaime, como veremos más adelante.

No descuidaba Alfonso las atenciones que le merecian su mujer é hijo; los veia á menudo; les daba de continuo dinero y se presentaba allí tan tierno y amable, que no era posible recordarle sus hechos bandálicos. Siempre precavido, visitaba la barraca entre las sombras de la noche, y las horas que pasaba en compañía de su mujer fueron, segun dijo, la única tregua á su tristeza y melancolía. Allí estaba alegre, expansi-

vo, cariñoso y espléndido. Junto á la vivienda de su cuñado construyó éste otra igual, y en ella dormian la mujer é hijo de Alfonso, logrando el *Barbudo* con esta division pasar muchas horas en completo aislamiento con los dos séres á quienes más queria en el mundo.

Lo que no consiguieron los polizontes de Murcia ni agente alguno del Gobierno, lo alcanzaron el interés y el agradecimiento.

Una noche en que Alfonso, despues de andar cinco leguas sólo, á pié y disfrazado, recibia en los halagos de su mujer la recompensa á la carrera y fatiga consiguientes que le costaron el estrecharla entre sus brazos, fué sorprendido por tres golpes dados á la puerta de su barraca, y por una voz que le dijo á la vez:

—Abre, Alfonso, y nada temas, que sólo el bien me trae cerca de ti.

Jaime habia entrado en la vivienda de su esposa á las nueve de la noche; cenó con ella y sus cuñados, y á las diez se acostaron los dos matrimonios en sus respectivas barracas.

El bandolero, que no se distraia nunca, ni olvidaba un instante que su cabeza estaba pregonada, habia llegado allí, deteniéndose, volviendo la cabeza atrás y espiando, en fin, todos los alrededores.

Su traje de *huertano*, igual al que usaban los colonos de la vega, la hora, oscuridad y detenidas observaciones, le hicieron creer que penetró en su barraca sin ser reconocido y ni áun visto por nádie. Acababa de acostarse cuando dieron los golpes á la puerta, y Alfonso quedó aturdido, confuso; pero, siempre sereno y pensador, se vistió á oscuras, montó la carabina, y despues que hubo dado á su mujer algunas órdenes, abrió una pequeña y disimulada puerta que tenía á la espalda aquella barraca. Interin efectuaba todo esto, la misma voz repitió sus anteriores frases, acompañadas de otros tres golpecitos.

Por último, la mujer de Alfonso preguntó:

—¿Quién es?

—Di á tu marido que abra,—le contestaron,—que soy un amigo leal y vengo solo.

—Aquí no hay hombre alguno, á no ser mi pobre hijo, que tiene tres años.

—Repito que no temais nada, que vengo solo é indefenso, y únicamente el bien de Jaime me trae á su barraca.

—Pero si aquí no hay ningun Jaime.

—Lo he visto yo entrar, despues habeis cenado los cuatro, y sólo salieron de aquí tu hermana y cuñado.

Miéntras tenía lugar este diálogo, Jaime, embozado en su manta, pero asomando por debajo de aquella el cañon de su carabina, abrió la disimulada puerta sin hacer ruido alguno, y, dispuesto á matar al que tratara de estorbarle el paso, salió de allí, inclinado hácia adelante, mirando á derecha, izquierda y de frente. Pero á nádie percibió ni hombre alguno le impidiera avanzar.

Anduvo cincuenta pasos, parándose várias veces para observar. Se hallaba en este instante entre un inmenso bosque de moreras, donde era imposible distinguirlo á más de cuatro varas de distancia.

—¡Qué haré, Dios mio!—exclamó, notando que nádie le salia al encuentro.—Puedo huir, desaparecer sin obstáculo alguno; pero ¿y mi pobre mujer, y mi hijo? Me han descubierto, los he perdido, y no puedo dejarlos entregados á mis enemigos. ¡Quién me veria! ¡Cuándo! ¡Esto parece un sueño! Y si me han descubierto, ¿cómo me dejaron escapar? ¿Por qué no rodearon la barraca?.. Me confundo. Calma, Alfonso, mucha calma, que la precipitacion pierde á los hombres.

Y entabló una lucha consigo mismo: le aconsejaba huir su instinto de conservacion; mas el cariño paternal y el amor de esposo lo atraian á la barraca. Siempre valiente y osado, triunfaron los últimos, y Alfonso, sin hacer ruido, con la carabina montada y saltando de árbol en árbol, fué reconociendo con su habitual sangre fria los alrededores de la barraca.

Sólo un hombre, con traza de caballero, habia á la puerta de aquella.

Alfonso no vaciló; acercándose al embozado lo que la prudencia aconsejaba, le dijo:

—No está ahí. ¿Qué quieres?

—¡Ah! ¿Saliste por otra parte? No te veo.

Y se desembozó, presentándose á la vista de Alfonso sin armas y con traje de caballero.

El *Barbudo* habia hablado con aquel hombre una sola vez; y unida esta circunstancia á la oscuridad de la noche y á la distancia que se hallaba de él, no le reconoció. Así es que aproximándose á cuatro pasos, le dijo, apuntándole con la carabina:

—Si llamas á alguien en tu auxilio, gritas ó haces la más leve seña, te parto el corazon. Jaime soy. ¿Qué quieres?

El caballero le contestó:

—Nada temas, Alfonso; te he dicho y repito que quiero tu bien, y si me hubieras reconocido no dudarias de mis palabras. Acércate más; soy primo del marqués del Rafal; me salvaste honra y vida cuando caí en poder de los Mogicas, y vengo á devolverte accion tan generosa con otra digna de mi gratitud y reconocimiento.

—¡Ah, señor! Perdóneme V. si desconociéndole...

Jaime desmontó su carabina y la ocultó. El caballero le dijo:

—Estrecha mi mano.

—Gracias; me ha proporcionado V. un conflicto, no por mí, cuya vida jugué y anda mal como sabe todo el mundo, sino por mis pobres mujer é hijo. Pero ¿quién le dijo á V. que yo me escondia aquí?

—Alfonso, desde el dia aquel en que tanto te debí, no me olvidé un solo instante de tu suerte futura. Al principio creí que moririas á manos de los Mogicas; despues supe que huistes de ellos con valor digno de mejor suerte; regresé á Orihuela, y desde entónces me he dedicado con celo incansable á libertarte de la horca que te amenaza por doquier. Mi primo, el marqués, fué á Sevilla en obsequio tuyo, y yo me consagré á espiar tus pasos y acciones, hasta que he logrado tener un

documento que me hacía falta y hallarte solo con tu mujer é hijo. No temas por los últimos; estoy de acuerdo con tu cuñado, sé todo lo que le has contado de ti, y á nádie he confiado una sola frase de las que me refirió.

—Empiezo á comprender, señor; por eso Rafael se hallaba esta noche tan contento y satisfecho. ¡Oh, gracias á ambos!

—¿Me sigues?

—Adonde V. quiera.

—Es que vamos á Orihuela y á casa de mi primo.

—Estoy completamente á sus órdenes

—Tranquiliza á tu mujer, que nada sabe; despídete de ella, de tu hijo, y vámonos.

—Vuelvo en seguida.

Alfonso entró en la barraca por donde habia salido, regresando diez minutos más tarde.

—Me hallo á la disposicion de V.

—¿No temes ya nada?

—No, señor.

—¿Confias en mi lealtad por completo?

—Claro es.

—Haces bien; ponte á mi lado y en marcha; cuenta que para ofenderte alguno era indispensable que pasara por encima de mi cadáver.

—Despues de conoceros en la garganta de Crevillente y de hacer allí lo que pude, sin otro objeto que el de evitar una picardía, me contaron quiénes eran V. y su señora, y claro es que tan buenas noticias son ahora el orígen de que yo camine con más tranquilidad que nunca.

—Trabajo me costó dar contigo, Alfonso.

—Como que logró V. lo que no pudo conseguir ningun agente del Gobierno.

—Esos te buscaron guiados por la ambicion de una recompensa material, en tanto que á mí me inspiraban el cariño é interés.

—Ya se conoce. Distingo á lo lejos un bulto y hombres...

—Sí, aquel es el camino real, y en medio se hallan mi car-

ruaje, lacayo y cochero. Dista Orihuela cerca de una legua, é iremos mejor en mi coche que andando.

Poco despues obligó el caballero á Jaime á que entrara en su carroza, dándole la derecha y teniendo con él todas las consideraciones posibles. Partió el vehículo, llegaron hablando á Orihuela, y se detuvieron á la puerta de la casa del marqués del Rafal.

Embozado el uno en la capa y el otro en su manta, penetraron en un extenso salon profusamente alumbrado, y tan lujoso en muebles y decoracion, que Alfonso quedó sorprendido y confuso.

Era la primera vez que pisaba aquellas ricas alfombras, la primera tambien que veia régio artesonado, relieves de oro, colgaduras de damasco y una esplendidez que contrastaba notablemente con su mísero traje de *huertano*, manta y carabina. Así es que Jaime pareció asombrado en los primeros momentos. Luégo, y en tanto que su introductor avisaba al marqués, se retiró á un rincon, donde dejó sus armas, abrigo y sombrero, quedando parado en medio del salon.

Minutos despues se hallaba frente al marqués, que le hizo sentar á su lado, diciéndole con cariño:

—Ocupa ese sillon, Jaime; tú, primo mio, ese de la izquierda, y yo este otro. Ahora hablemos. Nada temas, Alfonso, que estás en mi casa y te defiendo yo.

—Señor marqués,—contestó el *Barbudo* algo cortado todavía,—siento que se moleste V. S. por mí...

—No me des tratamiento, Jaime; mi familia te debe servicios importantes, y con ellos ganastes mi consideracion y aprecio; tranquilízate, que estás un poco afectado.

—No le extrañe á V. ¡Es tan nuevo para mí cuanto veo y tan desconocida la bondad con que me trata!..

—Ya sé que contribuyeron mucho los hombres á que te hicieras bandido; pero aquí, amigo mio, te queremos todos, y en verdad que deseamos vivamente tu tranquilidad presente y futura; y algo hemos hecho para conseguir la última.

—Pues la primera llegó á mí por completo. Dígame us-

ted todo lo que quiera, que le oigo sosegado y con todo el respeto que se merece una persona tan digna.

—Alfonso, salvaste la honra y vidas de mis primos, y como si esto fuese poco, has eliminado de tu lista de impuestos á todos los indivíduos de mi familia y á mí.

—No me ocurrió nunca pedir ni hacer nada á los habitantes de Orihuela y sus cercanías.

—¿Por qué, Alfonso?

—Señor, tengo cerca de aquí á mi mujer é hijo, y no es prudente enemistarme con los que pudieran descubrir su paradero, prenderlos y... La sola idea me horroriza.

—Comprendo, y ya no me extraña tu tolerancia con los oriholanos. Resultan, no obstante, dos cosas que no puede desatender ningun caballero, y son: primera, los importantes servicios que has prestado á mi familia, exponiendo tu vida, y segunda, que eres humano, caritativo en muchas ocasiones y generoso siempre. Estas tres cualidades confirman las noticias que yo tengo de ti; esto es, que para hacerte bandolero influyeron más las desgracias de que te vistes rodeado, que tu índole y perversidad. Yo, Alfonso, estudié tus hechos; á ruego de mi primo averigüé cuanto practicaste; vi las causas, y agradecido como compadeciendo tus infortunios, quise pagarte la deuda que contrajo mi familia contigo, separándote á la vez del mal camino que sigues. Toma, Alfonso, ahí tienes tu indulto; restituye lo que puedas, y mi primo queda encargado de darte luégo una colocacion honrosa y lucrativa. El resto de tu vida lo pasarás entre tu mujer é hijos, cerca de nosotros y sin temer á la justicia ni á los hombres.

—¡Mi indulto!

Exclamó Jaime, cogiendo el papel y besando la mano de su generoso protector.

Dos lágrimas, hijas del agradecimiento, asomaron á sus pupilas, y trémulo y agitado, continuó:

—¡Este papel borra mi sentencia de muerte, mis delitos!.. ¡Bendito sea Dios; bendito el señor marqués del Rafal!

Jaime lloraba; sus protectores mirábanle ahora con sumo cariño é interés.

El *Barbudo* continuó:

—¡Puedo vivir entre mi mujer é hijo; entrar en las poblaciones; ganar honradamente el sustento de mi vida y ser el marido y padre de dos criaturas que no se avergonzarán de llamarme esposo y padre! ¿Qué hice yo, señor, para merecer tanta bondad?

—Salvaste la honra y vida de una dama jóven y hermosa, la honra y vida de un cumplido caballero, y de no haber arrancado yo ese indulto, Jaime, hubieras valido más que nosotros, y eso no puede ser.

—Yo no hallo frases con que demostrar á ustedes mi gratitud. Si me pidieran la vida, se la daria en este momento sin vacilar; pero no me es posible otra cosa.

—Goza, hijo, goza, sé feliz con la perspectiva que te ofrece hoy tu porvenir, que no nos alegra y complace á nosotros ménos pagar una deuda sagrada y convertir á un bandolero en hombre de bien. Tú, Alfonso, tienes condiciones que te proporcionarán un dia no lejano la estimacion de todos.

—¡Ay; la alegría hiere tambien como el dolor, como la amargura que siempre me atormentaron! Déjenme ustedes que llore, que ria á la vez, y que como un loco me presente ante mis amados protectores. ¡Qué dicha, qué felicidad! Mi pobre hijo, Pepe, correrá cogido á mi mano; mí María no llorará ya; estas lágrimas que yo vierto ahora son las últimas que caen en mi familia; con ellas se van á borrar la pena, el mal que nos sitiaba, y luégo... ¡Oh, qué idea! Permítanme ustedes, señores, que lea este escrito.

Jaime, llorando aún, más agitado que nunca y con mano trémula, deslió el pliego, leyéndolo con avidez. Sus ojos devoraron con ansiedad febril las ocho líneas que contenia.

De pronto exhaló un ¡ay! ronco y lastimero, dobló el papel, y, enjutos ya sus ojos, añadió:

—¡Fué una vana ilusion, un instante de ventura que desapareció como ligera ráfaga de luz, la cual me alumbró un

instante para sumirme despues en peores tinieblas; fué la ventura que en forma de puñal llegó á mí, traspasó mi corazon y luégo se deshizo; jarro de agua que al llegar á los labios del sediento se convirtio en acíbar; rasgo bondadoso del noble caballero marqués del Rafal, estrellado al nacer en la jacerina del diablo!

Absorto el marqués ante la metamorfósis sufrida por Alfonso, y sorprendido por unas ideas y lenguaje de que no le juzgaba capaz, le preguntó:

—¿Qué dices, Alfonso? No te comprendo.

—Digo, señor marqués, que no me sirve ese indulto, que no lo acepto.

—¡Insensato!

—Mi agradecimiento á V. no es por eso menor; lo estimo, mas no lo quiero.

—¿Prefieres acaso continuar de bandolero?

—Y el presidio y la horca, y todo lo malo del mundo.

—Alfonso, siento haberme equivocado al juzgarte.

—Ahora es cuando se equivoca V.; ántes no.

—Te ofrezco vida, los medios de vindicarte con nobles acciones sucesivas, tranquilidad, dicha, y lo rehusas, y prefieres continuar en el camino del crímen. Alfonso, repito que me he equivocado al juzgarte.

—Y yo añado que es ahora cuando se equivoca V.; ántes no.

—¿En qué te fundas? Habla.

—Me ofrece V. una felicidad coja, y yo la necesito sin muletas.

—No te entiendo.

—En este indulto faltan, señor marqués, veinticinco nombres.

—¡Ah! Los de tus compañeros.

—Claro está. Me conceptuaria más villano abandonando á los que pusieron su suerte en mis manos, que saliendo á los caminos á robar: mi vida responde de mis actos vandálicos, y de esa inícua accion nada podria responder.

—Alfonso, me pides veintiseis indultos y gasté toda mi influencia y poder en conseguir uno; los demás son superiores á mis fuerzas.

—Lo creo, y os juro que mi gratitud me seguirá á la tumba.

—Acepta ese, Jaime; que se escondan tus compañeros, y yo te ofrezco hacer cuanto pueda en favor de ellos.

—Les dije, señor marqués, que unia mi suerte á la suya, y eso ha de ser. Insistir en lo contrario es inútil; todos hombres de bien ó todos bandoleros.

—Tanto como eso no puedo yo, Alfonso; y por Dios que lo siento; por Dios que me duele no poder recompensar lo que te debe mi familia.

—Si V. fuese tan bueno que accediera á mi deseo, todavía le era dable hacerme un favor que estimaria aún más que el indulto.

—Habla, Alfonso.

—Señor, el primo de V. descubrió el paradero de mi mujer é hijo; ellos no tienen culpa alguna de que yo sea bandolero, ni nádie puede exigirles con razon responsabilidad de lo que yo haga; pero la justicia anda tan mal por este país, que si los cogen, bien comprenderá V. la suerte que les espera.

—Es posible que los atropellen. Mañana vendrán los dos á Orihuela, y yo los defenderé en lo sucesivo. ¿Deseas algo más?

—Si V. los ampara y protege, llenará el colmo de mi deseos.

—Lo haré, y para que tú puedas continuar viéndolos sin peligro alguno, habitarán la casa contigua á ésta, que es de mi pertenencia; en ella hay criados mios, nádie se atreverá á entrar con intencion hostil, y tú tendras la llave de una puerta excusada, por la cual penetrarás cuando te se antoje.

—Eso es; necesito verlos á menudo; conviene que la suerte no me separe de ellos, porque los quiero con delirio y porque soy demasiado jóven para un divorcio que me acercaria á otras mujeres, y bien sabe V. que ese sexo suele perder á los hombres.

—Todos dicen que no eres vicioso, Jaime.

—Yo no bebo, señor, ni juego; me gustan mucho las hijas de Eva, pero hasta ahora sólo mi María logró dominarme. Temo, sin embargo, que el destino me separe de ella, me acerqué á otras, y ya comprende V. que si algunas me hicieran caso, serian más malas que yo, y entre ellas mi perdicion era segura.

—Cada vez me duele más que un hombre como tú sea bandolero.

—¡Qué quiere V., señor marqués; nací desgraciado, y continuaré de ese modo hasta que Dios se canse y me llame á otro lugar!

Todavía el marqués insistió en que aceptara el indulto, ofreciéndole trabajar por el de sus compañeros. Ruegos, amenazas, ofertas, todo fué inútil; entónces el marqués mandó á su primo que enseñara al *Barbudo* las habitaciones que destinaba á su mujer é hijo; le dieron la llave de la puerta falsa, y no logrando obligarle á aceptar dinero, le regaló el marqués cien cigarros habanos de los mejores que él fumaba, y salió de allí agradecido y satisfecho.

El marqués y su primo no pudieron por ménos de admirar como merecia la heróica resolucion de Alfonso al rechazar un indulto en el que no estaban comprendidos sus compañeros. Tal conducta era efectivamente impropia de un bandido, y esto nos prueba lo que dicen cuantos conocieron á Alfonso; esto es, que nunca robó por índole ni por maldad, y que de no haberle precipitado los acontecimientos, Jaime hubiera sido siempre un hombre de bien, buen esposo, mejor padre y excelente ciudadano. Esto lo veremos confirmado en la mayor parte de los actos de su vida.

CAPITULO XVIII.

Las reflexiones de Alfonso.—A la negativa que dió al marqués del Rafal sigue una sorprendente confirmacion.—El célebre robo llamado *del marsellés.*

Jaime Alfonso se volvió á la barraca de su mujer, exclamando por el camino:

—Ya sólo debo temer por mi suerte; la de mi mujer é hijo está asegurada con la proteccion y amparo del noble marqués del Rafal. ¡Oh, hay algunos ricos malos, pero otros son modelo que debiéramos imitar todos! Me embarga la dicha, la felicidad; mejor hubiera sido un indulto; éste colmaria mi dicha, pero, ¡cómo ha de ser! Me conformaré con la mitad, que no es poco, dando las gracias á Dios y al hidalgo marqués, que será para mi familia una segunda Providencia.

Llegó á la barraca, hallando levantados á su mujer y hermanos de ésta. Se encontraban intranquilos, pero él los calmó ofreciéndoles un porvenir más sosegado y halagüeño.

Aceptada por su esposa la proteccion del marqués y dispuesta á marchar al dia siguiente, se despidió Jaime de los tres, dió un beso á su hijo, el cual dormia aún, y mucho ántes de la madrugada corrió en busca de su partida, la que se hallaba á cinco leguas de allí, en la sierra de la Pila.

Embozado Jaime, y por senderos y veredas que le eran conocidos, se propuso andar el largo espacio que le separaba

de su gente en dos horas y media, y sin descanso alguno prosiguió adelante, saltando unas veces, corriendo otras y siempre muy de prisa.

Logró su objeto; pero al distinguir el monte iba rendido y jadeante. Desde las cuatro de la tarde del dia anterior hasta las cinco y media de la mañana habia andado once leguas, y en verdad que eran precisas sus fuerzas y musculatura de bronce para resistir lo que aquel hombre extraordinario.

Subió una larga pendiente, cruzando despues por entre riscos, colinas y barrancos.

De pronto se detuvo, arrojó la manta al suelo, y dejándose caer sobre ella, exclamó:

—¡No puedo más!

Y permaneció cinco minutos recobrando el aliento.

Se hallaba en el centro de una cordillera, frente á varias cuevas que le eran muy conocidas.

Habia empezado á amanecer.

Alfonso silbó una vez, luégo otra y despues otra, fijando su mirada en las cavernas sin moverse ni variar de postura.

Poco despues apareció en la boca de una de ellas Amorós, el cual hubo de reconocerle.

Un cuarto de hora más tarde se encontraba Alfonso rodeado de todos los indivíduos de su partida, incluso el ranchero.

—¿Qué tienes, Jaime?—le preguntaron todos á la vez.

—Nada; que anduve once leguas desde que me separé de vosotros, y estoy cansado.

—¡Once leguas!

—Sí, por un terreno infernal la mayor parte de ellas.

—No habrás dormido.

—Cuando iba á cerrar los ojos fuí sorprendido.

—¿Por quién?

—Ya os lo diré más tarde.

—¿Te ofendieron?

—No.

—¡Ya! Con tus piernas...

—Al contrario; me acerqué al enemigo... Pero de eso hablaremos despues. Pepe García, ¿encargaste el almuerzo en el cortijo?

—Sí.

—¿Para qué hora?

—Para las siete.

—Son las seis y dista media legua. Vámonos despacito, que al concluir de comer tengo que hablar con vosotros.

—¿Hay novedades?

—Una que no esperábamos ni se nos podia ocurrir que aconteciera.

—Pues dila.

—Es cosa larga y estoy débil y cansado. Toma, García, lleva esa caja.

—¿Es dinero?

Le preguntaron, mirando con avidez los veinticinco.

—No; cigarros que me ha regalado un marqués muy bueno, y tan noble que le quiero yo más que á mi padre.

—Deben ser excelentes.

—Ya los probareis. Adelante.

Y de dos en dos comenzaron á atravesar un terreno quebrado y fatal. Iban muy despacio, Alfonso hablaba con Amorós de cosas indiferentes, miéntras los demás se preguntaban en voz baja qué sería lo acontecido á Jaime, sin atreverse ninguno á emitir su opinion.

Era el *Barbudo* tan reservado y constante en sus determinaciones, que nádie osó interrogarle más.

Llegaron á un cortijo, y sentándose en torno de una mesa grande, aguardaron la llegada de unas magras fritas con huevos, que empezaron á comer con apetito.

—No bebais mucho,—les dijo Jaime,—si quereis escuchar el relato de un gran acontecimiento que os va á sorprender.

—Pon tú la medida.

Prorumpieron varios. El *Barbudo* añadió:

—García, medio vaso á cada uno, y toda el agua que quieran.

Y continuó el almuerzo, sin que Alfonso demostrase durante aquel acto alegría ni pesar. No empañaba su rostro el tinte de la melancolía que por lo comun se observaba en él, pero tampoco apareció el del placer ni el de la satisfaccion. Hablaba con todos, pero con cierta indiferencia y desden tan estudiados, que confundieron desde Amorós hasta el último de la partida.

Terminó el almuerzo, y mandando Jaime despejar la mesa de los objetos que contenia, añadió luégo que fué obedecido:

—García, trae el belon encendido.

—Pues si entra el sol hasta aquí.

Exclamaron todos.

—No importa; los cigarros del marqués son tan ricos que debeis encenderlos en una luz especial. Obedece, Pepe, y pon sobre la mesa la caja esa abierta.

Poco despues le dijo el cocinero:

—Ahí tienes las dos cosas. ¿Qué más deseas?

—Sal ahora, y procura que nádie se acerque ni escuche nuestra conversacion. Oid vosotros.

Los veinticuatro, alrededor de la mesa, cuya cabecera ocupaba Jaime, se fijaron en él con ansiedad creciente.

El *Barbudo* meditó diez segundos, exclamando de pronto:

—Me acababa yo de acostar en blanda y mullida cama, junto á mi mujer, á la que sabeis quiero con delirio. Eran las diez de la noche, reinaban completo silencio y tranquilidad, yo habia llegado hasta allí sin ser reconocido y, á mi parecer, ni áun visto por nádie, y me disponia á disfrutar de una calma y sosiego que rara vez hallo en el mundo, pero soy tan desgraciado, que en el mismo instante dieron tres golpes á la puerta y á la vez oí la voz de un hombre que me llamaba. ¡Ay! ¡Creí que habia sido descubierto, y lo cruel de la impresion que recibí sólo Dios y yo lo sabemos! ¡Pensé abrirme paso á tiros y perecer matando; extremo horrible á que se ve obligado á recurrir el bandolero! Pero no fué así; en vez de gente armada y precabida, hallé á un caballero indefenso, me entendí con él, y partimos juntos.

—¿Quién era?

—El nombre no hace al caso; oid y callad, si deseais que prosiga.

—Continúa, hombre.

—Algo más tarde entramos en una hermosa carroza...

—¿Tú?

—El caballero y yo.

—¿Con ese traje?

—Con este.

—Parece un cuento.

—Pues es la verdad.

—Lo creo.

—Lo creo. Adelante, Alfonso.

—Adelante seguimos en el coche, tirado por cuatro mulas, llevando en el pescante al cochero y detrás un lacayo, vestidos con vistosa librea. De este modo llegamos á una ciudad.

—¿Cómo se llama?

—No tiene nombre, y es inútil que me pregunteis lo que yo no quiero decir.

—Como siempre. ¿Y luégo?

—Luégo entramos en un palacio. ¡Qué salon tiene! Le rodean sillones dorados con asientos y respaldos de seda; los balcones están á medio cubrir con cortinas de damasco, que forman preciosos pabellones; presenta cuadros cuyas figuras parece que van á echar á andar; el piso es como un blando colchon, y tales cosas vi, que quedé confuso, aturdido.

—Si nosotros cayéramos allí...

—¡Vaya un golpe que podiamos dar, Alfonso!

—¡Habrá mucho dinero!

—¡Y alhajas!

—¡Y cubiertos!

—¡Silencio! Allí hay tesoros que vosotros no visteis jamás; pero el dueño es mi protector, y su palacio un templo que defenderé yo contra todo el mundo. ¿Lo ois? Contra vosotros, contra mi mujer y hasta contra mi hijo.

—¡Ah!

—¿Dónde está?

—¿Cómo se llama?

—Está en el Paraiso y se llama Providencia.

—Como siempre.

—Adelante, Alfonso.

—Me hicieron sentar, teniendo á la izquierda al caballero que me llevó, y á la derecha un marqués.

—Estarias aturdío.

—Un poco al principio; luégo me quedé tan sereno como ahora.

—¿Qué te dijeron?

—Me estrechó la mano el marqués, condoliéndose de que yo fuera bandolero, pues dice que nací bueno y sabe que la injusticia de algunos hombres me empujó al monte. Opina, y no le falta razon, que yo estaria mucho mejor entre mi mujer é hijo, al frente de una de sus muchas haciendas, y me ofreció que eligiera la que más me agradase.

—Sí, pa que te ahorquen en seguía.

—Ese te quiere mal, Alfonso.

—Os equivocais, porque á la vez me dió este papel, que voy á leeros.

Y con pausa, marcando las frases, les leyó el indulto que le habia sacado el marqués.

Desde Amorós hasta el último de ellos, todos quedaron atónitos, sin atreverse ninguno á decirle nada.

Luégo fueron volviendo en sí, quedando tristes y cabizbajos.

Alfonso les dijo:

—Yo no lo he pedido ni lo esperaba; es cierto que al primo del marqués y á la esposa de éste les salvé la vida ayudado por Amorós, al despedirme de los Mogicas; pero no lo hice por esperar recompensa alguna, ni se me pudo ocurrir que al cabo de dos años ó más recibiria un premio como este. Yo no les conocia; creí que era una accion indigna la que intentaban cometer con ellos, y me opuse, como vió José, sin que despues me haya vuelto á acordar de semejantes séres

hasta anoche que me lo recordó uno de ellos. ¿No es así, Amorós?

—Cierto.

Exclamó el teniente, volviendo á quedar triste y cabizbajo. Jaime prosiguió:

—Al entregármelo el marqués le dije que era indispensable el perdon de vosotros, toda vez que sois ménos malos que yo.

—Claro está.

—No hay duda.

—Al que pudo sacar uno le darán treinta.

—Pues yo prefiero quedarme de bandolero.

—Y yo.

—Y yo.

—Buen negocio hariamos nosotros en Crevillente con el poco dinero que tenemos. Para volver á trabajar no me hubiera yo hecho bandido.

—¿Con que unos deseais indulto y otros no?—les preguntó Jaime, continuando:—Dejadme que acabe, y luégo emitireis vuestra opinion.

—Sigue.

—Al pedir el indulto para vosotros me contestó el marqués que habia gastado toda su influencia y poder, y por el pronto nada más podia hacer; pero que debiérais esconderos y él veria si andando el tiempo lograba vuestro perdon. Ya sabeis que yo estoy siempre triste; tengo á mi mujer y á mi hijo grabados en el corazon, no los olvido un momento, y la verdad es que soy muy desgraciado léjos de ellos. Aceptando este indulto, y en posesion del empleo que me han ofrecido, yo sería feliz; mas os he comprometido á todos y no puedo abandonaros, á no ser que vosotros os empeñárais...

—Habla claro, Jaime, que yo no te comprendo bien.

Le dijo Amorós. Varios añadieron:

—Ni yo.

—Ni yo.

—Bueno, puesto que así lo quereis, os hablaré con claridad.

Mi suerte depende de vuestro fallo. Si me exigis que me quede con vosotros, os comprometí y no puedo abandonaros; pero si sois tan buenos, tan generosos que os es dable prescindir de mí, entónces lo aceptaré, marchando inmediatamente entre mi mujer é hijo. En este último caso podia reemplazarme Amorós.

Alfonso calló, quedando, al parecer, pendiente de la resolucion de sus bandoleros. Todos ellos le miraron con interés y hablaron entre sí, exclamando por fin uno, el cual creyó interpretar el deseo de los demás:

—¡Viva el capitan Amorós!

—¡Viva!

Le contestaron:

—Que se marche Jaime. Yo quiero su dicha.

—Y yo.

—Mucha falta nos hace, pero es ántes que nosotros. Abracémosle, y que se vaya.

—¡Que se vaya, sí!

—¡Viva Amorós, y que Jaime sea feliz!

—Gracias, señores,—dijo Alfonso con cariño;—os lo agradezco como no pueden expresar mis labios, pero ántes de aceptar, necesito haceros algunas preguntas: ¿Vais á seguir todos á José?

—Todos.

—Pues ¿y los que ántes querian indulto?

—Para trabajar en Crevillente mejor estamos en el monte.

—Nos han convencido las palabras de Paco.

—¿Ninguno quereis perdon?

—Ninguno.

—Ahora estais á tiempo.

—No.

—No.

—¿Deseais todos que yo me marche?

—Todos.

—Todos.

—Di, Amorós; como primer jefe de la partida, ¿me vas á

imitar ó seguir, por el contrario, el torcido camino que te enseñaron los Mogicas?

—Jaime,—contestó José enternecido,— yo no sólo obraré como tú, sino que te veré á menudo para que me des consejos é instrucciones. Me voy á poner al frente de la partida con el corazon deshecho y el alma... Pero vamos, estoy alegre, muy alegre, porque tú vas á ser feliz, y era lo que yo anhelaba.

—Hombre, tienes los ojos húmedos

—Me estoy despidiendo de ti, y en eso consiste; mas por dentro va la alegría.

—¡Ya se conoce! Tambien vosotros demostrais sentimiento. ¡Qué diablo, uno más ó ménos, poco importa! Amorós sabe tanto como yo, os dará más vino y aguardiente, con las mujeres no tendrá tantos escrúpulos y, en resúmen, vais á estar mejor. Con que muchachos, levantad esas cabezas y no me despidais tan tristes. Tomad un cigarro cada uno del marqués, como último recuerdo de vuestro primer capitan. Sed valientes, muy valientes, que yo en la hacienda donde me halle rogaré al cielo por vosotros.

—Gracias.

—Hasta más ver. Mañana ya os habreis olvidado de mí, y estareis de otra manera.

—Eso nunca. Pero vete.

—Sí, marcha.

—Os obedezco, y hasta la eternidad.

—Con Dios.

Alfonso les habia dado un cigarro á cada uno, se puso en pié y fué á partir, cuando todos ellos exclamaron: *Con Dios*, despedida usual entre los de aquella comarca cuando se hallan afectados por un sentimiento cualquiera.

El *Barbudo* lanzó una mirada tierna sobre todos ellos, hallándolos con los ojos húmedos y el dolor en el semblante. Afectado tambien él por lo que veia y adivinaba, les volvió la espalda como para marcharse; pero de pronto se detuvo, añadiendo:

—¡Ah! Se me olvidaba una cosa importante. Es costumbre

en estas despedidas que todos enciendan sus cigarros en la misma luz que el que ha dejado de ser vuestro capitan. Primero yo y luégo vosotros.

Y Alfonso desdobló el pliego en que estaba su indulto, enrollándolo hasta formar una mecha lo más larga que le fué posible. Despues la prendió en la llama del belon, y seguidamente su cigarro. Acto continuo se la alargó á Amorós, diciéndole:

—Enciende, y que corra.

—¿Qué es esto, Jaime?

Le preguntó José, admirado como todos sus compañeros.

—Es el indulto,—añadió el *Barbudo*,—que nos va á servir á todos únicamente para dar fuego á nuestros cigarros.

—Pero qué, ¿no aceptas?

—Nunca pensé hacer semejante villanía.

—Pues ¿y tus palabras?

—¿Tu despedida?..

—¿Tu decision?..

—Quise ver si todos mereciais mi cariño; anhelaba una prueba de vuestro interés por mí; me la habeis dado completa, y mi satisfaccion en estos instantes vale más que todos los indultos del mundo.

—¡Viva Jaime!

—¡Viva el capitan!

La alegría se retrató en los semblantes de aquellos bandoleros tan tristes ántes y cabizbajos.

Miéntras iban encendiendo todos el cigarro en el papel enrollado, con mano trémula por la grata impresion que concluian de recibir, Alfonso continuó:

—Sentí un placer indecible al oir decir al marqués que me habian indultado; pero en cuanto leí en el pliego que no estábais vosotros comprendidos, se me cayó el papel de las manos y renuncié á mi dicha, toda vez que no iba unida á la vuestra. No lo quiero, dije á mi generoso protector; no lo quiero, exclamé al salir de allí; no lo quiero, digo ahora; os ofrecí seguir vuestra suerte, y Jaime Alfonso morirá por sus

compañeros; eso es muy fácil, pero abandonarlos es imposible. Si nos hubieran indultado á todos, añadiendo un buen empleo para cada uno, entónces sería otra cosa; pero no nos lo dan, y habremos de seguir *limpiando*, que yo soy muy partidario de la *curiosidad*.

—Y yo.

—Y yo.

—¡Viva el capitan!

—¡Viva!

—No hay hombre como él en el mundo.

—Es nuestro hermano.

—Nuestro padre.

—Gracias, hijos. ¡Viva el trabuco, la libertad y el monte!

—¡Vivan!

—Robemos, y en esta comarca que sólo impere nuestro acento. Libres como el águila, no obedezcamos nunca ni á *rey* ni á *Roque*.

—¡Viva la libertad!

—García, venga vino. Paco, coge despues la vihuela y toquemos un himno patriótico. Hoy se celebra aquí el triunfo completo de nuestra partida; su porvenir, su bravura y su poder. Para que la fiesta sea agradable y demos una prueba al mundo de nuestro valor y acierto, os ofrezco solemnemente desarmar yo solo á ocho escopeteros y robar luégo al señor á quien van defendiendo. Manuel, tú me acompañarás, pero quedándote á bastante distancia para ser testigo y no actor.

Prosiguieron las voces y aclamaciones, reinando una hora más la algazara y alegría entre todos los individuos que formaban aquella partida de bandoleros.

Cuando Alfonso creyó que debia poner término á la fiesta, les dijo:

—Basta, muchachos; poned centinelas, y los restantes jugad, miéntras yo descanso dos horas; que no dormí esta noche y estoy rendido.

Todo se hizo como el capitan lo mandaba, comieron por

la tarde, y despues hablaron del robo que Alfonso proyectaba realizar en el próximo dia.

Al anochecer se despidió de sus compañeros, citándolos para las siete de la mañana en una casa aislada del monte. A Manuel le dijo:

—Tú duermes con los restantes en el cortijo; pero ántes de amanecer te levantas, yéndote á emboscar en lo más alto de la sierra, junto al pinar. Tendido luégo en el suelo te fijas en los que vengan por el camino de Murcia, y, sin que te vea nádie, esperas el desenlace de la escena. Muy quietecito, bien oculto, que no te se escape nada de lo que ocurre y bajas cuando yo te llame. Hasta mañana, muchachos.

Y desapareció Jaime, llevando puesto su célebre dorman ó marsellés, pues de ambas cosas tenía, encima la manta, un enorme trabuco en la mano y un largo cuchillo en el cinto.

Se detuvo en un ventorrillo del camino, habló con el confidente que allí le esperaba, y luégo subió al puerto, perdiéndose á la mitad del acceso entre las matas de romero, bolaga, tomillo y ajedrea que habia á derecha é izquierda del camino real. Allí se quitó el dorman, doblándolo cuidadosamente; despues se lió en la manta, hizo almohada del sombrero y se tendió sobre várias plantas, conservando junto á él su tremendo trabuco, cuyo cañon era de bronce.

Poco despues dormia como en el mejor lecho; para sus carnes de hierro y la rigidez de su musculatura, no habia cama dura ni paraje despreciable.

Despertó ántes de amanecer, y sentado aguardó los primeros albores de la mañana.

—Elijamos sitio,—se dijo;—que ya está ahí el alba, precursora del sol, y no ha de tardar en venir la gente qué espero.

Alfonso salió al camino, y anduvo por él hasta detenerse cerca de la parte más elevada del puerto.

—Aquí existe,—dijo,—lo que á mí me hace falta.

Y quedó mirando las plantas que habia á la misma orilla del arrecife. Despues cogió su marsellés, colocándolo sobre las matas, que tendrian más de una vara de altas, procurando que

el dorman no pudiera pasar desapercibido para ninguna de las personas que cruzaran por el camino.

Estaba tan espesa la vegetacion en aquel paraje, que para colocarse él detrás de las plantas que sostenian su marsellés, tuvo que cortar algunas y doblar otras hasta hacer una especie de nido, en el cual se colocó, notando con placer que no podria distinguirlo ninguno de los que pasaran por el arrecife.

Despues abandonó su escondrijo y quedó de vigía frente al paraje por donde debian venir los que esperaba.

En este instante oyó un estornudo, y él contestó con otro. Era Manuel, que le avisaba su presencia á doscientos pasos de allí. El puerto en que se hallaban no era grande; en cambio presentaba una pendiente tan áspera y empinada, que todo el que pasaba por allí en carro, galera ó coche se bajaba por temor de un vuelco, de los que continuamente ocurrian en aquel desigual acceso.

Jaime sabía esto y estaba situado en lo peor de aquel paraje; cuando llegaban allí los transeuntes, iban rendidos y encorvados.

Su marsellés aparecia colocado, segun hemos dicho, á la orilla del camino y sobre las matas más altas, pero puesto con estudio, pues más que colocado de intento, parecia que lo arrojaron en una huida y con la precipitacion y abandono consiguientes.

Con los brazos cruzados, inmóvil y fijo siempre en la parte Sur, permaneció más de media hora, en cuyo tiempo hizo uso dos veces de su anteojo.

Por fin sonrió, apareciendo en su rostro una ráfaga de satisfaccion, y se dijo:

—Ya vienen; mis espías son exactos como el sol, verídicos como yo deseo. Tengo tiempo, y es indispensable evitar una imprudencia de Manuel.

Y se dirigió al punto donde se hallaba el bandolero, al que halló tendido sobre la maleza y oculto con un enorme chaparro.

—Quieto ahí,—le dijo;—observas todo lo que yo haga, y no te mueves hasta que te avise. ¿Distingues bien la subida del puerto?

—Perfectamente.

—Pues lo dicho, y hasta luégo.

Jaime se volvió al sitio elegido por él, colocándose detrás del dorman ó marsellés en el nido ó escondrijo de que hemos hablado ántes.

Al principio quedó arrodillado y por entre las plantas dirigió su anteojo, luégo guardó éste, y un poco más inclinado siguió con la vista los pasos de varios hombres que se encaminaban hácia aquel paraje. Ultimamente montó su trabuco, cubriéndose con las matas hasta el extremo de no ser visto á dos varas de distancia.

De aquel modo, en cuclillas y conteniendo hasta la respiracion, esperó dos minutos.

En estos instantes subian el puerto un coche con el tronquista á pié, yendo cogido á la brida de una mula. Detrás iba el lacayo y á éste seguian ocho escopeteros, en medio de los cuales caminaba un caballero de cincuenta y ocho á sesenta años de edad. El rostro de este señor no revelaba bondad, mansedumbre ni cualidad alguna simpática. Marchaban tan cerca unos de otros, que desde el tronquista hasta el último escopetero no habia cuarenta pasos de distancia; y motivaba esto lo empinado y difícil de la pendiente y el que andaban lo ménos posible lo mismo las mulas que los hombres.

Ya hemos dicho y repetimos ahora que el marsellés de Alfonso se habia hecho célebre en toda la comarca por los muchos adornos que tenía, los cuales le singularizaban en extremo. La variedad de colores y el gusto con que estaba guarnecido, llamaron por mucho tiempo la atencion, y Alfonso, que todo lo estudiaba, hizo un distintivo de aquel traje para darse á conocer de pronto en algunas ocasiones.

Nuestros once viajeros marchaban hablando de cosas indiferentes, cuando exclamó uno de los escopeteros:

—¡El marsellés de Jaime!

El cochero detuvo el carruaje al oir aquella voz, y los once se acercaron, inclinándose para ver de cerca el tan elegante como celébre dorman ó marsellés.

La primera impresion que recibieron fué promovida por la curiosidad; usaba aquella prenda el hombre más temible del país, era lujosa, y todos quisieron devorarla con la vista. Así lo habia adivinado el sagaz bandolero, y aprovechándose de aquella primera pero rápida impresion de curiosidad, asomó primero la enorme boca de bronce del trabuco, y luégo su cabeza, exclamando:

—¡Al que ande ó se mueva, lo abraso!

Los once quedaron cortados y sin accion. Los escopeteros llevaban el arma al hombro, y necesitaban mucho más tiempo para hacer fuego que Alfonso para matar á los primeros que lo intentasen.

—¡A tierra todos!—añadió el bandolero con voz de trueno y apuntando con su trabuco.—¡Todos, todos, ó muere el que vacile! ¡Boca abajo! Eso es. Ahora vengan vuestras escopetas.

Sin desmontar el trabuco nuestro bandido, pero sujetándolo ahora con la mano izquierda, saltó al camino y fué cogiendo las escopetas, hasta reunir las ocho, que depositó en un extremo del arrecife.

Luégo fué uno por uno quitando á los once cuanto llevaban encima, á excepcion de la ropa.

Sin perderlos de vista, y haciendo uso únicamente de su mano derecha, pues con la izquierda continuaba sujetando el trabuco, que llevaba ahora en el seguro, sacó del carruaje dos pares de pistolas y algunos otros objetos que habia dentro, sin dejar un baul y maleta que iban amarrados á aquel por fuera, cuyas cuerdas cortó con el cuchillo.

Todo lo iba depositando encima de las escopetas, hasta formar un solo bulto con cuanto tenian los once, á excepcion del traje que les cubria.

Cuando estuvo seguro de que nada absolutamente les quedaba, miró con su anteojo, y no viendo á nádie, se acercó al

grupo donde estaban tendidos los once, y contemplándolos con placer, exclamó:

—Estais muy asustados; ni áun á mirarme acertais, y en verdad que no hay motivo para tanto, pues bien sabe todo el mundo que yo no mato ni áun pego á los valientes que, como vosotros, se me presentan tan humildes y solícitos. Tranquilizaos, que el mal está ya hecho y todo acabó. En breve seguireis vuestro camino sin que Jaime haya osado poner la mano encima á ninguno de los once. Me contraje á robaros, y tiene la culpa ese buen caballero, el cual desatendió la súplica en que le pedia una cantidad mensual insignificante, atendiendo á lo rico que es y á lo mucho que le sobra. De lo contrario me hubiera hallado en este mismo sitio al pasar él, pero no para robarle, sino para defenderlo y escoltarle hasta salir del laberinto de sierras que todavía debe cruzar. Os reunísteis ántes de ayer los ocho escopeteros en su despacho, conviniendo en que con los nueve, el lacayo y dos pares de pistolas bastaba para espantar á la partida de Jaime, en el caso improbable de que se atreviera á saliros al encuentro. Y no fué suficiente la adopcion de una idea tan descabellada, sino que luégo algunos de estos hicieron alarde en las tabernas de Murcia de un valor y temeridad capaces de asustar al más atrevido. Por esa razon dejé yo á mi partida muy léjos de aquí y me vine solo, segun continúo; que para los once soy yo muy de sobra. Direis esto á todo el mundo, añadiendo, si sois amantes de la verdad, que necesito quinientos escopeteros para los veinticinco que componen mi partida. ¿Levanta V. la cabeza, señor caballero? Me alegro; póngase V. en pié, si gusta; tengo el trabuco montado, como ve, y detrás ocho escopetas y dos pares de pistolas cargadas.

El dueño del carruaje se incorporó hasta ponerse en pié, preguntándole:

—¿Quién te ha dicho, Jaime, lo que hemos hablado en mi casa?

—¡Brava pregunta! Un hombre.

—¿Puedo saber cómo se llama?

—No, pero entienda V. que me refieren diariamente cuanto ocurre en las siete veces coronada ciudad de Murcia.

—Eso es imposible.

—¡Qué necio es V! ¡Tiene la prueba delante y duda de ella! Acabemos. ¿Me pagará en lo sucesivo el tributo que le impuse?

—Sí, con tal de que me vuelvas lo que me has quitado.

—¡Otra necedad! Espere á hacerme esa proposicion cuando le digan que he principiado á restituir lo ajeno. Le doy por el impuesto su vida.

—¡Mi vida!

—¿No la quiere V?

—¡Sí; no tires, por Dios!

—Me manda V., cuando regrese, el importe de los nueve meses que tengo devengados. Ya sabe V. cómo y dónde.

—Sí.

—Al dia siguiente de entrar en Murcia.

—Lo haré.

—Que le va la vida en ello; recuerde V. que se la dejo con esa condicion.

—No lo olvidaré.

—Jure V. cumplirlo.

—Lo juro.

—De este modo, si mañana le mato, mi conciencia quedará tranquila, pues no es igual arrancar la existencia á un hombre de bien que á un perjuro.

—¡Qué hombre eres, Jaime!

—Ya lo ve V.

—¡Tú solo á los once!

—Desde ayer contaba con que aconteceria cuanto ha pasado.

—¿A qué distancia están los tuyos?

—Ya sabrá V. que ando bien, y no podré llegar en media hora.

—¡Válgame Dios! ¡Y decian esos necios que bastaba con ellos para los veinticinco! Me han engañado, Alfonso.

—Fué V. el que se equivocó al negarme el impuesto; lo

cual le han proporcionado perder hoy el equivalente al importe de una porcion de años que yo no pedia á V. ni le hubiera exigido nunca; ántes al contrario, protejo y defiendo con mi vida á los que me lo abonan.

—Cuéntame en ese número. ¿Puedo marchar?

—No hay ningun inconveniente por mi parte; lo mismo que ha venido.

—¿Para qué necesito yo de esos ocho hombres *desarmados*, cuando tan cobardes fueron con escopetas?

—Verdad es, pero me conviene á mí que continúen puerto arriba hasta llegar á la venta. En estando allí los despide usted, si lo estima conveniente. Ea, cochero, á tu puesto. Vosotros levantaos y proseguid vuestro camino. Adelante sin volver la cabeza.

—Adios, Alfonso.

—Hasta más ver, mi estimado contribuyente. Siento haberle dado este mal rato, pero V. tiene la culpa por desoir mis consejos.

—En lo sucesivo será otra cosa.

—Si así lo hace, no tema que mi partida ni ninguna otra le roben en este país.

Anduvieron el carruaje y los once, aligerados del peso y en idéntica forma que ántes de ser robados.

Jaime quedó de pié junto á los objetos que acababa de quitar, con el trabuco preparado, mirando á los que marchaban; pero bien pronto se convenció que aquellos no osaban ni áun volver la cabeza, y desmontó el arma, siguiendo en actitud pasiva é indiferente hasta que los perdió de vista.

Entónces fué cuando llamó á Manuel, el cual llegaba en estos momentos admirado, confuso y tan sorprendido que exclamó:

—¡Jaime, qué has hecho!

—¿No lo has visto?

—Todo; pero no me lo explico, no lo comprendo. ¡Eran once!

—Cabales.

—¡Y pudiste con todos!

—Nécio; les gané la accion; ninguno quiso ser el primero, como sucede siempre, y unido esto á la sorpresa, á lo enorme de la boca de mi trabuco y á mi buena puntería y renombre, logré el objeto en la forma que deseaba. Desde ayer sabía que iba á acontecer lo que has contemplado.

—¡Es admirable!

—No perdamos el tiempo en explicaciones que á nada conducen. Veamos si puedes con las ocho escopetas y el baul; lia las primeras y tu trabuco en la manta. Yo te ayudaré. ¿Pesa mucho?

—Bastante; pero llegaré donde quieras.

—El baul á este otro lado. Ahora me coloco yo las cuatro pistolas en el cinto, y todo lo demás, con mi trabuco y la maleta, liado en la manta y al hombro. Parece que no queda nada.

—No; pero llevamos bastante peso encima.

—En marcha, y de prisa.

—Correrá el que pueda.

—Por el camino no; ¡buena la ibas á hacer!

—¿Por dónde?

—Por aquí.

—¡Madre mia! ¿Quién baja esa cuesta cargado?

—Primero yo y luégo tú.

—Nos vamos á estrellar, Jaime.

—Eso no es más que probable, miéntras que continuando por el arrecife de seguro encontramos gente, que al vernos tan cargados é inútiles para defendernos... ¿Comprendes?

—Sí, mas yo no bajé nunca por aquí.

—Alguna vez habia de ser la primera. Imítame.

—¡Vaya una cabra! Tú corres mejor que yo por estos vericuetos.

—Como que he pasado muchos años subiendo y bajando detrás de mi ganado.

—Ya se conoce.

—Ponte ahora á mi lado, que yo llevo una mano libre y te llevaré cogido hasta que lleguemos al barranco.

Y los dos continuaron, perdiéndose luégo entre los árboles, los montes, y en un terreno, en fin, de difíciles accesos y de cási imposibles descensos.

El robo que concluia de realizar Jaime Alfonso, llamado por los habitantes de la comarca *el del marsellés*, es histórico y aumentó considerablemente la celebridad del bandolero, pues con él demostró una agudeza de ingenio, valor y serenidad extraños en la clase á que pertenecia. No tenemos en nuestros datos el nombre del puerto en que aconteció; pero en concepto nuestro debió ser el llamado de la *Mala Mujer*.

CAPITULO XIX.

Consecuencias del último robo.—El miedo crece hasta ejercer la influencia contraria de lo que Jaime se proponia.—La autoridad de Murcia y un polizonte parecido á Lobon.

Jaime y Manuel descansaron tres veces, empleando más de una hora en cruzar la media legua que distaban de sus compañeros. Al llegar iban rendidos por el peso y fatigados por lo áspero y duro del camino que concluian de atravesar.

Amorós y restantes bandidos les aguardaban á la puerta de una casa aislada entre los montes, y ya se iban impacientando por la tardanza, cuando los vieron asomar cargados, sudando mucho y tan molestos que el teniente exclamó:

—¡Cómo llegan! ¡Da compasion!

Y les salieron al encuentro, quitándoles los bultos que traian.

Reunidos todos, comenzó Manuel á satisfacer las preguntas de los veinticuatro, en tanto que Alfonso se cuidó sólo de sentarse y descansar.

La admiracion de los bandoleros creció de punto al escuchar el relato de lo acontecido, y aumentó más cuando el *Barbudo* abrió la maleta y el baul, sacando el oro y plata que contenian aquellos, los que unió al dinero que él llevaba en los bolsillos del marsellés quitado á los once. Resultaban más

de cuatro mil duros, sin contar el valor de las escopetas, ropas y demás objetos. Este acontecimiento fué muy celebrado por la partida, y el capitan bandolero recibió durante el dia plácemes y aplausos sin cuento.

Hecho el reparto como si todos hubieran tomado parte en el robo, Alfonso quedó muy tranquilo por el gran repuesto que guardaba ya para poder atender á sus muchos compromisos.

Determinó, en consecuencia, concretarse bastante tiempo al cobro de los impuestos, á descansar y á ver á su mujer é hijo á menudo y con la seguridad que ahora le ofrecia la noble generosidad del marqués.

Tambien veia de continuo al *Penitente*, visitó dos veces al padre abad, llegando hasta entrar de dia en Murcia y Orihuela, salvándole su ingenio y serenidad.

Tanta osadía, su mucho valor y el robo llamado *del marsellés*, alarmaron á muchos señores de los que se habian negado á pagar el tributo, y unidos estos á algunos de los que abonaban su cuota con el disgusto del que no le agrada dejarse robar impunemente, recurrieron á la autoridad, ofreciendo una gran recompensa al polizonte que se atreviera á dar fin de nuestro bandolero.

Se hallaba á la sazon en Murcia de Corregidor interino Don Miguel Carpe, Alcalde mayor segundo en propiedad, y áun cuando deseaba vivamente el exterminio de aquella partida, le impedian ser enérgico su interinidad y el celo que demostró siempre por ayudar á la guerra contra los franceses, absorbiéndole esto último cási todas las horas que dedicaba al corregimiento. Así es que ofreció hacer mucho, trascurria el tiempo, y los medrosos veian con dolor que Alfonso continuaba tranquilo y el Alcalde nada disponia. Recurrieron, en consecuencia, al último extremo, ganaron á Rosendo Bonetti, jefe de la policía, de orígen italiano, hombre de malos antecedentes, pero enérgico, temerario y muy aficionado al oro.

En España rara vez se supieron elegir hombres á propósito para el importante cargo de polizonte, y esto indudable-



C. Mujica Dib.º y Lit.º Lit. de N. Gonzalez Madrid.

—Jaime Alfonso es el terror de los campos y la huerta.

—Ya lo sé.

mente fué causa de que jamás tuviésemos esa policía tan hábil y discreta que se conoce en Francia y otros países. En el nuestro, se les encargan asuntos que no debieran nunca desempeñar, el sueldo es corto, y con mal oficio y poco salario, es natural que la gente que lo ejerce sea por lo general detestable.

Hay quien asegura que costó mucho al Erario ese ramo; pero como la cantidad figura en globo en el presupuesto, sirvió muchas veces de pasto agradable á la inmoralidad de algunos magnates. Esta es la voz que corre, y sólo como rumor verosímil lo consignamos.

Pero sea de esto lo que quiera, y contrayéndonos á Rosendo Bonetti, diremos que este jefe polizonte habia estado en presidio, que fué *cincuenta cosas,* por lo cual se decia que era hombre *de historia* y de manejos ocultos.

El Corregidor interino le desconocia, pues hasta entónces no habia hecho uso de sus servicios, por serle inútiles para ayudar á la guerra, único asunto que absorbia la imaginacion de Carpe, segun hemos dicho anteriormente.

Bonetti, que tenía la astucia de Jaime y la conciencia de Lobon, ganado ya por algunos ricos propietarios, visitó al Corregidor en un momento en que aquel estaba desocupado, y á la pregunta de:

—¿Qué hay de nuevo?

Hecha por Don Miguel Carpe cada vez que el polizonte se le presentaba, le contestó:

—Jaime Alfonso es el terror de los campos y de la huerta.

—Ya lo sé.

Añadió el Corregidor con indiferencia. Eso esperaba Bonetti, habia estudiado la manera de violentar á la autoridad, é imitando su desden, añadió:

—Bastante roba ese bandolero, y es muy cruel tolerarlo; mas lo peor del caso no es eso: lo duro es que culpan á V. S. de todo cuanto él hace.

—¡A mí! Yo no conozco á ese hombre ni me queda tiem-

po para exterminarle; cuando acabemos con los franceses, entónces emprenderemos con él.

—La guerra, señor, se complica; llevamos hasta ahora lo peor de la partida, y con la entrada del emperador tiene trazas de prolongarse mucho. Yo no puedo prescindir de decir á V. S. que su noble persona sirve de pasto á las conversaciones y de objeto á una crítica tan mordaz como insufrible.

—Porque no aman á su patria como yo; lo primero es la guerra. Dicen además que ese bandolero no es sanguinario ni tan malo que merezca una excepcion tan pronta y enérgica.

—Roba, señor, al que puede; no es posible andar por los caminos, y es lo cierto que yo ya no hallo frases con que disculpar la conducta de V. S. Siento hablarle con esta franqueza; pero de no hacerlo así, mi conducta en lo sucesivo sería indigna.

—Pero hombre, ¿tanto se ensañan conmigo?

—Mucho; se desataron las lenguas, y ya murmura hasta el pueblo.

—¿Qué dicen?

—Como ese bandolero tiene tan buenos espías, hay alcaldes que le obedecen y recompensa tan espléndidamente á los que le sirven...

—¿Creen por ventura que yo soy capaz de escudarlo por dinero?

—Señor, es tan suspicaz la maledicencia... Ruego á V. S. que haga algo contra ese terrible bandolero.

—Pero hombre, si no dispongo de un soldado, y él cuenta con mucha gente que le defienda.

—Cierto; pero si lo cogiéramos á él, que es cabeza y alma de la compañía, los restantes nada suponen.

—¿Y cómo se hace ese milagro?

—Sólo dispongo de ocho hombres; me atrevo con ellos á traerlo á Murcia muerto ó vivo.

—¿Pues no es tan valiente y sagaz?

—Eso cuentan; pero á grandes males hay que aplicar re-

medios extremos; á su astucia le opondré la mia; tampoco yo soy cobarde, y la lucha será de igual á igual.

—¿Y si sucumbes tú?

—Habré muerto defendiendo el buen nombre de V. S. y en cumplimiento de mis deberes.

—Gracias, Bonetti; pero si es cierto lo que cuentan que hizo tiempo atrás con los escopeteros de Crevillente y con otros muchos despues, de seguro da fin de ti, porque nueve contra veintiseis...

—Perdone V. S., señor; Jaime Alfonso jamás duerme entre los suyos; su desconfianza raya tan alta que no se fia ni áun de sus compañeros, y es lo cierto que se ausenta de noche, y si yo le cojo, como es probable, seremos nueve contra uno.

—¿Estás seguro de lo que dices?

—Sí, señor.

—¿No haces falta en la ciudad?

—Ninguna; todo está tranquilo como nunca.

—¿Qué necesitas para llevar á cabo tu intento?

—Una órden de V. S. y dinero.

—Mal andamos de lo último, Bonetti.

—Pues es indispensable, señor, si he de ganar gente de la misma que le obedece, y con sagacidad y astucia dar el golpe maestro.

—¿Con cuánto tienes bastante? Pídeme lo ménos posible.

—Me hacen falta trescientos duros.

—Mucho es; pero cuenta con ellos.

—Entónces verá V. S. pronto el cadáver de Jaime.

—A ser posible no le mates; quisiera hablar con él, pues á juzgar por sus hechos debe ser hombre extraordinario.

—Un bandolero al fin, señor Corregidor.

—Un bandido que se bate y vence á fuerzas muy superiores; que sorprende á once y el sólo los desarma y roba; que mi amigo el marqués del Rafal le proporciona un indulto, que él desecha por no estar comprendidos los suyos, y un hombre, en fin, de quien hablan personas graves, verídicas, como si fuera un Viriato en lo audaz, valiente y hábil.

—Pues aquí vendrá ese moderno campeon, y si lo logro V. S. dirá de mí lo que guste.

—Bonetti, anda con cuidado, porque ese leon es, por lo ménos, tan astuto como tú.

—Allá lo veremos.

—Que juegas la vida.

—Cumplo con mi deber.

—No olvides un momento lo que me has dicho anteriormente; esto es, que cuenta con alcaldes y muchos otros que tienen poder é influencia.

—Lo sé de antiguo, y me preparo á luchar contra toda clase de dificultades, cási seguro de vencer.

—Bueno, tú lo quieres, sea; pero conste que yo me opuse al principio y que sólo accedo por exigírmelo tú.

—Así es la verdad.

—¿Cuándo piensas dar principio?

—En cuanto V. S. me dé los trescientos duros y la órden.

—De intentarlo, abrevia en lo posible, que pudiera divulgarse, y entónces eres hombre perdido.

—Si V. S. me ayuda, saldré de Murcia mañana al amanecer.

—No tengo inconveniente; dispon lo necesario y regresa á las nueve de la noche para recibir el dinero y la órden.

—No faltaré, señor.

—Antes de venir piensa mucho en lo que vas á hacer; entérate, Bonetti.

—Ya lo hice, y áun cuando reconozco lo difícil de mi empresa, me atrevo con ella, señor; la mucha gloria que me ofrece recompensa sobradamente la exposicion y contrariedades.

—Si tú lograses traerlo...

—Tengo cási seguridad.

—Yo no; veremos quién se equivoca.

—¿Me da V. S. su permiso?

—Adios, Bonetti.

—Hasta las nueve, señor Corregidor.

Ofuscado por la ambicion de oro, salió sonriendo el po-

lizonte. Al perder de vista á Don Miguel Carpe, exclamó:

—Trescientos duros me da este; una cantidad igual los propietarios; son doce mil reales; si logro quitarle al bandolero otros tantos, el negocio será redondo. Y se lo quitaré; que hasta ahora conseguí siempre mi objeto con sólo ahogar la voz de la conciencia, usar de todos los medios y sazonar ambas cosas con el embrollo y la mentira. Vaya si lo lograré; estoy seguro.

Y se dirigió en busca de los trescientos duros que le habian ofrecido los propietarios.

Más cuerdo que él el Corregidor, con buen talento, travesura y sobrada imparcialidad, juzgaba aquel acontecimiento de la manera siguiente:

—Debo hacer algo contra ese bandolero,—se dijo al salir el polizonte,—pero no me parece que Bonetti realiza su intento; es más valiente y sagaz Jaime, y si no faltan á la verdad los que aseguran que tiene confidentes en todas partes, entónces ese desgraciado lo va á pasar mal. Mas él lo ha querido, la ciudad me pide á la vez que haga algo, y en este negocio imito á Pilatos, lavándome las manos.

Y se puso á trabajar, sin cuidarse hasta la noche de Bonetti. El Corregidor interino, Alcalde segundo y letrado que nos ocupa no fué jamás escrupuloso ni dado á la compasion.

Nuestro polizonte reunió á los propietarios, empezando por sacarles los trescientos duros. Luégo les pidió cartas para sus administradores y colonos que habitaban en la comarca dominada por Jaime, y acto continuo se despidió de ellos, asegurándoles que ántes de dos semanas quedarian libres del audaz bandolero.

Le aguardaban en su casa los ocho hombres que componian su ronda, y partió en busca de ellos inmediatamente.

—Vamos,—les dijo,—á prestar un servicio importantísimo al señor Corregidor y á la provincia de Murcia; pero el negocio es un poco difícil, algo expuesto, y necesito saber si los ocho estais dispuestos á obedecerme ó hay alguno entre vosotros que tema y vacile.

—¿De qué se trata?

Le preguntó su segundo.

—Es un secreto que no debo participaros hasta el momento supremo.

—En ese caso yo á nada puedo comprometerme.

—Tú has contraido la obligacion de obedecerme, en union de estos otros, con ciega sumision.

—Si ese asunto se contrae á lo que hemos hecho hasta aquí, entónces nada tengo que decir.

—¿Pero qué hemos hecho hasta ahora? Cobrar el sueldo, denunciar algunas cosas y prender á media docena.

—Pues eso es.

—No; en la ocasion presente debemos salir de la ciudad muy bien disfrazados, y algo despues sorprender á un hombre, y muerto ó vivo traérselo al Corregidor.

—¿Cómo se llama?

—La policía está para todo, absolutamente para todo lo que le manden, y no hay reglamento alguno que marque sus atribuciones.

—Razon por la cual viene de antiguo el que cada uno de nosotros hace lo que le parece mejor. ¿Es cierto, señores?

—Claro está.

—¡Los siete opinais lo mismo! Me parece bien; y en parte teneis razon. Cuando se trata de prender á uno ó dos, os presentais ufanos y puntuales, pero cuando hay peligro, sólo el diablo sería capaz de averiguar vuestro paradero.

—Yo no me escondo nunca.

—Ni yo.

—Cierto; pero os ocultais hasta que pasa el *turbion*.

—Díganos V. francamente la mision de que estamos encargados, mediremos nuestras fuerzas, y si alcanzan, le obedeceremos. Esto vale más que un engaño en asunto en que, segun dice V., hay exposicion.

—Preciso será; pues lo peor que podia ocurrirme era encontrarme sólo en los momentos críticos. ¿Sereis reservados?

—Si conviene, ¿quién lo duda?

—Acercaos, y oidme bien: Jaime Alfonso, el *Barbudo*, se separa todas las noches de su partida para dormir en sitio, al parecer, ignorado de todos. Es hombre que no se fia ni de la camisa que lleva puesta. Pues bien; yo acabo de comprometerme con el señor Corregidor á sorprenderlo y traerle aquí como se pueda. ¿Entendeis?

Los ocho se miraron sin hallar nada que contestar. El segundo de Bonetti meditó algunos segundos, preguntando luégo á su jefe:

—¿Y V. sabe dónde se oculta y ha estudiado el modo de efectuar la sorpresa sin gran exposicion? Por que Jaime puede mucho.

—Tengo ya todas las noticias que ha sido posible adquirir: si algunas faltan, personalmente las tomaré.

—No entiendo eso último.

—Hombre, yo tengo tanto corazon como Alfonso, pienso hacerme amigo suyo, tenderle un lazo y llevarlo entre vosotros. ¿Comprendes ahora?

—Perfectamente; caemos sobre él, y entre nueve lo atamos...

—Claro; si resiste, con mi cuchillo bastará.

—¿Y en qué punto esperamos á V?

—En Abanilla. En cuanto anochezca salis disfrazados de carreteros y andais toda la noche, procurando estar mañana en la posada que hay á la entrada del pueblo, llamada del *Palomo*. Yo me presentaré allí, dándoos seguidamente las demás instrucciones.

—¿Habrá recompensa extraordinaria?

—En el acto vais á tomar cinco duros cada uno, y al concluir de cuatrocientos reales arriba. Esto dependerá...

—Entiendo, y no hallo inconveniente en que le obedezcamos los ocho; el asunto no ofrece la gravedad y exposicion que yo imaginé al principio.

—Ya lo creo; porque me reservo yo la parte más importante y peligrosa.

—Para eso es V. el jefe.

Los nueve prosiguieron hablando, hasta quedar convenidos en cuanto deseaba Bonetti. Despues tomó cada cual sus cien reales, recibieron las últimas órdenes, y se retiraron á preparar lo necesario para la próxima marcha.

El segundo de Bonetti estuvo al principio de su conversacion con aquel algo exigente y dificultoso; mas en el momento que averiguó el pensamiento del otro, le allanó los inconvenientes, ayudándole á convencer á los siete restantes. Cuando todo estuvo terminado, salia sonriendo maliciosamente.

Bonetti se preparó un traje de andaluz, compró caballo y se dispuso á partir.

A las nueve de la noche le dió el Corregidor la órden, trescientos duros en oro y algunos consejos que no pensó tomar el polizonte. Se despidió de la autoridad, y volviendo á su casa, ocultó el dinero, quedándose únicamente con mil reales en oro.

Vivia este hombre con una manceba andaluza, lista como buena meridional, y al verle guardar por segunda vez una cantidad de dinero respetable, grabó en su memoria el sitio, en union de otra idea que anhelaba realizar. Luégo, con toda la gracia y habilidad peculiares en las hijas del Bétis, fué poco á poco sacándole la causa que obligaba á Bonetti á abandonar á Murcia, el tiempo que pensaba emplear en su viaje, con todo lo demás que le convino saber.

A las diez se acostó el polizonte, dando órden de que le despertasen á las tres.

Durmió tranquilamente cerca de seis horas, se levantó, ensillando acto continuo su caballo.

En seguida se despidió de su jóven y agraciada manceba y de una criada, única servidumbre que tenía, y picó á su jaca, saliendo de la ciudad dos horas ántes de amanecer.

Iba cubierto con el traje andaluz, compuesto de marsellés, chaleco, calzon corto y polainas de cuero, con sus adyacentes, manta fina, un buen cuchillo cuidadosamente escondido, pasaporte de buhonero y cincuenta duros en oro. La forma no era mala, pero el fondo aparecia detestable. Este hombre,

perverso como pocos, pensaba valerse del engaño, la mentira y la traicion para asesinar al *Barbudo*, pareciéndole esto más factible que el amarrarlo y conducirle á Murcia sujeto y aprisionado.

Era Bonetti infinitamente peor que Alfonso, y cuidado que nosotros no disculpamos á Jaime, que fué ladron, conocemos sus hechos, y, á pesar de su generosidad y bravura, nos repugna el tipo; pero eso no obsta para que nos repugne mucho más el hipócrita, traidor y malvado polizonte que ahora nos ocupa.

Bonetti siguió á escape unas veces, al trote otras, y de este modo continuó sin interrupcion alguna hasta cruzar las cinco leguas próximamente que le separaban de Abanilla. Llegó al medio dia, la jaca iba en un estado lastimoso, y él cansado y desfallecido por la debilidad.

Encargó el cuadrúpedo al dueño de la posada, mandándole que le diera de comer y lo cuidase todo el tiempo que él estuviese fuera, y seguidamente buscó á los ocho arrieros, los que estaban durmiendo hacía una hora en diferentes cuartos.

Sólo despertó á su segundo para decirle que podian seguir descansando hasta la noche que él los llamaria; comió, buscando reposo por dos ó tres horas.

Desde este instante, y convertido en ave nocturna, durmió de dia, saliendo de noche, hasta adquirir en cuarenta y ocho horas las noticias que deseaba. Para el logro de aquello hizo uso de las cartas que llevaba, firmadas por los propietarios de Murcia.

Luégo situó convenientemente á sus ocho arrieros, marchando él en busca de Jaime, sólo, pero provisto de muchos datos.

Sepamos ahora si los perdigueros de Alfonso habian olfateado algo de la horrible tormenta que el atrevido Bonetti preparaba contra el bravo bandolero.

Seguia el *Barbudo*, segun dijimos, descansando de sus minatas anteriores, y aunque aparecia, como de costumbre,

triste y melancólico, se encontraba más satisfecho que lo habia estado nunca.

Un dia en que se hallaba cansado, pues concluia de andar las cinco leguas que distaba de allí Orihuela, en cuya ciudad durmió, hizo que Amorós fuese en busca de confidencias.

El teniente regresó á las tres de la tarde, llevándole solamente una carta perfectamente lacrada con la frase *urgente*, que le habia dado un ventero que habitaba cerca de Abanilla. Alfonso la abrió, exclamando:

—Es de Murcia.

Y la leyó dos veces, demostrando interés y sorpresa.

—¿Qué te dicen, Alfonso?

Le preguntaron sus compañeros.

Jaime los miró sonriendo, contestando á la vez:

—Me anuncia un indivíduo de la policía, que en breve llegará aquí su jefe, el cual piensa regresar con una fruslería: intenta llevarse únicamente mi pobre cabeza.

—¡Já, já, já! ¿Cuántos le acompañan?

—Ninguno; se presentará solo y con la sana intencion de engañarme, y cogiéndome dormido ó descuidado... ¿Comprendeis?

—¡Já, já, já!

—Luégo tomará sus tres mil duros, pues ya sabeis que es el precio en que me han tasado, y esta comarca se verá libre de mí.

—¡María Santísima, lo que vamos á hacer con él!

—Se le crucifica como á Nuestro Señor.

—Y se le dan azotes.

—Y luego tiramos al blanco á doscientos pasos.

—Se apunta á los piés, luégo á las piernas...

—¡Qué barbaro!

—¡Viva el capitan!

—¡Viva!

Alfonso interrumpió la gritería de sus secuaces, diciéndoles:

—¡Silencio! Os advierto que ese hombre viene por mí; na-

da más que por mí, y me pertenece, por consiguiente, á mí sólo. Yo os lo daré á conocer; vosotros le tratareis como á un digno compañero, y os participo que aquel que le amenace ó le dé á entender de algun modo que estamos en el secreto, sufrirá igual suerte que ese malvado. ¿Veis por lo que soy tan reservado con vosotros?

—Ha sido un desahogo que hemos tenido, hombre; pero se hará lo que tú quieras, como siempre.

—Si os portais bien, áun os diré algo más.

—Habla.

—Habla.

—Se llama el hombre Rosendo Bonetti, pero aquí llegará con otro apellido. Es el jefe principal de la policía de Murcia.

—¡Ya! Y como tú te entiendes con el segundo...

—Silencio, ó me callo.

—Continúa, por el Santo Angel de la Guarda.

—Le dicen de mote los murcianos el *Barbudo*, como á mí, porque es muy hombre; pero tan malo, que estuvo en galeras y se cuentan de él historias horribles. Yo no sé si será verdad todo lo que dicen; pero es lo cierto que el mozo lo entiende, y es indispensable que yo le dé una leccion completa, lo que lograré fácilmente si vosotros me ayudais.

—Con mucho gusto.

—Pues empecemos.

—Andando.

—Quietos; no es eso. Marcharé yo solo por dos ó tres dias, tiempo indispensable para adquirir las noticias que me faltan. Durante ese período, que vayan García y Manuel á Abanilla por comestibles y digan que estamos aquí, para que llegue á noticia de Bonetti. Si se presentase á vosotros ántes de regresar yo, lo recibis con agasajo, y tú, Amorós, lo admites en mi nombre, diciéndole que hay por casualidad una plaza vacante en la compañía. Mucho disimulo, indiferencia, y sin perjuicio de eso, vigilancia y estar siempre alerta.

Alfonso añadió algunas frases más, marchando luégo en

direccion de Abanilla. Los dos siguientes dias los empleó en recorrer los puntos donde podia recibir confidencias de Murcia; y cuando hubo logrado su objeto, regresó entre los suyos, llegando al amanecer.

Les hizo levantar, y aislado con ellos, les dijo:

—Sé que no ha venido Bonetti, pero es posible que no tarde muchas horas en estar entre vosotros. Como os he dicho, es valiente, muy hipócrita, sabe hacerse lado en todas partes, y se ingenia de un modo que mereciendo un patíbulo, logró, por el contrario, el importante destino que os dije de jefe de policía. Merece la muerte, y se la daremos; pero es indispensable tener calma y dar el golpe cuando convenga; ni un momento ántes ni despues. Será un acontecimiento nuevo en la partida, y quiero que os porteis como hombres, no como insensatos. Atentos á mi voz, y siguiendo en todo mis instrucciones, hareis lo que os mande, ni más ni ménos; que este asunto puede desacreditarnos ó levantar nuestro nombre y fama.

Todos convinieron en obedecerle con ciega sumision, dispusieron el almuerzo, y una hora despues comian.

Desde ese instante empezaron á hablar de cosas indiferentes.

Luégo se pusieron unos cuantos á jugar á la baraja, en tanto que la mayoría se dedicó á las bochas, tomando Jaime parte, contra su costumbre, en este ejercicio, en que tan admirablemente se desarrolla la musculatura.

Llevaban tres horas de jugar, dos veces renovaron los centinelas, cuando fueron sorprendidos por la alarmante voz de un vigía, que exclamó:

—¡Alerta, compañeros!

Todos fueron á correr en busca de sus armas, pero los detuvo Alfonso, diciéndoles:

—¡Quietos; ninguno se mueva!

Y se subió á una altura, desde la cual con su anteojo comenzó á mirar.

A los cinco minutos se corrió el centinela que concluia de

dar la voz, é incorporado con un desconocido, volvió á gritar:

—Un andaluz desea hablar con el capitan; le detengo y espera.

Jaime guardó su anteojo, y bajando del sitio donde se habia subido, tornó á exclamar:

—Es nuestro hombre. Orden, disimulo é indiferencia. Manuel, Paco, coged los trabucos y que venga en medio de los dos. Le preguntais lo que quiere, fijaos en él con recelo, y nada más. Vosotros á jugar conmigo; la llegada de un hombre solo no debe ser causa suficiente para alterar nuestra diversion.

Y fingieron todos continuar tirando las bochas, sin hacer caso del recien venido.

Minutos despues llegaron Manuel y Paco, llevando en medio á Bonetti. Tan embebidos estaban los otros en su juego, que el primero de los dos que traian al polizonte se vió obligado á exclamar:

—Mi capitan, aquí está el hombre que nos ha descubierto y quiere hablar contigo.

Entónces dejó Jaime las bochas, los restantes le imitaron, fijándose todos en el recien llegado.

Despues que Alfonso le hubo examinado con la vista, le preguntó:

—¿Quién eres?

Bonetti se presentaba sereno, y sin aturdimiento alguno le contestó:

—Un andaluz que llega donde otro hombre cualquiera. Conoce tu fama, sabe lo que haces y es aquí necesario.

Se expresó con el acento de los hijos del país á que suponia pertenecer.

—Me agrada la contestacion,—añadió el *Barbudo;*—no has de ser *cobarde*, y ya empiezas á gustarme, andaluz. ¿Cómo te llamas?

—Rosendo Bona.

—Bien,—exclamó para sí Alfonso;— cambió el Bonetti por Bona. El mozo miente con sangre fria y descaro pasmosos.

Y continuó, alzando la voz:

—¿Con que Rosendo Bona?

—Para servirte á ti, á tus compañeros y al diablo.

—¿Y qué te trae por aquí, Rosendo?

—Jaime, anduve por los mares, despues me mandaron á Ceuta, luégo estuve en Granada, y tan mal me trataron, que habiendo llegado hasta allí la fama de tus hechos, pensé asociarme á ti y ayudarte... vamos, á todo lo que tú quieras.

—Es muy expuesto el oficio, Rosendo.

—Lo conozco de antiguo.

—Eso ya es otra cosa. ¿Con que tú tambien?..

—Desde que tenía diez y ocho años, y acabo de cumplir los treinta y seis, estoy dedicado á aligerar de su peso á tanto hombre como anda cargado por los caminos y áun por los mares.

—¿Por la mar tambien?

—Allí empecé mi carrera.

—Cuéntanos algo de ella, porque tu pinta es buena y nos va á divertir. Tráeme una silla, Roque.

Y Jaime se sentó, quedando Bonetti frente de él. Los indivíduos de la partida le rodearon, fijos en el polizonte, demostrando la curiosidad natural que aquel inspiraba con sus frases.

Las últimas palabras de Alfonso llenaron de satisfaccion al supuesto Bona, al cual le convenia en su concepto que le facilitara el capitan los medios de mentir, de engañarlo, ganando de este modo su voluntad. Y la ocasion que se le presentaba llenó sus deseos. Así es que despues de meditar un poco, como reconcentrando ideas ó recordando hechos atrasados, exclamó:

—Yo nací en Granada; pero mi padre se trasladó á Málaga y me crié en la playa con entera libertad y entre muchachos, que el mejor de todos podia pasar por muy malo en cualquier otro pueblo. Me pegaron; yo no aparecí manco, y raro fué el dia que mi padre no recibió una queja por alguna pequeñez, como la de escalabrar á este ó romper el brazo al otro.

—Buen principio, Bona.

Dijo Jaime, contestando en coro los de su partida:

—¡Bueno!

—Sí,—prosiguió el embrollon;—pero fué causa de que mi padre me echara de su casa y el hambre me llevó á un buque, en el que me admitieron de grumete. Andando el tiempo nos sublevamos los del barco aquel, matando al capitan, teniente y contramaestre, para acabar por hacernos piratas.

—¡Piratas!

Dijo Alfonso, aparentando alegría.

—¡Piratas!

Añadieron los suyos, frotándose las manos y mirando con interés á Bonetti.

—De ese modo,—replicó el último,—pasé los seis años más felices de mi vida.

—Cuenta algo.

—La historia de lo que hicimos sería muy extensa y la dejo para otra ocasion; pero os diré que en ese largo período cogimos siete barcos grandes y once pequeños. En el acto de apresarlos regalábamos á los peces los hombres y nos quedábamos con las mujeres; el buque era para el mar, lo que habia dentro para nosotros.

—¿Pero no se defendian?

—Algunas veces; otras imploraban nuestra compasion, la cual ni ellos ni nosotros llegamos á ver nunca. No perdonamos hombre ni dejamos navío sobre el agua ¡Qué seis años; Jaime! Unas veces en las costas de América, otras en las de Italia; luégo dábamos la vuelta á Europa hasta remontarnos á Suecia. En el invierno en la India y en el verano en el Norte, el mundo era para nosotros un rico festin que sólo nos ofrecia deliciosas mujeres y tesoros, con los cuales comprábamos los mejores vinos y los más exquisitos manjares de la tierra.

—¡Vaya una vida que llevaríais!

—No se conoce otra mejor.

—¿Cómo acabásteis?

—Mal; el agua es buena para una temporada corta; pero el estar siempre en ella ofrece dificultades que llegan á ser insuperables. Despues de haber sufrido cien tormentas y de estar connaturalizados con ellas, nos cogió una frente á la costa Cantábrica que parecia el fin del mundo. ¡Qué olas, madre mia; qué huracan! Perdimos los tres palos, las anclas y toda la obra muerta. Quedó nuestro barco reducido á un casco que, sirviendo por algun tiempo de pelota á los embates del mar, acabó por abrirse chocando contra esa endiablada cordillera que ofrece al pobre marino la provincia guipuzcoana. Todos debiamos perecer; la mitad de nuestros hombres se arrojó al agua, confundiéndose al poco tiempo en aquel abismo tan revuelto y furioso. Los restantes contemplábamos el barco que descendia por instantes é íbamos á exhalar el último suspiro, cuando apareció una lancha guiada por seis robustos hijos de Pasajes; nos trasladamos á ella, y un segundo despues nuestro navío se fué á fondo. Llegamos al pueblo medio desnudos, sin razon varios y golpeados todos del choque de las olas. Es un país muy hospitalario: en él nos curaron, y más tarde nos despedian sanos, bien vestidos y con dos duros cada uno en el bolsillo de su chaleco. Yo me separé de mis compañeros, y juzgando, con razon, que con cuarenta reales sólo podia vivir una semana, me metí en San Sebastian, donde *limpié* á un posadero, y á los ocho dias escapaba ya con cien pesos y un caballo del país, que volaba como el águila. Más tarde supe que los de Pasajes descubrieron quiénes éramos; dieron parte á la autoridad, y mis compañeros fueron todos presos, camino de Irun, y conducidos á un calabozo. Esta noticia, que oí por casualidad en Tolosa, me obligó á correr hácia Valladolid como la liebre perseguida por el cazador. Veinte dias despues, con nombre supuesto, me hallaba en Granada, donde, efecto de la última desgracia que concluia de sufrir, pensé por primera vez de mi vida ser hombre de bien. Entré al servicio de un amo que me trató mal; más tarde solicité un destino que obtuve, convenciéndome durante el tiempo que lo desempeñé de lo difícil que es ser hombre de bien en España. El Corregidor no era bueno; los Alcaldes ma-

yores vendian lo que se llamaba justicia, y mi amado jefe, el fiel de fechos, robaba siempre que tenía ocasion. Y entre mi primer amo, las tres autoridades que acabo de citar y las restantes que conocí en Granada, lograron separarme del buen camino á los cincuenta dias de haber entrado en él. Como todos robaban, robé; pero me cogieron *infraganti*, y como yo no era jefe ni tenía suficiente dinero para defenderme, me hicieron justicia; es decir, que me echaron á presidio.

—¿Fuiste á Ceuta?

—Cabal; y á los dos años regresé á Málaga con un segundo nombre supuesto. Mis padres habian muerto, mis amigos desaparecieron, y falto de recursos, conociendo poco el país y sin esperanza de médro, me volví á Granada, y desde esta ciudad me he dirigido aquí, atraido por la fama de tu valor y por todos tus hechos y renombre. Ahora bien; ¿me das plaza en tu compañía?

—Sí.

—¿Con qué condiciones?

—Aquí, Rosendo, se mata sin averiguar otra cosa que si lo ha mandado ó no el capitan. ¿Te conviene?

—Me agrada.

—Se roba siempre que se puede; se come bien y se vive del mejor modo posible; pero siempre obedeciendo con ciega sumision todo lo que yo mando. No admito discusiones ni réplicas. ¿Entiendes?

—Comprendo, y seré uno de tantos.

—Otra condicion, la última, pero es indispensable: aquí, como en el ejército, se respeta mucho la antigüedad, y debes ser el último de la compañía hasta tanto que lleguen otros ó tu valor y acierto te eleven sobre los demás.

—Eso es muy justo.

—Es que el primero, que soy yo, manda, y el último, que eres tú, ejecuta.

—No te comprendo bien.

—Quiero decirte que serás el verdugo; porque entre nos-

otros se ahorca á los traidores de fuera ó de dentro de la compañía.

—Pues no tenía noticia de que hubiéseis muerto á ninguno de ese modo.

—Es natural; nuestros secretos no se divulgan, porque le costaria la lengua al que hablase.

—Está bien; ahorcaré.

—Te advierto que al ejecutor no le decimos nosotros nada relativo á la causa ni motivo que tenemos para mandar ahorcar.

—¿Y á mí qué me importa?

—Es decir que no traes conciencia.

—Sólo una vez la llamé en mi auxilio y no me dejaron tenerla; desde entónces la espanté, y no es ni áun probable que vuelva á acercárseme.

—Muy bien, Bona; nos hacía falta uno que hubiera aprendido el oficio entre piratas para que de nada careciésemos, y la adquisicion de tu importante individualidad nos lo ha proporcionado.

—Pues vengan armas, y al avío.

—Las del verdugo son simplemente unos cordeles.

—¿Y si hay peligro?

—Cuando llegue te se proveerá de lo necesario; hasta tanto, sólo te es dado usar una navaja corta.

—¿Y si nos sorprendieran?

—En ese caso coges el trabuco que esté más cerca. ¿Te acomoda?

—Sí.

—Pues apunta su nombre y apellido, Amorós; dale los diez y seis duros de entrada, y si está la comida, entremos.

Algo más tarde se sentaban los veintiseis en torno de dos mesas.

Jaime y los de su partida no demostraban recelo alguno; pero este disimulo era más notable áun en Bonetti, el cual aparecia más alegre y satisfecho que los veinticinco restantes.

Aun cuando las probabilidades parecian inclinar la balanza

en favor de Jaime, al jugar su vida contra la de Bonetti, era la lucha de potencia á potencia, toda vez que el capitan se propuso no hacerle nada hasta tanto que lo cogiera *infraganti*, y Bonetti aparecia listo y avisado como pocos hombres. En la compañía de Alfonso era la sagaz pantera que debia estar agazapada siempre en el campo de su hipocresía para dar el salto y caer sobre el enemigo al primer descuido de éste.

Pero Jaime era el leon despierto y sin calentura que aguardaba con la potente garra dispuesta á recibir el salto de una manera digna.

La lucha debia de ser pronto muy desigual.

CAPITULO XX.

Entrevista de los dos enemigos encubiertos.—De pillo á pillo...—La mútua red.—Otro Lobon en la jaula.

Terminada la comida continuaron los juegos, si bien una parte de los bandoleros formaron corro en torno de Paco, el cual cogió la vihuela, y en estos momentos tocaba unas playeras que cantó luégo con voz destemplada. Entre estos se hallaban Bonetti y Alfonso; notando el primero lo aficionados que eran nuestros bandidos á la música, y queriendo ganar las voluntades de aquellos á quienes deseaba perder, cuando acabó Paco sus tres primeras estrofas, pidió permiso al capitan para reemplazarle, y otorgado que le fué, tocó, cantando luégo de un modo que cautivó la atencion de cuantos le escuchaban. Hasta los que se habian puesto á jugar dejaron las bochas para oir al supuesto Bona.

Entonó canciones del país, luego dos himnos guerreros, y últimamente una melodía italiana, que sedujo á todos los indivíduos de la partida, con la sola excepcion de Jaime, el cual se decia en estos momentos para sí:

—¡Ah, sirena de la tierra, piensas atraerme con tus cantares para que caiga en la red y puedas dar fin de mi existencia con más comodidad! Mas yo apagaré tu voz y te daré lo que mereces.

Y continuó oyendo, hasta que el otro concluyó de cantar.

Habia merecido Bonetti los aplausos de los bandoleros, y cuando se hallaban todos elogiando el arte y maestría que acababa de demostrar, se acercó él al *Barbudo*, preguntándole:

—¿No juegas tú?

—Rara vez, pero hazlo tú si te agrada.

—Al contrario; la tarde convida, y si quieres podiamos dar un paseo por entre aquellos pinos.

—Acepto.

Contestó Jaime; y ambos se internaron en el monte, seguidos de Amorós, el cual cogió su carabina, y sin ser visto por aquellos, comenzó á espiarlos á una distancia en que difícilmente hubiera errado el tiro, en el caso de verse obligado á hacer fuego.

De pronto exclamó Jaime Alfonso, dirigiéndose á su enemigo Bonetti:

—Basta de subir más, que no me conviene estar léjos de esos muchachos. Paseemos por aquí.

Y lo verificaron, dando principio á una conversacion animada.

El polizonte intentaba nuevamente acabar de ganar la voluntad de Alfonso, y recordando que lo que más habia gustado á aquel era su vida de marino, le preguntó:

—¿Eres aficionado al mar, Alfonso?

—Mucho, Bona; sólo una vez lo vi y pasé algunas horas contemplando con admiracion y recogimiento ese piélago inmenso.

—¿En dónde le viste?

—En Cartagena. ¡Qué ciudad tan sorprendente! Viene el agua formando calle por entre dos cordilleras de montañas; en los sitios más elevados hay castillos coronados de cañones; y al pié flotan los poderosos navíos y hasta el ligero bote, formando un panorama ideal.

—¡Chico, qué bien te expresas!

—¡Qué grande es el poder de la Providencia y qué talento demuestran algunos hombres!

—No eres tú tonto ni te pareces al resto de nuestros compañeros.

—Sentado sobre una piedra del muelle, con mi roto y andrajoso traje y mirando siempre al mar, permanecí embelesado horas y horas, bendiciendo á Dios y admirando la obra de los hombres.

—¡Muchacho, pues no te elevas tú poco!

—¡Cómo corrian sobre la blanda superficie del agua con su vela latina aquellas ligeras lanchas, que parecian aves de esas que cortan el aire y se remontan hasta perderse de vista! Luégo el poderoso navío con tres puentes y veinte cañones por banda, con su inmensa mole é incalculable peso, á la voz de un sólo hombre daba media vuelta para emprender su rumbo, obedeciendo al que lo dirigia con pasmosa exactitud. Al verificar sus primeros movimientos, crujía la madera, á imitacion del rugido de la fiera; luégo se combaban los lienzos de las velas, y salia del puerto majestuosc, admirable. El capitan daba voces, los marineros trepaban palo arriba, y á los quince minutos sólo se veia de aquel inmenso castillo un punto blanco, indefinible y confuso. ¡Qué impresiones tan agradables recibí ese dia! No he olvidado ni el más leve detalle de cuanto observé, y en verdad que he de repetir mi visita cuando Dios quiera.

—Oye, ¿tú crees en la Providencia?

—¡Vaya una pregunta nécia! Como en la existencia de ese sol. ¿Pues quién nos ha hecho á todos? ¿Quién creó el mundo y lo sostiene?

—¡Qué locura! Todo eso se hizo solo...

—¡Bárbaro, si vuelves á negar la existencia de Dios, te arranco la lengua!

Bona comprendió que la idea estaba muy arraigada en el corazon de Jaime, no le convenia cuestionar con él, y cambiando de tono, le dijo:

—Iba á explicarte la manera de formarse el globo, con la voluntad de Dios, por supuesto; pero si no te gusta la conversacion, hablaremos de otra cosa.

—No me agrada, no. Eso lo dejo yo para los sacerdotes

que lo explican perfectamente. Está muy alto Dios y muy bajo el verdugo de mi compañía para que yo permita al último que hable de lo que no entiende.

—¿Y de los mares, te gusta?

—De eso sí.

—¡Qué vida se tiene en los barcos, Alfonso! Marcha uno columpiado dulcemente, y las viandas que se comen sobre el agua son mucho más agradables que en tierra.

—Lo creo; como allí escasea todo, tiene más mérito lo que hay.

—Sale el barco de la manera que tú has descrito, y se va poco á poco convirtiendo la tierra con sus palacios, torres y castillos, en una faja extensa, clara al principio y tan oscura luégo como la noche. Despues sólo hay en torno del navío un círculo inmenso de agua; no queda otra cosa de la tierra que algun ave marina que pronto desaparece, reduciéndose el mundo del navegante á su pequeño barco y al insondable abismo por el cual cruza alegre y satisfecho. Se come, sin embargo, se bebe, se juega y se rie. La temeridad de los hombres patentiza allí una potencia que desconocen los de tierra. Tú, Alfonso, que eres tan valiente, debieras saber lo que es eso.

—Daria una parte de mi vida.

—Pues en tu mano está, chico.

—Imposible. Rey de los montes y de la selva, estoy condenado á vivir en el retiro de estas breñas. ¡Ay, se juzga libre el bandolero, y es más esclavo que el resto de los hombres!

—¡Qué tontería! Ahora no hay escopeteros que puedan perseguir á tu partida; el teniente es bueno, y sabe bien lo que se hace. Abandónalos por un mes, y yo te acompañaré á Santa Pola, nos embarcamos allí, y tres dias despues estamos á la parte opuesta del Mediterráneo, en la costa de Africa. Esa travesía, que conozco muy bien, no ofrece peligro alguno, y se puede añadir á lo delicioso del viaje el reconocimiento de un mundo nuevo para tí. La vista de Africa con sus elevadas palmeras, y esos moros que tanto habian llamado tu aten-

cion, formarán tu embeleso y unos encantos que te son desconocidos.

Jaime comprendió que ahora le tendia la red el sagaz Bonetti, y fingiendo entrar en ella, le contestó:

—¿Bastaria con un mes?

—Y con ménos.

—¿Qué poblaciones podremos ver en Africa?

—Una capital y muchos pueblos.

—¿Cuánto dinero será necesario?

—Mil reales.

—¿Nada más?

—Yendo conmigo hay suficiente.

—¿Para los dos?

—No; cada uno se paga lo suyo.

—¿Y qué es preciso hacer?

—Dar las órdenes á la partida, la cual debe, en mi concepto, permanecer oculta en un sólo punto hasta que volvamos nosotros. La dejamos en donde tu designes, y entre las sombras de la noche nos dirigimos los dos á Abanilla; cerca del pueblo vive un antiguo compañero que nos recomendará á un comerciante de Santa Pola. Pasamos el dia con él, y durante la noche que sigue cruzamos en dos caballos, que pediré prestados, la distancia que nos separa del mar. Despues regresamos segun hemos ido, y al volver podrás decir á tus compañeros que has hecho el viaje más portentoso de la tierra. ¡Cómo has de gozar, Jaime! ¡Si tú supieras lo que es aquello!

Jaime exclamó para sí:

—¡Ah, villano; de ese modo lograrias asesinarme primero y luégo sorprender á mis veinticinco compañeros, dando fin en pocas horas de todos! Pero ya verás lo que te sucede.

Y añadió fuerte, disimulando cuanto pudo:

—Me lo figuro, Bona, me lo figuro, y bendigo á la Providencia que te ha traido á mi lado.

—¿Te decides?

—Sí.

—¿Partimos esta noche?

—Eso es imposible; ántes de marchar necesito recoger dinero y dejar corrientes todos los asuntos de la compañía.

—A la vuelta lo haces; lo primero es gozar.

—Bien quisiera; pero no antepongo nada en el mundo al cumplimiento de mis compromisos.

—Si es por dinero, yo tengo el suficiente, y quiere decir que luégo me lo das.

—No es eso, hombre.

—Pues entónces, ¿qué te detiene?

—Ya lo sabrás más adelante; ahora sólo nos conviene abreviar en lo posible mi partida. Bajemos, que voy á empezar á dar instrucciones.

—¡Qué lástima dilatarlo tanto tiempo!

—Ocho dias se pasan pronto.

Y se dirigieron á la casa, concluyendo por el camino Bonetti de tender una red que traia colocada admirablemente.

Ya entre los suyos, exclamó Alfonso:

—Muchachos, ahí os queda Bona; jugad con él, que es una alhaja. Tú, Amorós, sígueme, que voy á comunicarte algunas órdenes para que se realicen inmediatamente.

Y separado con José á gran distancia de los otros, le dijo:

—Ese malvado me tendió una emboscada con objeto de llevarme muerto ó vivo á Murcia, sorprenderos luégo y que sigais el mismo camino. Es conveniente, en consecuencia, que continúe creyendo que todos hemos entrado en ella, y que el asunto se va á resolver á medida de su deseo. Oyeme bien: yo parto esta noche, y no me volvereis á ver en seis dias. Durante este período emprendeis las correrías que hicísteis conmigo en los meses anteriores; andais de dia y de noche por los sitios más escabrosos, procurando fatigar á ese hombre todo cuanto sea posible. Para este fin divides la partida en dos mitades, mandando que aquella á que Bona pertenezca ande al dia diez ó doce leguas, miéntras la otra le sale por la noche al encuentro sin haber caminado más de media legua. Al dia siguiente lo agregas á la otra mitad que está descansada, y que forme ésta otro medio círculo, resultando que en los seis dias, por

cada legua que hayan andado los nuestros, con veinticuatro horas de descanso, Bona habrá recorrido dos, sin otros intervalos que los indispensables para comer y dormir. Alimento poco y malo á los que van con el polizonte; abundante y rico para los restantes. Tú te pones al frente de una mitad y Manuel de la otra; de acuerdo ambos, fingis sorpresas que nunca se realizan, negocios de interés, y cuando Bona desfallezca ó dude, *leña* en él, pero mucha *leña*. Procura que en vez de trabuco ó carabina lleve á la espalda un morral con provisiones, un cántaro con agua y todo aquello que se os antoje, pero sin que pueda comprender nuestras intenciones; y si pretendiera escaparse, que le alcance una bala bien dirigida.

—Comprendo, y nos vamos á convertir en inquisidores de ese hereje. ¿En dónde te vas á incorporar con nosotros?

—Si resiste los seis dias, pernoctais el último en el caserío de Paco, que como sabes está un cuarto de legua de Molina; me mandas todas las noches un parte al ventorrillo del tio Pablo, y de inutilizarse Bona en algun concepto, entónces me aguardais aquí.

—¿Dónde vas tú?

—No te importa, Pepe.

—Bueno, hombre.

—¿Has comprendido bien mi pensamiento?

—Claro está.

—Pues vente, que voy á despedirme de los compañeros.

Y ambos regresaron á la puerta de la casa, donde Alfonso cogió la manta y sus armas, diciendo á la partida que obedeciera á Manuel y á Amorós durante su ausencia, con algunas otras observaciones relativas al exacto cumplimiento de lo que dejaba mandado al teniente. Iba á echar á andar, cuando le detuvo Bonetti, preguntándole:

—¿Quieres que vaya contigo?

—No, que eres el verdugo y nádie querria, con razon, desempeñar tu cargo. Miéntras no partamos á Africa, tienes que ocupar tu puesto y obedecer con ciega sumision mis disposi-

ciones; de lo contrario, nos exponemos á que la gente se alborote y nos peguen un tiro á cada uno.

—¿Tardarás mucho en regresar?

—No.

—¿Qué intentas?

—Lo que te he dicho ántes; vosotros arreglais los asuntos de la partida y yo me voy en busca de dinero y de la seguridad que necesiten los nuestros ínterin los dos estamos ausentes. Tendreis que andar mucho, pero es preciso abreviar, y el modo de acabar ántes se logra dándose un mal rato cinco ó seis dias. Con que ánimo y valor; que no te aventajen tus compañeros en brío y fortaleza.

—Soy yo como el roble.

—Me lo figuro, y por esa razon te admití esta tarde, que los débiles no sirven para nuestro oficio. Corre, Bona; si es preciso, vuela; desempeña tu oficio como corresponde á un hombre de nervio, que al concluir recibirás la recompensa en la tierra y en el mar. Ea, hasta mi vuelta.

Y embozándose en su manta desapareció de allí, llevando la frente plegada de arrugas y una sonrisa fatídica en los labios.

La partida rodeó á Bonetti, y ya no le dejaron solo un momento. Durante la noche le quitaron el cuchillo que llevaba escondido, por el que no se atrevió ni áun á preguntar, y desde el siguiente dia le hicieron andar por los sitios más agrestes de la comarca con dos arrobas de peso encima.

Jaime se dirigió solo á una casa de labor que distaba tres cuartos de legua del paraje donde dejó su partida y á la que llegó cuando empezaba á anochecer.

Era dueña de aquella vivienda una jóven de veintidos años, huérfana, y la que al morir sus padres heredó un olivar y veinte fanegas de tierra que labraba por su cuenta, auxiliada por un capataz y dos mozos que la habian visto nacer y la querian mucho.

Los tres criados vivian en la parte baja de la casa y la jóven en la principal.

Se llamaba Gregoria Ortiz; de dia estaba acompañada de una hermana de su capataz, que habitaba no léjos de allí, y de noche sola y encerrada por punto general.

Esta mujer tenía parentesco con uno de los indivíduos de la partida de Alfonso, y aquella circunstancia, unida al aislamiento en que vivia, la obligaron á mostrarse amable y complaciente con el capitan de bandoleros que dominaba aquel país.

Era morena, agraciada, de ojos grandes y rasgados, facciones algo imperfectas y muy pronunciadas; vehemente en sus pasiones y tenaz en sus empeños.

Jaime Alfonso, que la halló sola, segun hemos dicho, varonil y entregada á sí propia, la trató desde el primer dia con una consideracion, dulzura y amabilidad, que contrastaban notablemente con su oficio de bandolero.

La jóven fué poco á poco cobrando aficion al que fué para ella el más cariñoso y espléndido de cuantos conoció, acabando por enamorarse de él hasta el extremo de permitirle que lo comprendiera.

El *Barbudo* no añadió combustible al volcan que empezaba á arder en el pecho de Gregoria, ni trató tampoco de apagarlo. Queria á su mujer, dudaba del afecto de las demás, con sobrada razon las temia, y no siendo vicioso, procuraba defenderse de ellas, combatiendo desde su orígen toda idea contraria al aislamiento á que se habia condenado respecto de ese sexo.

Con Gregoria hizo, sin embargo, una excepcion á medias; pues comprendió perfectamente que la casa, lealtad y afecto de la jóven podian serle muy útiles, teniendo en cuenta el paraje en que estaba colocada la primera y el buen nombre y fama de la segunda. Por estas razones la visitaba á menudo, solia comer con ella, y desde que sorprendió en algunas frases y miradas las simpatías de Gregoria, iba solo, prohibiendo á su partida que se aproximase á aquella casa de labor.

Le hablaba ella de la soledad en que vivia, él de los peligros que continuamente le amenazaban, y aparentando Gre-

goria compasion, cuando era otra cosa muy diferente, hizo añadir á su casa de campo un segundo cuerpo con puerta falsa, cuya llave entregó á Alfonso, diciéndole:

—Toma; cuando te veas perseguido ó en algun apuro, entras sin ser visto por nádie y ocúltate en esas tres habitaciones que he mandado hacer para ti. En ellas encontrarás buena cama, con los muebles y objetos indispensables.

Jaime reconoció la vivienda que se le ofrecia, notando con placer que desde el monte podia seguidamente internarse en el olivar, y sin salir de éste, el cual concluia en la misma casa, meterse en su habitacion con el recato que tanto le convenia. La puerta por donde debia entrar daba al campo, se le presentaba luégo una escalera estrecha, y al terminar ésta se hallaban las tres piezas, en una de las que se veia la pequeña y disimulada puerta que comunicaba con las habitaciones de Gregoria.

Satisfecho Jaime de tal adquisicion, trasladó, en el silencio de la noche y sin que nadie le viera, un enorme baul de los que compró en Murcia, conteniendo gran parte de sus disfraces, dinero, papeles, una escribanía, armas, municiones y cuanto juzgó que podia estar expuesto en otra parte.

Como si aquello fuera poco, la jóven compró un caballo con aparejo redondo, poniendo ambas cosas á disposicion de Alfonso. Este añadió una silla de las que usaban entonces los señores, y como el potro tenía en la casa, cuadra y quien le cuidase, le dejó abandonado, sin poder adivinar lo inútil ó muy útil que pudiera serle en lo sucesivo.

Entre el *Barbudo* y la jóven ganaron al capataz, los dos mozos, y concluyó por ser aquella casa el asilo más seguro para nuestro bandolero.

Despues de dormir Jaime tres ó cuatro noches sobre la manta ó la yerba del *Penitente*, buscaba en la cama de la casa de Gregoria recompensa á la dureza y malestar de los dias anteriores. Pero siempre que iba á dormir allí, entraba tarde y salia temprano, con objeto de que no le sintiera ni la misma dueña de la casa.

No era sólo temor lo que inspiraba á Jaime esta conducta; tenía aún en mucho la honra de la jóven, y procuraba no mancharla con una accion indigna.

Pero ella sabía horas despues de haber partido Alfonso que aquel habia estado allí, pues todos los dias pasaba revista á las tres habitaciones, y el *Barbudo* al desaparecer dejaba sobre la mesa un pañuelo, el par de péndientes que compró, algunos dulces que de intento llevaba, ó la hermòsa flor cogida en la huerta de Abanilla, recuerdos todos de su presencia, y los que ella solia interpretar de otro modo: para el que ama, siempre fueron esos obsequios expresiones de cariño en las que suele leer lo que nádie ha escrito.

En la ocasion presente, y á la media hora de haber abandonado Alfonso á su partida, entró en la casa de Gregoria, embozado en su manta, pero por la puerta principal. Acababa de anochecer, el capataz y los mozos estaban en el corral, y la jóven recibió al *Barbudo* en el zaguan, diciéndole con mal disimulada alegría:

—Hola, Jaime; ¿vienes á cenar conmigo?

—Sí, Gregoria.

—Pues sube, que voy á disponer lo necesario.

—Es temprano aún.

—No importa. Ocúltate arriba, que áun cuando no es hora de que llegue nádie, pudiera la casualidad... Anda, enciende la luz y espérame, que no tardaré en seguirte.

Jaime la obedeció, en tanto que la jóven mandó cerrar las puertas que comunicaban con el campo, y luégo dispuso que frieran un pollo, avisándole cuando estuviera para bajar por él.

Miéntras lo ejecutaban cambió de traje, arregló un poco su cabeza, y contestando con monosílabos á las preguntas que Alfonso le hacía, fué poniendo la mesa, y sobre ella pan, vino, agua, encurtidos y frutas secas.

Más tarde bajó, y notando que el pollo estaba frito, dijo al capataz y mozos:

—Cenad vosotros y acostaros.

—¿Nada quieres, Gregoria?

—Esta noche no; que os recojais al momento, pues mañana tenemos que madrugar.

Y subió, incomunicándose con los de abajo.

Cuando hubo dejado el pollo, cuchillo y tenedores de madera sobre la mesa, observó el campo desde una ventana, diciendo despues:

—Nádie te ha seguido, Jaime; los de mi casa ignoran que has llegado, y puedes comer con tranquilidad.

—Pues sentémonos, que el pollo, los blancos, la longaniza, los postres y este pan tan blanco y tierno despiertan mi apetito. ¿Has cocido hoy?

—Sí.

—¿Amasastes tú?

—Cabal.

—Lo habia adivinado, y por eso hallo este pan más sabroso que ningun otro.

—No comprendo la razon, Alfonso.

—Lo que tú tocas, mejora, gana mucho, muchísimo. ¿Pero no comes?

—Sí, continúa.

—Hace ocho dias que no te he visto.

—Pero ántes de ayer dormistes cerca.

—¿Quién te lo ha dicho?

—Este pañuelo de seda.

—Dichoso él, que rodeó tu cabeza y se abrasa en el fuego de tus ojos.

—¿No cenas?

—Sí; el pollo está exquisito.

—¿Con que mis ojos?..

—Son grandes, negros, y tan hermosos como tú.

—Gracias. ¿Por qué me dices eso?

—Porque es verdad.

—¿Sólo por eso?

—Y porque me gustas. Ahora no cenas tú.

—Ya como. Prosigue.

—Nada más.

—¡Ay! ¡Vivo tan sola en esta casa! Figúrate que es Abanílla el pueblo más cercano, y dista legua y cuarto.

—Ya lo sabía.

—Se me pasan las semanas sin ver otra gente que el capataz, los dos mozos y la pobre María.

—¡María! ¿Se llama así esa muchacha que te sirve?

—Sí. ¿Por qué arrugas la frente y haces ese gesto? ¿Temes que te venda?

—No.

—Vive en el olivar con su madre, y como no venga aquí, se está en el campo ó en su casa.

Jaime recordó á su mujer, que tambien se llamaba María, quedando por algunos minutos triste y ensimismado.

Gregoria interrumpió su meditacion, preguntándole:

—¿Qué idea tienes; por qué estás así?

—Me habia distraido.

—Algo malo te sucede.

—No; pensaba en uno que quiere asesinarme, y busco los medios de libertarme de su cuchillo.

—¡Siempre expuesto, continuamente amenazada tu vida! ¿Cuánto más te valiera venirte á mi casa? Los hombres irian olvidándose poco á poco de ti, nádie te ofenderia, cuidándote yo como pudiera hacerlo con un hermano.

—No puede ser, Gregoria; comprometidos por mí veinticinco hombres, tengo que velar por ellos más que por mí. Pero no te alarmes, que conozco bien á mi enemigo, y antes de poco recibirá su merecido.

—¿Qué vas á hacer con él?

—Todavía no lo sé; dependerá del resultado de un viaje que voy á emprender mañana.

—No te quiero sanguinario, Alfonso.

—Esa idea es mia tambien, me inutiliza para muchas cosas y creo muy posible que concluya por perderme; mas no importa.

—¿Adónde vas mañana?

—Léjos de aquí, y te he de sorprender agradablemente.

Por primera vez voy á hacer uso del caballo que me regalaste y á vestir un traje que ha de llamar tu atencion.

—¿Un traje?

—Sí, con el cual me vas á desconocer.

—¡Ya! ¿Te vas á disfrazar?

—Pero de un modo que tú no me has visto nunca. De seguro no me conoces.

—¡Qué locura! Te he visto ya de *huertano*, y te saqué por el aire, la cara...

—Mañana lo veremos.

Y continuaron comiendo y hablando hasta despues de las nueve de la noche.

Alfonso fué poco á poco olvidándose de su mujer, los ojos negros de Gregoria lo atrajeron más de lo que él queria, y es lo cierto que estuvo con ella tan expresivo y galante, que hubo de excitar el rubor y colorear con sus frases el rostro de Gregoria.

Comprendiendo al fin que su animada conversacion lo habia llevado mucho más léjos de lo que él se propuso, se levantó de pronto, exclamando:

—Me retiro.

—¿Adónde?

—A esas habitaciones que me tienes dispuestas...

—¡Ah, duermes en ellas!

—Eso deseo, y si no te opones.

—Al contrario, y me admira tu conducta, pues es la primera vez que me lo adviertes.

—Consiste en que por la mañana necesito de ti para que abras y cierres luégo la puerta.

—¡Ya! ¿Sólo por eso?

—Oye: deseo estar en pié á las tres, y bien disfrazado, montar á caballo; para que puedas ayudarme, golpearé en la puerta que divide tus habitaciones de las mias, y me haces el favor de levantarte. ¿Te despertarás?

—Duermo muy cerca de ese sitio.

—¡Muy cerca!

—Sí, cuatro pasos.

—Va siendo tarde, y hay que madrugar. Adios, Gregoria.

—Que duermas bien, Alfonso; llévate el belon, que yo tengo bastante con este candil.

—Gracias.

Jaime cogió la luz, y cerrando la puerta, se aisló en su alcoba.

Luégo abrió su enorme baul, sacando un traje de caballero, pasaporte, algun dinero más del que tenía encima y lo que juzgó indispensable para el completo de su disfraz; pero todo esto lo hacía pensando en Gregoria.

Al acabar, en vez de dirigirse á su cama, se fué instintivamente á la puerta interior, fijando la mano en el cerrojo que echó anteriormente.

—¡Qué iba á hacer!—exclamó de pronto.—Ahí duerme una pobre jóven indefensa, que se fía de mí y que!.. Y hácia aquel extremo, en Orihuela, ruega á Dios por mí la infeliz esposa del bandolero. Cerca tiene á mi hijo... ¡Qué locura! Aire, venga aire.

Y abrió una ventana que daba al campo, sacando el cuerpo fuera.

—Noche clara y serena,—añadió;—esos olivos parecen mudos fantasmas que se prolongan hasta el monte, silenciosos, inmóviles. Dios los crea, nos ha creado á todos, nos observa y nos ve. Basta con que sea ladron. Acaso me perdone un dia el robo, pero si añado... No, no; el fresco de la noche me ha curado y me voy á dormir. A nádie veo; la claridad de la luna me permite distinguir un rádio extensísimo; la humanidad duerme sin cuidarse para nada del audaz bandolero; haré yo lo mismo respecto de ella.

Cerró la ventana, guardando en el baul el traje que llevaba puesto. Seguidamente se acostó, y á los diez minutos de haber apagado la luz dormia tranquilamente. Dejó su carabina y dos pistolas al alcance de la mano, que Jaime no se fió jamás ni de su propia mujer.

Ejercia tal predominio sobre su materia, que á pesar de

haber sido fuertemente ostigado por el deseo, venció con facilidad admirable una de las pasiones que más descomponen y precipitan al hombre. Cuando él exclamaba: «No me conviene eso, no debo hacer eso,» era imposible destruir su voluntad, más firme entónces que la pasion. ¡Lástima era que una buena educacion no guiara sus pasos desde el principio de su infancia!

Durmió tranquilamente cinco horas, despertando á las tres ménos cuarto, en cuyo instante encendió el belon, y mirando la hora, comenzó á vestirse.

Seguidamente dió tres golpecitos en la puerta interior, á los cuales contestó Gregoria:

—Me estoy vistiendo, Alfonso, y aquí te aguardo.

El bandolero se habia cubierto con su traje de caballero, fijó en su cara las pequeñas patillas que usaban entónces los señores, y provisto de un par de cachorrillos y de cuanto creyó necesario, salió despues de haber cerrado el baul, llevando el belon en la mano izquierda.

Al verlo Gregoria, retrocedió dos pasos, exclamando:

—¿Quién es este hombre? ¡Favor!..

—Calla, mujer, que me comprometes; te dije que no me conocerias...

—¿Eres tú, Jaime? ¡Cómo te han crecido las patillas!..

—Si son postizas, tonta.

—¡Qué bien estás!

—Ya lo creo.

—Te confundes con los grandes señores.

—¿Me cae bien esta ropa?

—Perfectamente.

—Pues hija, no perdamos tiempo, que son más de las tres y tengo mucho que andar. Coge el belon y bajemos.

Y ambos, sin hacer ruido, para no despertar al capataz y mozos, fueron á la cuadra, donde Jaime ensilló un potro fuerte, bien cuidado y tan bueno como él lo necesitaba.

—Ahora,—dijo cuando hubo concluido,—nos dirigiremos á la puerta del corral para que no nos sientan tus criados. ¿Dónde está la llave?

—Aquí; yo abriré.

—Pues vé delante.

Y llevó Alfonso el caballo del diestro hasta llegar al campo, en cuyo instante montó.

—¿Cuándo vas á volver?

Le preguntó Gregoria.

—No lo sé á punto fijo, pero tardaré algunos dias.

—¿Me quieres decir adónde vas?

—No puedo.

—¡Qué desconfiado eres conmigo, Jaime.!

—Te equivocas; á nádie cuento lo que pienso hacer. Por desgracia depende de la reserva el que no sea sorprendido; y el modo de evitar una torpeza ó debilidad, es callando á todo el mundo el punto á donde me dirijo y lo que intento realizar.

—Eso ya es otra cosa; si á nádie se lo dices...

—A nádie, Gregoria. ¿Quieres que te traiga algo?

—No; sólo deseo verte pronto.

—¡Qué ojos tan hermosos tienes y que rostro tan agraciado!

—¿Te gustan?

—¡Ay!.. Oye, Gregoria; desde el miércoles en adelante deja la llave de esa puerta de modo que pueda yo cogerla metiendo la mano por debajo de la misma. Conviene que no me vean con este traje tus criados, llegaré de noche, y esa es la manera de lograr mi propósito. Adios, que me abraso en esas dos ascuas que tienes en la cara.

Y picó á su caballo sin esperar contestacion, saliendo de allí á escape.

Gregoria exhaló un suspiro al verlo partir, y cuando le hubo perdido de vista, se retiró nuevamente á su alcoba.

Jaime distaba de Murcia seis leguas y queria andarlas en poco más de tres horas. A este fin corrió cuanto pudo su caballo, despues lo puso al trote y no se detuvo hasta llegar al puerto de Zacacho; que estaba á más de la mitad del camino.

Aun no habia amanecido. Alfonso echó pié á tierra para dar un respiro á su potro y tomarlo él á la vez.

Se detuvo sólo diez minutos á la orilla del camino.

Al cabo de ese tiempo volvió á montar y á correr. Ahora iba por la vega de Murcia, á cada momento encontraba *huertanos* que le saludaban con respeto, creyéndole un gran señor, y á los que él contestaba sin bajar el embozo de su capa ni acortar el rápido vuelo de su caballo.

Llegó al pueblo y castillo de Monteagudo y puso su cuadrúpedo á un trote largo y sostenido. No obstante el fresco de la mañana, llevaba al animal cubierto de espuma, cuyo blanquísimo color contrastaba con el de su piel de azabache.

Alfonso seguia trotando, sin dejar por eso de mirar á derecha é izquierda para contemplar á las *huertanas*, que con su guarda-piés, que las dejaba libres desde media pantorrilla abajo, los brazos desnudos y sus cestas con legumbres ú hortaliza, se dirigian á la ciudad, luciendo su limpio cútis y algo todavía de aquella gracia y negligencia árabe que un dia se admiraba en la hermosa vega de la pintoresca ciudad.

Alfonso llegó á la puerta de Orihuela, nádie osó detenerle, visto su porte y garbo, y cinco minutos más tarde entró en la posada de San Antonio, diciendo á un mozo del meson:

—Toma mi caballo y cúidale como si fuera de un príncipe, que tiene buena sangre y mi bolsillo está siempre abierto.

Y volviéndose al dueño del establecimiento, añadió:

—Cada dia crece más tu panza, Anton. Si es que puedes moverte, acompáñame al cuarto núm. 3. ¿Está desocupado?

—Sí, señor; á la disposicion de V.; pero no recuerdo...

—Tú siempre fuiste torpe y desmemoriado. Abrevia. Tan pequeño y tan gordo...

—Gracias, señor. Entre V.

—Necesito peine y cepillo; media hora despues pernil con huevos; un frito, hecho á conciencia; buen vino y dulces. Despacha.

—¿Me da V. su nombre?

—Sí; Camilo de Guzman.

—Señor de Guzman... Pues no recuerdo.

—¿Y qué te extraña? Con tanta carne en los ojos no se

puede tener memoria, entendimiento ni voluntad. Tráeme el cepillo y el peine; al pagarte miras la moneda, y no te metas en más.

—Al momento, señor.

Alfonso limpió su traje, que estaba cubierto de polvo, se aseó cuanto pudo, atrayéndole luégo á la mesa el olorcillo de unas magras que despertaron su apetito.

—Esto es poco, Anton; añade un par de blancos y queso bueno.

—Voy por ellos.

Y ya sólo Jaime, continuó:

—Después de andar seis leguas, nada tan agradable como dejarse caer sobre este sillon de baqueta. Y si á eso se añaden tres trozos de pernil, un par de huevos y algunas otras frioleras, queda el hombre satisfecho hasta el infinito. Dirán que con el dinero del ladron se almuerza más cómodamente; pero no es así, que lo sudamos tanto como cualquiera otro, sin disfrutar nunca de verdadera tranquilidad. Y es lo peor del caso, que es raro el hombre que, teniendo conciencia, esté satisfecho de sí. ¡Somos tan frágiles! Pero si uno se concretase al estricto cumplimiento de su deber, sería esta vida un martirio perpétuo. Cuanto más se tiene más se desea; cada cosa que no se alcanza cuesta un dolor. Y resulta que á la vida esta van pegadas siempre cincuenta calamidades. Yo me hallo hoy tan contento y satisfecho, sin comprender la causa... Ah, sí; mi conducta de anoche con Gregoria. ¡Pero me dió un rato la indina!.. Aquellos ojos tan negros, el arrebol de su semblante, sus miradas y su... ¡Si no la hubiera querido tanto!.. Voy á ahogar con vino el recuerdo de lo que me hizo sufrir.

Y apuró el vaso, concluyendo de almorzar tranquilamente.

A las ocho de la mañana se embozó en su capa, dirigiéndose acto continuo á casa de un escribano, que le recibió con los brazos abiertos.

Luégo visitó á un caballero rico y de mucha influencia en el país, con el cual estuvo encerrado dos horas.

Cuando se retiraban á comer, exclamó:

—Esto marcha bien, y si continúa, el Corregidor, su polizonte y los que me quieren mal en este pueblo llevarán una leccion completa.

Por la tarde visitó la hermosa catedral, cayendo de hinojos á los pies del altar mayor, frente á la Vírgen de la Fuensanta, imágen que se venera mucho en la ciudad.

Despues estuvo en el paseo y por la noche en el teatro. Cubierto con su disfraz y sin abandonarle nunca un valor y sangre fría sorprendentes, recorrió los sitios más públicos de la capital, sin temor ni sobresalto alguno. Verdad es que la policía le andaba persiguiendo á seis leguas de allí, remuneraba espléndidamente á sus encubridores, con nádie cuestionaba, y en pos de su bolsillo abierto iban siempre un par de pistolas que podian abrirle paso entre los más atrevidos y valientes.

Al siguiente dia le visitaron varios en su cuarto de la posada de San Antonio; á algunos de ellos les dió oro, y hasta hubo uno que se ofreció á acompañarle por la tarde, con el cual anduvo por la ciudad más de dos horas.

Cinco dias empleó en arreglar sus asuntos en Murcia y preparar un acontecimiento que debia aumentar su fama y hacerlo más temible que nunca.

Durante ese período habló con el Corregidor interino, sin que éste pudiera conocerlo, y ántes de marcharse fué á casa de sus principales enemigos, á los cuales dejaba aturdidos, confusos y tan amilanados que ninguno osara pedir auxilio.

Le despidieron al anochecer del quinto dia tres de sus encubridores, á los que despues de estrechar sus manos, dijo:

—Estoy muy agradecido y todo cuanto me pidais lo obtendreis siempre de mí; pero os advierto que la más leve traicion en cualquiera de vosotros costaria la vida al que la intentase.

Uno de ellos le contestó:

—Quién piensa en eso, Jaime; te queremos mucho, y debes contar con nosotros como contigo mismo.

—Así lo hago, y mi bolsa la hallareis abierta; pero entended que puedo ser generoso sin que disminuya un ápice por eso mi fiereza al vengarme.

—Ya lo sabemos.

—No tendré inconveniente en alguna ocasion en perdonar la ofensa de un enemigo que se me presente franco y al descubierto; mas al hombre que le entrego cariño, dinero y confianza, á ese le parto el corazon como me falte en lo más pequeño.

—¡Quién se habia de atrever!..

—Yo no soy hipócrita ni avaro; por eso os digo que tengo en Murcia tres clases de agentes; y hay algunos de ellos á quienes no conocereis nunca, pero que están tan cerca de vosotros, que nada de cuanto haceis se les oculta, y luégo lo sé yo.

—¡Caramba; eso es demasiado!

—Dan por mi cabeza sesenta mil reales, y para tan buen anzuelo todo es poco, señor Don Juan.

—Por mí estoy tranquilo.

—Y yo tambien.

—Y yo.

—Bueno. ¿Quereis algo más de mí?

—No; que sería abusar demasiado.

—Pedid lo que os agrade; pero os aconsejo, por vuestro bien, que seais leales.

—Cuenta con nosotros.

—Hasta ahora mi confianza es absoluta. Quedad con Dios.

—¿Te volveremos á ver pronto?

—No lo sé, pero sí que yo os contemplaré á menudo.

—¡Qué valor y qué inteligencia!

Jaime volvió á estrecharles las manos, y montando á caballo comenzó á andar, deteniéndose en la plaza de Santa Eulalia. Oyó el toque de Oracion, y con el sombrero en la mano rezó frente á la iglesia, fijo en la imágen de la santa que acabamos de citar.

Anduvo de nuevo, y en cuanto dejó atrás la ciudad y bar-

rios extramuros, metió espuelas, cruzando la hermosa vega como una exhalacion.

Si prisa demostró á la ida, tanta ó más patentizaba á la vuelta.

Salió á las siete, y ántes de las once estaba en la puerta de Gregoria, cuya llave encontró fácilmente.

La jóven y sus criados dormian con sueño tan profundo que ninguno le oyó llegar.

Alfonso desensilló su caballo, dejándolo en la cuadra en la forma que lo halló.

Despues salió de nuevo, cerrando la puerta para abrir la que daba á sus habitaciones y entrar en éstas, haciendo el ménos ruido posible.

Encendida la luz, limpió su traje de caballero, guardándolo cuidadosamente en el baul. Puso sobre la mesa un precioso abanico de marfil, y diez minutos despues dormia sosegadamente.

CAPITULO XXI.

La accion del drama.—Desenlace.—Los dos milanos.—La nueva leccion surte sus consiguientes efectos.

JAIME durmió poco más de cinco horas. Despertó cuando le convenia, se cubrió con el traje que habia llevado, desapareciendo de la casa de Gregoria sin hacer ruido alguno y sin que nádie le viera.

A pié, solo y muy embozado en la manta, andaba ahora tan de prisa como su caballo por la noche.

Abandonó el lecho á las cuatro y media, y á las cinco y cuarto ya estaba en los alrededores de Abanilla, cogiendo los partes de Amorós y algunas otras confidencias que le dieron al paso ó él sacó de los sitios en que las habian depositado.

Con ellas, y sin dejar de caminar otro tiempo que el indispensable para cogerlas, ganó el monte, dirigiéndose á la casa donde quedó su partida seis dias ántes y en la cual tenía su traje de bandolero, armas y cuanto pudiera necesitar.

Al subir la primera pendiente de la sierra salió el sol y entónces se puso á leer las cartas y papeles que llevaba.

—Bien, exclamó al concluir.—Amorós ha cumplido perfectamente mis encargos, y en estos momentos anda por los alrededores de Molina. El resto no me importa, ni me participan nada que deba alterar el desarrollo de mi plan.

Se habia sentado sobre la manta y volvió á embozarse, prosiguiendo su camino hasta que llegó á la casa, situada en la sierra del Carche.

Alfonso empleó la mañana en almorzar, descansando luégo de las cuatro leguas y media que habia andado á pié y por terreno, en general, quebrado.

Comió á la una, cubriéndose acto continuo con su traje de bandolero. Despues cogió un trabuco que estaba vacío y lo cargó con mucho cuidado, sonriendo miéntras verificaba aquella operacion. No era el que usaba, lo estrenó en aquel momento, y el dorado de su cañon de bronce brillaba como acabado de salir de la fábrica.

No tardó en despedirse de los dueños de la casa, encaminándose sin dilacion por veredas y sitios extraviados al campo de Molina.

Llevaba caida la manta cuanto le era posible, escondido el trabuco y oculto el rostro.

Mirando siempre á derecha é izquierda, adelante y atrás, huia el encuentro con gente, acabando por emboscarse en un olivar próximo al pueblo de Molina.

Sentado debajo de un arbol, esperó más de una hora las primeras tinieblas de la noche. Llegadas éstas, se puso en pié, y pasados poco más de diez minutos, acertó á distinguir el cortijo donde habia citado á los indivíduos de su partida.

Se detuvo á cien pasos y silbó, no tardando en ver un bulto que se dirigia á él.

Era Amorós, el cual estrechó su mano, diciéndole:

—Bien venido, Alfonso; te aguardaba con impaciencia.

—¿Qué ocurre?

Le preguntó aquél con viveza.

—Nada de particular; pero deseábamos todos saber de ti.

—¿Anduvo Bonetti?

—Mucho, Alfonso; más de seis veces le he visto caer en tierra, rendido por la fatiga, el insomnio y el hambre.

—¿Murmuraba?

—No; maldecia por diez, asegurando que no existe vida más negra y penosa que la de tus bandoleros.

—¿Llegó á comprender que descansábais los unos miéntras andaban los otros, y viceversa?

—Al contrario; decia á menudo que éramos de hierro y que la carne humana no podia estar entre nosotros.

—¿Tuvísteis que castigarle?

—Al principio se quedaba atrás y nos burlábamos de él, haciéndole caminar con frases ofensivas; pero llegó al extremo de tenderse y decir que no podia más, en cuyo caso, con la rama de un árbol ó la baqueta de acero, se le obligaba á comprender que se habia equivocado.

—¿Lo teneis ahí?

—Claro es; lo vas á desconocer; en seis dias enflaqueció y está tan demacrado y descolorido, que inspiraria compasion si no fuera tan perverso.

—Muy bien, José. Vuelve al cortijo, mándame seis hombres, y en seguida dispon una cena abundante y que Bonetti coma y beba lo que quiera. Durante ese acto dale la enhorabuena por el viaje que va á emprender conmigo. Procura que se alegre y que vea próximo el desenlace del fin trágico que nos preparaba. Yo llegaré de nueve á diez con el Corregidor. Que tengan luces en la sala del tio Paco, y no economices frases halagüeñas ni nada que pueda ser grato al polizonte para que al entrar yo se encuentre completamente satisfecho. Vosotros esperais todos en la cocina, bebiendo y hablando. Paco y su familia que se trasladen á la casa de labor. ¿Comprendes mi pensamiento?

—Sí.

—Pues abrevia, que tenemos que hacer todavía bastante esta noche.

—¿Quiénes han de acompañarte?

—Seis de Crevillente. Despacha.

—Hasta luégo, Alfonso.

Cinco minutos despues caminaba Jaime, seguido de seis bandoleros, en direccion de Molina; pero de pronto abandonó

el sendero que llevaban para tomar otro que conducia á una hacienda ó posesion situada entre el pueblo y el cortijo, á un cuarto de legua del primero y á la mitad del segundo.

La noche estaba clara y serena; eran poco más de las ocho, y todavía se escuchaban los cánticos semiárabes que entonaban las *huertanas* de Murcia y sus contornos.

Alfonso seguia ahora por entre un bosque de árboles frutales; vió despues un cercado, no tardando en detenerse á la puerta, que halló entornada.

Dió algunas órdenes á los seis que le acompañaban y se precipitó con ellos en la casa, dejando á dos bandoleros, uno á la entrada del cercado y otro en el huerto que precedia á aquella vivienda.

Con los cuatro restantes y sin hallar resistencia, llegó hasta el comedor de la casa, en el cual estaban cenando el Corregidor de Murcia, dos amigos suyos y el dueño de la posesion. A este último, que residia por lo comun en la capital, lo habia visitado Alfonso durante su permanencia en Murcia.

Al ver los cuatro señores que cenaban á aquellos cinco hombres embozados en mantas y calado el sombrero, exclamaron:

—¿Qué gente es esta?

—¿Qué osais?..

Alfonso se adelantó, contestando:

—Soy Jaime el *Barbudo,* y no debe extrañaros mi modo de entrar, pues al bandido no le es dado otra cosa que sorprender á aquellos con quienes desea hablar.

Y bajó el embozo, presentando, en union de sus compañeros, su enorme trabuco.

El Corregidor y sus dos amigos quedaron sin accion ni palabra. El dueño de la casa le dijo:

—Tú no eres sanguinario, Alfonso, segun he oido de pública voz y fama; ninguno de los cuatro te ofendió, y si es dinero lo que vienes á buscar, dime lo que necesitas, que si lo tengo te lo daré, y déjanos continuar cenando.

—No me trae aquí,—añadió Jaime,— la aficion al oro,

ni es cierto tampoco que de los cuatro ninguno me haya ofendido. Por el contrario, fuí yo el que nada os hice, é ignoro la causa que ha podido tener Don Miguel para mandarme nueve asesinos, con órden de llevar mi cadáver á Murcia.

—¿Yo?

Preguntó el Corregidor, temblando y sobrecogido.

—No lo niegue V., Don Miguel, porque á nada bueno conduciria; V. ignora que se lo ha referido á varios, y entre algunos de esos estaba yo.

—¿Tú?

—Sí, señor. Hé aquí sus mismas frases: «Entregué á Bonetti trescientos duros y una órden, con todo lo cual veremos en Murcia el cadáver de Alfonso.» Llevaba V. un reloj de oro que sacó al concluir, retirándose con un caballero que debe á V. muchas atenciones.

—¡Eso fué en las Casas consistoriales!

—Exactamente; á presencia de dos regidores, un escribano y varios otros caballeros, con los cuales conversaba yo.

—¿Será posible?

—Tan cierto como que le alargué á V. un pañuelo de seda que se dejaba olvidado.

—¡Ah! ¿Con aquel porte tan bueno?..

—Si yo no lo tengo malo.

—¿Aquel aire elegante?..

—Aprendí mi oficio mejor que V. el suyo, y eso que no es lerdo. ¡Tiene V. una imaginacion, una travesura, señor Don Miguel!..

—¡Este hombre sabe todo lo que pasa en la provincia!

—Tambien es cierto. Antes de llegar V. á esta posesion, ya uno de mis amigos me buscaba para decirme, que aceptando V. la invitacion de su amable dueño, permaneceria aquí hoy y mañana de gira. El corregimiento le ocupa bastante, y los ratos de expansion que aquí tiene le son necesarios como descanso á su fatigado cerebro. Yo oí la noticia, la juzgué cierta, y vine en busca de V., de V. solamente, señor Don Miguel.

—¿Qué deseas de mí, hombre? Siéntate.

—Acepto, y gracias, señor Corregidor interino, que anduve muchas leguas por tener el gusto de verle y estoy cansado. Muchacho, una silla.

Uno de los bandoleros obedeció, añadiendo Jaime:

—Dos de vosotros quedad á la puerta de centinela, pero á la parte afuera; los otros dos id á la cocina y esperad entre los criados de la casa.

Y despues que fué obedecido, se sentó frente á Carpe, á la distancia de una vara, conservando el trabuco entre las rodillas y el sombrero que se habia quitado, con el cual tapaba la boca del arma.

—Quiero de V., señor Don Miguel,—le dijo,—una contestacion categórica á mi primera pregunta: ¿Qué le hice yo para que me mandase nueve asesinos?

El Corregidor seguia cada vez más confuso y aturdido. El lenguaje de Jaime, sus buenos modales, el fuego que despedian sus ojos y el enorme trabuco que sujetaba con la mano izquierda, le tenian perplejo é irresoluto. A la pregunta del *Barbudo*, contestó:

—Hombre, Bonetti tuvo empeño en ir á buscarte de la manera que dices; yo accedí, refiriéndoselo despues á muchos, porque en la ciudad se murmuraba de mí, atribuyéndome una indolencia y abandono que parecian estudiados y sostenidos en favor tuyo.

—Eso es verdad; pero le engañó á V. Bonetti, seducido por otros trescientos duros que le dieron los señores, cuyos nombres hallará en este papel. Esos son los únicos que por miedo á mí murmuraban de su autoridad; que la poblacion entera sabe lo travieso que es V., conoce su energía y comprende lo inútil de mandarme desgraciados con los que yo puedo fácilmente.

—Acaso sea así; no lo niego.

—Es cierto, muy cierto.

—Yo lo ignoraba...

—Esa frase no debiera nunca aparecer en los labios de

una autoridad. Si á mí me es dado saberlo todo, ¿por qué razon lo ha de ignorar V? ¿Tengo yo acaso más recursos, dispongo de más medios que el Corregidor de Murcia? No, señor; cuento, sí, con un interés y afecto en los que se entregan á mí, que ustedes los empleados del Gobierno no tuvieron jamás. Hé ahí la única razon de que yo sea el rey de esta comarca: duermo poco, trabajo mucho, discurro más, nunca tengo giras, estoy siempre velando por los mios, y unos por temor, otros por interés y la mayor parte por cariño, todos me obedecen, me consideran, mando y triunfo. ¡Tristísimo ejemplo que un bandolero presenta á los que viven, gastan y triunfan con el oro del contribuyente! Si yo soy mejor ó peor que vosotros, ante el tribunal de Dios os lo dirán.

Calló Jaime, Don Miguel seguia mudo por no hallar nada que contestar á las verídicas frases de Alfonso, y notando éste que ninguno pensaba replicarle, añadió:

—Siento mucho que me haya V. obligado á darle una leccion, la que probablemente no olvidará el resto de su vida; pero si tiene en cuenta que yo busco á mis enemigos frente á frente, que jamás asesiné, que nunca le ofendí y que me mandó nueve sicarios que han debido matarme á traicion, comprenderá que la causa justifica mi conducta, y en lo sucesivo sólo irán en mi busca valientes, á los que yo espero con los mios en el monte. Contra esta determinacion nada hallaré que decir, pues ella me librará, como es justo y muy puesto en razon, de un nuevo Bonetti y secuaces.

—Buena es efectivamente la leccion que me estás dando, Alfonso.

—¿Ahora?

—Sí.

—Esto nada vale ni conduce al fin que me he propuesto; usted sabe cumplir con su obligacion; si no lo hace es porque no le acomoda, y no hay motivo para creer que mis frases han de bastar para la enmienda que no logró imponerle su conciencia. La leccion á que yo me refiero es otra.

—¡Otra dices!

—Claro está. Pues qué, ¿perdí yo seis dias y anduve más de veinte leguas para cambiar unas cuantas frases con V? No, señor.

—¿Qué intentas, Jaime?

—Antes quiero que sepa V. quien es Rosendo Bonetti, pues es indudable que no lo conoce.

—He oido hablar de él con alguna variedad, lo cual no me extraña, porque el oficio es malo y la maledicencia no es buena.

—¿Y procuró V. enterarse de la verdad que pudiera haber, en ese rumor que llegó hasta su autoridad?

—Pregunté á dos, y ninguno de ellos me dió explicaciones.

—Con lo cual se quedó V. satisfecho.

—¿Qué habia de hacer?

—Luégo se quejará V. del mal rato que voy á darle esta noche.

—¿Por qué dices eso?

—El jefe de su policía fué pirata, despues estuvo en presidio por asesino y ladron, y más tarde desempeñó oficios repugnantes.

—Eso no puede ser, Alfonso.

—Vea V. esos papeles que he adquirido en Murcia sin grandes dificultades, y comprenda lo fácil que le hubiera sido al Corregidor el logro de ellos.

Y le presentó vários documentos, los cuales leyó Don Miguel, exclamando al concluir:

—¡Jesus! ¡Bonetti merecia un patíbulo!

—Pues V. se hallaba asociado á ese hombre, y áun cuando llegó á sus oidos el rumor de lo que era, no se enteró, efecto sin duda de las graves ocupaciones que rodean siempre á una autoridad.

—Cierto, Alfonso.

—Positivamente, señor Don Miguel. Por eso se viene usted aquí de gira, de noche duerme tranquilamente diez horas, y no hay amigo suyo al que V. deba una visita. Son ustedes más

felices que yo; no disfrutan de mi intranquilidad, nádie les persigue, huelgan de lo lindo, y... ¿Sabe V., señor de Carpe, que debe ser cómodo eso de contar con un sueldo grande y estar uno en actitud de ganarlo ó no? Porque dejándolo el Gobierno á la voluntad del empleado, se puede cumplir bien ó irse uno de caza, de gira, de visita. ¡Vaya una ganga, señor Don Miguel!

—Estás equivocado, Alfonso; al funcionario que no cumple con su obligacion se le quita el destino y hasta se le puede encausar criminalmente.

—¡Ah! Perdone V. ¡Como yo no entiendo de eso!.. ¿Cuántos han echado por gandules y á qué número de ellos encausaron? Deben ser muchos, porque en este país abundan los vagos.

—No recuerdo ahora; pero algunos serán.

—Si me cita V. uno sólo con pruebas, le perdono y lo dejo cenar con tranquilidad, á cuyo fin me marcharé en el acto.

—¿Uno, uno?

—Sí, señor, uno sólo; en cualquiera provincia de España.

—Estando yo en Madrid, fué declarado cesante por holgazan un escribiente con tres mil reales de sueldo.

—¡Ah! ¡Todo un escribiente! Promoveria una crísis en el país tan estupendo acontecimiento.

—Eso no es del caso; recuerda que te he citado uno, y la palabra que has empeñado.

—Tiene V. razon; venga la prueba, y en seguida me levanto y marcho.

—¡La prueba! ¿No te basta mi palabra?

—No, señor; todo el mundo sabe que yo jamás miento, y con la denuncia de Bonetti han venido los comprobantes.

—¿Dudas del hecho?

—Claro es; la vagancia no se califica de delito en este país.

—Estás en un error. Un empleado gandul estafa al Erario.

—Admito la idea. ¿Qué castigo impusieron á ese escribiente?

—Dejarlo cesante. ¿Te parece poco?

—No; por esa lógica, en cuanto yo abandone mi oficio acabaron mis delitos. ¿No encuentra V. parecido?

—¿Y lo que hicistes anteriormente?

—¿Y lo que estafó el empleado hasta el momento de su cesantía?

—¿Crees tú que hay idéntica gravedad?

—No, señor, ni entiendo tampoco que se deje por eso cesante á nádie. Ese infeliz, en el caso de ser cierto el hecho, que lo dudo, no tendrá favor, y en el hueco que quedase entraria un sobrinito del jefe, que irá á la una, se levantará tarde, y los fondos del Estado, en resúmen, contribuiran poderosamente á que haya un letrado más en España.

Nada halló que replicar el Corregidor; bajó la cabeza, quedando en actitud de meditar; pero el terrible bandolero le distrajo bien pronto, añadiendo:

—El caso del escribiente, convertido más tarde en letrado, gracias al presupuesto, nada supone, si se tiene en cuenta los males que causan hombres como Bonetti puestos al frente de oficinas ó de corporaciones importantes; porque ha de saber usted, que ese polizonte es capaz de robar y hasta de trocarse en verdugo si halla ocasion ó la necesidad le obliga.

—Alfonso, yo no niego que Bonetti haya sido malo, pues se confirma en estos documentos, y ante prueba tan categórica inclino la cerviz; pero me consta que ha variado por completo.

—¿Es esa su opinion?

—Terminante, absoluta.

—¡Qué bien le conoce V! Por lo visto no creyó su señoría que le engañaba al hablarle de la crítica que le hicieron los murcianos, ni que al obrar así sólo tenía en cuenta que iba á sacar á unos cuantos propietarios trescientos duros y á usted una cantidad igual.

—¿No ha hecho lo posible por ganarla?

—Cierto; asesinándome.

—Estás sentenciado á muerte y pregonada tu cabeza, Alfonso.

—Tambien es verdad, pero no hay en Murcia dos, capaces de arrancarme la vida de la manera inícua y traidora que pensaba hacerlo Bonetti.

— Segun el texto de la ley, está en su derecho cualquier español que aproveche la ocasion de matar á un proscripto, Y ten en cuenta que no se le impone el que sea frente á frente y con iguales armas, sino como pueda.

—¿Cuántos lo han hecho?

—Hombre, yo no recuerdo ahora.

— Ni luégo, ni nunca. Es un buen medio de salir del apuro, señor Corregidor. En este país no hay miserables que maten de esa manera, y la excepcion se concretará á alguno que se le parezca á Bonetti.

—Te ha ofendido, y no me extraña el odio natural que le demuestras.

—¿Es decir que V. continúa creyéndolo incapaz de robar y de hacer de verdugo? Pues hemos de ver quién se equivoca de los dos.

—¿De qué modo?

—Suponia yo que V. iba á defenderlo, segun lo está realizando, y traigo bien estudiado el medio de convencerle prácticamente. Cuando Jaime afirma una cosa, añade inmediatamente la prueba.

—Saldrás mal. Es preciso, por otra parte, hacerse cargo que en las angustiosas circunstancias porque atraviesa el país no es posible desatender servicio alguno, ni debe la autoridad por esa causa entrar en averiguaciones que le impiden el estado excepcional y la falta de tiempo. En épocas normales ya es otra cosa.

—¿Qué sucede en épocas normales, señor Don Miguel?

—Hombre, cuando hay paz y tranquilidad se puede uno dedicar con holgura á buscar antecedentes, noticias, y el acierto indispensable en la provision de los destinos.

—¿Sí?

—Claro está.

—Veamos si es cierto. Reinaba en España Don Cárlos IV;

pero aseguran todos que gobernaba el país el inolvidable Don Manuel Godoy, príncipe de la Paz, generalísimo, y el amigo, en fin, de la *casta* María Luisa, de feliz memoria. El hecho que voy á describir me lo refirió un personaje de la corte, tan verídico como grave y formal. Ocurrió no há muchos años, y es posible que tengan ustedes conocimiento de él. Era deudor el muy alto y poderoso Godoy de un servicio importante que prestó á su persona un pobre hombre que ignoraba hasta el número de letras de que se compone nuestro alfabeto; pero el afortunado príncipe era agradecido, y no anduvo avaro en lo relativo á remunerar con esplendidez la accion del pobre hombre á que me refiero. Otro que no fuera Godoy, se hubiera concretado á regalar de su bolsillo una cantidad, y si áun le parecia poco, estaba en su derecho añadiendo una colocacion en su casa. Mas el príncipe era gobierno, y juzgó cómodo sacar al pobre hombre un destino de cuarenta mil reales al año. El agraciado tomó posesion de su empleo y quiso hacer algo; pero como no sabía, se redujo á sufrir con abnegacion los epígramas y burla de cuantos componian el personal de aquella oficina. Este pobre hombre no era lo suficiente tonto para desconocer el ridículo papel que estaba haciendo y la estafa que resultaba al Erario. Un dia en que subieron de punto el sarcasmo y las frases irónicas de que era víctima, se amostazó, y, buscando á Godoy, fué refiriéndole palabra por palabra cuanto escuchaba con dolor, añadiendo que él no sabía ni lo que era un expediente. El príncipe le oyó con calma, contestándole luégo:—«Ten paciencia; sigue yendo á tu oficina, y el dia 1.° del proximo mes, á las cinco de la tarde, vuelve á visitarme.—Pero, señor, si yo no sé lo que es legislacion, jurisprudencia ni entiendo esos nombres que jamás he oido.—Obedece y calla. Adíos.»—El pobre hombre tuvo que resignarse y continuar de segundo jefe en aquella importante oficina, en que hasta los porteros, léjos de darle el tratamiento que le correspondia, le tuteaban. Llegó el anhelado dia 1.°, y el desgraciado corrió al palacio del príncipe, haciéndose anunciar, á las cinco en punto de la tarde. «Bien venido,—exclamó Go-

doy al verle.—¿Qué te ha ocurrido hoy en la oficina?—¡Ay, serenísimo señor, y qué mes! Esperaban á que me quedase dormido para coser mi ropa al sillon; pedia agua y me llevaban vino...—No es eso; te pregunto lo que te ha ocurrido hoy.—¡Ah! Hoy me presentaron un papel; me dijo el portero que pusiera mi firma, lo hice con gran trabajo, y en el acto me dieron este cartucho, que contiene tres mil trescientos treinta y tres reales y diez maravedís.—¿Los has contado?—Sí, señor; —¿Están cabales?—Exactos.—Pues á eso únicamente te he mandado; márchate, y continúa cobrando, que es lo único importante.» Y el príncipe de la Paz le volvió la espalda. El pobre hombre vaciló; mas pareciéndole cómodo seguir cobrando y muy pesado el oficio que ejerció un dia, obtó por obedecer á Godoy, y así ha proseguido hasta que S. A. sufrió el *pequeño percance* de Aranjuez.

—El hecho es cierto,—contestó el Corregidor,—pero veo en él una excepcion rarísima, Alfonso.

—Tampoco es verdad, señor Don Miguel. Miéntras que un particular sostiene en su casa á todos sus dependientes y no despide jamás á ninguno ínterin cumplen bien, los gobiernos quitan y ponen á su antojo, como si los destinos públicos fueran patrimonio suyo, obedeciendo por punto general al favor, empeño de un amigo, *amiga*, ó consideraciones que rechaza en su casa y contra sus propios dependientes toda persona delicada del comercio, de la aristocracia y hasta el simple escribano. Diga V. al particular que le dé una plaza, áun cuando sea de escribiente, para Pedro ó Juan, el más apto y dispuesto, y si no tiene ninguna vacante, le contestará á usted sin vacilar. «Señor Corregidor, me es imposible despedir á ninguno de mis dependientes ínterin sigan cumpliendo bien; pues yo no tengo cara ni conciencia para quitar el pan al que está á mi lado y lo gana con honra.» Y esto se lo diria á usted su mejor amigo, su hermano, su mismo padre. ¿Obran del mismo modo los gobiernos? ¿Tiene más potestad sobre los destinos del país una autoridad cualquiera que el particular, rey absoluto de sus acciones y de los empleos que crea en su

casa? Dirá V. que no; y consiste en que el uno obedece á su conciencia y el otro la esconde y corta, destruye, acabando por negar á su país una buena administracion, imposible miéntras duren esos *rigodones* y *contradanzas* que todos los dias presenciamos.

—¡Pues no has aprendido poco, Jaime!

—Como que me hice rey de esta comarca y necesito estar muy alerta para que no rueden por el suelo cabeza y corona. Si yo tuviera un aguerrido ejército con sus jefes y generales, hombres de Estado que se encargasen de defenderme y velar además dia y noche por mi persona, con un presupuesto á mi disposicion, entónces podria dormir tranquilo, sin fatigar mi inteligencia y de goce en goce caminaria sosegado á la ancianidad. Porque mis súbditos, temerosos de una carga á la bayoneta, se callarian; mi Gobierno, por no caer conmigo, me sostendria, y con mis treinta ó cuarenta millones de sueldo y algunos otros *pellizquitos*, que no hay para qué aclarar, lograria darme una vida de verdadero rey. Un poco *durillo* me parece eso de quitar á la agricultura é industria doscientos mil brazos, que tan útiles y necesarios le son, obligando luégo al labrador, propietario é industrial á que entreguen quinientos millones con que sostener esos mismos brazos, los cuales suelen defender muy pocas veces sus intereses y muchas, muchísimas, la conveniencia del que apellidan su señor. Tampoco es dulce ni agradable que un Gobierno, hijo del pueblo, asesine á su padre, ó que, convertido en padrasto, mate á su hijo por un gran funcionario que suele ser de continuo caro y malo, torpe y vicioso, inservible para el bien y que aparece por lo comun tan acompañado de crueldad y plagas como el mismo Faraon.

—Jaime, nos estás diciendo cosas que asombran.

—Qué quiere V., debilidades de un bandido; nosotros nos vemos siempre obligados á citar los hechos de hombres más perversos que el mismo bandolero para disculparnos en parte.

—Eso es propio de la ramera.

—Y de todo el que no es bueno, señor Don Miguel.

—Yo quisiera, por consideracion á lo que represento, que hablásemos de otra cosa. ¿Accedes á mi deseo?

—Sí, señor. Bien comprendo que las maldades de otros no atenúan las mias, pero al contemplar la enormidad de aquellas, me juzgo yo un pigmeo, y en verdad que si no logro una satisfaccion completa, me considero ménos delincuente. Conseguido esto, nos ocuparemos de V., señor Corregidor. Le he dicho que Bonetti es capaz de robar y hasta de convertirse en verdugo, y quiero demostrárselo.

—No es necesario; me basta con que tú lo afirmes.

—Pronto ha variado V. de opinion; pero no me sucede á mí lo mismo, y quiero que se realice.

—¿Qué te propones, Alfonso?

—Me va V. á acompañar no léjos de aquí, donde están Bonetti y la mayor parte de los indivíduos de mi partida, pues sólo me he traido seis. Terminado el asunto que nos lleva allí, podrá V. regresar entre sus amigos y hasta continuar la cena, si le queda apetito.

—Jaime, yo no debo ir contigo á ninguna parte. Soy la primera autoridad de esta provincia, y tú el criminal á quien la justicia condenó á muerte.

—Me habia olvidado de quiénes somos los dos; y ya que usted me lo recuerda, le diré, que sin rebajar un quilate de la verdad que concluye de demostrarme, es V., no obstante, mi prisionero, y le voy á tratar como merece.

—¿Qué pretendes?

—¿No me ha mandado V. nueve hombres para que me sorprendan? De haberme cogido me matarian, y siendo yo el que he sorprendido á V., debe suceder todo lo contrario. Entre enemigos se acostumbra eso.

—¡Jaime!..

—Es inútil cuanto me diga V., señor Don Miguel; hace algunos dias me mandó V. un asesino hábil, diestro y valiente; yo le ofrezco esta noche dos que tampoco son cobardes, y tan obedientes, que al primer movimiento de mi brazo descargarán sus trabucos, dando fin de la existencia que quise

regalar á V., pero que la desprecia, y habré de arrancársela. ¡Paco, Manolo, aquí teneis al jefe de mis asesinos; apuntadle bien!

El bandolero se habia puesto de pié, y, tomando la actitud de un general, pronunció las anteriores frases.

Los amigos del Corregidor alzaron los brazos, queriendo rogar á Alfonso por la vida de Don Miguel, y éste, trémulo, agitado y temeroso, gritó:

—¡No, Jaime, no, por Dios! ¿Qué quieres por mi vida?

—Que me deje V. probarle lo que le he ofrecido.

—¡Que no apunten esos hombres!

—Desmontad, y á vuestro puesto.

—Gracias, Alfonso. ¿Qué prueba es esa?

—Se vendrá V. conmigo, segun le he dicho; despues representaremos una comedia, y seguidamente se volverá aquí, algo asustado, pero sin lesion alguna.

—¿Juras respetar mi existencia?

—Lo juro solemnemente, siempre que V. me obedezca en todo.

—Vamos cuando quieras.

—Primero guárdese V. esos papeles que prueban los delitos de Bonetti. Se pone V. además esta careta, para que no pueda conocerle nádie, y bien embozado en su capa, que está la noche fria, salgamos.

El Corregidor interino le obedeció en todo, exclamando al concluir:

—¿Marchamos?

—Dos palabras ántes de partir: Bonetti es infinitamente más malo que yo, segun se expresa en los documentos que le he entregado y como verá algo más tarde. Si V. le castiga como merece, yo veré luégo muy natural la persecucion que intente contra mí, y esté V. seguro que me concretaré á la defensa; pero si perdona V. á ese hombre ó me vuelve á mandar asesinos que de un modo traidor y ruin pretendan clavarme el puñal, entónces, señor Corregidor, le mato á usted en el campo, en la ciudad ó hasta en su misma cama si pre-

ciso fuera; que puedo llegar allí sin ser conocido de V. ni de sus amigos, como lo hice no ha mucho en el Ayuntamiento. Sean ustedes testigos, señores, de que he jurado respetar la vida de Don Miguel, si me obedece en todo, como asimismo del ofrecimiento que acabo de hacerle; que soy ladron, pero nada más que ladron. Salgamos, señor Corregidor, de la siete veces coronada ciudad.

Los amigos de Carpe le rogaron que molestase lo ménos posible á aquél, el bandido ofreció complacerles, y minutos despues marchaban en la forma siguiente: iban delante, y en forma de descubierta, dos bandoleros; á cien pasos seguian Don Miguel y Jaime, embozado el uno en su capa y el otro en la manta; á los costados de estos caminaban Paco y Manuel, y bastante detrás seguian los dos restantes ladrones, vigilando tambien, con objeto de evitar una sorpresa.

El Corregidor llevaba un traje de campo, qué podia servirle muy bien de disfraz; lo cual, unido á la careta que cubria su rostro, lo presentaban de modo que era imposible reconocerlo.

Por el camino decia Carpe al *Barbudo*:

—¿Qué comedia es esa que vamos á representar, Jaime?

—Una que asustará á V.; pero necesaria, imprescindible al complemento de la idea que me he propuesto realizar. No olvide V. que para salvar su vida es indispensable obediencia ciega á todo lo que yo mande.

—Te la ofrezco.

—No se aturda, áun cuando yo mande que le hagan fuego, aunque sienta la detonacion; fíjese en que estamos representando una comedia, y continúe desempeñando su papel hasta el fin. Si así lo verifica, yo, que jamás falto á mi palabra, y mucho ménos á un solemne juramento, le respondo de que nada malo le ocurrirá.

—Está bien, lo haré.

—Recuerde V. que es hombre, que está delante de valientes, y que cualquier debilidad lo pone en ridículo y hace peligrar su vida.

—No la tendré.

—A las preguntas que yo le dirija me contesta fingiendo la voz, y siempre con afirmativas ó negativas lacónicas.

—Nada comprendo todavía; pero me entrego á ti y te obedeceré, seguro del cumplimiento de tu palabra.

—Cabal;de ese modo V. y yo quedaremos satisfechos.

Los dos continuaron hablando, hasta que fueron interrumpidos por la voz de un centinela de los que tenía puestos Amorós.

Dada á conocer la vanguardia, avanzaron los ocho hasta confundirse con el resto de la partida de Jaime.

La noche, áun cuando fresca, seguia clara y tranquila.

Reinaba en el cortijo un silencio sepulcral; no se veia luz alguna, apareciendo cerradas todas las puertas y ventanas. Alfonso y Don Miguel entraron en la sala que les tenía preparada Amorós; ambos se quitaron los embozos, diciendo el primero muy quedo á Carpe:

—Empieza la farsa; valor, serenidad y disimulo.

Y añadió fuerte:

—¡Amorós!

—¿Qué quieres?

—Qué entre toda la partida, con el verdugo á la cabeza, á excepcion de los dos centinelas que tienes de servicio. Luégo formais en ese extremo, poniendo delante á Bona. Despacha.

Alfonso hizo situar á Don Miguel en el centro de la pared que daba frente á aquella en que iban colocándose los bandoleros, dejándolo de pié; él cogió una silla para situarse, siendo el único que estaba sentado, á la izquierda y centro lateral del salon.

Los bandidos formaron, presentándose delante de la primera fila Bonetti, el cual aparecia flaco, demacrado, con el traje de andaluz roto y andrajoso. Coloreaban su semblante los muchos vapores del vino que concluia de beber, y se retrataba en su rostro la satisfaccion, hija de las ilusiones que le habia inspirado Amorós. Llevaba al hombro varias cuerdas que indicaban su oficio de verdugo; y despues que hubo saludado con un movimiento de cabeza á Jaime Alfonso, se

fijó en el caballero que tenía enfrente, al que le fué imposible reconocer.

Los bandoleros estaban formados en dos filas de once individuos cada una, con su teniente á la cabeza; se les veia armados de trabuco, pistolas y cuchillo; usaban su traje peculiar de bandidos, y despues que se hubieron alineado, guardaron silencio terrorífico, imponente, el cual interrumpió el *Barbudo* con las siguientes frases:

—Muchachos, hé ahí un prisionero que hice esta noche, cuyo nombre me reservo para que no pueda influir en la grave determinacion que vais indudablemente á tomar. Cuando concluyamos os lo diré. Este hombre ha intentado asesinarme de la manera más villana y traidora, y á ser posible hubiera hecho lo mismo con todos vosotros. ¿Es cierto lo que acabo de decir, señor caballero?

—Sí.

Contestó Carpe, fingiendo la voz y obedeciendo las órdenes y mirada de Jaime, pero temblando.

—¿Creeis vosotros, como yo, —añadió el *Barbudo*,—que merece la muerte?

—Sí.

—Sí.

Exclamaron los veintitres.

—¿Opinas tú lo mismo, Bona, verdugo de la compañía?

—Sí.

Replicó aquél encogiéndose de hombros.

—Bien dicho. Si ese hombre hubiera venido al frente de soldados y en buena lid nos atacara, vencido ó vencedor todos le respetaríamos; pero el que, artero y ruin, usa de traiciones con quien jamás le dió ese horrible ejemplo, merece efectivamente la muerte.

Ahora temblaron á la vez Carpe y Bonetti. El último, á pesar de los vapores del vino, palidecia.

Jaime fingió no hacer alto en lo que acabamos de exponer, y se contrajo á preguntar al Corregidor:

—¿Tiene V. algo que decir contra esta sentencia?

—No.

Murmuró el interrogado, fiel á la ciega obediencia que ofreció al *Barbudo*.

—Pues siento decirle que va á morir, y es lo peor que no puedo ofrecerle un sacerdote que le confiese y auxilie en sus postreros instantes; en cambio cumpliré su última voluntad. ¿Qué desea de mí?

—Nada.

—En ese caso pida á Dios por su alma; le concedo tres minutos. Verdugo,—añadió Jaime, dirigiéndose á Bonetti,—te pertenecen el reloj, sortija y dinero que lleve encima el reo. ¿Los quieres, ó los dejas en favor de la compañía?

—Los quiero. ¡Vaya si los quiero! ¿Es esa la costumbre?

—Sí.

—Pues vengan.

Alfonso sacó á Don Miguel el reloj, anillo, y un bolsillo repleto de oro.

—Toma,—dijo al polizonte;—has hecho tu suerte; pues calculo que en las tres cosas llevas, por lo ménos, diez mil reales.

—Me alegro,—añadió Bonetti, repuesto y halagado por la perspectiva del dinero.

—¿Cedes algo en favor de la compañía?

—¿Es costumbre?

—Sí, pero nada se exige; se deja á voluntad del verdugo.

—Entónces voy á dar veinte reales á cada uno, cuarenta al teniente y ochenta á ti.

—No eres muy generoso que digamos.

—Hombre, para eso tengo que ahorcarlo.

—Es verdad, y nada replico. Ultima pregunta que te hago. ¿Quieres ceder el bolsillo, la sortija y el reloj en favor de otro que ofrezca matar al reo y dar á sus compañeros el doble de lo que tú?

—De ninguna manera.

—Hombre, el papel de verdugo es malo, muy malo, vas á sufrir mucho en la operacion, y como entre nosotros el eje-

cutor que vacila ó tiembla recibe su castigo, sería mejor que cedieras en otro...

—No continúes; lo mato.

—Está bien; tuyo es. Ea, terminaron los tres minutos. ¿Se ha encomendado V. á Dios?

—Sí.

Contestó Carpe.

—Pues resultando que en esta habitacion no hay medios para ahorcarle sin hacerle penar mucho, lo sentencio á morir de un tiro. Toma, verdugo, mi trabuco y hazle fuego á veinte pasos, apuntando al centro del cuerpo; si yerras has perdido tu oficio, y tienes que entregar al que le mate los despojos de la víctima.

—Imposible. Fuera estos cordeles y venga ese arma.

—Si la distancia es larga, tienes potestad de acortarla.

—Entónces á diez pasos.

—Para ser el primero que despachas, te presentas sereno y atrevido.

—¿Al primero, eh? ¿Quién te lo ha dicho? Si compraste la noticia, que te devuelvan el dinero. Sólo en el barco pirata maté yo solo más que todos vosotros juntos desde que nacísteis.

—¿En calidad de verdugo?

—Cási lo mismo; porque estaban indefensos como éste.

—Es decir, que no te inspira compasion alguna ese desgraciado.

—Ninguna. ¿Apunto?

—Sí. Baja un poco ese cañon. Al vientre, que son las peores heridas. Eso es; no te muevas. A la tercera palmada que yo dé, fuego.

Espiró la última frase de Alfonso, siguiendo un silencio sepulcral. Amorós dudó de lo que estaba viendo; los restantes bandoleros creian sin poderse dar cuenta satisfactoria de lo que contemplaban; Bonetti, embriagado con los acontecimientos, el vino que bebió y la alegría que produjeron en él el repleto bolsillo, reloj y sortija de su víctima, le predispusieron á matar sin conciencia; y el Corregidor vacilaba en estos instantes,

para acabar por creer que Jaime le habia engañado, y en vez de comedia se estaba representando una tragedia, en la cual debia él perecer. Cuando vió la enorme boca del trabuco dirigirse á su vientre, levantó la vista al cielo, pidiendo á Dios misericordia.

Jaime Alfonso era el único que sabía lo que estaba sucediendo, y no dudaba del éxito de un desenlace preparado hábilmente por él.

Aquel silencio fué interrumpido por tres palmadas que resonaron en los oidos de cuantos las escucharon como el eco de la muerte. Siguió una detonacion parecida á la del cañonazo.

—¡Ay!

Dijo el Corregidor, y cayó al suelo.

—¡Lo maté!

Exclamó Bonetti, sonriendo con orgullo.

—Ninguno se mueva.

Gritó Alfonso, cubriendo con su cuerpo la cabeza de Don Miguel, le arrancó la careta, y dejando su mano fija en el rostro de la víctima, añadió:

—Le has muerto, sí. Esto es un cadáver. Ahora oid todos su nombre. Se llama Don Miguel Carpe, era Corregidor interino de Murcia y segundo Alcalde mayor en propiedad.

—¡Carpe! ¡Don Miguel! ¡Qué dice ese hombre!

Replicó Bonetti, dando vueltas como un pavo, aturdido y confuso.

—¿Le conocias tú?

Le preguntó el *Barbudo* con intencion.

—No, mas como yo ignoraba que era un personaje tan elevado...

—Debiste comprenderlo en el reloj, la sortija y lo repleto del bolsillo.

—¿Estás cierto que es el Corregidor?

—Míralo.

—*Santa Madonna!* Es él; poco se ha desfigurado. *Corpo di Bacco!* Ya pagó las que hizo.

Don Miguel creyó que lo mataban, segun dijimos, y al oir

la atronadora detonacion cayó al suelo cási sin sentido. Pero es el caso que Jaime cargó por la mañana su trabuco con pólvora sola, pues habia dispuesto cuanto estaba sucediendo; bien pronto el Corregidor recobró el sentido, y, creyendo ahora la farsa, se tranquilizó por completo. Con el contacto de sus dedos le indicó Alfonso que quedase tendido y con los ojos cerrados; y aquel le obedeció, apareciendo sin movimiento alguno.

—Cubrámosle para que no se vea la sangre.

Exclamó el *Barbudo*. Y le tapó con la capa hasta dejarle descubiertos únicamente los piés y parte del rostro. Luégo se acercó á Bonetti, diciéndole:

—Era muy malo el Corregidor. ¿Es cierto, Bona?

—Un bribon muy *lárgo*. Chico, repito que está bien muerto.

—Algun dia te pesará; porque á ti nada te hizo, le has asesinado, y la conciencia y el remordimiento te mortificarán.

—No tengo la una ni halla cabida en mí el otro. Echemos un trago á la muerte de Carpe.

—Eres desarmado y feroz como ningun otro.

—¿Te admira?

—Sí, me soprende; me da asco.

—¡Já, já, já! Te dije que valia yo tanto como el mejor de vosotros, y ya lo estás viendo.

—¡Bien se porta el señor Bonetti!

—¡Qué dices! Tú te has equivocado; ese no es mi apellido.

—Amorós, correrse un poco á la derecha, cubriendo esa puerta; que este polizonte la mira de reojo y no es cosa de que se nos escape el pájaro.

—¡Jaime!

—No te aturdas ni te pongas descolorido, Bonetti, que la cosa no es para tanto.

—¡Te han engañado; mintieron!

—Sé franco; ¿á qué paraje pensabas llevarme esta noche, para clavar tu puñal con más acierto y seguridad?

—A ninguno.

—Larguillo era el viaje que pretendias emprendiese ma-

ñana; pero debiste ofrecerme el de América, toda vez que á ese continente se le da el nombre de otro mundo, y hubieras hablado con más propiedad; que á otro mundo pensabas mandarme, con heroismo digno del célebre pirata, asesino despues en Granada, y polizonte más tarde en Murcia.

—Me calumnias, Alfonso; me calumnia, señores, porque me ve indefenso, y si sois valientes, como cuentan, no debeis consentirlo.

—No busques, Bonetti, entre los mios quien te haga caso; que á ambos nos conocen bien, y, aunque bandoleros, son leales.

—Tú te quedas con la mitad de lo que robais, y además tomas una parte igual á la de ellos; pues bien, eso es injusto, tiránico; yo os doy, compañeros, el todo, repartido con igualdad, y os ofrezco diez sorpresas que os han de hacer millonarios.

—Pues ninguno te contesta; ántes al contrario, se rien de la proposicion; míralos.

—¿Serán capaces de obedecerte como un tímido rebaño de ovejas? Una proposicion como la mia se acepta y se defiende.

—Son tontos. Contémplalos cómo se burlan de ti, y dice esa risa que ellos no son asesinos; que ellos son ménos malos que tú, que sólo les inspiras náuseas. No busques entre ellos la traicion; si quieres salvarte, pruébanos que no eres Bonetti, y entónces continuarás entre nosotros ó marcharás donde te acomode.

—*Canne de Dio!* Ya te he dicho que me calumnias; yo no soy Bonetti, ni conozco ese apellido, que parece italiano. Yo nací en Málaga.

—Pero tu padre era de Nápoles.

—¡Mientes!

—Me gritas, porque muerto el Corregidor, perdí un testigo que confirmaria mis frases.

—¡Ojalá y viviera, que él me defenderia!

—¿Crees que si hablara diria la verdad, Bonetti?

—Sí; que hay pocos hombres tan viles como tú, Jaime.

—Pues evoquemos su alma, y si viene y te defiende, perdonado estás. Yo te conjuro, espíritu de Carpe; da vida á ese cuerpo inanimado, y la razon, si la tiene, á este hombre. Me ha oido. Míralo; ya se mueve. Le ayudaré á que se levante.

—¡Maldicion! ¡Me perdí!

Exclamó Bonetti. Jaime ayudó al Corregidor á que se pusiera en pié y luégo le hizo avanzar, diciéndole:

—Señor Don Miguel, libre está V. Yo mismo cargué el trabuco con pólvora sola, sin que nádie lo viera, para que todos los presentes le creyeran cadáver, y para demostrar á usted, como le ofrecí, que ese polizonte era asesino y más ladron que nosotros. Jaime sólo mata en propia defensa. En libertad completa lo dejo, y á su autoridad entrego ese criminal, para que haga de él lo que su conciencia le dicte. Por mis hechos júzgueme V., y cuando me calumnien, no enmudezca, si es hombre de honor.

Los bandoleros, desde Amorós hasta el cocinero, habian retrocedido con algo de supersticion al ver levantarse á Carpe. Luégo miraron á su capitan con orgullo, comprendiendo lo que pasaba, sus intenciones, y admirando la destreza que patentizaba en estos momentos.

En cambio Bonetti retrocedió tambien, hasta que la pared le impidió continuar, quedando mudo y sin aliento en el centro de la emboscada en que habia caido. Le faltó la voz, no veia en estos momentos, y consideraba á Alfonso como á un sér sobrehumano, cuyo solo aliento le hacía temblar.

El Corregidor se acercó á él, y con voz de trueno, le dijo:

—¡Villano, me has comprometido; despues me robastes, acabando por disparar un trabuco, que sin la caridad de Jaime me hubiera muerto! ¡Encima llevo las pruebas de tus crímenes en el mar y en la tierra; ay de ti, Bonetti! ¡La justicia caerá sobre tu cabeza como rayo asolador!

Nada contestó el polizonte; proseguia sin voz y hasta sin vista.

Alfonso, comprendiendo que no necesitaba estimular la ira y enojo del Corregidor, se contrajo á decirle:

—Don Miguel, previendo yo el desenlace en la forma que ya le veo, mandé esta mañana que uno de mis espías avisase á los ocho indivíduos que obedecian á Bonetti, fingiéndose emisario de ese hombre, y deben hallarse armados muy cerca de aquí. ¿Quiere V. que los llamen?

—¡Qué comprension tan fácil tienes, Alfonso! ¡Lástima que seas bandolero!

—¿Por qué? Antes obedecia yo á todo el mundo, y hoy se inclinan ante mí hasta los Corregidores.

—Es verdad. ¿Me permites que ponga una órden á esos hombres?

—Sí, señor. Aquí tiene V. papel y tintero.

Don Miguel escribió:

«Seguid los ocho inmediatamente al portador de este es»crito.»

Y lo firmó, dándoselo á Jaime. Este se lo alargó á Manuel, añadiendo:

—Que corra el tio Paco á la barraca de Matea, y que se vengan con él los ocho disfrazados carreteros que encontrará allí. Entérale de lo que ocurre, no vaya á hacer un disparate.

Salió el portador, y el *Barbudo* prosiguió:

—Amorós, quita ese trabuco á Bonetti. Que entregue el reloj, sortija y bolsillo al señor Corregidor, y atadlo con los mismos cordeles que él traia al hombro. Luégo os encerrais todos en la cocina, inclusos los dos centinelas, que mandarás retirar para que no os vean los que van á llegar con el tio Paco. Allí me esperais. Don Miguel, hé aquí una silla; aguardemos sentados la venida de vuestros ocho agentes, pues no quiero que quedeis solo con ese miserable.

Amorós obedeció á su capitan, y cuando hubieron concluido, se retiraron al paraje expuesto, dejando á Bonetti fuertemente amarrado por las muñecas, de pié, y sentados á Carpe y al *Barbudo*.

El último dijo al primero:

—En cuanto lleguen los que esperamos, saldré de aquí embozado en mi manta para que no me reconozcan; si algo

desea V. de mí, ahora puede pedírmelo, pues acaso no nos volvamos á ver en la vida.

—Mañana solicitaré tu indulto, Alfonso, y si lo consigo, deseo únicamente que lo aceptes.

—No se moleste V., porque no lo quiero. Me mandó un asesino, me he vengado, y estamos en paz. Concrétese V. al cumplimiento de su deber, y cuando tenga gente aguerrida me la manda, para que en la ciudad no crean que me tiene miedo.

—No me gusta la sangre, Alfonso.

—Probablemente no se verterá una gota. Que me busquen frente á frente, sin recurrir á traiciones, y no tema V. por ellos ni por mí.

Y continuaron hablando sobre el mismo tema hasta que Jaime oyó ruido de pisadas y se puso en pié, embozándose en la manta hasta los ojos.

El tio Paco empujó la puerta de la sala, entrando los ocho indivíduos de la policía de Murcia.

Alfonso hizo una reverencia al Corregidor, y pasó por medio de aquellos, entornando la puerta al salir.

Seguidamente penetró en la cocina, y viendo en medio de ella una mesa con pan y viandas, cogió del uno y de las otras, diciendo á sus compañeros:

—El que no haya cenado, que haga lo que yo; pero abreviad.

Obedecido que fué, añadió:

—Ahora seguidme de puntillas y sin hacer ruido; uno á uno.

Ya en el campo los veintiseis, se dirigieron hácia la sierra próxima á paso de corzo.

Jaime y algunos de los bandoleros andaban y comian á la vez. Cuando Alfonso hubo concluido, pidió á Amorós el trabuco que aquél le llevaba, se detuvo para cargarle, y acto continuo corrieron, sin detenerse hasta llegar al monte.

El *Barbudo* buscó el fondo de un barranco que les ofrecia completa seguridad, y, envueltos en sus mantas, durmieron hasta que amaneció.

Falta hacía al capitan este reposo, pues anduvo á pié en aquel dia cerca de ocho leguas.

Al despertar, dijo á los indivíduos de su partida:

—Almorzaremos en el cortijo del Cerro, y luégo á descansar á la sierra de la Pila. En ocho dias nada pienso intentar.

Así lo hicieron.

Sepamos ahora lo que fué del Corregidor y muy particularmente de Bonetti.

Solo ya Don Miguel con los ocho que acababan de llegar y el preso, dijo al que hacía de jefe:

—Coged á ese hombre y llevároslo á Murcia, sin permitirle que hable con nádie. Aquí teneis la órden para que lo encierren en un calabozo y lo incomuniquen, cargándole grillos y cadena. Con vuestras cabezas me respondeis de la suya. Es un gran criminal, y pronto debe recibir el castigo á que se ha hecho acreedor.

—Ya lo sabía yo, señor Corregidor,—le contestó el que fué segundo de Bonetti,—y no hay temor de que se nos escape.

—Eso deseo; cuida tú muy particularmente de él y ocupa su puesto hasta que yo determine. ¿Está bien sujeto?

—Perfectamente.

—Pues marchad, sin deteneros un solo instante hasta que quede en la mazmorra. En seguida vais á mi casa á darme cuenta, sea la hora que quiera.

Los ocho se despidieron, llevando en medio á Bonetti, el cual, con la cabeza inclinada y abrumado por el peso de sus enormes delitos, no osó desplegar sus labios en mucho tiempo.

El Corregidor salió de la casa, encontrando en el portal al tio Paco, el cual, sombrero en mano, le dijo:

—Buena noche, señor Corregidor.

—¿Quién eres?

—El dueño del cortijo.

—¡Ah! ¿Se marcharon esos?

—¿Quiénes?

—Los de Jaime; esos bandoleros que andaban ántes por aquí.

—Sí, señor.

—¿Te han quitado algo?

—Al contrario, pagan como nádie, se les pide diez y dan quince.

—Como no les cuesta trabajo ganarlo...

—¿Qué no? ¡María Santísima lo que ellos andan, corren y sudan! Ni las águilas. Estos no son ladrones, deben ser otra cosa; porque los que yo conocí hasta ahora, y ya estoy entrado en años, mataron, pegaban, y áun cuando pidieron mucho, jamás se les veia largar una moneda. Jaime, por el contrario, nos trata perfectamente. ¡Qué bueno es!

—Bien, hombre, bien; el tal *Barbudo* tiene más partido entre vosotros que yo.

—Es natural; quita á algunos de aquellos á quienes les sobra, socorre á los pobres, y nunca queda á deber un cuarto á nádie.

—Me alegro. Buena noche.

—¿Quiere V. S. que le acompañe?

—No.

—Nos encargó Alfonso á mis dos hijos y á mí que siguiéramos á V. S. para que no le incomoden...

—Os lo prohibo.

—Está bien.

Y Don Miguel dejó el cortijo, llegando quince minutos despues á la hacienda ó posesion donde le esperaban sus amigos. Ya entre ellos, calmó su ansiedad, refiriéndoles cuanto acababa de acontecerle.

—Es preciso,—decia al concluir,—un escarmiento. ¡Oh, me ha de pagar Bonetti lo mucho que he sufrido esta noche, el terrible trance porque he pasado! A Murcia, señores; yo me voy ahora mismo.

Sus amigos le acompañaron, llegando á la ciudad á las doce, con fiebre y en un estado fatal de ira y despecho. Su familia le obligó á que se metiera en cama, llamaron al médi-

co, y éste le propinó dos sangrías, remedio eficacísimo, segun los alópatas, para obligar á la sangre á que se *refresque*, *componga* y circule bien.

Don Miguel empeoró, pero esto era debido, segun opinion facultativa, á lo mucho que habia sufrido, siendo lo cierto que una enfermedad de dos dias duró ocho, salvándole su naturaleza.

Con los brevajes que le dieron y la mucha sangre que le quitaron fueron debilitándole hasta el extremo de levantarse al noveno dia de la cama, flaco, descolorido, y en la convalecencia de un mal agudo.

Carpe culpaba á Bonetti y á Jaime, y su ira y despecho acrecieron notablemente.

Algun tiempo despues salió el ex-polizonte para Ceuta, sentenciado á trabajos forzados por toda su vida. Llevaba tales recomendaciones en su hoja de servicios, que le vigilaban dia y noche, haciendo imposible una fuga que él hubiera intentado si contara con algunas probabilidades; pero comprendiendo desde el primer momento que nada conseguiria, se resignó, maldiciendo y votando más que todos sus compañeros. Cuando todavía se hallaba en Murcia, mandó recoger los fondos que tenía en su casa; mas le contestaron que nádie habia en ella, efecto de haber desaparecido su manceba de la ciudad, despues de vender cuantos muebles y objetos le dejó Bonetti.

A los seis años de habitar en el Hacho de Ceuta murió aquel infeliz, víctima de sus remordimientos, del castigo que recibia continuamente y de lo duro del trabajo á que le dedicaban. Su agonía fué larga y terrible, y su fin el de esos grandes criminales que, por falta de educacion y sobra de ignorancia, van de vicio en vicio hácia una perdicion que comprenden y lamentan cuando ya no pueden retroceder, en el momento que empiezan á expíar sus delitos.

Compadezcamos esa clase desgraciada, la de más infortunio de todas, y el que halle ocasion que no le economice los consejos; pues raro es el criminal que no obra por ignorancia y sin comprender la mayor parte de las veces las terribles consecuencias que han de abortar sus enormes pecados.

CAPITULO XXII.

Aborto de la ira que nace y crece en el corazon del Corregidor interino.—Los treinta soldados con sus cabos, sargentos y oficial.—Sorpresa, desarme, un almuerzo amistoso.—A Murcia sin molestias ni peso, pero con una carta razonada.

Los amigos de Don Miguel Carpe, aquellos que le acompañaban la noche en que fué sorprendido por Jaime Alfonso, no fueron todo lo reservados que convenia á la Autoridad, contaron en confianza á sus conocidos lo sucedido á Carpe, la noticia fué corriendo de boca en boca, se exageró bastante, y el buen Corregidor tocó las consecuencias del ridículo.

Decian que estuvo torpe al mandar la policía, con Bonetti á la cabeza, para que persiguiera á un bandolero tan audaz y diestro como Jaime; que al ser sorprendido por éste, demostró pavura y debilidad; y, por último, que estaba muy distante de desempeñar con acierto, energía y valor el elevado cargo interino que le fué encomendado. Llegó á sus oidos cuanto se hablaba de él, y, creciendo su despecho, trató á Bonetti todo lo mal que le fué posible, discurriendo luégo en los medios de dar una leccion á Jaime.

Al efecto hizo traer de Cartagena veintisiete soldados, dos cabos y un sargento. Cuando los tuvo en Murcia llamó á un teniente, pariente suyo, herido en la batalla de Bailén, el cual acababa de curar por completo, y le encargó el mando de la fuerza aquella, ofreciéndole proponerlo para el ascenso de ca-

pitan á la Junta que regía entónces los destinos del país, y una suma no despreciable si lograba acabar con Jaime y su partida.

Carpe cerró su proposicion con las siguientes significativas frases:

—El bandolero ese es valiente y diestro; no rehusará el combate y se le puede, en consecuencia, aniquilar frente á frente y en igual pelea.

El teniente aceptó, ofreciéndole concluir con unos bandidos, á los que no daba la importancia que su primo el Corregidor.

Veinticuatro horas despues salieron los treinta y uno en direccion de Fortuna, bien armados y provistos de cuanto podia hacerles falta.

Don Miguel guardó el mayor secreto, temeroso de que Jaime se apercibiese ántes de tiempo y envolviera á su pariente y soldados en alguna red; la tropa entró en Murcia de noche, permaneciendo oculta cuatro dias. Salieron de madrugada en direccion de Castilla para desorientar á los pocos curiosos que les veian partir; y sólo en un pequeñísimo círculo extendió Carpe la voz de que habia mandado soldados en persecucion de Alfonso, asegurando que pronto lo contemplarian muerto ó vivo en la poblacion.

Con esto quedó tranquilo el Corregidor; pues Jaime le habia dicho que se concretase á mandarle tropa que lo batiese frente á frente y con iguales armas; era exactamente lo que intentaba ahora, y con este hecho, referido en secreto á los que le rodeaban, ahogó la murmuracion que de un modo indirecto oia continuamente cerca de sí.

Los quince dias que iban trascurridos desde la célebre noche en que estuvo prisionero, borraron de su memoria la idea del excesivo valor y destreza de Alfonso, y muy á menudo se le oia exclamar:

—Veremos si en adelante se me juzga débil y falto de energía. Yo os ofrezco acabar muy pronto con ese bandolero que creeis tan audaz, y entónces me hareis justicia. ¡Oh, ex-

citais mi orgullo y despecho, y he de probaros lo mal que me calificásteis!

Y sonreia con satisfaccion, pensando en la agradable sorpresa que iba á proporcionar á la mayoría de los murcianos, al presentarles la cabeza de Alfonso encerrada en una jaula de hierro, segun costumbre en aquella época, en que se descuartizaba á los grandes criminales, para fijar sus miembros á la vista del público en los parajes donde habian tenido lugar sus fechorías.

Excitados en extremo el orgullo, ira y vanidad del Corregidor, segun hemos dicho ántes, con la crítica de que ahora realmente era objeto, se olvidó completamente de que Alfonso, pudiendo matarle, le trató con la consideracion que hemos visto, para recordar únicamente que la cabeza de Alfonso estaba pregonada, que era criminal, que le dió un rato cruel con el disparo que le hizo Bonetti, y que él desempeñaba el cargo de primer magistrado de la provincia.

Sepamos si logra su objeto ó recibe otra nueva leccion.

Nuestro teniente, seguido de sus treinta subordinados y de un guía que conceptuaba leal, salió por la puerta de Castilla, para dejar bien pronto el camino que conducia á Madrid, tomando al efecto un sendero que, pasando por Churra, va á concluir en Fortuna, que era el punto á que se dirigia.

El camino que llevaba ahora era de herradura, y tan malo que apénas transita nádie por él. Esto convenia á nuestro teniente, el cual comió en un cortijo del campo, llamado de la Matanza, y fué á cenar á Fortuna, pues entraba en sus cálculos llegar de noche, toda vez que se hallaba en terreno dominado por Jaime.

Escondida su tropa en una posada, y con órden de que ningun soldado saliera, visitó al Alcalde, y de acuerdo con él, mandaron emisarios á la sierra de la Pila, donde al parecer se encontraban el *Barbudo* y los suyos.

Uno de aquellos volvió diciendo que los habia visto en el monte, y hasta que bebió con ellos, en lo cual no mentia. Añadió que era fácil sorprenderlos en la sierra, siempre que fue-

ra de dia, pues Alfonso durante la noche se ausentaba de entre los suyos. Dijo muchas verdades más, y dió tantos detalles que lo creyeron, acabando por aceptar su plan.

El teniente se despidió del Alcalde, llevando consigo á aquel hombre á la posada en que estaba la tropa y tenía él su alojamiento.

Encerrado con el emisario, le dijo:

—En cuanto sea de noche, saldremos sin decir nada á nádie, poniéndonos de un salto en esa casa de labor que está cerca de donde pára Jaime, y al ser de dia caemos como leones sobre ellos. Si me guías bien y llevo á cabo mi plan, te regalo al concluir cuatro mil reales.

—Gracias, señor teniente; por mí no ha de quedar.

—¿Crees tú que podremos sorprender á los bandoleros?

—Hay un olivar al pié de la casa que continúa hasta el monte. Entre los árboles primero y luégo por las breñas, caemos de improviso en el sitio en que estará mañana Jaime; se toman las alturas, y no es posible que escape uno.

—Eso es, ni uno solo. ¿Pero estás seguro de lo que dices?

—Ciertísimo; para que no vacile V. más, le diré que tengo un amigo íntimo entre los bandoleros, el cual me ha enterado de todo lo que necesitamos.

—¡Ya! ¿Y el terreno le conoces bien?

—Por dedos; lo tengo andado trescientas veces.

—Eres el hombre que me hacía falta.

—Ya lo creo.

—Ese bandolero es muy sagaz.

—Y valiente.

—Eso no me importa; lo que yo sentiria es que me se escapase, y luégo ¿quién diantre daba con él entre ese laberinto de sierras que tan admirablemente conoce?

—Ciertamente, mas no le dejaremos tiempo.

Los dos continuaron hablando todavía; á las tres comieron; á la misma hora lo verificó la tropa, y á las seis mandó cargar el teniente, saliendo de la posada en cuanto hubo anochecido.

El oficial habló particularmente con el sargento y los cabos, dirigiendo luégo frases halagüeñas al soldado, y ofrecimientos para en el caso de coger á los bandoleros y dar fin de todos, como se proponia el primo del Corregidor. Así es que iban animados del mejor deseo y hasta ansiando coger á los ladrones, por sorpresa ó sin ella, pero resueltos á no dejar uno en toda la comarca.

Caminaban en este instante á dos en fondo, é iban bastante de prisa, pues el teniente deseaba llegar pronto á la casa de campo que le habia propuesto el guía para que pudiese descansar la tropa cuatro ó cinco horas, á fin de estar en el monte á la salida del sol.

El jefe les prohibió cantar y dar voces para que no llamasen la atencion; pero hablaban entre sí,y en verdad que ninguno de ellos demostraba temor.

Distaban dos leguas de la casa hácia donde caminaban, y las anduvieron en hora y media, llegando á las nueve ménos cuarto. La puerta estaba entornada, y despues que hubieron reconocido los alrededores, se precipitaron, hallando solos á la dueña, capataz y dos criados sentados á la mesa con la mayor tranquilidad. En el resto del edificio no encontró á nádie.

La casa que acababan de sorprender era la de Gregoria, amiga y confidente de Jaime Alfonso. La jóven se presentaba esta noche desgreñada, mal vestida y, contra su costumbre, cenaba con sus criados; á pesar de ser algo vanidosa, efecto de la edad y de lo mucho que la adulaban los que entraron allí, en la ocasion presente aparecia modesta en extremo.

El teniente tomó posesion de la casa, por derecho de conquista, y oyendo al guía, á Gregoria y al capataz que no habia peligro alguno ni temor de que á aquella hora pudiera llegar Jaime, mandó cerrar las puertas, y, cogiendo la llave, exclamó:

—Sargento, que cene la tropa si halla algo á mano, y que duerma luégo hasta las tres, hora en que saldremos de aquí. Tú,—añadió al guía,—te quedas con mi reloj y no duermas, para que nos despiertes á la hora que acabo de decir. Patron,

cita, un poco de vuestra cena para mí, con dos raciones de ese caldo tinto que tiene sobre la mesa, y á vivir.

—Suba V., que al momento le mandaré algo más de lo que hay aquí.

El oficial se encaminó hácia arriba, llevando consigo la llave de la puerta que comunicaba con el campo y la que daba salida al corral; de modo es que dejaba á la tropa y á los de la casa incomunicados con todo el mundo.

La parte alta del edificio no la reconoció detenidamente; pero se componia de seis ó siete habitaciones pequeñas, en las que sólo habia muebles, grano y algunos otros objetos, sin que viese nada que le llamara la atencion.

Poco despues le subieron la cena, y luégo que hubo comido y bebió bien, se acostó vestido en la cama de Gregoria.

En tanto que esto sucedia arriba, la tropa dió con la despensa de la casa, y salieron dos hermosos perniles, blancos, longanizas, almendras y nueces. Tambien hallaron el arca del pan, y lo que más les entusiasmó, una tinaja con seis ú ocho arrobas de vino; sobre todo lo cual cayeron con alegría febril.

La dueña y el capataz los dejaron que destrozasen cuanto quisieran, y como habia abundancia, se *concretaron solamente* á comer lo que tuvieron gana y á guardar el resto en las mochilas.

El vino no se lo podian llevar; en cambio sepultaron en sus estómagos una cantidad enorme, fabulosa.

Visto que desde el sargento hasta el último soldado se hallaban borrachos, mandó Gregoria tenderles en el zaguan los seis colchones de sus criados, y con ellos, las almohadas y mochilas, formaron una cama redonda, en la que quince minutos despues dormian todos tranquilamente.

La jóven hizo que el capataz, criados y guía se echasen en la cocina sobre las mantas que habia en la casa, encargó al último que durmiese, y los encerró luégo, subiéndose á sus habitaciones.

Por el camino se decia:

—Los de abajo, bien comidos y bebidos, duermen sin excepcion. Veamos qué sucede con el de arriba.

Y se metió en su alcoba, hallando tambien presa de profundo sueño al teniente.

La jóven habia dejado el belon á bastante distancia para que sólo entrase un pálido resplandor en la alcoba. Con esa sagacidad y penetracion innatas en las hijas de Eva, deslizó su pequeña mano por bajo de las almohadas del teniente, retirándola luégo cogidas las dos llaves que el otro se subió.

Demostrando inocente candor sonreia Gregoria en este instante, y á la vez exclamaba para sí:

—Con esto y su espada tiene mi Jaime de sobra. Pero bueno es cerrar la puerta para que el ruido no le despierte; que al fin es un huésped y debo tratarlo sin encono. Veamos si está bien dormido.

Y se acercó á él cuanto pudo, aplicando el oido.

—Perfectamente,—añadió;—su respiracion me indica que nada debo temer. Y ¡cómo huele á vino el borracho! Dió fin de todo el que le mandé, era del añejo, y tan fuerte, que hace inútil el tiempo que empleé esta mañana dando aceite al cerrojo, pasador y visagras de esta puerta.

Y despues que hubo sacado las llaves y la espada, cerró sin hacer cási ruido alguno.

Luégo, cargada de nuevo con el belon, la espada y las llaves, entró en las habitaciones que tenía destinadas á Alfonso, cerró tambien la puerta, y abriendo una ventana que daba al campo, presentó la luz, como haciendo una seña para retirarla despues y cerrar.

Seguidamente se sentó con la mayor tranquilidad.

Diez minutos despues sentia correr un cerrojo, apareciendo la figura de Jaime.

La jóven se puso en pié, y con cariño le preguntó:

—¿Llegas solo, amigo mio?

—No.

El bandolero llevaba su traje peculiar y un solo cuchillo al cinto; es decir, que se presentaba cási indefenso. Habia en-

trado por la puerta y escalera que le mandó construir Gregoria, las cuales daban paso con entera independencia á las habitaciones en que ahora se hallaba, segun expusimos en los capítulos anteriores; escalera y dos puertas en que no habia podido reparar el teniente por lo disimuladas que estaban.

Jaime se acercó á la jóven, y con cariño le dijo:

—Vi entrar un teniente, sargento y várіos soldados, segun te previne esta tarde. ¿Qué hacen?

—Duermen todos.

—¿Bebieron?

—¡Caramba! Lo que yo no pude figurarme nunca.

—¿Les diste del vino añejo?

—Sí.

—¿Tambien al teniente?

—Tambien.

—¿Y apuró?

—De lo lindo; ahí tienes las dos llaves de abajo que escondió entre sus almohadas; la de la habitacion en que descansa, y su espada.

—Gracias, Gregoria; no esperaba ménos de tu cariño.

—Te quiero más que tú á mí.

—Eso lo supones tú.

—Apénas me haces caso.

—¡Ay! Tienes razon; pero consiste en que te estimo demasiado. No perdamos tiempo, que luégo hablaremos. Te quedas aquí, que voy yo á reconocer el campo.

Jaime se quitó la manta y las alpargatas para no hacer ruido. Luégo cogió su cuchillo con una mano y un candil encendido con la otra, bajando al zaguan, donde estaban los veintisiete soldados, dos cabos y un sargento. Todos dormian, teniendo apoyados á la pared los veintinueve fusiles y una carabina.

—Bien.

Exclamó Alfonso, demostrando un sosiego y serenidad admirables.

—Pues manos á la obra.

Añadió, retrocediendo hasta colgar el candil en sitio que sólo prestara á aquella habitacion la indispensable luz. Luégo se guardó el cuchillo, y comenzó á subir los fusiles, de cuatro en cuatro, llevando en su último viaje seis. Los iba depositando en la estancia en que se encontraba Gregoria; y en siete veces, conteniendo hasta la respiracion, los subió todos.

Sin detenerse volvió á bajar, conservando ahora la manta al hombro. En ella fué echando todos los cartuchos, que sacaba con mucho cuidado de las cartucheras, hasta no dejar ni uno.

Con ellos subió, diciendo á la jóven:

—Ya quedan todos á mi completa disposicion.

—¿Dónde tienes tu gente?

—Emboscada en el olivar.

—¿Van á subir por eso?

—No, que á nádie descubro yo el secreto por donde entro aquí, y á ellos se lo ocultaré con doble motivo. Ayúdame.

Y despues que Jaime se hubo puesto sus alpargatas, se colocó cuatro fusiles en cada hombro, diciendo á la jóven:

—Pronto vuelvo.

—¿Te alumbro?

—No, que conozco bien el terreno y la noche está clara.

Y bajó, regresando poco despues de vacío.

Los restantes fusiles y carabina los sujetó con la manta, bajándolos todos de una vez.

Tardó media hora en volver. Al entrar cerró la puerta que comunicaba con la escalera, segun lo habia hecho con la que daba al campo.

—Todavía,—dijo,—nos han sobrado cinco fusiles. Los mios, que ignoraban cuanto está sucediendo, murmuraron por que les hice abandonar el monte armado cada cual de un sólo cuchillo; pero al ver la provision que llevaba de fusiles y cartuchos se admiraron, creciendo su extrañeza al notar que no entraba y salia en la casa por ninguna de las dos puertas que ellos conocen.

—¿Dónde están ahora?

—Continúan sentados entre los olivos, y de allí no se mo-

verán si yo permanezco mudo hasta que haya amanecido.

—¿Les has mandado dormir?

—No, que lo hicieron por la tarde, y les está prohibido cerrar los ojos durante la noche.

—Pues enciérrate en tu alcoba y descansa, que yo velaré aquí.

—Estaria bueno que tú, pobre y débil mujer, te quedaras de centinela cuidando que esos trienta leones no me ofendieran. Hija, yo soy ahora un generál que sorprende á sus contrarios, y el más leve descuido podia costar veintiseis víctimas por lo ménos.

—¿Y vas á pasar la noche en vela?

—¿Qué me importa á mí una, si ya lo hice dos seguidas? Entra tú en mi alcoba, cierra la puerta por dentro, y acuéstate, que yo voy á escribir.

—¡A escribir!

—Sí, hija mia.

—No te comprendo.

—Voy á participar al Corregidor de Murcia lo admirablemente que se han portado sus parciales.

—Me quedaré haciéndote compañía.

—No, Gregoria, que es peligroso para tí y para mí. Anda, yo te acompañaré hasta allí.

—Pero si no tengo sueño.

—No importa; duerme, y está en la persuasion de que no sales de ahí ínterin haya gente extraña en tu casa.

—Temo por ti, Jaime.

—Mal hecho. Te ofrezco solemnemente que no se derramará una gota de sangre de ellos ni de nosotros. Es un templo tu casa, en el cual no toleraré el más leve desman. Sígueme.

—Te empeñas...

—Sí; cierra ahora la puerta por dentro.

—¿Para qué?

—Te lo mando yo.

—Ya está.

—Ahora, si quieres desnudarte, puedes hacerlo, y te encargo que duermas tranquila.

—¡Qué valor tienes!

—Todo me hace falta.

—Adios.

—No abras hasta que yo te llame.

—Bien.

La jóven, así que hubo cerrado su puerta, se acostó vestida, quedando una hora despues dominada por el sueño.

Alfonso bajó nuevamente al zaguan, retirando el candil, para dejar á los treinta completamente á oscuras.

—Siguen durmiendo todos,—exclamó,—y me parece que continuarán hasta que yo los despierte.

Despues aplicó el oido á la cerradura de la puerta que comunicaba con la alcoba del teniente, diciendo:

—¡Vaya un jefe! Se dejó desarmar por Gregoria, sabe que está en terreno dominado por Jaime, y duerme como un liron. Este hombre no me conoce.

Y entró en su habitacion, cerrando la puerta por dentro. Verificado esto, se sentó, quedando algunos minutos entregado á profunda meditacion.

Luégo escribió una carta, en que decia lo siguiente:

«Necesito que Don Miguel Carpe vaya mañana por la tar»de al paseo del Arenal; puede llevarlo Don Ceferino, del que »no le es posible desconfiar ántes ni despues. Procure V. que »estén todos los amigos paseando á las cuatro en punto de la »tarde, hora en que me presentaré yo solo para hablar con Don »Miguel.

»Lo acontecido es lo siguiente:»

Y escribió á continuacion la sorpresa de que estaba siendo víctima el teniente en aquellos momentos, con todo lo demás que él suponia iba á ocurrir en la próxima madrugada.

Terminó la carta con las siguientes frases:

«En el momento que yo desaparezca de Murcia divulga »usted por todas partes lo sucedido, sin omitir nada.= »*Jaime Alfonso.*»

Despues dirigió otro escrito al Corregidor, dándole un parte igual, y añadiendo que no habia querido derramar sangre alguna; pero que, demostrado ya de dos maneras diferentes su deseo de exterminar la partida de bandoleros, y quedando á salvo su buen nombre, le prohibia volver á mandarle á nádie, jurando que le costaria la vida el dar los primeros pasos en sentido contrario.

Cerró ambas cartas cuidadosamente y las puso el sobre, guardándolas en un bolsillo de su marsellés.

Luégo apoyó el codo en la mesa, su cara en la palma de la mano, descansando, pero sin consentir que le dominase el sueño.

De ese modo permaneció hasta las cinco y media, que vió asomar por las grietas de la ventana los primeros crepúsculos matinales. No era posible más sagacidad, disimulo, inteligencia y valor de los que el *Barbudo* acababa de demostrar.

—Ya es hora de hacer algo.

Dijo; apagó el velon, abriendo seguidamente la ventana.

—Allí están los mios; ni se movieron.

Y silbó dos veces.

La partida se puso en pié, y, mandados por Amorós, ocuparon los puestos que Alfonso les habia destinado.

Eran veinticinco, y dejaron cinco fusiles escondidos, llevando en las cananas los cartuchos, y al hombro los restantes, pertenecientes todos á la tropa. El teniente usaba la carabina del sargento.

Cuando Alfonso los vió situados en la forma que tenía previsto de antemano, guardó la espada del oficial detrás de su baul, y cogiendo las llaves de las dos puertas de abajo, se dirigió al zaguan y las abrió, procurando hacer el ménos ruido posible. Seguidamente entró en la cocina donde estaban el guía, el capataz y dos criados, á los cuales despertó, diciendo al primero:

—Bien, Rosendo, muy bien; te has portado admirablemente.

—Hola, Alfonso, buenos dias. ¿Despertó el enemigo?

—Ya empiezan á moverse algunos, pero nádie se levantó. Conviene que tú desaparezcas al momento. ¿Cuánto te ofreció el teniente?

—Cuatro mil reales; ya te lo mandé á decir.

—Toma trece onzas en oro, que es un poco más.

—Gracias, Jaime.

—Parte inmediatamente á Murcia y entrega esa carta á quien dice el sobre.

Y Alfonso le dió la primera que habia escrito.

—¿Nada más deseas de mí?

—No; procura únicamente dejarla hoy en propia mano. Quédate en la posada de San Antonio, que allí nos encontraremos. Adios.

—Entónces hasta más ver. ¡Ah! Toma.

—¿Qué es esto?

—El reloj que me habia dado el teniente para que lo llamase á las tres.

—Y como te has dormido...

—Claro es; sabía que velabas tú, y tal seguridad tengo en ti que no he despertado en toda la noche. Adios.

Y desapareció el espía. Jaime se volvió al capataz y mozos, diciéndoles:

—Abrid todas las puertas de par en par, que ya es de dia. Uno de vosotros despierta á la tropa y les da aguardiente; los otros dos coged pollos y gallinas, y, auxiliados por tu hermana y madre, capataz, haced un buen frito y una excelente pepitoria; ya habrán avisado á las mujeres y no tardarán en llegar. ¡Vivo!

Alfonso cruzó por medio de los soldados, alguno de los cuales se habia sentado sobre la cama medio dormido aún, y subió al piso principal, abriendo todas las ventanas de aquel. Luégo gritó con toda la fuerza de sus pulmones:

—¡Compañeros, alerta!

—¡Alerta!

Le contestaron los veinticinco preparando el fusil.

—Bien,—dijo Jaime;—si alguno intenta levantarme el grito, morirá en el acto.

Despues abrió la puerta de la alcoba del teniente, contemplándolo dormido.

—¡Qué sosegado está,—prosiguió;—es admirable la confianza de estos hombres! ¡Y luégo extrañarán que, dueño yo de la comarca, los sorprenda con la facilidad que lo hago!

Y añadió fuerte:

—¡Señor teniente, arriba, voto al infierno! ¡Pues no duerme V. poco!

—¿Qué hora es, Rosendo?

—Las seis marca su reloj; tómele V.

—Tú no eres Rosendo.

—Es igual; le estoy sustituyendo.

—¡Las seis!

—En mi reloj, que es algo mejor que el de V., dió ya el cuarto.

—¿Dónde está mi espada? ¿Me han quitado tambien las llaves? ¡Maldicion!

—Son las consecuencias, señor oficial, de dormir tranquilamente cuando se está frente al enemigo.

—¿Y la tropa?

—Abajo la tiene V. toda.

—¿Eres el capataz?

—Una cosa parecida.

—¡Si me habeis vendido, os voy á fusilar á los cinco!

—¿Quiénes somos los cinco?

—Rosendo, tú ama y vosotros tres.

—El primero está ya á bastante distancia de aquí, la segunda se encuentra prisionera, y los restantes preparan á V. y á su tropa un almuerzo de príncipe.

—¡Mientes!

Alfonso le cogió por una muñeca y lo hizo caer sobre la cama, diciéndole:

—¡Miserable, soy Jaime Alfonso, y yo nunca falto á la verdad!

—¡El *Barbudo!*

—Sin barbas; eso es. Lo tengo á V. prisionero y á sus treinta subordinados; por ser la primera vez los perdono á todos, que no me gusta el derramamiento de sangre humana; mas si dan una voz, si intentan desobedecerme, el que abra los labios morirá en el acto. Venga V. y vea cómo tengo situada mi gente.

Y lo volvió á coger de la muñeca, llevándolo al paraje indicado.

El oficial, confuso y aturdido ante Alfonso, se dejó conducir maquinalmente.

—Mire V.,—le dijo Jaime;—no hay ventana que no esté sitiada por el cañon de un fusil. Aquellos seis que se hallan en ala dominan el edificio, y á la primera voz mia entran aquí, y sin miedo ni compasion...

—¡Comprendo, comprendo!

—Ahora venga V. al otro lado. Fíjese V. bien. Por aquí unos están en el corral; otros sobre la tapia; aquellos fuera, y todos dispuestos á obedecerme. Buena gente ¿eh? señor oficial. Robustos, valientes, y más entendidos y adiestrados que vuestros reclutas.

—Pero esos fusiles...

—Son los de sus soldados; cinco sobraron nada más.

—¡Pero esto es un sueño!

—Despierte V., teniente, que está viendo la realidad.

—¿Y qué hacen mis soldados?

—Toman el aguardiente con los mios, sin otra diferencia que los unos están dentro é indefensos, y los otros fuera y muy bien armados.

—¡Todo se ha perdido!

—¡Todo se ha ganado!

—Pero ¿cómo sucedió esto? ¿Quiéres explicármelo?

—Con mucho gusto. En cuatro palabras reasumiré lo que desea. Vino V. á terreno mio, sin contar que aquí me obedecen hasta los árboles; que soy yo muy hombre, muy generoso, tan precavido, que cuando no me basta el oro añado plomo

y acero para inclinar la balanza. Así es, que supe con anticipacion cuando iba á salir de Murcia; todo lo que hizo en Fortuna, y hasta las palabras que pronunció en voz baja. Ya en esta casa, y dormidos los treinta y uno, los sorprendí á ustedes...

—Pero ¿cómo entrásteis?

—Penetré yo solo, desarmando á la tropa que dormia tranquilamente, y fuí dando sus fusiles, bayonetas y cartuchos á mis veinticinco leones.

—¡Tú solo!

—Sí; de ese modo no hice ruido alguno, y al despertar os encontrais como lobo cogido en el cepo. Ahora bien; pude sorprenderos en medio de ese olivar, y no hubiera quedado uno solo de vosotros; pero os mandaron, vosotros no me quereis, pero tampoco hay odio en vuestros pechos para mí, y rehusé verter una sola gota de sangre. En esta idea continúo y seguiré, mas le advierto á V. que mi paciencia tiene su límite, y que como alguno de los suyos se propase en lo más pequeño, lo fusilo á V. en el acto.

—¡Hombre, yo!..

—Nada, nada; puede V. bajar, si gusta, y dar las órdenes que tenga por conveniente; con su cabeza me responde de la tranquilidad y órden miéntras permanezcamos aquí.

—Y si nada hacemos contra vosotros, ¿cuál va á ser nuestra suerte?

—Pasareis entre nosotros el dia, todo lo alegres y satisfechos que os plazca. Se os dará un buen almuerzo, mejor comida, vino abundante, y á las seis os marchais á Fortuna, donde podreis descansar y permanecer ocultos el dia de mañana. A la noche siguiente salis para Murcia, y nada más.

—¿Nos devolverás las armas?

—¡Qué locura! Me hacen á mí falta.

—Pero hombre, si no son nuestras; pertenecen á la nacion.

—Por eso mismo; el país es muy rico, y yo sólo robo al que le sobra.

—¿Para qué quereis vosotros esos fusiles?

—Seguramente porque son fusiles los queremos. Nos so-

bran trabucos y carabinas; pero ese pincho ó bayoneta nos es muy útil por si en adelante nos cargasen, cargar nosotros, y me quedo con ellos.

—¿Cómo entro yo en la capital, desarmado por una partida de bandoleros?

—Con los piés; peor sería que quedáseis todos muertos.

—No; para un caballero la humillacion y vergüenza son ménos aceptables que la muerte.

—Por esa causa he dado la órden de que fusilen á V. en el momento que yo haga una seña ó cualquiera de los mios le coja dando órdenes contrarias á mi deseo. Esos treinta infelices no son señores, y tienen su vida en mucho más que un orgullo y vanidad de que carecen.

—¡Y serás capaz de hacerlo!

—Se lo juro por el Dios que nos oye.

—Pero, hombre, ¿qué he de decir á mi primo el Corregidor?

—Cuando llegue V. á Murcia ya sabrá él y cási todos los habitantes de la ciudad lo ocurrido. De eso yo me encargo.

—¿Es decir, que el sonrojo va á ser mayor de lo que yo creia?

—Hé ahí la razon de mandar á V. que entre á media noche.

—¡Maldicion!

—Ya veo que se quedaron en ilusiones las grandes recompensas metálicas á que V. aspiraba y el ascenso á capitan que su primo Carpe iba á pedir á la Regencia en el momento que yo fuese habido; pero están verdes, señor teniente; hay que resignarse á ganar el grado en la guerra ó á morir aquí fusilado; elija V.

—Tienes razon; partiré á campaña, y en lucha contra los franceses me haré digno de ese y otros ascensos.

—Es lo mejor.

—Aquellos son ménos sagaces y crueles que tú.

—Claro es; si le cogen, como yo, le fusilarán, y negocio concluido.

—¿Qué fué de Rosendo?

—Prisionero de guerra, lo mandé al sitio que debe ocupar.

—¿Qué sitio es ese?

—El que á V. no le importa.

—¡Brava insolencia!

—Señor teniente, ¿con qué derecho interroga á un capitan, mejor dicho, al rey de esta comarca?

—¡Buen monarca está!

—Voy á mandar que sus mismos soldados le den ahora mismo cien palos. Aguarde V.

—¡Detente, hombre! ¿Serias capaz de hacerlo?

—Lo va V. á ver.

—¡No, por Dios!

—Teniente, tengamos la fiesta en paz, porque muere usted hoy.

—Me resigno; mas no abuses de tu posicion.

—Eso le digo yo á V; no abuse de mi bondad y mida mucho las palabras, que esas se convierten en piedras y hacen daño.

—Transijo.

—En ese caso hablemos como dos amigos: soy terrible con mis contrarios y un cordero para los demás.

—Muy bien. ¿Qué ha sido de la dueña de esta casa?

—Se resistió un poco, y ahí la tengo encerrada y sujeta.

—¡Pobrecilla! Cordero, yo te pido por ella. ¿Y los tres criados?

—Esos son autómatas que obran como la máquina, y en este instante, auxiliados por la madre y hermana del capataz, disponen el almuerzo para ustedes y nosotros.

—Vuelvo á rogarte que dejes en libertad á Gregoria. ¿Qué daño puede hacerte esa infeliz?

—Me aborrece... Mas es la primer gracia que me pide usted y no se la niego. Voy por ella.

—Sí, hombre, yo te lo agradeceré mucho.

Y el teniente se asomó á una ventana, notando con dolor

que los bandoleros continuaban en sus magníficas posiciones y en actitud imponente.

Alfonso en tanto penetró en la alcoba de Gregoria, diciéndola al oido:

—Demuéstrame odio y antipatía.

Y añadió fuerte:

—Sal, mala peste, y agradece al oficial el que te haya perdonado. Ahora vete á la cocina, y como el almuerzo no esté bien hecho, ¡por Cristo crucificado!..

—¡Vaya un hombre grosero!—exclamó Gregoria.—Al fin bandido.

—¿La oye V., teniente? Si esta perra no fué buena nunca.

—Recuerda que la has perdonado, Jaime. Y tú, Gregoria, calla y obedece.

—Gracias, señor oficial; ya se conoce que V. es un caballero, y ese capitan improvisado...

—Basta, mujer; haz lo que te mande Alfonso y anuda la lengua; yo te lo ruego.

—Lo hago por V. ¡Lo que es por ese!.. Hasta luégo, señor teniente.

Y salió, diciendo Jaime al oficial:

—Yo no se por qué me tiene un rencor esa muchacha...

—Algo la habrás tú hecho.

—No lo crea V.; es una pantera.

—Bien, olvídate de ella, que al fin es mujer, y un valiente despreció siempre á los débiles.

—Sea.

Y asomándose á una ventana, exclamó:

—Amorós, en union de esos seis entra y fraternizar con la tropa; bebed sin abusar; cuando esté el almuerzo que nos lo sirvan al teniente y á mí. Comed luégo vosotros del modo que lo tengo mandado. Mucha vigilancia con las armas.

—Está tranquilo, Jaime. ¡Viva el capitan!

—¡Viva!

Le contestaron los suyos, comenzando á brindar y á beber con los soldados.

—¿Qué gritos son esos?

Preguntó el teniente.

—No se alarme V.; la tropa fraterniza con mis hijos; como que todos son unos, beben y brindan á mi salud.

—¡Que vergüenza, Alfonso!

—¿Pues qué creia V., que los soldados no eran de carne y hueso como los mios?

—Pero ¿y la subordinacion?

—Se olvidaron de ella, y por eso están tan alegres y contentos.

—¿Cómo te haces tú obedecer de los tuyos sin ordenanza ni disciplina?

—Siendo más valiente, más entendido, el primero ante el peligro y el último cuando se reparte el botin.

—¿Y basta eso?

—Los quiero además mucho, antepongo sus vidas á la mia, soy más padre que capitan, y no hay uno que no se halle dispuesto á perecer si yo se lo mando.

—Luégo no es gente ruda, grosera, estúpida.

—¡Qué delirio! Continuamente les enseño yo lo que es el mundo, cuanto pasa en las grandes ciudades, tiran á menudo al blanco, sus cuestiones no pasan nunca del límite racional, jamás se emborrachan, y en sus juegos les está prohibido que suba el tanto más de un real.

—Si eso es cierto, no me extraña ya la sorpresa de que soy víctima.

—A cada uno lo suyo; la sorpresa es cosa mia, y ellos no han sabido nada hasta el momento crítico.

—¿No consultas con tu partida?..

—Nunca; soy rey absoluto.

—¿Y cómo lo toleran?

—Comprendiendo que discurro mejor que ellos, y que debo ser el que todo lo haga y disponga.

—¿Prosiguen en el mismo estado que anteriormente?

—Asómese V. y los verá.

—Tienes razon; fuera de los siete que entraron, los res-

tantes no se han movido ni perdió cada cual su actitud. ¡Qué subordinacion; qué admirable cuadro! No hablan; fijos en lo que hacen mis soldados, desempeñan su cometido con interés y constancia sorprendentes.

—Pues ¿qué creia V., señor teniente?

—Pensaba encontrarme entre bandidos tan torpes, viciosos y crueles como osados y atrevidos.

—Ye ve V. que se ha equivocado.

—¿Estarian mucho tiempo así?

—Todo el que yo les mande.

—Jaime, cuando le diga yo á mi primo la gente que tienes, se convencerá fácilmente de que ha sucedido lo que debia acontecer.

—No lo crea V.; sabe él muy bien quiénes somos, y si lo ha mandado, consiste en que le ofuscaron su orgullo y vanidad.

—No puede ser; tiene talento, y el que se lo niegue...

—Eso es distinto, teniente. Don Miguel Carpe discurre bien, pero fué víctima de crueles murmuraciones, que dieron al traste con su talento, y esa fué la única razon de cometer la insensatez que ha traido á V. aquí. Bien lo adiviné yo, y por eso le dije que no me mandara traidores, sino hombres que se batieran frente á frente y en igual pelea.

—¿Por qué me has sorprendido entónces?

—Porque V. intentaba hacer eso conmigo, y por evitar derramamiento de sangre humana.

—Parece esto una novela.

—Le he dicho y repito que yo nunca miento, teniente; y si V. duda, debe consistir en que ignora el lance del polizonte Bonetti.

—Claro es; me hirieron en la batalla de Bailén, y acababa mi convalecencia en Archena, cuando fuí llamado por Carpe, y entonces oí hablar por primera vez de ti. ¿Quién es ese Bonetti y qué aconteció con él?

—Vienen á poner la mesa, y miéntras almorzamos se lo voy á referir. ¿Tiene V. inconveniente en que comamos el uno frente al otro?

—Al contrario; soy tu prisionero y me concreto á obedecerte.

—Me va V. á honrar, y quiero demostrarle mi gratitud.

—¿De qué manera?

—Permitiendo á esa pantera, dueña de esta casa, que almuerce con nosotros.

—Hombre, sí; hazlo en obsequio mio.

—Capataz, pon otro plato, y di á tu ama que suba.

—No va á querer; te aborrece como al demonio.

—Adviértele que se lo ruega el teniente.

—Exacto; yo se lo suplico.

—De ese modo puede que acceda, porque á Jaime le tiene una tirria...

Poco despues subió Gregoria, disculpando el hecho de sentarse á la mesa por la súplica del oficial.

Jaime procuró desde el primer momento ocultar la complicidad de la jóven, y lo logró, hasta el punto de presentarla como enemiga intransigente. Así lo creia el oficial, y en verdad que tan admirable modo de fingir no podia dar otro resultado.

Alfonso empezó á referir detalladamente lo acontecido con Bonetti y el Corregidor, sufriendo á la vez desaires de Gregoria, en tanto que la jóven obsequiaba á cada momento al teniente. El *Barbudo* la miraba contraida la frente y demostrando ira, pero continuó su relato hasta concluir la historia.

Acabó el almuerzo, Gregoria se retiró, y el teniente no pudo ménos de exclamar:

—Ya me alegro no haberte batido, Alfonso. En ese lance de Bonetti estuvistes hábil, diestro y tan generoso, que mi primo no debió intentar nada contra ti. Creo, efectivamente, que deben haberle obligado su orgullo y vanidad, ofendidos con las murmuraciones de los murcianos.

—Eso es lo cierto; mas aguarde V. un poco, que voy á dar la órden para que almuercen la tropa y mi gente.

E hizo subir á Amorós, al cual preguntó:

—¿Está el almuerzo dispuesto para los soldados y para vosotros?

—Sí.

—¿Fraternizásteis?

—Como hermanos.

—¿Habrá inconveniente en que os junteis?

—Ninguno.

—¿Saben quiénes somos?

—Claro está.

—Pues reune á los nuestros, que dejen las armas en aquella habitacion de enfrente, cierras, me das la llave, y, quedándose sólo con los cuchillos, almorzad. Los formas abajo para que el teniente los vea, y que suban con el mayor órden.

Salió José, y Jaime y el teniente se asomaron á una ventana.

A la primera voz del segundo de Alfonso, los veinticuatro bandidos corrieron, formando en dos filas. Luégo les mandó marchar, y subieron como pudieran hacerlo los soldados mejor instruidos.

Todos dejaron las armas, segun encargó el *Barbudo*, al pasar por delante del oficial se descubrieron, bajando al zaguan, donde les esperaba el almuerzo.

—¡Estos no son bandoleros!—decia el teniente.—¡Con que rapidez se juntaron y qué movimientos tan regulares! Jaime, ¡lástima es que quien dirige á esos hombres se llame capitan de ladrones! ¿Quiéres que les veamos almorzar?

—Con mucho gusto; pero aguardemos un poco, con objeto de que aumente la confianza en ellos con el trato.

Quince minutos despues bajaron, quedando más sorprendido aún el teniente ante el cuadro que presenciaba.

Habian reunido todas las mesas que existian en la casa, y formado una grande, que cubrieron con varios manteles. Ocupaban la cabecera el sargento y Amorós; los restantes estaban muy juntos, mezclados, demostraban alegría, y en aquellos momentos devoraban el contenido de dos inmensas fuentes de sabrosa pepitoria, que trasladaron primero á los platos y lué-

go al estómago. Habia un vaso y cuchillo para cada tres; el vino y pan abundaban, y se veian sobre la mesa los blancos, longaniza y jamon, que la noche anterior escondieron los soldados en las mochilas y sacaron por órden del sargento, vista la generosidad con que eran tratados por la dueña de la casa y por los bandoleros.

Al llegar el oficial y Jaime, brindaban y comian con júbilo y algazara; pero al verlos, enmudecieron los cincuenta y cinco, concretándose á comer del mejor modo que cada uno podia.

—Muy bien,—les dijo el oficial;—continuad, soldados, fraternizando con esos hombres. Si nosotros los hubiéramos cogido, pagarian con la vida; pero sucedió lo contrario, y ya veis de qué diferente manera nos tratan. Yo os mando, en consecuencia, que no haya entre vosotros motivo alguno para la riña más leve.

—¡Viva el teniente!

—¡Viva el capitan!

Jaime Alfonso exclamó, dirigiéndose pausadamente á los suyos:

—Sed generosos con el vencido, segun os encargué siempre. Esos soldados son hermanos vuestros, y si os persiguen, tened en cuenta que ninguno lo hace por su propia voluntad. La mayor parte de los militares matan y se dejan matar sin saber por qué; como un rebaño de ovejas, obedecen, porque esa es la costumbre, porque tienen ordenanza, y porque á los ratones les es muy difícil poner el cascabel al gato. Los pobres traerán los bolsillos limpios, que aunque ellos cuestan mucho dinero al país, rara vez les sobra algo. ¿Entendeis?

—Sí.

—Sí.

—Bueno; en acabando jugad á las bochas ó á lo que más os agrade. Capataz, hoy es dia de fiesta para nosotros, y hay que abandonar las faenas del campo. En cuanto almorceis todos, te vas con los dos mozos á Abanilla, y traes comida abundante, pan tierno y cuanto calcules necesario. Gasta esa onza;

si sobra te lo guardas, si falta me lo pides. ¿Vamos á dar un paseo por el campo, teniente?

Y ambos, despues de encender un buen cigarro de los dos que sacó Jaime de su petaca, se dirigieron al olivar, por el cual anduvieron hasta llegar al monte.

—Hé aquí mi castillo,—exclamó Alfonso;—encerrado en él, no es posible me den caza, y he traido á V. para que se convenza prácticamente del delirio que pretendia.

—¡Qué laberinto de sierras, barrancos y montes! ¿Y andais vosotros por ese terreno?

—Mejor que cabras.

—Preciso es conocerlo bien y estar además muy acostumbrado.

—Pues nos es igual atravesar el campo que por el centro de esas breñas.

—¿Cómo me dijo á mí entónces Rosendo que era tan fácil sorprenderos?..

—¿No lo comprende V?

—No.

—Lo creo; son ustedes unos desgraciados que ignoran mucho.

—Explícate, hombre, que yo nada he de hacer contra ti en lo sucesivo.

—Señor teniente, nosotros, áun cuando nos hallamos en la sierra, tenemos siempre centinelas, y es imposible una sorpresa. Podrán atacarnos, en cuyo caso nos batiremos con todas las reglas del arte de la guerra.

—¿Quién te las ha enseñado?

—Un general que tiene mucho talento y experiencia.

—¿Cómo se llama?

—No puedo decírselo á V.

—Continúa.

—Lo adiestrados que estamos, con lo precavidos que somos, y sobrándonos valor y conocimiento del terreno, bastan los veinticinco contra cien soldados. Todo esto lo sabe Rosendo. ¿Comprende V. ahora?

—No.

—Pues vamos, quiero decir á V. que no hay en esta comarca hombre alguno capaz de vendernos, sirviendo á nuestros enemigos.

—Es que yo le ofrecí á ese mozo cuatro mil reales.

—Es que yo le he dado cuatro mil ciento sesenta, y mi proteccion, que vale más.

—Ahora me lo explico todo.

—Se lo he referido como secreto.

—Mi palabra de honor que no le parará perjuicio alguno á Rosendo y que á nádie se lo diré.

Los dos continuaron paseando, siendo muy del agrado del oficial la conversacion y explicaciones de Alfonso; pero lo que más llamó su atencion fué la confianza y hasta cariño que demostraron al *Barbudo* varios campesinos que hallaron en su larga correría. El uno se acercaba y le pedia tabaco; el otro una peseta, todos le tutearon, y al despedirse le alargaban la mano, diciéndole:

—Cuenta conmigo, con mis hijos ó con mis hermanos, generoso Jaime.

Y Alfonso les contestaba con la mayor naturalidad, dándoles lo que le pedian y como cosa corriente y á lo que estaba muy acostumbrado.

—¡Pero hombre,—exclamó el oficial cada vez más sorprendido,—para un dar así no bastan ni los tesoros de Creso.

—Es un error; los ricos son generosos conmigo, y yo á mi vez lo soy con los pobres. Esos que me han pedido son leñadores que necesitan realmente lo que les he entregado. Ocasiones hay en que tienen enfermo al padre, la mujer ó el hijo, y entónces les regalo médico, botica y lo indispensable para la alimentacion.

—¿Se encuentran muchos en ese caso?

—Ahora no; pero ha habido ocasiones en que eran infinitos.

—¿Qué te propones obrando así?

—En primer lugar socorrer la desgracia; yo tambien fuí pobre, tuve hambre y sé lo que es eso; y en segundo lugar,

disponer de todos ellos y ser el rey de esta comarca. Ejemplo: Rosendo estuvo á la muerte, y con mi dinero y cuidados salvé su vida.

—¡Ya! Por eso ahora me vendió á mí.

—Y á su padre, pues sabe que miéntras yo viva nada le ha de faltar.

—Deduzco de tus hechos y frases que necesitas un capital inmenso. En verdad que eso debe obligarte á robar mucho, y á que te odien y aborrezcan por consiguiente todos los ricos y magnates de esta comarca. Y como quiera que estos hombres disponen de los recursos y del poder, el dia que acabe su paciencia, levantarán una cruzada contra ti y no habrá remedio, Alfonso, perecerás en ella.

—Está V. juzgando sin conocimiento de causa. ¿Cree usted, por ventura, que yo salgo continuamente á los caminos para limpiar á cuantos cruzan por ellos?

—¿Qué duda tiene?

—Pues no es así.

—Entónces, ¿de dónde sacas el dinero?

—Me lo dan.

—¿Quién?

—Todos los carreteros y muchos señores, á quienes guardo las posesiones y defiendo sus personas.

—No te comprendo, Alfonso.

—¿No impone el rey de España una contribucion que pagan sus súbditos con arreglo á lo que cada uno tiene?

—No; saca várias.

—Mejor; yo, monarca de esta tierra, he puesto una sola.

—¿Y te la pagan?

—Ya lo creo.

—Eso es diferente; pero algun dia se cansarán, y entónces estás perdido.

—Acaso; mas ínterin la abonen iremos viviendo, y cuando yo comprenda que van á dejar de dármela, buscaré otros medios de medrar que la reemplacen dignamente.

—¿Tienes mucho dinero?

—No, señor; segun lo tomo lo voy distribuyendo.

—Lo siento.

—¿Por qué?

—Alfonso, tú no debieras ser ladron.

—No ha habido hasta ahora una sola persona con quien yo he hablado que no me haya dicho lo mismo.

—Si tú lograras una cantidad suficiente que te asegurase el porvenir, podias negociar el indulto y vivir entónces como corresponde á hombre de tu conducta y sentimientos.

—Lo he tenido ya y no lo quise.

—¿Por qué?

—Venía sólo para mí, y yo necesitaba el de todos los indivíduos de mi partida.

—Cada vez te voy comprendiendo mejor, y es lo cierto que cuentas ya con todas mis simpatías.

—Gracias, señor teniente. Noto que nos hemos alejado de la casa más de una legua. ¿Volvemos para ver lo que hacen esos muchachos?

—Sí, que estoy cansado, y todavía tengo que andar hasta Fortuna por lo ménos.

—Ya lo sé; á propósito hice caminar á V. cuatro horas, con objeto de que no intentara llegar esta noche á Murcia.

—¿Con que este paseo tan largo tenía para ti un objeto especial?

—Sí, señor.

—¿Quieres decirme lo que te propones con que yo no entre mañana en la capital?

—Necesito ver al Corregidor ántes que V. le hable.

—¡Tú!

—Sí, señor.

—¿Y cómo se hace ese milagro?

—Es muy sencillo; yendo á Murcia, entrando en el paseo donde él estará y parándolo en medio de él.

—¿Qué paseo?

—El de la Glorieta, el que está dentro de la poblacion.

—¿Con tus veinticinco bandoleros?

—¡Qué locura! Yo solo.

—Hombre, pensaba ir esta noche, porque bien comprenderás que de presentarme en Fortuna ó en cualquiera pueblo sin armas, me espera una silba; mas opto por ella, con tal de que tú te presentes en la ciudad solo, pregonada como está tu cabeza y en medio de un público inmenso.

—No silbarán á V.; llega á Fortuna despues de las diez, cuando todo el mundo está recogido, y no saliendo hasta la noche siguiente á la misma hora, ignorarán los del pueblo si sus soldados tienen ó no armas.

—¿Y qué le vas á decir á mi primo?

—Cosas que le convienen á él, á V. y á mí.

—Te agradeceria una explicacion.

—Le demostraré lo torpe que anduvo en mandar á V., lo lógico y natural de la sorpresa de que es V. víctima, lo humano que he sido, y la conveniencia de que no me obligue en lo sucesivo á matar infelices soldados.

—Me alegraré que lo hagas.

—Si V. no llega hasta mañana por la noche ó madrugada siguiente, lo consigo.

—Te lo ofrezco solemnemente.

Los dos continuaron su camino hablando ya de cosas indiferentes; pero sin que al oficial le fuese molesta un solo instante la compañía de Alfonso.

Llegaron á la casa y vieron á los soldados jugando con los bandoleros y en la mejor armonía. Los últimos dieron un duro á cada indivíduo de los otros, y esta generosidad, que Jaime les habia inspirado, acabó de hacer completa la fraternidad que ya reinaba entre ellos.

El sargento y Amorós se entendieron tambien, jugaron á la brisca, y el segundo de Jaime se dejó ganar cinco duros de su contrario.

Comieron á las tres en la forma que habian almorzado, y en cuanto anocheció se despidieron unos de otros; Alfonso devolvió la espada al oficial, y la tropa desapareció de allí con sentimiento, recordando en muchos dias las buenas magras

que comieron, la generosidad de los bandidos de Jaime y la expansion á que se entregaron durante aquel corto período de su vida.

Alfonso armó nuevamente á su partida, quedándose él con la carabina del sargento y algunas municiones.

Acto continuo los mandó á la sierra, diciéndoles lo que habian de hacer en el siguiente dia, en que pensaba estar separado de ellos.

Partieron los bandidos, las puertas se cerraron, y, ya solos Gregoria y el *Barbudo*, quiso éste entregar á la jóven el importe de lo que le habian gastado su gente y la tropa; pero ella lo rehusó contestándole:

—No me hagas esa ofensa, Jaime; yo sólo quiero tu bien.

—Y yo el tuyo.

—Pues quedémonos así; á mí me tocó la cena y el almuerzo, á ti la comida. Lo único que siento, y me han violentado extraordinariamente, fueron las frases que me vi obligada á dirigirte. ¡Que yo te aborrezco, que yo te odio! ¡Qué locura, qué delirio!

—Gracias, Gregoria; no te esfuerces en convencerme de lo contrario, porque estoy satisfecho de ti. Dime, ¿has dormido bien esta noche?

—Sí. ¿Por qué me haces esa pregunta?

—Yo he velado, como sabes; son las siete, y quisiera descansar hasta las diez.

—¿Y por qué tan poco tiempo?

—Debo estar en Murcia ántes de amanecer.

—¡Siempre corriendo, fatigándote!.. ¡Jesús, qué vida!

—Desearia, Gregoria, que á la hora de siempre cenasen y se acostaran tus criados. A las diez me despiertas, tomaremos unos fiambres ó lo que tu dispongas, y acto continuo partiré.

—Tres horas de descanso es muy poco para andar más de seis leguas y no haber dormido nada anoche.

—No puede ser otra cosa.

—¡Por Dios, Jaime!

—Si te empeñas, no reposaré nada.

—No, acuéstate; pero cree firmemente que me atormenta la idea del odio y rencor que te he demostrado...

—Ya lo sé, hija, ya lo sé.

—Como tú me quieres tan poco...

—¡Yo!.. Ya sabes que no es cierto... Hasta luego, Gregoria.

Y Jaime se retiró á su alcoba, exclamando por el camino:

—¡Huye de mí, tentacion!

—¡Qué buen mozo es!—decia á la vez la jóven.—¡Qué valor tiene y qué entendimiento! ¡Ay, pero es casado, y luégo!.. ¡Vamos, esto es cosa de perder una el juicio!

Alfonso durmió hasta las diez que lo despertó Gregoria, y cenaron.

Media hora más tarde salia con su traje ordinario, manta larga y fina, sombrero calañé, la carabina del sargento, seis cartuchos en un bolsillo, dos pistolas, cuchillo, y la carta que habia escrito para el Corregidor.

De este modo, andando muy de prisa y sin descanso alguno, llegó al puerto de Zacacho, donde se detuvo, haciendo abrir un ventorrillo, cuyo dueño dormia tranquilamente.

Alfonso se dió á conocer al amo de la casa, que era amigo suyo, le pidió medio vaso de vino, que hubo de apurar con ánsia, y descansó media hora. Seguidamente se puso en pié, marchando sin volver á pararse hasta que llegó á las puertas de la capital.

Estaba amaneciendo, y Jaime penetró en la poblacion confundido entre los muchos vendedores que aguardaban el momento para entrar. Un empleado del fisco quiso reconocerle, pero él le dió veinte reales con el mayor disimulo, y continuó embozado hasta los ojos.

Entró en la posada de San Antonio de Murcia, diciendo al primer mozo que encontró:

—Llévame al cuarto núm. 3.

—Está ocupado.

—¿Lo tiene Rosendo?

—Sí; ese es su nombre.

—Pues dame el 4 y dile á mi vecino que á las doce comeremos juntos.

—¿Quién eres?

—Un amigo á quien espera Rosendo.

—¡Ya! Misterios.

—Con diez reales de propina, y ¡chiton!

—Quedé mudo. ¿Qué más deseas?

—Dormir.

—Pues hé aquí una de las mejores camas de la posada.

—Adios.

—Con que te despierto á...

—Dices á Rosendo que éntre á las doce, y un poco despues nos sirves la comida. Lárgate.

—Agur.

Alfonso dejó sus armas á la cabecera de la cama cubiertas con la manta, y, cerrando la ventana y puerta de su dormitorio, se acostó, desnudo y tranquilo como si estuviera en la sierra.

Poco despues fué presa de un sueño que no le abandonó hasta las doce en que le despertaron varios golpes dados á la puerta de su cuarto.

—Ese es Rosendo,—dijo incorporándose.—Aguarda.

Y abrió la puerta despues que se hubo vestido.

—¡Pues no has dormido tú poco!

Le dijo aquél entrando.

—Seis horas, chico; pero las necesitaba.

—¿Viniste á pié?

—Claro está. ¿Entregaste la carta?

—Ayer.

—¿Qué te dijeron?

—Que se haria lo que mandabas. ¿Y el teniente?

—En Fortuna, muy contento y satisfecho de haberme conocido.

—¿Qué dijo de mí?

—Nada. Se va á la guerra, y probablemente no citará tu nombre en Murcia.

—La comida.

Dijo el mozo, entrando con los manteles, pan y vino.

—Súbela pronto, y deja siempre cerrada la puerta.

—Hoy no hace mucho frio.

—Pueden entrar moscas.

—Comprendo. Moscones querrás indicar.

—Lo mismo da.

Jaime y Rosendo comieron, hablando á la vez de lo ocurrido el dia anterior en casa de Gregoria. Concluyeron despues de la una, diciendo Alfonso á su compañero:

—Cuando te canses de estar aquí, pagas, dando al muchacho que nos ha servido diez reales de propina.

—¿Y luégo?

—Procura estar á las cuatro en punto á la entrada de la Glorieta, por la parte próxima al hospital.

—No faltaré.

—Desde allí nos marcharemos juntos.

—¿Qué es eso, te vas?

—Sí.

—¿Adónde, Alfonso?

—¡Vaya una pregunta! A recorrer la ciudad y á hacer dos visitas.

—Jaime, no seas temerario; te van á reconocer, y te pierdes.

—¡Qué nécio eres, hombre! El actual jefe de la policía es amigo; en el ayuntamiento lo son cási todos, y tantos tengo en la ciudad, que puedo muy bien andar por ella como por la sierra.

—Tambien hay enemigos tuyos, muchos y ricos.

—Que salgan. Con este par de pistolas y carabina los desafío á todos.

—Vas hecho una armería.

—Pienso visitar al Corregidor, y debo ir dignamente. Adios.

—A las cuatro en punto en la Glorieta. A la izquierda, lo más cerca posible del rio.

Y desapareció el *Barbudo*, dejando á Rosendo aturdido con su desmedida osadía.

Jaime pasó por delante de la catedral, sintiendo no poder entrar por la imposibilidad en que estaba de desembozarse; pero cruzó las calles principales, hizo dos visitas, y á las cuatro en punto atravesó el ancho y extenso zaguan del palacio episcopal, quedando parado al extremo opuesto, frente á la Glorieta.

—Observaré,—dijo.—Mucha gente hay, y eso no me disgusta. Allí distingo á Rosendo. Sí, él es. Se halla vuelto de espaldas al paseo, por temor de que le reconozcan. ¡Cobarde! ¡Cómo si hubiera ahí alguno que se cuidara de él para nada! Pero no veo al Corregidor. ¿Habrá venido? Me han asegurado que estaria aquí... Si me engañaron, iré á buscarle donde se halle. ¿Es aquel? Sí, le acompañan Don Jacinto y Don Pedro. La ocasion es magnífica.

Y anduvo hácia la parte oriental del paseo.

El Corregidor venía efectivamente entre dos caballeros, de Poniente á Levante, y al ir á dar la vuelta en el extremo de la Glorieta, le detuvo una voz, diciéndole:

—Señor Don Miguel, servidor de V. S..

—¿Quién me llama? ¿Qué hombre es ese?

Jaime se le puso delante, y bajó un poco el embozo para darse á conocer. Acto continuo se cubrió, añadiendo:

—Buenas tardes.

—¡Insensato!

—No se alarme V., que no hay motivo para ello.

—¡Si te conocen!..

—El mal será para mí; pero todo se reduce á abrirme paso á tiros. Vengo preparado y estoy dispuesto á todo.

—Baja la voz. ¿Qué te propones?

—Matar á V. si me descubre; de lo contrario, entregarle esta carta y hablarle dos palabras.

—Trae y di lo que quieras, pero abrevia.

—Despues que lea V. ese escrito, recuerde el resto de su vida que morirá en el momento que dé la órden para que salgan soldados ó paisanos á perseguirme. Mataré á V. en su casa, en el paseo ó donde se halle. Lo juro por el Dios que nos oye; con que ahogue V. su orgullo y vanidad, y viva prevenido.

—¿No me dijiste que estaba en mi derecho alistando fuerza armada que te batiera frente á frente?

—Sí, señor, se lo aconsejé para que pudiera dejar su nombre bien puesto; pero intentada dos veces, y de diferente modo, mi persecucion, V. quedó á cubierto de crítica justa, y como quiera que el hacer más será hijo de miserable venganza, me anticiparé yo dando fin de V.

—Pero ¿y la gente que salió?..

—Lea V. ese escrito y no olvide mi juramento. Repare cómo llama la atencion del público el que todo un Corregidor escuche en el paseo á un hombre de manta y alpargatas. Está usted violentado por lo que acabo de decirle, y quiero que se tranquilice. Lo dicho, señor Don Miguel.

Y le volvió la espalda.

Carpe estaba rodeado de amigos y conocidos, y fué á pedir auxilio con objeto de prender á Jaime. La ocasion era propicia. ¿Cómo habian de negarse á obedecerle los doscientos hombres que miraba en el paseo? ¿Impondria Jaime solo á tanta gente allí reunida? No era posible, teniendo en cuenta el reconocido valor de los murcianos. ¿Qué se diria, por la inversa, del Corregidor si alguno reconoció á Alfonso y divulgaba la noticia por la ciudad? Le juzgarian cómplice, y tan cínico, que llegaba al extremo de conversar con el audaz bandolero en medio de la Glorieta y á la faz de un pueblo entero.

Estas ideas cruzaron por la mente de Don Miguel con la rapidez de un chispazo eléctrico.

Fué á gritar; pero al abrir sus labios se incorporó Jaime con Rosendo, que llevaba igual traje, y apagó la voz del Corregidor la idea de que el bandolero tuviera allí cerca el resto de la partida. Acobardado, confuso y aturdido, se volvió á los

dos caballeros que le acompañaban, los cuales se habian separado un poco por educacion, y les dijo:

—Continúen ustedes paseando si gustan, que á mí me llama el deber á otra parte.

Al espirar en sus labios la última frase, oyó una carcajada que le pareció del *Barbudo*, y la que acabó de descomponerle.

Sin ver lo que hacía, y atropellando á unas señoras, salió Don Miguel de la Glorieta, entrando seguidamente en las Casas consistoriales, que tenía á cuatro pasos.

Encerrado en su despacho, se dejó caer sobre un sofá, exclamando:

—¡Ese hombre me va á perder! ¡Qué audacia, qué valor! ¿Se habrá marchado?

Y se asomó al balcon, mirando la Glorieta y el gran espacio que la rodea.

—No está,—añadió,—ha huido con los suyos, y la gente pasea tranquila. ¡Oh, la borrasca está dentro de mi sér; aquí dentro! ¿Qué habrá hecho mi primo? Nada. Segun el parte que me mandó de Fortuna, debia esta mañana sorprenderlos en la sierra. ¿Qué es esto? ¡Ah, la carta que me ha dado ese hombre funesto! Sepamos lo que dice. La tenía en la mano y no lo notaba. ¡Me he aturdido, maldicion! ¡Un yesquero de Crevillente!.. Calma, Miguel, calma y aplomo, que eres el Corregidor interino de Murcia.

Carpe desdobló el papel, leyendo dos veces el contenido. Al acabar la segunda lo estrujó entre sus dedos, exclamando con dolor:

—¡Sorprendió á mi primo, desarmó á la tropa y fraternizaron!.. Dice que ya se sabe en la ciudad. Claro es; sus amigos lo estarán divulgando. ¡Pero añade que vino solo, que está solo! ¡Han trascurrido diez minutos lo más, pueden alcanzarle, y cerca tengo ocho alguaciles! ¡Qué corran en su busca!

Y fué á llamar, pero se contuvo de pronto, prosiguiendo:

—¿Y si los vence? Juró matarme si intentaba algo contra él. ¡No soy cobarde, pero le tengo miedo; miedo, sí; me ater-

ran su valor, sangre fria y sagacidad! No; yo nada dispongo contra él; mi sustitucion vendrá pronto, y el que me reemplace está en su derecho para hacer lo que juzgue más conveniente y acertado.

Fijo en esta idea, fué poco á poco tranquilizándose algo.

A la mañana siguiente recibió á su primo, con el cual cuestionó más de dos horas, para concluir por darle la razon, confesar su torpeza y convenir en que ninguno de los dos debia intentar nada contra Jaime Alfonso.

El teniente pidió incorporarse al ejército, y en el acto se lo concedieron: Y Don Miguel Carpe continuó de Corregidor hasta el 19 de Octubre, en que se ausentó de Murcia y fué reemplazado por D. Joaquin Tomaseti.

Alfonso salió de la ciudad, acompañado de Rosendo, por la puerta de las Siete Coronas, y bien pronto se perdieron entre el laberinto de sendas que ofrece el inmenso y delicioso bosque de aquella encantadora vega.

Cenaron en Santomera. Rosendo marchó por el puerto de Zacacho á Fortuna, y Alfonso entró en Orihuela á las once de la noche, pasando hasta el amanecer en compañía de su esposa é hijo.

Aquel mismo dia se incorporó con su partida, permaneciendo en el monte el resto de la semana.

Nada hizo Alfonso que merezca relatarse en algunos meses, efecto de la llegada de las tropas de Napoleon, las que cruzaron aquella comarca robando y cometiendo toda clase de excesos, y más tarde por el cambio político realizado á consecuencia de la célebre Constitucion que se dió á España, promulgada en 1812.

La imposibilidad en que estaba Alfonso de hacer frente á los franceses y la mutacion de Alcaldes que siguió al establecimiento de la Constitucion, retuvieron al *Barbudo* y á su gente entre montes y breñas que le ocultaron y hasta hicieron olvidar que existia.

Llenemos el espacio que nos presenta este período diciendo algo de la guerra de la Independencia, y muy particu-

larmente de lo ocurrido en Murcia con los franceses y el valeroso Don Martin de la Carrera.

Advertimos á nuestros lectores que al hablar de esa santa guerra, en la que nuestros padres vertieron su sangre con asombro del mundo y humillacion del coloso de Europa, con honra para España y vergüenza para Francia, sólo diremos la verdad; que basta y sobra con ella para entretener agradablemente al lector, y hasta para halagar su amor propio. Al que lo sepa, le recordaremos lo que no debe olvidar; al que lo ignore, le enseñaremos lo que más le importa conocer de la historia moderna.

CAPITULO XXIII.

Carlos IV, María Luisa y Godoy.—Indole, carácter y sentimientos de Fernando.—Su educacion.—Reflexiones sobre esta familia.—El hijo conspira contra el padre.

Ofrecimos decir algo á nuestros lectores sobre la guerra de la Independencia, fundados en que al hablar en la historia de Jaime Alfonso de esa época memorable, era indispensable detenernos y admirar el cuadro que se presentaba á nuestra vista; cuadro de espanto y horror si se fija la mirada en las causas y estragos de una lucha titánica; cuadro sublime y conmovedor, si se examinan el estado empobrecido de nuestro país, falto de recursos y soldados para disputar su presa al héroe de Europa, y los gigantescos esfuerzos que hicieron nuestros padres, no sólo para combatir á los franceses, sino hasta para vencerlos y humillarlos.

Y si la necesidad de hablar de esta guerra existia al empezar la narracion de nuestra historia, es decir, ántes de la revolucion efectuada en 29 de Setiembre de 1868, se ha hecho indispensable despues, siendo así que la conducta de los Borbones ha venido promoviendo y empujando desde tiempo atrás el sacudimiento regenerador de España, y juzgamos que será del agrado de nuestros lectores que les demos á conocer, aunque en extracto, los hechos de los padres y abuelos del último vástago de esa raza.

Mas por lo mismo que la familia borbónica sufre en la expatriacion el castigo consiguiente á su fatal política, nos veremos precisados á justificar con documentos auténticos todas las ideas que emitamos sobre el padre y abuelo de Isabel de Borbon. Que no entró jamás en nuestro ánimo agravar el infortunio con exageraciones ni insultos á los que sufren y padecen, sean estos ricos ó pobres, grandes ó pequeños.

Pero obligando apremiante necesidad á que todos contribuyamos en la parte que nos sea posible para que el mal no se repita y á que la nacion española deje de ser pasto de la inmoralidad, la corrupcion y el desenfreno, no podemos callar ni condenar al olvido la parte que corresponde á Cárlos IV y á Fernando VII en la situacion tristísima y hasta degradada á que condujeron un país digno por su valor, energía y abnegacion de otra suerte distinta.

A cada cual lo suyo, y eso vamos á hacer con entera imparcialidad.

Sabido es que Cárlos IV heredó á su padre Cárlos III, y que empezó á reinar con más bondad que talento, con mejor deseo que energía y acierto. Desde muy jóven principió á demostrar que la vida material era más de su agrado que los trabajos intelectuales y el gobierno de la nacion. Casado con María Luisa, mujer vehemente en sus pasiones, de más capacidad que su marido y con las dotes suficientes para dominarle hasta hacer de él el más sumiso y leal de sus instrumentos, Cárlos se entregó al recreo de la caza, al de los manjares en la mesa y á complacer en un todo á su bella mujer. Era rey de derecho divino, segun la creencia de entónces, y con unos cuantos golpes de pecho y otras puerilidades por el estilo, no haciendo nada de provecho, comiendo mucho y distrayéndose en el campo, creyó Don Cárlos que cumplia con todos sus deberes de rey, esposo y padre. Su indolencia, escasez de talento é inercia le obligaron á ser mal rey, esposo tolerante y nécio y padre poco precavido y muy indiferente.

Así empezó á regir los destinos de esta gran nacion el cuarto de los Cárlos, quinto Borbon.

Pronto María Luisa, su esposa, echó de ménos á su lado un hombre cuyo carácter y energía se asimilasen á lo vehemente de sus pasiones; á su ardiente y poderosa imaginacion. Pero sin dotes de mando tampoco, y falta indudablemente de la educacion necesaria, en vez de coger las riendas del Estado y gobernar por sí, supliendo de este modo la ineptitud de su marido y ocupando su espíritu con un fin alto y honroso, se entregó, por el contrario, á pasatiempos y goces materiales que hubieron de comprometer su reinado, el porvenir de su hijo, y lo que es más grave, el del pueblo español, que no tenía culpa alguna ni contribuyó directa ni indirectamente á los muchos desaciertos que abortaron la conducta de la reina, la tontería del rey, la ambicion del favorito y las torpezas é índole de Fernando.

María Luisa vió á Manuel Godoy y se ofuscó. Su doblegado espíritu hubo de sucumbir ante una idea tan estúpida como material, y la insensata proteccion de la augusta señora elevó á Godoy, sin títulos, talento ni merecimientos, á duque de Alcudia, á príncipe de la Paz, á generalísimo, y, por último, á rey, pues gobernaba el Estado, tenía tratamiento de príncipe, las músicas le tocaban marcha real y su escolta era más lucida y brillante que la del mismo monarca.

Contribuyeron á favoritismo tan degradante varias causas: la primera, el que María Luisa, segun las crónicas y los resultados, se enamoró profundamente de Manuel Godoy; segunda, que el rey Cárlos IV obedecia con ciega sumision á su esposa; y tercera, que el rey llegó á tener cariño al favorito de su esposa y fué siempre para él un verdadero amigo.

Se ha dicho que la generalidad de los soberanos desconocen la amistad, y de ser así, Cárlos IV fué una excepcion de la regla; jamás hubo un amigo más complaciente y leal que el que tuvo Godoy en el rey su señor. Alguna cualidad buena habia de tener el quinto Borbon, y en verdad que fué tan desgraciado cuanto que la empleó todo lo mal posible, pues nuestros lectores convendrán con nosotros en que no hubo español más

indigno de la amistad del rey que el favorito de su voluptuosa mujer.

Era todavía en nuestro país patrimonio de los monarcas la infeliz nacion cuyos destinos regian, y el pueblo español, desde los grandes hasta los pequeños, comenzaron á censurar en voz baja la conducta de María Luisa, la tolerancia de Cárlos IV y el encumbramiento de Godoy; pero se contraian á sentir y murmurar por el pronto y en vista de la razon que hemos dado ántes.

Godoy llamó á su expléndido palacio literatos, artistas, hombres de ciencia, políticos y grandes de España; y, lo decimos con sentimiento, halló muchos, muchos que pisaron sus salones y hasta que lo adularon; si bien fueron los ménos los literatos, los artistas y los hombres de ciencia; que en reinados como los de Cárlos IV no suelen brillar mucho las artes, la literatura ni la ciencia.

La nacion española, dolorida ante el espectáculo que presentaba la corte, buscó un remedio á sus males, á tanta degradacion, y, siguiendo la costumbre, porque todavía no era tiempo para otra cosa, se fijó en el trono, mirando en derredor con avidez. Encontró un jóven barbilampiño, presunto heredero de Cárlos IV, y, juzgando que el hijo no se pareceria al padre ni á la madre, fundó en él su esperanza, el porvenir de la patria, la egida de lo futuro, y lo amó sin conocerle.

En aquella época no habia nada fuera del trono aceptable para pueblo tan monárquico y apegado á sus costumbres.

Así seguiria probablemente si el trono no le hubiera tratado tan mal. Las ingratitudes y torpezas de aquella época y posterior, *série tan lamentable* de no interrumpidas equivocaciones, vinieron á justificar el presente. Sirva de leccion á los ilusos.

Sepamos ahora quién era el hombre que el pueblo empezaba á mirar como su salvador ante la tormenta que se desencadenó en Francia y que amenazaba invadir á Europa como elemento el más destructor y absorbente á la vez. Principiemos á conocer desde su nacimiento al príncipe que más entu-

siasmo excitó en la tierra y ménos agradecia, á los que llamó sus vasallos, el amor que le demostraron.

Vino al mundo el titulado Fernando VII en 14 de Octubre de 1784, y nació en el Escorial, cuando todavía reinaba su abuelo Cárlos III.

Fué tan afortunado, que apénas vió la luz, ya se formaba un partido poderoso entónces en España, el cual lo aclamó en silencio y miró en el tierno niño su más halagüeña esperanza. Oigamos lo que dice sobre el particular un hombre notable de la época:

«Los amigos de los jesuitas, que habian vituperado la es»pulsion de aquellos y con éstos la parte ménos ilustrada, pero »más numerosa del clero, por odio al gobierno que sostenia las »prerogativas del trono contra las demasías de la curia romana, »saludaron el nacimiento de Fernando con himnos y profecías. »Vaticinaban unos al augusto reciennacido que pronto resplan»deceria sobre su cabeza la aureola de San Fernando; otros »veian ya en su tierna mano la espada de Cárlos I, y aquellos, »inspirados sin duda por un númen más veraz, anunciaban á »España que el régio niño, elevado que fuese al sólio de sus »mayores, abriria las puertas de la patria y de los conventos »á los desterrados discípulos de San Ignacio de Loyola.»

Ya empezaban á agruparse sobre la Francia espesas nubes que reflejaban la turbacion de los tiempos. Mugia sordamente aquel espíritu popular tan terrible en sus sacudimientos, y se entreveian en sus fuertes oleadas las futuras tempestades que habian de extremecer la Europa. A su estruendo alarmóse Carlos III, y en sus últimos años una policía suspicaz, sostenida por la junta llamada de Estado, se cebó en los españoles, persiguiendo y atropellando con menosprecio de las leyes fundamentales del Reino.

Murió Carlos III, y su hijo Carlos IV fió el timon de la nave á los pilotos que en el reinado anterior la habian conducido con próspero rumbo.

Pronto María Luisa, nunca contrariada por su marido, presentó en la escena política á su jóven amigo Manuel Godoy,

y el gobierno del país sufrió un cambio completo; pues el guardia no estaba preparado, por los estudios ni por la práctica de los negocios, para gobernar un país. Combatido Godoy bien pronto por la envidia y por la discordia interior, su falta de capacidad y la crísis política de Europa debian estrellarlo contra los escollos de la ambicion francesa.

Dice un célebre escritor que los enemigos de Godoy han desfigurado los actos de su administracion, presentándole como un mónstruo; y añade, que léjos de ser tan malo, le abonaron su buen corazon y el deseo de acierto. Se funda en que habiendo estallado la tormenta al otro lado de los Pirineos, quiso conjurarla el Santo Oficio, poniendo en juego sus tormentos y hogueras. Las sociedades religiosas no solian hallar por lo comun armas más *dulces* y *caritativas* para combatir los males de sus *amados* feligreses. Godoy les salió al encuentro, y refrenando sus arranques *cariñosos*, les ató los brazos con su poder; el Tribunal del Santo Oficio le formó causa por sospechoso de ateismo, y buenamente lo hubiera quemado, á no descubrirlo con tiempo Godoy, y, haciendo uso de toda su influencia y poder, los desterró de España. A cada uno lo suyo.

En tanto que esto acontecia, se criaba el príncipe Fernando débil y enfermizo, y tuvieron que llevarlo á más templado clima para que recuperase algo de fuerza y no se aniquilara enteramente. Sin embargo, no cambió aquel temperamento delicado, ejerciendo, por consiguiente, gran influencia en su carácter. Perdió la sensibilidad, ó mejor dicho, no la tuvo nunca; esto dijeron su madre y alguno de sus maestros; y sus fibras necesitaban fuertes sacudimientos para hacerle sentir el placer. Rara vez reia, hablaba poco, y regocijábase mucho con dar muerte á los pajaritos que caian en sus manos. Esta era su índole; podia haberse modificado con la educacion, pero no sucedió así. Fué su primer maestro el padre Scio, al cual rechazaba el príncipe por instinto y por carácter. Muerto este varon docto y de apacible trato, ocupó su puesto Don Francisco Javier Cabrera, obispo de Orihuela y de Avila, hombre de suma amabilidad y de costumbres puras; mas tambien mu-

rió, y la índole floja del padre, unida á las perpétuas distracciones de la madre, impidieron dar á su primogénito una educacion esmerada que, ilustrando su entendimiento, aquilatase en su corazon el amor á la virtud, orígen de la felicidad humana. Así es que entregaron el niño al célebre canónigo D. Juan Escoiquiz, hombre ambicioso, falaz, hipócrita y atrevido. Con este simpatizó Fernando, y fué su constante amigo, su consejero más estimado.

Resulta, pues, que ni por índole ni por educacion podia ser bueno el príncipe.

Desbordada por este tiempo la revolucion francesa, y amenazando tragarse todos los tronos de Europa, temblaron los monarcas, desconfiaron de sus súbditos, y nació en sus pechos el odio al pueblo y á los derechos de éste. Fernando veia y escuchaba todo esto, y es indudable que las primeras impresiones de su vida, tan fuertes y duraderas, acabaron de predisponerle contra la idea liberal y contra todo derecho que desmembrara su poder en pro de el del pueblo, cuyos destinos habia de regir. Dos ideas debieron grabarse en su mente con caractéres de fuego: su derecho divino á la corona, y la existencia en la sociedad de súbditos rebeldes á este principio, los cuales se juzgaban autorizados para despojar á los monarcas de su trono.

Todas estas ideas, como su mala índole, hubieran podido modificarse en Fernando con una buena educacion; pero asusta y parece increible la vida que hacía este príncipe. Hé aquí lo que dice sobre el particular el mismo Manuel Godoy, testigo ocular de la educacion de Fernando y sus hermanos:

«Cumplidas por la mañana sus devociones y oida la santa »Misa, érales permitido recibir visitas hasta las once y media, »en que pasaban al cuarto de sus padres, en cuya compañía »permanecian hasta la hora de comer. Regresaban despues á »sus cuartos, comiendo cada uno en el suyo; y por la tarde sa»lia á paseo cada infante en su coche, escoltado por un piquete »de Guardias, pero dirigiéndose por lo regular á un mismo pun»to toda la familia. Por la noche hacian la corte á los reyes por »espacio de media hora: y vueltos á sus aposentos, admitian á

»los sujetos que mejor les parecia. Siempre que se traslada»ban de una habitacion á otra en el palacio, acompañábales un »gentil-hombre de su respectiva servidumbre.»

¿Qué resultados buenos podia dar un método de vida como ese? Fernando debia ser efectivamente una nulidad completa para el bien; torpe, cobarde, adulador con el que estuviera sobre él, y déspota, insensible para el infeliz pueblo que gobernase.

Pero ¡ay! los excesos de María Luisa y el abandono de Cárlos IV absorbieron por completo la atencion general, no estudiaron á este hombre funesto, y lo amaron hasta erigirle un altar en el corazon de los españoles. ¡Infelices! Sin saber lo que hacian é inspirados por el deseo del bien, todo lo sacrificaban por un hombre infinitamente más malo que su voluptuosa madre, que su indolente é incapaz padre y que el ambicioso y torpe favorito.

Pronto comprendió Fernando el entusiasmo que el pueblo español tenía por él, é inspirado por Escoiquiz, riñó con Godoy, conspirando contra sus padres de un modo tan insolente y descarado que abortó la conjuracion y se descubrieron sus planes.

Esto dió orígen á la ruidosa causa del Escorial, de que tendrán conocimiento nuestros lectores.

Ya en este tiempo habia logrado Napoleon dominar la revolucion francesa, y, al frente de los ejércitos, imponer primero á su nacion y luégo al resto de Europa, consiguiendo que algunos monarcas solicitasen su apoyo y proteccion.

Cárlos IV fué uno de sus más respetuosos admiradores, y en confirmacion de lo que llevamos expuesto sobre su hijo Fernando, hé aquí la declaracion que hace el padre al soberano francés:

«*El rey de España al emperador Napoleon.*

»Hermano mio:

»En el momento en que me ocupaba en los medios de coope»rar á la destruccion de nuestro enemigo comun; cuando creia »que todas las tramas de la ex-reina de Nápoles se habian

62

»roto con la muerte de su hija, veo con horror que hasta en mi »palacio ha penetrado el espíritu de la más negra intriga. ¡Ah! »Mi corazon se despedaza al tener que referir tan monstruoso »atentado. Mi hijo primogénito, el heredero presunto de mi tro-»no, habia formado el horrible designio de destronarme, y ha-»bia llegado al extremo de atentar contra los dias de su madre. »Crímen tan atroz debe ser castigado con el rigor de las leyes. »La que le llama á sucederme debe ser revocada; uno de sus »hermanos será más digno de reemplazarle en mi corazon y en »el trono. Ahora procuro indagar sus cómplices para buscar el »hilo de tan increible maldad, y no quiero perder un solo ins-»tante en instruir á V. M. I y R., suplicándole me ayude con »sus luces y consejos.

»Sobre lo que ruego, etc.=CÁRLOS.=EN San Lorenzo, »á 29 de Octubre de 1807.»

Por si esto no bastase, insertamos á continuacion varias pinceladas esparcidas en diferentes cartas escritas por su madre María Luisa.

Hélas aquí:

«De Fernando no podemos esperar jamás sino miserias »y persecuciones; ha formado esta conspiracion por destro-»nar al rey, su padre; no tiene carácter alguno, y mucho mé-»nos el de la sinceridad; es falso y cruel; su ambicion no tie-»ne límites, y mira á sus padres como si no lo fuesen. Nada »le afecta; es insensible y no inclinado á la clemencia; pro-»mete, pero no siempre cumple sus promesas; no quiere al »gran duque ni al emperador, sino al despotismo; tiene muy »mal corazon; jamás ha profesado amor á su padre ni á mí; »sus consejeros son sanguinarios; no se complacen sino »en hacer desdichados, sin exceptuar al padre ni á la »madre.»

Napoleon I, que en su loca ambicion queria dictar leyes á Europa sentado en su trono de París, comprendió desde el principio cuán fácil era echar del sólio de España á una pobre familia real, entre la que suplian al talento y acierto los disgustos domésticos, la insensatez y la torpeza; y nada de lo que

acontecia en España pasaba desapercibido á su elevado ingenio.

Conozcamos á Napoleon en el siguiente retrato que nos ofrece un entendido cuanto imparcial escritor de aquella época:

«En medio de las turbulencias y desastres de la Francia,—»dice,—como relámpago que nace entre truenos, apareció un »ingenio colosal, un soldado venturoso que dominaba la for»tuna, los tiempos y los hombres. Despues de haberse cubierto »de laureles en la falda de los Álpes, en las orillas del Pó, al »pié de las pirámides de Egipto, refrenó con mano poderosa el »mónstruo de la anarquía, y saltando al despeñado carro del »gobierno, asió con firmeza las riendas y paseó la bandera »tricolor victoriosa por toda Europa. El nombre de Napoleon, »volando en alas de sus triunfos, llenó el orbe entero. Cónsul »primero, emperador despues, ciñó sus sienes con la corona »de Cárlo-Magno y fué ungido por el Pontífice. Proclamado »rey de Roma, vencedor de las naciones, dilatador de los lími»tes de su imperio más allá del Rhin, conquistador ambicioso, »¿quién podia oponerse á los golpes de su acero, al irresistible »prestigio de un héroe que todo lo deslumbraba con los rayos »de su gloria?»

Ese era el primer Napoleon, y en verdad que áun cuando su desmedida ambicion hizo oscurecer varias veces la clara luz de su ingenio, no se ocultó á su gran talento lo que era, lo que valia el pueblo español. Comprendió, sí, la facilidad de arrojar del trono á Cárlos, María Luisa, Fernando y Godoy; pero no es cierto, como han pretendido sostener algunos, que desconoció nuestro heroismo, constancia y valor ante el peligro. En prueba de que no nos equivocamos, copiaremos algunos trozos de una carta que dirigió al general del ejército que invadia en aquellos momentos la nacion española, fecha 29 de Marzo de 1808:

«No creais que vais á batiros con una nacion desarmada, »ni que os bastará hacer alarde de tropas para someter la Es»paña... La aristocracia y el clero son sus dueños; si llegaran »á temer que se tocase á sus privilegios y á su existencia,

»promoverian levantamientos en masa que podrian eternizar »la guerra. Tengo partidarios en ese país; mas si me presenta»ra como conquistador, no tendria á nádie en favor mio... El »príncipe de Asturias no tiene ninguna de las cualidades »necesarias al jefe de una nacion; pero no por esto dejarian de »ponérnoslo en frente, haciéndole figurar como un héroe. No »quiero que se haga violencia á ningun personaje de esa fami»lia; no conviene nunca hacerse aborrecible ni inflamar los »odios. La España podrá tener más de cien mil hombres sobre »las armas, más de los que necesita para sostener con ventaja »una guerra interior; divididas en muchos puntos esas tropas, »pueden ser otros tantos centros de accion para sublevar toda »la monarquía... Comportaos de tal modo que los españoles »no puedan adivinar el partido que tomaré... lo cual no os »será difícil, porque ni yo mismo lo sé. Cuidad de mantener »la disciplina del modo más severo; ninguna falta, ni la más »ligera, sea disimulada; haced que se tengan con los habitantes »los más grandes miramientos, y principalmente con las igle»sias y los conventos... procurad evitar todo encuentro, sea »con los cuerpos del ejército español, sea con los destacamen»tos; es necesario, es preciso que ni por una ni por otra parte »se queme un solo cartucho; dejad á Solano ir más allá de Ba»dajoz, contentaos con observarle; indicad las marchas de mi »ejército para tenerle siempre distante muchas leguas de los »cuerpos españoles. Si llegara á encenderse la guerra, todo se »habria perdido: las negociaciones y la política son las que de»ben decidir de los destinos de España. Os encargo que eviteis »entre tanto cualquiera especie de explicacion con Solano y »con los demás generales y autoridades españolas.»

Esto escribia Napoleon cuando nuestros ejércitos combatian por él en el extranjero y España contaba sólo para defender su independencia con unos cuantos batallones, que nada suponian ante las fuerzas francesas, las cuales empezaron por apoderarse de nuestras plazas fuertes.

Luego Napoleon se referia al pueblo, á aquella sociedad que improvisó ejércitos; y, con voluntarios y soldados visoños,

mal vestidos y peor armados, venció en Bailén y otros puntos á los primeros mariscales del imperio francés, á aquellos ejércitos de allende que entraban cubiertos de gloria, que acababan de asombrar al mundo en Italia y otros países con su valor y prestigio; á aquellos invencibles ejércitos que en España sucumbieron, besando la planta, no de soldados visoños, ménos aún, de improvisados guerreros que empezaron á combatir de dia y de noche, durmiendo poco, comiendo ménos y demostrando por centésima vez al mundo lo indomable del carácter, constancia y abnegacion de los españoles. A esos se refirió Napoleon en su carta, pues conocia la historia y vió en los hijos dignos herederos de los vencedores de San Quintin y de Pavía. Si alguna vez se equivocó, debe culparse á su estrella, que llegó á su apogeo, debiendo apagarse, como las de todos los héroes; pero es un hecho innegable que no nos desconocia, segun queda demostrado con sus propias frases.

Tampoco es cierto que pensase desde el primer momento en hacerse dueño de España por derecho de conquista; la ambicion le inspiraba esa idea, pero su genio le demostró la imposibilidad de vencer y dominar un pueblo cuya historia indudablemente le imponia. Así es que primero intentó apoderarse simplemente de Portugal, con objeto de dar este reino á algunos parientes de Cárlos IV que reinaban en Italia y extender él sus dominios en los pueblos que aquellos dejaban vacantes; luégo quiso darnos Portugal á cambio de las provincias que separan el Ebro de los Pirineos. Y engañado, al fin, por Murat, que nos desconoció por completo, contra su voluntad é impelido por los acontecimientos, por su ambicion y por los equivocados consejos y descripciones del titulado gran duque de Berg, llevó adelante una conquista imposible, como creia en un principio y le demostraron luégo los acontecimientos.

Pero no adelantemos el discurso: convicto y confeso el entónces príncipe de Asturias, abortó la conjuracion, segun dijimos, y Fernando, que merecia la muerte por siete artículos de la ley, fué perdonado, gracias á la intercesion de Godoy y

á que su madre ocultó los principales documentos que provaban su horrible delito.

Débil Fernando, sin corazon ni agradecimiento, vendió á todos aquellos á quienes habia comprometido, y éstos fueron las únicas víctimas del tan ruidoso proceso del Escorial.

Pero no vayan á creer nuestros lectores que el príncipe se enmendó: no obstante confesar su grave delito y pedir perdon á sus padres en dos autógrafos que tenemos á la vista; á pesar de la gran publicidad que se dió á dichos documentos, Fernando empezó á conspirar de nuevo, valiéndose al efecto de los mismos á quienes habia perdido, presos unos y desterrados otros. Dirán á esto nuestros lectores que tan inícuos y malos eran los unos como el otro; y es verdad, pero así obra la mayoría de nuestros hombres políticos, en alas de desmedida ambicion, mejor dicho, en brazos de pasiones bastardas; fijan su vista en la cumbre del poder, y, ciegos ante todo lo demás, vuelan, atropellando cuanto hallan á su paso. La buena fe, el patriotismo y el deseo del bien general son reemplazados por ellos con el egoismo, la hipocresía y la falacia. A nádie se le puede aplicar con más propiedad el dicho aquel de *todos los medios son buenos cuando conducen al fin.* Estudiad todos los actos de su vida; sus discursos y las sublevaciones en que tomaron parte, y vereis un cúmulo inmenso de contradicciones, apostasías y engaños. ¡Ah, mísero pueblo, tú corres tras ellos en defensa de una idea, sin comprender por lo general lo que son, lo que válen, lo que quieren, ni el tristísimo papel de víctima que á menudo te conceden! Fíjate bien en lo mal que empleastes tu entusiasmo desde 1808 hasta la vuelta de Fernando, llamado por ti el *Deseado*, y aprende en tu *ayer* lo que debes hacer en tu *hoy* y *mañana.*

Reanudemos el hilo de nuestra interrumpida historia.

El príncipe Fernando fué poco á poco sacando de sus prisiones y levantando el destierro á todos los que se habian comprometido por él. Y no vayan á creer nuestros lectores que lo hizo por caridad ni por interés hácia ellos: el régio mozo hubiera sido muy capaz de verlos ahorcar á todos con la son-

risa en los labios y el desden y la indiferencia en los ojos: recordad las palabras de la madre, que le conocia bien: «Mi hijo,»—decia,—«no tiene corazon ni cariño á nádie; es incapaz del bien, y su indiferentismo asombra.» Trajo Fernando á sus parciales porque necesitaba de ellos para seguir conspirando, como lo verificó, si bien redoblaba ahora su hipocresía, encerrando entre las sombras de la noche y la inviolabilidad del juramento la horrible trama que abortó en el Escorial, para renacer más potente y asoladora que nunca.

¿Sabeis quiénes le ayudaban poderosamente? Pues os lo vamos á decir: el entusiasmo, el amor que empezaban á demostrarle las clases más pobres de la sociedad, ostigadas por la voz que se alzaba en el púlpito y el sordo murmullo del confesonario; amor y entusiasmo que acabaron de debilitar al impotente Cárlos IV, que asustaron á María Luisa y que impusieron á Godoy; amor y entusiasmo que hubieran sido un padron de ignominia si aquel pueblo gigante no hubiera á continuacion pisoteado con su robusta planta el poderoso é invencible estandarte francés.

Fernando mandó emisarios á las provincias y no cesó de añadir combustible al volcan, hasta lograr que estallase y reventara á su placer.

El pueblo se alzó en Aranjuez y luégo en Madrid; su odio á Godoy dió por resultado incendios, atropellos y desmanes sin cuento, viéndose obligado el monarca á abdicar en su hijo, sin perjuicio de protestar á los pocos dias contra tal abdicacion.

Los padres nunca acaban de conocer á sus hijos, y el pobre Cárlos IV sufrió las consecuencias de su torpeza é ineptitud. Temiendo más al nuevo rey Fernando VII que á su verdadero enemigo Napoleon I, pidió auxilios á éste, y los franceses salvaron la vida de Godoy, llevándoselo á Francia, á donde no tardaron en seguirle su hija, Carlos IV y María Luisa. Los monarcas destronados no se creyeron tranquilos hasta que por fin respiraron las brisas de la parte allá de los Pirineos. Napoleon los recibió con los brazos abiertos, y cree-

mos que tan tierna solicitud en la forma, tenía algo en el fondo de ese interés con que el oso abraza á su víctima.

El pueblo de Madrid, expresion genuina de todo el de España, aplaudió con loco frenesí la abdicacion de Cárlos y la elevacion al sólio de su Fernando el *Deseado*. Repetimos lo dicho anteriormente: jamás rey alguno de la tierra fué saludado al pisar las gradas del trono con más delirante amor que Fernando VII. Por esa causa miró el pueblo con la mayor indiferencia la protesta del padre contra la usurpacion del hijo. Pero los franceses estaban en Madrid, sus ejércitos se habian apoderado de nuestras principales plazas fuertes, Napoleon se negaba á reconocer á Fernando VII, tenía en Bayona á Cárlos IV, y no le era difícil quitar la corona al hijo y volver á ceñir con ella las sienes del padre. Su inmenso poder en Europa lo abonaba, y los ejércitos que tenía nuestro país lo hacian árbitro en la demanda del padre contra el hijo.

Fernando VII, sus consejeros y amigos pusieron al lado opuesto de la balanza el poder de Napoleon, y les asustó su peso. Entónces el nuevo rey intentó ganar la voluntad del coloso de Francia; le pidió una princesa imperial para esposa, y en varias de sus cartas lo colmó de elogios, adulándole como un cortesano pudiera hacerlo con su señor.

El hábil Bonaparte se *dejó querer*, y sin comprometerse á nada puso en juego toda su habilidad y discrecion para atraer á Fernando á Bayona, pretextando que se entendieran el padre y el hijo, que arreglaran la cuestion en familia y que él respetaria el acuerdo que adoptasen.

Hubo quien aconsejó á Fernando que no fuese; él mismo temia aquella marcha; é irresoluto siempre y nunca valiente, se decidió á partir por inspiracion de unos y contra la opinion de otros.

Desde el camino quiso volverse atrás más de una vez; pero falto de talento y decision, acabó por seguir adelante y entró en Bayona, donde tambien le abrió sus brazos el *oso*.

Poco despues tuvo efecto la reunion y conferencia de la familia real de España ante Napoleon. Renunciamos á des-

cribir la terrible escena del padre y la madre contra el hijo; estaban en país extranjero, les oian sus enemigos, y el cuadro fué horrible para visto por extraños. Todo el odio y rencor que Fernando inspiró á sus padres con su pérfida conducta apareció allí entre denuestos, insultos y amenazas. Corramos un velo ante acontecimiento tan degradante.

Dieron por resultado aquellas escenas el que Fernando devolviera á su padre la corona de España, y el que Cárlos IV, temeroso áun de las iras del pueblo español, no la aceptara, cometiendo la horrible, la incalificable accion de cedérsela á Napoleon I.

Suponemos que tanta locura é insensatez parecerán imposibles á nuestros lectores; pero así fué, por desgracia, y en prueba de ello insertamos á continuacion el documento justificativo.

Hélo aquí:

«S. M. el rey Cárlos, que no ha tenido en toda su vida »otra mira que la felicidad de sus vasallos; constante en la idea »de que todos los actos de un soberano deben únicamente diri»girse á este fin; no pudiendo las circunstancias actuales ser »sino un manantial de disensiones, tanto más funestas, cuanto »las desavenencias han dividido su propia familia, ha resuelto »ceder, como cede por el presente, todos sus derechos al trono »de las Españas y de las Indias á S. M. el emperador Napo»leon, como el único que, en el estado á que han llegado las »cosas, puede restablecer el órden; entendiéndose que dicha »cesion sólo ha de tener efecto para hacer gozar á sus vasallos »de las condiciones siguientes: Primera: La integridad del Rei»no será mantenida: el príncipe que el Emperador juzgue deber »colocar en el trono de España será independiente, y los límites »de la España no sufrirán alteracion alguna. Segunda: La re»ligion católica, apostólica, romana, será la única en España. »No se tolerará en su territorio religion alguna reformada, y »mucho ménos infiel, segun el uso establecido actualmente.»

El contenido de este documento no necesita comentario alguno; él por sí sólo dice más que cuanto pudiéramos inven-

tar nosotros contra una familia que no nos es dable calificar, por falta de una frase lo suficientemente dura.

Pero hay otra cosa peor: aquí la verdadera víctima es Fernando, y lo natural era que al ver la horrible cesion de su padre, montase en cólera y clamara por los derechos que le correspondian como heredero del trono y como ídolo además de la nacion española. Pues no ocurrió eso: alegre y muy satisfecho, redactó la siguiente renuncia, que llenará de asombro á cuantos no la conozcan.

Dice de esta manera:

«S. A. R. el príncipe de Asturias se adhiere á la cesion hecha por el rey Cárlos de sus derechos al trono de España y de las Indias, en favor de S. M. el Emperador de los franceses, etc.; y renuncia en cuanto sea menester á los derechos que tiene como príncipe de Asturias á dicha corona.»

Desde este momento Fernando se dedicó con incansable celo á adular á Napoleon, rogándole humilde y respetuosamente que se dignara concederle una esposa, pues no anhelaba, segun decia, otra felicidad que la de emparentar con él. ¡Qué valor de hombre, qué energía, qué carácter! Nosotros no conocemos nada más pequeño, ruin y miserable que ese tipo. Podia Napoleon encerrarlo en una mazmora ó mandarlo fusilar, y ante la idea de padecer ó morir, dió al traste con su dignidad de hombre y de rey; pisoteó su honra, y el que eso hacía con lo propio, ¿qué no haria con lo extraño? ¡Pobre nacion la que entrega su honor, fama, poderío y bienestar á un hombre como ese, al mayor conjunto de miserias humanas que ha existido!

Recordamos esto para añadir que el pueblo le llamaba el *Deseado*, que lo aplaudia frenéticamente y que se dejaba engañar, en fin, como inocente cordero que no sabe ni piensa, pero que ejecuta. A cada uno lo suyo.

Napoleon I, rey de España por cesion del padre y del hijo, y tentado á *comerse la breva*, mandó á Fernando al castillo de Valençey, se trajo luégo á los infantes Don Cárlos y Don Antonio y hasta á Don Francisco, niño entónces de corta edad.

De este modo barrió el trono español para poder sentarse en él sin obstáculo alguno por parte de la familia real castellana, toda vez que no dejó uno de sus indivíduos fuera de Francia; pero él no contaba con el pueblo, y hubo de equivocarse algo en sus cálculos. España vió con profundo dolor la marcha de Fernando y su estancia en Bayona. Los frailes, parte del clero y muchos otros políticos desfiguraron los acontecimientos, y Fernando quedó bien en el ánimo de las masas, no obstante la podredumbre de que se cubriera. La instigacion continuó, el pueblo cerraba los ojos para abrir el corazon á su rey, los oidos á los frailes y restantes compañeros, y ya no eran cien suspiros por minuto los que se exhalaban y dirigian al aprisionado en Bayona, sino un millon.

Toleraron la marcha del rey, la de Don Antonio y la de Don Cárlos; pero al ver salir al niño Francisco, último vástago de la familia real, la ira y encono, comprimidos en los pechos españoles, estallaron de pronto y dió por resultado el tan célebre Dos de Mayo de 1808, cuyo aniversario continúa celebrándose en Madrid.

Poco diremos sobre este terrible acontecimiento, pues no creemos que haya un sólo buen español que lo ignore. El valeroso pueblo de Madrid, cási indefenso y sin prévio acuerdo, cayó sobre los franceses como rayo asolador.

El bárbaro de Murat habia previsto el caso, y en vez de contener á las masas y defenderse de ellas, asesinó bárbara y cruelmente al pueblo de Madrid. ¡Loor eterno á los héroes de esa tristísima jornada; baldon é ignominia á los verdugos! A cada uno lo suyo. Antes que todo somos españoles, y arde nuestra sangre al recordar la manera inícua y alevosa con que Murat cargaba sin ver el estado del pueblo español, las múltiples infamias de que venía siendo víctima y lo desprovisto que se hallaba de todo lo necesario para el ataque y defensa.

Aquel grito, de coraje en los primeros momentos, de ira y despecho despues, fué la voz de guerra á los franceses que lanzó Madrid y repitieron las provincias sin excepcion alguna. Temblaron los *gabachos*, los afrancesados se escondieron, y la guer-

ra, la matanza y el esterminio campearon en España como en su suelo más predilecto. El español que tuvo armas las blandió, y á falta de aquellas salieron del hogar el azadon, el pico, la estaca y hasta la navaja. Y un pueblo que no tenía soldados presentó en muy pocos dias cien mil guerreros, y el resto de los españoles de auxiliares, que mataban á los franceses frente á frente y como se podia. Cada provincia eligió una Junta, y pronto obtuvieron hombres, armas y dinero.

El patriotismo de los españoles se igualó á su irresistible empuje, á su indomable valor.

Lástima que fuera ligado el santo nombre de independencia al del preso en el castillo de Valençey, el perjuro, el satélite y adulador de Napoleon I, enemigo el más formidable de España.

La lucha empezó activa y vigorosa por una y otra parte; bastóle á Napoleon un mes para reconocer su error y el engaño de Murat; pero ya no podia retroceder, y, comprendiendo la imposibilidad de reinar personalmente en España, proclamó en Junio del mismo año, ó sea un mes y dias despues del Dos de Mayo, á su hermano José, que reinaba en Nápoles y se habia distinguido por su templanza y moderacion. Hé aquí la declaracion en favor de su hermano.

«Napoleon, por la gracia de Dios, etc. A todos los que vie»ren la presente, salud. La Junta de Estado, el Consejo de »Castilla, la Villa de Madrid, etc., etc., habiéndonos por sus »exposiciones hecho entender que el bien de la España exigia »que se pusiese prontamente un término al interregno, hemos »resuelto proclamar, como Nos, proclamamos por la presen»te, rey de España y de las Indias á nuestro muy amado her»mano José Napoleon, actualmente rey de Nápoles y de Sicilia.

»Garantimos al rey de las Españas la independencia é in»tegridad de sus Estados, así los de Europa como los de Africa, »Asia y América. Y encargamos, etc.»

José I vino y quiso gobernar con Córtes y Constitucion; dispuso grandes reformas, y en honor á la verdad, se captó la voluntad de muchos ilustres españoles, porque era infinita-

mente ménos malo que Fernando y mucho más capaz en aptitud y deseo para hacer la felicidad de un pueblo.

Pero los españoles en general habian declarado guerra á muerte á los franceses, recibieron su bautismo de sangre, y no podian aceptar ya ni áun los beneficios del santo rey David, si éste viniera reencarnado en algo francés.

A José Napoleon se le llamó *Botella*, suponiéndole bebedor, cuando jamás probaba el vino; llovieron los epigramas sobre él, los frailecitos volvian el Cristo que tenían en la mano, como para que no oyese los insultos é improperios que dirigian al supuesto borracho, y el pueblo continuó matando franceses, ora los hallase en número triple en el campo de batalla, ora se le presentaran más indefensos y en peor estado que los valientes madrileños en 2 de Mayo de 1808.

La guerra se encendió en todas partes donde habia secuaces de *Botella;* les ganamos muchas batallas, sus *invencibles* capitanes vinieron aquí á probar que lo de invencibles era un mote, no obstante lo cual, tambien perdimos algunos combates, y si no los echamos pronto de España nos dejan hasta sin camisa; que en eso de ser aficionados á lo ajeno, cualquiera de ellos pudo dar al *Barbudo* noventa y nueve para ciento con la seguridad de ganarle.

Miéntras los españoles barrian, del modo que dejamos expuesto, la *polilla* francesa, su amado rey Fernando VII continuaba adulando á Napoleon, le daba la enhorabuena cuando sabía que triunfaba de los españoles, y proseguia pidiéndole muy rendida y humildemente la mano de una parienta suya, áun cuando fuera en quinto grado. Paseaba á caballo en Valençey, asistia á reuniones y conciertos, galanteaba á las francesas de diferentes modos, y se divertia cuanto le era posible, no obstante saber lo que su pueblo hacía.

Es tan inverosímil todo esto, que nos vemos obligados á insertar una carta dirigida por Fernando á Napoleon I.

Allá va, y juzguen nuestros lectores:

«Señor: He recibido con sumo gusto la carta de Vuestra »Majestad Imperial y Real de 15 del corriente, y le doy gra-

»cias por las expresiones afectuosas con que me honra, y con »las cuales yo he contado siempre. Las repito á V. M. I. y R. »por su bondad en favor de la solicitud del duque de San »Cárlos y de Don Pedro Macanáz, que tuve el honor de reco-»mendar. Doy muy sinceramente en mi nombre y de mi her-»mano y tio á V. M. I. y R. la enhorabuena por la satisfac-»cion de ver instalado á su querido hermano el rey José en el »trono de España. Habiendo sido siempre objeto de todos »nuestros deseos la felicidad de la generosa nacion que ha-»bita en tan dilatado terreno, no podemos ver á la cabeza »de ella un monarca más digno ni más propio por sus virtudes »para asegurársela, ni dejar de participar al mismo tiempo el »grande consuelo que nos da esta circunstancia. Deseamos el »honor de profesar amistad con S. M., y este afecto nos ha »dictado la carta adjunta que me atrevo á incluir, rogando »á V. M. I. y R. que despues de leida se digne presentarla »á S. M. C. Una mediacion tan respetable nos asegura que será »recibida con la cordialidad que deseamos. Señor, perdonad »una libertad que nos tomamos por la confianza sin límites »que V. M. I. y R. nos ha inspirado, y asegurado de nuestro »efecto y respeto, permitid que yo renueve los más sinceros é »invariables sentimientos, con los cuales tengo el honor de »ser, señor, de V. M. I. y R. su más humilde y muy obedien-»te servidor.=FERNANDO.=Valençey 22 de Junio de 1808.»

Varios españoles habian propuesto á Fernando una evasion, que el *intrépido* rey desechó, sin duda alguna por temor de que se desbordaran su *valor*, *energía* y *pujanza*. Pero lo que más hubo de excitar la hilaridad de los franceses fué su conducta con el baron Colly, el cual, exponiendo su vida, fué desde Lóndres á Valençey con cartas del rey de Inglaterra, proponiendo á Fernando una fuga que el baron se proponia realizar sin grave peligro.

A las primeras frases que oyó Fernando en lo relativo al pensamiento de Colly comenzó á gritar, pidiendo auxilio contra el *malvado* que exponia su propia vida en pro de la libertad del preso y con el sólo objeto de que el *animoso* monarca

viniera á España, y, al frente de sus ejércitos, demostrase al mundo que era español. Pero algunos reyes no tienen patria, y Fernando debia ser de esos.

Mas oigamos lo que dice sobre el particular el *Monitor* de 26 de Abril de 1810, en lo relativo al interrogatorio que hizo el Ministro de Policía de Francia al baron Colly, preso en Vincennes, pues merece, en nuestro concepto, leerse:

—«¿Cuál es,—pregunta el ministro al reo,—vuestro nombre, apellido, edad, patria, profesion y domicilio?

—Cárlos Leopoldo, baron de Colly, de edad de treinta y dos años, nacido en Irlanda, ministro de S. M. el rey Jorge III al príncipe de Astúrias Fernando VII.

—¿A quién os dirigísteis en Lóndres para proponer y hacer admitir el proyecto que os ha traido á Francia?

—A S. A. R. el duque de Kent, quien lo puso en noticia del rey su padre. Todo lo demás fué dirigido por el marqués de Wellesley.

—¿Qué medios se pusieron á vuestra disposicion para ejecutar la empresa?

—Se me dió: Primero: una carta credencial para quitar duda respecto de mi persona y mi mision al príncipe Fernando. Segundo: dos cartas del rey de Inglaterra al príncipe, que se han hallado entre mis papeles. Tercero: pasaportes fingidos, itinerarios; órdenes de los Ministros de Marina y Guerra, estampillas, sellos, firmas de los oficiales del departamento de la Secretaría de Estado, encontrado todo ello al tiempo de prenderme; lo cual llevaba conmigo para convencer al príncipe de los medios que estaban á mi disposicion. Cuarto: por lo que hace á los fondos necesarios para la empresa, tenía como doscientos mil francos, y por lo que pudiera ofrecerse, una letra abierta sobre la casa de Maensoff y Clanoy, de Lóndres: finalmente, los navíos que fuesen necesarios, á saber: el *Incomparable*, de setenta y cuatro cañones; la *Dedaignense*, de cincuenta; la galeota *Picante*, y un bergantin. Esta escuadra, con provisiones para cinco meses, espera mi vuelta sobre la costa de Quiberon.

»Habilitado de esta manera, despues de haberme despedido del rey y de su Ministro en 24 de Enero, salí de Lóndres el 26 para Plymouth con el comodoro Dockburn, á quien se habia confiado el mando de la escuadra. Mr. Alberto de St. Bonnell, á quien habia comunicado mi plan, se quedó en Lóndres para recoger los pasaportes, itinerarios, estampillas, sellos, etc., que se le habian mandado entregar. La salida de Mr. de St. Bonnell se retardó por indisposicion del marqués Wellesley; no se reunió hasta fines de Febrero, y nos hicimos á la vela algunos dias despues. Yo desembarqué en Quiberon el 9 de Marzo en la noche.

—¿Qué precauciones tomásteis al saltar en tierra para ocultar los documentos concernientes al objeto de vuestro viaje?

—Metí en mi baston la credencial de que he hablado; las dos cartas de S. M. el rey de Inglaterra venian ocultas en el forro de mi casaca; parte de los diamantes estaban cosidos en el cuello de mi sobretodo y en la pretina de mis calzones. Mr. de St. Bonnell trajo lo demás oculto del mismo modo, y tambien en su corbata.

—¿Teniais alguna comunicacion establecida en Valençey ántes de vuestra salida de Inglaterra para Francia?

—Ninguna.

—¿A dónde os dirigísteis despues de desembarcar?

—A París. Caminé con el auxilio de uno de los itinerarios que me habian dado en Inglaterra, el cual llené yo mismo.

—¿Estuvísteis mucho tiempo en París?

—Me detuve en vender los diamantes que me dió el marqués de Wellesley, y compré un caballo y un calesin á Mr. de Convert, que vive en el Hôtel d'Inglaterre, en la calle de Filles de St. Thomas. Mr. de St. Bonnell compró dos caballos á personas de cuyos nombres no me acuerdo: debia comprar uno de Franconia y otro de la princesa de Carignan, despues que yo salí para Valençey.

—¿Cómo lográsteis entrada en el castillo de Valençey?

—Con pretexto de vender algunas cosas curiosas. Esperaba lograr ocasion de este modo de entregar al príncipe las cartas que se me habian confiado, manifestarle mi plan y obtener su consentimiento. Sólo pude hablar con el infante Don Antonio. El príncipe Fernando rehusó verme y oirme. En verdad que por el modo extraordinario con que se recibieron mis proposiciones, tengo razon para creer que dió parte al gobernador del castillo y, en consecuencia de esto, fuí preso.

—¿Qué medios teniais preparados para conducir al príncipe Fernando á la costa, en caso que consintiera en ello?

—El objeto de mi primer viaje á Valençey era imponer al príncipe en mi plan, y si lo admitia, determinar con él cuándo habia de volver á sacarlo. Despues de esto debia de ir á la costa, á avisar al comandante de mi escuadra del dia convenido. De allí hubiera vuelto á París á disponer los hombres y caballos necesarios para los apostaderos en el camino. En la noche del dia señalado el príncipe debia escapar de su cuarto, y, con el auxilio de los tiros apostados, hubiera estado muy léjos de Valençey ántes de que pudieran echarle de ménos.

—¿Adónde pensábais llevar al príncipe despues de estar á bordo?

—La intencion del marqués de Wellesley era que fuese á España. El duque de Kent estaba porque se llevara á Gibraltar. Pero este plan me disgustaba, porque en verdad, era mandarlo preso. Yo pensaba proponerle que eligiese y llevarlo á donde fuera su gusto, porque sabía yo que el capitan Cockbum tenía órden de seguir las mias.

—¿Qué personas pensábais emplear?

—Mr. de St. Bonnell era el único que sabía mis designios. No quise buscar á nádie para que me ayudara en la ejecucion hasta saber la determinacion del príncipe. Siempre hubiera empleado á muy pocos.

—¿Conoceis las cercanías de Valençey y el país que teniais que atravesar?

—Nada absolutamente. Pero compré algunos excelentes

mapas cuando llegué á París, los cuales me hubieran dirigido sin dificultad.

—¿Qué os movió á formar este proyecto?

—El parecerme muy honroso.

—¿Conoceis este paquete?

—Lo conozco: contiene los documentos, estampillas, sellos y demás cosas que he dicho, y que se me hallaron al tiempo de prenderme.=Firmado.=Colly.»

Tampoco esto es susceptible de comentarios.

Dejemos á Fernando en Valençey que se divierta, adule y galantee, y volvámonos á España.

CAPITULO XXIV.

Entrada en Murcia de los franceses.—Sucesos y rapiñas.—Batalla en las calles.—D. Martin de la Carrera.—La Constitucion del año 12.

NAPOLEON I continuaba mandando ejércitos, los cuales desaparecian como por encanto. Miéntras Fernando VII se entretenia en lo que acabamos de decir, el pueblo español mataba franceses en cantidad fabulosa. Ya teniamos ejércitos que perdian y ganaban batallas en lucha contra los primeros mariscales del Imperio; contábamos además con multitud de guerrilleros que, de sorpresa en sorpresa, iban aniquilando las huestes imperiales, y habia *honrados vecinos* en las capitales, cabezas de partido, pueblos y aldeas, que armados y aisladamente tambien saludaban á los de Francia siempre que hallaban ocasion y oportunidad. Es decir, que España entera se habia convertido en un campamento, en el cual perecian diariamente muchos, muchísimos franceses y bastantes españoles, pues el enemigo no era cobarde, sobrábale práctica en el arte de la guerra, y á nuestro ardimiento, constancia y valor contestaba con ferocidad pasmosa. No respetaba la indefensa doncella, lo sagrado del templo de Dios, el inocente niño, ni nada, en fin, en aquella lucha sangrienta y tenaz.

Murcia, ese bellísimo rincon de España, tambien fué presa del poderoso enemigo. A los cuatro años de guerra se pre-

sentó el general Soult, juzgando, con razon, que aquellas hermosas vegas y poéticas poblaciones presentarian ancho campo á su devastadora sed de rapiña.

Oigamos lo que dice el conde de Toreno en su *Historia de la Revolucion de España*, sobre la aproximacion y estancia de los franceses en la capital de Murcia.

«Llegaron las postreras huestes imperiales á la vista de »la ciudad de Murcia el 25 de Enero de 1812, y el 26 entró »en ella con seiscientos caballos el general Soult, hermano del »mariscal. La víspera le habia precedido un destacamento, y »unos y otros impusieron al vecindario muy pesadas contribu»ciones, imposibles de realizar. A estos gravámenes quiso el »general francés añadir otro nuevo con sus festines, y mandó »se le preparase para aquel dia en el palacio episcopal, donde »se albergaba, un espléndido y regalado banquete. Gustaba ya »deliciosos manjares, cuando vino á interrumpirle en su ocu»pacion sensual una voz que decia: «Las tropas españolas han »entrado; los enemigos son perdidos.»

»En efecto, D. Martin de la Carrera, que se apostaba no »léjos con gran parte de la caballería del segundo y tercer ejér»cito, despues de reunir un trozo de ella en Espinardo, á me»dia legua de la ciudad, acababa de penetrar por la puerta de »Castilla á la cabeza de cien jinetes. Tenían otros la órden de »acometer al mismo tiempo por los demás puntos. Era el in»tento de Carrera sorprender á los enemigos, que á la verdad »no le aguardaban, cogerlos ó aventarlos, y libertar á la ciu»dad de huéspedes en tal manera molestos.

»Sobresaltado el general Soult, levantóse de la mesa, y »con la precipitacion tropezó y bajó la escalera cási rodando. »Aunque mal parado, montó, sin embargo, á caballo; le si»guieron todos los suyos. No así, por desgracia, á Carrera los »de su bando, quienes, excepto los que él mismo capitaneaba, »ó no entraron en la ciudad, ó retrocedieron luégo por equivo»cacion ó desmayo. Tuvo de consiguiente el D. Martin que ha»cer cara sólo con sus cien hombres á las fuerzas del enemigo »tan superiores. No por eso se abatió, y ántes de ser estrecha-



C. Mugica, dib.º y lit.º   Lit. de J. Donon. Madrid.

—Viva la independencia!
—Viva España!

»do paseó calles y plazas acuchillando y matando á cuantos »contrarios topaba. Duró tiempo la lid. Costó el terminarla »sangre al francés; mas á lo último, cogidos, muertos ó destrui- »dos los soldados de Carrera, quedó éste solo y rodeado por seis »de los enemigos en la Plaza Nueva. Defendióse gran trecho, »mató á dos, y si bien herido de un pistoletazo y de varios sa- »blazos, sostúvose aún, no quiso rendirse, y peleó hasta que, »exánime y desangrado, cayó tendido en la calle de San Nico- »lás, donde espiró. Ejemplo de hombres valerosos era Carrera; »mozo y membrudo, de estatura elevada, noble en el rostro, »de arrogante y gentil apostura.

»Antes de finalizarse el combate ya habian los enemigos »entregado á saco la ciudad de Murcia. Robáronlo todo y co- »metieron los mayores excesos, particularmente en el barrio »del Cármen. Despojaban en la calle á las mismas mujeres de »sus propias vestiduras, y no perdonaron ni áun el ochavo que »en el mugriento bolso escondia el mendigo. Cargados de botin, »y temerosos de que tornasen los nuestros, se retiraron por la »noche, y en Alcantarilla y en cási todo el camino, hasta Lorca, »repitieron iguales ó mayores demasías.

»Lacerados de dolor, tributaron los murcianos al dia si- »guiente honores fúnebres al cadáver del inmortal D. Martin »de la Carrera, y le sepultaron con la pompa que les permitia »su triste azar. Un mes despues celebró tambien, en memoria »del difunto, solemnes exequias el general en jefe D. José »O'Donnell, y dióse el nombre de la Carrera á la calle de San »Nicolás, en la cual terminó aquel caudillo sus dias, peleando »como bueno. La Junta provincial determinó igualmente eri- »girle un cenotafio en el sitio mismo de su fallecimiento.»

A lo que dice el conde de Toreno, que es bien poco, debemos añadir nosotros que la lucha en las calles de Murcia se extendió bastante, y á los gritos de

—¡Viva la independencia!

—¡Viva España!

Cayeron multitud de franceses muertos en las habitaciones donde estaban alojados ó en las que entraron en busca de oro,

alhajas y mujeres. Bastante se llevaron; mas, como en el resto de España, tambien allí murieron muchos á manos de los paisanos.

Jaime Alfonso se habia retirado al interior de las sierras, y áun cuando hubiera querido tomar parte en los acontecimientos que tan cerca tuvo, le fué imposible por la rapidez con que los de allende abandonaron aquella comarca en busca de más botin.

Al dar la noticia á nuestro bandolero de lo que concluian de hacer los franceses, exclamó:

—Ya sabía yo que los *gabachos* eran peor que nosotros, y eso que me contais sucede en cási todas las guerras.

Algunos le preguntaron:

—¿Vamos contra ellos, Alfonso?

—Se fueron ya,—contestó el *Barbudo*,—pero áun cuando se quedaran no podemos nosotros con tanto francés. Permaneceremos quietos aquí, que á nada conduce matar treinta ó cuarenta enemigos más, y sería muy expuesto para nosotros, que no contamos con el apoyo de los españoles. Si ellos vinieran, entónces los recibiriamos dignamente.

Y permanecieron entre La Pila y el Carche, sin intentar nada en mucho tiempo.

Continuaban los frailes, parte del clero y muchos políticos predicando la guerra, enardeciendo al pueblo y presentando al desterrado de Valençey como un prisionero infortunado y digno de otra suerte diferente. Ocultaban á la multitud los plácemes y adulaciones de Fernando á Napoleon, su vida tranquila y agradable, y la fatal conducta de aquel hombre funesto para con un pueblo que se estaba sacrificando por él. Así es que el entusiasmo de las masas no habia menguado; y se puede asegurar que eran muy pocos los que entre el pueblo de Madrid dejaban de pronunciar con admiracion y respeto el nombre de Fernando.

En la clase media y en una parte de la aristocracia no sucedia lo mismo. Todos los españoles, á excepcion de los afrancesados, que eran en corto número, estaban conformes en de-

fender la independencia de su patria miéntras quedase uno. Pero en lo relativo á Fernando VII no pensaban lo mismo: los más ilustrados del país conocian ya lo que era y valia el desterrado de Valençey, y aceptaban su nombre con disgusto y por no tener otro mejor con que reemplazarle entre los Borbones de España. Comprendiendo estos hombres que al volver Fernando á la madre patria querria esclavizar su pueblo, pensaron escribir una Constitucion y varias otras leyes, para formar con ellas un círculo de hierro donde, encerrado el monarca, no pudiera atacar ni destruir la inmunidad, fueros y libertades consignadas en la Constitucion, y á todo lo cual juzgaban acreedor á un pueblo tan denodado, valiente y generoso.

De este modo empezó á formarse en España el gran partido liberal. Fueron sus principales maestros Aranda, Jovellanos, Campomanes, Muñoz Torrero, Quintana y muchos otros insignes varones, tan ilustrados y entendidos como dispuestos á sacrificarse primero por la independencia de su país y seguidamente por la regeneracion de España. Filósofos todos ellos, eminentes oradores, magníficos publicistas y ardientes partidarios de las nuevas ideas que proclamaban, se lanzaron á la palestra, fija la mirada en el porvenir y el desden en el presente. Sabian que trabajaban para nosotros, sus hijos, y no amenguó en nada su ardimiento al comprender que las nuevas ideas sólo habia de producirles á ellos destierros y persecuciones.

Encontraron en la primera fila de sus poderosos enemigos, á la regencia del reino, que, inspirada por Fernando VII desde Valençey y por sus propias creencias, formaba un núcleo temible con todos los frailes y la mayor parte del pueblo. En segundo término aparecia una falange de políticos de quinto y sexto órden, los cuales suplian su falta de talento y lógica con el inmenso número que presentaban. Y en la tercera fila se agrupaba cási todo el pueblo español, educado por los frailes, el clero y los políticos que acabamos de citar.

Contra aquellas tres compactas filas de enemigos que com

ponian cási el todo de la nacion, comenzaron los héroes de Cádiz á luchar sin tregua ni descanso. Admiran la abnegacion, fe y sublime constancia de tan excelsos varones; entre epidemias, hambre y franceses, dieron principio á su propaganda, moviéndose con trabajo en el pequeño espacio gaditano. Durante el dia se les contemplaba al pié del muro defendiendo junto á los cañones la independencia de su patria, y por la noche, cansados de la fatiga del dia, legislaban, hasta que, dominados por el cansancio y el sueño, reposaban unas cuantas horas para volver á emprender de nuevo su interminable y gloriosa tarea. A cien pasos de Cádiz tenian al enemigo francés; en el corazon del Congreso contemplaban á los fanáticos, contrarios de la gran idea reformadora.

Y aquel puñado de héroes vencia á los franceses y aniquiló la tremenda oposicion de la regencia, el clero, los políticos del retroceso y el pueblo.

Despues de una lucha obstinada y larga, hizo su Constitucion, y fué promulgada en los dias 18 y 19 de Marzo de 1812.

Convencidos, segun hemos dicho ántes, de que no trabajaban para ellos, previendo que al regresar Fernando sucumbirian, formaron un Código democrático, con el cual pensaban asombrar, segun han logrado, á las generaciones futuras.

En aquellos primeros dias de infancia para el partido liberal, proclamó el invicto Muñoz Torrero la soberanía nacional, idea que tardó cincuenta y seis años en realizarse; es decir, desde el año 12, en que los cóncavos de Cádiz repitieron los ecos de Muñoz, hasta el 18 de Setiembre de 1868, en que los mismos cóncavos de esa cuna de la Libertad repitieron el eco de unos cuantos marinos que aplaudió Alcolea y repitió toda España, derribando un trono y dándole al pueblo el cetro que desde la tumba le alargaban los héroes de la Constitucion proclamada en Cádiz.

Si á esta segunda y grandiosa etapa sigue otro cambio tan funesto como el del año 14, tan torpe como el de 43 y tan traidor como el de 56, habremos de exclamar con el autor de *Virginia:*

El pueblo que tolera sus cadenas,
las merece.

La nueva Constitucion varió por completo la faz de España; cambiadas las instituciones, la política y la administracion sufrieron una reforma radical; reforma que cortó cási todos los abusos é influyó notablemente en contra de Jaime Alfonso el *Barbudo*, objeto principal de nuestro libro.

Como ya indicamos anteriormente, al variar las autoridades se quedó Alfonso sin la mayor parte de sus más influyentes y poderosos cómplices y auxiliares; y esto le proporcionó que continuara su retraimiento, encerrado en el Carche y la Pila, que la mayor parte de sus contribuyentes no le pagasen el impuesto, que viera desaparecer hasta el último maravedí que tenian él y los restantes indivíduos de la partida, y hasta que llegase el caso de comer los veintiseis poco, malo y al fiado.

La Constitucion del año 12 fué el año del hambre para el *Barbudo* y sus secuaces, y es lo peor que se prolongó hasta treinta meses de escasez, penuria y sobresaltos.

Los nuevos alcaldes armaron escopeteros, y áun cuando no le perseguian en el monte, le impidieron entrar en los pueblos y andar por los caminos; los carreteros se envalentonaron, ofreciéndole pagar con plomo la onerosa contribucion; desaparecieron sus espías, y las ingratitudes á los beneficios que habia hecho se presentaron con exceso, cambiando por completo la situacion y bienestar de nuestros bandoleros.

Jaime habia aprendido ya lo suficiente para no intentar robos á lo Mogica, y contuvo á su gente, obligándola á imitar su resignacion ante el terrible cambio sufrido.

Ahora almorzaban unas sopas cuando las tenian; en la comida sólo empleaban arroz, bacalao, aceite y pan, cenaban patatas cocidas, bebian agua, y en muchas ocasiones suplian lo expuesto con frutas y hortalizas.

Gregoria ofreció á Jaime cuanto tenía, pero éste, léjos de abusar, aguardaba á que el hambre y la completa carencia de

todo le obligase á pedirle unas sopas para sus veinticinco compañeros, ó cien reales para vivir una semana.

Dejémoslos en tal estado para dar la última pincelada á la guerra de la independencia.

Vencidos los franceses en España y castigados luégo en Rusia, vió Napoleon I apagarse su estrella, y pensó con razon que continuando en lucha con los españoles se exponia mucho, y devolviendo el trono á Fernando, algo podia ganar. Esta idea le obligó á proponer á su prisionero de Valençey el siguiente convenio:

«Reconocer el Emperador de los franceses á Fernando y »á sus sucesores por reyes de España y de las Indias, segun el »derecho hereditario establecido de antiguo en la monarquía, »cuya integridad manteníase tal como estaba ántes de comen»zarse la actual guerra; con la obligacion, por parte del Empe»rador, de restituir las provincias y plazas que ocupasen aún »los franceses, y con la misma, por la de Fernando, respecto »del ejército británico, el cual debia evacuar el territorio espa»ñol al propio tiempo que sus contrarios. Segundo: Conservar »recíprocamente ambos soberanos (Napoleon y Fernando) la »independencia de los derechos marítimos, conforme se habia es»tipulado en el tratado de Utrecht, y continuándose hasta el »año de 1792. Tercero: Reintegrar á todos los españoles del »partido de José en el goce de sus derechos, honores y prero»gativas, no ménos que en la posesion de sus bienes, concedien»do un plazo de diez años á los que quisieran venderlos para »residir fuera de España. Cuarto: Obligarse Fernando á pagar »á sus augustos padres el rey Cárlos y la reina su esposa (quie»nes en busca de region más templada se habian trasladado de »su anterior residencia á Marsella, como despues á Roma) »treinta millones de reales al año, y ocho á la última en caso »de quedar viuda. Y quinto: Convenirse las partes contratan»tes en ajustar un tratado de comercio entre ambas naciones, »subsistiendo hasta que esto se verificase las relaciones comer»ciales en el mismo pié en que estaban ántes de la guerra »de 1792.»

Aceptado esto por ambas partes, regresó Fernando á España, y no tardaron en disolverse las Córtes Constituyentes, la Constitucion fué hasta escarnecida, y el pueblo, parte del ejército, los frailes, el clero y la mayoría de la nacion festejaron á su Fernando el *Deseado*, queriéndolo y pidiéndolo absoluto. Como si esto fuese poco, se restableció el *dulce* y *caritativo* Tribunal de la Inquisicion.

Así debia de suceder; ya vimos la cuna del liberalismo, contemplamos á sus padres que eran pocos, pero lo más florido de la nacion en talento, patriotismo y cordura, y era indudable que cederian ante el torrente de la opinion, tan general, unánime y abiertamente pronunciada. Fueron, pues, arrollados por el realismo, que bien pronto se enseñoreó de España con su deseado monarca á la cabeza.

Pero aquellos ilustres patricios dejaron la idea encarnada en los padres, éstos se la trasmitieron á sus hijos, y se hizo la revolucion del 20, despues la del 33, más adelante la del 40, siguió la del 54, hasta que en 29 de Setiembre de 1868 se hizo la verdadera, la radical, con la que soñaron Muñoz Torrero, Quintana y otros héroes del año 12.

Fernando VII entró en España, fué á Valencia y llegó, por último, á Madrid rodeado de aquella fatal camarilla presidida por el funesto Escoiquiz, que tan de su agrado era, pero que le habia comprometido con sus desacertados consejos en la corte, más tarde en Bayona y luégo en Valençey. Los hombres que la componian reemplazaban con la ambicion el talento de que carecian, y España, que debió ocupar un puesto elevado en los congresos de Europa y sacar el gran partido á que se hizo acreedora por su heroismo, fué la última á la caida del héroe, y hasta hizo un papel ridículo, cuando ninguna se podia presentar con tantos títulos como ella ante el concurso europeo.

Las camarillas jamás dieron resultado alguno beneficioso á los pueblos, habiendo servido por lo comun para envolverlos en la ruina y el desprestigio.

Fernando, como ha dicho un célebre escritor, aprendió en

la desgracia á ser más malo é ingrato de lo que era ántes de partir á Bayona.

Abandonemos ya el cuadro histórico que acabamos de bosquejar, para seguir la interrumpida historia de nuestro bandolero Jaime Alfonso, el *Barbudo*, al cual dejamos en el Carche y la Pila sufriendo con resignacion las consecuencias del aislamiento y de la carencia de recursos.

CAPITULO XXV.

Segunda campaña de Jaime Alfonso.—Vuelvo á reanudar el curso de su espionaje é interrumpidas relaciones.—Los nuevos tributos.—Alfonso se presenta ahora tan intransigente como resignado y humilde apareció en su mala época.

La admirable conducta que habia observado Jaime Alfonso con los pobres y jornaleros de la comarca que se propuso dominar y con todas aquellas familias que le toleraban y áun le favorecian, fué causa de que él y restantes indivíduos de su partida pudieran permanecer dos años entre el Carche y la Pila sufriendo escaseces, pero sin que nádie les molestara.

Era presentado el caso en que el *Barbudo* debia mucho dinero de préstamos voluntarios, estaba imposibilitado de pedir ya á nádie, y llegó el mal al extremo de haber vendido hasta los botones de plata de su marsellés y chaleco.

Su partida, no pudiendo soportar tanta miseria, le pidió con actitud amenazante salir á los caminos, y no debiendo resistir Alfonso á la necesidad con que aquellos clamaban, meditó algunos instantes, exclamando luégo:

—Teneis razon, amigos mios; ser bandoleros, exponer la vida como todos lo hemos hecho por vivir de lo ajeno y morirse de hambre, es cosa que con justicia enciende vuestra sangre y que no debo yo tolerar por más tiempo. Cierto que

os he tenido encerrados entre estos montes para salvar vuestras vidas, amenazadas dia y noche en el llano y los caminos por los escopeteros de las nuevas autoridades...

Uno de ellos le interrumpió, diciendo:

—¿Pa qué nos has enseñao el arte de la guerra? ¿Pa qué hemos tirao tanto al blanco en época en que gastábamos más en pólvora y plomo que en comer? ¿Pa qué? ¿Podemos ó no con los escopeteros?

—Manuel,—le contestó Jaime con gravedad,—áun cuando se hubieran juntado dos para cada uno de nosotros, podriamos con ellos, pero á costa de muchas víctimas de una y otra parte. Las autoridades están todas de su parte.

—Eso no importa; ¿valemos ó no?

—Valemos, Manuel; pero os enseñé tanto para que aprendiéseis á defenderos, no para atacar, que basta y sobra con las contribuciones impuestas y lo que robamos.

Varios le contestaron:

—Pero si nádie paga.

—Ninguno manda un cuarto.

—¿A quién robamos nosotros?

—¡Vaya una salida!

—¡Silencio! Os inspira el hambre, la necesidad ofusca vuestra razon, y contra esos males no hay lógica posible. Está bien, soy vuestro capitan, debo atender á la angustia que os aflige y lo haré; mas recordad que habeis jurado obedecerme en todo.

—Con tal que no nos des más sopas.

—Yo no he probado el vino hace seis meses.

—Ni la carne.

—Ayer hubo poco pan y era de maíz.

—Para hoy lo quisiera yo.

—Basta; ya lo sé todo eso. ¿He comido yo por ventura otra cosa? ¿Mi racion no fué siempre la más pequeña?

—Es verdad, pero queremos que no sufras tú ni nosotros nos muramos de hambre.

—Tu defecto es el ser demasiado bueno.

—Pues vamos, ya me he cansado, y, áun cuando lo siento, seré malo si no hay otro remedio.

—Eso es, hagamos algo.

—De ello trato, mas necesito dos dias; cuarenta y ocho horas para que la miseria en que estamos se trueque en abundancia.

—¡Bien por Jaime!

—¡Viva el capitan!

—Os lo ofrezco solemnemente, más es indispensable que hoy y mañana sigais como hasta aquí, que al amanecer del dia siguiente ya tendreis de todo.

—¿Y qué hemos de comer entre tanto?

—Ese es el mal. Id al ventorrillo del *Verrugo* y que os dé de lo que necesiteis, diciéndole que pasado mañana le pagaré yo todo lo que le debemos.

—No va á querer; ya ha dicho varias veces que lo tenemos arruinado y que no puede fiarnos ni un cuarto de aguardiente.

—Mucho le debemos, y en parte tiene razon; pero no hemos abusado, siendo así que le pedimos lo puramente indispensable. Id segun os he dicho; convéncele con razones, Amorós; la idea de que lo va á cobrar todo le obligará á hacer el último sacrificio, y esperadme allí.

—¿Y si no cede?

—Entónces reconoceis el ventorrillo y comed de lo que tenga, que cuando yo vaya remediaré el daño que hayais hecho.

—Eso ya es otra cosa.

—No abuseis. *Verrugo* es tan valiente como bárbaro, y os insultará: sufrid sus palabras con paciencia, y no le pegueis. Os lo impongo como amigo y como capitan. Con tu vida me respondes, Amorós.

—Descuida, Jaime, que no habrá desman alguno, áun cuando nos mate el hambre; pero yo te ruego...

—No prosigas; pasado mañana, si yo vivo, os sobrará de todo. Con que muchachos, valor y confianza en mí.

—Adios, Alfonso.

—No tardes.

—Si puedes regresar ántes, hazlo.

En esta forma despidieron los hambrientos bandoleros á su más hambriento capitan. Los primeros bajaron la cabeza y como ovejas siguieron al teniente Amorós en direccion del ventorrillo de *Verrugo;* el otro, más resignado en apariencia, pero sucediendo todo lo contrario en el fondo, iba en este instante maldiciendo su suerte y votando por diez.

—¡Mal rayo los parta,—decia,—á esos de Cádiz y á la maldita Constitucion, causa todo lo cual de mis desgracias! ¡Por ellos y por ella han variado los alcaldes, y qué gente han puesto! No transigen con nada de lo que dicen que está fuera de la ley. ¡Qué diferencia de aquellos otros! ¡Voto á cuatro mil regiones de demonios!.. ¡Ay, empiezan á faltarme las fuerzas! ¡Llevo muchos dias de comer poco y mal y veinticuatro horas que no pruebo bocado! ¡Maldicion! Iré á casa de Gregoria... pero no, demasiado hizo ya por nosotros. Hay que robar; mas ¿á quién? ¿á quién? Peor es esto que la muerte, y en trance tan duro voy á jugar el todo por el todo.

Y quedó pensando, como para cobrar aliento y reanimar sus debilitadas fuerzas, permaneciendo luégo entregado á profunda meditacion.

Eran las siete de la mañana; Alfonso se detuvo en un estrecho sendero del monte y prosiguió pensando, hasta que un leñador que andaba por allí lo distinguió, y acercándose á él, le dijo:

—Hola, Jaime, ya hace tiempo que no te veia.

—Adios, Paco; ¿qué te trae por aquí?

—Pus ya lo ves, hago leña. ¿Sabes que está mi mujer enferma?..

—¿Qué quieres decir?

—Que tas olvidao de los amigos; me faltan médico, botica... La probe sufre unas calenturas tan malas...

—¿Qué llevas en esa bolsa?

—Aquí el pan y un tomate.

—¿Me das un poco?

—Es de panizo.

—No importa.

—¿Tú vas á comer esto?

—Si no tengo otra cosa, Paco.

—Pus partamos.

—No; con este poco tengo bastante.

—Toma la mitad, hombre.

—Esto es suficiente.

—¿Tambien anda mal tu oficio, Alfonso?

—Peor que el tuyo.

—Te aconsejo que no vayas á las poblaciones; ¡qué regüeltas están!

—No te entiendo; ¿ahora que se acabó la guerra con los franceses?..

—No es eso, hombre; han quitao la Constitucion, y los realistas mandan...

—¿Qué estás diciendo, Paco?

—La verdad; como que los he visto yo ayer en Fortuna y Abanilla.

—¡Con que han quitado la Constitucion!

—Toa entera, y han declarao el solutismo.

—¿Y los alcaldes?

—No ha quedao uno, y los nuevos ¡pegan ca palo á los negros!..

—¿A quiénes han puesto?

—Toma, á los que estaban ántes; al tio Bernardo, al Curro...

—¿Y los escopeteros?

—¿Los escopeteros? Mal paso han tomao; no quea uno en diez leguas á la reonda. ¿No comes?

—Toma, me ahoga ese pan.

—Ya te lo icía yo; tú estás acostumbrao á otra cosa.

—No es eso; es que la noticia me llena de alegría. Adios, Paco; vé á buscarme pasado mañana al ventorrillo del *Verrugo*, al amanecer. ¿Entiendes? Y tu mujer tendrá médico, botica y lo que le haga falta.

—Iré; pero oye. ¡Vaya un paso que lleva! ¡Qué güeno es! Este ladron vale más que algunos hombres de bien.

El leñador prosiguió formando sus haces, en tanto que Alfonso, fortalecido su espíritu con la agradable noticia que acababa de darle el tio Paco, entró en el olivar que ya conocemos, dirigiéndose á casa de Gregoria con pasmosa rapidez.

Distaba poco más de media legua, y la anduvo en quince minutos.

Llegó á casa de la jóven y la encontró almorzando.

Alfonso cogió una silla y se sentó enfrente, diciéndola:

—No esperabas este convidado, Gregoria mia, y lo siento, porque traigo hambre por cuatro y tu almuerzo no llega para dos.

—¡Qué es esto, Alfonso! ¿Cómo te atreves á presentarte así á esta hora?..

—Nada temas, hija; ya no hay Constitucion...

—Es verdad.

—Ni aquellos *fariseos* con el título de alcaldes.

—Cierto.

—Ni escopeteros.

—Cabal.

—Ahora, Gregoria, puede uno andar por los caminos y hacer su negocio.

—Y tu vida esta más segura.

—Por supuesto.

—Y podrás venir á verme más á menudo.

—¡Quién lo duda!

—En un mes no has parecido por aquí.

—¿Me das un huevo de esos dos?

—No; toma el plato, que á mí me harán otros. Anton, frie más huevos y trae blancos, longaniza y vino.

—Venga.

Dijo Jaime, y empezó á comerlos con voracidad.

—¡Qué ricos están!—añadia.—Pues, ¡y esta magra; qué olor! ¿Has amasado hoy, Gregoria?

—No; ántes de ayer.

—Y yo hubiera dicho que estaba recien cocido este pan; ¡lo que es el hambre!

—¡Cómo devoras, Alfonso!

—Sí, hija, sí; encuentro delicioso este almuerzo.

—Anton, los blancos, la longaniza y el vino; ¡pronto!

—Aquí están.

—A tiempo llegan.

—Alfonso, estás más delgado, y el apetito con que comes me prueba que has carecido de alimento.

—No, hija, no, es otra cosa; hemos tenido mi gente y yo hambre, mucha hambre. Todo eso se lo debemos á la bendita Constitucion, que en paz descanse. Sólo al diablo podia ocurrírsele un sistema tan infernal; con los alcaldes, los escopeteros y esa endemoniada institucion, nos encastillaron en el Carche y la Pila, y si continúa un poco más, perecemos todos; es decir, todos los bandoleros de España, que hoy por hoy somos más de mil.

—¿Por qué has tenido hambre y no me lo has dicho? ¿Por qué carecias de todo miéntras á mí me sobraba? No me quieres, ni te merezco confianza, Alfonso.

—Al contrario, Gregoria, te debo más de dos mil reales, que son cási todos tus ahorros; y en verdad que si no es por ellos perecemos.

—Pero áun tenía gallinas en mi corral, trigo en la panera, encurtidos en la azotea, melones, granadas, frutas secas y buenos perniles.

—Con la escasez y la falta de recursos logré que mi gente fuera virtuosa en remuneracion de tanto pecado como ántes cometimos. ¡Qué blancos, Gregoria, y qué longanizas! ¡Vaya unas manos que tienes para confeccionar estos encurtidos!

—Las de siempre; son iguales á cuantos has comido en mi casa.

—No lo creas, tonta; yo los encuentro más sabrosos, mejor curados...

—¡Y padeciendo hambre te la has sufrido sin venir á probarlos!

—Ahí verás; éramos veintiseis, y si hubiésemos caido sobre tu despensa te arruinamos.

—¡Qué importa eso! ¿Por qué no viniste tú solo?

—Imposible, Gregoria; debia darles ejemplo, y en verdad que así y todo me ha sido difícil contenerlos.

—¿No bebes?

—Llevo medio vaso de vino, y ahora prefiero el agua; que hace tiempo no pruebo el primero y temo marearme.

Y los dos siguieron hablando y comiendo.

Alfonso almorzó por cuatro, quedando al concluir cansado del terrible movimiento mandibular.

El hambre le habia producido insomnios, y al acabar de comer se sintió acometido de un sueño que hubo de dominarle por completo. Gregoria le acompañó hasta sus habitaciones, obligándole á que reposara algunas horas.

El *Barbudo* se sentia inerte, perturbado su cerebro, y al caer sobre la cama quedó profundamente dormido. La jóven le cerró la puerta y se retiró á sus quehaceres, exclamando por el camino:

—Que duerma cuanto quiera; el pobrecillo, segun veo, lo necesita.

No eran todavía las nueve de la mañana, y Alfonso seguia á las tres sin dar señales de vida.

Asustada Gregoria de aquel sueño tan prolongado, y temiendo que fuese otra cosa, lo llamó repetidas veces, hasta que, despertado Jaime, se tiró de la cama, preguntando:

—¿Qué hora es, Gregoria?

—Las tres.

—¡Qué disparate; vaya un modo de dormir! Pero ahora me siento fuerte, deseché la debilidad que me enervaba y soy otro hombre. ¿Has comido, Gregoria?

—Sí.

—¿Me guardaste algo?

—¡Ya lo creo!

—Pues manda que me lo den, que debo partir al momento.

Y Alfonso comió mucho ménos que por la mañana, diciendo al concluir:

—Adios, hija. Ahora vendré á verte más á menudo.

—Espera.

—Tengo mucho que hacer.

—No importa. Toma.

—¿Qué es esto?

—Aun tengo ahorros; gasta lo que va en ese bolsillo, que ya ajustaremos cuentas.

—Lo acepto, que ya pronto podré pagarte. ¿Cuánto me das?

—Media onza.

—Gracias. Adios, Gregoria.

Y el *Barbudo* estrechó á la jóven con cariño, saliendo de allí en direccion de Abanilla.

Cerca ya de la mencionada poblacion, fué recorriendo los ventorrillos, posadas, casas y árboles donde tiempo atrás le depositaban las noticias, sin hallar comunicacion alguna, delacion, ni nada en fin que le recordase la existencia de amigos ó confidentes.

—No me extraña,—exclamó;—dejé de pagarles, saben que estoy pobre, y áun cuando mejoraron los tiempos, como no tengo dinero, se han olvidado de mí. Este es el mundo; pero á bien que me ha dado Gregoria lo suficiente para cumplir la palabra á mis compañeros, y ya al frente de ellos, bien comidos y bebidos, sin escopeteros ni esos terribles alcaldes, hijos de la Constitucion, volveré á recobrar mi imperio y nada nos faltará. Ya es tarde para ir á buscarlos; mañana dejarán de sufrir hambre, que se echó la noche encima, disto de ellos cinco leguas y estoy rendido. ¿Dónde dormiré? No tengo sueño, pero estoy cansado. ¡Ah! Está la cueva del *Penitente* bien cerca, y hace un mes que no le he visto.

Y se dirigió al monte, entrando poco despues en la caverna del *Solitario*.

Don Pablo estaba despierto, á oscuras y rezando. Al oir la voz de Jaime que le llamaba, encendió la luz.

Aquel infeliz habia envejecido mucho en el tiempo trascurrido, sus manos empezaban á temblar, y flaco, demacrado y macilento parecia la imágen de la muerte.

—Mucho has tardado en venir á verme,—dijo al bandolero;—te guardé algunos dias parte de mi racion de pan; ahí tienes un pedazo si lo quieres.

—Gracias, Pablo; he comido bien y cuento con dinero.

—¿Mejoró tu suerte?

—Sí.

—Lo siento.

—Gracias.

—Supongo que habrás vuelto á robar como anteriormente.

—No, pero empezaré desde mañana.

—Poco tiempo duró tu buena vida.

—¿Poco dices? Pues á mí me ha parecido un siglo. Y en cuanto á eso de buena vida, te equivocas por completo; ni los perros padecen más.

—A eso hemos venido á este mundo, á sufrir. ¡Ay de los que gasten su existencia en goces materiales, y, creyendo que la tierra es una bacanal perpétua, se acercan á la muerte cubiertos con la lepra del vicio y de la maldad!

—Todo eso estará muy bueno, Pablo, pero el que no come no duerme, y el que no duerme ni come, se muere; y aquí hemos venido á vivir.

—A vivir padeciendo, á vivir sin glotonerías ni liviandades, sin vicios; á vivir rodeado de virtud para hacerse digno de la gran recompensa que nuestro Padre celestial guarda á sus amados hijos. ¿Por qué vuelves al crímen, Alfonso?

—Porque no hay Constitucion, porque no hay alcaldes intransigentes y porque no hay escopeteros ni tiranía para los que andamos por los caminos.

—¡Porque no hay Constitucion, porque no hay justicia, porque no hay equidad! ¡Hé aquí uno de tantos hijos del pueblo que combatirian á tiros una ley que les da derechos, inmunidades y libertad!

—¡Vaya una libertad, y he estado dos años sin poder salir de entre montes!

—Porque eres malo. El ciudadano que cumple con su deber, trabaja y quiere justicia, con esa Constitucion es feliz.

—Pues chico, nádie la quiere; digo nádie, porque para cada uno que la desea hay cien que la detestan.

—Lo sé; los perversos como tú la aborrecen, y no la aman tampoco los ignorantes; pero el que es bueno y la comprende, la anhela.

—Entónces somos muchos los pícaros y los tontos.

—Así es la verdad; mas como la voluntad de Dios debe cumplirse, y no hay nádie capaz de destruir la ley del progreso universal, los pueblos se irán ilustrando poco á poco, y cuando sepan lo suficiente entónces pedirán esas leyes que les conceden lo suyo; lo que jamás otorga el tirano.

—No entiendo esa música, Pablo.

—Ya lo sé; pero la doctrina empieza á extenderse, su semilla está sembrada y nuestros nietos cogerán el fruto.

—¿Qué dice á eso el padre abad?

—En las sociedades religiosas se rechaza la Constitucion por egoismo; allí se comprende, pero se desecha y combate por conveniencia, sin tener en cuenta que al formar causa con el absolutismo, necesariamente habrán de caer con él. Se equivocan los más, no ven que el porvenir pertenece á esas ideas reformadoras, y áun cuando aseguran hoy su presente, mañana sufrirán el cruel desengaño. El padre abad es bueno y tiene talento. Al principio me hacía la oposicion, pero pronto le convencí, y hoy piensa como yo.

—Pues no les sucede lo mismo á sus colegas.

—Consiste en que carecen de su bondad, talento y honradez.

—Si yo dijera eso, me llamaban impío y sacrílego.

—Di la verdad siempre, Alfonso, y no te cuides para nada de lo que contesten la maledicencia y la ignorancia. La verdad es hija de Dios, es el mismo Dios; la mentira el diablo; fije el hombre su mirada en la primera, no salga nunca de ella,

y bien seguro que al fin recibirá una gran recompensa en esta vida y mayor, mucho mayor en la otra. ¿No tienes sueño esta noche?

—No; ¿y tú?

—Yo bien sabes que duermo poco.

—Claro es, descansas en relacion con lo que comes. ¿Has sabido algo de tu hijo?

—No, Jaime; lo hicieron teniente en el campo de batalla, pero al poco tiempo su regimiento fue desecho por varias cargas francesas, y el que no murió en el acto quedó prisionero. Nada más he podido averiguar.

—¿Se halló su cadáver?

—Al padre abad le han escrito que no, y presume que lo hayan llevado á Francia.

—Pues ya habrán venido todos las prisioneros.

—Tambien es cierto, más nada se ha podido saber de mi hijo.

—Puede que haya tomado parte con los franceses.

—Imposible; tiene mi sangre y no puedo creerlo, no quiero creerlo. Hablemos de otra cosa, porque mi cerebro empieza á descomponerse.

—Tan bien como estaba ya y vuelves...

—No tocando esa cuestion, me siento perfectamente.

—Entónces, amigo Pablo, sigue rezando en tanto que yo procuro conciliar el sueño sobre una parte de la yerba seca que te sirve de lecho.

—Dime ántes, Jaime; ¿y tú no pudiste descubrir nada de Leopoldo? Tienes buenos agentes y espías.

—Eso era ántes, ahora me he quedado sin uno.

—¿Cómo es eso?

—Desde que soy hombre de bien, segun tu opinion, todos me han abandonado; no tengo dinero, y claro es que mis hombres, influencia y poder desaparecieron como humo que se lleva y descompone la más ligera ráfaga de viento.

—Ese es el mundo, Alfonso.

—Pues recuérdalo, Pablo; fíjate en los muchos hombres

que eran de mi devocion, lo que hice por ellos y la facilidad con que me han dejado.

—¿Y eso qué prueba?

—Que son hombres de bien y muy agradecidos. ¿Te parece lo mismo?

—En primer lugar, Jaime, tú eres peor que ellos...

—No es verdad; yo jamás falté á mi palabra ni á mis compromisos, y al que me hizo un favor le devolví diez.

—Pero eres ladron.

—Cierto; ladron que expone su vida en los caminos y en las poblaciones, miéntras que ellos, sabiendo que el dinero mio es robado, lo aceptan, é impunemente viven y disfrutan á expensas mias.

—En ese caso no te extrañe la ingratitud, toda vez que del malvado nunca se pudo esperar otra cosa.

—¿Y aquellos á quienes socorrí sin exigirles servicio alguno? Hombre hubo de esos que me negó un pedazo de pan. El que tal hizo, ¿era mejor que yo?

—Acaso no; pero eso poco ó nada prueba.

—Dice, en concepto mio, Pablo, que miéntras uno tiene dinero, gasta y regala, encuentra hombres y cuanto necesita, miéntras que al pobre le cierran todas las puertas. Y por esa causa yo he robado y robaré, visto que es el único medio que tengo de vivir en esta tierra.

—¡Qué lógica, santo cielo! Te he dicho y repito que la vida se halla despues de la muerte; por eso venimos aquí á padecer y á hacernos dignos de existir en otro mundo donde no se sufre, en el que todos son delicias.

—Si te encierras en ese castillo no hay cuestion posible. Te diré, no obstante, que el clero, los frailes, altos dignatarios, los ricos, la clase media y hasta el pueblo, todos, con rarísima excepcion, lo comprendemos de otra manera, siendo así que anhelamos fortuna para vivir durante esto que tú llamas muerte, con el mayor desahogo dable, lo ménos mal, y con todos aquellos goces de que es susceptible la vida humana. ¿Negarás esto?

—No. *Muchos son los llamados, pocos los elegidos*, dijo el Señor. ¿Negarás esto?

—Pablo, me va entrando sueño.

—Ya lo suponia yo; tus defensas, como las de todo el que obra mal, se destruyen y aniquilan con una sola frase de Jesús, de ese sublime espíritu de verdad.

—Buena noche, Pablo. Durilla está mi cama, pero no hay otra mejor en media legua á la redonda.

—Más duro está tu corazon, hombre criminal; mis frases te hacen responsable ante Dios de pecados, cuya enormidad no desconoces, de seguir el torcido camino de la perdicion.

El *Barbudo* bostezó dos veces, siendo presa un instante despues de tranquilo sueño. El *Penitente* continuó:

—¡Se ha dormido! ¡Como este, una gran parte de los hombres cierran los oidos á la verdad, se adormecen en el vicio, se embriagan en la insensatez! Unos se escudan con la ruda corteza de su ignorancia, sin ver que á través de sus poros penetró la luz de la verdad, y si no la distinguieron fué porque cerraron los ojos, porque ensordecieron para no oirla; y otros, por la inversa, juzgándose sábios, niegan lo que les conviene, defendiendo con sofismas aquello que les halaga. Y los hay tan soberbios, con tal orgullo y vanidad, que no quieren ver en Dios la causa cuyo efecto tienen ante sí, fundándose en que no descubren la causa de Dios; pretenden igualarse al Sér Supremo en sabiduría y poder, y ántes que confesar su pequeñez niegan la existencia del Hacedor. ¡Infelices! Dia vendrá en que sus espíritus abandonen la ruin materia en que ahora están encerrados, y entónces comprenderán lo torpe de su conducta, lo nécio de su soberbia, orgullo y vanidad. ¿Será á tiempo? ¿La misericordia de Dios alcanzará á esos infortunados? No lo he visto escrito en ninguna parte, pero creo que sí. Una voz oculta me dice que la bondad Divina aparece detrás de su justicia. El ateo, el materialista, el criminal, el malvado, todos serán un dia responsables de lo mal que emplearon su libre albedrío, su autonomía; pero no cabe en la posibilidad que la recta é infalible justicia de Dios imponga

una eternidad de castigos á cincuenta años de maldad! Se comprende, sí, que ese mismo período de virtud reciba mil años de ventura, porque al lado de la justicia está la bondad de Dios. Esto no puedo decírselo á nádie en el año de 1814 en que vivo, ¡pero es cierto, indudable; la inspiracion me lo indica, la verdad, que es Dios, lo confirma. Dios es perfecto, su justicia recta, y si Dios juzga al reo, sufrirá el castigo que mereció, ménos acaso del castigo que mereció, pero más, ¡imposible! Hoy, Pablo, te lo cuentas á ti, mañana tus hijos se lo dirán á todo el mundo; el por qué, no puedo explicármelo, pero la inspiracion me dice que es cierto.

Eso afirmaba el anacoreta en la misma época en que se hacía una Constitucion para cincuenta y seis años despues; en que se declaraba la soberanía nacional para que fuese un hecho medio siglo más tarde. Y todo ha sucedido como aquellos sábios lo anunciaron, como Dios se lo inspiró. Hoy la soberanía nacional es un hecho; la democrática Constitucion del año 12 puede proclamarse; hoy sabe todo el que piensa, lee y estudia que el espíritu encarna en la materia, que viene á esta esfera á depurarse, á engrandecerse, á elevarse. Trae libre albedrío, autonomía; el que lo logra sube, asciende, recibe la gran recompensa á que se hizo acreedor, y goza de inefables delicias; y, encarnando de nuevo, habita otros mundos, nuevas esferas donde el sufrimiento es menor, el padecimiento nulo, relativamente, y de mundo en mundo llega un dia á su Creador para comprenderle, amarle y gozar con él. En tanto, aquel que hace mal uso de su libre albedrío, que busca aquí la impureza en vez de la depuracion, se estaciona, perpetúa sus padecimientos y sube á paso de carreta, miéntras que sus iguales en espíritu, no en hechos, corren en el trascurso de los tiempos como la máquina de vapor, como el chispazo eléctrico.

¿Quién podrá enseñarnos el camino? preguntareis. Pues yo os digo que Jesús; ese espíritu de verdad que desde la cumbre bajó hasta aquí, se vistió de la misma materia que nosotros y nos enseñó á morir. Siempre dijo la verdad, siempre

obró con verdad, su espíritu puro nos convidó á su epureza; en vuestra mente aparece el problema, en sus frases está la solucion; leedlas, y os convencereis.

El que niegue la existencia de Dios, porque ignora la causa de Dios, es decir, porque Dios es grande y él es pequeño, y en su soberbia no quiere aparecer pequeño y que Dios sea grande, que estudie la vída de Jesús, que oiga sus palabras, y si su cerebro no presenta gran descomposicion, verá la luz que lo achica y el resplandor que le muestra la grandeza de Dios. Si no lo viera, positivamente está loco. Su demencia puede ser un medio de epuracion; su locura puede ser la consecuencia de sus vicios, de sus maldades ó de su refinada y torpe insensatez.

Nos hemos extraviado un poco; volvamos á Jaime.

Nuestro bandolero, que era malo, muy malo, pero infinitamente ménos que nuestros modernos estafadores de posicion elevada, que nuestros ladrones de honra, despertó á las seis, y despidiéndose del anacoreta, salió de allí muy embozado en la manta, caido el sombrero á la frente, oculta y sujeta la carabina, y con ánimo resuelto de limpiar á los primeros que encontrase, en obsequio á la muerte de la Constitucion y á la falta, por consiguiente, de alcaldes intransigentes y de escopeteros honrados; tenía media onza, y con ella no le bastaba para pagar á *Verrugo* y recompensar en el siguiente dia la escasez y sufrimientos de sus bravos bandoleros con expléndido almuerzo y suculenta comida.

Estas y otras reflexiones por el estilo se iba haciendo el *Barbudo*, cuando al atravesar el arrecife distinguió á la izquierda un fraile mendicante, que caminaba á pié y con un San Francisco al brazo.

Alfonso le aguardó, y deteniéndole luégo, le preguntó:

—¿Hácia dónde camina, padre?

—Hermano, voy á Jumilla.

—¿Qué se propone?

—Pedir limosna por San Fracisco de Paula.

—¿Y cuánto lleva recogido ya?

—Salí ayer, y sólo me han dado treinta y un cuartos; pero mañana y pasado será otra cosa, pues anduve poco y por caseríos pobres.

—¿Con que la caridad abunda?

—Empieza de nuevo, hermano; desde que para bien de España y servicio de Dios enterramos *per omnia secula sæculorum* esa gangrena, esa plaga, ese terrible azote llamado Constitucion, volvió la caridad á las almas y el bien á este mísero pueblo.

—Bien dicho, padre; soy el bandolero Jaime Alfonso el *Barbudo*...

—¡Jesús me valga!

—No se asuste, que yo no mato.

—Pero robas, hijo, robas, y yo anoche cené acelgas cocidas y dormí sobre una zalea en casa del cura de Abanilla, miéntras que él... pero no hablemos de él, por no tener una peseta para el cuarto de la posada.

—¿Y eso le aflige? Yo no cené, y dormí sobre un poco de yerba seca; mas hoy ha de ser otra cosa. Tome ese duro, padre, y coma, beba, triunfe á mi salud.

—¿Con que eres tan generoso como dicen? Venga, hijo, y que Dios te lo pague. Gracias, gracias.

—No hay de qué. Rece tres *Padre Nuestros* y un *Credo* para que hoy me salga la cuenta bien.

—Lo haré, ¡vaya si lo haré! Pero, hijo, ¿no te da lástima, no te mueve el corazon la tierna mirada que te está echando ese Santo bendito? Los veinte reales son para mí; mas á este pobrecito que fué santo y limosnero, ¿no le das nada? Te alarga la mano y tú pareces ciego.

—¡Vaya por Dios! Tome otro duro para el Santo.

—Sigue, hijo, por ese camino, y te salvarás; acabas de ganar trescientos cincuenta y cuatro mil, medio dia, tres horas, quince minutos y seis segundos de indulgencia, siete plenarias y absolucion general.

—¿Todo eso por dos duros? Pues no me parece caro.

—Esto te lo aseguro yo como lego; ahora, como hombre

agradecido y confuso ante tu caridad, te digo que no te pareces en nada al Sr. Ruiz, el constitucional de Abanilla.

—Le conozco, padre.

—Me alegro. Pues ese me echó de su casa con malas palabras y peores modos: si no corro rueda por el suelo este Santo bendito; míralo qué cara tan afligida pone al recordar lo que queria hacer con él el patriota Ruiz.

—¿Por qué, padre?

—No me digas, padre, que soy lego; llámame hermano. La causa fué que como es tan rico, le pedí limosna, y en vez de hacer lo que tú, hermano mio, me obligó á salir de su casa á empujones, llamándome gandul, y añadiendo que iba á romper la cabeza al ídolo, y á mí un brazo.

—¿Qué es el ídolo?

—San Francisco.

—¿Y por qué le llama eso?

—Porque es un hereje; pero á bien que el rey, nuestro señor, acaba de establecer la Inquisicion, y como le cojamos se le quema vivo.

—Eso es una barbaridad; si no cree en el Santo, con su pan se lo coma.

—No digas eso, Alfonso; tú eres bueno, y él un impío que merece la muerte. Oyeme: me consta que lo han denunciado, y tambien sé que huye de Abanilla. Acaso no tarde en pasar por aquí; es indudable que llevará un cinto lleno de onzas, en las alforjas plata y en el chaleco unos botones como nueces. Tiene mucho dinero ¡Esos patriotas... vamos, ya me entiendes!

—No; explíquese.

—En el tiempo que han sido alcaldes han concluido de enriquecerse.

—Eso tampoco es verdad; que el Sr. Ruiz no roba ni deja robar; pero es mi enemigo, y como pase por aquí...

—¡Qué negocio vas á hacer, hijo! Yo no te digo que le quites nada, pero es hereje, y á los enemigos de Dios...

—¡Hermano, se me figura que es V. tan malo como él ó

acaso peor; y me están dando unas ganas de quitarle los dos duros, los treinta y un cuartos y la piel del trasero!..

—¡Jaime, por San Francisco de Paula que te oye!.. ¡Qué cara pones!.. Adios, Alfonso, voy á rezar los tres *Padre Nuestros* y el *Credo* que me encargastes. Aguárdalo ahí, que no tardará.

Todo esto lo decia el lego sujetando con la mano izquierda el Santo, cogido con la derecha el hábito y corriendo cuanto podia.

Jaime le contemplaba huir con la frente contraida, exclamando á la vez:

—¡Si tampoco vosotros sois buenos! Me engañó el pícaro lego, lo creí un bendito y es un pillo intencionado y ratero. Estos hombres con faldas hacen lo que las mujeres; escudadas las unas con el sexo y los otros con el hábito, se atreven á todo. El tal Ruiz me persiguió, pero bien mirado yo hubiera hecho lo mismo en su lugar; sin saña, y como obedeciendo al que él llama el imperio de la ley, me buscó, mas sin salir de su jurisdiccion, prohibiendo luégo á los escopeteros que le obedecian que me atacasen fuera de aquella. ¡Contribuyó, no obstante, á que yo sufriese tanta miseria y hambre, y si pasara por aquí!..

En este instante interrumpió su meditacion un arriero, el cual le dijo:

—Buenos dias, Jaime; te he conocido, y me alegro verte.

—¿Adónde vas?

—No lo sé; se me ha muerto el único pollino que me quedaba, pedí prestado, me lo negaron, y he salido esta mañana aburrido por no tener en mi casa ni dos cuartos para comprar alimento, y mis hijos me piden lo que no puedo darles.

—*Al perro flaco todas son pulgas;* eres pobre, haragan, y la suerte te ha favorecido con siete hijos nada más. Toma ese duro, y el viérnes me vas á buscar al Carche y te compraré un burro; pero te advierto que no has de ser gandul, de lo contrario te dejo entregado á tu suerte.

—Dios te lo pague, Jaime; iré á verte, y en teniendo la bestia, trabajaré cuanto pueda.

—Hazlo así y cuenta conmigo. No llores. Vete, que me das compasion.

—Bendito seas; el cielo te premie y...

—Basta, y sigue tu camino.

Jaime le volvió la espalda, y muy embozado en la manta se dirigió hácia Abanilla. De pronto se detuvo, exclamando:

—Distingo un bulto á lo léjos... Sepamos.

Y miró con su anteojo, añadiendo luégo:

—Tenía razon el lego; Ruiz viene en su jaca negra, envuelto en la capa y armado de una escopeta. Me quedan cinco duros nada más y la ocasion es tentadora. ¡Profeso un odio á estos constitucionales, y mi pobre gente se halla tan hambrienta!.. Es rico, y esta circunstancia me decide.

Jaime se hallaba en el camino, el cual tenía á derecha é izquierda un bosque de palas de higos chumbos.

Nuestro bandolero habia guardado su anteojo, y escondido ahora detrás de las palas, con la carabina montada, acechaba como hábil cazador.

Minutos despues dió un salto, y plantándose en medio del arrecife, gritó:

—¡Alto! ¡El dinero ó la vida, Sr. Ruiz!

Y quedó apuntando á cuatro varas del recien venido.

Ruiz habia detenido su caballo, y reconociendo á Jaime, le contestó con calma:

—Mal oficio tienes, Alfonso.

—Esa no es cuenta tuya; por ti y otros nécios constitucionales como tú, permanecí más de dos años oculto en la sierra, me arruiné, no pude hacer nada, y mi gente y yo sufrimos las consecuencias del hambre y de muchas otras desgracias.

—Yo me concreté á cumplir con la ley y con mi obligacion.

—Por eso ahora me circunscribiré yo á ejercer mi oficio. ¡Ruiz, el dinero ó la vida!

—Jaime, me has sorprendido y no puedo defenderme, ni

el oro merece que yo te hiera ni que tú me mates. ¿Qué quieres?

—Me son indispensables cincuenta duros.

—¿Con eso te das por satisfecho?

—Sí.

—Mucho es, pero te los voy á dar, siempre que no me pidas otra cosa.

—Yo nunca miento ni falto á mi palabra; dame lo que te he dicho, y sigue adelante, que áun cuando me hace falta tu jaca, no tienes más que esa y la necesitas.

—Deja de apuntar y toma; tres onzas en oro y dos duros en plata.

—Gracias, Ruiz. Tengo á mi gente muerta de hambre y eso me ha obligado á salirte al encuentro. Agradecido ahora voy á darte un consejo que harás bien en tomar. El mismo que me anunció tu llegada á este sitio me dijo que te habian denunciado ante el tribunal de la Santa Inquisicion. Huye, Ruiz, de esta tierra, que tienes en ella muchos enemigos, y si te cogen dan fin de ti.

—Ya lo sé. ¿Quién te ha dado la noticia?

—Un fraile que lleva el mismo camino que tú y va delante. Con que sigue tú otra ruta, advirtiéndote que aquel se dirige á Jumilla.

—¡Siempre los frailes y los realistas! Esas dos plagas acabarán con todos los hombres de bien de este pobre país. Tú eres ladron, pero mucho ménos malo que ellos; ahora me lo estás demostrando. Adios, Jaime.

Y picó á su jaca, desapareciendo sin volver la cabeza ni cuidarse para nada del bandolero.

El *Barbudo* le vió marchar, exclamando para sí:

—Ese hombre tiene mucho corazon, y vale. ¡Vaya si vale! A mí me perdió, pero me buscaba frente á frente, no huia el bulto, y ahora que le sorprendí estaba tan sereno como yo. Ya no es alcalde, nada puede hacer contra mí, y no le deseo mal. ¡Que Dios te acompañe y defienda, Ruiz, y vivamos todos! ¡A ese le sobra y á los mios les falta! ¡Pobrecillos, qué

contentos se van á poner! Me esperaban mañana, y juro no probar bocado hasta que esté entre ellos hoy.

Y abandonando el camino, corrió en direccion del monte con la velocidad de un rayo.

Antes de internarse en la sierra se llegó á un caserío, comprando en él unas alforjas que cargó con pan blanco, pollos y encurtidos. Provisto de aquello corrió nuevamente, diciendo por el camino:

—De esto no hay en el monte, y quiero que hoy celebre mi partida el entierro de la Constitucion.

Alfonso distaba más de tres leguas del ventorrillo del *Verrugo*, cuyo espacio cruzó en poco más de hora y media.

Halló á su gente debajo de unos pinos, hambrientos, flacos, pero sin murmurar y al parecer resignados.

—¿Qué es eso?—les preguntó.—¿No os dió de comer ayer el *Verrugo?*

—Sí,—le contestó Manuel;—tres panes de maíz y cuatro libras de tomates, por la tarde lo mismo, y hasta la fecha.

—Pues ya acabaron las hambres y la miseria. García, aquí tienes pollos, pan blanco y longaniza seca. Compra arroz, vino abundante y cuanto te haga falta y halles por aquí. Ahí tienes sesenta reales. Que te acompañen Manuel, el *Tuerto* y José. Vosotros aguardad aquí miéntras yo arreglo cuentas con *Verrugo*.

—¿Pero es verdad eso?

—¿No lo estais viendo?

—¿Durará mucho?

—La eternidad. Muchachos, ya no hay Constitucion; los alcaldes nos favorecen y los escopeteros desaparecieron.

—¿Será cierto?

—Cabalito. Reponeos hoy, y mañana á Abanilla, luégo á Fortuna, y á vivir.

—¡Bien por Jaime!

—¡Que el demonio confunda á los patriotas!

—¡Nos han perdío!

—¡Son nuestros enemigos!

—¡Acabemos ahora con todos!

—Ménos voces y más almuerzo, que yo áun no he tomado nada y anduve cuatro leguas. ¿Qué haceis vosotros mirando el pan y los pollos con la boca abierta? Seis libras de arroz, Pepe. Abrevia.

—Al momento.

Tres de ellos cargaron con el contenido de las alforjas, quedando los demás aplaudiendo á Alfonso, el cual se dirigió al ventorrillo, que distaba doscientas varas de ellos. Encerrado con *Verrugo*, ajustaron cuentas, queriendo aquel sacar á Alfonso un tercio más de lo que realmente le debia; pero el *Barbudo*, pretextando que no debia dejar que hiciera con él lo que él acababa de realizar con Ruiz, sólo le entregó veinte duros, que era poco más ó ménos el importe de su deuda.

—Ahora,—le dijo Alfonso,—te regalaria media onza, pero has sido tan verrugo con nosotros, que no te doy un maravedí más.

Y le volvió la espalda, incorporándose con los que estaban en el pinar.

Tres cuartos de hora despues comian en un cortijo cerca de allí el suculento arroz preparado por José. Dieron fin de todo cuanto tenian delante y de doce michetas de vino.

Concluido el almuerzo se dirigieron los veintiseis á casa de Gregoria. En el camino cogieron á doce carreteros, y Jaime les obligó á que le entregaran los atrasos devengados por la contribucion que le pagaban ántes. Despues les cogió un pellejo de vino como réditos, amenazándoles con la muerte si dejaban de abonarle en lo sucesivo un solo mes.

Desde este momento, unas veces solo y otras al frente de su partida, comenzó Alfonso á recorrer los pueblos, caminos y llanos de la extensa comarca que volvia á dominar, teniendo á los ocho dias más alcaldes, espías y cómplices que anteriormente.

Pasó disfrazado á Orihuela y á Murcia, y reanudando sus interrumpidas relaciones, sembró el oro con profusion.

Los más furibundos partidarios del *Deseado* ofrecieron

proteccion al *Barbudo*, y con tan poderosos auxiliares no quedó uno solo de sus antiguos contribuyentes que no pagara atrasos y se ofreciera á continuar con las mensualidades.

Enérgico, incansable y más osado que nunca, Jaime fué sacando lo suficiente para entregar cuanto debia á amigos, compañeros y conocidos, quedándole un repuesto de más de mil pesos.

En su segunda etapa se presentaba Alfonso más diestro y exigente que lo fué hasta entónces, segun veremos en los capítulos siguientes.

CAPITULO XXVI.

Cambio completo.—Noticias alarmantes.—Un Corregidor como hay pocos.

La situacion de Jaime Alfonso varió por completo en 1814. Todos sus contribuyentes pagaron los atrasos, lo que, unido á algunos golpes de mano llevados á cabo á bastante distancia de la Pila y el Carche y en puntos en que los viajeros no podian suponer que los bandoleros llegasen hasta allí, llenaron la bolsa de Jaime y la de todos sus adeptos.

Alfonso encontró nuevos contribuyentes, con lo cual aumentaba considerablemente su impuesto, y algo cambió tambien el personal de sus cómplices y espías.

Caritativo con los pobres, espléndido en los pueblos, cortijos y caseríos donde entraba, y atento y cortés siempre, llegó el caso de presentarse en poblaciones de la importancia de Jumilla, solo unas veces y otras acompañado de uno ó dos bandoleros, sin que nádie intentase molestarle.

Estaba en la mente de todos que el audaz y entendido ladron sostenia relaciones íntimas con muchas autoridades, y como á nádie inquietaba, todos le abrian paso sin dificultad alguna. Aun viven muchos sujetos que recuerdan haberle visto pasear tranquilamente por las calles de Jumilla, Cieza, Hellin, Fortuna y muchas otras poblaciones. Convienen todos

en que se presentaba afable, contestando á cuantas preguntas le hacian con discrecion y amabilidad.

No demostraba recelo ni se le vieron adoptar precauciones al entrar, salir ó durante su permanencia en esas grandes poblaciones.

Y como quiera que sostuvo esta conducta no un dia ni dos, sino algunos años y en ocasiones distintas, resulta que este hombre extraordinario logró lo que ningun otro bandolero; es decir, que si no tuvo el aprecio y estimacion de la mayoría de los pueblos, consiguió al ménos una tolerancia que prueba hasta la evidencia su carácter humano y bondadoso, patentizado en la mayor parte de sus acciones.

Por punto general aparecia triste y ensimismado; ocultaba cuidadosamente durante la paz su natural arrogancia, y agradaba tanto su conversacion como su simpática y agraciada persona.

Sabian que era sóbrio, duro ante el trabajo, fuerte como las rocas que solian servirle de lecho, y tan poco aficionado á las comodidades y bienestar, que llevaba en la existencia el purgatorio que merecian sus delitos.

Continuaba siendo leal á su mujer; aborrecia el juego y el exceso en la bebida; rara vez se le escuchaba una interjeccion, y todo este conjunto concluia de formar en Jaime un tipo nuevo entre bandoleros y hasta cierto punto excepcional y admirable.

No fué sola Gregoria la que le demostró hondas simpatías; tenemos noticia de algunas otras, pues Jaime fué en su época la mayor celebridad de aquella comarca, y de antiguo viene el que las hijas de Eva se apasionen por el hombre que aparece superior entre sus semejantes. Pero el buen instinto de Jaime, ó acaso su talento natural, lo alejaron durante muchos años de amoríos y vicios que podian serle peligrosos. La actividad que demostró siempre, sus perennes correrías y su afan por no dejarse vencer de la ociosidad, contribuyeron tambien poderosamente á que el bandolero no cayese en la red tendida por una pasion tan agradable como funesta.

Su mujer é hijo continuaban en Orihuela, desconocidos de tódos, ménos de la familia del marqués del Rafal, que los amparaba y protegia noble y caritativamente, nada les faltó ni áun en la época que tan fatal fué para el padre, y Alfonso se desvelaba y empleó mucho dinero en que su hijo recibiera una educacion excelente. El niño, sin embargo, no tenía el talento y brillante imaginacion de su padre, y adelantó poco, muy poco, haciendo cási inútiles los esfuerzos de su cariñoso padre.

El hijo no era malo, pero su índole bondadosa y apática le atraia más hácia los juegos infantiles que le llevaba al estudio de ninguna clase. Alfonso veia esto, pero, encantado con los buenos instintos de su heredero, encargaba que no le violentasen, pues con tal que no sea perverso, decia, le tolero con gusto la desaplicacion.

Tampoco abandonó Jaime á su hermano José. Le conocimos guardando unas cuantas ovejas, que bien pronto vendió, ocupándose muchos años despues en gastar alegremente las sumas que el *Barbudo* le mandaba de continuo. La ociosidad, orígen siempre del vicio, pervirtió á José Alfonso, y quiso muchas veces acompañar á su valeroso hermano; pero éste se negó, demostrándole el fin de los bandoleros, lo poco envidiable que era su vida y lo que él anhelaba la tranquilidad, sosiego y bienestar del hombre honrado. Continuamente le decia:

—Unas sopas de ajo sazonadas con las simpatías de los que nos rodean, del pueblo en que se vive, valen más que las aves comidas por el ladron. Las primeras se guisan con el cariño; las segundas se condimentan con lágrimas. Pepe, mal estaba yo de pastor y de yesquero; el hambre y los rigores de la intemperie se cebaron en mí con saña cruel; pero reia, cantaba, y ahora que de todo me sobra, lloro, hermano, lloro, porque recuerdo á menudo que todos ganan con el sudor de su frente lo que gastan, y yo lo robo porque soy ladron. ¿No te asusta la frase? Pues á mí me extremece. Hé ahí la razon de ser tan generoso, tan caritativo; lo que doy forma un velo

que cubre por instantes el desolado cuadro de mis crímenes; es el bálsamo que mitiga los dolores de las heridas que hace en mi alma el aguijon de la conciencia. Mira, José, sería capaz de pegarte un tiro, si pudiendo vivir, como hasta aquí, con lo que te doy, te hicieras ladron. Ya lo has oido; conoces bien mi cáracter, y guárdate de proponerme en lo sucesivo semejante disparate.

Su hermano le ofrecia obedecerle, pero asociado luégo á la gente peor de Crevillente, pronto se le acababa el dinero que Jaime le daba y volvia á pensar en hacerse ladron.

El *Barbudo* le contuvo diez años, pero José creció, se hizo hombre, le dominó el vicio, y llegada la época en que su hermano le daba muy poco, por efecto de su preçaria situacion, se unió á un jóven de su edad, de malos antecedentes, y una noche escalaron entre ambos la cueva donde se albergaba la familia de un paisano suyo, robándoles cuanto tenian. Iban disfrazados y no pudieron reconocerlos; pero se les concluyó el fruto de sus rapiñas, y á la clara luz del dia asaltaron un ganado, del cual se llevaron quince cabras.

Pronto corrió la voz, la justicia empezó á perseguirlos, ambos se marcharon al monte, concluyendo por incorporarse á la partida de Alfonso.

Mintieron los dos, pretestando que aquella huida era efecto de enemistades y riñas; pero bien pronto averiguó Jaime la verdad, despidió al compañero de su hermano, y á éste le castigó tan cruelmente, que estuvo una semana enfermo y sin poder moverse.

Compadecido luégo, no olvidando nunca que eran hijos de un mismo padre, y comprendiendo que si cogian á José estaba perdido, hubo de acabar por admitirlo en su compañía, si bien le dió el último puesto de ella.

Allí Pepe Alfonso, vigilado siempre por la incansable mirada de su hermano, fué perdiendo los vicios y maldijo más de una vez su suerte. Comprendió tarde la verdad que encerraban los consejos que recibió un dia del *Barbudo*, pero ya no podia retroceder, se subordinó á las circunstancias, y es-

piado continuamente por cuantos le rodeaban, tuvo que hacer lo que Jaime, Amorós y los otros; ni más ni ménos.

Ahora se componia la partida de Alfonso de veintisiete hombres, tan adiestrados y valientes como el capitan necesitaba, pues habia terminado la guerra y por esta causa se veia expuesto á choques con fuerza armada tan valiente como aguerrida.

El *Barbudo* excusaba en lo posible la lucha con los soldados, á cuyo fin empleaba la sorpresa y toda su sagacidad, pues comprendia lo mucho que le hubiera perjudicado el que creyesen que era miedo su prudencia, fundada en el laudable deseo de hacer verter la ménos sangre posible.

—Los muertos y heridos,—decia en su interior,—nada bueno me producen, y sí mucho daño, disgustos y sinsabores; rehusaré, por consiguiente, la pelea cuantas veces me sea posible.

Al efecto exponia la vida de continuo para acreditar su valor, hacerse temer y que huyeran de él hasta los más arrogantes.

Referiremos uno de los muchos casos que encierra la vida de Alfonso, en confirmacion de lo que acabamos de exponer.

Llegaron una noche diez granaderos y un conductor á Novelda; se alojaron, y despues que hubieron hecho colacion, principiaron á hablar del bandolero Alfonso en sentido poco favorable. Algunos de los hijos del pueblo que escuchaban la conversacion, interrumpieron al conductor y granaderos, diciéndoles que Jaime era muy valiente y que le calumniaba el que opinase de una manera contraria.

—Si es así, —contestó el conductor, —me alegraria encontrarlo en mi camino. ¿Anda por aquí cerca?

—Sí,—dijo uno de Novelda;—hoy estaba en Crevillente.

—Pues allá vamos nosotros mañana, y tendria mucho gusto de que lo hallaran mis diez granaderos. ¿Qué os parece á vosotros, veteranos?

—Pobre de él si le encontrásemos.

—Esos bandoleros,—añadió el conductor,—son atrevidos y valientes con vosotros, pobre gente indefensa y asustadiza;

pero si yo lo encuentro, si nosotros le echamos la vista encima, huirá como la liebre delante del galgo.

Los paisanos se callaron ante las bravatas del conductor y granaderos; pero uno de ellos, que era espía de Alfonso, desapareció de allí, y algunas horas despues sabía el *Barbudo* la opinion de aquellos. El de Novelda añadió que pronto estaria enterado todo el pueblo, y que era conveniente dar una leccion á los que con un descaro tan grande lo rebajaban, dudando de su valor y audacia.

—Bueno,—dijo Alfonso,—saludaré mañana á esos señores, y si alguno quereis presenciarlo, id detrás, y al llegar á la garganta de Crevillente aproximaos á ellos.

—Estaré allí con dos ó tres de los más templados.

—No; de los que tengan la lengua más larga; quiero evitar á todo trance el derramamiento de sangre inútil, y al efecto conviene que sepan todos de lo que soy capaz, para que de este modo huyan de mí, léjos de intentar buscarme esos matones de oficio.

El espía le hizo varias preguntas sobre la forma en que iba á atacar á los granaderos, número de hombres que pensaba llevar y paraje en que debia realizarse el acontecimiento, pero Alfonso le despidió sin contestarle nada.

Tuvo lugar la entrevista en una casa situada entre Crevillente y Novelda, en la que Jaime reunió aquella noche á varios de sus espías de los contornos para darles instrucciones.

Nuestro bandolero terminó á las once, retirándose acto continuo hácia el monte, donde durmió en compañía de unos pastores.

A las seis se levantó, fué su desayuno un pedazo de pan negro y medio cuartillo de leche, dió á sus antiguos compañeros diez reales, y desapareció de allí, entrando poco despues en un caserío donde estaban Amorós y los veinticinco bandoleros restantes.

—Pepe,—dijo Jaime á su hermano;—coge el trabuco y la manta, que te vienes conmigo.

—¿Adónde vamos?

—Al infierno; eso no se me pregunta á mí nunca. Manuel, tú y diez más venis tambien, pero sin armas. Andando. Amoros, para las nueve que esté el almuerzo dispuesto.

Y salió sin contestar á las advertencias que le hacian y sin dar explicaciones.

Pronto se le incorporó su hermano, armado de un enorme trabuco. Pepe era valiente, y al lado de Jaime, al que queria mucho, se conceptuaba capaz de hacer todo cuanto el otro le mandase.

En pos iban Manuel y diez bandoleros embozados en sus mantas, sin arma alguna. De este modo se acercaron á la garganta de Crevillente. Estaban entre varios árboles, y allí se detuvo Jaime para decir á los once indefensos:

—Quedaos aquí; el camino está cerca, pero no os movais hasta que yo os llame, ocurra lo que quiera. Tendeos en el suelo y procurad que nádie os vea. Adelante, hermano.

Y avanzaron los dos, para detenerse nuevamente á la orilla del arrecife.

—Quédate sentado sobre esa piedra, Pepe, que pronto vuelvo.

El otro le obedeció, en tanto que Alfonso se subia á la parte más elevada, y sacando su anteojo lo dirigia hácia Novelda.

A los cinco minutos exclamó:

—Ya vienen; son once efectivamente, y á doscientas varas detrás distingo á Paco el *Sastre* acompañado de Bartolomé Luna y de Roque Patron.

Y volviéndose, miró hácia Crevillente.

—Por aquí,—dijo,— sólo bajan dos carros que pasarán ántes de acercarse los granaderos al punto elegido por mí.

Se guardó tranquilamente su anteojo, y cogiendo el trabuco, bajó despacio, siguiendo hasta incorporarse con José.

—Separémonos de aquí, hermano,—exclamó,—que vienen unos carreteros, y no quiero que nos vean.

Así lo hicieron, ocupando el *Barbudo* el tiempo que aque-

llos tardaron en desaparecer, en dar á Pepe algunas instrucciones sobre el acontecimiento que iba á tener lugar.

Luégo se ocultaron los dos hermanos, quedando cada cual á un extremo del camino.

Los diez granaderos, con su conductor al frente, marchaban hácia el pueblo de Alfonso, fusil al hombro y hablando del tan célebre *Barbudo.*

—No lo espereis,—decia el atrevido conductor; los soldados no son paisanos ni se parecen á ellos en nada; si el bandolero se halla por aquí, estoy seguro que al ver brillar los cañones de los fusiles habrá escapado como alma que se la lleva el demonio.

—Claro es.

—En cuanto á bandidos, me atrevo yo solo con cuatro.

—¡Vaya un chiste! Entre el *Rojo* y yo matamos nueve franceses una noche, y eso que aquellos se batian bien.

—Necesitábamos lo ménos ochenta bandoleros para los diez.

Así hablaban los granaderos, cuando fueron interrumpidos por Paco el *Sastre* y los otros dos. Les dieron los buenos dias, y oyendo que iban hácia Crevillente como ellos, continuaron adelante, mezclados los paisanos con los militares.

—¿Llevais cargados los fusiles?

Preguntó Paco con intencion.

—Cabalito,—le contestó un granadero,—y el conductor ha metido varias postas en su carabina.

—Habeis hecho bien.

—¿Por qué?

—Estamos en la garganta de Crevillente, y por aquí anda Jaime.

—Cuando no hay soldados como nosotros.

—Es muy hombre Alfonso, conductor.

—Entre paisanos. ¿Por qué no viene?

—De seguro no es por miedo.

—Será por prudencia, que da lo mismo.

—Cuidado, que son veintisiete y muy bien armados.

—Ni para almorzar tenemos bastante nosotros.

—Se baten como la tropa.

—¿Qué entiendes tú de eso?

—Siempre corren en busca del enemigo, nunca huyendo.

—Si te empeñas, vamos á cantar un *goris goris* por las almas de todos los soldados españoles.

—No le largaríamos nosotros mal responso si apareciera.

—De plomo.

—Pues no, que sería de cera.

—Nádie logró vencerlos.

—Calla esos cuentos, ó te hago un saludo con la culata de mi hermano.

—¡Alto!

Gritó en este momento Alfonso, asomando á la vez que su cabeza la enorme boca del trabuco.

—¡Alto, ó abraso al que se mueva!

Añadió José, apareciendo tambien en la parte opuesta del camino, y á diez pasos cada cual de la tropa.

—¡A tierra esos fusiles!

Prosiguió el *Barbudo*, enfilando á cuatro.

—Al suelo las armas, ó de un trabucazo derribo á seis.

Dijo el hermano, apuntando y con el dedo puesto en el gatillo.

Los granaderos y el conductor vacilaron; pero hubo de imponerles tanto la mirada y sangre fría de Jaime como la enormidad de los trabucos y la resolucion de José.

Uno de aquellos se inclinó, dejando su fusil en tierra. Otro hizo lo mismo, miéntras los restantes miraban al conductor.

Alfonso avanzó hasta chocar la boca de su trabuco con el rostro del conductor. La frialdad del bronce hubo de helarle la sangre, y la verdad es que se le escapó la carabina de las manos. Al verla en el suelo, los granaderos fueron tambien soltando los fusiles, quedando todos desarmados.

—Conductor,—gritó Jaime,—el hombre no debe blasonar de valiente cuando no lo es, como á ti te sucede. Confiaste en esos diez granaderos, y ya has visto lo que han hecho al presentarse el *Barbudo* con un solo compañero. Bien sabias

tú que yo bastaba para los once; pero supusiste que no llegarian tus palabras á mis oidos, y te la echaste de guapo por lucirte en Novelda. Cuando sepan que os he desarmado á los once se reirán de ti hasta los chiquillos. Toma la leccion y no me obligues á darte otra, que entónces habrá sangre.

—Y le empujó fuertemente hácia adelante, añadiendo:

—¡Lárgate de aquí, canalla! Seguidle vosotros, pobres granaderos, que en vuestra estupidez creísteis que ese uniforme prestaba valor y brío al que se cubria con él. El que tiene corazon, en cueros ó vestido será todo un hombre; el que carece de él, áun cuando se envuelva en la púrpura real será un cobarde.

—Alto vosotros tres,—añadió dirigiéndose á los paisanos. —A Novelda, que no quiero aumenteis la humillacion de esos soldados con vuestra presencia.

—Pero si vamos á Crevillente.

—Pero si no me da á mi la gana. A Novelda he dicho, ¡y si dudais!..

—Adios, Jaime, ya nos vamos.

Los granaderos y el conductor desaparecieron de allí en direccion de Crevillente, con la cabeza baja y sin expresar una sola frase. Pudo Alfonso haberlos robado, ó por lo ménos castigar las baladronadas de la noche anterior y de aquella mañana; pero más valiente y generoso que ellos, se conformó con desarmarlos, demostrando un valor, serenidad y audacia que anudó la lengua de los soldados. Cuando hablaron fué para deshacerse en elogios del bandolero y para confundir al conductor con burlas y sarcasmo.

Paco el *Sastre* y sus compañeros, que no tenian nada que hacer en Crevillente, regresaron á Novelda, riéndose del conductor y los soldados. Luégo se convirtieron en trompetas que divulgaron el hecho con todos sus pormenores y detalles en la comarca aquella.

La fama del *Barbudo* cundió, y este acontecimiento tan repetido y comentado llegó hasta nosotros por varios conductos, y lo hemos referido sin añadir ni quitar una sola frase.

Por él se puede deducir fácilmente lo que fue el célebre bandolero.

Reanudemos nuestra historia.

Cuando Jaime comprendió que ni los soldados ni los paisanos podian oirle, silbó dos veces, viendo un instante despues llegar á sus once compañeros, saltando y corriendo como el galgo en pos de su presa.

—¿Qué hay?

—¿Qué ocurre?

Le preguntaron; pero el *Barbudo* se contrajo á contestarles:

—Nada; coged esa carabina y fusiles, siguiéndome acto continuo.

Y se internó en el monte al lado de su hermano, sordo á las preguntas y suposiciones de los once bandoleros.

Reunidos los veintisiete en el caserío, almorzaron, refiriendo entónces Jaime con cierto desden é indiferencia lo que habia hecho, en union de su hermano, con los diez granaderos y el conductor, y el motivo que aquellos le habian dado para obrar así. Este hecho, sin embargo, y muchos idénticos que realizó en la provincia de Murcia, obligaron al Corregidor á pensar sériamente en la conveniencia de destruir la compañía de bandoleros que rebajaba su autoridad, presentándolo como objeto de la crítica. El hombre que ahora tenía en Murcia los poderes político y administrativo, era intencionado, atrevido y pensador. Jaime lo sabía, y ambos se dispusieron al ataque y defensa. Se llamada el Corregidor Don Manuel Dañamayor y Echavarri, el cual, puesto de acuerdo con el Comandante general de la provincia y el jefe de las fuerzas de Cartagena, formuló un plan discreto por más de un concepto, y aprobado que fué por los otros dos, trató de realizarlo, segun veremos en el capítulo siguiente.

CAPITULO XXVII.

Preparativos de una y otra parte.—Publicidad.—La guerra.—Triunfo completo.

Por varios sujetos y en diferentes ocasiones recibió Jaime Alfonso noticias exactas de los preparativos que se hacian contra él por las autoridades de Murcia y Cartagena.

No desmayó el *Barbudo* por tan alarmantes nuevas. Las desgracias, desengaños y los muchos trabajos que llevaba sufridos, lo habian hecho tan prudente y reservado como convenia á lo crítico de su situacion.

Reunió, pues, á su partida, la enteró de lo que él suponia iba á ocurrirles, y acto continuo comenzaron á hacer provision de pólvora y balas, y más tarde de víveres, ni más ni ménos que si se tratara de una guerra ó de un largo sitio.

Harina, tocino, jamones, garbanzos, carneros, habichuelas, aceite, vino y lo necesario, en fin, para dos ó tres meses y treinta ó más hombres, encerró Alfonso entre las ásperas breñas donde pensaba encastillarse para recibir dignamente á sus enemigos.

Luégo se trajo un cirujano con su pequeño botiquin, y dos criados que podian servir para todo.

Más tarde reconoció el terreno, y despues que hubo elegido posiciones, ensayó á su gente, ayudado por el cirujano, el cual sirvió en el ejército y conocia la práctica de la guerra.

No habia á la sazon en España jefes ni soldados que no estuvieran aguerridos. La revolucion y lucha que empezó el año ocho sin ejército español, acabó por dejarnos las huestes más valientes y disciplinadas de Europa.

El Corregidor y Comandante general de Murcia reunieron cien hombres con sus oficiales y comandante, encargando al último el aniquilamiento y destruccion de la partida de Jaime Alfonso. Revistados por ambas autoridades, satisfechas éstas del aspecto que presentaban y dando al *Barbudo* toda la importancia que realmente tenía, despidieron al jefe y á la fuerza que mandaba con las siguientes frases:

—Va V. á un país en que no debe hacer uso de espía alguno, pues le engañarán, como sucedió hasta aquí. En los pueblos, cortijos y casas aisladas, en todas partes, obedecen al enemigo, y la mayor parte serian capaces de dejarse matar por él. Jaime Alfonso es valiente, sagaz y astuto; no le gusta el derramamiento de sangre, pero lo acepta como medio extremo, y si lograra sorprender á V., todo se habria perdido. Es indispensable, por consiguiente, mucha vigilancia, no descuidarse un solo instante y dudar de cuantas noticias den á V. los hijos del país. Si admite el reto, como es probable, la victoria es segura, teniendo en cuenta el número y calidad de los soldados que manda. Si huye y trata de fatigar la fuerza, corriendo de un punto á otro, fiado en el gran conocimiento que tiene del terreno, disponga V. de quinientos hombres más que le iremos mandando segun los pida, para que pueda dejar grandes destacamentos en puntos estratégicos, hasta lograr encerrarlo en un círculo de donde no pueda salir. Fíjese V. bien en mis últimas palabras, y dé á ese bandolero mucha importancia; todo el que lo trató con desden fué víctima de la destreza ó valor que tantas veces ha demostrado.

Dieron además al Comandante varias instruciones por escrito y un guía leal, enemigo de Alfonso y conocedor del terreno. Era un propietario que por orgullo no quiso pagar al *Barbudo* el impuesto, aquel le destruyó sus mieses, y por esta causa anhelaba vengarse.

Como se ve en la anterior reseña histórica, el Corregidor y Comandante general de Murcia, pero muy particularmente el primero, conocian á Alfonso, hicieron justicia á sus dotes y acumularon contra él lo indispensable para reunir la mayor parte de las probabilidades que debian asegurar el triunfo.

Los murcianos vieron todos aquellos preparativos, creyendo que serian suficientes á la realizacion del pensamiento que se habia propuesto llevar á cabo su Corregidor; unos sentian la suerte que le esperaba al bandolero, en tanto que la minoría gozaba pensando que les iban á librar del tributo impuesto por aquel. Y todos fijaron su mirada y pensamiento, aguardando con avidez las primeras noticias del aguerrido comandante perseguidor de Alfonso.

El jefe de la tropa, fijo en las últimas frases del Corregidor, creia que la estrategia de su hábil enemigo se reduciria á fatigar á la tropa con marchas y contramarchas por terreno accidentado, con ánimo de buscar una sorpresa, y de no hallarla, tenerlo siempre en jaque y nunca de frente. Al efecto alquiló muchas y buenas caballerías y lo necesario para vivir entre los montes bastante tiempo, y desde el primer instante concibió la idea de prender y castigar crudamente á todo el que se aproximara á él con falsas noticias ó fingido interés; pero nada de esto ocurrió, pues Jaime Alfonso, dominado por idea diferente, no le mandó espías ni agentes falsos.

Convencido el bandolero de la imposibilidad que le ofrecia asustar al Corregidor, y el ningun medio que habia de ganarlo, despues de largas meditaciones y de un maduro exámen, decidió dar una leccion á la tropa, vencerlos á todos y seguir dominando por el terror, ya que no le era dado otra cosa.

—Lo peor de todo sería,—exclamaba,—prolongar la lucha, pues ellos disponen de todos los recursos que tiene la nacion, miéntras que á mí se me irán acabando poco á poco, y es indudable que llegaria á quedarme hasta sin gente, en cuyo caso me encontraba perdido. Eso nunca. Yo no he provocado

el combate, me vienen á buscar y sería cobarde huir é insensato no aceptar. Despues que treinta hombres hayamos vencido á cien, elegidos uno por uno, entónces ya podré hacer lo que quiera. Hasta que llegue ese dia, no tengo otro remedio que batirme para vencer ó morir.

Desde este momento se dedicó con incansable afan al desarrollo de su idea, sin participar á nádie su plan. Por esta razon no halló el jefe enemigo cerca de él gente sospechosa á quien pudiera castigar, pues Alfonso, en cuanto hubo elegido posiciones, no escuchaba noticias ni mandaba agentes á parte alguna.

Le habia referido el anacoreta el hecho de Hernan Cortés, cuando en Méjico quemó los buques para cortar la retirada á las fuerzas que le obedecian. Le gustó mucho el pensamiento de aquel célebre general, y se propuso imitarle.

Halló, en consecuencia, un paraje en la sierra del Carche, próximo á la fuente del Algarrobo, que le ofrecia cuanto creyó convenir á su intento. Era aquel un sitio entre los montes que tenía la forma de rotonda, con una entrada difícil y sin ninguna salida por lo elevado y áspero de los montes que le circunvalaban. Su diámetro dos mil varas, formando su base cuatro barrancos que presentaban, en vez de planicie, cuestas, picos, honduras y una desigualdad, en fin, que era muy difícil andar por ella.

La entrada era un costado estrecho y sinuoso, y desde allí se dominaba todo el exterior de aquella semi-rotonda natural. Encerrado Jaime con su gente en tal paraje, se veia obligado á vencer á su enemigo ó á sucumbir todos, pues, como hemos dicho anteriormente, sólo se podia salir por la referida entrada.

En aquel sitio metió el *Barbudo* las provisiones necesarias de boca y guerra, en el fondo de un barranco situó á José García, improvisándole una cocina con piedras, en otro al cirujano con su botiquin, y á derecha, izquierda y frente de la entrada formó parapetos hábilmente construidos con peñas, tierra que mandó llevar del llano y el ramaje de varios árboles.

Aumentó su partida con dos indivíduos más, uno de ellos de orígen portugués, el cual adquirió á su lado alguna celebridad por su valor y destreza. Unidos estos á los dos mozos ó criados, que tambien podian manejar armas, contaba Alfonso con treinta guerreros, y además el cirujano y cocinero.

Con ellos habia formado el *Barbudo* sus parapetos, cocina y hospital, resguardados los dos últimos del fuego y en paraje tan seguro que era imposible llegasen las balas.

No admitió servicios de nádie de los de fuera; ocultó á todo el mundo el sitio elegido por él, aislándose luégo con su gente de amigos y enemigos.

Los parapetos eran quince, para situarse ellos de dos en dos; formaban un semicírculo dentro de la rotonda y frente á la entrada, á la distancia de cien á doscientas varas, esparcidos con todo el órden que le permitia la escabrosidad del terreno, pero dando preferencia á las alturas.

Cuatro dias esperó el *Barbudo* despues de tener concluida la obra y dispuesta su gente, y los empleó en ensayos que acabaron de adiestrar á sus compañeros.

Todo lo habia previsto el bandolero; se condolia de la sangre que iba á derramar, pero suponiendo que no era suya la culpa, estaba tranquilo, sereno y más valiente que nunca.

Colocó centinelas que se relevaban cada dos horas del dia y de la noche, daba doble racion de vino, buena y abundante comida, tenía un manantial de agua en la misma rotonda, é invitaba á su gente para que en los ratos de descanso cantara, riese, desechando de sí temor y tristeza.

El en cambio dormia poco, vigilaba mucho, y de continuo pasaba horas enteras observando en torno, desde una altura y con su anteojo de larga vista.

Sepamos qué hacía el enemigo.

Salió aquel de Murcia, segun hemos dicho, y en dos jornadas se acercó al Carche, haciendo alto en casa de un labrador bien acomodado, amigo del guía que llevaba, el cual le recibió con mucho placer, proporcionándole cuanto necesitaba. Allí situó su cuartel general, empezando desde luégo con

reconocimientos que él mismo dirigia y mandaba. Nádie le dió razon del *Barbudo*, pues ya hemos dicho que aquel se aisló para que amigos y enemigos ignorasen su paradero.

Al tercer dia de recorrer nuestro Comandante por la sierra del Carche, hubieron de llamarle la atencion varias detonaciones que oia á gran distancia. Siguió adelante y hácia el sitio en que escuchaba el fuego, no tardando en ver sobre un monte la figura del capitan de bandoleros, el cual lo atrajo con las descargas.

El jefe situó la tropa en paraje en que no pudiera ser sorprendida, y avanzó sólo.

Iba en un magnífico caballo, y con él llegó á doscientas varas de la boca de la rotonda.

Un centinela le detuvo en aquel sitio, quedando el Comandante sorprendido al verle armado de un fusil igual á los de sus soldados.

Jaime usaba un enorme trabuco, pero los restantes tenian los veintinueve fusiles que quitaron á la tropa en casa de Gregoria.

La inmovilidad del centinela, el anteojo de Jaime y la entrada de la rotonda convencieron al jefe militar que los bandoleros se habian encastillado entre aquel círculo de montañas, y exclamó:

—Saben que los busco, me esperan, y era cuanto yo deseaba. La posicion que tienen es buena, pero al fin son paisanos, cuento con cuatro soldados para cada uno de ellos, y cargándoles á la bayoneta puedo dar fin de todos. Aun cuando Jaime sea diestro, su gente no conoce ni puede resistir el empuje de la bayoneta. Si me dejaran aproximarme... probaré.

Y avanzó despacio, siendo detenido nuevamente por la voz de:

—¡Alto ó hago fuego!

El centinela se echó el fusil á la cara, y á la vez aparecieron á la entrada dos bandoleros más que apuntaron al Comandante.

Aquel volvió grupa, y escapó diciendo:

—Conseguiré mi deseo mañana, á cuyo fin voy á acabar de asegurarme.

Jaime, que espiaba desde la altura y con su anteojo todos los movimientos del jefe, exclamó:

—Es tan valiente como yo lo queria, y volverá pronto, ántes de lo que á él le conviene.

Y prosiguió mirándolo.

El otro llegó adonde tenía el destacamento de treinta hombres, y los hizo avanzar hasta ponerse á tiro de fusil del primer centinela. Este, al verlos tan cerca, se retiró á la rotonda, en union de otro que habia á la parte opuesta, apareciendo á la entrada Jaime Alfonso con su trabuco en la mano.

El Comandante preguntó al guía, que llevaba á la izquierda, si aquel círculo de montes tenía salida por la espalda ó por algun costado, y oyendo que no y que el del trabuco era el *Barbudo*, exclamó:

—No nos temen; se encastillaron allí, y nos aguardan. Mañana les saludaremos dignamente.

Y se retiró, en union de sus treinta hombres y el guía.

Estaba anocheciendo; Alfonso los vió partir, y luégo que la noche cubrió el monte con su negro crespon, dió su trabuco á Amorós, algunas instrucciones, y embozado en la manta desapareció de allí, saltando como la cabra y corriendo como el gamo.

Por trochas y sitios cási innaccesibles, logró el bandolero alcanzar á la tropa en el llano, un poco ántes que llegaran á la casa del labrador donde estaba el resto de la columna.

Era completamente de noche, la tropa tenía su guardia de prevencion, con un centinela á la puerta de la casa y otro frente al camino.

Alfonso observó esto, y, deslizándose como la culebra, ganó una tapia del corral, saltando á la parte adentro sin ser visto ni oido por nádie. Inmediatamente abrió la puerta que daba al campo, para en el caso de ser descubierto salir por allí y no perder tiempo volviendo á saltar la tapia, y luégo fué reconociendo el edificio en la parte que le era posible.

Notó con placer que la tropa se hallaba toda en la parte baja de la casa, y supuso, con razon, que en el piso principal estarian los oficiales y la familia del labrador.

Así era efectivamente, y el *Barbudo*, cogiendo una escalera de mano que habia en el extremo del corral, la fijó al pié de una ventana entreabierta y por la cual salia luz, escuchándose las voces de varias personas que se hallaban en aquella habitacion.

Alfonso habia llegado hasta el penúltimo peldaño, y en aquella parte de la escalera se hizo una rosca para poder oir lo que se hablaba y hasta ver á los que permanecian dentro.

Varios soldados salieron en este momento al corral, y Jaime se fijó en ellos, esperando ser descubierto por alguno y perdido; pero no sucedió así: entraban y salian sin ocurrírsele á ninguno mirar hácia arriba, no obstante cruzar todos á dos varas de la escalera, á cuyo extremo se hallaba el *Barbudo*.

Sereno Alfonso, más sin moverse y conteniendo hasta la respiracion, hubo de murmurar:

—¡Malditos, en qué instante les ha acometido á todos la misma necesidad! Si estuviera en el suelo, poco me importaria, pues de seguro corro y salto más que ellos; pero si me ven aquí arriba, no hay remedio, me cazan. Dios sea conmigo.

Y permaneció cinco minutos en actitud y situacion penosísimas.

Por fin entró el último, y oyendo cerrar la puerta, respiró con tranquilidad. Fija entónces su atencion en el interior de la estancia que espiaba, vió al Comandante, cuatro oficiales más, al propietario de Murcia que guiaba al primero y al dueño de la casa, el cual decia en estos momentos:

—Por mí no tenga V. prisa, señor Comandante; los tengo en mi casa con mucho gusto, hay localidad para todos, nádie puede venderle ni facilitar una sorpresa de las que tanto ambiciona el *Barbudo* miéntras se alberguen aquí; yo estoy satisfecho, y en verdad que me complaceria bastante cogiese al bandolero Alfonso, pues me proporciona mala vecindad.

—¡Ah, judío,—exclamó Jaime para sí,—de ese modo me

pagas las consideraciones que tuve contigo! Te aseguro que como salga bien de esta has de llamarme con razon mal vecino. No tienes prisa por quitarte de encima la carga; deduzco de tus frases que deseas obre con calma el Comandante para que asegure el golpe. No me dijiste á mí eso cuando llegué á tu casa; pero en lo sucesivo será otra cosa.

Y continuó escuchando más de media hora.

La postura de Alfonso era incómoda é insostenible mucho tiempo; el audaz bandolero hizo, sin embargo, esfuerzos sobrehumanos para permanecer de aquel modo hasta oir y ver cuanto necesitaba.

El Comandante describió la situacion de los bandidos en la parte que pudo distinguir; dijo que al dia siguiente, despues que comiera el primer rancho la tropa, caeria sobre el enemigo, añadiendo que estaba seguro del triunfo, áun cuando daba por hecho que perderia gente, teniendo en cuenta el valor de los bandoleros.

Terminó su relato con una descripcion detallada de los medios que iba á emplear en el ataque.

Se hallaba el jefe militar concluyendo su extensa explicacion, cuando de pronto se abrió la puerta del corral y salió corriendo un soldado, despues otro y seguidamente cinco ó seis. Era que retozaban; unos cuantos perseguian á los otros, y en este juego inconveniente para Alfonso, tropezó el primero que huia con la escalera, tirándole al suelo.

Jaime rodó, siendo descubierto á la vez.

—¿Quién eres?

Le preguntaron dos soldados.

—¿No me conoces, bárbaro?—exclamó el *Barbudo*, poniéndose en pié con dificultad.—Vuestros juegos me han roto esta pierna. Dejadme, á ver si puedo andar.

Y Alfonso fué cojeando hasta la puerta exterior del corral. Ya en el campo corrió como una exhalacion por el lado opuesto de donde estaban los centinelas. Los soldados del corral esperaron su vuelta, mas pronto se cansaron de aguardar, y prosiguieron su juego, sin cuidarse para nada de un incidente que

al principio les hizo reir y luégo no excitó en ellos interés alguno.

En cambio Jaime prosiguió su carrera hasta entrar en un pinar distante media legua de la casa. Allí se detuvo para cobrar aliento y exclamar:

—Averigüé cuanto deseaba, y me ha ocurrido lo ménos malo que podia suceder; vi saltar á aquellos beduinos, preví el caso, y he caido de pié, no sintiendo, por consiguiente, molestia alguna en mi cuerpo. ¿Con que no sabemos manejar la bayoneta, señor Comandante? Mañana te lo diré yo. Muy felices las cuentas, y en verdad que no opino yo de la misma manera. Lo que temo, lo que siento es la mucha sangre que se va á derramar. ¡Ay, cómo ha de ser; unos vienen al mundo para ocuparse de la felicidad de sus hermanos, y otros, cual furias infernales, hacemos lo contrario! ¡No quiero pensar en esto, porque si continúo, soy capaz de huir y hasta de dejarme matar! ¡Al monte, al monte!

Y corrió de nuevo, sin detenerse ya hasta que estuvo entre sus compañeros.

Sabiendo lo que pensaba el enemigo y no teniendo nada que temer por aquella noche, dió la órden para que se retirasen los centinelas, cenaron en el fondo de un barranco, y al concluir se envolvieron todos en sus mantas, quedando profundamente dormidos.

Alfonso no les dijo nada aquella noche de cuanto habia visto y oido, ni la causa de quitar los centinelas ni la del abandono á que se entregaban.

A las preguntas que le hicieron contestó con monosílabos, rehuyendo toda cuestion y explicaciones. Triste y meditabundo, permaneció sumido en sus propios pensamientos, hasta que, como sus compañeros, se quedó dormido.

Al amanecer fueron despertando; una hora despues almorzaban, y al concluir fué cuando Alfonso les enteró del acontecimiento que iba á tener lugar horas despues. Les dió instrucciones concretas, claras y terminantes, y subordinando la defensa al ataque que conocia y esperaba, ensayó á su gente,

quedando él muy satisfecho del resultado y ellos admirando á su capitan, el cual se presentaba mucho más hábil, entendido y diestro que el jefe de la tropa. Confiado éste en sus propias fuerzas y superioridad, desconoció á su enemigo; y desconfiando Jaime de todo, absolutamente de todo, espió personalmente á su contrario, segun hemos visto, averiguando el todo de su plan y hasta los menores detalles. No contento con esto, requirió á los suyos, para quedar satisfecho de su adhesion; y luégo en lo relativo á lo material, sin fatigarlos mucho, los estuvo ensayando más de dos horas, es decir, el doble de lo que buenamente podia durar la batalla. Despues comieron suculento arroz y abundantes magras, apurando dos enormes porrones de vino. Ellos quedaron hablando, y Jaime, completamente tranquilo, cogió su anteojo, subiendo con él á una altura, desde la cual dominaba el terreno que debia andar su enemigo.

Una legua ántes de llegar la tropa, la vió acercarse en buen órden, sin prisa y con las precauciones de una columna que va en busca de sus contrarios.

Alfonso los dejó avanzar hasta que estuvieron á un cuarto de legua. Entónces retiró los centinelas, colocando á los veintinueve en sus respectivos parapetos. Aquello era un castillo mucho más fuerte de lo que habia podido imaginar el Comandante.

Escondido en el barranco el cocinero, y con su botiquin, en otro paraje igual, el cirujano, dada la órden de que aquel que se sintiese herido bajase si podia al improvisado hospital, entonces fué cuando Alfonso les demostró que no habia otro camino que morir ó vencer.

—No tenemos escape alguno,—les decia;—el enemigo viene ya frente á ese cortado del monte, pronto estará sobre él; por ahí no se podrá pasar mientras queden soldados, y es inútil intentarlo por otra parte. Mirad hácia atrás, á derecha é izquierda, y notareis que no hay huida posible; vuestra salvacion está sólo en los veinticuatro cartuchos que tiene cada uno, y en último caso en las puntas de vuestras bayonetas. Apuntad

bien, no tireis hasta tener asegurada la víctima; se carga con prontitud, pero sin aturdimiento. Ante el peligro es preciso tener calma y sangre fría; la más leve torpeza ó confusion os hará perder lo que más vale en el mundo: la vida. Mi voz os guiará; no os movais ínterin yo no lo mande; mi trabuco derribará á cuatro de cada descarga, y estad seguros que venceremos si seguis en un todo mis instrucciones. Animo, valor y que sea lo que Dios quiera.

El círculo de los parapetos donde estaban los bandoleros era extenso, Jaime les habló desde el centro, forzando su voz para que todos le oyesen. Aquella se apagó, y nada más volvió á oirse; la tropa estaba ya cerca, pero venía sin sonar sus tambores y trompetas, y el choque de las pisadas no podia percibirse desde donde se hallaban los bandoleros.

Jaime, con la manta sobre los hombros en forma de chal y su enorme trabuco sujeto con la mano derecha, estaba ahora quieto, inmóvil en medio del cortado ó garganta, viendo con fría calma avanzar á la tropa.

De pronto se oyeron varios toques de una corneta, siguiendo á aquellos un silencio sepulcral, terrorífico.

En este instante se retiró Jaime, gritando:

—A tierra y preparad las armas, que ya estan ahí.

Y se colocó en el parapeto más próximo al cortado, junto á su hermano Pepe.

Un minuto despues volvieron á oirse varios golpes de corneta, se escucharon algunas voces, apareciendo encima del cortado ó garganta varios soldados en forma de guerrilla, pero nada percibieron. Los bandoleros estaban detrás de sus parapetos, ocultos completamente á la mirada y fuego.

Viendo el alférez que mandaba la guerrilla que los soldados no disparaban, avanzó, gritando:

—¡Fuego al que veais y adelante!

En el mismo instante se oyó un tiro que salió del fusil de Amorós, y el oficial cayó en tierra herido mortalmente. Los soldados dispararon tambien, pero al aire, pues no distinguieron á nádie; los bandidos les contestaron desde sus parapetos

con fuego graneado que tendió á nueve de los diez y seis que componian la guerrilla. Los siete restantes, entre los cuales iban dos heridos, huyeron, gritando:

—Están atrincherados, no se ve á ninguno.

Jaime exclamó, saliendo de su parapeto:

—Bien; pero esto no vale nada para lo que ha de suceder. Carguen los que hayan disparado.

—Ya lo hemos hecho.

Le contestaron.

—Calma,—añadió el *Barbudo*,—valor y buena puntería; no tireis como ellos. Mirad en esos infelices que han caido y en encontraros vosotros sin lesion alguna, la consecuencia de haber apuntado ellos á las piedras, no al enemigo.

Volvió á apagarse la voz de Alfonso, y éste, que no habia disparado su trabuco, se fué al cortado, quedando oculto detrás de una gran peña. A diez pasos tenía el espectáculo de los soldados que se revolcaban en su sangre, y Jaime apartó la vista con horror, fijándola en el grueso de la tropa, que estaba á quinientas varas de allí.

Al fuego y voces del *Barbudo* sucedió otra vez el silencio, interrumpido ahora á intervalos por los lastimeros ayes de los infelices que rodaron y yacian en la superficie de la garganta.

El Comandante oyó el relato de los primeros soldados que llegaron huyendo, y montando en cólera, exclamó:

—¡Malditos, se han encastillado como yo no creí! ¡Nueve en tierra y un oficial; dos más heridos! Mala furia se los trague. Capitan Soler, esos parapetos se toman á la bayoneta. Tenga V. en cuenta que no son más que veinticinco ó veintiseis bandoleros, la canalla que es y la deshonra que nos amenaza si no acabamos con todos! Avance V. con treinta hombres; detrás voy yo con el resto.

Y tirándose del caballo movió la espada; una corneta tocaba y treinta soldados corrian calada la bayoneta en direccion del cortado. Detrás iban los restantes, participando del brío y coraje de su jefe.

Jaime, resguardado con su peña, los veia avanzar; cuando

estuvieron cerca mandó á los suyos preparar las armas, supuso lo que iba á suceder, y les advirtió el peligro que corrian si no apuntaban bien, cargando de prisa é imposibilitando con fuego vivo y certero la llegada á los parapetos de los valientes veteranos que marchaban á paso de carga.

Calló el *Barbudo*, oyéndose luégo los toques de corneta y voces de los soldados que se acercaban.

Alfonso los dejó llegar á veinte pasos, en cuyo instante se puso en pié, y echándose el trabuco á la cara, barrió la primera fila de la tropa.

No fué un tiro lo que se escuchó; parecia un cañonazo, con el cual arrojó el *Barbudo* multitud de postas sobre su enemigo, que se detuvo y vaciló, contemplando un instante el destrozo que habia hecho el sólo tiro del audaz bandolero.

Jaime, sin detenerse á mirar las víctimas que causó, se fué á su parapeto, detrás del cual cargó de nuevo su trabuco.

La tropa vaciló, segun hemos visto; pero á las voces de sus jefes corrió de nuevo, entrando en la rotonda, ansiosa de sangre y exterminio. Llevaban la bayoneta calada y fueron á dirigirse á las trincheras; pero en el acto comenzó un fuego graneado tan certero y nutrido, que los contuvo y aturdió, dando lugar á que apareciera el jefe principal con los sesenta hombres que le quedaban.

Se oyó otro trabucazo descargado sobre los recien llegados, no obstante lo cual y de las nuevas víctimas que causó, la tropa, oyendo la voz de sus jefes, avanzaba hácia los parapetos en grupos de seis ú ocho hombres, sin que les obligara á detenerse más el terrible y certero fuego graneado de los bandidos.

Alfonso deshizo de otro trabucazo el peloton que se dirigia hácia él, y cargaba por cuarta vez, sin dejar por eso de gritar á los suyos y animarlos. Sus voces se confundian con las de los oficiales y los ayes de los heridos que yacian en tierra do quier.

Volvió á disparar su trabuco; la línea de parapetos hizo una descarga á quema-ropa, y seguidamente, obedeciendo la

voz de Alfonso, calaron la bayoneta, y abandonando sus trincheras, cargaron á su vez.

Un oficial, al frente de la última cuarta de soldados, gritaba en este instante:

—¡Fuego á los ladrones! ¡A ellos!

—¡Viva Jaime! ¡Viva el capitan!

Exclamaban á la vez los bandoleros, y como furias infernales se lanzaron sobre la tropa.

Alfonso tiró el quinto trabucazo sobre el grupo mayor, y retirándose al parapeto, cargó y volvio á disparar. Luégo cogió el fusil de un soldado de los que estaban en tierra, y unido á su hermano, sostuvieron la carga de los suyos con valor, entereza y acierto dignos de otra causa.

Más intencionados y con mejor puntería que la tropa, derribaron en tierra á todos los oficiales, incluso el Comandante, que cayó herido de un pistoletazo de Jaime, tirado á gran distancia.

Hemos dicho, y así es la verdad, que el terreno era muy escabroso y difícil, y esto daba una nueva ventaja á los bandoleros, que se habian ensayado y estaban acostumbrados á él, sobre la tropa, que lo desconocia completamente, por cuya razon no pudo durar mucho tiempo aquella lucha desesperada.

Antes de recurrir los bandidos á la bayoneta habian derribado con su certero fuego la mitad de los soldados que componian la columna; el cuadro que presentaban cuarenta y cinco ó cincuenta hombres en tierra, la falta de todos sus jefes, unido al valor de los ladrones, que saltaban como cabras sobre aquella superficie tan sinuosa y fatal, y el órden con que acometian, acabó de descomponer á la tropa, la cual se presentó en retirada inmediatamente.

Alfonso detuvo á sus secuaces para que no persiguiesen á los que huian, y corriendo él solo detrás de ellos, les gritó desde la garganta del monte:

—Soldados, dejad los fusiles ahí y volved por vuestros heridos. Soy Jaime Alfonso, y os juro no hacer fuego contra vosotros.



C. Mugica, dib.º y lit.º

Lit. de J. Donon. Madrid.

—Fuego á los ladrones! A ellos!
—Viva, Jaime! Viva el capitan!

Pero aquellos continuaron corriendo, hasta que, convencidos de que nádie les perseguia, se detuvieron cerca del llano. Reunidos luégo y á las órdenes de un sargento primero, con las precauciones necesarias, trataron de averiguar si era cierto que los bandoleros les permitian retirar sus heridos.

Renunciamos á describir los hechos de valor y terribles peripecias que hubo en sólo media hora que duró la lucha. Pronto serán las guerras un anacronismo, y á nosotros nos parecen ya el cuadro más cruel y salvaje de la humanidad.

Jaime, despues que hubo llamado á la tropa, volvió á la rotonda para reconocer á su gente. Ninguno estaba en tierra; pero cinco vertian sangre por heridas de bayoneta, seis le enseñaron varios arañazos, y tres se quejaban de haber recibido contusiones; más todos querian seguir en sus puestos. El capitan les obligó á bajar al barranco donde se hallaba el cirujano, el cual, auxiliado poco despues por el cocinero y por los ladrones que sólo recibieron rasguño ó contusion, comenzó á curar á los catorce.

Los quince restantes, con Jaime á la cabeza, cargaron para situarse acto continuo detrás de los parapetos.

Algo más tarde aparecieron en la garganta ó cortado el sargento primero, seguido de un segundo, tres cabos y cuarenta soldados.

Jaime asomó la cabeza por detrás del parapeto, preguntándoles:

—¿Qué quereis?

—Recoger nuestros heridos.

—¿Por qué venis armados?

El sargento primero tendió una mirada sobre el horrible cuadro que tenía delante, y no viendo un solo bandolero entre sus heridos y cadáveres, comprendió lo inconveniente de intentar ataque alguno. A su vez preguntó al *Barbudo:*

—¿Quereis efectivamente paz?

—Siempre la hemos deseado.

Le contestó Alfonso, y abandonando su parapeto, salió sin trabuco.

—Nada temais,—añadió;—bien me duele haber causado el daño que tengo delante, pero vosotros tuvísteis la culpa al intentar un imposible.

—¿Eres el capitan de los bandoleros?

Le interrogó el sargento.

—Sí.

—¿Y juras no hacer fuego?

—Por el Dios que nos oye. Pero abrevia, que nosotros te ayudaremos. ¿No te dá lastima oir esos ayes?..

—Tienes razon. Soldados, á tierra los fusiles, y vengan las parihuelas.

La tropa obedeció al sargento. Alfonso preguntó á éste:

—¿Teneis cirujano?

—No.

—Entónces retirad los cadáveres, y yo haré que curen aquí á los heridos.

—¿Quién?

Le preguntó el sargento sorprendido.

—El mejor cirujano que hay en esta comarca.

—¿Con qué?

—Con los ungüentos, drogas y bálsamos que él ha traido en gran cantidad.

—¿Dónde está?

—En aquel barranco, cuyo fondo no se ve desde aquí.

—Si eres tan humano como demuestras, hazlo subir al momento.

Alfonso mandó á tres de sus secuaces con órden de que abreviara el cirujano, llegando allí despues con el botiquin y la caja.

Interin se realizaba aquello, fueron colocando en angarillas al Comandante y oficiales y los siete soldados que estaban más graves, pues sólo llevaban doce camillas. A los restantes heridos los pusieron sobre las mantas de los bandoleros y en el paraje ménos sinuoso.

El *Barbudo* dejó sólo ocho hombres armados con Amorós, que salió herido, pero que ya le habian curado, é hizo

que los restantes sanos ayudasen al facultativo, haciendo él mismo de practicante.

Reconocidos todos, resultaron siete muertos y más de cuarenta heridos.

Jaime quiso dar sepultura á los primeros, pero el sargento dijo que no era esa la costumbre, y en obsequio á la brevedad los mandó quemar.

El cirujano empezó por el comandante hasta concluir por el último soldado. Extrajo balas, colocó multitud de apósitos, y á las nueve de la noche acababa su operacion, en la cual empleó más de cinco horas.

Habia sólo cinco heridos de gravedad; los demás no ofrecian tanta, y algunos de ellos, incluso el Comandante, se encontraban bien, gracias á la oportunidad y á lo admirablemente que fueron asistidos.

Incansable Alfonso y más humano que ninguno de los que estaban allí, sin dejar de ayudar al cirujano, dispuso que formaran parihuelas con los fusiles de los soldados y las mantas de sus bandoleros, ofreciendo á las nueve y cuarto un abundante rancho á los cuarenta y cinco hombres que estaban sanos.

A la vez, y en otro grupo separado, cenaron los bandidos, valiéndose al efecto del resplandor que les prestaba una inmensa hoguera que encendió en la garganta del monte. El cocinero que llevó, auxiliado por dos bandoleros, habia preparado, miéntras curaban los heridos, la comida que ahora daba Alfonso.

A las diez de la noche todo estaba terminado. Jaime se acercó entónces al Comandante, preguntándole:

—¿Se siente V. mejor?

—Sí, estoy bien.

—¿Dónde quieren ustedes ir?

—A la casa de campo de donde hemos venido. Yo puedo llegar en mi caballo.

—Perfectamente.

Y separándose, mandó acercar el cuadrúpedo del Coman-

dante, y cogiendo él al jefe en brazos, lo colocó sobre el potro, á pesar de la resistencia de aquél, que deseaba subir solo.

Diez de los restantes heridos podian ir á pié, y los demás fueron trasladados en angarillas por los soldados y diez bandoleros, entre los que iban Jaime y el cirujano.

Antes de marchar se acercó el *Barbudo* á Amorós, y le dijo:

—Vosotros os dirigis al cortijo de la *Rubia*, mandando que inmediatamente se acuesten nuestros heridos. Puesto que tú lo estás tambien, que te reemplace Manuel. Llevaos las provisiones que nos quedan. Sólo dista media legua de aquí y podreis llegar fácilmente. Cuando yo despache con éstos, me incorporaré á vosotros.

Quince minutos despues sólo quedaban en la rotonda la sangre de las víctimas, lumbre, y el humo que se elevaba en pequeños torbellinos que impelia el aire.

Los bandoleros no dejaron nada de cuanto les pertenecia; la tropa se llevó tambien el armamento de los muertos y heridos, y entre los cincuenta y siete sanos, soldados y bandoleros, trasportaron los efectos de que hemos hecho mencion y los heridos que no podian ir por su pié.

Descansando unas veces y mudándose otras, llegó á la una de la noche á la casa de campo aquel cortejo semi-fúnebre.

Jaime se despidió del Comandante y oficiales, estrechó la mano del sargento primero, y separándose con el cirujano, le dijo al oido:

—Quédese V. con su botiquin al cuidado de esos infelices.

—¿Y tus heridos, Alfonso?

—¿Hay alguno de cuidado?

—No, pero necesitan asistencia.

—Tome V. esas dos onzas de oro; por la mañana le mandaré mi caballo, y va y viene desde aquí adonde estemos cuando el cuidado de estos pobres se lo permita.

—¿Adónde os hallaré?

—En el cortijo de la *Rubia;* atravesando la sierra sólo dista una legua de muy mal camino.

—Allí me tendrás al mediodía.

Jaime dió el último adios á los enemigos, desapareciendo con sus diez bandoleros. Aquella despedida fué triste, cási lúgubre; el bandolero los venció con la fuerza material y luégo moralmente, presentándose tan generoso y humano como ninguno pudo imaginar. Nada les habia quitado, ni un solo fusil; les dejaba sus mantas, y él y los suyos contribuyeron poderosamente, en union del cirujano, á que el número de víctimas fuese menor, á que los restantes recibieran un auxilio oportuno y eficaz.

El Comandante juraba en estos momentos no volver á desnudar su espada contra Jaime; no por temor á su valor y destreza, sino admirando una conducta tan noble y generosa. Los oficiales lo elogiaron tambien, y el sargento primero decia que aquel bandolero era más hombre en todos conceptos que cuantos conoció hasta entónces.

Alfonso llegó, seguido de los suyos, al cortijo de la *Rubia* rendido y fatigado. Preguntó por el estado de sus heridos, y siendo satisfactorio mandó á un colono que llevase el caballo, que tenía cerca de allí, al cirujano. Despues hizo que todos se acostaran, y él se dejó caer sobre un colchon, donde permaneció llorando más de una hora.

—¿Si seré yo como el cocodrilo?—se decia.—¡Cuánta víctima; qué de sangre! ¡Y eso es la guerra, Santo Dios! ¡Y quieren la guerra los hombres, y por una disputa entre monarcas se enciende la guerra en dos imperios! ¡Qué bárbaros son; qué bárbaro he sido! ¡Cuántas madres llorarán mañana, cuántos infelices sufren ahora los agudos dolores de sus heridas! ¡Al uno le cortarán una pierna, al otro un brazo, y todo por culpa mia! ¡Y á eso se llama valor, y se premia, y se cubre de gloria el que lo hace! ¡Madre mia, qué tigres somos los hombres, qué feroces, qué malvados! Aun me parece oir aquellos ayes tan lastimeros; unos pedian confesion, otros agua; sus gritos partian el corazon del que los escuchaba; se revolcaban en su sangre y muchos maldecian, juraban!.. ¡Ah, qué horas tan terribles! Ya no tiene remedio; es imposible deshacer lo hecho; de lo contrario, con mi sangre redimiria aquella! ¡Pobres soldados, en qué poco tiempo y por qué causa perdieron la vida, cuando

estaban en lo mejor de su edad, en el período de las ilusiones! ¡Y yo, cruel é inhumano, qué habia de hacer! ¡Pretendieron convencerme á tiros de que no debia robar, y á tiros les probé yo que podia! ¡Ya lo ven como puedo! ¡Qué bárbaros los unos y qué bárbaros los otros! ¡Cuándo dejaremos de serlo; cuándo el hombre de las grandes ciudades cesará de imitar y hasta de sobreponerse á los salvajes de América, á esos de que me ha hablado Pablo! Terribles leyes que autorizan el asesinato; funestos hombres, monarcas ó gobiernos, que por soberbia, vanidad ó ambicion conducen á la muerte á millares de infelices que ántes les dieron lo ganado con el sudor de su frente, y, no satisfechos todavía, les arrancan la existencia! Mi educacion fué mala, ruda y apenas leí; pero un sentimiento íntimo, profundo, me dice que los más no debieran ofrecer sus vidas en aras del capricho de los ménos! ¿Por qué vendrán unos al mundo con poder tan omnímodo y otros como inocente rebaño de obejas? ¡Qué ideas, qué pensamientos! ¡Oh, los del Penitente! A dormir; voy á intentar atraer el sueño, que arde mi frente, me abraso y sufro lo indecible. ¡Ay!

Jaime continuó mucho tiempo todavía dando vueltas sobre su duro lecho. Era ladron, pero no asesino ni *matador de oficio*. Por eso le repugnaba tanto herir á sus contrarios; oyó á Pablo, é instintivamente juzgaba la guerra un crímen, pues de otro modo era imposible en Alfonso y en su época comprender y odiar la lucha, el exterminio y la destruccion, innatos en las costumbres de pueblos que se apellidan cultos con el mismo derecho que nosotros pudiéramos juzgarnos obispos. Cultura habrá cuando el hombre eleve todas sus cuestiones al razonamiento de la inteligencia, obedezca sólo á la idea y se incline ante la verdad. Donde haya conquistadores que roben á tiros, gente que arguya á balazos, ó personas que fien su derecho á la fuerza bruta, no existirá cultura, humanidad ni perfeccion en el sér que se tiene por lo más sublime del universo.

Si sólo estudiáramos al hombre en el campo de Agramante, sería lo más despreciable y funesto que hallásemos en los tres reinos de la naturaleza.

CAPITULO XXVIII.

Consecuencias de la batalla.—Los dos generales.—La tregua.—Cambio forzoso.

Jaime durmió poco, soñó mucho, y al salir el sol se levantaba en estado febril. Buscó aire fresco, nuevas ideas en un cerebro que perdia el equilibrio, y cuando el ambiente de la mañana y algunas reflexiones juiciosas lo hubieron tranquilizado, volvió al cortijo, visitando con afan á sus heridos, que halló bastante bien. Aquellas naturalezas, tan fuertes como las rocas que les daban asilo, prontó sanaron; mucho ántes que el espíritu de Alfonso, el cual sufria ahora atormentadoras heridas.

El cirujano no pareció por allí hasta cerca de anochecido. Cuando acabó de reconocer y curar á los de Jaime, le preguntó éste con interés:

—¿Cómo están esos muchachos?

—Bien, muy bien; no creí hallarlos en tan buen estado.

—Son de bronce; verdad es que la vida nuestra no es para otra cosa.

—Cierto.

—Amorós queria levantarse y no le he dejado.

—Los cinco tienen fiebre, pero mañana se verán libres de ella. Que sigan con dieta y tranquilidad, y todo será cuestion de dos ó tres dias.

—¿Y el Comandante, los oficiales y soldados?

—Allí hay de todo, Jaime; algunos están mejor; mas creo que morirán un oficial y dos ó tres indivíduos de la clase de tropa. Esta mañana amputé una pierna y un brazo, y esa fué la causa que me obligó á tardar tanto en venir á verte.

—¿Les falta algo? ¿Están mal en aquella casa?

—No; la fatalidad es que algunos recibieron heridas graves, y las hay de esas que sólo Dios las cura.

—¿Qué dicen de mí?

—La mayor parte aplaude tu humanidad y buenos sentimientos.

—¿Y el Comandante?

—Se encuentra más aliviado; ese sanará pronto.

—Cuando esté bueno, quiero hablar con él sin testigos; dígaselo V. de mi parte.

Ambos siguieron conversando, partiendo luégo el facultativo con ánimo de volver al dia siguiente.

Alfonso se encontraba entre lo más áspero de la sierra del Carche, país sano, tenía víveres para algun tiempo, y abrumado por el recuerdo de los soldados que mató, no pensaba salir de aquel paraje en mucho tiempo.

Al cuarto dia del combate sus heridos entraron en convalecencia, y al sétimo les mandó el cirujano que hicieran lo que tuviesen por conveniente, toda vez que se hallaban tan sanos y tan fuertes como él. Ocurria esto á las doce de la mañana, y ántes de marchar el facultativo llamó aparte á Alfonso, diciéndole:

—Curó el Comandante, le dí el recado que me encargaste, y te espera esta noche á las diez. Puedes ir solo, que me ha empeñado su palabra de honor de no atentar contra ti.

—Me alegro; asegúrele V. que no faltaré á esa hora y que me presentaré sin armas.

El facultativo desapareció de allí, y Jaime pasó el dia entre su gente, cuidando de que no hiciesen excesos de ningun género los que acababan de sanar ó de curar sus heridas.

A las nueve los dejó á todos acostados, y embozándose en

la manta, marchó solo é indefenso, despues de haber dado órden de que no le esperasen hasta el siguiente dia.

Por terreno escabroso y en noche bastante oscura cruzó el *Barbudo* en una hora escasa la distancia que le separaba de la casa de labor, donde seguia acuartelada la tropa que poco ántes se batió contra él. Al aproximarse Alfonso bañaba su rostro un sudor frío; palpitábale el corazon con violencia, sintiendo un malestar inexplicable. Creia entrar en un hospital, y le pareció oir los lastimeros ayes de las víctimas que inmolara su valor; pero sucedió todo lo contrario; halló paseando á la puerta al cirujano, que lo condujo á la habitacion donde estaba el Comandante, dejándolo solo con él.

Jaime no habia escuchado lamento alguno, ni vió camas ni otras personas que al cirujano y al jefe militar, que le dijo:

—Siéntate, Alfonso, y dime lo que quieras, seguro de que te voy á escuchar con gusto.

—¿Cómo se encuentra V. de su herida?

—Muy bien; me tiraste á gran distancia, la bala era de pistola, la extrajeron con facilidad y ya sólo conservo de aquel dia una leve cicatriz.

—¿Me vió V. acaso apuntarle?

—Sí.

—¿Le extrañará mi visita?

—Eso no es del caso. Te he dicho y repito que me complace hablar contigo. ¿Qué deseas?

—Quisiera evitar nuevo derramamiento de sangre.

—Yo tambien, y estoy haciendo lo posible porque así suceda.

—¿Cree V. poderlo lograr?

—No; las autoridades de Murcia tienen empeño en acabar contigo. ¿Por qué no abandonas ese oficio, Jaime?

—¿Por qué no deja V. el suyo, Comandante?

—Hombre, mi carrera es muy honrosa y no tengo otra.

—¿Honroso llama V. al hecho de conducir los hombres como ovejas al matadero, sin perjuicio de proporcionarse nuevas

víctimas á cada momento? Mi oficio es malo, efectivamente, muy malo, pero el de V. es peor.

—¿Qué estás diciendo, insensato? La gloriosa carrera militar...

—¡Gloriosa! ¿Qué entiende V. por gloria?

—Alfonso, te reconozco valor y destreza, pero tu ruda educacion te impide conocer la sociedad en que vives y entrar con fundamento en una cuestion donde en vez de razonar deliras.

—Cierto, señor Comandante, que pasé mi infancia en el monte y entre cabras. ¡Ojalá que hubiera seguido allí hasta la muerte! Cierto que, ignorándolo todo mis padres, nada pudieron enseñarme. Mi educacion fué, á no dudarlo, ruda, cási salvaje. ¡Mira la sociedad con una indiferencia tan grande á los que riegan con el sudor de su frente el pan que ella come; á los que engordan las aves y los carneros que figuran en sus festines; á los que les construyen casas, palacios y alcázares!.. Para haber ido yo á la escuela, hubiera tenido que andar cinco leguas al dia, y tan ímprobo trabajo me proporcionaria únicamente recibir lecciones de un maestro cási tan ignorante como yo. No fuí, pero mozo ya, la naturaleza me dió un corazon de hierro, algo en la cabeza, y aunque no mucho, estudié y aprendí. Andando el tiempo hallé en el camino de la vida un hombre que sabe más que V., Comandante; fué general, visitó colegios, y hubo de cruzar tantas tierras y mares, que con dificultad habrá un rincon en el mundo que él no haya visto y estudiado. Encanta cuando habla; seduce, convence, y cuando no, subyuga. Simpatizamos; la razon puede que sea el que éramos antítesis el uno del otro, y como los extremos se tocan, nos fuimos acercando y luégo nos entendimos. Pues bien, señor Comandante, junto á ese anciano sábio y venerable aprendí yo tanto por lo ménos como V. sabe. Así es que todo cuanto digo tiene fundamento de causa, y en verdad que si rehusa V. entrar en alguna cuestion conmigo, creeré firmemente que no es mi ignorancia la que le impide debatir, sino la suya.

—¿Quién es ese anciano, Jaime?

—¡Ay, Comandante, si yo no puedo ni áun tener amigos ni protectores; si alguno me favorece, en vez de hacer pública su generosidad, tengo que ocultarla ó callar su nombre para que la sociedad no lo maldiga! ¡Como si el enseñar á un ignorante ó socorrer al desgraciado tuviese reglas y condiciones especiales! Yo creí que la caridad debia ejercerse sin límite, siempre que fuera dirigida al infortunio; pero la sociedad, que es un conjunto de males con muy poca mezcla de bienes, me dice lo contrario y anuda en este momento mi lengua.

—¡Qué ideas en un bandido; qué reflexiones, qué crítica!

—Pues ahí verá V.

—Pero eso no destruye el axioma de que el ejército es la primer gloria de la nacion.

—No podemos entendernos si V. no contesta á mi primera pregunta, que ahora repito: ¿qué entiende V. por gloria, señor Comandante?

—Hombre, la que se adquiere en los combates, la que dan el triunfo y la victoria.

—Luego entónces adquirí yo mucha venciéndolos á ustedes hace ocho dias.

—Si no fueras bandido, indudablemente.

—Yo no les he robado á ustedes; léjos de eso, les ofrecí una cena, regalándoles veinte mantas, todo lo cual me ha costado cien duros.

—Un ladron, áun cuando se meta á generoso, no puede dejar de ser ladron.

—Sepamos: ¿qué era Napoleon para los españoles? ¿Qué fuimos nosotros para los italianos, alemanes, y muy particularmente para los americanos?

—¿Y lo que les llevamos?

—¿Y lo que nos hemos traido? La conquista es el robo.

—Eso nada tiene que ver con el heroismo, con los hechos de valor.

—Luego soy yo un héroe que venció á ustedes.

—Algo vales cuando yo te estimo y considero segun estás viendo.

—Pues mire V., yo me creo un asesino; un asesino que no mata á traicion, pero que privó de la existencia á infelices que no le conocian ni le odiaban, y que si le buscaron fué porque les impusieron pena de la vida por la más leve desobediencia.

—¡Vaya unas ideas, Alfonso!

—Señor Comandante, la guerra es una barbaridad, y la batalla una obcecacion que convierte al hombre en fiera más dañina, intencionada y cruel que la hiena y el tigre.

—Me asombras, Jaime.

—Lo que debiera es convencerle á V., porque le estoy diciendo la verdad. Un gobierno ó rey, lo mismo da, que declara á otro la guerra, convierte á miles de hombres, que serian léjos de él excelentes ciudadanos, padres de familia, caritativos y hasta humildes, en verdugos... ¿se asusta V? en asesinos...

—¡Jesús, qué delirio!

—¡Jesús, qué obcecacion, qué falta de criterio!

—¿Eso me dices?

—En castellano, que no sé otro idioma.

—¿No cambiarias tú el trabuco y jefatura de tu partida por las dos charreteras de un capitan? ¿Qué digo, por las jinetas de un sargento primero?

—No, señor; hoy, ni por la faja de general; que yo al matar obedecí sólo al instinto de conservacion y á mi conciencia, pero ustedes matan... vamos, matan como... No quiero decirlo, porque es muy durilla la frase.

—Me lo figuro; mas te han enseñado una doctrina, Jaime, que no está en armonía con nuestras costumbres, con las leyes del país ni con la creencia del mundo.

—Tambien es verdad; pero eso no prueba que tengan ustedes razon. La gloria de las batallas, el triunfo de los combates sólo producen destruccion, sangre y víctimas: por los efectos puede V. conocer las causas.

—Alfonso, no hablemos más de eso; cuentas con buena imaginacion, te expresas bien y yo te oiré con mucho gusto en otra cuestion cualquiera.

—¡Tiene razon, Pablo; el presente es de ellos, el porvenir nos pertenece á nosotros, pero no lo veremos; trabajamos para nuestros hijos!

—¿Qué quieres decir? ¿Quién es ese Pablo?

—Nada, nada; me voy á contraer al objeto que me trae aquí. Segun me ha dicho el cirujano, juró V. no desnudar su espada contra mí, en cuyo caso dejamos los dos de ser enemigos. ¿Es cierto?

—Sí, Jaime; tu conducta despues del combate, los servicios que nos has prestado y la humanidad que demostraste, me imposibilitan atentar contra ti en el resto de mi vida. Léjos de ensañarte con un enemigo que no pensaba dar cuartel á sus contrarios, más previsor que nosotros, nos proporcionastes un facultativo y botica, sin los cuales ignoro lo que hubiera sido de nosotros entre aquellas ásperas montañas.

—Muy bien; mas la autoridad de Murcia, en agradecimiento á mi noble conducta, tendrá ya dispuestos otros cien hombres para mandármelos y que sufran la suerte de los anteriores; ¿me he equivocado?

—No; quiso que vinieran quinientos, lo que hubiera tenido efecto á no impedirlo yo. Comprendo la intencion que te obliga á hacerme esa pregunta, y voy á satisfacer tu deseo, Jaime, que te debo mucho y soy agradecido.

—Hable V., por la Vírgen, que yo sólo anhelo evitar nuevo derramamiento de sangre. Eso que V. llama triunfo y gloria, á mí me parece lo más horrible y cruel de la tierra.

—Esperé tres dias posteriores al del infortunado combate, con objeto de que llevase el parte que yo debia dar á las autoridades de Murcia, uno de mis oficiales, herido como yo, pero más levemente, y el que pudo por esta razon partir á la ciudad con prontitud. Además del parte oficial llevaba instrucciones verbales relativas á impedir que me trajese más fuerzas y continuara la descabellada pelea que en mal hora empezamos.

El Corregidor y Comandante general quedaron asombrados al leer mi oficio y escuchar el relato del portador. Como todos los que mandábamos quedamos fuera de combate, y en la tropa hubo tanta baja, no pudieron ni por un momento tan sólo juzgarnos cobardes. Así es que no explicándose tu valor, destreza y prevision, me culparon á mí, suponiéndome poco ménos que imbécil; pero el oficial que les oia me hizo justicia, á vosotros tambien, y al asombro de los primeros momentos reemplazaron la ira y el despecho. Quisieron, en consecuencia, mandar quinientos hombres con órden de no retroceder un paso miéntras quedase un bandolero; mas yo habia previsto esa intencion, y mi representante se opuso á nombre mio, dando al efecto poderosas razones que por el pronto los contuvo. Esta noche saldremos todos, á cuyo fin tengo ya las camillas y gente indispensable para conducir los heridos. Acamparemos mañana en despoblado para dar descanso á la tropa, y pasado mañana por la noche entraremos en la ciudad.

—¿Y á qué conduce la prisa y tanta reserva como indica la forma en que se retiran ustedes?

—Conviene que yo llegue pronto para dar más explicaciones y contener; y no es acertado dar publicidad á un hecho tan funesto y desgraciado.

—Perfectamente; cuando triunfan ustedes, aumentan las pérdidas del enemigo, disminuyen las suyas, y de exageracion en exageracion caminan hácia el soñado paraíso de la gloria. Pero cuando pierden, enmudecen, y cubiertos con la máscara de la hipocresía, marchan hácia el lóbrego y oscuro subterráneo de la ignorancia y el olvido.

—Esa es la costumbre y todos lo hacen.

—No me extraña; la gloria cogida entre la humeante sangre y el lastimero quejido de las víctimas, debia tener por hermano á la derrota adornada con su negro é hipócrita traje; las dos son hijas de un mismo padre y se parecen como gemelas.

—Pues siempre fué lo mismo, Alfonso.

—Eso sólo justifica el terrible adagio que dice: *la costumbre puede más que la razon.*

—Y es lo peor, Jaime, que miéntras el corazon humano no varíe, continuaremos como hasta aquí.

—Se equivoca V.; la materia obedece al entendimiento; cuando las ideas cambien se modificarán las costumbres, y ha de llegar dia en que el hombre vea negro, que es su verdadero color, el cuadro que ántes contemplaba de rosa.

—Y eso, ¿cuándo sucederá?

—Pronto; no lo presenciaremos V. ni yo, pero nuestros hijos, ó á lo más nuestros nietos, pensarán como le acabo de decir.

—Alfonso, miéntras haya tigres como Napoleon, saldrán héroes como Daoiz y Velarde y el sinnúmero que siguieron á estos en la gloriosa guerra de nuestra independencia nacional.

—El tigre por sí solo no nos hubiera mordido; lo hizo porque contaba con miles de ovejas que llevaba al matadero en alas de un pensamiento inhumano y cruel. Dia llegará en que los esfuerzos de la fiera se estrellen en la impotencia á que la condenarán el desprecio y desden de las ovejas.

—Te comprendo, Jaime, y estás obrando una revolucion en mis ideas. ¿Quién es ese anciano que te enseña cosas tan buenas?

—El hombre más infortunado que conocí; un victorioso general de ayer, víctima hoy de su antigua irreflexion.

—¿Y robas tú, sabiendo todo eso?

—Sí, señor; lo encontré tarde; cuando me habló por primera vez ya no podia retroceder; pero algo evitó; sin empaparme yo en su escuela, hubiera concluido sanguinario, y de serlo, esta comarca, que me estima y considera, estaria convertida en una charca de sangre humana, donde apagase su sed el tigre Alfonso. Estoy molestando á V. demasiado; le ruego me perdone, y si lo tiene á bien continúe hablando sobre su marcha á la capital.

—Sea. Agradecido yo á la conducta de mi generoso vencedor, ya en Murcia influiré cuanto me sea posible porque no

se vuelva á repetir el combate de hace ocho dias. Eso es todo; si no lo logro, quiero que sepas al ménos que no he tenido yo la culpa, pues repito que me venció tu generosidad mucho más que tus balas y bayonetas.

—Muy bien; para que lleve V. noticias con que robustecer su idea, debo decirle que conozco perfectamente el arte de pelear en guerrilla, que esta comarca me obedece, teniendo armas, dinero é influencia; si se me obliga regimentaré mil montañeses, fuertes como la roca de su país, y cuantos vengan á esta tierra perecerán.

—Lo haré presente, Alfonso, pero no pierdas de vista que eres bandolero y que las autoridades no pueden humanamente dejar de perseguirte. ¿Por qué no piensas en un indulto?

—Somos ya tantos... En fin, me ocuparé de eso con el mayor interés, si me dejan en paz.

Los dos continuaron hablando hasta las tres de la madrugada, en que Jaime desapareció para dormir dos horas en el monte debajo de un pino y correr luégo en busca de su partida.

El Comandante cumplió su palabra, saliendo la noche siguiente para Murcia en la forma expuesta. Le acompañó el cirujano hasta las puertas de la ciudad, en cuyo instante se retiró, sin que le fuera dable al Comandante hacerle tomar ni un maravedí. Dijo que le pagaba Jaime, el cual le habia prohibido que aceptase dinero de sus enemigos, y ni pública ni reservadamente quiso nada.

Los heridos fueron trasladados al hospital, el jefe de la fuerza tuvo varias entrevistas y acaloradas discusiones con el Corregidor y Comandante general de la provincia, en todas las cuales cumplió con creces la palabra que habia empeñado á Jaime.

Las autoridades ocultaron cuidadosamente el acontecimiento de la rotonda, pero fué á Murcia un parte detallado de lo acontecido, se sacaron quinientas copias y todo el mundo supo la verdad.

La idea era de Alfonso, y los propaladores todos sus amigos y cómplices. Desde ese momento infundia terror hasta en

los más valientes el nombre del *Barbudo*, única cosa que se propuso el audaz bandolero al extender tanto el mencionado parte.

Era muy pequeño para la ambicion de Jaime el reducido espacio que ocupaba el cortijo de la *Rubia*, y cuando tuvo la seguridad de que á ninguno de los suyos que recibieron heridas les podia parar perjuicio, se dió nuevamente á luz con sus veintisiete hombres y el cocinero, pues habia despedido á los dos criados.

En estos dias tuvo efecto el hecho de *los dos borricos arrojados á la sima*, de que tantos comentarios se hicieron, y el que vamos á referir á nuestros lectores tal como aconteció:

Llevaba Alfonso cuarenta y ocho horas de estar entregado á sus anteriores correrías, pensaba poco en el indulto y mucho en buscar una ocasion de vengarse del acomodado labrador que ofreció al Comandante cuanto quisiera para el exterminio de su partida. Como él por su parte nada intentó jamás contra aquel hombre, y las dos ó tres veces que se habia detenido en su casa le trató con todas las consideraciones posibles, le desvelaba la idea de que dicho sujeto, léjos de corresponder á sus atenciones, se ensañó con él sin causa ni motivo.

—Dice que le presto mala vecindad,— exclamaba,—y jamás le ofendí; el maldito me ha faltado, y yo necesito hacer algo contra él.

Toda la generosidad de Alfonso, que era bastante, no rebajó un quilate de su instinto de venganza; era su gran defecto, la pasion que jamás pudo dominar.

Fija en su mente la idea de dar una leccion al labrador, examinó á un vecino suyo, averiguando que aquel era gastador, y que por lo general rara vez tenía en su casa cantidad alguna de consideracion. La permanencia del Comandante y la tropa en su vivienda le habian hecho tomar dinero prestado, viéndose en la necesidad de vender dos machos, que tenía en mucha estima, para pagar la deuda contraida.

Con estas noticias, Jaime formó su plan, y unido á sus compañeros, se situó en un punto del camino próximo á la ca-

sa del labrador y cerca de un barranco que por lo profundo le llamaban los del país la *Sima negra.*

A las dos horas de estar allí vió venir Alfonso hácia él lo que esperaba. Este era un pobre arriero anciano, el cual conducia sin carga dos pollinos, que, á juzgar por lo flacos, debian estar condenados á comer poco y á trabajar mucho.

El *Barbudo* le detuvo con las siguientes frases:

—Acércate, arriero; soy Jaime Alfonso. ¿Adónde vas?

—¡Jaime, el *Bueno*, el *Generoso*! Pues vamos, yo regreso de Murcia, y me voy á mi casa para descansar hoy y prepararme á hacer otro viaje.

—¿Qué llevas á la ciudad?

—Segun; unas veces arroz, otras bacalao, y cuando no puede ser otra cosa, vino.

—¿De qué capital dispones?

—No sé lo que me dices, Jaime el *Bueno.*

—El dinero que empleas en el arroz, bacalao ó vino, ¿es tuyo?

—No, hijo, no; me dan lo que pido, eso sí, porque llevo cuarenta años cumpliendo bien; vendo, pago y vuelvo á tomar lo que necesito.

—Muy viejo estás ya para un oficio tan penoso.

—Pues es lo peor que á mis borricos les va sucediendo lo mismo, y me temo una desgracia, porque el dia que se mueran se concluyó el oficio.

—¿No tienes ningun hijo?

—Siete.

—¿Por qué no te ayudan?

—Unos están casados y otros sirviendo al rey; nos hemos quedado mi mujer y yo solos.

—Y de ahorros, ¿cómo estás?

—Nada, lo comido por lo ganado. Con las enfermedades y los casamientos de mis hijas, me quedé sin un cuarto.

—Nunca me pediste nada y ya te habrán dicho que yo no me niego cuando se trata de un pobre como tú.

—Ya sé que haces muchas limosnas; por eso te llaman

unos Jaime el *Bueno* y otros el *Generoso*. Yo hasta ahora pude bandearme y por eso no te busqué; pero en muriéndoseme un borrico no tendré otro remedio que recurrir á ti.

—Muy viejos y estropeados están, arriero.

—Ya no puedo montar en ninguno cuando van de vacío. Antes iba andando, pero volvia sobre ellos; ahora que empiezan á faltarme las piernas, ya ves cómo vengo.

—Estos no viven ni un año con el mucho trabajo que tú les das y lo poco y mal que comerán...

—¡Ay, tienes razon!

—Hagamos una prueba con ellos; quita esos costales y manta que tienen encima.

—¿Para qué?

—Obedece, hombre.

—Ya están.

—Arréales ahora, y veamos si pueden subir esa cuesta.

—Trabajillo les va á costar.

Y el pobre arriero castigó á sus pollinos hasta hacerles ascender á cinco varas del borde del precipicio ó barranco. Al llegar allí, dejó de castigarlos, preguntando:

—¿Ves con qué trabajo han subido? De aquí no pasan ya.

—Trae esa vara. ¡Pues no los tratas con poco mimo!

Y Alfonso empezó á descargar crueles palos sobre los escualidos jumentos, sin hacer caso de las voces del amo, que le decia:

—¡Por Dios, Alfonso, que los vas á matar; que me pierdes; que son mi única hacienda! ¡Alto! ¡Detente, que está ahí el barranco!

Cuando el *Barbudo* los tuvo al borde, empujó primero al uno y luégo al otro, hasta arrojarlos al fondo de la sima. donde llegaron muertos.

El infeliz dueño rompió en un llanto amargo.

—¡Me has perdido!—decia.—¡Y te llaman el *Bueno*, el *Generoso!* ¡Qué va á ser de mi pobre mujer, de mí, tan viejo como estoy! ¿Qué te hice yo, Jaime? ¿Por qué eres bueno con los demás y tan infame conmigo? ¡Ay, tendré que pedir limosna!..

—Calla y sígueme, nécio.

Le dijo Jaime, y cogiéndole por la muñeca lo arrastró hasta el camino.

El pobre arriero creyó que le iba á robar el importe de las mercancías que concluia de vender, y se hincó de rodillas, gritando con los ojos arrasados en lágrimas:

—¡Por Dios, Alfonso, no me quites este dinero; no es mio, es de Don Rafael! Me has dejado á pedir limosna, pero no me importa con tal que me permitas dar lo suyo al que se fió de mí.

—¡Ay!—le interrumpió Jaime con amargura.—¡Si yo hubiera seguido pensando como tú, no sería ladron! Levanta, pobre viejo, que nada voy á quitarte. ¡Ojalá y me pareciese á ti!

—Gracias, Alfonso. Si tú eres bueno, si eres generoso; todo el mundo lo dice...

—Basta de lágrimas y de elogios que no merezco. ¿Te has olvidado ya de tus burros?

—No; miéntras viva me acordaré de ellos. Eran mi sosten, mi apoyo; mas lo primero es pagar uno lo que debe.

—Y luégo, ¿qué vas á hacer?

—Pedir limosna; yo ya no puedo trabajar en el campo.

—Oye: ¿conoces al tio Roque?

—¿El de la Casa blanca?

—Sí.

—Ya lo creo; quise que fuera mi compadre en una ocasion, pero él tiene, yo soy pobre y se negó.

—¡Qué dos machos he visto en su cuadra! Son jóvenes, valientes y están redondos.

—Los conozco y no los hay mejores en toda la comarca.

—Con esos sí que harias tú negocio.

—Ya lo creo; cada uno de ellos sostiene más carga que cuatro borricos como los dos que me has muerto.

—Pues los vende.

—Me lo han dicho.

—Sólo pide por ellos seis mil reales.

—¡Seis mil reales! No los he visto reunidos en mi vida.

—A él le costaron más.

—Sí, son baratos.

—Cómpraselos.

—¡Yo!

—Claro está; y eras el primer arriero de la provincia de Murcia; ni en las cuadras del rey hay mejores animales.

—¿Te estás burlando de mí despues de haberme quitado los dos borricos?

—¿No dices que me llaman por ahí Jaime el *Bueno*, el *Generoso*?

—Sí.

—¿Lo crees tú?

—Todos lo aseguran, pero yo... A mí, Jaime, me perdistes.

—Te has equivocado, yo no pierdo á nadie; robo al que tiene y le doy al que le falta, como hago ahora contigo. Toma; ahí van seis mil reales en ese cartucho. Parte ahora mismo á casa del tio Roque, ajusta los machos; si te los da en ménos, te guardas lo que sóbre, y de un modo ó de otro vuelves aquí á darme razon y á recoger esos dos costales y manta.

—¡Pues es verdad! ¡Oro! ¡Seis mil reales! ¡Deja que te bese la mano, hombre el más generoso que existe!

—Suprime esas tonterías y despacha; no vayas á tenerme aquí toda la tarde.

—¡Pero, Jaime!..

—Hombre, vé y regresa pronto con los machos.

—Al instante. ¡Vaya una felicidad, una dicha!

—Más de prisa.

—¡Como si yo pudiera correr! Pero vamos, haré un esfuerzo.

Y el infeliz anciano anduvo con la rapidez que le fué posible.

Cuando Alfonso le perdió de vista, llamó á Amorós, que estaba con el resto de la partida sentado debajo de una encina, y le dijo:

—Coge al *Portugués*, y sin que nádie os vea tomad el ca-

mino de Fortuna. Os situais en el olivar y en paraje en que podais distinguir la casa del tio Roque. Si sale alguno lo deteneis hasta que oigas mi señal, en cuyo caso acudes con el que hayas cogido ó con el *Portugués*. No te metas con nádie más.

—¿Qué te propones, Alfonso?

— La casa de Roque no tiene más salida que por ese lado ó por aquí, y es preciso que yo los sorprenda á todos esta noche.

—Comprendo, y por aquel lado no se escapará nadie.

El tio Roque era, como habrán comprendido nuestros lectores, el labrador que tuvo en su casa al Comandante y la tropa que derrotó Jaime.

Partió Amorós con el *Portugués*, los restantes quedaron recostados debajo de la encina, y Jaime hizo lo mismo á la parte opuesta del camino, junto á un pino y sobre los costales y manta del arriero.

En aquella postura esperó más de hora y media que tardó en oir las siguientes voces:

—Jaime, Alfonso, ya estoy aquí con los machos. Míralos; mejores animales no los tiene ni el obispo.

—No te bajes,— le gritó el *Barbudo*.—Toma tus costales y manta.

—¿Me vas á regalar los dos?

—Sí.

—¡Qué bueno eres, qué generoso!

—¿Te ha rebajado algo?

—Ni un cuarto; me dejó salir en cinco mil novecientos reales.

—No son caros. Marcha á tu casa y ruega á Dios que me haga tan feliz como tú lo eres en este momento.

—¿Así te vas?

—Sí, tengo que hacer.

—Yo quisiera decirte...

—Nada, continúa tu tráfico y no me detengas más tiempo.

—Oye, Jaime, ¿me los quitarán?

—Si alguno se atreviera á tanto, le dices que los defiendo yo, y si no bastase, me vas á buscar; ya sabes, en el Carche ó la Pila. Adios.

—Oye, hombre; déjame que te agradezca...

—Muchachos,—exclamó Jaime sin hacer caso del arriero,—arriba y andando, que es tarde.

Y desapareció de allí, dejando al anciano que caminara en direccion contraria, más alegre y feliz que lo habia sido nunca.

Empezaba á anochecer cuando Alfonso, al frente de su partida, se separó del arriero, tomando el camino que aquel abandonaba.

Quince minutos despues distinguió la casa del tio Roque. Acto continuo lanzó un prolongado silbido, no tardando en ver á Amorós y al *Portugués* solos y en direccion de la casa, á la que llegaron á la vez.

Alfonso mandó que la rodearan, y entró, dejando fuera á todos los indivíduos de su partida.

Cinco minutos despues se hallaba encerrado con el tio Roque en la misma habitacion en que lo recibió el Comandante.

—Hasta ahora,—dijo el *Barbudo* á aquél,—no te hice daño alguno, pues creí que no eras rico ni capaz de ensañarte con el que no te ofendió. Pero me he equivocado y vengo á enmendar mi error.

—¿Qué quieres decir, Jaime?

—Roque, quien trae á su casa cien hombres, les da bien de comer y les ofrece cuanto necesiten para acabar conmigo, es rico y malo.

—Ni lo uno ni lo otro.

—Es rico, porque para sostener tantas bocas es preciso tener mucho dinero, y es malo porque jamás le ofendí, ántes por el contrario, guardé su hacienda y él me ha pagado con negra ingratitud.

—Te han engañado, Alfonso.

—No sigas, Roque; yo no escucho nunca cuentos ni chismes; oigo, veo y juzgo. La noche anterior á la del combate salté la tapia de tu corral, y, cogiendo una escalera, me subí

junto á esa ventana, desde la cual percibí el plan del Comandante, tus ofrecimientos y el deseo que demostraste de que acabasen conmigo por la mala vecindad que yo te proporcionaba, segun afirmastes, porque era bandolero y tan audaz que merecia la muerte.

—¡Ah! ¿Con que de todo te enteraste?

—Pues no, que iba á dormir tranquilamente como ellos.

—De ese modo ya no me extraña la victoria.

—No te comprendo.

—Conociendo su plan...

—Careces de sentido comun, Roque. Los vencí porque demostré más valor, conocimiento de la guerra y destreza que ellos. No vine aquí á sorprenderlos; fueron ellos á buscarme ciento contra treinta.

—Pero estabas encastillado.

—¿Debí por ventura cruzarme de brazos para que sin molestia alguna me hubieran fusilado? Eso querrias tú para saborear la idea y gozar con ella, pagando con torpe y desleal perfidia las atenciones que tuve contigo.

—Es un deber de toda persona honrada anhelar el bien de los buenos y el castigo de los malos.

—Pero si yo á ti nada te hice, si siempre fuí noble y generoso contigo.

—Eso no importa; ó eres ó no ladron. Comprende que estuve en mi derecho.

—Tienes razon; me has convencido, y en prueba de que quiero justificar tus ideas, Roque, te voy á robar esta noche cuanto tienes.

—¡Qué dices, Jaime!

—Para el que me juzga ladron, yo no puedo ni debo ser hombre de bien. Veintiocho hombres rodean tu casa y aguardan sólo mi voz para fusilarte si te obstinas, maniatar á tu mujer y criados, etc., etc.

—¿Y luégo, Jaime?

—No podreis tú y los que piensan de igual modo tratarme con más dureza que á un ladron ó bandolero. Y ya que yo

acepte lo malo del oficio, no quiero despreciar lo bueno que tenga.

Roque comprendió por fin lo imprudente que habia estado. Notó en la mirada y actitud de Jaime que éste se hallaba decidido á cumplir lo que concluia de ofrecerle, y tembló.

—¿Qué quieres de mí, Alfonso?

Le preguntó algo afectado.

—Poca cosa, Roque,—contestó el *Barbudo* con la mayor tranquilidad.—Deseo y me voy á llevar todo el dinero que tienes en tu casa; ni más ni ménos. Si me lo entregas al momento, nada te haré; de lo contrario, te mato, Roque; me importa poco una víctima más, y bien sabes que mereces un balazo con más razon que esos infelices soldados á quienes obligaron á batirse contra mí.

Repuesto Roque, y despues de haber meditado un minuto, le contestó:

—Lo siento, Alfonso, y visto el terrible trance en que me has puesto, te complaceria á ser posible, que la vida vale más que el oro; pero es el caso que gasté con el Comandante y la tropa todos mis ahorros, y no llega á cuarenta reales lo que tengo en mi casa. Si los quieres, por tan poca cosa no ha de haber cuestion entre nosotros.

—¿No mientes, Roque?

—Te digo la verdad, Jaime.

—¿Y si yo te pruebo lo contrario?

—Imposible.

—Júralo por el Dios que nos oye, y quedo convencido.

Roque tartamudeó:

—¡Te lo juro por Dios Santo!

—¿Recordarás siempre las solemnes frases que acabas de pronunciar?

—Siempre.

—Yo fuí ladron, Roque, pero jamás embustero y ménos perjuro. Tú, al faltar de ese modo á Dios y á los hombres, eres peor que yo y te voy á robar sin consideracion alguna.

—¿Así cumples lo que ofreces?

—Ciertamente, pues sé que has mentido, dándome derecho á que haga contigo todo aquello que me habia propuesto.

—¿Por qué causa?

—¿Insistes todavía en que no tienes ni áun cuarenta reales?

—Sí.

—¿Y si yo te pruebo lo contraio?

—Entónces no me lo robarás, te lo regalo todo.

—Muy bien; á ese extremo queria que viniéramos á parar. Guardas en tu casa sesenta y siete monedas de á cuatro duros y dos onzas en oro; total, seis mil reales. ¿Me he equivocado?

Roque palideció; fué á hablar, y no pudo. Alfonso prosiguió:

—¿No contestas, embustero y perjuro? Te los voy á quitar y con ellos la vida.

—¡Por Dios, Jaime, que me pierdes!

—Eso querias tú hacer conmigo no há mucho; sufre la pena del Talion.

—Pero ¿quién te lo ha dicho, quién ha podido venderme?

—¿No has comprendido aún que tengo algo de brujo? Los ladrones hacemos pacto con el diablo, Roque.

—Te oculté esa cantidad, Jaime, porque la debo.

—Ya sé que tomastes dinero á préstamo para gastarlo con mis enemigos, ayudándoles de ese modo á que dieran fin de mí; por esa razon te la vengo yo á quitar. Ea, despacha, porque te pego cuatro tiros si no basta con uno, dos ó tres.

—¿Te darás por satisfecho con los seis mil reales?

—Sí.

—Voy por ellos, Alfonso.

Cinco minutos despues volvió el aturdido y confuso Roque con las sesenta y nueve monedas en oro, y le dijo:

—Tómalos.

El *Barbudo* contó el dinero y se lo guardó, replicando:

—Está bien.

—Puesto que ya tienes lo que deseabas, dime al ménos quién te contó...

—Te he dicho y repito que yo no hago caso de chismes ni de cuentos; lo que necesito saber me lo averiguo.

—Pero ¿cómo has podido descubrir lo que yo á nádie participé?

—Voy á satisfacer tu curiosidad. Supe que querias vender tus machos para abonar las deudas que habrás contraido por tu *cariño* hácia mí; y agradecido yo á tan grande interés, hice divulgar por toda la comarca tu deseo de enajenar las bestias. Tanta publicidad dí, que hubo un comprador, el cual me dijo la clase de moneda con que iba á pagarte. Es pobre, sabe que yo sólo robo á los ricos, y hasta me enseñó el oro sin dificultad alguna. Luégo esperé á que se realizara la venta, sitié tu casa, y en este momento te pago el *cariño* que me demostraste anteriormente.

—Bueno; hoy te toca á ti, mañana...

—Con los embusteros y perjuros no se tiene consideracion alguna. En cuanto despliegues los labios, contaré á todo el mundo lo miserable y villano que has estado esta noche, y en el momento que favorezcas á mis enemigos ó intentes la accion más leve contra mí, te mato. Y si no te encuentro, pego fuego á tu casa.

Y le volvió la espalda, desapareciendo instantes despues con todos los de su partida.

Roque quedó estupefacto; no podia participar á nádie aquel robo por el perjurio que acababa de cometer, y como sólo sabía lo que Jaime le dijo, estaba inútil para recurrir contra el comprador de los machos. Tuvo, en consecuencia, que resignarse con su suerte, vender dos mulas para pagar lo que debia, jurando no volver á intentar nada contra el sagaz y diestro bandolero; ántes por el contrario, procuró ganar la amistad de Jaime, lo que hubo de lograr andando el tiempo.

Alfonso se retiró al Carche, continuando luégo sus correrías, sin perder de vista ni un instante á las autoridades de Murcia, de las que, con razon, nada bueno esperaba.

CAPITULO XXIX.

Nueva persecucion.—Por fin logran sorprender á Jaime.—La fuga.

Sólo consiguió el Comandante de la fuerza batida por Alfonso contener al Corregidor doce dias; pero, averiguada por aquel la noticia de que en toda la provincia se sabía con exactitud lo acontecido en la rotonda, se creyó humillado, y desde ese instante trabajó con incansable afan hasta reunir la fuerza necesaria para destruir al *Barbudo*.

Al efecto mandó á Cartagena la hueste derrotada, hizo venir un capitan valiente, hijo del país y muy conocedor del terreno, con el cual conferenció varias veces, hasta ponerse ambos de acuerdo sobre el modo mejor de acabar con la terrible partida de bandoleros.

La eleccion hecha por el Corregidor no podia ser más acertada, pues Guillermo Gracia, que era el capitan designado, unia á su bravura, inteligencia y sagacidad tal desconfianza en cuantos le rodeaban, que rara vez se fió de nádie.

Era este atrevido murciano bajo de estatura, delgado, frente ancha y despejada, frio y tan tenaz en sus empeños, que con dificultad se le hacía desistir de ninguno.

Satisfecho el Corregidor del hombre que se comprometia á realizar su intento, y de acuerdo ambos en el plan que debia dar por resultado la prision y muerte de Alfonso, entregó el Cor-

regidor á Gracia una buena cantidad, haciendo venir inmediatamente ochenta soldados, dos tenientes, un alférez con sus sargentos y cabos, designados uno á uno por el entendido capitan.

Miéntras la tropa se reunia en Murcia, Gracia se disfrazó, recorriendo, á caballo unas veces y otras á pié, el Carche, la Pila y todo el terreno que dominaba Jaime.

Cayó en poder de los bandoleros dos veces, pero fué tan diestro que nada le quitaron, suponiéndole un agente del comercio, que era lo que aquel fingia.

Nuestro audaz capitan no se descuidó; en solos veinte dias recorrió cuanto necesitaba, tomando apuntes y sacando cróquis que debian serle en lo sucesivo muy útiles. Y no es esto sólo; halló á varios enemigos encubiertos de Alfonso, con los cuales se puso de acuerdo, sin soltar prenda; llevó su habilidad y astucia hasta ganar á un indivíduo de la partida del bandolero, cuyos padres conoció en su viaje, y no estando aquellos satisfechos de la conducta del hijo, accedieron á los deseos del capitan. Eran pobres, y por eso toleraban que el mozo robase; pero Gracia les dió dinero, y con esto y el indulto del hijo, el padre ganó al bandolero hasta el punto de entenderse con el capitan.

Gracia volvió á Murcia, y tales explicaciones dió al Corregidor, que, entusiasmado aquel, le dijo:

—Es V. el hombre que yo necesitaba y no puedo ménos de elogiar su talento y destreza. Ahora sólo me resta darle ámplias facultades, dejar el negocio á su completa discrecion y prepararle un ascenso para cuando termine su obra, el cual no podrá negarme nuestro augusto soberano.

El capitan ofreció llevar á cabo la idea de ambos con todo el interés y acierto que él pudiera, y se despidieron, resuelto el capitan á partir en la madrugada del dia siguiente, pues ya le aguardaba en Murcia la fuerza que habia pedido. La lucha empezaba de potencia á potencia; y tanto es así, que Jaime supo la llegada y salida de la tropa, que su jefe tuvo varias entrevistas con el Corregidor, y eso es todo. En cambio su

enemigo averiguó mucho más de lo que convenia á Alfonso, y áun cuando llevaba veinte hombres ménos que el comandante derrotado, representaba una fuerza moral que equivalia á un pequeño ejército, de la cual careció su antecesor.

Gracia salió de Murcia, hizo noche en los baños de Fortuna, y al dia siguiente y como á las doce, se encontraba en medio del Carche, en el caserío llamado de la Parra.

Era aquel el centro de las operaciones de Alfonso, y allí se instaló el capitan con los ochenta hombres, tres oficiales y una gran provision de víveres; pues estaban entre los montes y á distancia de las poblaciones.

Gracia tomó posesion de una casa grande y capaz, la que fortaleció hasta el punto de hacer imposible una sorpresa. Tardó ocho dias en esta operacion, de lo cual deducirán nuestros lectores que no se apresuraba; léjos de eso, creyó que la sangre del *Barbudo* se compraba con tiempo, y no trató de economizar ni un segundo.

Alfonso se retiró á la Pila, cerca del campo de Jumilla, puso en juego todos sus espías, y bien pronto se convenció, con las noticias que le daban, de que el capitan Gracia era tan valiente, como frío y sagaz.

—Ese hombre,—se dijo,—es el único temible que hallé en mi camino hasta ahora. ¡Cómo ha de ser; habremos de morir el uno ó el otro, y puesto que así lo quiere la suerte, sea!

Y se dispuso á poner á salvo su partida, reservándose él aceptar la lucha de sagacidad, destreza y muerte que le ofrecia el capitan.

En consecuencia, dió el mando de la compañía á Amorós y un plan de correrías, con el cual era muy difícil, si no imposible, que el enemigo le siguiera la pista, haciendo cási nula una sorpresa.

Jaime se habia penetrado ya de todo lo que valia Gracia, y al aparecer en su corazon el natural y legítimo temor, pues su contrario reunia la fuerza material y moral suficiente para combatir con éxito, en vez de abrumarse arrojó de su

mente la idea de pavura que acababa de llegar á ella, y con acento varonil, exclamó.

—No le temo; una vez he de morir, me es igual el instante. Viene ese hombre como la culebra, sin abandonar por ello sus garras de leon. Yo no soy tan fuerte, pero acepto la lucha, y si lo venzo podré entónces con razon enorgullecerme.

En los reconocimientos que habia hecho Gracia solo, y en sus averiguaciones al frente de la tropa, se convenció tambien de que Jaime Alfonso no era un hombre vulgar.

—Sus correrías,—exclamaba refiriéndose al *Barbudo*,—el aislamiento á que se condena de noche, y todo cuanto he visto hecho ó dispuesto por él, me demuestran que su cerebro está bien organizado y que me va á ser difícil, muy difícil llevar á cabo mi empresa. Es, no obstante, un hombre digno de mí, y si alcanzo la victoria podré con razon enorgullecerme.

Concluia con las mismas frases de Alfonso; es decir, que ya se conocian ambos, y haciéndose justicia disponíanse á la pelea con la fuerza del leon y la astucia de la serpiente.

Jaime aventajaba al capitan en influencia moral en el país y en prevision, y Gracia tenía sobre Alfonso la mayor fuerza material y el que no le importaba el derramar mucha ó poca sangre humana, miéntras que al *Barbudo* le extremecia la sola idea de tener que disparar su trabuco.

Trascurrió un mes sin que las dos columnas en que Gracia habia dividido la fuerza que mandaba pudieran dar caza á los bandoleros y sin que los dos capitanes hubieran podido sorprenderse en poblacion ni en despoblado. Ambos abandonaban de continuo á su respectiva gente, y muy bien disfrazados se buscaban en los caseríos y hasta en los pueblos pequeños, pero sin encontrarse, por más que en una ocasion se acostase Gracia en la cama de una posada que áun conservaba el calor dejado por Jaime el *Barbudo* al partir.

En tal estado, y sospechando el capitan de la tropa que su contrario sostenia relaciones íntimas con Gregoria, estableció un telégrafo de carne humana con sus columnas, y emboscado en el olivar que ya conocemos, juró no abando-

narlo hasta que diera caza en él al hombre cuya prision tantos desvelos, insomnios y trabajo le costaba.

—Por lo mismo que él aparenta lo contrario,—se decia,—por lo mismo creo que sus relaciones con la dueña de esa casa deben ser íntimas, y de tal especie, que hacen inútil el empleo de la fuerza material y moral en pro de la venta por parte de Gregoria y de sus criados. Mis interrogatorios fueron hábiles, pero los hallé muy bien preparados, y léjos de ganar he perdido con ellos. Pero la conviccion que yo tengo ya es mucho, y en verdad que algo ha de reportarme. Con un hombre como Alfonso, que come andando, duerme sobre la roca y deja atrás una legua en cada media hora, es indispensable ser de hierro como él é imitarle por lo ménos en fatiga, fortaleza y abnegacion.

Y con tenacidad que le honraba, corrió Gracia, víctima del hambre, el insomnio y la fatiga. Luégo estableció el telégrafo de carne humana de que hemos hablado ántes, descansaba de dia en paraje ignorado, pasando la noche en vela en el olivar de Gregoria y en sitio desde el cual se dominaba la casa de aquella.

Llevaba cinco dias de unas molestias de que sólo él sufriéndolas podia apreciar la enormidad, cuando se emboscó por sexta vez entre las sombras nocturnas de los olivos de Gregoria. Gracia se sentó en el suelo, y apoyado sobre el tronco de un árbol quedó fijo en la casa que tenía de frente. Sólo y meditabundo, en aquella postura molesta pasó tres horas, resignado con su suerte, pues no se quejó ni murmuraba.

Serian las once y media de la noche cuando le pareció oir pisadas, pero no se movió. Llevaba dos pistolas al cinto, y montando una, quedó como la estátua.

Un minuto despues cruzó junto á él Jaime Alfonso, embozado en su manta y á buen paso.

Pegado el capitan al olivo como la concha á la piedra, no pudo reparar en él el *Barbudo*; y á pesar de sus observaciones, nada vió, entrando por consiguiente en la casa de Gregoria.

El capitan le habia seguido arrastrándose como la culebra y oculto siempre con los árboles.

De pronto exclamó:

—Entra por aquella puerta chica, cuya llave tiene. ¡Lo habia sospechado! Es el amante de Gregoria y pasará la noche á su lado. Tengo la tropa á media legua de aquí y un espía á quinientos pasos. Jaime se halla perdido. Ya sabía yo que para encontrar al hombre era preciso buscar la mujer.

Y Gracia continuó observando. Despues añadió:

—Sube al piso principal; sí, veo la luz por entre las rendijas de aquella ventana. Es mio. Sólo el podia entrar á esta hora con la precaucion que lo ha hecho, y esa desconfianza me prueba la existencia de las relaciones que yo sospeché. Hasta luégo, Alfonso; no tardaré en visitarte.

Gracia anduvo por el olivar trescientos pasos en direccion contraria á la casa de Gregoria. Se detuvo de nuevo, tocando tres veces un silbato, cuya contestacion no se hizo esperar. El capitan repitió el sonido de una manera extraña, notando con placer que las vibraciones de su pito eran repetidas por otro.

—Basta,—exclamó;—no puede habernos oido Alfonso; pero hechas las señales, ellos vendrán, y yo entre tanto me situaré al pié de la casa, por si intentase huir ántes de lo que á mí me conviene, detenerlo con el cañon de mis pistolas.

Y corrió de nuevo, no parando hasta situarse frente al ángulo del edificio: acechaba á cien varas, detrás de un olivo, con las dos pistolas montadas y muy dispuesto á matar ó morir si el *Barbudo* pretendia escaparse ántes de que llegara la tropa.

—Apagó la luz,—exclamó.—Duerme con su amada, y era cuanto yo podia desear. Me satisface más la prision de este hombre que los elogios prodigados por mis jefes sobre el campo de batalla, incluso los de Bailén, en los que me llamaban héroe, cuando me presenté con la bandera en que estaban las águilas francesas. Sí, porque al domeñar á Jaime, lo he vencido en talento, astucia, sagacidad, esfuerzos heróicos y traba-

jos materiales sin cuento. Este conjunto lo sabré yo sólo, pero con eso basta.

Y quedó inmóvil, pegado al olivo como la lapa, fijo siempre en las dos puertas que tenía á derecha é izquierda.

De ese modo permaneció una hora, que tardaron en llegar dos hombres del país que le servian para todo, y en pos de aquellos sus ochenta soldados y tres oficiales.

Gracia les salió al encuentro, diciéndoles:

—¡Alto! Rodead aquella casa inmediatamente; cuatro hombres frente á cada puerta; dos debajo de cada ventana y el resto junto á la tapia del corral. Os advierto que está ahí Jaime Alfonso, el *Barbudo*, y si se escapa fusilo en el acto al que haya sido la causa. Montais las armas, y fuego al que pretenda descolgarse ó huir. Adelante, sin voces ni ruido.

É instantáneamente se situaron en la forma que habia dispuesto el capitan. Este dió la vuelta á la casa, y comprendiendo que era imposible toda evasion, quiso forzar la puerta pequeña por donde habia entrado Jaime; pero le fué imposible por la solidez de aquella y lo bien cerrada que la habia dejado. Entónces corrió á la principal é hizo que un soldado golpeara fuertemente con la culata del fusil, acompañando las voces de:

—¡Abrid en nombre del rey! ¡Morirá el que dude ó vacile!

Pero la casa parecia un castillo encantado. Nádie contestaba ni ruido alguno se sentia en el interior. Los soldados tenian las armas preparadas, el capitan sus pistolas, y los ochenta y cuatro, animados de una sola idea, la de cazar al *Barbudo*, anhelaban el instante de maniatarlo ó de hacerle fuego si resistia.

Pero la casa de Gregoria continuaba silenciosa en la parte interior, oscura y como si nádie la habitara.

Desesperado por aquella tardanza el capitan, mandó ocho balazos á la cerradura, que destruyó; mas no era aquel sólo el cerrojo que la puerta tenía, y continuó impidiéndoles el paso. Mandó Gracia cargar á los que hicieron fuego, é iba á dis-

poner otra descarga, cuando oyó una voz de mujer que por encima de su cabeza exclamaba:

—Santo Dios, ¿qué ocurre? ¿Por qué tirais?

—Ya lo verás, manceba de Alfonso,— le contestó Gracia reconociéndola. Abre inmediatamente ó derribo tu puerta á balazos, fusilando luégo á cuantos halle dentro.

—Al momento,—le contestó Gregoria;—permítame usted que me vista y yo misma le franquearé la entrada.

—¡Si tardas, ay de ti!

La jóven se entró, miéntras el capitan daba la vuelta á la casa, gritando:

—¡Fuego al primer bulto que asome! ¡No os descuideis un momento! ¡En nombre del rey impongo pena de la vida al que deje escapar á ese bandolero!

Pero nádie intentaba huir, y algo despues se abrió la puerta principal, apareciendo Gregoria con un belon en la mano.

El capitan mandó:

—Coja V. esa luz, teniente Castro. Id vosotros ocho delante con el sargento Perez. Cubrid la salida vosotros diez, al mando del alférez, y V., teniente Hernandez, corra alrededor de la casa vigilando las ventanas y tapia del corral. Adentro nosotros.

Ya en el zaguan, fijó Gracia una de las pistolas que llevaba en el pecho de Gregoria, preguntándola:

—¿Dónde está Jaime? ¡Habla ó mueres, miserable!

La jóven sintió el frío del cañon sobre su epidermis, murmurando con frases entrecortadas:

—Arriba... Suba V. arri...

Y cayó al suelo, accidentada por el terror ó fingiendo al ménos hacerlo.

—¡Perdió el conocimiento!—exclamó furioso el capitan. —Está fría. ¡Maldicion!

Viendo al capataz y á uno de los mozos que salian de una habitacion interior, les hizo la misma pregunta y amenaza que á Gregoria, apuntándoles con las pistolas.

—Yo no he visto á nádie,—contestó el primero;—dormido estaba cuando me despertó un ruido muy grande. Luégo nos hizo levantar el ama, y en caso de estar aquí Alfonso debe hallarse arriba. Eso mismo ha dicho Gregoria ántes de darle el accidente.

—¡Pues arriba! Id vosotros delante, capataz. Alerta, alférez, no esté en la parte baja y se escape.

Y se precipitaron hácia el piso principal el sargento, teniente, ocho soldados y el capitan, llevando delante y cási en vilo á los dos criados de Gregoria.

Quedaban frente á la puerta de salida diez soldados con las armas preparadas y el alférez con su espada desenvainada.

A la izquierda del zaguan, fijo en la pared, habia un enorme candil, y debajo de éste el pequeño desvan que formaba la escalera del piso principal.

Un segundo despues de haber desaparecido de la parte baja el capitan y restantes, oyó el alférez varios quejidos tristes y lastimeros. Sin moverse de su sitio miró en torno, viendo salir por la puerta del desvan la cabeza de un fraile capuchino, el cual aparecia con una enorme barba canosa, calada la capucha y el rostro afligido.

—¡Ay!—volvió á exclamar el fraile.—Y con acento trémulo preguntó al oficial.—¿Están ahí los franceses? ¡Dios mio, qué va á ser de nosotros!

—Salid, buen fraile; no hay ya franceses en España,—le contestó el militar sonriendo.

—¿Pues por qué haceis fuego? ¡Ay, no tiene el público caridad! Ved, hermano mio, dónde me encerraron esos corazones inhumanos. Me dieron sopas para cenar, y ese rincon con una manta y esta almohada, más dura que mis huesos. El ayuno y la penitencia me hicieron soñar sin duda que os batiais. ¡Ay, qué susto me he llevado!

El fraile salió del desvan, andando encorvado, con un San Antonio sujeto en su brazo izquierdo y retratados en su rostro la incertidumbre y el miedo.

—Buenos dias, señor oficial,—dijo.—¿Qué acontece? Tened la bondad de decírmelo.

El alférez lo examinó cuidadosamente, sin notar en él nada que llamara su atencion; ántes al contrario, le inspiró lástima por su actitud, edad y pavura que demostraba.

—Nada temais, padre,—le contestó con cariño el jóven oficial.—Se trata sólo de prender á Jaime Alfonso.

—¡El *Barbudo!* Ese funesto bandolero. ¡Dios nos libre de él, hijo! ¿Vais á hacerle fuego?

—Si intentara salir por aquí, diez balas lo atravesarian.

—¡Y estoy yo delante! ¡Y puede darme una! ¡Dejadme por caridad que me sitúe detrás de vosotros! ¡Ay, yo no sé cómo los hombres pueden matarse! ¡Si viérais qué temblor tengo en las piernas!

—Tranquilícese, padre. Un poco más á la izquierda; deje espedita la salida.

—¿Aquí?

—Sí.

—Voy primero con vuestro permiso á orinar junto aquel olivo.

El alférez le miró, volviendo á sonreir ante el temblor y miedo del capuchino.

El fraile dejó á San Antonio en el suelo, y cubierto con el árbol se quitó el hábito sin que lo vieran los soldados.

Tres minutos despues se oyó lejano un prolongado silbido. En el mismo instante se levantó Gregoria del suelo, y con resolucion dirigióse al piso principal.

Sepamos lo que acontecia por arriba.

Subió el capitan, precipitándose, segun dijimos, y entró en la alcoba de Gregoria, sobre cuyo lecho halló á un hombre dormido al parecer y á los piés de la cama el célebre marsellés de Jaime.

Todos creyeron que aquel era el bandido, y hasta el capitan, participando de esta idea, le dijo:

—Caiste en mi poder, hombre funesto. Entrégate, y de ese modo llegarás vivo á Murcia.

El dormido no dió señales de vida. El jefe prosiguió:

—Jaime, arriba, que estás en poder de los soldados del rey.

Y cogiéndolo por el hombro lo movió fuertemente. Vuelto de espaldas el otro, preguntó:

—¿Qué quereis?

—Levanta pronto ó te mando dar cuarenta palos.

—Pero si estoy desnudo.

Dijo aquel tirando la ropa para dejar sus carnes al aire.

—Dale la ropa, capataz,—añadió el capitan.—Sargento, vea V. si tiene armas.

El primero de la compañía metió la mano por debajo de la almohada, examinando despues los colchones y alcoba.

—No hay nada,—dijo.

Y volvió á coger su carabina.

—Pues que se vista, y sujetarlo luégo por las muñecas.

El capataz ayudó al de la cama á que se pusiera un zaragüelle, calcetas, faja y chaleco que tenía en la silla situada á la cabecera de la cama.

Hicieron esta operacion con calma, á pesar de la impaciencia del jefe y de las voces que les dió.

No estaba satisfecho el capitan. Creyó, como todos los suyos, que aquel hombre era Alfonso, pero sentia un malestar, una zozobra que le violentaban bastante. Bien pronto se trocaron aquellos en asombro, pues oyó en el campo un silbido, é instantes despues se llegó á él Gregoria, preguntándole con ira y enojo:

—¿Quién ha facultado á V. para entrar en mi alcoba y tratar de enterarse de lo que yo hago de noche? ¿Con qué derecho me atropella?

La actitud resuelta é insultante de Gregoria contrastaba ahora con su anterior estado.

—Víbora,—le contestó el capitan,—mira al tigre y te convencerás que soy buen cazador.

—Miente V. Yo soy una pobre huérfana, y ese que llama usted tigre, un mozo que me sirve hace ocho años. Le mandé á

Abanilla esta noche, llegó por la puerta del olivar, para no despertar á sus compañeros, y le dije que se acostara aquí, como premio á la carrera que acababa de dar, en tanto que yo me eché en aquella habitacion interior.

—¡Mientes, infame! Pronto has vuelto en sí, y vienes como hiena, pero yo contendré tus patrañas.

—Digo la verdad. Usted ha tomado á mi sirviente por un bandolero, y su torpeza no ha debido autorizarle para que allane mi casa, haga fuego y asuste á una pobre huérfana. ¡Vaya un valor!..

—Miserable, ¿de quién es este marsellés?

—Del *Barbudo*, que se lo dejó ahí la última vez que asaltó mi casa y huyó de pronto á consecuencia de haberle avisado uno de los suyos que venía hácia aquí la tropa. Ahí durmió dos horas, ahí se lo dejó, y ahí lo encontrará si vuelve, que yo no quiero lo que no es mio.

—¡Qué osadía, qué entereza! ¿Por qué has cambiado de ese modo?

—Me asustó V. ¡Heróica accion! Pero ya he vuelto del accidente, y ahora ha de oir V. verdades que le han de amargar.

—¡Mientes! Ese hombre es Jaime. Di la verdad tú, capataz, ó te mato.

Y fijó el cañon de su pistola en el leal y varonil pecho de aquél.

—Es Perico, señor, el hijo del tio Pablo, que lleva ocho años en casa sirviendo de mozo.

—Pues ¿dónde está el *Barbudo*?

—Yo no lo he visto hoy.

—¿Y tú?

—Yo tampoco.

—Pues yo lo encontraré.

Y empujó á los mozos y capataz, luégo á Gregoria, mandando á dos soldados que quedasen á la puerta de la alcoba, miéntras él, con el teniente, el sargento y seis soldados reconocia todo el piso principal.

—Aquí ha estado,—dijo, viendo un trabuco y una manta.—Abajo debe hallarse escondido; todos abajo.

Y corrieron los nueve, examinando minuciosamente las cuadras, pajera, cámara, cocina, despensa y todo el terreno que ocupaba la casa de Gregoria.

A nádie vieron; pero el capitan, seguido siempre de los otros, volvió á la habitacion donde estaban el trabuco y la manta para reconocer un enorme baul que se hallaba allí. En él encontró varios disfraces y cartas dirigidas á Jaime. Sobre la mesa habia una petaca y artes para encender lumbre, con otros objetos que le probaron al capitan dos cosas: primera, que aquella casa servía de guarida al bandolero, y segunda, que Jaime estaba allí ó al ménos que estuvo hasta hace poco.

Una idea llegó á su mente en aquellos críticos instantes, y fuera de sí corrió al zaguan, preguntando al alférez:

—¿Quién ha pasado por aquí?

—Nádie mi capitan.

—¡Mientes! ¡Di la verdad ó!..

—Sólo hemos visto á un fraile capuchino que dormia en ese desvan; asustado llegó hasta mí, temblaba como una mujer, y pidió permiso para orinar... Allí lo tiene V.; vea usted el Santo y parte de sus hábitos; está sentado junto á ese olivo grande.

El capitan cogió la luz que habia encima del desvan; y con ella se dirigió al paraje que le indicaba el alférez.

—¡Era Jaime Alfonso!—exclamó furioso el jefe.—¡Me lo habia figurado, maldicion! Aquí está el hábito, la barba y el Santo, miéntras que él se hallará en el monte riéndose de nosotros. ¡Nécios, os ha engañado!

—¿Ese pobre fraile?

—Búscalo, anda. Tiene más talento que tú. ¡Y yo me he fiado de vosotros! ¡Ay de sus cómplices, ay de los estúpidos que lo han dejado escapar! No tengo esperanza de hallarlo esta noche, pero cumple á mi deber intentar el último reconocimiento y lo voy á hacer. Luégo me constituiré en tribunal.

—Mi capitan, permítame V. que con estos diez hombres busque al fraile. Juro...

—Calla, ignorante, encontrarás sus barbas, Santo y traje talar que te dejó ahí; luégo correria como el gamo, y no eres tú el nacido para dar con él.

Y el jefe hizo un nuevo reconocimiento en toda la casa, buscando subterráneos que no halló, algun disimulado escondite que no parecia, y en su prolijo y minucioso exámen hubo de registrar hasta el pozo de la casa.

Miéntras él escudriña hasta el último rincon, sepamos nosotros la verdad de lo que acontecia.

Jaime Alfonso llegó efectivamente como á las once y media, rendido por las muchas leguas que anduvo durante el dia. Precavido siempre y desconfiado, reconoció el olivar, segun iba entrando en él. Pero en aquella confusion de árboles no pudo distinguir al capitan, el cual se hallaba, segun dijimos, pegado al olivo como el caracol á la planta.

Molestado por el cansancio, entró en las habitaciones que debia á la generosidad de Gregoria, sin hacer ruido, pero dejando la primera puerta muy bien cerrada. Luégo encendió luz, y despues que se hubo acostado, la apagó.

Cinco minutos despues era presa de profundo sueño.

Gregoria dormia cerca de él, pero nada oyó.

Abajo descansaban tambien el capataz y dos mozos de las fatigas del dia.

Una hora más tarde dieron el primer culatazo á la puerta, y la jóven se tiró de la cama, mirando por una ventana que estaba entreabierta.

—¡Qué es esto, Dios mio!—exclamó viendo á los soldados.—El corazon me lo dice.

Agitada, convulsa, entró en la alcoba de Alfonso, y palpando, dijo:

—¡Está aquí; me lo temia! ¡Jaime, levanta, que te han descubierto y rodean mi casa los soldados del rey! ¿Oyes los golpes que dan?

—¡Maldicion! Pero no conviene aturdirnos. Haz que Pe-

rico se acueste en tu cama; pon mi marsellés á los piés y abre á los otros.

Diez segundos habian bastado al sagaz bandolero para arrancar una idea salvadora á su privilegiado cerebro y empezar á realizarla.

—¿Oyes? ¡Una descarga!

Añadió la jóven temblando.

—Abrevia.

Miéntras Gregoria se asomaba á la ventana, segun vimos, se vestía y encendió luces, Alfonso, con sus zaragüelles, alpargatas, faja y chaleco, se puso encima el traje de fraile capuchino que tenía á prevencion, tomando una barba larga, con la que cubria su rostro por primera vez. Armado únicamente de su enorme cuchillo, sacó de la urna que habia en la sala un San Antonio de talla, y corrió abrazado á él al desvan que ya conocemos.

En el zaguan se encontró á Gregoria que iba en busca de Perico, le dió al paso algunas instrucciones al oido, terminándolas con las siguientes frases:

—Despues que abras finges un desmayo, meditas durante aquel, y si yo me salvo un silbido te lo anunciará. Valor y serenidad; si te aturdes, me matan.

Gregoria hizo que Pedro, su criado, se echara en su cama, como vimos anteriormente, le enteró de lo demás que debiera hacer y decir, y abrió la puerta.

Ella, Alfonso y Perico obraron con rapidez pasmosa. En todas aquellas operaciones invirtieron cinco minutos escasamente.

Más sereno el *Barbudo* que nunca, atento á cuanto ocurria, fingió admirablemente, representando su papel de fraile asustadizo y cobarde con propiedad suma. El cándido alférez cayó en la red, y Alfonso consiguió verse al aire libre. Al notar el oficial que aquel dejaba el San Antonio en el suelo y se ponia en cuclillas, retiró la vista, creyendo que la pavura habia excitado su gana de hacer aguas.

Como todos los soldados le volvian la espalda en tal ins-

tante por estar fijos en la casa que observaban, en un segundo se quitó el hábito, barba, y luégo, arrastrándose de árbol en árbol, sin promover ruido, anduvo cien pasos, silbó, desapareciendo seguidamente del bosque de olivos con la rapidez de una centella.

La misma viveza que demostraron Alfonso, Gregoria y Perico en los críticos instantes que precedieron al momento de abrir la puerta, hubo en Alfonso desde que sacó la cabeza por el desvan hasta que se halló en el monte. Comprendió el sagaz bandolero que bastaba la pérdida de un segundo para que su plan viniese abajo y las balas atravesaran su pecho, y al intentar la fuga disimulaba su prisa con el temblor y aturdimiento que fingia por causa de su aparente miedo; pero nunca estuvo más sereno, jamás tan en sí como en esos críticos instantes en que debia decidirse su vida ó su muerte.

Hemos dicho que no cesó de correr hasta que ganó el monte. Allí, en mangas de camisa, sin manta ni sombrero, podia desde luégo detenerse, porque en el llano era hombre al que no lograba alcanzar otro hombre; en la sierra imitaba á las cabras, entre las que se educó, y no existia soldado que él no dejase atrás con un cincuenta por ciento de ventaja.

A pesar del frio de la madrugada y de lo desabrigado que iba Alfonso, bañaba su frente el sudor en los momentos de detenerse.

Miéntras corrió por el olivar no discurria, volaba solamente; pero al llegar á la estribacion de la cordillera, en cuanto pudo asomar á sus labios la mágica frase «¡Libertad, soy libre!» se apoderó de su mente una idea que le hizo más efecto en el alma que daño hubiera podido causar en su corazon un agudo puñal.

—¡Gregoria—exclamó;—la infeliz queda sola, abandonada y á merced de esos bárbaros! ¡Yo no puedo consentirlo; serán capaces de castigarla cruelmente; de!.. ¡Me espanta la idea! Si ella se ha sacrificado por mí, yo no debo ser ingrato, y miéntras quede uno de nosotros la defenderemos. Mis compañeros están á dos leguas de aquí; voy por ellos, los

traigo y caeremos sobre esos tigres como leones sedientos de sangre y exterminio! ¡Sangre, otra vez sangre humana; otra vez voy á herir inocentes ovejas que llevan al matadero por un mal rancho, grosero uniforme y el pré de tres cuartos al dia! ¡Otra vez he de exponer á mi gente porque yo mando, porque yo lo quiero, porque tenga influencia y poder sobre sus corazones! ¿Y de qué serviria? ¡Tardaré lo ménos tres horas en estar sobre ellos, tiempo suficiente para que esa infeliz haya sucumbido! ¡Sucumbido! Y luégo el capitan Gracia no es el comandante Jimeno: el uno buscaba al enemigo frente á frente; el otro, más hábil y diestro, estudia las revueltas, la sorpresa le agrada, y son ochenta y cuatro contra veintiocho. ¡Qué haré, Dios mio, qué haré! ¡El corazon me dice que salve á Gregoria, pero el entendimiento se opone! ¡No puedo, no debo exponer por una mujer, áun cuando ésta sea la mejor de la tierra, las vidas de veintisiete infelices! ¡Ay, qué suerte tan negra arrastra el bandolero! ¡Y á mí me llaman el rey de la comarca; á mí! Si los demás soberanos de la tierra se me parecen, en los pecados que cometen llevan la penitencia correspondiente! Cedo, capitan Gracia; te abandono el campo por hoy; pero juro matarte, en union de cuantos ofendan á Gregoria. Y lo realizaré como tú pensabas hacerlo conmigo; esto es, sorprendiendo. ¡Qué bien se portó el maldito esta noche! Me cazó con pasmosa facilidad; pero de un salto huyó la pantera, y ya en el campo, nos veremos, señor Gracia! ¡Miente el que asegure que no sirven para nada los hábitos y el bendito San Antonio de una urna! Con cualquier otro traje me reciben á balazos las diez ovejas que estaban delante de la puerta; pero al ver un fraile, fueron poseidos de santo recogimiento y veneracion, por lo cual, teniendo ojos, no vieron y yo me escapé. Continúa de ese modo, amadísimo pueblo; no distingas en viendo un hábito ó sotana; arrodíllate, sin perjuicio de matar al que no lleve el uno ó la otra. De ese modo ganas la gloria ó el infierno, lo mismo da; pero tú cumples un deber de conciencia, otro es su nombre, y yo, y muchos como yo, en alas de tu delicioso fanatismo, lo pasaremos bien, muy bien.

¡Ay, pobre Gregoria! ¡Tus faldas no imponen á los cosacos de España!.. Pero alto, Jaime; te salvó tu serenidad y sangre fría; el enemigo está en pié, más feroz que nunca, y no es cosa de que al sorprenderte por segunda vez te halle aturdido y descompuesto. ¡Venganza, odio, rencor, escondeos en el fondo del alma, allí donde yo no os vea, donde no os sienta ínterin peligre mi vida; y cuando el enemigo esté debajo, entónces apareced en el corazon, en la mente, en el brazo! Ya me he tranquilizado. ¡Al monte, al monte!

Y corrió, llevando en sus mejillas dos lágrimas que fueron á estrellarse sobre el pedernal que cruzaba á saltos como el gamo ó la liebre.

Hora y media despues se hallaba entre los suyos, más prudente y avisado que lo fué nunca.

Volvamos á casa de Gregoria.

Convencido el capitan Gracia, por el detallado y minucioso reconocimiento que por segunda vez concluia de efectuar, de que el *Barbudo* habia estado allí, pero que, gracias al hábito y á la piedad y respeto á los frailes de su alférez y soldados, se escapó, constituyóse en juez, á cuyo fin hizo comparecer ante su presencia á Gregoria.

La valerosa jóven resistió el interrogatorio con admirable entereza; dijo que Jaime Alfonso habia estado en su casa dias atrás con el derecho que le daba la fuerza, y que escapó de pronto, dejando un baul abierto y los demás objetos que existian en la mesa y habitaciones de su casa. Que ella lo respetó por temor á Alfonso y porque no era aficionada á lo ajeno, insistiendo tenazmente en lo que habia dicho ántes sobre Pedro y en que no estuvo aquella noche el *Barbudo* en su casa.

Gracia la mandó castigar, siendo el encargado el primero de la compañía, el cual desempeñó inhumanamente su cometido; pero ni áun los golpes lograron arrancar á Gregoria una sola frase contra Alfonso.

Lo mismo hicieron con el capataz y dos mozos. Estos contestaban que nada sabian, sufrieron los palos con resignacion, en gracia al cariño que profesaban á su ama, y convencido el

capitan de que eran inútiles todos sus esfuerzos, mandó entrar la tropa en la casa y cerrar las puertas. Establecida la guardia de prevencion, dispuso que descansaran todos ménos los centinelas.

Un momento ántes de echarse, dijo al teniente y sargento primero:

—Despertadme á las siete; que almuerce aquí la tropa, tomando por asalto cuanto haya en la casa, que estamos en país enemigo. Interin yo duerma, dejad á los soldados que hagan lo que quieran, á cuyo fin os retirais vosotros á un extremo del edificio. Hasta luégo.

Y se acostó vestido en la cama que poco ántes sirvió á Jaime Alfonso.

A las seis de la mañana formó el primero los ochenta hombres, diciéndoles:

—Pronto partiremos, y como no es cosa de ir en ayunas, ingeniaros aquí ántes que despierten nuestros jefes. ¿Sabeis donde está la despensa?

—Sí.

—Sí.

—¿Los perniles y el vino?

—Todo.

—Todo.

—Pues vamos; que haya algo para el capitan, tenientes, alférez, vuestros dos sargentos, y lo demás... Ea, á discrecion.

Y el primero, unido al sargento segundo, se fueron en busca de Gregoria, á la que hallaron entre sus criados en un cobertizo cerca de la cuadra.

—Renunciamos á describir lo que allí ocurrió.

Un cuarto de hora despues logró desasirse la jóven y y huir por la puerta del corral. Iba desgreñada; su rostro y uñas ensangrentados; tenía varios cardenales, y áun cuando se convirtió en hiena, hubo de sufrir la desgraciada lo que no es para dicho. En estos instantes corria cási sin fuerzas, jadeante y presa de un aturdimiento que acabó por privarle de la razon. Volvió en sí y anduvo de nuevo hasta encerrarse

en la casa de la familia del capataz; su estado era lastimoso, y se debia á la ilustracion y á lo mucho y bueno que aprenden nuestros hombres en filas. Indudablemente se pierde algo quitando á la agricultura, industria y artes miles de brazos que tan necesarios le son; pero en cambio logramos que el hombre rudo y montaraz se eduque admirablemente en los campos de batalla, en los sacos y en acometidas como la que nos ocupa en este instante. Así es que al volver á sus hogares tienen que ser necesariamente los más humanos, comedidos y transigentes. ¡Como que no hay nádie capaz de negar lo mucho y bueno que aprenden! Ved al mozo cuidando sus ovejas, labrando el campo ó en los talleres de la industria, y comparadlo con el valeroso atleta que hiere, mata, atropella y triunfa: el primero no sirve para nada; eso de guardar ovejas, labrar el campo, trabajar en los talleres, levantar edificios, etc., lo hace cualquiera; no así el asaltar una plaza, entrar á saco, destruir cuanto tiene el enemigo, apoderarse algunas veces de lo del amigo y extender por todas partes la victoria. Eso sí que vale. Un pueblo puede pasar muy bien sin edificios, sin agricultura, sin industria y sin artes; pero, ¿qué seria de una nacion sin gloria? El recuerdo de nuestros valientes guerrilleros vale mucho más que los ferro-carriles, el telégrafo eléctrico y esos cien descubrimientos diarios que no traen en pos un átomo de gloria. ¡Pueden estar orgullosos los Estados-Unidos, Inglaterra, Alemania y Francia! Todos sus descubrimientos no valen ni la sétima parte que la gloria alcanzada en nuestra última guerra civil, en la cual sólo se sacrificaron unos cien mil hombres y diez ó doce mil millones por si habia de reinar el valiente, sábio y entendido Don Cárlos V, de gloriosa memoria, ó la casta, inocente, piadosa y liberal Doña Isabel II, que al fin triunfó, para dicha y ventura de la más feliz de las naciones. Hay nécios que se atreven á sostener que el peor de los carlistas ó isabelinos muertos durante aquella terrible lucha valia más que Cárlos é Isabel juntos; pero tal aserto solo puede ser aborto de un cerebro descompuesto: cualquiera de los dos invictos monarcas

valia más que todos los españoles; debimos perecer por ellos, y luégo ir al infierno, y todavía me parece poco, que al fin y al cabo los dos tenian derecho divino, y lo importante no era que pereciésemos todos y se arruinara la nacion, sino el que uno de los dos mandase.

¡Oh, amigos carlistas, oh, sublimes isabelinos, qué talento hemos tenido! En cambio aprendimos bastante, y mañana volveremos á rompernos la crisma por el primer ambicioso que se nos presente; pero yo os digo que sereis vosotros; á mí me basta con una. Eso de llevar el cencerro ó formar parte de la recua, no me gusta ya, y os juro que no he de formar parte, y os juro que he de compadecer á los que no me imiten, y si puedo he de poner una albarda, siquiera sea con letras de molde, á los de la estúpida recua.

Esto estará mal dicho, pero es verdad.

Reanudemos nuestra historia.

Los soldaditos de Gracia, despues de separar lo necesario para sus cuatro jefes y dos sargentos, siguiendo una costumbre muy antigua, mucho, comieron cuanto tuvieron gana, guardándose el resto.

No quedaron gallinas, pollos, perniles, encurtidos, pan ni vino. Como no podian llevarse del último, cuando ya estaban hartos rompieron la tinaja por el gusto de bañarse los piés en el delicioso caldo. Les bastó una hora á aquellos valientes y honrados perseguidores de bandoleros para tomar ó destruir cuanto habia en la casa.

A las siete almorzaron el capitan y los oficiales, y á las ocho salieron de allí con el mayor órden y compostura.

Gracia, no habiendo podido llevarse á Jaime, como queria, mandó cargar con la ropa, armas y objetos que dejó el bandolero en casa de Gregoria.

Quedaban en la posesion el capataz y dos mozos apaleados y doloridos; no obstante lo cual, corrió el primero á casa de su madre y se llevó en brazos á Gregoria, pues la infeliz era ya víctima de una fiebre que encendia y precipitaba su sangre. La obligaron á que se metiera en cama, é inmediatamen-

te montó uno á caballo para traerse el médico de Abanilla.

Seis horas despues se presentó el audaz Alfonso, y á los piés de la cama de la enferma juró vengar lo que habian hecho con ella.

Luégo desapareció de allí, enrojecido el rostro, los ojos inyectados en sangre, la lengua trémula y el coraje posesionado completamente de su varonil corazon.

Llegó en una jaca negra, fuerte y corredora, y con ella volvió á cruzar el monte como el águila por el éter.

CAPITULO XXX.

La zorra y el cordero.—El leon y su víctima.—Sorpresa instantánea.—A Murcia.

Los castigos y destrozos que tuvieron lugar en casa de Gregoria calmaron la ira y despecho que inspiraran al capitan Gracia la fuga de Alfonso, y el tiempo que iba trascurrido acabó de enfriar su sangre y de despejarle la razon.

Ya en el monte, volvió á dividir su tropa en dos columnas, disponiendo que dieran principio á una persecucion tan activa como vigorosa. Dijo á los dos tenientes que descansaran poco, y siempre sobre el enemigo, que no le dejaran reposar un instante. Los paisanos que él tenía para espionaje y guías se los cedió tambien, les combinó sus correrías futuras entre el Carche y la Pila, y cuando estuvo seguro de que su pensamiento se empezaba á realizar tal como el deseaba, los abandonó para marchar él en seguimiento de Jaime.

—No duerme con los suyos,—exclamó,—y si logro cogerle, lo mato; en pocos dias luégo daré fin de los demás bandoleros, si ántes no lo consiguen mis dos tenientes. Lo importante, lo que más me conviene es el dar caza á ese astuto y sagaz ladron, cuya destreza é ingenio sorprenden. ¡Oh, su evasiva de anoche, porque indudablemente era él, prueban un valor, serenidad y acierto que merecen de mi parte el sacrificio de buscarle para pelear con él cuerpo á cuerpo, y de este modo arrancarle la existencia! Es preciso que sea yo so-

lo el que lo encuentre, porque de haber otros se volveria á escapar.

Al efecto se disfrazó con un traje del país, y armado de carabina y cuchillo, se trasladó á la casa del bandolero que le obedecia. Allí adquirió las noticias necesarias, y haciendo una vida igual á la de Alfonso, lo buscó durante las noches con incansable afan.

Era Gracia tan valiente como el *Barbudo*, sus carnes se iban endureciendo, ya no rechazaba las vigilias ni le imponian el insomnio y la fatiga, hizo cuestion de vida ó muerte la destruccion del capitan bandolero y la de todos los indivíduos de su partida, tratando de llevar á cabo su idea con tenacidad y empeño sorprendentes.

A los cinco dias averiguó que Jaime, separado algunas veces de los suyos, le andaba tambien buscando; y sin ponerse de acuerdo ni mediar recado directo, trataron de encontrarse en el monte, el llano ó las poblaciones.

Como Alfonso tenia ménos fuerza, sólo un teniente, y éste no contaba con grandes recursos intelectuales, se veia nuestro capitan de bandoleros obligado á dirigir las marchas y contramarchas de su gente, para esquivar la incansable persecucion de la tropa. Esto le robaba el tiempo necesario para encontrar á Gracia, y fué además causa de otra segunda sorpresa, más terrible áun que la primera.

Sucedió que una noche, al separarse de los suyos, Antonio Merelo, que era el bandolero vendido al capitan Gracia, fingió hallarse enfermo y le pidió permiso para retirarse á casa de sus padres. Jaime accedió al deseo de aquel y cada uno se fué por su lado, en tanto que la partida, acosada muy de cerca por uno de los tenientes, realizó una contramarcha, al mando de Amorós, corriéndose hácia Crevillente.

Alfonso, que no se fiaba de nádie, dictaba todas sus órdenes en secreto á Amorós, y esta prevision pudo evitar hasta entónces el que sus bandidos no hallaran á alguna de las columnas. Tenía en juego á la vez á todos sus amigos, espías y cómplices, que unos delante y otros detrás de los soldados se-

guian sus pasos, participando á menudo al bandolero las direcciones que aquellos tomaban.

A imitacion de los árabes, se valian de hogueras y otras señales análogas que vendian la marcha de la tropa, haciendo imposible una sorpresa de ésta contra aquellos.

Dijimos que Alfonso y Antonio Merelo se retiraron cada uno por su lado; pero bien pronto el segundo torció á la derecha, y siguiendo á Jaime, continuó así á una respetable distancia, pero sin perderlo de vista.

Realizaba este espionaje Merelo por órden del capitan Gracia, y era el recurso extremo á que apeló el último para dar fin de su enemigo.

Eran las nueve de la noche y la luna en toda su redondez alumbraba la comarca, teatro de las escenas que referimos.

Jaime Alfonso, muy embozado en su manta, proseguia en busca de un sitio aislado en que descansar aquella noche, volviendo la cabeza hácia atrás de vez en cuando para observar si alguno le seguia. Pero ilustrado Antonio con los consejos de Gracia, en vez de situarse á la espalda del bandolero iba á un costado, cási delante de él, y el *Barbudo* no pudo distinguirlo. Cuando el uno se paraba, arrojábase el otro al suelo, lo que, unido á la mucha distancia que los dividia, fué orígen de que Alfonso se detuviera en el cáuce de una rambla situada entre el Carche y Crevillente, seguro de que nádie le habia seguido ni visto esconderse allí.

A dos varas del borde, á igual distancia del agua que corria por la rambla, en una pequeña planicie que halló más próxima, se tendió el *Barbudo*, embozado en la manta, sirviéndole de cama la tierra y de almohada su sombrero. A su lado tenía el trabuco, y Alfonso, despues de exhalar un ronco suspiro, cerró los ojos, no tardando en ser presa de intranquilo sueño.

Minutos despues le contemplaba Antonio Merelo á la distancia de veinte varas, donde llegó arrastrándose como la culebra.

—Debe estar dormido,—dijo,—y era todo lo que yo deseaba. ¡Cuánto me hizo correr! Estoy cansado y sudo como nun-

ca. ¡Qué talento tiene el capitan Gracia! Salió todo como él me lo dijo, y á la verdad que me da lástima entregar á Alfonso de esta manera... Mis padres tienen la culpa; ya estoy comprometido y no puedo retroceder. Son tres mil duros, mi indulto y la satisfaccion de vivir en mi casa; puedo casarme con Juana... Esto es hecho. Adios, Jaime; vas á pagar las muchas culpas que cometiste, inclusa la de meternos en la rotonda, donde salí herido. Ahora recuerdo que el sitio en que me espera Gracia dista de aquí tres leguas, y con lo que ya llevo andado... A ese hombre se le ocurrió buscar un nido en direccion contraria, y me ha... no hay remedio, tengo que andarlas, y cuanto ántes mejor.

Y dirigiendo á Alfonso, que continuaba durmiendo, la última mirada, desapareció de allí en busca del capitan Gracia, cruzando al efecto al otro lado de la rambla por un paraje en que aquella estrechaba bastante.

Iba cansado y tardó tres horas y media en dar con el jefe de la tropa, el cual le esperaba sentado sobre un elevado pico del Carche.

—¿Qué has hecho?

Le preguntó Gracia, viéndolo llegar rendido y jadeante.

—Más que V., mi capitan.

—Con poco que lograses me aventajas, pues áun cuando yo me situé en esta altura para dominar un rádio extensísimo, no he visto alma viviente en las cinco horas que permanezco aquí. El tal Jaime parece invisible.

—Para V., que yo acabo de dejarle tranquilamente dormido y sin sospechar lo que iba á sucederle.

—¿Estás seguro, Antonio?

—Vamos á cuentas. ¿Cuándo cogeré los tres mil duros y el indulto?

—Poco despues de la destruccion de tus compañeros.

—¿Me lo jura V?

—Te lo juro.

—Entónces es de V. Jaime.

—¿Seguiste mis instrucciones?

—Al pié de la letra.

—¿Y estás cierto?..

—De eso no hay que hablar.

—Pues no perdamos tiempo, que es ya la una de la madrugada. Vé delante.

—Imposible, mi capitan. Me hicieron andar por el dia cinco leguas, y cuatro esta noche, nueve. Dista Alfonso tres, y de seguro si yo voy no llegamos á tiempo.

—¡Tres leguas de aquí; qué contrariedad!

—Yo daré á V. las señas, que lo llevarán sin tropiezo, y usted, que está descansado, puede darle caza á las cuatro ó ántes. Le advierto que él se levantará á las cinco lo más tarde.

—Lo supongo. ¿No puedes hacer un esfuerzo, Merelo?

—Yo no le hago á V. falta, y ya ve en el estado en que me hallo.

—Es verdad; entérame sin pérdida de tiempo.

Así lo hizo Merelo, separándose poco despues en direccion el uno de la rambla donde estaba Alfonso y el otro de la casa de sus padres, que distaba de allí poco más de un cuarto de legua. Sigamos al primero.

El capitan anduvo dos horas á buen paso, sin detenerse hasta que llegó á la rambla que buscaba.

—Ahora,—dijo cobrando aliento,—debo seguir hácia la izquierda, y á la media legua poco más ó menos encontraré al *Barbudo*, segun la explicacion de Merelo. Este riachuelo lleva agua, pero es tan poca que áun cuando Alfonso esté al lado opuesto puedo matarlo sin tomarme la molestia de cruzar. ¡Ah, terrible bandolero, ahora no hallarás un San Antonio, hábito, barba ni el cándido y fanático de mi alférez; ahora te vas á encontrar con la boca de mi carabina!

Y continuó adelante por la márgen izquierda de la rambla.

El capitan caminaba ahora sin hacer ruido y siguiendo el curso del agua.

A la media hora se detuvo, exclamando:

—En aquella hondonada se ve un bulto. Sí, él debe ser.

Y Gracia se echó la carabina á la cara, andando sin dejar

de apuntar hasta que estuvo frente al bandido y como á la distancia de veinte pasos, que era el espacio ocupado por el agua de la rambla. Era en este momento el cazador que encañonaba la presa para asegurar su triunfo.

Acababan de dar las cuatro. La luna empezaba á cubrirse, pero áun prestaba la suficiente claridad para que Gracia no errase el tiro á tan corta distancia y con tan buena carabina.

Llevaba el riachuelo por aquella parte bastante corriente, y Gracia no se atrevió á vadearlo por ignorar su fondo, ni á buscar otro sitio para cruzar, por temor de que Alfonso despertara y se le escapase.

—Yo estoy fatigado,—exclamó,—de las tres leguas que anduve por tan áspero camino; él se halla descansado, y no me muevo de aquí para evitar otra huida.

Y se contrajo á descender un poco más y á sitio en que se mojaba los piés, quedando á diez y siete pasos escasamente del audaz bandolero.

—Dios sea con él.

Dijo, y fué á mover el gatillo; pero le detuvo una idea que en aquel momento llegó á su mente, y añadió para sí:

—¿Será Alfonso, ó iré yo á asesinar á algun infeliz? Está embozado hasta los ojos, y la verdad es que yo no puedo reconocer su rostro. Tengo sus señas, pero nada más. ¡Me mata la incertidumbre! ¡Oh, para que lo atraviese mi bala basta un segundo! Yo averiguaré si es ó no.

Y sin dejar de apuntar, gritó:

—¡Jaime, Jaime!

Alfonso abrió los ojos, y turbado aún por el sueño, preguntó:

—¿Quién me llama?

—¡Ah, miserable!—le contestó el capitan.—Caiste en mi poder. En el momento que tu mano toque el trabuco, mueres. Nota que es inútil toda resistencia.

La alegría, el placer entusiasmaron á Gracia, y creyendo tener asegurada la presa, quiso gozarse en su agonía.

Alfonso le miró, y viendo claro su espíritu, sin moverse le preguntó:

—¿Quién eres? Ten la bondad de decírmelo.

—El capitan Gracia.

—¡Oh, me han vendido!

—No; te he cazado.

—¿Me vas á asesinar?

—Con mas gusto te llevaria á Murcia; pero no veo medio, Jaime. Reza el *Credo*.

Alfonso vió la distancia á que estaban, el agua que corria entre ellos, y meditó. La última esperanza, compañera inseparable de las víctimas, llegó á su ser.

—¿Me permites,—le preguntó aparentando humildad y resignacion,—que muera á lo cristiano?

—¿Qué quieres decir?

—Ya que me temes, ya que rehusas batirte conmigo, ya que eres cobarde, sé al ménos cristiano y deja que me ponga de rodillas.

—Bien, reza el *Credo* en esa postura, pero no toques el trabuco, porque de lo contrario!..

—No lo miro siquiera.

Jaime se deslió de la manta y la tiró. Acto continuo se puso de rodillas, frente á frente del capitan, fija su mirada en el gatillo de la carabina contraria. Su trabuco quedaba pegado al zaragüelle.

—Yo me hubiera batido contigo,—exclamó;—tú me asesinas. Gracias, verdugo. De sorprenderte yo á ti no desempeñaria tan horrible papel.

—Dime antes: ¿eres tú el fraile que se escapó de casa de Gregoria?

—Sí.

—Por eso te he buscado de esta manera, astuto bandolero. El leon tiene ya á la serpiente bajo su garra.

—¡Cómo ha de ser; paciencia y que Dios sea conmigo!

El capitan llevaba más de cinco minutos apuntando, y Alfonso comprendió que cuanto más tiempo le tuviera así más se robustecia la única esperanza que le halagaba. Y añadió:

—Si quieres no llevar al otro mundo el remordimiento que

atormenta al asesino, déjame coger el trabuco, y yo te juro tirar despues que tú.

—Estás sentenciado á muerte, yo soy el instrumento de la ley aquí y no te asesino; cumplo sólo con mi deber fusilándote.

—Bien; pero te quedará la amargura de haber descendido desde capitan á verdugo.

—Basta de réplicas. Reza ahora mismo el *Credo*, miserable ladron.

—Te obedezco, verdugo.

Y alzando la voz y los brazos, continuó:

—Dios mio, velad vuestra justicia; yo recuso y apelo á vuestra bondad, á vuestra infinita, inconmensurable misericordia. Creo en Dios Padre...

Y siguió rezando el *Credo* con pausa, abiertos los brazos y la mirada fija en la mano con que sujetaba el gatillo Gracia.

Al llegar al *Su único Hijo*, hizo fuego el capitan. A la vez se tiró Alfonso al suelo, quedando como la rana. La bala rozó los pelos de su cabeza.

En el mismo instante dijo:

—¡Se mata así, torpe!

Y sin darle tiempo ni áun para volverse, disparó su trabuco, cuyas postas rompieron las costillas, atravesando el corazon de Gracia.

El infeliz cayó sobre el agua exánime y sin haber podido articular una sola frase en demanda de la piedad divina. Sus dudas primero, y su ciega confianza despues, le perdieron. A Jaime le salvaron su gran serenidad, buen instinto, prevision y lo oportuno que estuvo al tirarse al suelo.

Con la misma rapidez que Alfonso cogió el trabuco, tirando instantáneamente, saltó luégo para cruzar el resto de la rambla con agua á la rodilla y subir precipitadamente á una altura.

—¡No hay nádie,—dijo deteniéndose;—vino solo! ¿Me encontraria por casualidad? Fatal ha sido para él; pero sos-

pecho que alguien me siguió anoche. Sí; no vi á nádie, pero el corazon me lo dice. ¡Gregoria, empiezo á vengarte; no me detendré hasta acabar!

Y descendió, parándose al pie del cadáver.

—Iba á quitarle el reloj,—dijo,—el dinero que lleve y los papeles, pero no quiero, no puedo...

Y volvió á cruzar por el agua, cogiendo su trabuco, manta y sombrero.

—¿Cómo ese hombre dió conmigo? Me devano los sesos... ¡Ah, la enfermedad de Antonio! Me pareció que fingia... Pues yo lo averiguaré.

Y corrió, subiendo nuevamente á otra altura.

—¡Qué veo!—exclamó.—Una hoguera en la garganta del monte. Es decir que por allí viene una columna; pues por este otro lado se va en ménos tiempo á casa de Antonio.

En el acto cargó su trabuco, y embozándose en la manta, avanzó como él tenía de costumbre, cruzando barrancos, subiendo pendientes é imitando, por último, á la cabra.

De pronto se detuvo, mirando con su anteojo, el cual llevaba siempre á la espalda pendiente de un cordon.

—Allá distingo la columna de que me dan aviso,—exclamó.—Si yo tuviera aquí mis veintisiete leones, otra cosa sería; pero no es tarde, señor teniente, y en particular vosotros, sargentos primero y segundo; esta noche unos y mañana otros, nos veremos las caras. Ahora me toca á mí buscaros. Hasta la noche.

A las seis se detuvo Alfonso en un caserío para dar órdenes á dos mozos que se ofrecieron servirle, se desayunó, y una hora despues estaba á la puerta de la casa de Antonio Merelo, mirando por la cerradura.

—Almuerzan el padre y el hijo,—murmuró;—sano el uno y bueno el otro. Mis sospechas empiezan á tener visos de verdad.

Y empujó la puerta, entrando de pronto.

—Buenos dias, señores.

Dijo, fijándose en Antonio.

—Veo que estás mejor,—añadió sin esperar respuesta;—y me alegro, pues necesito de ti con toda urgencia.

Alfonso notó que Merelo se habia inmutado y su padre palidecia por momentos.

—Bueno,—le contestó Antonio;—lo que tú quieras, Jaime.

—Ya sé yo que eres muy leal y que me estimas mucho; por lo mismo os voy á referir lo que acaba de sucederme.

Y se sentó, fija en ambos su penetrante mirada.

—Pues es el caso,—añadió,—que el capitan Gracia... ¿le conoceis vosotros?

—No.

Le contestaron ambos con voz trémula.

—Pues él me ha dicho ántes de morir... ¿Qué es eso? ¿Por qué os poneis tan descoloridos?.. ¡Bah! Será aprension mia. Antes de que yo le matase se vanagloriaba de que anoche...

—Miente, Alfonso,—exclamaron el padre y el hijo, vendiéndose. El último prosiguió.—Faltó á la verdad, te lo juro.

—¿A qué?

—A eso.

—¿Qué es eso?

—Lo que ibas á decir.

—Antonio, explícate.

—¿No te referistes á que conocia á mi padre, que trató conmigo?.. Yo no le he visto nunca ni sé quién es.

—¡Qué bárbaros! ¡Y yo iba á tener una confianza con vosotros!

Jaime cogió un vaso con vino y lo bebió, añadiendo:

—¿Qué dinero tiene tu padre, Antonio?

—De las dos últimas onzas que le dí, me decia ahora que le quedaban veintiocho duros.

—Y tú, ¿qué tienes?

—Yo, doscientos reales justos.

—Vengan unos y otros, que me hacen falta.

—Lo que tú quieras, Alfonso; tómalos. Vamos, padre, que lo manda el capitan; sáquelos V. pronto.

El viejo se levantó de mala gana, pero una mirada de Jai-

me le obligó á bajar la cabeza, volviendo con los veintiocho duros.

—Mala peste, toma. ¿Cuándo me los devolverás?

El *Barbudo* guardó los unos y los otros, añadiendo:

—Antonio, nos vamos ahora mismo á Abanilla.

—Es que no acabó de almorzar...

—Es que á V. no le importa; soy yo su capitan, el que manda en él.

—Tiene razon Alfonso, padre. Vamos cuando quieras.

—Coge la canana, el cuchillo, la carabina, manta, y vé delante.

—Al momento.

Antonio le obedeció, y despidiéndose de su padre, salió de allí.

Jaime quedó mirándolo desde el portal; cuando aquel se hallaba á cien pasos, se volvió de pronto, y cogiendo por el cuello á Merelo, padre, le empujó hasta la mesa, con la que tropezó, tirándola y cayendo él.

El *Barbudo* le puso un pié sobre el pecho, diciendo:

—¡Miserable, si quieres comer, trabaja; y cuenta que la más leve accion tuya, la palabra más insignificante que expreses contra mí, le cuesta la vida á tu hijo, el cual me llevo en rehenes!

Y le golpeó en el rostro fuertemente con la suela de la alpargata.

El viejo comprendió que habia Alfonso descubierto su secreto, y no desplegó los labios.

Jaime miró hácia el monte, y no viendo hoguera alguna, se incorporó con Antonio, continuando á su lado hasta Abanilla sin hablarle nada en todo el camino. Aquel tampoco osó dirigirle la palabra, ni áun mirarlo frente á frente, efecto sin duda del temor que le inspiraba su conducta anterior, las indicaciones de Alfonso y el misterio con que se expresó el audaz bandolero.

Ya en el pueblo envió el *Barbudo* un propio, avisando á Amorós para que se le presentase inmediatamente con la

fuerza que mandaba. Luégo hizo partir seis hombres en averiguacion de los puntos en que estaban las dos columnas, y cuando hubo terminado se marchó á un caserío, en el cual esperó la llegada de su gente.

Serian las cinco cuando aquellos se presentaron. Alfonso se rodeó de todos, diciéndoles:

—Os voy á dar una nueva que os sorprenderá probablemente. Dormia yo esta madrugada sobre el duro suelo, cerca del agua de una rambla, ignorando que anoche al separarme de vosotros me siguieron, vendiéndome al terrible capitan Gracia. De pronto me despertó la voz de mi enemigo, abrí los ojos, y lo vi apuntándome á quince pasos, retratada en su rostro la satisfaccion del hábil cazador en los momentos de tener asegurada su presa. Me hizo poner de rodillas, me mandó que rezara el *Credo*, y al llegar al *Su único Hijo* disparó; pero á la vez me tiré yo al suelo, y la bala cruzó rozando mis cabellos. Sentí su calor, y al caer cogí mi trabuco y sin preámbulo alguno disparé. Cinco postas atravesaron el pecho de Gracia; yo estaba ileso, él cadáver. Pedí á Dios misericordia, y me la concedió. Yo le ofrezco solemnemente ser agradecido, y ya empecé á demostrárselo, pues perdoné la vida al miserable que me vendió.

—¡No, no, que muera!

—¡Silencio! Repito que le he perdonado. ¡Ay de él si le cojo en la falta más leve! Llevará por lo ménos un recuerdo mio que le durará toda su vida. Y no hablemos más de esto. El que me quiera, debe de dar gracias á Dios por la merced que se dignó otorgarme: descansad media hora, y partiremos.

—No.

—No.

—Queremos saber quién es el traidor.

—¡Que muera!

—¡Yo le ahorcaré!

—¡Os digo que basta! ¿Mandais vosotros ó yo? Le he perdonado, y el que se oponga no es amigo mio, no me quiere.

Ea, medio vaso de vino cada uno, treinta minutos de descanso y al monte. Yo lo mando.

Todos se callaron, obedeciéndole á disgusto.

Alfonso salió fuera con Amorós, al cual dijo:

—José, voy á darte dos encargos, cuyo desempeño tomarás con el mayor interés.

—Habla, Jaime, y cuenta conmigo para todo.

—Desde este instante hasta que te mueras, vas á llevar á tu lado á Antonio Merelo; dia y noche le observas, y en el momento que trate de huir ó intente algo contrario á lo que á ti y á mí nos conviene, le inutilizas la pierna derecha de un balazo. Si enferma, que vaya arrastrándose; no le tengas consideracion alguna; y despues que pasen unos dias, llamas á parte á sus compañeros, y uno á uno les vas diciendo que yo he mandado no presten un solo real á Merelo. En los repartos que hagamos lo suprimes á él; que coma y beba como los demás; si se le rompe la ropa, que vaya andrajoso, y cuando haya peligro lo pones delante. Será en lo sucesivo una especie de prisionero, al que no debo matar porque no quiero más sangre, pero que tampoco puedo echarlo de entre nosotros; sabe todos nuestros secretos, y es fácil que se aficione al oro del enemigo. ¿Has comprendido?

—Demasiado. ¡Con que ese traidor!..

—Yo no lo he dicho; no quiero que tú lo creas ni que lo cuentes.

—¡Pero Alfonso, si le he visto palidecer, si estaba temblando!

—Has contemplado visiones, y no hablemos más de esto, Pepe.

—Bien, Jaime; no sé desobedecerte, y contra mi carácter y voluntad realizaré lo que deseas.

—Vamos con el segundo encargo: mañana lo dejas conmigo en el momento que lleguemos al cortijo de la *Rubia*. Vas á su casa seguido de seis ú ocho y la prendes fuego, sin separarte de allí hasta que sólo queden ruinas.

—Jaime, ¿qué culpa tiene el padre?..

—Tú has visto al uno descolorido y yo hallé al otro trémulo.

—¿Sí? Pues no quedará una pared en la casa que se alberga.

—Miéntras la gente te obedece, le dices á los padres que deben morir, y para evitar esa desgracia, les aconsejas que se marchen á Lorca, donde tienen parientes y amigos. Al efecto, y puesto que cuentan con dos bestias, que carguen en ellas los objetos que puedan, entregando el resto á las llamas. Añades que su hijo queda entre nosotros para responder de su conducta futura. ¿Comprendes?

—Sí, y deploro la horrible traicion...

—¡Cómo ha de ser, José! Bien sabes que fué lo único que temí en el mundo.

—Ahora se justifica tu ausencia por las noches, tu desconfianza y precauciones.

—Con ellas y todo, si yo muero esta madrugada, como debió ocurrir, ántes de muy poco todos hubiérais perecido. Sólo uno se salvaria.

—¡Maldito!..

—Olvídate de él, que lo he perdonado yo, á medias. Pepe, entremos á beber nuestro medio vaso de vino.

Y se presentaron ambos entre sus compañeros.

Antes de abandonar Alfonso el caserío, le dieron la noticia, repetida por dos de sus agentes, de que las columnas se habian dirigido á Crevillente, forzando la marcha. Era lo que deseaba el *Barbudo*. En el acto partió al Carche y la Pila, y durante aquella noche se apoderó de los víveres y municiones que tenía la tropa, destruyendo los dos fuertes que habia mandado construir el capitan Gracia. Seguidamente, y miéntras le quedó dinero, fué comprando el trigo, harinas y comestibles que hallaba en los caseríos del Carche y la Pila. Y cuando se le acabaron los fondos, robó el resto, conduciéndolo todo á varias cuevas y en paraje seguro. Se propuso sitiar por hambre á sus perseguidores, y siempre al frente de su partida, pasaban el dia entre las entrañas de los montes y durante la noche in-

dagaban, trasladándose de un punto á otro, segun les aconsejaba la conveniencia.

En dos ocasiones se separó de sus compañeros, y desde la cumbre de una sierra hirió al sargento primero y luego al segundo, tirando á gran distancia y desapareciendo despues como un meteoro.

Aquellas dos balas, tan hábilmente dirigidas, con tanta exposicion disparadas, vengaban á Gregoria.

Pudo el audaz bandolero sorprender en varias ocasiones á las columnas que le perseguian; pero recordaba el horrible cuadro de la rotonda, el cadáver de Gracia, los dos sargentos heridos por él, y desistia de coger á sus enemigos dormidos ó de hallarlos de frente, para evitar nuevas víctimas, otro cuadro igual al que llevaba grabado en su mente.

En cambio impuso pena de la vida al que favoreciese con algo, fuesen noticias ó alimentos, á las columnas, dejó el país cási desierto y los oficiales y soldados sufrieron hambres, fatigas, el rigor de la intemperie y cuantas penalidades podian ofrecer al militar su vida entre unas rocas despobladas é inseguras.

La misteriosa muerte del capitan Gracia, el abandono del país por sus habitantes, la falta de toda clase de recursos y lo fatal é insostenible de la vida que arrastraban, obligó á las columnas á unirse, los oficiales debatieron, optando porque uno de los tenientes pasase á Murcia á enterar al Corregidor de lo que acontecia y de la imposibilidad de continuar así; pues resultaba que Alfonso tenía, en donde ellos ignoraban, víveres y municiones para muchos meses, en tanto que los soldados carecian hasta de lo más indispensable.

Alfonso supo el resultado de aquella reunion, y cási á la vez que el teniente entraba él en la ciudad de Murcia.

Dejó á su partida en paraje donde no podian dar con ellos; la casa de Gregoria fué abastecida por él en más de un doble de lo que le robaron y destruyeron; la de Merelo era un monton de ruinas; sus padres se ocultaron en un cortijo distante media legua de Lorca, y, por último, la infortunada Gregoria

ahogó el recuerdo de sus desgracias pasadas en los brazos de Jaime, del que en lo sucesivo fué manceba leal y enamorada.

Ese era el estado de las cosas veinte dias despues de la muerte del capitan Gracia; murió el valiente, sagaz y entendido militar, pero dejó el sello de su talento en aquella comarca, haciendo variar por completo la vida y situacion de Jaime y su partida. No pudo con ellos, mas los encerró en las entrañas de los montes por algun tiempo, si bien contribuia á esto poderosamente el horror que Jaime Alfonso profesaba al derramamiento de sangre.

CAPITULO XXXI.

Un Coronel en campaña.—Otra sorpresa.—Generosidad de Alfonso.—Los carreteros y los bandidos.—La opinion de un inteligente.

ALFONSO entró en Murcia muy bien disfrazado, puso en juego á todos sus amigos, cobró varios impuestos, averiguando, por último, cuanto hacía y hasta lo que pensaba el Corregidor Echavarri.

Supo que el teniente habia vuelto con recursos y que iba detrás un esperto coronel, el cual debia reemplazar al capitan Gracia.

Jaime remuneró espléndidamente á sus encubridores y agentes de Murcia, abandonando la capital dos dias despues que el teniente, y veinticuatro horas ántes que el mencionado coronel.

La muerte del capitan Gracia, los meses que iban perdidos, lo costoso que estaba siendo el sostenimiento de la fuerza situada en el Carche y la Pila y el estado lamentable en que los soldados se encontraban, hicieron comprender al Corregidor lo difícil de destruir una partida de bandoleros que llevaba catorce años dominando aquella comarca, la cual obedecia al *Barbudo* mejor y con más gusto que á Fernando VII.

El talento, por otra parte, de Alfonso, su sagacidad y cuanto habia acontecido, pues de todo le dieron noticia exacta los

amigos de Alfonso, modificaron mucho sus ideas en lo relativo á la persecucion de los bandoleros.

Esto fué causa de que en vez de buscar otro tipo por el estilo de Gracia se procurase un coronel prudente, entendido, humano y más aficionado á la conciliacion que al combate. Le dió Dañamayor ámplias facultades, despidiéndolo con las siguientes frases:

—Parta V., amigo mio, mañana al amanecer. En Fortuna hallará treinta hombres al mando del teniente que salió el lúnes, y con ellos se une V. al resto de la fuerza que le espera en el Carche. Segun le he manifestado anteriormente, si hay posibilidad de destruir á esos bandidos, hágalo V.; de lo contrario, regrese aquí, trayéndose la fuerza y á los dos sargentos que están heridos en Fortuna, los cuales deben entrar pronto en convalecencia.

A las cinco de la mañana del dia siguiente salió el coronel á caballo, seguido de su asistente, que iba á pié.

A las ocho llegó al puerto de Zacacho, y dispuso almorzar y que dieran un pienso al potro.

Entró al efecto en una pequeña habitacion donde su asistente le puso la mesa, y miéntras aquél fué por las viandas se halló de pronto sorprendido por Jaime y dos bandoleros más, que en el acto lo desarmaron, imponiéndole pena de la vida si trataba de pedir auxilio ó no secundaba las órdenes que iba á dar el bandolero.

Habiendo ofrecido el Coronel no intentar una defensa completamente inútil y muy expuesta, mandó Alfonso que salieran los dos bandidos para quedarse solo con el jefe militar.

Servidos por el asistente, almorzaron ambos, concluyendo por decir Jaime al soldado:

—Come tú, montas en el caballo de tu amo y partes á Fortuna, diciendo al jefe de la fuerza que allí espera, que se retire al Carche, pues el Coronel irá más tarde y sin necesidad de que nádie le acompañe.

El asistente quedó mirando á su amo, éste repitió la órden y aquel obedeció.

Vueltos á quedar solos Alfonso y el militar, preguntó el último:

—¿Qué te propones respecto de mí, Jaime?

—Nada malo, si V. es bueno.

—Yo no puedo ya ser otra cosa que tu prisionero.

—Veamos si es cierto.

El *Barbudo* le hizo varias preguntas sobre acontecimientos ocurridos en Murcia, que él conocia, el coronel le contestó con ingenuidad y sin faltar á la exactitud, y entónces Jaime le dijo:

—Muy bien, señor Coronel; es V. aficionado como yo á la verdad, y le voy cobrando cariño. Hé aquí mi última pregunta: si la respuesta llena mis deseos, pronto se hallará V. libre y en actitud de hacer cuanto le acomode. ¿Qué órdenes lleva V. respecto de nosotros?

—No hallo inconveniente en decírtelo. Si hay posibilidad de batiros y acabar con vosotros, debo hacerlo inmediatamente. De lo contrario me retiraré con la fuerza del Carche y hasta con los sargentos heridos.

—Perfectamente; veo que el Corregidor varió por completo, y me complace el cambio, toda vez que es razonable su deseo, y me ha honrado mandándome un hombre de la graduacion de V. y muy distante de parecerse al insensato Comandante que osó entrar en la rotonda fortalecida por mí, ni al sagaz capitan que toleraba á su gente violencias que prohiben las leyes de la milicia, sin perjuicio de tratar él de asesinarme de un modo cobarde y ruin. Para que pueda usted con facilidad comprender lo que hacemos y lo que va á ser de todos ustedes si insiste en combatirnos, le voy á tener conmigo tres dias; durante los cuales se concreta á oir, ver y callar. En ese tiempo, si lo aprovecha V., puede conocernos; luégo lo dejaré entre las columnas, para que obre segun le aconseje su conciencia.

Jaime supo ántes de salir de Murcia lo que era el Coronel, y trataba ahora, por todos los medios posibles, de interesarlo para evitar nuevo derramamiento de sangre.

Hablaron dos horas, y en este tiempo refirió Alfonso al

militar la mayor parte de sus hechos y causas que le empujaron al crímen. Luégo salieron, llevando un bandolero de vanguardia y otro de retaguardia. De este modo, sin dejar de hablar y yendo el coronel suelto, á pié y al lado de Alfonso, caminaron más de una hora para detenerse en un caserío situado en direccion de Molina.

Allí tenian la comida dispuesta, y ambos se sentaron á la mesa.

Los pocos vecinos de aquel paraje fueron en tropel á saludar al *Barbudo*. Los mejor acomodados le ofrecian tabaco, vino añejo y licores, que Alfonso rehusaba agradecido; los pobres le pedian, y el bandolero les daba segun sus necesidades. Habia en todo aquello una naturalidad que admiró al Coronel; pues no eran sólo los hombres, sino hasta las mujeres, entre ellas jóvenes y guapas, las que lo felicitaban, hablando con él como pudieran verificarlo con su mejor amigo.

Terminada la comida se despidió Jaime de aquel escaso vecindario, dirigiéndose por veredas poco transitadas al pueblo de Molina, donde llegaron de noche. Tambien aquí recibieron á Alfonso bien; pero aquél, contra su costumbre, encargaba á los que se llegaron á hablarle que ocultasen á todo el mundo su permanencia en el pueblo.

A las ocho y media cenaron en la forma que habian comido, y á las diez, en buen cuarto y mejor cama, se acostaron el bandolero y el Coronel, dejando cerrada la puerta por dentro, pero puesta la llave. En la habitacion inmediata descansaban los dos bandoleros que acompañaron á Jaime.

Media hora despues dormia el *Barbudo* tranquilamente. El Coronel concluia de fumar un habano que le regaló Alfonso, y en verdad que le era muy fácil escaparse; pero no llegó á su mente tal idea, efecto de lo mucho que le gustaba el carácter y conversacion de Jaime, las consideraciones que tenía con él; lo que, unido á la popularidad del bandolero y á la naturalidad que veia en todo, le hicieron comprender la conveniencia del estudio que estaba haciendo. Tambien nuestro mi-

litar se quedó dormido, permaneciendo así hasta las cuatro, en que le despertó Jaime, diciendo:

—Mi Coronel, si V. gusta nos levantaremos, pues quiero que vea en breve la manera que tiene de robar Jaime Alfonso.

—Hombre,—le contestó admirado el militar,—¿yo he de presenciar un acontecimiento como ese?

—Sí, señor, en su calidad de prisionero. ¿No desea conocernos? Pues es el medio mejor.

—Sea; pero con una condicion.

—Hable V.

—Que no has de verter sangre ni violentar al que yo te recomiende.

—Lo primero me lo tengo yo impuesto, Coronel; en cuanto á lo segundo, se hará lo que V. quiera.

—Ultima pregunta: ¿Qué clase de sujeto ó familia vas á sorprender?

—No es lo uno ni lo otro. Ya le habrán á V. dicho que yo rara vez robo; vivo, en union de mi gente, de un impuesto que me pagan de mala gana varios propietarios y los carreteros que trafican en esta comarca. Los últimos, en cuanto hallan alguna ocasion, se niegan, y no debe extrañar á V. ni á mí, toda vez que va dando el público á regañadientes los diezmos y primicias y hasta le cuesta trabajo pagar la contribucion. En la ocasion presente, fiados en la activa persecucion que me están ustedes haciendo, se han unido todos los carreteros de Yecla, no me han abonado el mes anterior, y ofrecen hacerlo con el cañon de sus escopetas; y con esos me voy á entender hoy.

—¿Son muchos?

—De treinta y cinco á cuarenta carros y más de sesenta hombres.

—Tengo noticia de que los carreteros de Yecla no son cobardes.

—Al contrario, la osadía de esos hombres asombra.

—Vas á verter sangre, Alfonso.

—Ni una gota, Coronel.

—¿Dónde está tu partida?

—La dejé ántes de anoche en el Carche; pero le dí hora, sitio y no faltará.

—¿Tenemos que andar mucho?

—Más de tres leguas; pero iremos despacio, y haciendo dos descansos se molestará V. lo ménos posible.

—Muy bien; vistámonos.

Así lo verificaron. Luégo abrió Jaime la puerta, tosió, presentándose inmediatamente en la habitacion sus dos compañeros. Al uno le dijo:

—Almorzaremos á las siete en el cortijo de Bernardo. Marcha.

Y añadió dirigiéndose al otro:

—Comeremos en el caserío de la *Gorda*. Adelántate.

—¿A qué hora, mi capitan?

—A las doce.

Y los dos desaparecieron.

—Me hallo á la disposicion de V., señor Coronel.

—Y yo estoy admirado de la precision con que eres obedecido en todas partes y hasta por los tuyos.

—Como que soy el rey de esta comarca.

—Ya lo veo.

—No es malo Don Fernando VII, pues por él nos vemos libres de aquella terrible Constitucion y de aquellos hombres que, invocando la ley, nos cerraron todos los caminos, y la verdad es que si continúan un año más nos morimos de hambre todos los bandoleros de España, y cuidado que somos algunos millares. Pero ya se ve, el rey no puede atender á sus pueblos como yo á los mios; su nacion es muy grande, y con la mia sucede lo contrario.

—Ya he concluido, y cuando quieras podemos marchar.

—Andando.

Y salieron ambos de la posada, dirigiéndose hácia Yecla, despacio y fuera de caminos y veredas.

Ahora iba Jaime muy embozado y con dificultad hubiera podido conocerle nádie.

Partieron de Molina á las cinco y á las siete descansaron dos horas, tomando un abundante y bien condimentado almuerzo que les tenian preparado.

Salieron despues de las nueve, prosiguiendo su agradable caminata hasta las doce, que ya en la falda del monte entraron en el caserío en que les tenian dispuesta la comida. Allí permanecieron hasta las dos y media, en cuyo instante se levantó Alfonso, diciendo al Coronel:

—Ha llegado el momento, partamos.

Y solos, como anteriormente, subieron á una altura, desde la cual se dominaba más de una legua de camino en direccion de Yecla.

Alfonso sacó su anteojo y estuvo mirando cinco minutos, alargándoselo luégo al coronel.

—Véalos V.,—le dijo,— vienen ahora por la cuesta del *Muerto*. Todavía tardarán media hora en llegar aquí, y me sobra tiempo para distribuir mi gente.

—Cierto,—exclamó el coronel;—allí vienen, y son muchos, Jaime.

—Treinta y siete carros y más de sesenta hombres.

—Pero oye. ¿Vamos á robarlos entre los dos?

—¡Brava pregunta!

—¿Dónde está tu gente?

—Nos está oyendo.

—Pues yo no veo á nádie.

—Ahora saldrán. Quédese V. con el anteojo en este sitio, desde el cual podrá examinar la colocacion de los mios y cuanto ocurra luégo.

—¿Sois muchos?

—Veintisiete para atacar y uno de bulto, que es mi pobre cocinero, tan cobarde como inteligente en el arte de la cocina.

—Va á haber sangre, Alfonso; ¡veintiocho contra toda aquella gente!..Te advierto que traen un grupo en forma de exploradores, y que la mayor parte guardan hasta el órden de formacion.

—Es natural; de salirles yo en algun punto debia ser aquí, y llegan preparados.

—Pues yo te aseguro que habrá tiros si os empeñais en robarlos.

—No lo crea V.; ninguno.

—Lo que me parece todo esto es una broma tuya, Alfonso. El número y actitud de esos hombres, tu calma y la imposibilidad, en una palabra...

—¡Que un señor coronel diga eso! Ea, voy á dar principio. Atencion, y se convencerá V. que el arte de la guerra no es ciencia difícil ni desconocida por mí.

Alfonso tendió una mirada en torno, meditó un minuto, y acto continuo comenzó á silbar.

Instantáneamente y como por encanto salieron de detrás de los árboles, de entre las breñas y por todas partes cabezas de bandoleros que, atentos á la voz de su capitan, se disponian á obedecerle.

El Coronel quedó asombrado, aturdido de ver aparecer aquellos hombres de un modo mágico, inconcebible, y su admiracion rayaba en lo más alto cuando Alfonso empezó á dar voces de mando y sus parciales tomaron posicion, comprendiendo bien y ejecutando mejor. Tardaron dos minutos; un segundo despues estaban todos ocupando los puestos que el capitan les habia designado, ocultos á las miradas de los que pudieran pasar por el camino y guardando un silencio sepulcral.

Jaime los reconoció, y despues que les hubo hablado á todos en voz baja, subió adonde estaba el Coronel, al cual dijo:

—Venga V. conmigo, que desde ahí no se ve bien el camino que está bajo sus piés, y en cambio le distinguen perfectamente los carreteros.

Y lo llevó detrás de un pico, donde ambos se situaron.

—¿Qué le va á V. pareciendo mi modo de maniobrar?

Preguntó Jaime.

—Estoy perplejo, aturdido, Alfonso; no he visto nunca, y así lo he de hacer constar en Murcia, fuerza distribuida con

más inteligencia y acierto; no escuché jamás órdenes más precisas y concretas, más claras y terminantes. Tú no eres un hombre vulgar, Alfonso.

—Consiste, señor Coronel, en que, como le he dicho ántes, el arte de la guerra se aprende con mucha facilidad. En fin, vaya V. mirando, que áun cuando nada le enseñe me irá conociendo, y á eso le han mandado el Comandante general y Corregidor de Murcia.

—Ocupa tu línea el mismo espacio que el de los carreteros, empezando por el primero hasta el último.

—Lo ha comprendido V.; de ese modo serán sorprendidos todos á la vez y no habrá sangre.

—Es gente osada y puede que resista, Jaime.

—No; los hay valientes, pero creen que en caso de presentarme lo he de hacer por delante ó detrás, como otras veces, y cuando se vean con veintiocho trabucos preparados á derecha é izquierda, quedarán sin accion. Entran ya en el monte y voy á ocupar mi puesto. Hasta luégo, Coronel. Desde ahí puede V. ver y hasta oir.

Diez minutos mas tarde gritó la robusta voz del *Barbudo:*

—¡Alto los carreteros! ¡Compañeros, fuego al que se mueva! ¡Al suelo las escopetas! ¡Parad los carros! ¡Muera el que dude ó vacile!

A la vez habian aparecido los veintiocho enormes trabucos á diez ó doce varas de los carreteros; los bandoleros apuntaban; sus contrarios se detuvieron confusos y perplejos.

—¡A ellos!—volvió á gritar Alfonso.—¡Todos al camino!

Y los veintiocho se acercaron, separados unos de otros, á tres pasos de los carreteros, sin dejar de apuntar.

Jaime se adelantó á todos, y con su innato valor empezó á repartir culatazos, hasta que no hubo un carretero que sostuviera la escopeta al hombro. En medio de sus enemigos, corriendo de un lado para otro y castigando al que tardaba en obedecerle, parecia un leon rodeado de obejas.

Cinco minutos despues todas las escopetas y cananas de

los carreteros formaban un solo monton á la orilla del camino.

—¿Para esto os habeis unido?—les preguntó el *Barbudo*.—¿Para esto os armaron? ¿Qué ha sido de aquel ardimiento que demostrásteis contra mí en las posadas de Yecla? ¿Todavía no me conoceis? ¿Aun hay quien se atreva con Jaime? Ea, valgo más que vosotros; á todos os perdono. Venga el mes que me debeis, otro adelantado, y continuad vuestro camino.

Los carreteros se arremolinaron, hablando entre sí. Luégo abrieron el extremo superior de sus fajas y cada uno entregó lo que le correspondia. Cuando todo estuvo reunido, lo cogió el más viejo, y alargándoselo á Alfonso, le dijo.

—Toma, *Barbuo*; vales más que nosotros, porque eres más hombre, más entendío y más generoso; pero si nos has perdonao y si nos quitas las escopetas y cananas, nos castigas. Las mias son prestás.

—Y las mias tambien.

—Y las mias.

—Y casi toas.

—Vaya, señores,—añadió el bandolero,—buen viaje, y que no tenga que daros otra leccion, porque entónces habrá sangre.

Y les volvió la espalda, diciendo á los suyos:

—Seguidme todos. Coronel, incorpórese V. con nosotros por ese sendero de la izquierda.

Y todos desaparecieron, dejando á los carreteros que cogiesen las escopetas y cananas, las cuales seguian amontonadas á la orilla del camino.

Los sorprendidos carreteros se miraron unos á otros cuando desapareció Jaime, exclamando uno al fin:

—Al que me vuelva á decir que me arme contra Alfonso, le rompo la crisma. ¡Vaya un papel que hemos hecho!

—¡Es verdad, buen susto nos ha dao!

—¡Qué vergüenza!

—Pues yo digo que nos está bien empleao, y que si Jaime no es tan generoso, lo pasamos mal esta tarde.

—¿Y á qué vienen esas vueltas y rodeos? Cojamos las escopetas y cananas, guardémoslas en los carros, ya que para naa nos sirven, y no hablemos más de eso.

—Tú tienes la culpa de lo que nos ha sucedío; recuerda que fuistes el primero en proponernos la reunion y el armamento.

—Verdad es, pero yo no contaba con que Alfonso iba á salir de esa manera, ni con que vosotros y yo nos quedáramos con la boca abierta al verlo.

Los carreteros quedaron deplorando la sorpresa de que fueron víctimas y su propia pavura, acabando por esconder en los carros las escopetas y cananas y continuar hácia Murcia, resueltos á divorciarse de nuevo y pagar el impuesto que habian ofrecido al bandolero.

Este acontecimiento sucedió tal como acabamos de referirlo, pues áun quedan testigos y consta además en la declaracion del Coronel, el cual dice que no vió nunca distribuir una fuerza con más acierto ni inteligencia; que Alfonso, con otra educacion, hubiera sido un gran general, y que no sorprendió á sesenta cobardes; que los carreteros eran valientes, más les ganó la accion, y fué tan diestro que hubiera muerto al que intentara defenderse; por cuya razon todos se rindieron, pagaron el tributo, siguiendo adelante con ánimo resuelto de no procurar una defensa inútil contra el hábil y audaz bandolero.

El Coronel se incorporó con Jaime, continuando en medio de la partida en su calidad de prisionero. Anduvieron legua y media, deteniéndose en un cortijo próximo al Carche para cenar y dormir allí, á excepcion de Jaime, el que, despues de dejar acostado al Coronel, se fué al monte, hizo algunas averiguaciones, descansando luégo en un extenso pinar.

A la mañana siguiente, unido al Coronel y seguido de los suyos, recorrió parte de la sierra, cruzando dos veces á quinientas varas de la tropa, sin que ésta los viese, pero sabiendo ellos que estaba allí, lo que hacía, y no demostrando ninguno al acercarse el más leve temor.

El dia siguiente lo ocuparon tambien en nuevas correrías, que gustaban á los bandidos y rindieron al Coronel, convenciéndole de la fortaleza de aquellos hombres y de la influencia que Alfonso tenía en el país.

Por la noche, despues que hubieron cenado, dió algunas órdenes Alfonso á los suyos, diciendo al Coronel:

—Cuando V. guste, partiremos.

—¿Dónde vamos, Jaime?

—Concluyeron los tres dias de su prision y lo voy á dejar á cien pasos de la fuerza que nos persigue.

—Por mi cuenta han sido cuatro dias.

—Bien; suprimo el primero porque nada hicimos de provecho; en los tres restantes ha podido V. convencerse de lo que somos y de lo que valemos.

—¡Vaya si lo he visto! Marchemos.

El Coronel se despidió de los bandoleros, y á la derecha de Jaime anduvo una hora por terreno accidentado, fuera de camino, siendo detenido tres veces el bandolero por amigos suyos que lo llamaban para hablar con él al oido.

—¿Qué te dicen esos hombres?

Le preguntó el jefe militar.

—Lo que intentan los soldados, y el último me refirió la conversacion que tienen en este momento.

—Veamos si es cierto. ¿Qué han hecho en los cuatro dias que van trascurridos?

—Inmediatamente que llegó el asistente de V. á Fortuna, mandó un parte á las autoridades de Murcia el teniente que le esperaba á V. con treinta hombres.

—¿Y luégo?

—Nada; se proveyeron de víveres, y unidos los ochenta aguardan cerca de aquí órdenes superiores.

—¿Qué decia el parte?

—Que fué V. sorprendido, hecho prisionero é internado en lo más áspero de la sierra, pero que ignoraban el sitio.

—¿Nada más?

—Lo que he dicho ántes; pedian instrucciones.

—¿Estás seguro?

—Ciertísimo.

—¿Por qué te detienes?

—¿Ve V. aquellas luces?

—Sí.

—Allí están los dos tenientes, el alférez y sus ochenta hombres. Ese sendero lo puede llevar sin tropiezo alguno.

—¿Me dejas aquí?

—Dista su gente, como ve, doscientas varas escasamente; pero si quiere que le acompañe hasta la puerta, no tengo dificultad.

—No. ¿Deseas algo de mí?

—Si V. fuera tan amable...

—Pide lo que quieras.

—¿Qué va V. hacer?

—Poca cosa, Jaime. En cuanto amanezca me llevaré la fuerza á Abanilla, dispondré que aguarden allí mi regreso, é inmediatamente partiré á Murcia para aconsejar á las autoridades que eviten en lo sucesivo nuevo derramamiento de sangre.

—Gracias, señor Coronel; si lo hace así, le viviré obligado y reconocido.

—Te lo juro por mi nombre.

—Entónces que Dios le acompañe y lo eleve pronto á general.

—Gracias. ¿No estrechas mi mano?

—Con mucho gusto, señor.

—Alfonso, piensa en tu indulto; hablaré de él á las autoridades de Murcia.

—Señor Coronel, buena noche.

—Adios, y no olvides mis últimas frases.

Y ambos desaparecieron en distintas direcciones.

Alfonso anduvo todavía más de una legua, pasando el resto de la noche en casa de Gregoria.

Por la mañana se incorporó con su gente, ocupando tres dias en cobrar impuestos y pagar asignaciones. Una de estas noches la pasó con su mujer é hijo.

El Coronel fué recibido por sus oficiales con entusiasmo y alegría; temieron por su vida, y al saber lo bien que lo habia tratado Alfonso, quedaron sorprendidos agradablemente.

El jefe se contrajo á hablarles de la destreza, valor y generosidad de Jaime, y luégo mandó que descansasen todos, pues no habia peligro alguno que temer. Por la mañana dió la órden de marcha, y despues de comer la tropa el primer rancho, regresaron á Abanilla. El Coronel, cumpliendo la palabra que dió al *Barbudo*, dispuso que la tropa no se moviera del pueblo hasta que él volviese ó recibieran órdenes superiores.

Al siguiente dia montó á caballo y se fué á Murcia seguido de su asistente. Era este militar humano, transigente, y tomó con empeño decidido acabar con la partida de Jaime por medio de un indulto, pues se convenció, en los cuatro dias que estuvo al lado de ellos, que era imposible, ó muy difícil al ménos, de otra manera. Pero llegó tarde; ya el destino al entrar él en la capital habia dispuesto otra cosa diferente, y Jaime tuvo que arrostrar el conflicto mayor de cuantos pusieron su vida en peligro, segun veremos en el siguiente capítulo.

CAPITULO XXXII.

Conferencias.—Un nuevo campeon, más audaz y afortunado que el capitan Gracia.—Sorpresa, derrota y huida.—El *Penitente*.

Al leer el Corregidor de Murcia el oficio en que le participaban la sorpresa y prision del Coronel, verificadas en el puerto de Zacacho, quedó como anonadado; despues se entregó á la ira y despecho, excitando su bílis el que un bandolero se burlase de él y de las fuerzas del Gobierno del modo que lo estaba haciendo Jaime. No podia comprender ni explicarse el cúmulo de hechos que acababan de tener lugar, porque en todos ellos aparecia la figura del *Barbudo* con talla colosal, y no le era dable convencerse de que un mísero bandido, pastor y yesquero ántes, fuese lo diestro, audaz y entendido que se lo describian.

—¿Cómo es posible,—se preguntaba,—que un hombre sin educacion, criado entre las breñas de Crevillente, rudo y cási salvaje en su orígen, sea capaz de realizar lo que me dicen y cuentan? Yo no puedo, no quiero creerlo. Aquí hay un misterio que debo penetrar, y al logro de mi deseo voy á dedicar tiempo, dinero y cuanto sea necesario.

Llevaba el Corregidor dos dias haciendo preguntas é indagando, sin descubrir otra cosa que lo mismo que ya sabía; es-

to es, que Jaime Alfonso contaba con cerebro mejor organizado que cuantos enemigos le salieron al encuentro hasta entónces. Pero el Corregidor se resistia á creerlo, y de duda en duda llegaba á la puerta de la desesperacion, cuando fué interrumpido por un alguacil que osó entrar en su despacho para decirle:

—Señor, desea hablar con V. S. un caballero que acaba de llegar de Madrid.

—Ahora no puedo recibirlo.

—Perdone V. S., señor; dice que trae una carta del Ministro de Estado.

—Eso es diferente; no le detengas; que pase al momento.

Y se le presentó un caballero que representaria veintisiete años de edad, elegante, suelto, y cuya hermosa figura hubo de llamar la atencion del Corregidor.

—Beso á V. la mano, caballero.

Dijo, haciendo una graciosa reverencia, y alargó á Dañamayor una carta sellada con las armas reales.

El Corregidor se puso en pié, devolvió el saludo, y despues de pedir permiso al recien llegado, leyó el escrito detenidamente, permaneciendo un minuto fija su mirada en el portador.

—Muy bien,—exclamó de pronto;—dice S. E. que es usted militar.

—No ha mentido.

—Y el capitan más valiente del ejército español.

—No me atrevo á decir que falta á la verdad; está muy elevado, y le quiero tanto como le respeto, pero creo que exagera algo. ¡Son tantos los valientes en mi amada patria!..

El Corregidor, que no desechaba un momento de su memoria á Alfonso, se atrevió á contestarle:

—Sí, hasta los bandoleros.

—Como que son españoles.

—¿Fué V. herido en Gerona?

—Me extrajeron cinco balas, curándome además varias heridas de lanza.

—La pérdida de esa ciudad fué el mayor borron de los franceses, la gloria más grande de esa santa guerra.

—Gracias por la parte que me toca.

—Me dice mi amigo el Ministro que hizo V. heroicidades ántes de caer en tierra, que le salvó á V. su asistente, llevándolo al hospital, y que luégo, en calidad de prisionero, muy enfermo áun, lo trasladaron á V. á Francia.

—¡Horrible inhumanidad que jamás practica un cristiano! Sin acabar de extraerme las balas, con fiebre y mucho más cerca de la muerte que de la salud, me arrojaron en un carro con otros heridos, y de ese modo me condujeron á la parte opuesta de los Pirineos.

—Mucho sufriria V. allí.

—Bastante; pero los franceses paisanos no se parecen á los franceses soldados, y si en España los hallé vándalos, en su país los encontré humanos, galantes y tan caritativos como yo no imaginé. Siete años tardé en curarme, y fué preciso, además de todo ese tiempo, el esmero y atenciones que tuvieron conmigo.

—¡Siete años!

—Recaí dos veces, y no me han permitido regresar á mi patria hasta que me hallé tan restablecido y sano como el mejor.

—Segun eso no se resiente V. de ninguna herida.

—Dios no hace las cosas á medias; tuvo á bien salvarme, y áun cuando larga, fué la cura completa. Tengo en la parte exterior diez y siete señales, única cosa que me resta de tanto mal.

—¿Aun no le han incorporado á V. al ejército?

—Sí, señor, ya lo estoy; pero he pedido tres meses de licencia, y como la paz es completa, me los han concedido, para llenar el objeto á que principalmente se contrae la carta del Ministro.

—Tales elogios se me hacen de V., que nada puedo negarle.

—Conocí á S. E. en Francia, me cobró aficion, y al volver se ha declarado mi padrino.

—Pues cuente V. conmigo para todo; mas le advierto que en la comarca que desea V. recorrer hay una partida de bandoleros, y si le cogen...

—¿Qué está V. diciendo, señor Corregidor? ¿A las puertas de Murcia hay ladrones y los tolera V?.. ¿Cuándo se han presentado?

—Hace ya muchos años. ¡El jefe es un hombre!.. Loco y fuera de mí estoy...

—¿Los han perseguido?

—Sí, señor.

—¿Y nada lograron?

—Morir el que no quiso rendirse.

—¿Cuántos eran?

—En una ocasion, cien.

—¿Y ellos?

—Más de veinte, pero no pasaban de treinta.

—Eso prueba que hubo mala eleccion en el jefe de los perseguidores.

—Puedo asegurarle que no.

—Yo sostengo que sí.

—¿En que se funda V?

—En el resultado.

—Le convenceré que el capitan de bandidos...

—Es inútil; sobraron soldados y faltó cabeza. Para veinte ó treinta bandoleros no deben emplearse más de diez á quince valientes.

—No comprendo á V.

—Es natural; lo mismo me sucederia á mí si me hablase usted de policía ó de administracion.

—¿Quiere V. hacerme el honor de sentarse?

—Mia es la honra, señor Corregidor; gracias.

—¿Con que V. cree que con diez á quince hombres se podia destruir á esos bandoleros?

—Claro está.

Dañamayor, que, á pesar de su talento, se hallaba irresoluto y torpe al tratar de Alfonso, pero que habia hecho causa

de Estado la existencia de los bandidos, y, como monomaniaco, sólo gustaba hablar del *Barbudo*, aprovechó la ocasion de encontrarse frente á un militar jóven, entendido y audaz, frente á un capitan á quien el Ministro llamaba héroe, para tratar de los ladrones y muy particularmente de su terrible jefe. Era ya esto su ilusion.

—Será así,—contestó, encantado de la fijeza y resolucion del soldado,—pero no me explico el modo.

—Le repito que es muy natural.

—Permítame V. le diga que no me satisface su aseveracion.

—Señor Corregidor, hice cási toda la guerra de la Independencia; asistí á siete batallas formales, me hallé en quince encuentros, ocho sorpresas, y recibí dos empleos en el campo de batalla por el general en jefe.

—Lo creo firmemente.

—Quiero decirle que entre balas, botes de lanza, guerra y destruccion, adquirí práctica.

—No lo niego.

—Despues estudié seis años consecutivos táctica, ciencia y arte, en fin, que no siempre se ha de empezar por la teoría. Cerca del Capitan del siglo, seguí paso á paso toda su historia, referida por testigos oculares, y en verdad que sé lo suficiente para poder llevar bien puestas mis dos charreteras.

—Así me lo dice el Ministro.

—Y V., ¿qué aprendió del arte de la guerra?

—Caballero, yo soy magistrado.

—¿Nada más?

—¿Le parece á V. poco?

—Mucho para abogado, nada para la cuestion militar.

—Verdad es.

—Pues ahí encontrará V. la razon de no explicarse ni áun comprender lo que yo acabo de decirle.

—Su teoría y práctica hacen á V. muy inteligente, no lo niego, ni yo cuestionaria con V. sobre un arte que ha estudiado y á mí me es desconocido. Por lo tanto, me voy á atre-

ver á pedirle un favor. ¿Se dignará hacérmelo, Capitan?

—¡Oh, señor Corregidor, V. me honra más de lo que yo merezco, y me hallo en consecuencia á su completa disposicion!

—Gracias anticipadas. Es cierto que yo nunca he guerreado ni entiendo mucho de eso, pero dicen que no comprendo mal, y si V. se tomase la molestia de explicarme la manera que tendria de batir á esos ladrones con diez ó quince hombres, yo se lo agradeceria mucho.

—¡La manera! Eso depende de mil circunstancias, y suele el jefe no decidirlo hata el momento dado; es decir, hasta que conoce la situacion del enemigo y el terreno; pero adivino la idea de V., y voy á satisfacerla. Lo que más le llama la atencion es el corto número de soldados, y es indudable que me ha juzgado capaz de una bravata imposible de realizar.

—Yo no lo he dicho.

—Pero ha podido pensarlo.

—Su pecho está lleno de honrosas condecoraciones que acreditan mucho valor.

—Todas las gané con mi sangre, eso sí, que vertí más de la mitad de la que tenía; pero como hay militares que exageran mucho, á pesar de no ser cobardes, y paisanos que por esta ú otra razon aparecen muy incrédulos, le diré algo en confirmacion de una idea que V. ha debido creer muy aventurada y yo la conceptúo natural y lógica. Ese bandolero, al frente de sus veinticinco ó treinta hombres, conocerá el terreno por dedos; se moverá en él con ligereza suma, y si se presenta de frente, á la media hora lo hallarán á retaguardia ó por un flanco, cuando no á la distancia de cinco ó seis leguas.

—Me admira V., señor capitan.

—¿Por qué?

—Acaba de venir á esta tierra, desconoce por completo lo que pasa en ella, no obstante lo cual, expone con rara precision lo que hacen los bandidos.

—Creo que usarán el sistema de nuestros guerrilleros, que vivieron de sorpresas, atacan sólo cuando les conviene,

desapareciendo por el contrario, efecto de la facilidad de sus movimientos y del conocimiento del terreno.

—Tambien cuentan y son favorecidos con gran influencia en el país y un espionaje que asombra.

—Es natural.

—¿Y cómo sería el plan de V?

—Muy sencillo; cambiar por completo los papeles; moverme con más rapidez, con más precision; estar siempre sobre ellos, y teniendo en cuenta los efectos de la disciplina militar, de que ellos carecen, la victoria es segura. ¡Qué diantre! Cien hombres entre ásperas breñas se mueven con mucha dificultad; y si á la vez los carga V. con morrion, mochila, cartuchera y morral, lo convierte en una máquina tan pesada como inservible para esa clase de persecucion. Para diez ó quince hombres no es necesario llevar vitualla; en cualquier casa donde lleguen hay lo suficiente. Tampoco deben ir por un terreno agreste, con más de una arroba de peso sobre los hombros; un fusil, canana, alpargatas, y en este país tan templado, en mangas de camisa. Un oficial valiente, sargento, cabo y ocho ó diez plazas elegidas, durmiendo poco, comiendo ménos, andando mucho y haciendo coraje, á los seis dias los tiene V. más ligeros, más bravos, más inteligentes que los bandoleros.

—Nada tengo que oponer á sus reflexiones, señor Capitan; se me ocurre sólo una duda, y quisiera que me sacara de ella.

—Hable V.

—Me gusta mucho su plan, y desearia saber si despues de enterarle minuciosamente de todo lo que ha hecho ese terrible bandolero seguia V. opinando lo mismo. ¿Me permite usted que le refiera?..

—Le escucharé con placer.

—Temo abusar...

—Al contrario, me interesa el relato de ese hombre.

—Pues oígame V. con atencion.

Y el Corregidor le refirió cuanto sabía de Jaime, detallando el acontecimiento de la rotonda, la muerte de Gracia y

la sorpresa y arresto del Coronel. Cuando hubo concluido, exclamó el Capitan:

—¡Bravo é inteligente es ese bandolero! Por Dios que no tengo noticia de ningun otro que le aventajara. Este país sigue siendo el de los Viriatos, señor Corregidor.

—Convenido, pero no ha contestado V. á mi pregunta: ¿persiste V. en el plan que me ha manifestado?

—Ahora con más motivo, si bien se hace indispensable que el oficial perseguidor una á la bravura la inteligencia. Por la descripcion que V. me ha hecho de ese infortunado capitan Gracia, veo que era hombre apto y capaz, pero se equivocó en los medios, costándole la vida. Eso ha de sucederle á todo el que atente contra el *Barbudo* y se descuide ó adopte un plan contrario al que yo acabo de referirle.

El Corregidor meditó dos minutos, exclamando al terminar:

—Me ha convencido V. Mas contrayéndonos al objeto que le trae á este país, siento decirle que dominando ese bandolero el terreno que intenta V. reconocer, le aconsejo que desista de su empresa hasta tanto que yo logre destruir la partida de Alfonso.

—¡Ah, señor Corregidor! Lo que no consiguieron en tantos años cómo han de realizarlo ahora, y ya le he dicho que sólo traigo tres meses de licencia.

—¿Le importa á V. mucho llevar á cabo esas averiguaciones de que me habla el Ministro?

—Tanto ó más que continuar viviendo. ¡Ay, depende mi felicidad de ellas!

—Pues, hijo, no veo más que un medio.

—¿Cual?

—Toda vez que es V. tan valiente y entendido, en Abanilla tiene ochenta hombres, dos tenientes, un alférez; le concederemos el mando de esa fuerza, pida lo que le haga falta, destruya los bandoleros, y al lograr su felicidad se llevará además la gloria de haber realizado lo que ningun otro.

—No tengo inconveniente.

—¿Lo ha pensado V. bien?

—No creo necesario perder el tiempo en eso.

—¡Si V. lo consiguiera! Está pregonada la cabeza del bandolero en tres mil duros, y yo por separado...

—Señor Corregidor, si me habla V. de dinero ó recompensas, retiro mi palabra; que yo no me vendo ni juego la vida por mezquinos intereses. Serví á mi patria cási de balde; en aquella santa lucha cobrábamos poco y comíamos mal; pero nádie se quejaba, y yo me enorgullecia de que España no me diera cási nada y me pidiera tanto. Para aquellos hombres, esos tres mil duros y lo demás que iba V. á añadir, son un insulto, que llamaria grosero si no lo disculpara una buena intencion.

—Perdóneme V., señor Capitan.

—Ya lo hice. Veo una provincia de mi patria afligida, á miles de séres víctimas de un bandolero, y puesto que el país me paga para que lo libre de sus enemigos, me concreto á aprovechar la ocasion que se me presenta de demostrarle que sé cumplir con mi deber, y que si él no me escatima ascensos, maravedís ni elogios, yo en cambio le doy toda mi sangre.

—Vuelvo á rogarle que me perdone; tratándose de un hombre como V., le ofendí torpemente, lo reconozco; mas no debe extrañarle mi conducta. ¡Ay, Capitan, piensa V. de un modo tan noble, tan generoso!..

—¿No hacen todos lo mismo?

—Por desgracia no. Antiguamente se usaba esa conducta, pero vamos perdiendo mucho de nuestras costumbres primitivas.

—¿Y los cien mil héroes de la guerra pasada?

—¿Y los afrancesados; y los egoistas?

—Verdad es. Yo que vi á algunos en Francia, puedo asegurarle que hasta el... ¡Vamos, iba á decir un disparate! ¡Cómo ha de ser, obremos nosotros bien, y dejemos al resto que haga lo que más le agrade! Abreviemos: necesito inmediatamente un pollino, trece mantas ligeras y otros tantos sombreros; y me es indispensable que no diga á nádie, absolutamente á ná-

die, que yo he llegado, y ménos áun que me he hecho cargo de la fuerza que reside en Abanilla. Con eso, y una órden que yo le dictaré, tengo bastante.

—Añadiré dinero para racionar...

—No lo necesito; la cosa va á durar tres ó cuatro dias á lo sumo; lo que me importa es la reserva.

—Pero es indispensable conocimiento del terreno y más noticias sobre ese bandolero.

—Corregidor, pasé mi infancia en esa comarca, y hasta conservo un recuerdo confuso de ese Jaime Alfonso. Yo no puedo en este instante darle explicaciones; mas se me figura que yo he hablado con ese hombre.

—¿Con que es V. del país?

—Eso no viene al caso, y despachemos. Mande V. comprar las mantas, los sombreros y un borrico, y deje todo eso en su casa á disposicion de Juan Dominguez, que es mi asistente. Completa reserva y aguarde tranquilo mi regreso, que yo le ofrezco dejarle sin bandoleros. Ponga V. la órden.

—¡Qué prisa tiene V!

—El tiempo es un tesoro.

—¿Cuándo piensa V. marchar?

—No lo sé.

—¡Cómo!

—Que no quiero decirlo.

—¡Ah! ¿Ni á mí?

—Claro es.

—Pues dicte V.

«Mando que las fuerzas residentes en Abanilla se pongan »á la disposicion del portador.»

—La fecha, y firme V.

—¿Nada más que esto he de decir?

—Basta.

—Temo que duden...

—Señor Corregidor, sin órdenes sé yo hacerme obedecer.

—Pues, hijo, allá va, y crea que cada vez le comprendo ménos.

—¿Pero qué le extraña, si confiesa V. que es lego en la materia?

—No replico. ¿Qué más desea?

—Decirle únicamente que por mi propia voluntad corro al logro de lo que V. tanto desea; pero no olvide que soy amigo del Ministro, y que para ver al rey no necesito otra cosa que poner cuatro líneas.

—¿Qué quiere V. decirme con eso?

—Que como me maten un soldado ó sufra un accidente contrario por su culpa, lo ménos que le sucede á V. es ser destituido y desterrado.

—¡Pero hombre, yo, cómo!..

—Por la relacion que me ha hecho ántes comprendo que Jaime tiene espías hasta en Murcia, y probablemente en casa de V.

—¿Y yo cómo evito eso?

—Cumpliéndome la palabra que me ha dado; no diciendo ni áun á su mujer é hijos, si los tiene, que yo existo en el mundo.

—Se lo juro á V. Pero ¿y aquellos con quienes haya hablado ántes de venir aquí; su asistente?..

—Por esos no tema; en la posada no dí ni áun mi nombre ni explicacion alguna; mi asistente es tan reservado como yo, y en cuanto á su lealtad y cariño, basta decirle que es aquel que salvó mi vida en Gerona.

—¿Aun es aquel?..

—Claro; mi valeroso Juan peleó junto á mí, y al verme caer en tierra, acribillado mi cuerpo y sin razon mi cabeza, tiró el fusil, se echó á su amo al hombro, llevándolo al primer hospital, sin cuidarse de las balas que oia silbar en torno. Llegó, y dejándome sobre una cama,—dijo:—«Aquí traigo á mi amo; no lo hay más valiente en el mundo; tiene más heridas que años, pero áun alienta y doy por su vida la mia; no tengo otra cosa.»—Y cogiendo á un médico que andaba harto ocupado en aquellos terribles momentos, le rogó que me antepusiera á los demás, y no lográndolo, lo agarró por un brazo, fijan-

do en su pecho la bayoneta que áun conservaba.—«Le mato á usted—dijo,—y á todos sus acólitos, si tarda un segundo en curar á mi capitan. Su vida es la mia; estoy ciego, y una víctima más ó ménos me importa poco despues de tantas como hice hoy.—El facultativo le obedeció; ¿qué habia de hacer? Mi pobre é inofensivo Juan es una fiera en los campos de batalla. Despues me siguió á Francia; se ha reenganchado, y dice que yo soy la ostra y él la concha. ¿Va V. comprendiendo?

—¡Jesus, qué hombres!

—Hasta mi regreso, Corregidor.

—Pero hablemos...

—Con lo dicho basta.

Y desapareció.

—¡Me deja ese hombre aturdido!—exclamó Dañamayor.—Pero ¡qué valor tiene, qué inteligencia! ¡Oh, impone hasta con la mirada! ¡Pues, por Cristo, que no le he de faltar! Si ese no puede con el *Barbudo*, no hay nádie en el mundo capaz de vencerlo. Me gusta todo en él; laconismo, viveza, energía, fácil comprension y un cerebro donde brotan las ideas con pasmosa profusion. Es el hombre que me convenia, la guadaña que ha de segar el cuello de Alfonso y secuaces; el indispensable. Vea V., cuando yo ménos lo esperaba... Pero no perdamos el tiempo; voy á comprarle las mantas, el borrico y los sombreros, empleando el mayor disimulo y reserva; no quiero faltarle en nada, pues además de ser temible, merece mi cooperacion en lo insignificante que pide.

Y lo hizo segun lo estaba meditando.

Dos dias despues se le presentó el Coronel, del cual tuvo la paciencia de oir un discurso de tres horas.

—Muy bien,—le contestó;—abundo en las mismas ideas que usted, y me ocuparé inmediatamente de inutilizar á Jaime por medio de un indulto, retirando á la vez las fuerzas de Abanilla.

El Coronel fué á darle más explicaciones, pero Dañamayor le interrumpió, añadiendo:

—No se moleste, amigo mio; creí que habian asesinado á

usted, y mi alegría es indecible al ver lo contrario y saber lo humano que fué el *Barbudo*. Meditaré sobre lo demás en tanto que V. regresa á Cartagena, donde está haciendo falta. Le ruego salga esta tarde.

Fija en la mente del Corregidor la idea de lo que intentaba el Capitan, no queria pensar en otra cosa, en lo relativo á Jaime. Así es que despidió al Coronel, obligándole á partir aquel mismo dia á Cartagena. El Comandante general habia delegado en él sus facultades en todo lo que se relacionara con las fuerzas que perseguian á Alfonso, y el buen Dañamayor se despachaba á su gusto.

Dejémosle por algun tiempo, y sepamos qué hacía el jóven y valeroso capitan recien llegado á Murcia y al que bastaron cuatro frases del Corregidor para aceptar generosamente el compromiso de acabar con Jaime Alfonso y su partida.

Conozcamos al amo y al asistente.

Este bravo militar valia más que cuantos habian perseguido al *Barbudo*, incluso el capitan Gracia; tenia más inteligencia que Alfonso, y efecto de estar ménos trabajado que aquél, era sin duda más vivo, enérgico y emprendedor. Debia sér el rayo que cayera sobre los de Jaime, destruyendo cuanto hallase en torno.

Nuestro jóven capitan determinó en Madrid trasladarse á Murcia con objeto de hacer unas averiguaciones que le importaban mucho; contaba al efecto con algunos miles de reales que el Ministro su protector le habia sacado á cuenta de las muchas pagas que tenía devengadas, pues no contaba con más patrimonio que el de su espada, y compró un caballo, tomando luégo asiento en la galera de Madrid á Murcia para su asistente. Era éste un aragonés, valiente y terco como los de su país; adoraba á su amo, sin perjuicio de lo cual le contradecia en la mitad de las cosas que aquel le mandaba. Juan Dominguez era en la mayor parte de los actos de su vida un compañero del Capitan.

Montó á caballo él amo, y atravesando el puente de Toledo, comió en Valdemoro, para dormir en Aranjuez. Media hora

despues de haber llegado á la posada se encontró frente á frente de su criado, que le dijo:

—Buena noche, mi Capitan; aquí estoy yo.

—Juan,—le preguntó aquél sorprendido,—¿anduvo la galera tanto como mi caballo?

—No delire V.; el volúmen aquel emplea veinticuatro horas para cada tres ó cuatro leguas; es una especie de tortuga, y no hay paciencia que sufra su pesadez.

—¡Luégo te has venido andando!

—Cabalito.

—¿Qué te propones, Juan?

—Servirlo á V., no separarme de su lado y andar tanto como *Alquitran*.

—¡Otra desobediencia, otra necedad tuya!

—Así me ha hecho Dios. Viendo que V. corria y que el mueble en que me metieron se parecia á la eternidad, hice que el mayoral me devolviera el importe de mi viaje; no queria, pero yo, ¡castaño!.. Y luégo que me pagó, cogí el equipaje y me lo eché al hombro hasta que hallé el carro del correo, en el cual lo metí para que llegue ántes que nosotros.

—¡En el correo!

—Sí; el conductor es paisano mio, le he dicho que nos manda el Ministro con una comision muy importante, y pasado mañana estará en Murcia.

—Es decir que tú siempre has de hacer lo que te da la gana.

—No; cuando V. se equivoca le enmiendo la plana, y eso es todo.

—Juan, te debo tanto que me veo obligado...

—Vuelta á la tontería de siempre. A cenar, que ya es hora.

—¿Estás cansado?

—¿Por ocho leguas? ¡Pero que áun no me conozca V! Desde mañana vamos á caminar doce al dia, y esté V. seguro que no me sigue su caballo.

Y pasó á la cocina, pidiendo á voces la comida de su amo.

Al dia siguiente continuaron su caminata, obligando varias veces el Capitan á su asistente á que montara, cambiando los papeles, y presentándose por punto general como dos compañeros que regañan un instante para darse luégo repetidas pruebas de afecto.

En la noche del noveno dia de marcha entraron en Murcia. Juan llevó el caballo á la posada y el amo se hospedó en una casa de la plaza del Esparto.

Regresó Dominguez, despues de dejar muy recomendada la asistencia del potro, conduciendo al hombro y en la mano el equipaje de ambos, recogido en la Administracion de Correos.

Al siguiente dia se cubrió el Capitan con un traje de paisano, llevando en el pecho las condecoraciones que ganó en el campo de batalla, é hizo su primera y única visita, la cual hemos presenciado en casa del Corregidor.

Habia estado en Murcia algun tiempo, pero era entónces muy jóven y nádie podia ahora conocerle. Así es que regresó á la hospedería donde paraba sin haber saludado á persona alguna.

Su asistente se ocupaba en la limpieza y arreglo de la ropa de viaje, cuando entró el amo y le dijo:

—Juan, no quieren que descansemos mucho tiempo en Murcia.

—¿Y á mí qué me importa? Con tal de que estemos juntos, me es igual el sitio ó paraje.

—Es que vamos á batirnos muy pronto.

—¿Contra los franceses? ¡Mal rayo en todos ellos! Me alegro; tres heridas me hicieron, pero tantos maté que estoy satisfecho.

—No es eso, ni hay ya *gabachos* en España.

—Lo siento. ¿Pues qué enemigos tenemos?

—Acércate, escucha bien, y guarda el secreto.

—Corriente.

—Hay cerca de Murcia una partida de bandoleros, la cual lleva muchos años de asolar este delicioso país.

—¿Por qué no los han perseguido?

—Ya lo hicieron; pero aseguran que el capitan de los

facinerosos es tan valiente y entendido que derrotó á cuantos se le presentaron delante.

—Ya; por eso se lo encargan á V.

—Claro está.

—Pronto le conocieron. ¿Son muchos los bandoleros?

—Veinte ó treinta.

—¡Desgraciados! No tardarán en besar nuestra planta como aquella compañía de granaderos de la Guardia imperial. ¿Recuerda V., amo mio? Era V. teniente nada más; salimos de Tarragona con veinticinco cazadores, y de pronto nos encontramos con cuarenta ó más enemigos. Como V. es tan vivo y tan... vamos, tan valiente, manda formar el cuadro, vaya un cuadro, más pequeño que esta sala. *¡Pin! ¡pan!* Y entre tiros y bayonetazos no dejamos uno. ¡Pero qué *francesotes!* Parecian gigantes. Cinco muertos, doce heridos y más de veinte escapados como almas que se las lleva el demonio. A V. le dieron una cruz los españoles y á mí otra los franceses con la punta de la espada en este brazo izquierdo.

—Hombre, olvida esas *antiguallas* y atiéndeme.

—Si á mí me gusta recordarlas.

—Tengo prisa, Juan.

—¿Cuándo no? Es V. un corzo, una ardilla...

—Bueno, hombre. ¿Me escuchas?

—Con mucho gusto; diga V.

—Vamos á empezar por destruir á esos bandoleros...

—Lo supongo; y luégo á buscar al abuelo por la sierra. ¿Qué más?

—Dominguez, contigo son inútiles las explicaciones; me voy á contraer á mandarte.

—Es lo mejor.

—Tráeme al momento un barbero.

—¿Para qué? Hace dos horas que nos afeitaron.

—¡Dios me dé paciencia contigo! Es indispensable echar abajo los bigotes.

—¡Los bigotes! ¡Qué locura! Estos pelos son enemigos de los franceses; con ellos maté yo...

—¡Hombre, por San Juan Bautista y toda la corte celestial, obedece y calla!

—¡Pero, señor!..

—Vamos á un país donde nádie los usa; debemos ir disfrazados, y luégo los volveremos á dejar crecer.

—¡Ah! Los dos solos contra todos los bandoleros; se les sorprende... No me parece mal. Voy por el barbero.

—Aguarda. Miéntras me afeitan que me vayan preparando el caballo y que esté aquí á las tres.

—¿Tan pronto partimos?

—Yo á esa hora, tú me seguirás mañana.

—Eso no me gusta.

—Pues es indispensable. Durante la noche averiguas dónde pára el ordinario de Abanilla, si sale mañana y á qué hora. Logrado esto te vas á casa del Corregidor, el cual te dará un burro, trece mantas y trece sombreros. Coses los últimos entre los primeros, formando con el todo un aparejo muy disimulado, de modo que no se note lo que llevas. Para que te entreguen esas tres cosas bastará con que des tu nombre y apellido á un criado de esa autoridad. Luégo, unido al ordinario, te vas á Abanilla, esperándome en la posada. Toma; aquí tienes las señas de donde vive el Corregidor. Me dispones tu pantalon y chaqueta azul con la gorra de pana; tú llevas ese traje que has traido de camino.

—¡Vaya un misterio, un lio y una trapisonda!..

—Déjate de comentarios. ¿Has comprendido bien?

—Demasiado.

—Pues abrevia.

—No me gusta el aspecto de este negocio en habiendo embrollos y...

—Hombre, es cuestion de seis dias.

—Eso me consuela.

—¿Despachas?

—Al momento; yo le hago á V. la oposicion, pero siempre acabo por cumplir su voluntad. Y digo yo, ¿qué nos han hecho á nosotros esos ladrones?..

—Juan, nádie puede con ellos, y me he comprometido yo...

—Basta; si nos hemos comprometido, daremos fin de todos. Empieza la campaña. Racataplan...

Y desapareció Dominguez, imitando con la voz los golpes de los tambores.

El Capitan echó abajo su bigote, comiendo luégo, y á las tres en punto montaba á caballo en una calle estrecha próxima á su vivienda.

Iba provisto de un par de pistolas que cubria con la capa grosera que habia usado en el camino, llevaba el traje de su asistente, oro y la órden del Corregidor.

Muy embozado cruzó al trote las calles, puerta de Orihuela y un trozo de la vega de Murcia. Luego metió espuelas, corriendo sin detenerse hasta llegar al puerto de Zacacho.

Debia conocer bien el camino, pues á nádie preguntó.

A las ocho de la noche entraba en la posada de Abanilla, y á las nueve se encerró, en una habitacion aislada, con el teniente más antiguo, jefe ahora de los ochenta hombres que habia conducido á aquel país el desgraciado capitan Gracia.

Su asistente cumplió con gran exactitud todos los encargos de su amo; se rapó tambien el bigote, y pagando al patron dejó en su poder la mayor parte del equipaje que habian llevado de Madrid, despidiéndose de él hasta la vuelta, que anunció sería pronta. Ni aquí ni en casa del Corregidor ni en la posada dió explicacion alguna que pudiera comprometer el pensamiento del Capitan; ántes por el contrario, engañó á cuantos le preguntaban algo.

El bravo aragonés regaló un duro al ordinario de Abanilla para que adelantase el viaje, y ambos salieron de allí á la mañana siguiente, llegando Juan venticuatro horas despues que su amo, tiempo suficiente para que el experto Capitan tomase las noticias que creyó necesarias, se proporcionara trece cananas, eligiendo doce hombres de las ochenta plazas de que disponia.

Ya en su poder los sombreros y las mantas, entregó á cada

soldado una para que la llevasen en forma de chal, diciéndoles que era la cama que les destinaba para algunos dias.

A la siguiente madrugada salió con los trece en direccion del Carche. Llevaban únicamente:

Alpargatas, pantalon, canana, sombrero, manta y un fusil.

En cuanto al Capitan, seguia usando el traje que sacó de Murcia, cuya capa se echó al hombro.

Solo el teniente, jefe de los ochenta hombres residentes en Abanilla, tuvo noticia de la llegada del Capitan y de la salida que ahora efectuaban. Así es que los catorce entraron en el Carche á buen paso y sin que nádie hubiera podido participar á Alfonso el *Barbudo* la presentacion de aquella fuerza.

Almorzaron en un caserío y comieron en otro, empleando el ménos tiempo posible. Nada pagaron, apostrofando á los dueños para que los tomaran por malhechores, con objeto de que Jaime no se alarmara ni pudiese adivinar el pensamiento que lo llevaba al monte.

Durmieron en un pinar, sobre las mantas y los sombreros, prosiguiendo al dia siguiente su camino por el monte, sin pagar nada de lo que pedian ó tomaban, é imitando admirablemente una pequeña horda de foragidos.

Por fin Jaime tuvo noticias de aquella nueva partida, y se concretó á exclamar:

—Vendrán á tomar parte con nosotros, y los voy á echar más que á paso de esta comarca.

Tan ciega confianza debia necesariamente perderle.

No era posible, por otra parte, que á él le fuera dado adivinar lo que acontecia. Catorce hombres, en mangas de camisa los trece, derrotados todos, corriendo como el galgo, sin órden ni disciplina al parecer, debian importar poco al bandolero que venció á los ciento. Su misma fuerza constituia ahora su debilidad, ó la causa al ménos de que nuestro jóven capitan pudiera sorprenderlos y hacerles probar una de las bruscas acometidas que ellos habian ensayado contra otros.

¿Cómo habia de suponer Alfonso que aquellos catorce des-

camisados, los cuales dormian sobre una manta entre lo más áspero del monte, caminaban tanto como él y se alimentaban del pillaje, eran doce veteranos muy aguerridos, un soldado harto de matar franceses y un capitan que habia sobresalido entre los héroes de Gerona?

¡Catorce hombres, la mitad de la fuerza que tenía el *Barbudo!* Al que estaba acostumbrado á pelear contra el triple no podia ocurrírsele ni áun poner un centinela ni coger su trabuco para hacer frente á los que juzgaba un miserable grupo de rateros, capaces de imponer á mujeres, en manera alguna á todo un Jaime, á la celebridad de aquella comarca.

Nuestro valeroso Capitan, que no era simplemente un bravo, pues reunia á la vez la astucia, sagacidad y fácil comprension del hombre de talento que habia estudiado en Francia, teniendo por maestros á eminentes militares, trabajó á su gente tres dias con una clase de ejercicios tan penosos como continuados. Satisfecho del aspecto que presentaban, y dando por seguro que tantas molestias y sinsabores habian depositado en los trece el suficiente coraje, se levantó al cuarto dia resuelto á caer sobre nuestros bandoleros.

Llevaba su gente la bayoneta escondida debajo de la manta y la órden de que no descubriesen ninguna, para que desapareciera de ellos hasta el más leve indicio de la carrera á que pertenecian.

Con el fusil en la mano derecha, la manta en forma de chal y el sombrero inclinado á la espalda, corrian ahora los trece detrás de su capitan como liebres. Llegaron á una altura, tendió la vista el jefe, sonriendo con placer.

En la falda de la sierra, á sus piés, junto á una casa y al aire libre, almorzaban tranquilamente Jaime y sus veintisiete compañeros.

—¡Alto!—gritó el Capitan á media voz, echándose atrás.—Tenemos á los bandoleros á doscientos pasos, en torno de una mesa, comiendo probablemente exquisitas aves, ricas viandas; nosotros no nos hemos desayunado ni hay probabilidades de hacerlo hoy si no se las quitamos á los ladrones

Basta de dormir en el suelo y al relente, de comer poco y mal, de correr como el gamo y saltar como la cabra. Ahí están. ¿Os atreveis con ellos?

—¡Sí! ¡Sí!

—Lo leo en vuestros semblantes. ¡Bravo, amigos mios! Yo siempre he peleado contra doble, triple y cuádruple, y jamás me vencieron. Esa pobre gente no sabe, por otra parte, pelear; están sentados, las armas léjos de ellos, y cuando se aperciban de quién somos y lo que valemos, pueden haber caido doce. Poneos seis delante; los otros detrás. A escape; en medio minuto llegamos; fuego la primera mitad, se corre á la izquierda y cala bayoneta, ínterin descarga el resto, que en el acto cala tambien, y los catorce entónces cargamos como leones. ¿Lo habeis comprendido?

—Sí. Sí.

—Bien, no erreis el tiro; nada de aturdimiento; viveza mucha, pero muy en sí, muy hombres, ¡voto á dos mil demonios! que os mando yo é iré delante.

—¡A ellos!

—Más bajo áun, que los vamos á sorprender.

Esto ocurria detrás de una colina, en voz baja y formando los catorce un grupo compacto. El Capitan trasmitió á sus trece subordinados, con sus frases, mirada y flúido, el entusiasmo y valor que existian en su alma. Logró que catorce hombres tuvieran una sola voluntad, un deseo y cási la misma cantidad de bravura.

Habia salido ya el sol claro, diáfano, sin celaje alguno. El dia se presentaba delicioso.

Los bandidos seguian almorzando tranquilamente, y en este instante reian á carcajadas, con la sola excepcion de Alfonso, que aparecia más melancólico y ensimismado que nunca.

Al espirar la última frase de la arenga del Capitan, exclamó de nuevo:

—Muy atentos á mi voz. ¡A escape!

Y se precipitaron por la pendiente, yendo delante el jefe

con Dominguez, detrás seis en ala y en pos los restantes en igual forma.

Medio minuto despues volvió á exclamar el primero:

—¡Fuego! ¡A la bayoneta!

Y añadió:

—¡Bien! ¡Fuego y á la bayoneta!

Y al elevarse el humo de las dos descargas tornó á exclamar con acento varonil:

—¡A ellos, soldados! ¡No hay cuartel para el que corra! ¡Abandonar al que caiga! ¡Adelante!

El primer aviso ó noticia que tuvieron Jaime y los suyos de la llegada de sus enemigos, fué una descarga que hirió á cuatro bandoleros, y otra que derribó tres. Los restantes tenian las armas dentro de la casa, se aturdieron al encontrarse encima catorce fieras que cargaron sobre ellos como leones, y sin escuchar otra cosa que las voces de su instinto de conservacion, huyeron en tropel, siendo perseguidos muy de cerca por los valientes soldados.

El miedo de perder la vida presta alas; el deseo de venganza y de la victoria convierte á los hombres en chispazo eléctrico; así es que unos y otros volaban sobre un terreno sinuoso y fatal.

Por primera vez huyeron Jaime y los suyos; y es lo peor que desconocian el número de sus contrarios, é iban además indefensos y, segun vemos, confusos, aturdidos y acobardados.

Catorce balas derribaron siete malhechores; quedó cargada una de las pistolas del Capitan, la que, en union de trece agudas bayonetas, buscaban ahora á los bandoleros sin tregua ni descanso.

Alfonso habia salido ileso de las dos descargas; pero le vendia su marsellés, y á los diez minutos de una carrera que no tenía igual oyó un tiro, y al mismo tiempo sintióse herido en el muslo derecho.

La segunda pistola del Capitan trató de inutilizarlo, y lo consiguió á medias.

Este fatal acontecimiento hizo pensar á Jaime, pues hasta aquel instante halló descompuesto su cerebro.

Los soldados estaban ya encima; dos bandoleros cayeron heridos de bayoneta, y eran nueve los derribados, cuando por fin acertó á gritar Jaime:

—¡Dispersaos! ¡Cada uno por diferente sitio; volad sin tregua!

Los bandidos, comprendiendo la intencion de su jefe, y que esta era la manera de salvarse la mayor parte, se dispersaron por el monte como cabras que huyen del lobo.

El jefe militar adivinaba á su vez las consecuencias de aquella órden, y sabiendo por el Corregidor que el *Barbudo* era el alma de la compañía, la gran fortaleza que presentaban los bandoleros, exclamó á su vez:

—¡Soldados, todos al del marsellés, que es Jaime Alfonso y va herido! ¡Atravesadlo si no se rinde! Ese hombre vale más que todos los otros juntos. ¡A él!

—¡A él!

Gritaban los soldados cerrándole el paso.

Jaime estaba perdido. La mayoría de sus compañeros podia salvarse por el pronto, pero á él le era imposible. Su muslo vertia sangre; empezaron á faltarle las fuerzas, trece bayonetas le dirigian sus puntas mortíferas, cuando, desesperado y trémulo, sacó, sin dejar de correr, su cuchillo, única arma que llevaba, para hundirlo en su corazon.

—¡Antes muerto que rendido!

Gritó, hendiendo el arma suicida; pero detuvo el golpe una voz, cuyo eco llegó á su alma, y léjos de atravesarse el pecho, comenzó á saltar, haciendo el último, el más desesperado esfuerzo.

Sepamos la causa de este cambio súbito, inesperado, hasta inverosímil en tan crítica situacion.

Pasaban estas escenas á muy corta distancia de la cueva del *Penitente*. Este oyó voces, asomándose en el instante que los bandoleros se dispersaban, los soldados acorralaban á Alfonso y el infeliz bandido se disponia á morir.



C. Mugica. dibº y litº

Lit. de J. Donon Madrid

—Que acontece? Corren soldados y hombres del pueblo! Jaime! Aqui; aqui!

Desde la boca de la cueva, que dominaba un gran espacio, gritó el anacoreta:

—¿Qué acontece? ¡Corren soldados y hombres del pueblo! ¡Jaime! ¡Aquí, aquí!

El *Barbudo* le oyó. Por las voces de «¡Jaime aquí, aquí!» comprendió que le llamaba, y una fuerza instintiva le hizo arrojar fuera de sí el cuchillo con que se iba á matar, impeliéndolo hácia la boca de la cueva.

Las bayonetas tocaban ya sus calzones de pana y marsellés; Alfonso dió tres saltos; pero al intentar el cuarto cayó á los pies del *Penitente*, diciendo:

—¡Matadme; no tengais compasion de mí!

Pero el anacoreta se puso delante, cubriéndolo con su cuerpo.

—¡No lo asesineis, villanos,—dijo,—que es cobarde y ruin matar de ese modo!

Mas las trece bayonetas se dirigieron á su pecho y á la espalda del *Barbudo* que seguia en tierra.

—¡Mueran los dos!

Gritó Dominguez, y ya iban á ensartarlos, cuando exclamó el Capitan:

—¡Deteneos! ¡Fusilo al que se mueva! ¡Atrás! ¡Paso á vuestro jefe! ¡Ay! ¡Con un octavo de segundo ménos hoy aparece en el mundo otro horrible parricida! ¡Gracias, Dios mio! ¡Este es el instante de mi vida en que más te debo!

El valeroso Capitan habia pronunciado esas frases con acento conmovedor; las pistolas se le cayeron de las manos, reemplazándolas dos ardientes lágrimas que corrian ahora por sus encendidas mejillas. Estaba trémulo; le faltaron las fuerzas, y tuvo que violentarse mucho para poder gritar:

—¡Atrás os he dicho, soldados! Juan, amigo mio, mata al que amenace á ese anciano ó no se separe de este sitio cuatro varas.

Dominguez dió dos culatazos; los doce obedecieron, y el Capitan anduvo tres pasos, quedando frente al anacoreta, que le miraba con asombro é interés.

Jaime se habia sentado á los piés del anciano y permanecia con las manos cruzadas y la vista baja, en actitud de un reo que se dispone á morir.

—Anciano,—dijo por fin el capitan,—¿tú eres el *Penitente?*

—Sí. ¿Qué quieres? ¡Ten compasion de ese infeliz que está á mis piés!

—¿Tú eres el hombre,—añadió el Capitan con voz cada vez más ronca y confusa,—tú eres el hombre que venció en América, que asombró al mundo con su valor y heroismo, el general de marina que no conoció rival en el mundo?

—Yo no tengo pasado; lo olvidé ya.

—¿Tú eres el que, sin saber lo que hacía, mató de un puñetazo á un malvado que osó alzar la mano á su padre?

—¡Sí, ese soy yo; más villano áun, más torpe que mi víctima! ¡Hijo mio; pobre Eduardo!

—¿Eres tú el que abandonó posicion, honores y riquezas para venir á habitar entre lo más áspero de las entrañas del monte?

—¡Ese soy yo!

—¿Tú el anacoreta, el *Penitente* que duerme sobre yerba seca y come pan solo, humedecido con el llanto de sus ojos?

—¡Ese soy yo!

—¿Tú el santo que lleva veinte años sufriendo por voluntad propia más que ningun nacido?

—¡Soy un pecador que pide á Dios dia y noche la indulgencia para sus muchas culpas, de sus enormes delitos!

—¿Tú el esposo de María Moñino, de la casta mujer que murió bendiciendo tu nombre?

—Sí

Contestó con voz trémula el anciano.

—¿Tú el padre de Eduardo, tu hijo mayor, muerto en Alicante; de Leopoldo, tu hijo menor, que no sabes dónde se halla?

—¡Sí, háblame de él!

—¿Tú el general de marina Pablo Ramiro?

—¡Sí; pero cuéntame algo de Leopoldo! ¿Le has conocido? ¿Vive?

—Señor, ¿no os dice nada el corazon?

—Tu voz, ántes que al oido, llega á mi alma. ¿Quién eres? ¡Dímelo por Dios!

—Fuí un protegido del gran Floridablanca; luégo alférez del ejército español; más tarde vencedor en Bailén, en Tarragona; teniente y capitan sobre el campo de batalla; acribillado mi cuerpo de heridas en Gerona, prisionero en Francia; perseguidor luégo de estos bandoleros, que se creian incontrastables, y les hice besar el polvo con sólo trece hombres. Eso fuí, con seis cruces adquiridas á costa de sangre; eso fuí: ahora, ¿sabes lo que soy ahora?

—No; ¡dilo pronto!

—¿Y si nos mata la dicha, la ventura?

—No puede hacerme más daño que la incertidumbre. ¿Lo ves? ¡Me empieza á faltar la voz! ¡Habla!

—Pues ahora soy únicamente el hijo más tierno y feliz de la tierra; soy Leopoldo Ramiro.

—¡Hijo mio!

—¡Padre amado!

Y los dos se abrazaron, llorando y hasta humedeciendo los párpados de los trece soldados que los escuchaban.

Jaime alzó la cabeza, murmurando:

—¡Leopoldo! ¡Aquel barbilampiño que yo conocí hace diez ú once años!

Pablo y su hijo continuaron abrazados. Reinaba un silencio, que interrumpian á intervalos los sollozos y los besos.

Falto de fuerzas el anciano, cási acongojado, se apoyó sobre el hombro de su hijo, murmurando:

—Se me doblan las piernas; me voy á caer; sostenme, hijo mio.

—¿Ves, padre adorado, cómo mata tambien la dicha? ¡Juan, tira ese fusil; acércate, y sostennos á los dos!

—¡Qué veo!—exclamó de pronto el anciano reponiéndose.—¡Sangre! ¡Nosotros tan felices, y ese infortunado desan-

grándose! Leopoldo, Jaime Alfonso es criminal, pero no tanto como algunos de los hombres que habitan grandes poblaciones y están adulados por la suerte. ¡Es, por otra parte, uno de los dos únicos amigos que yo tuve durante mi espiacion! Perdónalo, hijo mio, y que Dios nos perdone á ti y á mí.

—¡Tú lo quieres, sea! Perdonado está, padre mio; y si áun es poco, dime lo que he de hacer por él.

—¡Se está desangrando! Que lo curen, y concédele además lo que él te pida. Ya me siento bien; déjame, y ocupaos de mi pobre amigo.

—Juan,—preguntó Leopoldo,—¿traes tu botiquin?

—Sí, señor, mi Capitan.

—Cura á ese hombre con tanto esmero como pudieras hacerlo conmigo, que lo manda mi padre.

—Necesito agua.

—Yo te la traeré.

Dijo Pablo, y desapareció, volviendo instantes despues provisto de su jarro lleno de agua. Era aquel de que él se servía hace veinte años.

Dominguez en tanto tendió á Alfonso en el suelo y le bajo los calzones para reconocer la herida. A la vez le decia:

—Echate del lado izquierdo, *brabucon* de esta comarca; dominaste en ella y fuiste el terror y el asombro de sus habitantes, porque mi amo y yo estábamos en Madrid; pudiste con cien hombres, luégo con ochenta, y ya has visto lo que hemos hecho nosotros con doce de los últimos.

—¿Doce erais nada mas?

—Exacto; pero aumenta á mi amo y á mí, que somos un pequeño ejército. Si no es por el abuelo, en el dia de hoy vais los veintiocho á cenar con Lucifer. Venga el agua. ¡Pues no echas tú poca sangre! Verás qué pronto tapo yo este agujero.

—¿Es grave, Juan?

—No, amo mio; muy larga porque le cogió por el costado y rasgó la carne como pudiera haberlo hecho la moharra de una lanza ó la punta de un cuchillo. Nada, nada; estos pícaros tienen mucha suerte.

—¿Está la bala dentro?

—No, señor; repito que rompió la carne el plomo, continuando su camino hácia adelante por este lado del muslo. No tocó hueso ni es siquiera difícil de sanar. ¡Cuando digo que estos malhechores son muy afortunados!..

Juan cortó la hemorragia con el agua fria, lavando perfectamente la herida. Luégo sacó una caja del bolsillo de sus pantalones, en la cual llevaba hilas, trapos, vendas, un frasco lleno de bálsamo y tijeras. Este era su botiquin de campaña.

En el acto empapó varias hilas en el líquido y las aplicó á la herida, fijando encima el apósito, con gran conocimiento de lo que hacía. En los hospitales, junto á su amo, habia aprendido lo suficiente para hacer una cura con la inteligencia del más hábil cirujano.

—Ya está,—dijo al concluir.—Ahora, arriba los calzones, dieta, tranquilidad, y ántes de ocho dias estarás en disposicion de poder robar, si la bondad de mi amo continúa siendo tan tonta como de costumbre.

—Gracias,—exclamó Jaime sentándose.—¿No me conoces, Leopoldo? En cierta ocasión te dije que serias hombre de provecho, y luégo te busqué con afan para traerte al lado de tu padre. Tu ausencia me desesperó, y acaso por mí estás ahora junto á Pablo; porque yo fuí el que averiguó que te habias presentado á Floridablanca y que éste te llevó consigo, nombrándote alférez.

—No recuerdo, Jaime.

—Es la segunda vez que salvas mi vida, Leopoldo. Tu voz detuvo ahora las puntas de esas bayonetas cuando distaban un palmo de mi pecho; tu acento en otra ocasion, hace más de doce años, detuvo el gatillo de mi escopeta en el momento en que yo me iba á suicidar.

—¡Ah! ¿Tú eres aquel desgraciado que comió conmigo, me acompañó hasta cerca de Orihuela, regalándome su cuchillo?

—Sí.

—Ahora lo recuerdo todo, Jaime. Siento haber sido tu perseguidor, y me complace salvarte la vida.

—Sólo por un hombre fuí vencido en este mundo; me alegro que seas tú ese hombre, Leopoldo.

—Gracias. Estrecha mi mano, amigo de mi padre, compañero mio de hace doce años. ¿Qué deseas de mí? Pídeme lo que quieras.

—Aprieta, valiente capitan; vencido por ti, humillado por primera vez, estoy gozoso al admirar al hijo de mi querido Pablo, al que se presenta hoy tan bravo como yo me lo imaginaba, tan generoso y noble como yo le queria. Mi herida nada vale; pero he visto caer en tierra nueve infelices y quisiera favorecerles. ¿Me lo permites?

—Sí, que te acompañen Juan y esos doce soldados. Muchachos, auxiliad á este herido; haced con los otros lo que él os mande, y luégo vais los trece á buscarme á aquel monasterio cuyas torres se ven desde aquí. ¡Ay del que me desobedezca! Formad con dos fusiles y una manta parihuela, y llevais á Alfonso. Juan, mira en ese desgraciado un hermano mio. Te espero en el convento.

—Basta, mi capitan; se hará lo que él quiera, ¡y si alguno duda!.. Ya me conoce V.

—Te doy el mando de los doce. ¿Comprendes?

—¡Vaya!

—Pues abrevia.

—Quisiera ántes decir algo al abuelo.

—Entiendo. Padre mio, Dominguez salvó mi vida en Gerona; más que asistente es mi amigo, mi compañero. Estréchalo, yo te lo ruego.

—Con mucho gusto. Ven, hijo mio, á mis brazos.

—¡Apriete, abuelo! ¡Cuánto hemos suspirado por V! El capitan y yo somos una misma cosa, y como yo le quiero tanto, siento una alegría al ver á V...

—Gracias, hijo mio, gracias. Tu lealtad y cariño me enternecen.

—Me marcho, porque si no voy á llorar. ¡Qué barbaridad!

¡Pues no se me han caido dos lágrimas! ¡A mí, que he muerto más franceses!.. Ea, muchachos, ¿está esa camilla? Torpes, no es eso. De este modo.

—Juan,—dijo Alfonso,—puedo ir cogido á tu brazo.

—Señor bandolero, se hace lo que el Capitan manda, y se calla. Sólo yo tengo derecho á contradecirle; nádie más que yo, ¿lo entiendes? Pego al que le desobedece y mato al que le mira mal. ¡Arriba con él!

—Permitidme ántes que estreche á Pablo.

—No fijes en el suelo el pié derecho.

—¡Adios, amigo mio! En cuanto sane iré á verte, á demostrar á Leopoldo mi gratitud.

Alfonso se despidió del padre y del hijo, dejándose llevar en la improvisada angarilla ó parihuela.

Pablo y Leopoldo se sentaron sobre una peña y se abrazaron tiernamente.

La emocion que en estos momentos experimentaban se siente, pero no se puede explicar.

CAPITULO XXXIII.

El padre y el hijo.—Consecuencias de la brusca acometida.—Nueva vida de Alfonso.

Despues que el padre y el hijo se contemplaron á solas con ese silencio más expresivo que todas las frases de nuestro idioma, ansioso Pablo de continuar oyendo la voz de Leopoldo, le preguntó:

—Dime, hijo mio, ¿ha sido casual tu llegada aquí?

—Perseguí á ese bandido de acuerdo con el Corregidor de Murcia; pero ya sabía que estabas aquí, y os busqué á ambos á la vez. Por eso te reconocí al verte. Algo hubo casual en el hecho, no en la causa.

—¿Quién te habló de mí?

—Un hombre sólo; pero tantas cartas me escribió, que nada ignoro de cuanto ha sucedido respecto de ti.

—Ese no puede ser otro que el padre abad.

—Ciertamente.

—Pero tú no le has contestado.

—Recibí en Francia su primer escrito, el cual me mandó al acaso. Era el octavo que me dirigia, pero se extraviaron los restantes. Estaba ya cási bueno y esperé á contestarle desde Madrid, á cuya capital llegué algo más tarde. Allí me encontré con varias cartas recogidas por antiguos compañeros

en Cataluña y Castilla. Contesté al abad, y seguimos en relaciones los dos meses que yo permanecí en la corte.

—¿Por qué no me lo habrán dicho, Leopoldo? Sólo me indicó há tiempo que vivias, que eras capitan, y que probablemente te veria pronto. Es decir, me preparó para este momento, nada más.

—No te extrañe; quiso que yo te diera una noticia que ha de agradarte mucho; y yo me propuse luégo sorprenderos á los dos con mi llegada, pues no le dije que saldria tan pronto.

—Estás misterioso, incomprensible, Leopoldo.

—¡Oh! Tú tienes mucho talento, padre mio, y con cuatro frases te bastarán. Dios te ha perdonado, puedes cuando quieras abandonar este sitio de penitencia y dolor; lo dice el abad, tu confesor; te lo ruego yo, señor.

—¡Puedo abandonar estas rocas, dejar el nido del águila, mi única compañera, vivir á tu lado! ¡Dios mio, con que se puede ser feliz en el mundo!

—Sí, padre mio; nos iremos á Murcia, á Madrid, donde tú quieras. Con mi paga hay para los dos.

—Gracias, hijo. ¡Qué bueno eres! Pero no me explico cómo has dado conmigo y á la vez te ocupabas en perseguir á una partida de bandoleros que nádie pudo hasta ahora con ellos.

—Oye la causa: quise, como he dicho ántes, sorprenderos á ti y al abad; al efecto, no dije al último cuándo venía; pedí una carta de recomendacion á mi amigo el ministro de Estado para el Corregidor de Murcia, con objeto de que éste me facilitase un guía, y sin que nádie me molestase ni interrumpiera, hallarte á ti, llevándote luégo apoyado en mi brazo á la celda del monje. Yo no pensaba pelear con nádie, y ménos suspender la realizacion de la idea que me traia aquí, metiéndome á perseguidor de ladrones; me aconsejaba el amor que te tengo, me guiaba el cariño, y mi único anhelo era abrazarte pronto, contemplarte como ahora. ¡Es tan triste perder uno á su madre en la infancia; tener padre, no conocerlo, y rodar por el mundo sin llevar depositado en el corazon el suspiro

maternal, la bendicion paternal! Pero es el caso que hallé al buen Corregidor muy afectado por los hechos de Jaime Alfonso, y me aseguró, entre otras cosas, que yo no podria dar un solo paso por esta comarca sin hallar el estorbo de esos bandoleros, los cuales me impedirian pasar adelante. La idea de que los ladrones te hubieran ofendido, la orfandad en que estaba esta provincia por falta de un hombre de inteligencia suficiente para acabar en una semana con esa horda, y el temor á la vez de que me cogieran prisionero como al último jefe que mandó Dañamayor é impidieran el logro de mi intento, me obligaron á ofrecer al Corregidor aniquilar esa partida en tres ó cuatro dias. Con pocas frases destruí sus dudas y vacilaciones; cogí doce hombres, y con mi asistente, disfrazados en parte los catorce, segun has visto, los sorprendimos cerca de aquí, derribamos á diez, incluso el capitan; á no hallarte, en el dia de hoy hubiera quedado libre esta comarca de esos veintiocho malhechores.

—¿Tú sabes lo que has hecho, hijo mio? Has debido perecer; Jaime Alfonso tiene talento, y me estremece la idea de que ha podido dar fin de ti y tener yo parte de la culpa, pues has de saber que le enseñé el arte de la guerra.

—¡Ah, señor! ¡Cuando veas mi hoja de servicios te convencerás de lo poco que podia importarme el talento, arte y fuerza de ese bandolero!

—Lo creo; basta mirar tu frente, oirte; y no es la ilusion de un padre, que has logrado con trece lo que no pudieron otros con cien.

—¿A qué hablar de eso, padre mio? ¿Te vendrás conmigo?

—¿Pues qué he de hacer, hijo de mi alma? Habiéndome perdonado Dios, sólo me resta amarlo, bendecirlo y contemplarte á ti; nádie me separará ya de tu lado. El báculo que ahora me ofrece bondadosa y clemente la Providencia, será para mí solo, no lo abandonaré ni un instante, hijo mio.

—Eso quisiera yo, padre idolatrado, que harto hemos sufrido los dos; pero es el caso que soy militar, no cuento nada más que con mi paga, y áun cuando tengo muchos y bue-

nos amigos en el poder, si llega á haber guerras ó disturbios tendré que ser el primero en desnudar la espada y el último en envainarla.

—Mal oficio tienes, hijo mio.

—No es el mejor, padre.

—Las guerras son la destruccion del género humano, y Dios manda que nos amemos todos, que no nos ofendamos ninguno.

—Verdad es, señor.

—Tus rápidos ascensos, tus cruces y lo intrépido que te he visto poco há, me prueban que eres aficionado á las lides.

—No lo creas; me han dado esa carrera, y voy al combate por deber, no por aficion.

—¿Lo dices de veras, Leopoldo?

—Te lo juro.

—¡Bendito sea Dios! El dia va á ser completo. El Todopoderoso no hace las cosas á medias.

—No te comprendo, padre mio.

—Deduzco de tus frases, Leopoldo, que el abad no te habló en sus cartas de intereses.

—Claro está. ¿Qué podia decirme?..

—¡Qué bueno es! Quiso que tú me sorprendieras con tu presencia y yo á ti con una noticia que ignoras.

—Habla.

—Despues; debo decirte ántes que hiciste muy bien en combatir contra los franceses; la defensa es permitida; Dios te dió una patria, y es justo perecer por ella. La conquista es la usurpacion, el robo á mano armada, y la sangre con que regaste los campos de Gerona dió el fruto de la independencia que España tiene hoy. Pero sólo contra esos ejércitos bandoleros debe un país armarse, defenderse y matar ó morir. Entraron los franceses mintiendo y engañando; asesinaron al pueblo de Madrid el 2 de Mayo de 1808; luégo quisieron imponernos su voluntad por la fuerza; la nacion no lo consintió, é hizo bien; la guerra esa fué santa, lo que en ella hiciste lo aplaudo; pero desde hoy en adelante te prohibo que vuelvas

á desnudar la espada, ínterin no se presente un caso igual al de 1808.

—Pero, padre, ¿hemos de pedir limosna?

—Insensato, ¿pretendes ganar el sustento de la vida conduciendo ovejas y matando hermanos?

—Señor, yo me concretaré á obedecer á mis jefes.

—Leopoldo, ¿para qué te dió el cielo conciencia, libre albedrío y criterio? ¿Para ser burro de reata?

—¡Qué ideas, padre!

—Pronto serán las tuyas, que estás en camino, hijo mio.

—No te comprendo bien, pero voy á ser ingénuo. En mi corta carrera militar recogí gloria, ascensos y ménos heridas que aplausos; en Francia y en España me han pronosticado varios personajes que llegaré pronto á general; mas no antepongo la faja ni los entorchados al amor de mi padre. Tuvistes dos hijos; el uno te hizo desgraciado; toca al otro fomentar tu dicha, y al efecto no escaseará medio ni sacrificio alguno. Si quieres, trabajaré en el campo ó en un taller, y de ese modo ganaré tu subsistencia y la mia. ¿Estás contento de mí?

—Sí, muy contento; no por lo que me ofreces, que es noble y generoso, pero que no llenaria mis deseos si sólo te inspirase el cariño filial. Me agrada más la causa, lo que leo en el fondo de la cuestion; tú, hijo mio, no eres asesino; tú no podrás nunca herir porque te lo impongan, obrar como autómata, ni ser uno de tantos que por indolencia, maldad ó provecho propio sacrifican la humanidad y ayudan torpemente á que millones de almas obedezcan el capricho de un déspota, de un tirano; de un hombre venido al mundo diez, quince, veinte millones de veces más malvado que Cain, el cual sólo mató á su hermano Abel. Tú no puedes, frente á tu compañía, á un batallon, á un regimiento, á una brigada ni á un ejército, apagar con las bocas de los fusiles el acento triste y lastimero de un pueblo que pide sus derechos, que clama por lo que Dios, Rey único, absoluto del Universo, le ha concedido. Tú no puedes ametrallar masas cási indefensas, que te pagan, que te aplaudieron, que te elevaron y ahora ó ma-

ñana pedirán lo que les pertenece, lo que es suyo. Tú no puedes sostener al juez injusto, al magistrado torpe, al legislador egoista, á la autoridad mercenaria, al que felicitaba á los franceses cuando los franceses acribillaban tu cuerpo de balazos. Tú debes ser como Dios te ha hecho; hombre humano, con autonomía, con derechos, con criterio; debes defender únicamente lo tuyo, aislada y colectivamente, tolerando que tus hermanos hagan lo mismo y combatiendo contra el que se oponga, contra la rémora del progreso, contra los verdugos del derecho y de la humanidad.

—Padre, esas mismas ideas las oí en Francia; me asustaron al principio, luégo me empezaron á gustar; ahora me encantan; todas las acepto, que son tuyas. Un padre jamás engaña á su hijo á sabiendas, y tú tienes talento, experiencia y rectitud.

—Hubo un tiempo, Leopoldo, en que la humanidad gemia bajo el peso de sus cadenas; fíjate en Grecia, en el Imperio romano, luégo en Europa. Lo mismo los republicanos de Atenas que los de Venecia; los déspotas de Roma que los de Europa, todos reconocian por base de sus gobiernos la esclavitud; para cada señor noble ó ciudadano habia mil siervos; entre los señores, los nobles y los ciudadanos, imperaban la ociosidad, el vicio y la corrupcion; entre los siervos habia hombres de ciencia, literatos, artistas, laboriosidad, energía para el trabajo, inteligencia. Aquellas generaciones presentaban la misma imperfectibilidad en sus espíritus que el mundo material, arcano que todavía negaba al hombre los grandes descubrimientos, la gran vida intelectual. Se suceden las generaciones, los espíritus llegan más epurados; ya no es el uno sobre mil, porque da principio la armonía en los entendimientos; ya el talento y la erudicion no se ocultan en el rincon de una celda; se extienden por la sociedad, se multiplican. De la manera que el sublime Jesús aparece en el taller de un mísero artesano, brotan la ciencia y la sabiduría en la ruin boardilla, en el húmedo sótano, porque los espíritus vienen ya elevados. Y entónces se ve la impureza, el ocio y la

maldad en los palacios, en los alcázares, que todavía pretenden defender lo que falsamente llaman sus derechos; que se revuelven y agitan; que buscan instrumentos, y ántes de perder una línea de terreno, intentan regar el mundo con la sangre de sus víctimas. Odia, aborrece al que se crea superior á ti sin méritos propios; tiende tu mano generosa al que juzgues inferior, y no des nunca motivo al odio y rencor que yo te impongo contra los necios. Los párias y los bracmanes deben acabar á la vez. ¿Me vas comprendiendo, Leopoldo?

—Sí, padre mio; conozco la teoría; hay quien supone que nace del Evangelio, y voy creyendo que no le falta razon. Seguiremos más adelante hablando de eso. Ahora ocupémonos de formar nuestro plan de vida. Base en que debemos fundarlo: estaremos siempre juntos; yo cuidando de ti, tú contemplando á un hijo, de cuyo cariño carecistes tantos años; amándonos el uno al otro, formando con dos cuerpos una sola voluntad, teniendo un alma, una idea, una pasion, la del cariño; sobre esta base edificaremos.

—¡Qué bueno eres, Leopoldo; qué grande, qué sublime es la Providencia!

—¿Lloras, padre mio?

—Sí; al cabo de veinte años de horribles sufrimientos llega á mí por primera vez la dicha; pero una dicha como no la conocí jamás; dicha inefable, portentosa, embriagadora; dicha que envuelve mi sér, lo trasporta á la gloria, idealiza su presente y atrae majestuoso, radiante lo porvenir. Es la felicidad, Leopoldo, que empieza en la tierra para no terminar nunca, para acompañarme á la eternidad.

—¿Y soy yo el autor de ella, padre mio?

—No, hijo, no; la causa la hallarás en veinte años de padecimientos, en mi abnegacion, en mi humildad; el autor, en Dios.

—¿Y por qué entónces siento yo lo mismo, gozo de igual modo y veo idéntica felicidad?

—Porque te sacrificaste por tu patria, porque has sufrido luégo sobre el lecho del dolor con tus muchas heridas, siete

años consecutivos, y porque á la resignacion y humildad de entónces ha sucedido la generosidad de ahora; la que has demostrado persiguiendo primero al bandolero y perdonándole despues; condenando al olvido tu gloriosa carrera militar para hacer la felicidad de este pobre anciano, prefiriendo el pico del jornalero á tu paga de capitan: *¡Dios humilla á los soberbios y eleva á los humildes!*

—¡Qué ideas, señor, qué talento tienes!

—No, hijo mio; digo simplemente la verdad; la verdad, emanacion Divina; la verdad, fuente del bien; la verdad que brotaba en los labios de Jesús y que acoge y vierte el hombre de bien, que rechaza el malvado. Veamos ahora, mi adorado Leopoldo, qué vamos á edificar sobre esa gran base formada con nuestro cariño, con nuestro amor.

—Un edificio el más bello, seguro y estable de la tierra.

—Habla.

—Hé aquí nuestro alcázar: renuncio á mi carrera militar, y trabajo, no sé en qué todavía, pero trabajo. Al marchar á mi taller me das cien abrazos; vuelvo, y se repite la escena. Fuera de las horas que me robe mi ocupacion, permaneceré á tu lado, y siempre juntos, pasearemos cogidos del brazo, comeremos en una misma mesa, nuestras camas estarán en una sola alcoba, y el hambre que excita en nosotros la falta de manjares, el deseo que llegue por la carencia de comodidades, serán satisfechos espléndidamente con el amor. Las tristes sopas que comamos estarán aderezadas con cariño, y no habrá en el mundo manjar más exquisito que ellas...

—¡Calla, Leopoldo, calla, que tus ideas me hacen demasiado feliz, y la dicha, hijo mio, tambien mata!

—¡Ya lo creo!

—¿Serias tú capaz de irte á un taller?..

—No sigas, estoy decidido; te lo juro por el alma de mi inolvidable madre.

—Hijo, y ¿qué vamos á hacer entónces de tu fortuna?

—¿Qué fortuna, padre mio?

—La tuya; si eres rico.

—¿Rico? Tendré escasamente cinco mil reales y unas cuantas pagas devengadas, que probablemente no cobraré.

—Reunes más de cuarenta mil duros de capital, los cuales hace diez y ocho años que están produciendo interés, y segun el abad, tu noble y generoso administrador, se ha doblado la suma con exceso; es decir, que tienes próximamente dos millones.

—¡Yo! ¿A quién he heredado?

—A mí.

—¿A ti? Padre, yo te suplico que me aclares ese misterio.

—Despues de muerto tu infortunado hermano ¡ay, qué recuerdo! se encargó el abad de recoger todo lo que me pertenecia depositado en los buques de mi escuadrá. De ese modo te formó un capital, que fué creciendo con la acumulacion de réditos. Eso es todo.

—¡Y te lo habias callado! Ahora no soy feliz, sino diez veces dichoso.

—Ya me lo figuraba yo. Lo primero en el mundo son los intereses para poder tener comodidades y bienestar.

—Ciertamente; pero no los pido yo para mí; quiero que nada te falte; que si no puedes andar, tengas carruaje; que los veinte años de vigilias sean recompensados al fin con el bienestar del que le sobra, del que socorre la indigencia, del que no olvida nunca que ha debido su subsistencia á la caridad de un pobre monje. Yo, padre mio, sólo anhelaba encontrarte. ¡Ay, apénas conocí á mi madre, y es terrible y cruel cruzar el mundo sin dejar nada detrás, sin hallar nada delante! Tú no sabes el vacío que yo notaba en mi corazon; tú no comprendes, por lo visto, lo que he gozado al hallarte, lo que me sonríe á tu lado el porvenir.

—¿Qué no? ¿Pues acaso al estrecharte entre mis brazos has sido tú más feliz que yo? No y mil veces no; el gozo paternal no tiene parecido en la tierra. Pero ¡ay, andando el tiempo te casarás y los cuidados de tu mujer, de tus hijos, me robarán parte de tu amor!

—Como tuvistes en tu larga soledad un bandolero por

amigo, pronuncias con mucha facilidad la frase robar. ¿Con que mi mujer é hijos, si los tengo, van aminorar el cariño que te profeso? Loco, ¿podria yo vivir al lado de una mujer que te amase ménos que yo? ¿Sería posible que mis hijos no te quisieran tanto como á su padre? Cierto que me voy á casar, y pronto, ahora que soy rico, para tener el placer de que me ayude á cuidarte mi esposa, de que veas tu segunda reproduccion. ¿Tú sabes lo que vas á gozar con tus nietos, si Dios no te los niega?

—¡Me has vencido, Leopoldo; eres mejor que yo! ¿Y qué extraño, si yo á tu edad incendiaba, heria, no daba cuartel, y tú perdonas con la indiferencia y desden del que está acostumbrado á hacerlo continuamente, segun acabo de ver en tu conducta respecto de Alfonso? Hijo, quise probarte; empleé al efecto el entendimiento y la argucia para convencerme de que vales á los veintisiete años más que yo á los setenta y cuatro. Tienes razon; tus hijos serán mi embeleso.

—Los sentarás sobre tus rodillas, y sus caricias serán el augurio del recibimiento que te han de hacer los ángeles al abandonar esta vida.

—Calla, Leopoldo, que me enloquece tu relato y temo que mi cerebro vuelva á descomponerse. ¡Qué dicha tan grande! Me parece verlos con su melenita negra, como tus cabellos; la tierna y seráfica sonrisa en aquellos labios de púrpura sobre nácar... Leopoldo, vamos al monasterio, que se extravía mi razon.

—Apóyate en mi brazo y nada temas, que el cielo no sana á medias.

—Aguarda, Leopoldo; aquí va mi Crucifijo, pero me falta coger ese jarro, un puchero que tengo adentro, la linterna y las artes. Son mis compañeros de veinte años y no debo abandonarlos.

—Tienes razon, padre mio; les haremos una urna de plata y cristal.

—Espérame aquí.

—Continúa apoyado en mi brazo.

—Suelta; no quiero que veas el espléndido alcázar de tu padre.

—Pues yo deseo contemplarlo, para bendecir los cóncavos que te dieron albergue, para enorgullecerme con tu resignacion.

—Pues sigamos así; por lo visto lo sabes todo.

—De todo me enteró el abad en sus cartas.

—Cuidado con tropezar, hijo; el piso, es desigual, como ves.

—Te equivocas, no distingo nada.

—Es que llegamos á mi lóbrego calabozo. Aguarda, que yo sé dónde está lo que venimos á buscar y daré con ello á tientas.

—Bien, pero enciende luz.

—¿Qué te propones?

—Reconocer tu régia morada, padre mio,

—No es tan mala, Leopoldo; el agua de las nubes no me mojaba, el frio no llegó hasta aquí nunca, y la yerba seca que tengo bajo mis piés me prestó blandura.

Pablo encendió la linterna y se la alargó á Leopoldo, el cual fue reconociendo el interior de la cueva hasta llegar al manantial en que su padre se surtia de agua.

—Voy á apagar mi sed,—dijo,—donde ese pobre anciano la mitigaria tantas veces. ¡Ay, cuánto habrá sufrido! Ahora que no me ve daré rienda suelta á mis lágrimas. ¡Veinte años en esta horrible caverna! ¡Infeliz! ¡Ah, yo recompensaré en la parte que pueda su martirio!

Y bebió, mezclando con el agua su llanto.

Cuando tuvo enjutos los ojos, regresó á donde estaba el anciano, y cayendo allí de rodillas, besó repetidas veces la yerba seca que servía de lecho á su padre.

Muy afectado luégo se guardó las artes, la linterna, y cogiendo con la mano izquierda el jarro y puchero, hizo que su padre se apoyase en el brazo derecho, saliendo á oscuras de la cueva. Seguidamente se encaminaron hácia el convento.

Al abandonar el monte se detuvo el padre, y volviéndose, exclamó:

—Dejo con sentimiento esas breñas queridas, testigos mudos de un sufrimiento inagotable durante veinte años! ¡No hay palmo de terreno que yo no conozca, que haya dejado de regar con mis lágrimas! ¡Dios era mi esperanza; tú, Leopoldo, mi ilusion!

—Pues si ambas cosas se han realizado, caminemos, padre, hácia el templo de Dios. Allí le daremos gracias...

—Espera un poco, hijo, que no en balde exhalé en este monte millones de suspiros. Sierra querida que ayudaste á mi expiacion, lóbrega cueva que me diste albergue; picos que me acompañásteis en mis enfermedades, en mis sufrimientos, en mis delirios, adios todos; gracias por el bien que me hicísteis, por el consuelo que hallé algunas veces entre vosotros!

—¡Padre, que te anega el llanto; que yo tambien lloro!

—Vamos, hijo.

—¿Por qué tiemblas de ese modo, señor?

—¿Tú me lo preguntas? Porque dejo para siempre á mis compañeros de veinte años.

—¡Piensa en ellos, no te acuerdes de mí, ingrato!

—A ti te tengo ya para siempre; á ellos no los volveré á ver más.

—Nos aguarda Dios, padre.

—Pues anda más ligero, que al llegar al llano me siento rejuvenecer. En esas pendientes quedan mis delitos; por este camino voy á la felicidad.

—Apoyado en mí.

—Guiado por ti, Leopoldo.

Media hora despues caian los dos de rodillas en medio del templo.

Cuarenta minutos más tarde se pusieron en pié para abrazarse ambos al abad, que oró un cuarto de hora junto á ellos.

Por el pronto hallaron en el monasterio, celda, refectorio y cuanto les hizo falta. Eran felices. El abad gozaba contemplándolos, pues veia los efectos de su amor á la humanidad, de su interés por el desgraciado, del agua purificadora del cristianismo.

Más adelante volveremos á ocuparnos del padre y del hijo.

Ahora es preciso retroceder, para averiguar qué era de Jaime Alfonso.

Recostado sobre la improvisada parihuela, iba el *Barbudo* llevado á hombros por cuatro robustos soldados. Eran doce y se remudaban á menudo.

Por el camino, que aunque malo no era largo, decia nuestro aragonés Dominguez al célebre bandolero:

—Cuidado si mi amo es bonachon, Jaime; mira la justicia convertida en protectora de los criminales.

—Debo la vida á Leopoldo, pero tanto ó más hizo por mí su padre.

—¿El abuelo, eh? Sí, la misma sangre que el hijo. El Capitan tiene un defecto muy grande; no hay en el mundo ninguno tan valiente como él, pero en cuanto acaba la pelea, á todos los perdona y hasta defiende sus vidas con la espada. En el combate un leon, al concluir un cordero.

—Solo él, Juan, me aventaja en bravura y generosidad.

—Dicen que tú no eres malo ni cobarde, pero qué quieres, un ladron...

—¡Qué es eso, Dominguez!

Exclamó Jaime incorporándose.

—Nada, Alfonso, un bandolero tuyo á quien yo dí en el corazon con la punta de mi bayoneta; ni más ni ménos.

—¡Muerto mi pobre Manuel!

—Pues qué, ¿creias que yo no daba bien?

—¡Ay, maldicion!

—Aquel otro se arrastra por el suelo. No corras, hombre, que te hemos perdonado. A ese no le dí yo, Alfonso.

—Detente, Paco. ¿Qué tienes?

—Una herida en la espalda, Jaime.

—¿Puedes andar?

—Con trabajo.

—Pues sube aquí y yo iré á pié hasta la casa.

—No, —gritó Dominguez;—ha mandado el capitan que vayas así, y no se le puede desobedecer. Acércate, bandolero;

cógete á mi hombro. ¡Cuidado que mi amo me obliga á unas cosas!.. Adelante otra vez. Cuando te canses me lo dices, y nos detendremos.

—Gracias. ¡Ay, me sale mucha sangre!

—En arribando al puerto te curaré. ¡Ten valor, voto al demonio!

Parándose unas veces y andando otras, tardaron más de una hora en cruzar el terreno que ántes anduvieron en quince minutos. Llegaron á la casa donde fueron sorprendidos los bandoleros, y allí encontraron cinco heridos y dos muertos.

Jaime rogó á Dominguez que curase á los seis que lo necesitaban, y cuando aquel hubo concluido, le suplicó que diera sepultura á los tres cadáveres.

A las dos de la tarde todo estaba concluido, y Jaime Alfonso tendido en una cama junto á sus seis compañeros.

Media hora despues entró Dominguez, diciéndole:

—Se cumplieron todos tus deseos. ¿Qué más quieres?

—Di ántes, Juan. ¿Habeis comido los trece?

—En este momento acabamos de almorzar y comer, pues hemos hecho las dos cosas á la vez.

—No pagueis nada.

—Corriente.

—Retiraos cuando gusteis, y gracias por la caridad que tuvísteis con nosotros.

—Eso al Capitan y á su padre.

—En el momento que me cure iré al monasterio. Diles, entre tanto, que ninguno de los dos se aparta de mi memoria un solo instante, que mi gratitud y reconocimiento para ellos será eterno.

—Bien dicho; veo que no eres efectivamente muy malo. ¿Con que te se ofrece algo más? Ya sabes que tengo órden de hacer lo que quieras.

—No; ya he mandado llamar á un cirujano, que estará aquí á la noche, y lo único que me hace falta es que los soldados del rey no me persigan.

—Se lo diré al Capitan.

—Adios, Dominguez; da las gracias en mi nombre á tus compañeros.

—Deseo que os cureis pronto y que cambieis de oficio. ¿Lo oyes?

—Sí.

Salió Juan, é incorporado con sus doce compañeros, se dirigieron los trece al monasterio, quedando á las órdenes de Leopoldo.

Jaime y los restantes heridos permanecieron en la casa, sufriendo las consecuencias de su triste situacion.

Al dia siguiente, y cuando Jaime se hallaba maldiciendo su suerte, fué sorprendido agradablemente con la presencia del Capitan, que le preguntó, sentándose á la cabecera de su cama:

—¿Cómo estás, Alfonso?

—¡Ah, Leopoldo! No esperaba tan generosa visita. Estoy mejor; tuve fiebre, pero ya ha desaparecido.

—¿Y tus compañeros?

—Esos mal; anoche estuvo un cirujano, les extrajo dos balas, y ahí se encuentran los seis con mucha calentura; dos de ellos deliran.

—¿Qué ha dicho el facultativo?

—Que ninguno de ellos peligra, pero que sufrirán mucho.

—Siento lo uno y me alegro de lo otro.

—¿Por qué abandonaste á tu padre; porqué te has molestado?

—Queria saber si estabas bien asistido, si te faltaba algo, y ofrecerte cuanto puedas necesitar.

—Tan bueno el uno como el otro. Gracias, salvador dos veces de mi vida. Sólo te ruego que evites una persecucion, la cual haria peligrar las vidas de mis compañeros.

—Nada temas, que ya he mandado una órden á la fuerza que está en Abanilla para que no se mueva de allí; y á la vez que mi asistente traslada nuestros equipajes desde Murcia al monasterio y compra ropa para mi padre, verá al Corregidor, al cual participo que he muerto á tres de vosotros, herido á

seis, y que conviene en adelante la misma reserva y abandono de su parte que le recomendé de palabra.

—¿Lo hará?

—Positivamente.

—¿Y los de Abanilla?

—Esos no se moverán.

—¿Y si averiguan?..

—Imposible, como vosotros no lo digais. Tengo á los doce soldados encerrados en el convento, y Dominguez es leal como el mejor aragonés.

—¡Cuánto os debo, Leopoldo! ¿Cómo está mi querido Pablo?

—¡Ah, dichoso, feliz! Háblame de él, Jaime.

—Es mi deseo; le quiero como á un padre. ¡Qué talento tiene, Leopoldo, qué bueno es!

—Encanta cuando habla; ¿es cierto?

—Sí; pero su rectitud impone, avasalla.

—Fué pecador, ahora un santo, y es natural que sus palabras te infundieran miedo y respeto.

—¡Cuántas veces he querido combatir sus ideas, pero áun cuando ponia en tortura mi entendimiento, jamás lo lograba! ¡Feliz él què ya ha concluido con todo lo malo; yo todavía no empecé!

—Quiso acompañarme esta mañana para no separarse de mi lado y por verte y averiguar si algo te faltaba; mas yo no se lo permití, que está muy anciano, achacoso, y dista el convento legua y media.

—Has hecho bien. ¿Viniste tú á pié?

—Claro está; mi asistente no regresará hasta pasado mañana, y en dos dias habré de andar trés leguas. No es bueno el camino, pero hago el viaje con gusto, Alfonso; te estima mi padre, y lo que él quiere lo amo yo.

—¡Cómo pronostiqué, Leopoldo, tus ascensos y brillante carrera! ¡Aquella viveza, tu mirada fija y penetrante, la frente, tu desden é indiferencia! ¡Y cómo te reias cuando yo devoraba tus blancos y pan! ¿Recuerdas?

—Como si fuera ahora mismo. Tenias entónces más cara de bandolero que ahora.

—Me iba á matar, chico; estaba decidido.

—Lo demostraba tu rostro, pero luégo hacias por la vida como yo no he visto á nadie. Me he equivocado; en los campamentos se come más de prisa áun y con más apetito.

—¿Dónde paraste en Murcia?

—En una posada. Al siguiente dia ví á Floridablanca, le gustó mi conversacion; y recordando á su prima, mi madre, me dijo con acento solemne: «Leopoldo, vales, vaya si vales; no serás nunca un gran filósofo, pero sí muy pensador y más valiente áun que pensador. Cuenta con una charretera, y á matar franceses, hijo mio, que la patria agradecida recompensará tus sacrificios.»—Y no hubo más; me marché con él á Aranjuez, desde allí á un regimiento, y no le volví á ver. ¡Cuánto lo sentí; aquel anciano era un sábio, y tan caballero, tan noble! Me enternece su memoria.

—¡Y yo entre tanto robaba!

—Es indispensable que dejes ese oficio.

—El acontecimiento de ayer ha de influir poderosamente en pro de un cambio de vida. ¿Querrás creer que áun no he logrado reunir á mis diez y ocho dispersos?

—¿Y en qué consiste eso?

—En el miedo, en la pavura que se ha apoderado de ellos. Seis hombres andan buscándolos, y segun las últimas noticias, sólo halló la mitad; los otros no parecen por ninguna parte. Acostumbrados siempre á vencer, á la primera derrota se convirtieron en águilas.

—¡Pobre gente! Sin disciplina, ¿qué quieres qué hicieran?

—Ahora empiezo á creer lo que decian de mí: el dia que yo faltase no habria partida; y la prueba no puede ser más convincente.

—¿Cuándo dice el cirujano que estarás bueno?

—Mañana dejaré la cama y el sábado me será permitido andar.

—Dime lo que necesitas, que me marcho.

—¿Tan pronto?

—Me espera mi padre y estoy impaciente, Jaime.

—No le hagas aguardar por mí.

—Estrecha mi mano, y adios.

—¡El cielo vele por el padre y el hijo!

—Hasta mañana.

Alfonso pudo reunir, valiéndose de buenos emisarios, á sus diez y ocho dispersos. Hombre hubo que fué á parar á Albacete, en tanto que á otro lo hallaron en Lorca.

A los cinco dias empezó á andar Jaime, y á los ocho se hallaba completamente sano.

Habia recibido tres visitas de Leopoldo, conviniendo ambos en que, ya mejorado el bandolero, le correspondia á él devolvérselas.

Reunidos más tarde los diez y ocho con su capitan, permanecieron todos en la casa, pues Jaime no pensó jamás en abandonar á sus amigos.

Por el dia estaban juntos los veinticinco que habian quedado, y por la noche desaparecia Alfonso, segun costumbre, para visitar unas veces á Gregoria, otras á su mujer y dos á Pablo y su hijo, retirándose luégo á dormir en el fondo de un barranco y en sitio distinto unas veces de otras.

Ramiro vestía ya traje propio de su época, se rejuveneció al lado de Leopoldo y del abad, y Jaime hallaba al padre y al hijo deliciosos.

A los treinta dias del acontecimiento que dejamos expuesto, abandonó la partida del *Barbudo* la casa donde ocurrió la catástrofe, yendo veintitres hombres nada más, pues dos de los seis heridos quedaron inútiles para la fatiga, y les dieron á cada uno cinco mil reales para que se retirasen con sus familias, siendo así que ambos las tenian en despoblado.

Seguido Alfonso de sus veintidos compañeros, se internó con ellos en el Carche, donde los dejó.

Solo y disfrazado partió luégo á Fortuna, Orihuela y Murcia, con objeto de recoger los impuestos y pagar pensiones.

Invirtió nueve dias en esta operacion; al décimo, cargado de

oro y muy afectado, se dirigió al monasterio donde estaban Pablo y Leopoldo.

Iba su espíritu en un estado lastimoso de afliccion y tan descompuesto, que entró en la celda del abad armado de pistolas y cuchillo, con el sombrero puesto y embozado en la manta.

Juzgaba que al padre y al hijo los iba á llenar de asombro y hasta de terror enterándoles de un acontecimiento que á él le afectaba infinitamente.

Era realista por egoismo, y éstos son feroces, intransigentes y otra cosa peor. ¡Cuántos hay así!

El razonar con ellos es lo mismo que machacar en bronce frio.

CAPITULO XXXIV.

La Constitucion del año de 1820.—Jaime se juzga perdido.—Abandonan el convento y la comarca Pablo y su hijo.—Cuatro palabras más sobre aquellos.

Eran las nueve de la noche y el abad conversaba con sus dos estimados huéspedes sobre la partida de éstos, que debia verificarse en breve, cuando fueron interrumpidos con la presencia de Alfonso, el cual, como ya era conocido del portero y lego que servia al jefe de la comunidad, pudo llegar hasta la celda sin prévio anuncio.

Los tres le miraron con asombro, pero ninguno le dijo nada.

El bandolero cobró aliento, y entónces arrojó á un extremo de la celda el sombrero y la manta. Luégo exclamó:

—Perdonad, señores, mi presencia aquí de este modo. Un grande acontecimiento me obligó á venir desde Murcia, sin otra detencion que la indispensable á dos comidas que hice en el camino.

—¿Hoy salistes de Murcia?

Le preguntó Leopoldo sorprendido.

—Sí.

—Está más de ocho leguas.

—Pues las anduve á pié, ménos fatigada la materia que molestada el alma.

—Siéntate y habla.

Le dijo Pablo.

El *Barbudo* se quitó las pistolas y cuchillo, y dejándolos sobre su manta, cogió un sillon de baqueta y se sentó junto al abad.

—¡Ay!—tornó á exclamar.—Tenemos otra vez esa plaga que va á acabar con todos nosotros.

—¿Vuelven los franceses?

Le interrogó el abad con asombro.

—¡No, señor, es peor aún, porque el mal que deploro es hijo de los españoles!

—Acaba, hombre,—añadió Leopoldo;—nos tienes con gran ansiedad.

—Admírense ustedes: nos han plantado otra vez la *señora* Constitucion!

—Me alegro.

Exclamaron á la vez Pablo y su hijo.

—Lo siento.

Dijo el abad.

—Y yo tambien,—replicó el *Barbudo*.—Con esos alcaldes constitucionales no habrá medio de andar por los caminos.

—Cosa extraña,—dijo Leopoldo;—que mi padre y yo opinemos de la misma manera, contra lo que conviene á los bandoleros, se comprende; pero que Jaime y el padre abad estén conformes en fulminar denuestos contra un sistema que concede al pueblo la mitad de lo que le pertenece, es tan absurdo como inexplicable. Ambos salieron del pueblo, no obstante lo cual, maldicen aquello que al pueblo conviene.

—Hijo,—le contestó el abad,—he oido decir á varios liberales que en cuanto sean poder nos echarán de los conventos, vendiendo nuestras haciendas. Nos llaman á la vez vagos, egoistas, inservibles y no sé qué otras calificaciones.

—Se equivocan respecto de V., padre; pero es el uno por mil; en lo que dicen de la mayoría, les sobra razon.

Esto contestó Pablo, apresurándose á añadir el *Barbudo:*

—¿Y la tienen tambien para dar de palos á los que defien-

den á su rey, por el único delito de ser buenos y leales vasallos?

—¡Con que pegan!

—¡Vaya si pegan!

—Acaso estés equivocado, Alfonso,—indicó el abad;—cierto que ellos se habian envalentonado últimamente, pretextando que el Gobierno los oprimia y encarcelaba; pero yo no tengo noticia de que haya ocurrido semejante cataclismo.

—Cuando yo salí de Madrid,—replicó Leopoldo,—se conspiraba por el ejército; á mí me hicieron proposiciones, que hubiera aceptado de no tener la imperiosa necesidad de buscar á mi padre. El país, señores, está aniquilado; Andalucía es víctima de la horrible peste trasportada de Africa; el marqués de Mataflorida, que representa hoy el Gobierno, es déspota, fanático é intolerante; la corte, débil, asustadiza y falaz, aconseja al rey, que es más falaz, más torpe y más débil que su corte, y esto dió por resultado el que las cárceles se llenasen de presos y el extranjero de desterrados. Tanto tiraron de la cuerda, tanto abrumaron al país con sus excesos, que hasta la Inquisicion ¡asombraos! ha tomado parte, aconsejando al rey templanza y moderacion; pero el monarca oye con más gusto á sus cortesanos, y al salir yo continuaba pegando y á punto de estallar la tormenta contra él.

—Pues estalló,—dijo Jaime con resolucion;—en los setenta dias que yo falto de las poblaciones han ocurrido sucesos que ignorais, encerrados entre estas cuatro paredes. Lo he visto yo; he leido además hojas revolucionarias, y todo es cierto.

—Bien, hombre; pues di todo lo que sepas.

—En primer lugar dió el grito en Cabezas de San Juan un militar llamado Riego; le secundó Quiroga, y con estos dos empezó la revolucion en Andalucía. Envalentonados los revoltosos, proclamaron la Constitucion del año 12, prendiendo la tea de la discordia en la Coruña, cási toda Galicia, Murcia, y á estas horas estará ardiendo toda España.

—Y el rey, ¿qué ha hecho? Su Gobierno, ¿qué dispuso?

—Pues eso es lo más grave; reunió un ejército en Ocaña, para que fuese á combatir contra los sublevados de Andalucía, y hubiera acabado con ellos en pocas horas, no lo dudeis; esto lo dicen hasta los mismos constitucionales; pero es el caso que salió el conde de La Bisbal para ponerse al frente de las tropas reales, y este señor, en vez de obedecer las órdenes de S. M., se ha sublevado en Ocaña, proclamando él y las tropas la Constitucion.

—Entónces es cosa perdida.

—Y tan perdida.

—¿Qué fue del Corregidor de Murcia?

—Huyó con las demás autoridades. ¡Te repito que los liberales dan cada palo á los realistas!.. Pero ¡cuántos han salido! En los años 12 á 14 eran pocos; ahora son un diluvio que asusta.

—Es natural; los déspotas tienen el privilegio de hacerse odiar de todo el mundo; esto es por el pronto, luego será otra cosa. Y el rey, ¿qué hace ahora?

—Dicen que está tan débil, tan irresoluto... Ya ha publicado dos decretos que son el augurio de que piensa transigir con la Constitucion.

—Siempre el mismo; tan cobarde y tan... Como yo le conocí en Francia y vi lo que hizo en tanto que su pueblo aquí moria por él... Repito que me alegro por mi pobre país, y además por mí. Ya no sabía qué decirle á Dañamayor sobre tu partida, y puesto que ha huido, quedo libre de mi compromiso con él. Mañana oficiaré al jefe de la fuerza residente en Abanilla que se retire á Cartagena.

—¿Qué se retire, eh? Hace ya ocho dias que se marchó sin tu permiso, en Murcia se pronunció, y de allí se fué no sé dónde.

—Pues tambien me alegro. Padre mio, mañana nos traen el carruaje, y al siguiente dia nos vamos á Madrid. Ya en la corte, presenciaremos el sacudimiento de un pueblo que pide sus derechos y libertades, tomaré posesion de mi dinero, pediré el retiro sin hacerme político, por ti, por lo que necesitas

de tu hijo; de lo contrario, sería el primer constitucional de España.

—Y yo tambien, Leopoldo, si lo avanzado de mi edad é impotencia no me lo impidieran; pero asistiremos á la regeneracion de nuestro pueblo, ayudándole en cuanto nos sea posible. Jaime, vente con nosotros; en Madrid puedes ser hombre de bien y acabar tu vida ignorado y desconocido.

—No quiero nada con los constitucionales.

—Padre mio, es lógico que estos bandoleros no simpaticen con causa tan santa.

—Pero, Señor,—exclamó el abad con dolor,—hé aquí el tristísimo cuadro que presentan las luchas civiles; en esta celda nos hallamos cuatro, y dos pensamos de una manera contraria á otros.

—Cierto, padre abad; pero V. lo hace inspirado por rancias preocupaciones y Jaime por egoismo; en tanto que mi padre y yo opinamos de distinta manera, inspirados por nuestro amor á la humanidad.

—Pero, hijo, si ese pueblo á quien pretendeis defender y dar derechos no está en disposicion de recibirlos; si es muy ignorante.

—Por esa razon, abad, los déspotas y tiranos procuran con afan que se embrutezca y continúe torpe é ignorante, para que, desconociendo sus derechos y fuerza, no haga uso de la última para pedir los primeros. Por eso queremos nosotros que el escritor tenga libertad y lo ilustre en el libro y el periódico; que el orador hable en su tribuna natural, y que el sacerdote se ocupe sólo de enseñarle religion y moral desde la cátedra del Espíritu Santo; que el malvado no acreciente su fortuna á costa del sudor del pobre; que cada uno ocupe su puesto; que desaparezca la ley de castas, y que nos miremos todos como descendientes de Adan, como hijos de Dios.

—El pobre, señor Capitan, siempre será esclavo de su trabajo, en tanto que el hombre de talento abusará de esa gran cualidad en provecho propio.

—Pues yo le aseguro á V. que ha de llegar dia en que no

suceda eso último, á cuyo fin las leyes y la sociedad pondrán un correctivo al egoismo y la maldad. Puede muy bien emplearse el talento en provecho propio y en el bien de la humanidad. Mejorar la condicion del pobre, proteger y alentar á un desgraciado, tender la mano al huérfano y desvalido, socorrer el rico al necesitado. ¿Puede haber mayor gloria que la práctica de esas virtudes en un país que se piensa, se comprende y se agradece?

—Conozco la teoría, y es indudablemente seductora; pero hijo, en la práctica sucede al revés.

—Porque el pueblo en general es ignorante; mas no está lejano el dia en que aprenda, y entónces sucederá todo lo contrario.

—¿Y quién lo va á enseñar?

—Debiéramos hacerlo todos los que sabemos más que él, y nádie con más razon que ustedes. En las parábolas de Jesús no hay nada que favorezca al déspota ni al tirano; todo allí es caridad, amor al prójimo y redencion; pero ustedes los frailes, y muchos otros que se les parecen bastante, se empeñan en comprender y aplicar el Evangelio al revés, y esto les proporcionará rodar por el suelo como los tiranos y los déspotas y ser enterrados en la misma fosa donde el pueblo sepulte su ignorancia. Seremos nosotros solos los que realicemos la gran obra de la redencion del pueblo; tardaremos más, porque somos los ménos, pero no por eso dejaremos de triunfar. Puso la antorcha en nuestras manos la voz de Jesús, y su radiante claridad, su fuego no pueden apagarlo la rancia preocupacion, la torpeza, el egoismo, la maldad ni la hipocresía. Para la vida de las naciones, veinte, treinta, cuarenta años son un instante, y en verdad que España pronto dejará atrás ese corto período y su regeneracion será hecha. ¡Ay entónces de los enemigos del progreso y la ilustracion! La influencia de ese traje talar, tan santificada un dia, solo ejercerá su poder sobre el ignorante fanático ó la estúpida beata, que serán los ménos.

Pablo habia dejado á su hijo que combatiera solo contra la rancia preocupacion del abad y el egoismo de Alfonso, para

gozar oyendo, para admirar la teoría de Leopoldo, que era la suya. Pero al espirar la última frase de aquel lo abrazó tiernamente, colmándolo de elogios por las ideas humanitarias que acababa de expresar.

—No es un sistema de gobierno,—le decia,—lo que tú presentas, hijo mio; no te aconsejan la envidia, el egoismo ni la ambicion; no es el deseo de reformar por la necia gloria de introducir novedades; te inspira la nobleza de tu alma, y quieres sencillamente el mejoramiento de la humanidad; impones la justicia, te apoyas en la razon, y, obedeciendo al Divino Maestro, ves hermanos en todos sus hijos. Este fué el ideal de algunos filósofos antiguos, y hoy, por fortuna, empieza á ser una verdad realizable. Corramos á Madrid, Leopoldo, fundemos un periódico, escribamos libros y tratemos de convencer á los rebeldes, que esto es mucho mejor que destruirlos á cañonazos ó aplicarles la lógica de los fusiles y las moharras.

Y el padre seguidamente apoyó lo expuesto por Leopoldo, con talento y experiencia, hasta el extremo de enmudecer al abad, confundiendo á Alfonso.

El bandolero se presentó en derrota, y despidiéndose del padre y del hijo, saludó al abad, abandonando un monasterio en el que no volvió á entrar.

Dos dias despues subieron en un carruaje Pablo, Leopoldo y Juan, dirigiéndose á Madrid, no sin haber hecho una tierna despedida al abad y al resto de los monjes.

De este modo terminó el anacoreta la expiacion que se habia impuesto, siendo en el largo espacio de veinte años un modelo de austeridad y de abnegacion.

Dios le habia perdonado efectivamente sus muchas faltas, y, siempre bondadoso y caritativo, recompensaba ahora su constancia y santidad con el cariño, ideas y conducta, en fin, de Leopoldo, tipo admirable de buenos hijos, liberal en lo más elevado de la acepcion de la frase, y tan noble y generoso que se adelantaba siempre á las ideas filantrópicas de su padre.

Pablo empezó á disfrutar en la tierra de una felicidad que

en el *más allá* de su espíritu habia de acrecer inconmensurablemente, teniendo en cuenta su gran epuracion en los veinte años trascurridos.

Miéntras ellos se dirigen á Madrid, digamos unas cuantas frases sobre la revolucion empezada por Riego en 1.º de Enero de 1820 y terminada en 7 de Marzo del mismo año por el más débil, cobarde, egoista é hipócrita de los monarcas; y cuidado que entre ellos los hubo atroces.

Cuanto habia expuesto Jaime Alfonso era cierto. La Constitucion del año 12 fué proclamada por una parte del ejército; el pueblo secundó el grito en muchas ciudades y villas, y amedrentado el *nefando medroso* al saber lo acontecido en Ocaña con el conde de La Bisbal, su ejército, y viendo la actitud del pueblo de Madrid, juró la Constitucion con toda la mala fe, hipocresía y cinismo de que era capaz el penúltimo de los terribles Borbones. El último vástago de la casa de Austria, el débil, inepto y enfermizo Cárlos II, al cual negó la naturaleza lo que concede al más mísero de los séres humanos, supo, no obstante, legar á nuestra patria esa raza borbónica guillotinada en Francia, echada con menosprecio de Italia y España, escarnecida y hasta silbada por el sentido comun de Europa, América, Asia y Africa. Por esas *pequeñas* cuatro partes del mundo, y no lo fué por la inmensidad del Océano, porque al agua no le es permitido tener sentido comun, ni execrar ni lanzar silbidos.

La corte de Fernando, aturdida, confusa, descompuesta al tener noticia del acontecimiento de Ocaña, abandonó su puesto sin oponer al enemigo la más leve resistencia. Ni un solo hombre de brío y carácter apareció entre aquella turba de aduladores; al grito de *¡Patria y Libertad!* lanzado por Riego, Quiroga y La Bisbal, escondieron sus garras, y el enjambre de aves de rapiña se ocultó por el pronto para empezar de nuevo sus trabajos de zapa.

El penúltimo Borbon era digno de aquella córte: tan inconstante, asustadizo y veleidoso, juró solemnemente la Constitucion en el salon de Embajadores, debajo del trono de su real

palacio, asegurando que él sólo queria la felicidad del pueblo y cumplir fielmente su voluntad (1); no obstante lo cual, y siguiendo su inveterada costumbre, bien pronto ayudó á sus cortesanos en los trabajos de zapa de que hemos hablado ántes. Conspirador cobarde y sanguinario, hombre sin corazon ni conciencia, no supo resistir ni cumplió nada de lo que habia jurado y ofrecido.

Pero no vayan á creer nuestros lectores que esta revolucion, vista la debilidad del rey y de sus cortesanos, se hizo sin derramar sangre liberal; los tiranos jamás perdonan ni desprecian ocasion alguna. Para que puedan formar una idea de la bondad y cariño de los enemigos del pueblo, vamos á insertar el relato de lo ocurrido en Cádiz, escrito por un testigo ocular y verídico. Dice así:

«Atumultuado el vulgo en 9 de Marzo de 1820 en Cádiz, »dió el grito de Constitucion en el momento mismo en que Don »Manuel Freyre, general en jefe del ejército reunido, entraba »en el puerto. Para calmar la revuelta que habia estallado en»caminóse Freyre á la plaza de San Antonio, teatro del alboro»to, y habló á los gaditanos con cordura y comedimiento, acon»sejando á todos que esperasen con calma el partido que toma»ba el rey en medio de tan áspera tribulacion. Mas los amoti»nados sofocaron su voz con furibundas amenazas, y llenos de »ardimiento, solamente se tranquilizaron con la promesa de pu»blicar al dia siguiente el Código del año 12, pronunciado por »el general. Las campanas, la expontánea iluminacion y el ar»monioso sonido de las serenatas manifestaron el alborozo del »pueblo, que, confiado en la palabra de Freyre y libre el cora»zon de sospechas, entregóse al reposo y á la esperanza. Sabi»do en Sevilla el tumulto de la plaza, resolvieron las autorida»des, incitadas por el vecindario, seguir el ejemplo, y publica»ron la Constitucion. Amaneció el dia 10 en la isla gaditana,

(1) Hé aquí sus propias frases: «Españoles: vuestra gloria es la única que mi corazon ambiciona: mi alma no apetece sino veros en torno de mi trono unidos, pacíficos y dichosos. Confiad, pues, en vuestro rey: evitad la exaltacion de las pasiones, que suelen trasformar en enemigos á los que sólo deben ser hermanos. *Marchemos francamente, y yo el primero, por la senda constitucional.*»

»puro y diáfano el cielo; los tablados en que habia de apellidar-
»se libertad, levantados en las plazas; la carrera colgada visto-
»sa y aseadamente, el suelo cubierto de flores, y los periódicos
»anunciando que á las doce del dia principiaria la publicacion
»del Código deseado. Pero ántes de que sonase la hora seña-
»lada, y cuando esparcidas las gentes por las calles, las llena-
»ban en tropel, salieron de sus cuarteles, en ademan de ir á ten-
»derse por la carrera, los batallones de Guías del general y de
»la Lealtad, y cuando llegaron al numeroso gentío prepararon
»los fusiles y comenzaron un horroroso fuego granizado contra
»la muchedumbre y contra los balcones y ventanas á que esta-
»ban asomados los vecinos. El hijo cayó herido en los brazos de
»su padre moribundo; el infante, traspasada la cabeza en el pe-
»cho de la madre, espiró en la fuente misma de la vida; los ancia-
»nos, cuya planta débil resbaló al querer moverse con dema-
»siada presteza, sintieron abierta su espalda por la bayoneta
»del soldado, y un grito de horror y de muerte lanzado por las
»víctimas heló la sangre en las venas de los espectadores. La
»licenciosa soldadesca, harta de sangre y de matanza, entró á
»saco las casas, se apoderó de la hacienda de sus dueños, y em-
»botados por el crímen los sentimientos que la naturaleza ha
»impreso en el corazon humano, lanzóse con rabioso desenfreno
»sobre matronas y doncellas y cometió todos los excesos cuyo
»nombre ignora la modestia. El desangrado amante presenció
»en su agonía el deshonor de su amada, rendida á un mortal
»desmayo, rasgados sus adornos, medio sueltas las trenzas; y
»el esposo, cubierto de heridas, una y otra vez probó á levan-
»tarse del lecho donde acababan de colocarle sin fuerzas y exá-
»nime para correr en un lastimoso estado á la esposa, que en
»vano se defendia del lascivo acometimiento de aquellos móns-
»truos. Rotos los diques de la disciplina y desbordada la licen-
»cia, á la voz de *¡Viva el rey!* prendieron los soldados á los
»oficiales de artillería que se habian mostrado amigos de los
»liberales. Así, entre sangre y lamentos, anocheció un dia,
»cuya aurora tan clara y rutilante habia parecido á los ciu-
»dadanos, envueltos ahora en la miseria y el dolor.

»Tras las tinieblas de aquella sombría noche vino la luz »del dia 11, no á consolar á los gaditanos, sino á alumbrar »nuevas y más grandes demasías. Tomando por pretexto el ti- »ro disparado por un paisano, de acuerdo quizás con los asesi- »nos, lanzáronse otra vez á las calles y renovaron el homicidio, »la violencia y el saqueo. Los que habian salvado la vida, la »honra ó la hacienda en el primer naufragio, perdiéronlas en »el segundo; en todos los ángulos de la ciudad corria la san- »gre y reinaba el desenfreno y el pillaje, sin que los mismos »que habian promovido la víspera tan bárbara venganza, sin »ánimo de llevarla tan léjos, bastasen ahora á enfrenar á la »suelta soldadesca. Las galas se trocaron en luto, las rosas de »la hermosura en la palidez de la muerte, los adornos de las fa- »chadas en manchas de sangre y en rasguños de balas, y las »flores que alfombraban las calles en cadáveres y moribundos, »que yacian en ellas insultados por los mónstruos. El general »Freyre, que ignoraba el cambio ocurrido en la corte, con- »gratulábase de aquella matanza al dar cuenta al rey y le fe- »licitaba por el amor que le habian manifestado las tropas de »Cádiz; mas recibido el decreto de 7 de Marzo, mudó de len- »guaje y desfiguró la causa verdadera de tan funestos sucesos, »hijos de su corazon de tigre. Hasta el 16 dilató el embarque »de los batallones de Guías y de la Lealtad, en cuyo dia comen- »zaron á darse á la vela para diferentes puntos de la costa; y »el 20, renovada ya la guarnicion, juróse en Cádiz el Código »del año 12, por cuyo obtento tantas calamidades se habian »agrupado sobre el desventurado pueblo; con lo cual quedó »establecido su dominio en todo el Reino.»

¿Qué les parece á nuestros lectores? Pues no crean que era Freyre el peor de todos, que los habia mucho más sanguinarios y crueles; ese no llegó ni con mucho á Elío, á Eguía y á varios otros de los que entónces se declararon enemigos de una Constitucion á que era muy acreedor el pueblo que la pedia.

Por fin se trajeron Córtes, la revolucion triunfó por completo, y el país se gobernó constitucionalmente desde los primeros meses de 1820 hasta mediados del 23, que vinieron cien

mil franceses á dar á Fernando VII el despotismo y la tiranía á que era tan aficionado. La huella del Duque de Angulema, deshonrosa y fatal, se marcó en el blason de nuestra noble España, y de tan negra mancha fueron causa el terrible y penúltimo Borbon, todos los realistas, sus partidarios y el celebérrimo monarca francés, que se avino tan fácilmente á sostener las inícuas pretensiones de su aliado.

El hijo de Cárlos IV y de María Luisa, que conspiró contra sus padres, que quiso envenenar á su madre, que fué traidor á su patria muchas veces, y cuyas palabras y juramentos nada suponian para él, estuvo maquinando contra los liberales desde que acabara de jurar la Constitucion hasta que la borró á balazos de las plazas de España.

Los dos acontecimientos más graves de este corto período de libertad fueron la sublevacion de los Guardias, á los que comprometió el cobarde Fernando para abandonarlos luégo traidoramente al furor de las masas, y la entrada de Angulema en España.

Corramos un velo sobre esta época, donde la candidez de los liberales pretendia igualarse en extension á la refinada maldad de los realistas, pues aflige nuestros corazones la confianza y martirio luégo de los unos, y la falacia, traiciones y crueldad de los otros.

Volvamos á Jaime, que es el objeto principal de nuestro libro, y haga el cielo que tanta leccion y enseñanza aprovechen algun dia al hidalgo y generoso pueblo español, tan sufrido, tan cándido y tan inocente.

Diremos, ántes de terminar este capítulo, que Leopoldo Ramiro, seguido de su padre y de Dominguez, llegó á Madrid, casándose cinco meses despues con la bella hija de un general defensor de las libertades patrias. Tuvo de ella tres hijos, trabajó mucho durante el período constitucional, y al terminar éste emigró á Inglaterra con su padre y suegro, esposa é hijos y dos criados, entre los que iba su mayordomo Juan Dominguez.

Se sabe que llegaron á Lóndres sin novedad; pero ignora-

mos cuál fué el fin de esta familia en lo sucesivo. Pablo debió morir pronto, teniendo en cuenta lo avanzado de su edad, y es posible que su hijo, partidario acérrimo del sistema representativo, adoptara por patria un pueblo en el cual no se juega impunemente con los liberales como en España, y esta circunstancia le impidiera volver á su país á la muerte de Fernando VII el año de 1833.

Si así sucedió, hizo muy bien, que la heredera de Fernando fué tan agradecida como su padre, y tan digna hija, que durante su reinado no hemos echado de ménos ninguna de las *bellísimas* cualidades que adornaban al penúltimo Borbon.

No diremos que la una fué peor que el otro; pero ambos fueron tan malos para su pueblo, tan livianos y tan ingratos, que debemos pedir todos á Dios constantemente nos libre de séres que se le parezcan, ó nos mande una epidemia que dé fin de todos los españoles, pues de este modo siquiera pereceriamos con honra.

CAPITULO XXXV.

La desmembrada partida de Alfonso.—Robo, restitucion y venganza del *Barbudo*.—Segunda derrota de los bandoleros.

Quedó reducida la partida de Jaime, segun hemos dicho anteriormente, á veintidos hombres y el cocinero. Se veian en ellos cicatrices, marca indeleble del hombre aguerrido, pero que en nuestros bandoleros surtian el efecto contrario, siendo así que el recuerdo de la derrota los tenía algo espantados.

No costó poco trabajo al *Barbudo* hacerles entrar en órden, lo que consiguió por el pronto, invocando el gran peligro que les amenazaba con el omnímodo poder de los constitucionales.

Jaime no habia decrecido en valor y brío; pero llevaba doce años en aquella vida errante, peligrosa y cruel, se habia gastado, y ya no hablaba con aquel fuego, aquel entusiasmo que trasmitia á sus parciales hasta hacerles participar de su varonil bravura.

En cambio aumentó considerablemente su astucia, prevision y prudencia. Ya en estos momentos no se fiaba de Gregoria ni áun de su mujer.

Continuaba, sin embargo, á su lado Antonio Merelo, el que lo habia vendido al capitan Gracia. Ese traidor, léjos de salir herido en el ataque que les dió Leopoldo, fué el primero en

huir, costando luégo mucho trabajo hallarlo, pues era el más cobarde de la compañía, á excepcion del cocinero.

Seguian vigilando á Merelo, Jaime y Amorós en particular, y en general el resto de sus compañeros, siendo así que ninguno le queria. Continuaban dándole la misma comida que á los demás, pero lo eliminaban en los repartos, ninguno le prestaba, y al desgraciado se le iba destruyendo la ropa, y careciendo de otra y de lo necesario para comprarla, se entregaba á la desesperacion, miéntras Alfonso, que jamás supo perdonar las ofensas que se le inferian, buscaba la ocasion de inutilizarlo y vengarse.

Tal era el estado de la compañía durante los primeros albores de la libertad conquistada por el pueblo.

Sentimos decirlo, pero es indispensable. Los constitucionales se entregaron á la expansion y regocijo, y al son del delicioso himno de Riego, compuesto en esos momentos, presentaban más alegría y entusiasmo que cordura y sensatez.

Alfonso temió que le sucediera lo que el año 12, y trató de dar un golpe de mano que le asegurara el porvenir, pues le aterraba el recuerdo de las sopas y del hambre á que fué condenado en el anterior período constitucional.

Supo que la esposa é hija del capitan general de Granada se trasladaban desde Valencia, donde residian, á la capital en que estaban su marido y padre. Iban defendidas por un cabo y ocho soldados, caminaban en coche, y les seguia una galera cargada con los equipajes, alhajas y con cuanto contaban. Debian pasar por Crevillente, y Alfonso las esperó con doce hombres en el sitio llamado Carril.

La ocasion era magnífica, teniendo en cuenta lo rico del botin, y el *Barbudo* no dudó un momento en acometer la empresa, si bien era obligado por el temor de volverse á encerrar en el Carche y la Pila sin grandes recursos para atender al presente y porvenir de su partida.

Emboscó al efecto diez hombres, y al frente de los doce restantes se presentó en el Carril, sitio elegido por él y el cual le ofrecia una situacion ventajosa.

Llegó el coche con las dos señoras y lo detuvo; los soldados le hicieron fuego, y se trabó una lucha que duró poco tiempo, pues la tropa, aterrada ante la acertada puntería, situacion, fuerza numérica y valor del bandido, huyó espantada, dejando cuatro hombres tendidos en tierra.

Dueño Alfonso del campo, de la galera, carruajes y dos señoras, abrió la portezuela del coche, saludando con urbanidad respetuosa á las ilustres y aturdidas damas. Luégo les rogó que se apeasen, diciéndoles que las iba á robar, pero que no temiesen por sus vidas ni áun por sus personas, que eran para él sagradas y muy dignas de consideracion.

Y las fué acompañando á una casa próxima, donde las hizo sentar, dándoles él mismo agua y procurando por todos los medios posibles tranquilizarlas.

Dijeron más adelante las dos señoras que Alfonso no solamente se expresaba bien, sino que era imposible hacer uso de frases más tiernas y expresivas, más humanas y tranquilizadoras. Añaden que estaba grave, sereno, y que un tinte melancólico bañaba su moreno y agraciado rostro; que era simpático, expresivo, y que imponia su mirada.

Jaime las dejó sentadas dentro de la casa, encargando á Antonio Merelo que quedase á la puerta por si algo necesitaban, ínterin él disponia que abriesen los baules y practicasen el robo, lo que empezó á tener lugar con todo el órden y concierto posibles.

El *Barbudo* habia dicho, entre otras cosas, á las señoras:

—Voy á quitar á ustedes lo que me es de todo punto indispensable, pero respetaré lo demás y cuanto lleven encima, porque si alguno osara poner las manos en las ropas que las cubren, lo mataria en el acto.

Merelo, que estaba á la puerta de la casa, segun hemos dicho, exclamaba en este instante para sí:

—La jóven lleva un rico pañuelo, sujeto al pecho con un alfiler de brillantes; Jaime no los quiere, y si yo se los quitara hacía un gran negocio. Así, de pronto, por sorpresa y en silencio... Alfonso no debe haber reparado en ellos, está ahora

muy ocupado con los baules, y ellas no se atreverán á decirle nada, amenazándoles yo con la muerte. Esto es hecho. ¡A la una, á las dos, á las tres!..

La necesidad en primer lugar, la estupidez y la desesperacion de Merelo, le obligaron á arrojarse sobre la jóven, y de un tiron le arrancó el pañuelo y alfiler que lo sujetaba á su pecho.

—¡Os mato si hablais!

Pronunció estas frases el bandido con voz tan ronca, que no pudieron comprenderle. Su traje súcio y andrajoso, el gesto que hizo y lo contraido y feroz de su semblante, obligaron á la hermosa jóven á exhalar un grito de horror, el cual acompañó la madre con los gritos de:

—¡Favor, favor!

Las dos se abrazaron.

Merelo alzó su carabina en actitud amenazante.

Este era el cuadro en el momento que, habiendo oido Jaime las voces de la hija y de la madre, se presentó allí despidiendo fuego sus ojos, descompuesto el rostro y en actitud imponente.

—¿Qué pasa aquí?

Preguntó. Y viendo el alfiler y pañuelo que Antonio concluia de arrancar á la jóven, añadió:

—¡Miserable! ¿Qué has hecho? ¡Entrega esos objetos! ¡Vivo! ¡Ah, traidor, me has desobedecido! ¡Pusiste la mano sobre esa dama que defendia yo! ¡Toma, villano!

Alfonso lo sacó arrastrando de la casa, y cási á boca de jarro le disparó, atravesándole un muslo con la bala de su arma de fuego.

Merelo cayó en tierra, dando fuertes alaridos y pidiendo un socorro que nádie le concedió.

El *Barbudo* le miró con odio y desprecio, y volviéndose á donde estaba la galera, gritó:

—¡Amorós, Juan, *Portugués*, esas ropas y alhajas á los baules! Colocadlos luégo en la galera, segun estaban, é impongo pena de la vida al que toque un solo alfiler de lo que

pertenezca á estas damas! ¡Cochero, al pescante, y preparaos todos para seguir vuestro camino!

Obedecido que fué, entró en la casa y ayudó á poner el pañuelo á la aturdida jóven.

—Señoras,—dijo á la madre é hija,—perdonen ustedes por lo que acaba de hacer ese malvado. Yo no ofendo jamás á las damas ni tolero que nádie lo haga. No pude evitarlo, porque me era imposible sospechar que uno de mi partida cometiese accion tan inícua, y debí presenciar el robo, para que éste se contrajese únicamente á aquello que nos era indispensable. Castigué, como han visto ustedes, al miserable que las ofendió; y pareciéndome todavía poco, he mandado que les devuelvan lo que ya les habiamos quitado, y van á partir sin que les falte un solo alfiler. Beban ustedes otro poco de agua y tranquilícense, que ya nada malo puede acontecerles. Los mios y yo las vamos á acompañar hasta Orihuela.

—Gracias, Jaime,—le contestó la madre.—Oí hablar bien de ti como bandolero, y veo que es poco todo lo que dicen. ¡Lástima que un hombre tan generoso y aficionado á la justicia sea ladron!

—¡Qué quiere V., señora; nací desgraciado, y no es mia toda la culpa! Puesto que ya han bebido agua y se han tranquilizado, suban al coche y nada teman, que ahora las defiendo yo, y Jaime Alfonso no huye como esos soldados que acompañaban á ustedes.

Y las llevó al carruaje, haciéndolas entrar. Luégo mandó que acercasen la galera, y convencido de que nada faltaba á las damas, añadió:

—Llevan ustedes cuanto trajeron, pues á falta de la tropa vamos nosotros.

—No, Alfonso,—exclamó la madre;—quedaos todos, que sentiria tuviéseis algun encuentro en el camino y por causa nuestra te cogieran ó matasen. Quédate, yo te lo ruego.

—Gracias por la bondad con que me favorece. Llegaré hasta las puertas de Orihuela, que así se lo he ofrecido á usted, y Jaime Alfonso nunca falta á su palabra.

La señora insistió, pero no hubo medio de convencer al *Barbudo*. Al lado del carruaje y sus compañeros detrás, continuaron hasta la alameda de Orihuela.

Alfonso fué todo el camino conversando con las señoras; les habló de la situacion de España, del cambio político, del rey y de cuanto acontecia en nuestro país, con buena forma en su lenguaje y con ideas impropias en un bandolero.

Al llegar á la mencionada alameda se descubrió, despidiéndose de ellas con mucha cortesía y urbanidad.

La madre y la hija le alargaron la mano derecha, que él estrechó con respeto; le dieron de nuevo las gracias, ofreciéndole la proteccion de su esposo y padre.

Los dos carruajes entraron en Orihuela, en tanto que el *Barbudo* y sus compañeros regresaban á unirse á los restantes indivíduos de la partida.

Merelo fué trasladado á una casa del monte, donde lo curaron, si bien quedó cojo para toda su vida. Luégo marchó á Lorca, permaneciendo junto á sus padres, ocultándose mucho tiempo de la justicia y de sus antiguos compañeros.

Los soldados heridos los llevaron á Crevillente por órden de la autoridad, la que tuvo noticia poco despues de lo acontecido en el Carril.

Las señoras continuaron su viaje, llegando á Granada sin novedad; nada les faltó en su equipaje; y enterado el Capitan general de la conducta de Alfonso, se apresuró á pedir un indulto, desechado por el bandolero, como igualmente la decidida proteccion con que quiso favorecerle la autoridad superior militar de Granada.

El lance que acabamos de referir es exactísimo, y de ello tenemos, entre otras pruebas, el relato de la hermana de Jaime Alfonso, que todavía vive, como dijimos en otro lugar.

Cuando el *Barbudo* se retiraba de Orihuela se incorporó con él Amorós, preguntándole:

—¿Qué has hecho, Alfonso? Nos amenazan otra vez el hambre y la calamidad consiguiente al nuevo sistema, y despreciaste la mejor ocasion que se nos podia presentar.

—Pepe,—le contestó el jefe de los bandoleros,—lo primero que necesitábamos era deshacernos del traidor Merelo, y como yo quiero justificarlo todo, no he parado hasta hallar la ocasion. Hoy se me presentó tan buena como la mejor; estaba armado, y yo le tiré frente á frente. Le he roto un hueso; quedará cojo para toda su vida, y nosotros libres para siempre de un traidor, y además vengado yo de la terrible conducta que usó conmigo. Devolviendo á esas damas todo lo que les pertenecia, se justifica la indignacion que causó en mí el atentado de Merelo, y efecto de aquella el balazo que le disparé. Por hoy, José, no puede ser otra cosa, y no temas, que dia y noche me ocupo de combatir el hambre que nos amenaza, y es muy difícil que entremos de nuevo en un mal cuyo remedio conozco. Mas que tú temo yo á los milicianos de esta comarca, que son muchos y conocen el terreno.

—¡Llevaban esas mujeres tanto oro y alhajas!..

—¿Son las únicas que los tienen en el mundo, Amorós?

—No; pero eso era ya seguro, y el resto, probable á lo más.

—Pepe, con lo que ya no tiene remedio, ¿qué se hace?

—Ya lo veo, Alfonso.

—Pues cállate, y no trates de enmendar la plana al que sabe más que tú.

—Jaime, sólo hemos quedado veintidos.

—Si todos tuviérais mi corazon y cabeza, sobraba para un ejército; pero ¡ay! desde el dia aquel en que trece soldados nos sorprendieron y aventaron como el labrador á la paja, os habeis acobardado, y hasta que olvideis tal acontecimiento es de temer una nueva debilidad que nos comprometa. Es mala, por otra parte, la época, y cuanto ménos bocas, de más recursos dispondremos. Gente hay bastante, Pepe; lo que yo necesito es bravura, nuestra antigua bravura.

—Ya lo veo; pero hoy no nos hemos portado mal.

—Eramos doce, ellos nueve, los hemos sorprendido, yo me puse delante para darles ejemplo, y tú detrás, evitando de este modo el que alguno de los otros huyese.

—Cumpliendo tu órden, estaba decidido á matar al que sólo volviera la cabeza.

—Pues sigamos adelante, Amorós, y nada temas, que lo más malo que puede sucedernos es morir, y en verdad que yo le tengo muy poco apego á la vida. Difícilmente estaremos peor en el otro mundo que en este; la bondad de Dios es grande, y no creo posible en su justicia y caridad que desde un infierno nos mande á otro.

—No nos dicen eso los frailes, Alfonso.

—Oye, Amorós; me contaba un dia el *Penitente*, el cual no mentia nunca, que exclamaba Jesús oyendo á los fariseos:—«Vosotros decis al pueblo: haced lo que yo os mande y no hagais lo que yo hago.»—Pues bien, amigo mio, entre los frailes hay muchos de esos; mucho en sus labios de infierno, de terror y de espanto para los demás, sin perjuicio de lo cual ellos no deben creer en esas calderas de fuego ni tizonazos, toda vez que son tan pecadores ó más que nosotros.

—¿Por qué entónces, cuando hallamos á alguno, le haces que nos predique y permaneces oyéndole con tanta devocion y recogimiento?

—Por la misma razon, necio; áun cuando ellos son malos, dicen cosas muy buenas.

—Recuerdo que uno, aquel tan obeso que hallamos en la Pila, trató de justificar nuestra conducta, y le apuntaste con el trabuco.

—Pues mira, ¡se me pasaron unas ganas de hacerle fuego!.. Aquel era malo diciendo y haciendo.

—¡Cómo temblaba luégo!

—Es gente de faldas que imita á las mujeres; buscan siempre la impunidad para cometer sus faltas.

—Yo no creí que serian tan malos.

—Yo tampoco; pero los he visto con el Cristo en una mano y el puñal en otra, y esos no pueden ser ministros de Dios; á lo más del diablo. Como decia mi *Penitente*, la mision del sacerdote no es la de mezclarse en política y ménos la de predicar la guerra y el exterminio, sino la de extender el Evange-

lio, la de practicar la caridad á imitacion de su Divino Maestro. Los que no hagan eso continúan siendo escribas y fariseos modernos, hipócritas que se cubren con la máscara de la religion para ocultar mejor sus delitos, ¡que digo! sus crímenes.

—¡Pero qué cosas me dices, Alfonso; qué variacion noto en ti!

—Hombre, yo era tan ignorante como vosotros; bien comprendes que no hubo motivo para otra cosa; pero el *Penitente* abrió mis ojos y vi la verdad. Yo empecé hincando mi rodilla derecha ante el hábito ó sotana más mugrienta y andrajosa; creí que debajo se ocultaban la caridad, la mansedumbre, la religion, en fin, con todas sus virtudes; mas poco á poco fuí conociendo mi error, y al hallarlos perjuros, intransigentes, políticos y falaces, odié á los malos para seguir postrándome con más cariño y respeto que nunca ante los buenos.

—¿Y son muchos esos últimos?

—Pocos, José, muy pocos. Su mision es dificilísima, y son los ménos los que entraron en el gremio por vocacion.

—¿Y qué hacer entónces, Jaime?

—Es muy sencillo; amar á Dios, que es la fuente del bien, con alma y vida; respetar y oir con gusto á los buenos sacerdotes, y en cuanto á los malos, no hacerles caso, que de esos se encargará el diablo.

—Pues hombre, yo he notado que todos son de los nuestros, es decir, realistas.

—No te fies, Amoros; gente que se mete donde no debe, es mala; bueno que los seglares queramos unos al rey y otros prefieran la Constitucion; pero ellos, ¿con qué derecho ni á título de qué se mezclan en la política? Van á conseguir que los liberales los aborrezcan, y es lo peor del caso que van aumentando como no puedes figurarte. Para cada uno de los que habia el año 14, han salido ahora cincuenta.

—Por eso sin duda los han echado de los conventos, vendiéndoles sus bienes.

—Sí, por el pronto la han emprendido con los de hábito;

pero si continúan metiéndose en lo que no deben, ya habrá tambien para los de sotana. Ellos debieran ser la parte neutral entre los negros y nosotros; de esa manera todos los querriamos.

—¿Eso te dijo el *Penitente?*

—Y mucho más; pero sería muy largo para contado, y algo de ello incomprensible para ti.

—¿Es él realista?

—No; muy liberal, pero no de esos que pegan palos; opone contra sus contrarios razones; pero ¡qué razones, Amorós! Si las ideas de ese hombre llegaran á realizarse, la humanidad sería feliz. No quiere reyes ni jerarquías; pretende que todos seamos hermanos, y defiende al pueblo, es decir, á nuestra clase, con un ardor y un entusiasmo que admiran. Si yo no hubiera sido enemigo de los negros por conveniencia y necesidad, te aseguro que me hace liberal.

—Ya, pero nosotros no podemos transigir con esos alcaldes que contestan á nuestras proposiciones con una persecucion vigorosa y que nos sitian por hambre.

—Verdad es; como somos bandidos, no nos conviene la Constitucion. Mira, hablemos de otra cosa y dejemos que ruede la bola.

Alfonso llevó su partida al Carche, la escondió entre lo más áspero de la sierra, donde áun tenía abundantes provisiones, y bien disfrazado se fué solo á Murcia, con objeto de averiguar lo que acontecia con el nuevo sistema constitucional.

Despues recorrió de igual modo los pueblos de Fortuna, Abanilla, Orihuela, Crevillente, subiendo luégo hasta Villena, y cuando hubo cobrado los impuestos y satisfecho sus deudas, regresó al monte, diciendo á los suyos:

—Muchachos, tengo el placer de participaros que estos liberales no son los del año 12. Ahora todo se vuelve tocar un himno que llaman de Riego, dar palizas al desgraciado realista que cogen, muchos gritos y algazara, y nada de órden ni concierto. Son bastantes, la mitad de las poblaciones; mas

léjos de constituirse y formar un gobierno estable y seguro, se entretienen en lo que he dicho ántes, y la verdad es que nunca como ahora podemos andar por todas partes sin que nádie nos moleste.

Jaime acababa de expresar, por desgracia, la verdad; muy jóven el partido liberal, sin experiencia entónces y harto confiado, se entregaba como el cándido niño al júbilo y la algazara, permitiendo que sus enemigos se confabulasen, conspiraran, y á la alegría y expansion del año 20 reemplazasen el martirio, los asesinatos y el cruel despotismo del 23. Los hábitos y las sotanas, por torpeza unos, por maldad otros, y equivocados la mayor parte, conspiraron contra la libertad, derechos del pueblo, y bien pronto su influencia sobre las masas fué el rayo exterminador arrojado en medio de la masa liberal. Vieron el presente y no pensaron en el porvenir; tenian de su parte al rey, la corte, y lo que entónces se llamaba el pueblo bajo, y se declararon abiertamente contra una idea regeneradora y en armonía con la civilizacion, progreso material, cuya tendencia era la justicia destructora de privilegios irritantes.

No eran todos; el sacerdócio, clase para nosotros la más respetable miéntras se contrae al estricto cumplimiento de su deber, tuvo hasta en esa época de delirio y de demencia santos varones, mártires y héroes, en fin, á los que no hemos aludido, cuya memoria veneramos.

Pero segregando esas honrosísimas excepciones, el resto desconoció su deber, es más, sus intereses, al combatir la idea liberal. Cierto que muchos hombres afiliados al partido de las reformas, enmascarados como todo hipócrita ó en alas de un ciego fanatismo, cometieron abusos, delitos y hasta crímenes; pero estúdiense las guerras civiles, y se verá que siempre ha sucedido lo mismo. Contra el malvado que se enmascara ó el ignorante que se fanatiza, no hay razon posible. Eso, sin embargo, no mancha ni empequeñece la idea. Si el hábito y la sotana hubieran estudiado el sistema, el orígen y causa de las reformas introducidas en nuestras leyes y costumbres y la san-

cion de unos derechos legítimos, decidido á ser algo, no se habrian inclinado al partido realista, es decir, al de los déspotas y tiranos. En nuestro concepto debieron permanecer neutrales; su mision es de paz y de caridad; pero, lo repetimos, de inclinarse á algun lado, no debió ser á aquel que estaba más en contradiccion, más léjos de los preceptos del Evangelio. ¿Cómo ha de querer Dios, que es la suma justicia, la bondad infinita, que las vidas y el porvenir de millones de hijos suyos estén á merced del capricho de un déspota, de un tirano, de un perjuro, cobarde, liviano y torpe como Fernando VII?

¿Y siendo la idea liberal tan humana, preguntarán algunos de nuestros lectores, tan evangélica, tan lógica en el siglo XIX; estando tan en armonía con los adelantos materiales, con el desarrollo intelectual, con el progreso, en fin, de la tierra, por qué tiene tantos enemigos?

Vamos á contestar: el monarca aspira á mandar solo, porque desde niño excitaron en él el orgullo, la soberbia y la vanidad; hombre ya y sentado en el trono, no consiente que se le contradiga, arguya, ni que se le oponga dificultad á la realizacion de su idea, al logro de su capricho, y para esto necesita que su voluntad sea absoluta, omnipotente; y tiene quien le apoye y sucumba, porque sus Ministros se avienen á tolerarle para hacer ellos con los que tienen debajo lo que el rey hace con ellos; del Gobernador dice lo propio que los Ministros, y de esto resulta que del tirano sentado en el trono nacen luégo tantos déspotas como autoridades tiene la nacion; y el que llega á tener uno, dos, tres entorchados; el que dirige ó el que manda, gusta hacerlo con voluntad omnipotente y formando de su capricho el ídolo del entendimiento. ¿Qué les importa inclinarse ante un tirano si ellos á su vez lo son de miles de infelices?

¿Y es por ventura justo que el hombre de ciencia, el literato, el artista, el obrero, el campesino, que ganan el sustento con el sudor de su frente, que con el mismo sudor sostienen el manto de púrpura, el oropel de la corte, el negro y horrible esplendor del trono, los entorchados, los trenes y gran po-

sicion de los gobernantes; esos hombres de ciencia, literatos, artistas, labradores y artesanos, que dan su dinero y su sangre, merecen, repetimos, que se les trate como al ilota y al pária? Si eso es justo, no hemos entendido nosotros el Evangelio ni tenemos sentido comun, ó nuestro cerebro se halla en en una completa perturbacion.

Pero no estamos locos: aunque ignorantes, Dios nos permite que como á hijos suyos, é hijos que le aman mucho, cuanto es posible, más que esos hipócritas fariseos, Dios nos permite que comprendamos bien su Divina palabra, su justa ley, y en ella encontramos bendita y aconsejada la idea liberal; en ella está proscrito, ¡qué decimos! borrados el despotismo, la tiranía y todo aquello que nació en Cain y que fué causa de la desgracia y muerte de Abel. ¿Por qué ha de ser siempre esclavo ese pobre pueblo que da su sangre y dinero con tan santa abnegacion? ¿Por qué ha de tener siempre por hermano á Cain, del cual nacen tantos otros que se asimilan en todos los grados de la jerarquía social? ¿Por qué ha de haber privilegios? Porque no hay justicia, porque la ley de raza de los bracmanes, porque la jerarquía social ocupan el puesto de la equidad y la justicia. Con justicia, en una sociedad de hermanos podrá haber entorchados, pero no déspotas; podrá haber gobernadores, pero no bajás ni bracmanes.

¿Y por qué sucede esto en España y en muchas otras naciones? Porque el pueblo es ignorante; porque lo hemos visto ¡oh dolor! aplaudiendo, vitoreando á su tirano. Porque todavía pide á gritos y con las armas en la mano que le den un déspota que lo encadene, que lo aniquile. Y por eso, nosotros á cada paso hacemos, hoy que no tenemos mordaza, un paréntesis para abrir sus ojos, para enseñarle la verdad, para decirle: si eres cristiano, acepta la idea liberal que nace en el Evangelio; si eres ateo, materialista ó aficionado al panteismo, no seas pária; ya que en religion no pienses ni discurras, elige en política lo que más te conviene, lo que te pertenece.

Y basta por ahora.

Continuemos la historia de Jaime Alfonso.

Dijimos anteriormente que la sorpresa sufrida por la partida de Jaime fué un golpe terrible en la constancia y valor de estos hombres, y vamos á demostrarlo describiendo un hecho exactísimo, que hemos oido referir á varios, entre los cuales era uno el protagonista, que todavía vive.

El *Barbudo* se corrió desde Carche hácia Molina con ánimo de dar unos cuantos golpes de mano á los viajeros que iban á Murcia desde Madrid ó Albacete. Al efecto se situó en un cortijo próximo á la carretera, en el cual tenía buenos amigos y le era dable esperar tranquilamente las ocasiones que aguardaba, sin temor, sobresalto ni necesidad de tener centinelas que observaran y pudieran ser observados.

Por este tiempo salieron de Murcia treinta y cinco arrieros, conduciendo arroz, pimiento, vino y otras mercancías que trasladaban á Castilla.

Se unieron los treinta y cinco, por temor no sólo de la partida de Jaime, sino por algunas otras que andaban en los extensos llanos de La Mancha.

Salieron de Murcia al amanecer, almorzaron en una venta, dieron pienso, y á la hora de haber llegado continuaron adelante.

Con las ochenta y siete bestias que llevaban formaron una larga récua, que dejaban caminar al antojo ó costumbre de los animales, miéntras ellos, á pié y formando diferentes grupos, hablaban de las mercancías y del estado de sus asuntos.

De este modo cruzaron el pueblo de Molina sin detenerse, siguiendo adelante.

Sería la una de la tarde y se encontraban á poco más de una legua del mencionado pueblo, cuando vieron á un labrador, el cual, soltando el arado, comenzó á hacerles señas para que se detuviesen. Tanto insistió el colono, que la récua paró y algunos de ellos le preguntaron qué queria decirles con aquellas señas.

Entónces se acercó el campesino, y llegando al centro del corro que formaban los arrieros, les dijo:

—Volveos, que os van á robar.

—¿Quién?

Le interrogaron.

El labrador tendió la vista por el campo, y no viendo á nádie, replicó, bajando la voz:

—Jaime el *Barbuo*.

—¿Dónde está?

—En ese caserío de la izquierda, detrás de la loma; á unas quinientas varas de aquí.

—¿Solo?

—No, con toa la partía.

—¿A qué ha venio por aquí?

—Toma, á dar algun golpe de mano; pero sé que está comprando provisiones, y si ve esta hermosa récua con tanto arroz y bacalao, os roba. Gorveos atrás.

—¿Qué hacen ahora?

—Deben estar empezando á comer.

—¿Tienen centinelas?

—No, están dentro de la casa azul, esa que tiene pintura por fuera...

—Ya sé la que es. ¿Y las armas?

—Las pusieron en un rincon con las mantas y las cananas. Hace un cuarto de hora los vi que reian y retozaban, miéntras uno de ellos les cocia dos peroles de arroz con pollos, cuyo olor mareaba de güeno. Gorveos á Molina, que sus va á robar.

—¡Gorvamos toos, que nus roba!

Y fueron á dar vuelta á la récua, cuando uno de ellos, jóven de veintiuno ó veintidos años, que no llegaba á cinco piés de estatura, pero con tanto corazon como Jaime, exclamó:

—¡Cobardes; apénas oís hablar del *Barbuo* ya echais á correr! Entónces, ¿pa qué nos hemos juntao? ¿Pa qué traeis esas escopetas y cananas?

—¿Pus qué harias tú contra Jaime?

—¿Yo? Si me siguiérais, dejábamos la récua con este la-

braor, y montando las escopetas nos íbamos agachaos, como va el cazaor, por detrás de la loma: de pronto caiamos sobre la casa, fuego á los ladrones, los hacemos correr y les quitamos cuanto tengan.

—¿Irias tú delante?

—¡El primero, y si veo á Jaime lo mato! ¿Qué se irá de nosotros si nos gorvemos á Murcia, treinta y cinco arrieros y tanta bestia? Yo no me güervo.

—Ni yo.

—Ni yo.

—¡Pero hombre!..

—No hay pero que valga. ¡A ellos! Y les quitamos los trabucos, las mantas y cuanto lleven.

—Si pudiéramos cogerlos descudiaos.

—Pus es claro.

—La casa azul está al pié de la loma; vamos por la espalda, y cuando quieran vernos ya tienen treinta y cinco balas encima de su alma.

—Pus señor, me decío.

—Y yo.

—Y yo.

—Y toos.

—Pus órden: vamos de cuatro en cuatro y tiran primero los unos, luégo los otros y asina los demás, pa que si arguno hiciera frente haya entre nosotros quien le mate.

—Pus á formar.

—No perdamos tiempo.

—Mirad ántes si las cazoletas tienen bastante cebo.

—La mia sí.

—Y la mia.

—Y la mia.

—Dí, labraor, ¿estás cierto que comen ahora?

—Sí, pero...

—¡No me vengas con peros ni dificultaes, porque te doy un culatazo!

—Hombre, yo...

—No hay hombre que valga; ponte alante de la récua, y no la dejes pasar ni á un lao ni á otro.

—Güeno. Dios sea con vusotros.

—A formar. Los dos más valientes á mi lao. Ahora ocho filas de á cuatro ca una; los más cobardes que se pongan en las últimas. ¿Estais bien?

—Sí.

—¿Decidíos como yo?

—Toos.

—Montad las escopetas, cudiao no se caiga el cebo; sujetad con el deo gordo la llave y el otro junto al gatillo. ¿Estais?

—Sí.

—Pues ánimo, que *el que roba á un ladron tiene cien dias de perdon*.

—¡A ellos!

—Nos vamos á coronar de gloria, y quién sabe si llenaremos la faja de dinero.

—¿Qué esperas?

—Deciros na más que el que huya ó güerva la espardа no es güen amigo ni güen cristiano, y que yo juro matarlo donde le coja.

—Alante, hombre; y lo que sea de uno que sea de toos.

—Pus en marcha; á lo cazaor; asi. Ahora espacio, que luégo correremos.

Y los treinta y cinco, formados en nueve filas, la primera de tres y las otras restantes de á cuatro, comenzaron á dar vueltas á la loma, con ánimo resuelto de caer de improviso sobre Jaime y los suyos.

En medio de los tres que iban delante corria el jóven y animoso arriero, protagonista de aquel acontecimiento. Era el bajo de estatura de que hablamos ántes, y el que logró con sus frases, actitud y ejemplo enardecer á sus compañeros y llevarlos á la casa azul.

Alfonso y sus secuaces comian, divididos en dos mesas, y en estos momentos reian á carcajadas, recordando el temblor

y pavura de dos escribanos de Hellin, á los cuales hallaron por la mañana en la carretera y buenamente les quitaron cuanto tenian.

—No he visto gente más cobarde,—decia José Alfonso;—¡qué pucheros! ¡Já, já, já!

—Pues yo te digo, Pepe,—contestó Amorós,—que Dios te libre de sus plumas, porque matan con más facilidad que nuestros trabucos.

—Verdad es, chico.

—Tambien los hay valientes.

—Bien, pero aquellos dos... ¡Já, já, já! El uno se me agarró al zaragüelle y me decia:—¡Por San Joaquin, por San Tadeo, por San Torrezno! ¡Já, já, já! ¡Por San Torrezno!. ¡Si estaria aturdido!

—¡Por San Torrezno! ¡Já, já, já!

A esta última exclamacion y carcajadas que exhalaron los veintidos bandidos siguió un grito que heló sus corazones, inoculando el espanto en ellos.

—¡Fuego!

Habia dicho, oyéndose una descarga, despues otra, las balas silbaron, rompiendo los muebles de la casa, derribando uno de los peroles de arroz y hasta la mesa en que estaba aquel.

Jaime, Amorós, José Alfonso y resto de los bandidos, vieron á los arrieros; mas creyendo reconocer una banda de soldados disfrazada con aquel traje, ganaron la puerta del corral y se precipitaron por ella con la rapidez del relámpago.

Recordando Jaime la sorpresa de que fué víctima en el Carche, gritó al salir al campo:

—¡Cada uno por diferente lado! ¡Esparcíos bien! Al amanecer en el Carche, cortijo de la *Rubia*.

Y se desbandaron con prontitud pasmosa, dejando en el cortijo cuanto tenian.

Los arrieros les siguieron cinco minutos, haciéndoles un fuego graneado que acabó de espantarlos y de convertirlos en águilas.

El más jóven y bajo de los arrieros, el autor de aquella escena, el héroe, en fin, del semi-trágico suceso, gritó por último:

—¡Alto, compañeros! Seguidme toos, que ya están espantaos y ahora nus toca coger lo que han dejao. Alante conmigo.

Sus compañeros lo colmaron de elogios y aplausos, entraron en el cortijo, comiendo y bebiéndose en un minuto lo que habian abandonado los bandoleros.

Luégo cogieron las mantas, los trabucos, las cananas, unas alforjas con dinero y otros objetos, lo cual depositaron encima de sus bestias, marchando inmediatamente hácia Madrid.

El director del lance arrojó unas monedas al labrador, y deshaciendo la récua, dijo:

—Arread ca uno á sus animales. Corramos ahora, pero á la vez meter un cartucho en las escopetas por lo que pueda acontecer. Orden, mucho órden. Mejor es que cuatro se encarguen de los animales y vayamos nosotros formaos.

Así lo hicieron, obligando á las bestias, que como era el primer dia de marcha y estaban descansadas, corrian bastante.

No cesaron hasta llegar á Cieza; toda la tarde habian continuado al mismo paso, sin hallar ni un solo bandolero ni nádie que osara interrumpirles su rápida carrera.

En Cieza dieron de comer á las bestias y cenaron ellos, continuando adelante toda la noche y parte del dia siguiente. Por último, en Hellin descansaron el resto del dia y la noche. Allí contaron lo que habian hecho, se repartieron las mantas, vendiendo los trabucos, cananas y demás objetos cogidos á los ladrones, y terminado esto repartiéronse el dinero por iguales partes, á excepcion de aquel que aclamaron por jefe, al cual le dieron una onza sobre la cantidad que le correspondia.

A las diez de la mañana emprendieron de nuevo su interrumpida marcha, haciendo sus jornadas ordinarias, pero usando de precauciones el resto del camino. De este modo llegaron unos á Madrid, otros á Soria, Valladolid, y hasta hu-

bo uno que llevaba sus mercancías á Búrgos. Este era el jefe, el cual conducia pimiento molido.

El hecho que acabamos de referir, exacto en todos sus detalles, nos prueba que hasta el mismo Alfonso estaba espantado. Le sucedió lo propio que acontece al valiente torero en los dias posteriores á su primera y segunda cogida.

En los indivíduos de la compañía habia ya hasta miedo.

Todo se gasta en este mundo, y era natural que aquellos hombres declinasen en valor y bravura, segun empezaba á suceder.

El oficio era, por otra parte, muy malo, la gloria no podia halagarles, y en lontananza veian todos unos palos con cordeles que se llamaba horca.

CAPITULO XXXVI.

Reunion de los bandoleros.—Nueva clase de robos.—El prisionero.—Prudencia del *Barbudo*.

JAIME Alfonso, seguido únicamente de su hermano y convertidos ambos en liebres, corrieron dos horas sin otro descanso que el indispensable para tomar aliento.

Ya en el monte, se detuvo el *Barbudo*, exclamando con dolor:

—¡Se nos ha presentado en campaña otro Leopoldo Ramiro! ¡Ah, qué vida, Pepe, qué vida! Bien te lo decia yo; recuerda mis consejos.

—Jaime, ¿quiénes crees tú que son los que nos han hecho fuego?

—Soldados con traje de arriero.

—Se me ha figurado reconocer á Paco, el que lleva el pimenton á Castilla.

—¡Delirios! ¿Quién se habia de atrever con nosotros, á excepcion de esos soldados que, sujetos á la ordenanza, tienen que obedecer ó morir?

—Puede que tengas razon.

—¿Vistes caer á alguno de los nuestros?

—No; entraron muchas balas y dieron hasta en la mesa, pero no creo que derribasen á ninguno.

—Pues sigamos adelante, y que sea lo que Dios quiera.

Y anduvieron hasta la noche, que se hallaron en el Carche.

Jaime preguntó á José:

—¿Tú no quieres cenar?

—No tengo gana.

—Ni yo; y puesto que estamos rendidos, entremos en aquella cueva hasta mañana que vayamos al cortijo, y allí sabremos las desgracias que nos esperan.

Ambos se tumbaron sobre la dura roca, apoyando la cabeza en una piedra, pues no tenian manta ni áun sombrero.

Un poco ántes de amanecer se pusieron en pié, dirigiéndose al cortijo de la *Rubia*, que distaba media legua.

A las seis empezaron á llegar bandoleros, tristes todos y tan cabizbajos como Jaime.

Los últimos que se presentaron fueron Pepe García y Amorós. Estaban los veintidos, y ninguno herido, si bien tres presentaban la faldilla rota por las balas.

Amorós se acercó á Jaime, diciéndole:

—Tomemos el aguardiente con unos mostachones, y salgamos todos, pues tenemos que hablar. Tú, García, te quedas preparándonos el almuerzo para las ocho, si Jaime no dispone otra cosa.

—Debemos ántes armarnos.

—No hay necesidad, ni nos amenaza peligro alguno. Deja á José que haga lo que yo he dicho, que pronto lo aprobarás.

—Sea, y manda lo que quieras, teniente, que yo empiezo á hacerlo mal.

Un cuarto de hora despues se emboscaron los veinticinco en un pinar próximo, quedando García haciendo el almuerzo.

Sentados en el suelo, preguntó Amorós:

—¿Quiénes os parece que nos hicieron correr ayer tarde?

—Una compañía de soldados con disfraz.

—Te equivocas, Jaime.

—Pues yo creo que era tropa.

—Y yo.

—Y todos.

—Pues yo repito que estais en un error. Oidme: yo cogí al pobre García de una muñeca, pues temblaba como de cos-

tumbre, y temí que aturdido y acobardado, se metiera en medio del enemigo queriendo huir de él. Le sacudí fuertemente el brazo, y haciéndole volver en sí, corrimos como galgos. ¡Vaya un modo de volar, cielo santo! Pero lo haciamos sin direccion y al acaso; cruzamos barbechos, tierras labradas, acequias, y saltando unas veces y siempre volando, nos detuvo el cansancio y la fatiga á un cuarto de legua de Cieza.

—Lo mismo me sucedió á mí, pero fuí á parar á Abanilla.

—Y yo á la Rambla.

—Yo al puerto de la Losilla.

—Y yo, con Juan...

—Dejadme concluir.

Y el teniente continuó:

—Por el pronto nos escondimos en el olivar; pero en cuanto anocheció entramos en el pueblo, refugiándonos en la posada de mi primo, el cual nos ofreció mantas, sombreros, cena y cama.

—¡Qué bien has librado, maldito! Yo no he dormido nada.

—Ni yo.

—¿Me permitis que acabe?

—¡Callad!

Exclamó Alfonso con enojo. Amorós prosiguió:

—Yo tomé por el pronto un cuarto interior, y en él nos refugiamos Pepe y yo, temiendo ser reconocidos y las consecuencias. A la media hora nos subió mi primo unas costillas, pan y vino, que empezamos á comer. Estábamos concluyendo, cuando oimos de pronto muchas voces, risas y el tropel que metian ochenta ó cien bestias seguidas de treinta y cinco arrieros. No sabiendo yo lo que era, me embocé en la manta que me prestó mi primo, y apagando la luz, asomé la cabeza por una ventana que daba al corral. ¿Qué direis que fué lo primero que vi?

—No sé.

—Dilo pronto.

—Nuestros trabucos, mantas, cananas y cuanto nos qui-

taron, encima de las cargas de los arrieros. ¿Os mirais sorprendidos? Pasmado me quedé yo; pero ignorando si detrás venía la tropa, me escurrí con Pepe á las cuadras, cerca de la puerta trasera. Lo que allí escuché me hizo tragar más veneno que el que tienen todas las víboras en la boca. Decian los arrieros que acababan de llegar, que éramos unos cobardes; que nos espantaron á la primera descarga como á gorriones, y que cualquiera de ellos valia tanto como Jaime ó yo. En una palabra, no nos atacaron soldados algunos ni otros que los ya dichos treinta y cinco arrieros

—¿Estás cierto, Amorós?

—Como de que hablo contigo en este momento, Jaime.

—¿Qué hiciste luego, José?

—Contarlos uno por uno, reconocerlos bien, trayéndome la filiacion de todos y sus nombres.

—No esperaba ménos de ti. Ya se ve, nos sorprendieron, nos aturdimos, y ya veis las consecuencias de no tener sangre fría en los momentos de peligro. A ninguno os reprendo, que yo tambien corrí como vosotros, participando de idéntica sorpresa y aturdimiento.

—¡Qué vergüenza!

—¡Treinta y cinco arrieros!

—¡Buena pasada está!

—No es extraño; los arrieros son hombres como nosotros y como los soldados; nos ganaron la vez, y corrimos. La confianza, el sitio... Nos está bien empleado; el bandolero jamás debe descuidarse, y ménos cuando se halla encerrado entre cuatro paredes. No conteis á nádie lo ocurrido. Sirva de ejemplo, y yo haré que en adelante no vuelva á ocurrir. Con un centinela hubiera bastado para evitar esa desgracia. Más vale que sean ellos que la tropa, pues de los unos nos hemos librado ya para siempre, y la otra continuaria persiguiéndonos.

—¡Y se llevaron las alforjas con el dinero!

—¡Y las mantas!

—¡Y cuanto teniamos, por lo visto!

—Bien podeis asegurarlo,—añadió Amorós.—Envalento-

nados, comieron lo que dejámos, cargando luégo con cuanto quedó allí.

—Puede que á alguno le cueste la vida.

—¡Si los hallamos otra vez!..

—Eso corre de mi cuenta.

Los bandoleros quedaron comentando el hecho hasta la hora de almorzar, que volvieron al cortijo de la *Rubia.*

Tenian repuesto de armas, y entre aquel dia y el siguiente se proveyeron de cuanto les habian quitado, á excepcion del dinero.

Jaime vió en esta segunda leccion un nuevo aviso de lo expuesto que se hallaba y de la cautela y prudencia con que debia obrar.

Pocos dias despues recibió la fatal noticia de que habian sido repuestos cási todos los alcaldes del año 14, y que la nueva situacion constitucional entraba en un período más tranquilo.

Alfonso entónces abandonó el Carche y la Pila, refugiándose entre las ásperas breñas donde trece años ántes dominaron los Mogicas.

—Se ha concluido,—dijo á sus compañeros,—de salir por ahora á los caminos; difícilmente cobraremos los impuestos, pero lo primero es asegurar la vida, y entre estos barrancos nádie osará atacarnos, porque los que llegaran moririan. Eso lo saben ellos, y no vendrán.

—¿Y el hambre?

—Yo prefiero pegarme un tiro á sufrir lo que la otra vez.

—Y yo.

—Jaime, más vale batirse y morir en los caminos, que hacer aquella vida.

—Estoy conforme; pero ya tenemos en la cueva de los Mogicas, en aquella donde yo estuve herido y encontré á Amorós; ya tenemos en ella, repito, comestibles para quince dias, sin perjuicio del dinero que he dado para que nos lleven á menudo pan, carne fresca y algunas frioleras. Eso se nos acabará, sin embargo, tenemos que sostener espías y noticie-

ros, y para esto sacaremos el dinero de una manera que vosotros no sospechais. Dejadme obrar, que temo yo más que nádie el que se repita lo de los años 12 á 14, y en verdad que lo evitaré á todo trance.

—¡Entónces que viva Jaime!

—¡Que viva el capitan!

Todo se hizo como Alfonso lo tenía dispuesto, permaneciendo ocho dias en completa inaccion. El jefe de los bandoleros continuaba desapareciendo de noche sin volver hasta la mañana siguiente, algunas veces muy entrado el dia, y siempre cauteloso y reservado como nunca.

Encargaba á sus subordinados, si tal puede decirse de los que componian aquella horda, que jugasen sin exponer mucho dinero, riesen y estuvieran tranquilos; pero él aparecia más triste y meditabundo que nunca.

Cuando le preguntaban algo sobre hambres futuras, contestaba secamente:

—No las habrá.

Y ensimismándose de nuevo, se aislaba de sus compañeros.

Y era que Alfonso llevaba más de trece años de bandolero y sentia ya el cansancio de una vida en extremo azarosa, llena de peligros y de sinsabores.

Por primera vez de su vida suspiraba por un indulto, y fijo siempre en él meditaba en los medios, sin dejar por eso de asegurar el presente y porvenir de la compañía, segun veremos en el siguiente histórico relato.

Alfonso tenía necesidad de robar, acumulando de este modo grandes cantidades para combatir el negro futuro que veia en lontananza; pero le era á la vez indispensable no exponer mucho la suerte de la compañía, y al efecto ideó un medio que hemos visto repetirse despues por otros bandidos.

Hé aquí lo que hizo:

Al anochecer del octavo dia se le presentó uno de sus bandoleros con cuatro caballos.

—¿Qué es esto?

Le preguntaron sus compañeros á la vez.

—Luégo lo sabreis,—replicó Jaime.—Amorós, mucho cuidado esta noche; que esté siempre un centinela alerta, y hasta el amanecer.

Sin dar más explicaciones montó en uno de los cuadrúpedos, en otro su hermano, y en el tercero el *Portugués*, el cual llevaba del diestro el cuarto. En silencio y sin abandonar el monte miéntras fué posible caminar por él, continuaron los tres sin detenerse.

A las nueve y media de la noche llegaron cási á las puertas de Orihuela, donde echaron pie á tierra los tres, quedándose entre la espesura de los árboles el *Portugués* con los cuatro caballos.

Jaime y su hermano entraron en Orihuela, calado el sombrero y muy embozados en las mantas.

A los diez minutos se detuvieron en una calle estrecha, fijándose Alfonso en el ancho y alumbrado zaguan de una casa que estaba en otra calle más ancha, la cual cruzaba en el principio de la en que estaban los bandoleros.

—Situémonos,—dijo el *Barbudo* á José,—en el hueco que forma este portal. Ponte á la izquierda, y espera.

De aquel modo permanecieron cerca de una hora.

—Empieza á salir gente de esa casa, que al parecer observas.

Exclamó José.

—Ya lo veo. Echate atrás lo que puedas, y aguarda.

Quince minutos más tarde pasaban por frente de ambos, tres caballeros, á los que Jaime hubo de reconocer.

—Son éllos.

Dijo, y cruzando la estrecha callejuela en dos saltos, los detuvo con las siguientes frases:

—¡Alto! Soy Jaime Alfonso. Síganme ustedes, y les advierto que el que desplegue los labios, muere.

Los sorprendidos enmudecieron y hasta temblaron, mirando las dos enormes bocas de trabuco que á la vez les enseñaron los Alfonsos.

—¡Más vivo!

Añadió el mayor de los hermanos, y los cinco llegaron en pocos minutos á donde estaba el *Portugués* con los cuatro caballos.

—Señor D. Mariano,—dijo Alfonso á uno de los tres prisioneros,—usted se viene conmigo, y monta al efecto en este potro. Ayúdale, José. En cuanto á ustedes dos, pueden regresar á sus casas, pues para nada me sirven.

—Hombre, yo,—exclamó uno de los dos á quienes despedia,—si me das bien de comer y no me haces daño, no tengo inconveniente en seguirte sólo por hacer compañía á mi amigo C.., el cual te llevas sin cumplimientos.

—Usted es un perdido,—le contestó Jaime,—que pasa la vida jugando, no tiene un cuarto ni le vendria mal el que yo le diese de comer; pero le advierto que yo no sostengo vagos, y que si alguno de ustedes dos dice á alguien que me llevo á Don Mariano, en cuanto yo lo sepa le saco la lengua.

—¿Ni á su familia?

—A nádie he dicho, y ya saben ustedes cómo yo las gasto.

—Bueno.

Ambos se despidieron de su amigo y regresaron á Orihuela, en tanto que los cuatro jinetes salian de la vega al trote largo.

Ya en el campo, dijo Alfonso:

—No tema V. nada, Don Mariano, que yo soy bueno con los que no son malos.

—¿Qué quieres de mí, hombre?

—De V. nada, que tiene poco y necesita mucho; deseo que su familia me entregue en rescate de V. sesenta mil reales.

—Ese modo de robar es nuevo, Jaime.

—Sí; hasta ahora respeté á los oriholanos, pero la desgracia me obliga á andarlo todo.

—¿Y qué vas á hacer miéntras conmigo?

—En los dos primeros dias nada; si al tercero no me manda su gente los tres mil duros, lo ahorco á V. de un árbol.

—¡Qué barbaridad!

—Será lo que V. quiera; pero tendré que hacerlo, y se lo ofrezco solemnemente.

—Pues es lo peor que tú no faltas nunca á tu palabra.

—Ni á esa tampoco faltaré.

—¿Pero qué te hice yo, hombre?

—Lo mismo que yo á esos pícaros negros que me andan persiguiendo por el Carche y la Pila.

—Estará de ver que mi familia no quiera *aflojar la mosca* y me ahorques á mí por culpa de ellos.

—No lo espero; tengo la seguridad de que entregarán ese dinero, y por eso me traigo á V.; de lo contrario hubiera cogido á otro.

—¡Ah! Cain, me has preferido porque mi familia es mejor que otras...

—Debilidades de un bandolero.

—¿Te paras?

—Sí; si me da V. su palabra de honor de no decir en el punto que lo he tenido, lo llevo como está; de lo contrario es indispensable que le tape los ojos, pues vamos á entrar en el monte.

—Oye, Jaime, no me acabes de... Te juro decir á todo el mundo que tuve los ojos vendados; pero déjamelos descubiertos.

—Adelante.

—¿Voy seguro en este *penco?*

—Anda poco y corre ménos, pero es manso.

—Ya; por eso me lo has dado tú, para que no me escape.

—Claro es.

—Hasta pasado mañana me tratarás como á cuerpo de rey, que te interesa coger los tres mil duros; luégo, si no te los dan, será otra cosa.

—Nada; lo ahorco, y deja V. de sufrir en el mundo.

—¡Soberbio consuelo! Oye, ¿vamos á subir por esos vericuetos?

—¿Qué inconveniente hay?

—¡Friolera! Hombre, si me estrello no cobras.

—*Portugués*, vé delante para que comprenda Don Mariano lo bien que se anda por aquí.

—¿Es ese el *Portugués?*

—Cabalito.

—¡Buena alhaja!

—Valiente como pocos.

—Sí, pero con unas uñas más largas, segun cuentan...

—Eso era ántes; ahora se conforma con lo que yo le doy.

—Tiene su celebridad; me alegro conocerlo.

—Yo tambien.

—Más razon tienes que yo, porque tú vas ganando...

—Y usted *perderá ménos*. Le habian de sacar los sesenta mil reales en la casa aquella de donde salia ántes.

—Bastantes he dejado ya, Alfonso.

—La sota, el as...

—Sí, con el cuatro, el cinco y las restantes. Cuando se empeña en salir la contraria parece que juegan con uno en vez de jugar uno con ellas.

—Por eso yo no gusto de esa diversion.

—Lo siento; siquiera hallase entre vosotros...

—El que á mí no me guste no prueba que á los mios les suceda lo mismo.

—Eso ya es otra cosa. Jaime, te advierto que si seguimos por este paraje nos estrellamos.

—Afloje V. la rienda, deje el caballo que lo lleve, y nada tema.

Los cuatro continuaron caminando hasta llegar á una casa situada entre varias colinas, donde hicieron alto. Allí encontró Don Mariano sala, alcoba, cama y lo necesario para el aseo de su persona.

Encerrado con Jaime, le preguntó:

—¿Qué debo hacer, Alfonso?

—Lo primero escribir á su familia diciéndola que le han cogido unos amigos, los cuales le ahorcan positivamente si no entregan en el término de cuarenta y ocho horas sesenta mil reales. Aquí en este papel están las señas de la casa donde los

han de llevar y nombre de la persona que los ha de recibir.

—Jaime, por María Santísima, ten compasion de mí.

—Si los suyos se la niegan, ¿cómo quiere que yo la conceda? Hábleles al alma, y que lo manden, Don Mariano, porque de lo contrario muere V.

—Voy á hacerlo, que eres muy capaz de estrangularme.

—No puedo ménos, Don Mariano; ahorcado V., y enterada la gente, cuando vuelva á coger otro, recordando sus padres, hijos ó mujer la suerte que V., sufrió, se apresurarán á dar el rescate que yo les pida, convencidos de que no es amenaza, sino realidad lo que la víctima les dice.

—¡Ah, leopardo! Buen ejemplo está; trataré de evitarlo á todo trance.

—Bien hecho; de la carta que escribe dependerá probablemente su muerte ó su vida.

—¡San Pablo sea conmigo y me dé acierto para redactar esta epístola con el talento y sabiduría que llevaban las suyas! Poco, pero bueno; léela, y dame tu opinion.

Jaime le obedeció, contestándole:

—La encuentro perfectamente.

—¿Opinas que darán los tres mil duros?

—Sí, señor.

—Me alegraré no te equivoques. ¿Qué hago ahora?

—Se acuesta V. y descansa. Se levanta cuando quiera; aquí hallará peine, pomadas, cepillos, libros, barajas y gente alegre que le distraerá con sus chistes y bromas. Ea, buena noche, Don Mariano.

—Adios, hombre. Haz tú mismo eso de la carta, no vaya yo á ser víctima de una torpeza ó equivocacion.

—En eso estoy; hasta mañana.

Y desapareció el *Barbudo*, en tanto que C..., resignado al parecer con su suerte, se acostaba, quedando dormido.

Alfonso volvió á montar á caballo, y encargando á su hermano y al *Portugués* que cuidasen del preso, metió espuela para desaparecer como una centella.

En el llano le esperaba un embozado, al cual entregó la

carta escrita por Don Mariano, dándole varias instrucciones de palabra.

—Te aguardo en la cueva,—le dijo al concluir.—Toma todas las precauciones que te tengo encargadas, mucho cuidado y no te fies de nádie. Adios.

El mensajero se dirigió á Orihuela, Alfonso se encaminó á la casa, en la que dejó el caballo, y á pié se volvió á la cueva donde estaban cási todos los bandoleros.

Detenido por la voz de un centinela, se dió á conocer, preguntándole luégo:

—¿Duerme la gente?

—Me parece que sí.

—Son las cuatro; que dispongan el almuerzo para las ocho, y no me desperteis hasta que esté hecho. En el fondo de la cueva estoy.

Y pasando por entre sus compañeros, se acostó en el interior de la caverna.

Durmió cuatro horas, almorzaron los veinte, permaneciendo sentados hasta despues de las diez, que el vigía ó centinela anunció la llegada de un hombre.

—Quietos,—exclamó Jaime,—que viene á buscarme ese mozo, y no hay motivo para alarmarse.

El *Barbudo* salió, hallando cerca de un barranco al mensajero de la noche anterior, al cual le detuvo allí la voz de un centinela. Incorporado con él, sacó el recien venido una carta, en contestacion sin duda á la que habia llevado, y se la entregó sin dirigirle frase alguna.

El sobre iba á Don Mariano C..., pero Alfonso la abrió, leyéndola dos veces. Despues dijo al mensajero:

—Espera aquí, que vuelvo al momento.

Y regresando á la cueva, añadió:

—Amorós, coged cuanto tenemos aquí y marchad á la casa del tio Anselmo. Voy delante, y os advierto que nos quedaremos allí. Arriba todos; dejad de jugar, y andando.

Jaime se incorporó nuevamente con el mensajero, dirigiéndose ambos á la mencionada casa del tio Anselmo, que era

donde estaban los caballos, el *Portugués*, José Alfonso y el preso.

El *Barbudo* halló á la puerta á su hermano y le habló al oido, diciendo luégo al que le acompañaba:

—Retírate á aquel extremo y espera allí.

Seguidamente entró en la alcoba de Don Mariano, al que halló todavía profundamente dormido.

Alfonso abrió una ventana, á cuyo ruido despertó C..., preguntándole:

—¿Qué ocurre, Jaime?

—Que ya es hora de levantarse.

—Me parece temprano.

—Son las once de la mañana.

—Pues á esta hora dejo la cama todos los dias.

—¡Vaya una vida! ¡Caramba, cuánto canónigo hay en España!

—Ya me estoy vistiendo, hombre.

—Ahí encontrará agua para lavarse, toalla...

—Ya los veo, ya.

Poco despues añadió:

—Listo. ¿Mandastes la carta?

—Ya está aquí la contestacion.

—¿Tan pronto?

—Como V. nunca ha hecho nada en el mundo, cree que á los demás les sucede lo mismo.

—¿Qué dice mi familia?

—Piden una semana para reunir el dinero, pues aseguran que les falta más de la mitad.

—Y será cierto, chico. Supongo que les esperarás.

—Mire V. por esa ventana. ¿Qué distingue?

—Un árbol, cordeles... ¡Ah, la horca! ¡Qué barbaridad! Pero hombre, espera los seis dias.

—Le concedo esa primera y única gracia; pero si al sétimo por la mañana no está aquí el dinero, lo ahorco. ¡Se lo juro, por Dios Santo!

—¡En qué conflicto me hallo!

—Tome V. la carta de su familia; conteste á ella lo que le parezca, y diga al concluir que es la última que les dirige, y que si no mandan el dinero, que encomienden el alma de V. á Dios. Se despide con mucho de lágrimas y súplicas...

—Comprendo. Dámela.

—Ahí tiene lo necesario para escribir.

Don Mariano le obedeció, poniendo una carta que llenaba los deseos de Alfonso. Este la cogió, entregándosela á su mensajero con órdenes verbales, y aquel desapareció, siendo reemplazado al poco tiempo por los restantes indivíduos de la partida.

En tanto que esto ocurria sirvieron á Don Mariano un desayuno, preguntándole la clase de comidas y las horas en que queria verificarlas.

Despues entró Jaime de nuevo, interrogándole:

—¿Quiere V. algo de mí? Durante el plazo que le he concedido pararé poco en esta casa; en cambio ahí queda toda mi gente, de la que se halla en libertad de aislarse, pues ninguno entrará aquí sin su permiso, ó de alternar con ellos, jugar, etc.

—Estoy por lo último, que yo no he nacido para monje.

—¿Desea V. algo?

—¿Ya te vas?

—Sí.

—¿Adónde?

—A Orihuela.

—Comprendo. Si me hicieras dos favores...

—Si puedo, no habrá inconveniente. Hable V.

—El primero se contrae á que mandes quitar esos cordeles, y el segundo á pedirte media onza, que te devolveré cuando esté libre, ó si muero te cobras con este reloj. ¿Aceptas?

—Ahí van los ocho duros, é inmediatamente desharán la horca.

—Te he molestado, porque como anoche me quedé sin un cuarto... Y si tu gente juega...

—Entiendo. Hasta más ver.

—Adios, Alfonso.

Salió el *Barbudo*, y enterando á su partida de lo que ocurria, se dispuso á marchar. Todos aplaudieron aquel nuevo é ingenioso modo de robar, recibieron órdenes de Jaime y le despidieron á la puerta de la casa.

Don Mariano habló con Amorós, José Alfonso y el *Portugués*, quedando entre ellos, para terminar por preferir sus comidas, juegos, bromas y algazara al aislamiento de la sala y alcoba.

Al cuarto dia se encontraba completamente satisfecho de su nueva sociedad.

Jaime le hacía una corta visita diariamente, y sabiendo que se hallaba complacido, desaparecia otra vez.

De este modo llegó el sexto dia por la noche, y Don Mariano, que pasó la mañana y tarde jugando unas veces y riendo otras, se acostó triste y meditabundo.

No habia parecido Jaime en todo el dia, eran las nueve de la noche, el plazo espiraba, y la incertidumbre pesaba sobre Don Mariano como carga de plomo.

No podia dormir; rezaba á todos los santos del cielo, pedia á Dios misericordia, y en tal estado fué sorprendido por la voz del *Barbudo*, que heló su sangre y le hizo temblar. Llevaba treinta y seis horas sin verlo, y era de suponer que le traia la muerte ó la vida.

El bandolero pidió á voces tres caballos al *Portugués*, y seguidamente entró con una luz en la alcoba de su asustado preso.

—¿Qué hay, Alfonso?—preguntó Don Mariano dirigiéndole una mirada tan tierna como ansiosa.—¿Abonan, amigo mio, abonan?

—Ya entregaron, como yo suponia, el dinero pedido, y podemos marchar cuando V. guste.

—¡Gracias á Dios! ¡Qué cuatro horas he pasado!

—Mal hecho; una vez hemos de morir, y debe sernos indiferente la fecha. ¿Con que se levanta V?

—Al momento. Oye, saca el reloj que está en mi chaleco

y guárdatelo; mejor es eso que esperar á que yo te devuelva el pico aquel...

—¿Pues y los ocho duros?

—Hace ya cuarenta y ocho horas que pasaron á otro dueño.

—¡Válgame Dios y qué vicio tan pícaro! Se los regalo con tal que abrevie.

—Pero, hombre, es raro que un bandolero como tú no juegue, beba tan poco y sea morigerado en sus costumbres. Eres virtuoso á medias, malvado á medias, inteligente á medias, y todo á medias.

—Qué quiere V., no me dió la naturaleza calcetines, y en eso debe consistir.

—Mi familia estará muy apurada.

—No; desde el instante en que me convencí de su buen deseo, encargué que los tranquilizasen y no paré hasta conseguirlo.

—Si tú no eres malo.

—A medias, Don Mariano, como decia V. ántes. Y añado: ¿Quién hay perfecto en este mundo? San Pedro, con ser Santo, negó tres veces al Señor.

—Cierto, y puedo asegurarte que tus bandoleros son tratables, humanos y tan comedidos, que los hay infinitamente peores entre nuestros caribes de la huerta.

—¿Y en la ciudad no existen tan bien peor hablados y bastante más perversos?

—Tambien. Cuando te digo que me gustan los tuyos.

—Ya sabía yo que le sucederia á V. eso.

—Ahora la capa, el sombrero, y andando.

—¿Se deja V. algo?

—Nada.

—Pues montemos á caballo.

Y Jaime Alfonso lo fué acompañando hasta muy cerca de la ciudad. Lo llevaban en medio entre él y el *Portugués*.

Llegados al término de la partida, le dijo Alfonso:

—Don Mariano, está V. á cien pasos de su casa; eche pié

á tierra y hasta más ver. Coge tú las riendas de su potro, *Portugués*.

—Adios, Alfonso. Te ruego que no se vuelva á repetir la funcion.

—¿Tan mal le ha ido á V. con nosotros?

—Al contrario; pero me ha costado la diversion tres mil duros.

—Bastantes más lleva V. tirados á la sota y al as.

—Tambien es cierto.

Don Mariano se despidió de los dos con cariñosas frases, y embozándose en la capa desapareció de allí para entrar en su casa, donde le esperaba su familia en pié y con bastante ansiedad. Creian verlo llegar flaco, descolorido, la huella del sufrimiento y dolor marcado en el semblante, la camisa negra y estropeado el traje. Pero sucedió todo lo contrario, pues entró alegre, encarnado, la camisa limpia, pues se la lavaron dos veces, y el traje en cási igual estado al en que lo sacó.

Despues de estrecharlo, le hicieron referir todo lo que le habia sucedido, y la verdad es que al dia siguiente elogiaban á Jaime Alfonso, léjos de vituperarle, pues áun cuando ladron, trataba á sus víctimas con una consideracion desusada entre los malhechores.

El *Barbudo* marchó con el *Portugués* á la casa del tio Anselmo, en la cual durmió el resto de la noche.

Al dia siguiente se retiraron otra vez á la cueva, repitiendo Jaime el hecho de Don Mariano con seis ó siete de distintas poblaciones y con circunstancias análogas.

De ese modo reunió doce mil duros, dejando en depósito la mayor parte para atender al período constitucional.

Su nuevo modo de robar habia recaido en personas ricas á las que jamás habia pedido dinero alguno, y ahora les sacaba una cantidad proporcionada á su fortuna. Les pidió desde mil á tres mil duros, siendo esto el mínimum y máximum y lo que él calculó que dejaria de cobrar en sus impuestos en dos años.

Tranquilo ya por la cuestion de recursos, se entretenia en

socorrer á muchos desgraciados y en usar de todas las precauciones y prudencia que tan convenientes les eran en aquellas circunstancias.

Como prueba de esto citaremos un hecho de los muchos que tuvieron lugar en esta época, y que nos le presentan con un carácter enteramente diferente de aquel que demostraba en sus primeros años, cuando era tan valiente como osado, tan vengativo como temerario.

Hélo aquí:

Una tarde en que su partida tiraba la barra, ejercicio que él recomendaba mucho para el desarrollo muscular, acertó á pasar por allí un conocido de Alfonso, natural de un pueblo próximo á Murcia, hombre de bastante corazon y de conciencia tan elástica como cualquiera de los bandoleros, á quien en este momento miraba arrojar la barra á distancia sorprendente.

—Bien,—exclamó el recien venido;—no la pone más léjos ningun nacido; declaro que José Amorós tiene tanta fuerza como el gigante Goliat.

El murciano acababa de decir lo que era cierto, pues el teniente de la partida de Jaime era un hércules en estatura, desarrollo muscular y fuerza.

Despues que el murciano hubo hecho justicia á José Amorós, preguntó al *Barbudo*:

—Y tú, Alfonso, ¿no eres aficionado?

—No me gusta juego alguno, pero cuando me provocan tiro, gano y callo. Recuerdo ahora que tú eres un gran jinete, y te participo que tengo la mejor jaca que ha pisado esta tierra. ¡Qué brazos, chico! ¿Pues y los cuartos traseros? No hay animal más bonito debajo de la capa del cielo. Encorva el cuello, se ensancha y trota á compás.

—¿Qué pelo tiene?

—Alazan tostado, con crin y cola, hasta allá.

—¿Corre bien?

—¡María Santísima! Ni las águilas.

—Hombre, quisiera verla, y si me dejaras echarla los cal-

zones, yo obligaria á ese animalito á que sacara todas sus gracias.

—Con mucho gusto. Tú eres todo un jinete y estarás bien en ella. *Portugués*, trae la jaca con el aparejo redondo, que vais á ver un hombre y un animal extraordinarios.

El *Portugués* desapareció en cumplimiento de la órden de Alfonso, y los demás formaron corro con el murciano, esperando el regreso de aquel.

Media hora despues traia el bandolero la jaca cogida del diestro. El murciano la sujetó, reconociéndola detenidamente.

—¡Soberbio animal!—dijo.—Veamos cómo se mueve.

Y de un salto se puso encima, dando una trotada que fué muy aplaudida por todos los bandoleros.

—Bien,—le dijo Jaime al volver;—ella es buena, pero tú te clavas... ¡Y qué mano izquierda!

—¿Me dejas que le dé ahora una carrera?

—Claro que sí.

—Pues vaya, hasta más ver, que con este animalito me voy yo al cielo.

Y dió el murciano una voz á la jaca: esta escapó como un relámpago, y al ver Alfonso que se precipitaba con ella por una pendiente algo distante de allí, comenzó á gritarle:

—¡Basta! ¡Vuelve, hombre! ¡Pues se ha ido!

—Y es capaz de no volver.

Le dijo Amorós.

—¡Maldicion!

Exclamó Jaime, y subiendo á una altura, contempló algunos minutos la veloz carrera de su jaca.

Al perderla de vista, añadió:

—¡Me la ha robado! ¡Infame! ¡Pero juro que le ha de costar la vida!

Y bajó, hallando á sus compañeros que le miraban con la boca abierta y como espantados de lo que acababan de ver.

—Vaya, muchachos,—dijo Alfonso,—seguid tirando la barra, que el murciano no vuelve, pero yo le quitaré con mi

jaca la piel que Dios le ha dado, para hacer un aparejo con ella.

—Buena pasada está.

—El mozo es templado.

—Merece la muerte.

—Vaya, vaya, á jugar, que no somos nosotros solos los valientes.

Y Jaime procuró disimular la ira y despecho que sentia en tales momentos, pero en vano; aquella noche, al dia siguiente y cuatro posteriores, buscó con afan al que le habia robado su jaca. En la última noche se le presentó un amigo del murciano, y le entregó una carta de aquel, en la cual leyó el *Barbudo* lo siguiente:

«Jaime: Me han dicho que me buscas, en lo cual haces »mal; y que deseas matarme, y esto me parece bien. Si es ver»dad, te aguardo solo y con mi cuchillo al pié de la cruz de los »tres caminos, mañana al anochecer. Allí nos entenderemos »los dos, y el más valiente se volverá á su casa con la jaca. ¿Lo »entiendes? Pues te espero.»

Alfonso leyó dos veces el escrito, meditó largo tiempo, contestando luégo al mensajero:

—Aguarda aquí.

Y dirigiéndose él á una casa próxima, escribió al murciano lo siguiente:

«He leido tu carta, y no quiero por una jaca exponer la »suerte de los veintiun hombres que me obedecen. Si te encuen»tro en mi camino, ten por seguro que te mataré; pero no acce»do á tu desafío porque tengo el suficiente valor para dominar»me en pro de la gente que está á mi cuidado.—JAIME.»

Cerró la carta y se la entregó al enviado, diciendo al dia siguiente á los indivíduos de su partida:

—Yo mismo no me conozco ya. Anoche me desafió el murciano que me robó la jaca, y no he admitido por temor de dejaros huérfanos. Imitadme, usad de mucha prudencia, y sólo echad mano del trabuco cuando no se pueda prescindir, ó en sorpresas como la de Leopoldo y la de los arrieros.

—Ahora recuerdo,—le dijo su hermano,—que áun no nos hemos vengado de los últimos.

—Pepe, he averiguado que el que tuvo la culpa de todo era un muchacho que llevaba pimenton á Búrgos; su padre supo que yo le andaba buscando, y le escribió para que no volviera; mandando al efecto un mozo, con el cual envia al hijo las cargas de pimenton. Por eso no le he cortado la cabeza. Búrgos está muy léjos, y yo no puedo ir allí.

Ese era Jaime ya en sus últimos años; se iba gastando cada vez más, demostraba cansancio, supliendo su antigua osadía y temeridad con prudencia y astucia dignas de mejor causa.

CAPITULO XXXVII.

Otra vez el Carche y la Pila.—Revueltas políticas.—Los franceses en Murcia.—Caida de la Constitucion.—Sus consecuencias.

Alfonso permaneció con todos los suyos hasta los primeros meses de 1823 en Crevillente, usando una conducta tan prudente como retraida. Tenian dinero y se concretaron á comer, beber y jugar; mandaban á las poblaciones por lo necesario, rehuian el encuentro con toda clase de gente, y sólo Jaime, disfrazado y con las precauciones consiguientes, solia abandonar aquellas breñas para ver unas veces á su mujer é hijo y otras á Gregoria.

Entrado ya el año 23 tuvo noticia de que los milicianos se habian concentrado á la capital, y entónces se dió á luz con sus veintidos satélites, sentando sus reales en el Carche. Es aquel un paraje que parece destinado para refugio de malhechores.

Desde allí se dedicó á perseguir una porcion de ladrones aislados que trabajaban de dia en el campo y por la noche salian á los caminos, fingiéndose individuos de su partida. Cazó á algunos, inutilizándolos, é impuso pena de la vida al que volviera á robar á su nombre. Era natural que á Alfonso no le gustasen otros robos que aquellos que él hacia.

A la vez renovaba en el Carche sus antiguas amistades,

dió limosnas y gratificaciones, nombrando espías y aceptando de nuevo los servicios de sus antiguos confidentes.

En tal estado fué sorprendido con la noticia de la contra-revolucion que venian haciendo algunos realistas, unidos al ejército francés, el cual entró en España al mando del funestísimo duque de Angulema.

La Francia, tan republicana el año de 1793, tan liberal luégo y tan ilustrada despues, se avino á formar parte con lo más soez de nuestro pueblo para ahogar sus libertades, quitar la Constitucion y dejar entregado nuestro país al gobierno más déspota, tirano y cruel.

Los franceses como conquistadores, los franceses ilustrados, los franceses liberales y los franceses de todas maneras, siempre fueron para España una horrible calamidad, que pasó sobre nosotros con más encono y furor que la peor de las epidemias.

Cuando no han venido á matar españoles, cuando hemos estado en paz con ellos, se han entretenido agradablemente en llamarnos africanos, sin perjuicio de llevarse el dinero de España con sus baratijas y chucherías.

Oigamos lo que dice un verídico escritor contemporáneo sobre la enrada de los *gabachos*, unidos á los realistas, y cómo los últimos inauguran el nuevo estado de cosas.

«Los hijos de San Luis,—exclama,—no eran los soldados de »Napoleon, guiados por el instinto de la gloria y llevados en »alas de aquel genio creador á cuyas conquistas presidia el »sublime pensamiento de la civilizacion del mundo. Instrumen»tos de la Santa Alianza, habian venido á apoyar y á sostener »los decretos furibundos de proscripcion que lanzaba la Junta »provisional y su presidente el tigre Eguía. Habiase señalado »un corto plazo á los voluntarios nacionales para regresar á »sus casas, y los que volvian pasaban á los calabozos en vez »de hallar la seguridad ofrecida. Todos los que no habian figu»rado en las filas de las facciones ó mezcládose en las tra»mas y conspiraciones urdidas por el fanatismo, sufrian insul»tos y vejaciones de las heces del vulgo, á cuya cabeza se ha-

»bian colocado los frailes más oscuros y energúmenos. No »valia haber sostenido el órden, obedecido pasivamente las le»yes y cumplido los decretos del rey mismo á quien invoca»ban: llamaban *negros* á cuantos no profesaban sus principios »de intolerancia y desvarío: en algunos puntos, los apedrea»ban como á fieras; en otros marcaban las puertas de sus ca»sas, escupian á sus familias y maltrataban hasta á los ino»centes niños. Bastaba á las señoras usar un lazo, una flor »verde ó morada, colores anatematizados por los facciosos, »para verse públicamente afrentadas, y quizás heridas y ras»gado el objeto de la rabia. Al través de esta nueva anarquía »creábanse por la Junta de Oyarzun los voluntarios realistas, »que, arrancando de las manos de los milicianos nacionales las »armas, empuñábanlas para saciar su venganza. Componían»se estos nuevos cuerpos de proletarios, que, bajo el pretexto »de defender el altar y el trono, aspiraban á prender á los »hombres de arraigo, encarcelarlos y despojarlos de sus bie»nes. Así, escudada con distinto nombre, aunque con el mismo »fin, levantábase orgullosa la anarquía absolutista con todos »sus elementos de trastorno á dominar el país é inundarlo de »sangre.»

Sepamos ahora qué parte tomaron los frailes en tan terrible acontecimiento, y entiendan nuestros lectores que tomamos estos párrafos de la vida de Fernando VII, escrita por un hombre tan imparcial como entendido; dice así el mencionado escritor:

«Continuaban entre tanto en las provincias del dividido »reino las bacanales que se celebraban en obsequio de la cai»da del Gobierno representativo, y en que tanto se distinguian »los frailes más furiosos, imprimiendo calumnias y escandalo»sos libelos contra el bando proscrito. Enardecidos en las re»uniones que se celebraban en los conventos los hombres del »vulgo que vestian el uniforme realista, acometian en las ca»lles á los que habian pertenecido al ejército ó milicia nacio»nal, y en algunos puntos los afeitaban por zumba, les arran»caban á viva fuerza las patillas, el cabello, ó los paseaban

»en un asno con un cencerro pendiente del cuello, zambullén»doles la cabeza en fuentes. Y no solamente los lugares pe»queños ofrecian tan inhumanas escenas; en las ciudades, apé»nas anochecia, y á veces á la luz del sol, apaleaban los vo»luntarios realistas á los infelices ciudadanos que no profesa»ban sus ideas, perdiendo algunos la vida de resultas de tan»ta barbarie. Las autoridades, hijas de la reaccion, miraban »con desprecio el ultraje hecho á las leyes, y parecíales un »acto de justicia, un desahogo inocente en retorno de los ex»cesos cometidos por los pasados anarquistas; y si el ultraja»do se querellaba á los tribunales, todos huian de declarar »el hecho que habian presenciado, y reputado por falso dela»tor de los amantes del rey, veíase todavía encarcelado y mul»tado.»

Nuestros lectores habrán oido tambien decir algo á sus padres sobre la terrible sociedad llamada *El Angel exterminador*, y nosotros vamos á añadir dos parrafitos sobre el mismo tema, pues la ocasion convida, y es preciso que los españoles vayan conociendo á sus verdaderos enemigos, hoy que vuelven de nuevo á sus trabajos de zapa, y que no son pocos los que desean verlos *tascando el freno* y encadenados.

Vean en el *ayer*, el *hoy*, y prepárense para el *mañana*, pues llegó el momento del triunfo, y si no lo aprovechan llorarán gotas de sangre cuando ya no tenga remedio.

Vamos con el parrafito sobre la sociedad llamada *El Angel exterminador*. Dice así:

«La Junta apostólica, la cual tenía su cabeza en Roma, »habia extendido por España sus misteriosas sociedades secre»tas con el título del *Angel exterminador* y otras denominacio»nes, cuyas sociedades, concretándose en los pasados años á »los jefes del realismo, derramábanse ahora por toda la monar»quía, inscribiendo en un libro negro á los voluntarios realistas »de más subido temple. Dirigidas por el ex-regente obispo de »Osma, que presidia entónces el centro madrileño, y en algu»nas provincias por prelados diocesanos, dignidades eclesiásti»cas ó generales de la fe; sostenidas por la fuerza de los prole-

»tarios, por los numerosos conventos de frailes convertidos en »otros tantos puntos de reunion, y contando con el apoyo del »ejército faccioso, no disuelto todavía, eran un poder formida- »ble, que amenazaba al mismo monarca si rehuia sus desig- »nios. Sus creadores habíanse propuesto sustituir á la influen- »cia popular de los gobiernos representativos un influjo tam- »bien destructor, pero subordinado á la voluntad del clero, que »tenía sus riendas, y con esta soberanía de hecho consumar »una revolucion sangrienta que acabase con todos los españo- »les que no participasen de sus ideas. Sus medios eran el púl- »pito y el confesonario, predicando el fanatismo, el terror y »la inclemencia, y sus discípulos llenaron tan cumplidamente »el encargo, que el Gobernador eclesiástico de la diócesis de »Barcelona, escandalizado de tanto cinismo y osadía, se vió obli- »gado á decir lo siguiente al clero en su circular de 25 de No- »viembre, no obstante los peligros de la atribulada época en »que escribia: «Se ha profanado la cátedra del Espíritu Santo »con expresiones bajas, excitando al odio y á la venganza.»

A pesar de los supremos esfuerzos hechos por el partido reaccionario y clerical, por el fanatismo, la sotana y el hábito, no habian logrado establecer el terrible Oficio de la Inquisicion. Ahorcaron á Riego y á muchos otros liberales; asesinaron bastantes; llenaron los calabozos de presos, el extranjero de proscritos, y dieron sendas palizas; pero á la influencia de allende hubo de repugnarle el establecimiento de la Inquisicion, despues de tanta iniquidad como veia en nuestra desolada patria, y se opuso tan abiertamente, que no lograron el fanatismo y la estupidez lucir de nuevo el estandarte y la venera inquisitoriales.

Pero á pesar de la oposicion que hallaban en el trono, en la influencia extranjera y en algunos, aunque pocos magnates, se crearon en muchas capitales juntas llamadas de la Fe, compuestas de la parte de clero más intolerante y fanático, auxiliadas por lo más recalcitrante del realismo, las cuales cometieron nefandos abusos y hasta crímenes en nombre de la religion católica.

Vamos á relatar un hecho que ha de erizar los pelos de nuestros suscritores. Aun cuando no habia Inquisicion, se mataba á su nombre y de la manera cruel é inhumana, feroz é injusta que aquella lo hacía, y en prueba de ello verá el público el último caso semi-inquisitorial de España, ocurrido el dia 31 de Julio de 1826.

Es como sigue:

«Habia en los contornos de Valencia un maestro de escue»la, llamado Antonio Ripoll, natural de Cataluña, quien, embe»bido en la lectura de los filósofos antiguos, profesaba suma »admiracion al Dios creador del universo, pero no miraba »con igual veneracion los demás misterios del cristianismo. »Delatado á la Junta de la Fe, procedióse á su arresto, el que »no esquivó, porque su conciencia tranquila no le acusaba ni »de una palabra: en efecto, era un ejemplo de virtud por su »humanidad y desprendimiento, llegando al extremo de vivir »medio desnudo y hambriento por repartir entre los pobres el »extipendio con que sus discípulos recompensaban sus afanes. »Las mismas virtudes siguió practicando en la cárcel, donde »si descubria un hombre más necesitado que él, le daba hasta la »miserable sopa que le suministraba el carcelero, y desnudá»base su vestido para cubrir las carnes del que perecia de frio. »Su dulzura, su sinceridad, su amor al género humano, atraían»le el corazon de los presos: decia que más valia morir mil »veces que mentir, y los verdugos de la Junta de la Fe nunca »lograron con sus amenazas que faltase á la verdad al hablar »de sus opiniones religiosas. Sus amigos, con las lágrimas en »los ojos, le rogaron que confesase los misterios cristianos para »librarse siquiera de las garras del Santo Oficio.—«Yo no mien»to en presencia de Dios,»—fué su única y constante respuesta. »Traslucíase cierto enardecimiento mental en sus discursos, »cierto fervor que pudo ser causa de la inflexibilidad de sus prin»cipios: mas los médicos enviados por la Junta de la Fe, ins»trumentos ciegos del fanatismo, no fijaron su atencion en »cosa alguna, y declararon contra el reo. «Confesó en nues»tro tribunal sus herejías, —dice el sanguinario obispo ya ci-

»tado,—y negó con pertinacia los adorables misterios de la »Santísima Trinidad, Encarnacion del Verbo, virginidad de »Nuestra Señora, y Eucaristía.» Convencida la Junta de que »Ripoll no era cristiano y de que profesaba ideas de libertad »política y religiosa, declaróle hereje contumaz, condenándo»le al último suplicio, y le relegó á la justicia ordinaria para »que se ejecutase la sentencia. La Sala del crímen de la Au»diencia de Valencia se cubrió de oprobio mandando llevar á »efecto el sangriento fallo, que sin embargo no alteró el alma »sublime del imperturbable filósofo; y sólo puso el grito en el »cielo preguntando en virtud de qué ley y con qué derecho se »proponian privarle de la dulce existencia. Los frailes más »energúmenos atronaron sus oidos en la capilla con sus voces »de reprobacion: dejábalos decir el impasible Ripoll, y bende»cia á Dios, que le habia dado un corazon generoso para amar »á sus semejantes, y no las entrañas de aquellos tigres, cuya »hartura y contentamiento de sangre no se satisfacia sino con »la destruccion de la mitad del género humano. Rabiosos y »pasmados de tanta serenidad y tanto valor, condujéronle al »cadalso el 31 de Julio de 1826, con algunas de las ceremonias »que usaba el Santo Oficio, enlutando las imágenes de la car»rera ó arrancándolas de los retablos; aplicaron una morda»za á los labios del desventurado maestro para impedirle el ha»bla, vejaron é insultaron sus agonías con improperios y ame»nazas, y despues de muerto metiéronle en un tonel pintado de »culebras y arrojáronle al rio. Dada cuenta al Gobierno de su »muerte, preguntó el Ministro qué tribunal era la Junta de la »Fe de Valencia, pues su establecimiento no estaba autorizado »por órden alguna del rey y carecia de las más mínimas fa»cultades. Indígnase el ánimo más moderado viendo que el Mi»nistro dejó impune tan público homicidio, que sus execrables »jueces no respondieron á la humanidad ultrajada de la san»gre que tan bárbaramente derramaron. La culta Europa se »horrorizó con la muerte de Ripoll; en Francia llenaron de »maldiciones á sus verdugos, y la prensa inglesa denunció al »mundo tan execrables actos. Esta fué la última llamarada

»del Santo Oficio en España y el postrer rugido de la into»lerancia religiosa.»

De este modo terminó la Inquisicion, para no volver más á un país donde tantos miles de víctimas contaba.

Decimos que no volvera más, no porque no haya quien la quiera, quien la juzgue necesaria y hasta indispensable. Nos fundamos en que esos son los ménos, y en que los más los conocen. Nos fundamos en la sensatez de la mayoría, que será capaz, en último caso, de deshacer las tramas de esos enemigos ocultos y tan hipócritas como malvados, arrojándolos en último caso, repetimos, de un país donde nacieron para mengua y escarnio de la civilizacion y del progreso universal.

Corramos un velo sobre lo mucho que sufrieron nuestros padres en los once años de absolutismo y tiranía que siguieron á la llegada á España del funestísimo duque de Angulema y comparsa, y concretémonos á compendiar los últimos dias de Jaime Alfonso el *Barbudo*, pues no tenemos espacio para otra cosa, si hemos de cumplir lo que la Biblioteca Selecta de Autores españoles ha ofrecido á sus suscritores, respecto de la poca extension de este libro.

CAPITULO XXXVIII.

Las economias.—Sobriedad de Alfonso.—El Obispo de Orihuela y su rebaño de obejas.

En la duda nuestro bandolero de quién se llevaria la victoria entre realistas y liberales, siguió mucho tiempo en el Carche y la Pila esperando.

Habia visto crecerse el partido liberal como por encanto, lo halló valiente, con fe, entusiasmo, y, á pesar del auxilio que los franceses otorgaban á los absolutistas, dudaba.

Por esa causa, la de estar cansado y el tener todavía dinero, contaba dos años, en los cuales cobró muy pocos impuestos y no hizo robo alguno de consideracion.

En cambio estableció economías entre los suyos, dando él ejemplo de sobriedad y abstinencia.

No sufrian hambre; al sentarse á la mesa habia abundancia; pero se veia mucho de arroz, patatas y frutas, que es lo más barato del país, y poco, muy poco de aves y encurtidos.

Llegó el caso, y esto es lo que más favorece á nuestro bandolero, llegó el caso, repetimos, de economizar en su persona las limosnas que seguia dando.

En sus correrías individuales no era ya aquel espléndido Alfonso que pagaba veinte por lo que valia cinco; pero nunca con más razon se le pudo llamar el generoso, pues no se llegaba á él ningun desgraciado á quien Alfonso defraudase sus esperanzas.

Veamos por el siguiente hecho el cambio sufrido en su nuevo sistema cuando se hallaba separado de sus compañeros.

Lo que vamos á relatar es tan cierto, cuanto que lo ha de leer uno de los mismos testigos oculares, suscritor á esta novela histórica.

Salió Alfonso una mañana para el Carche acompañado del *Portugués*. Se proponia hacer un reconocimiento, pues le habian dicho que algunos voluntarics realistas de Jumilla pretendian perseguirle, y dudando él de que sus dignos amigos cometieran esa accion, fué en persona á enterarse de la verdad que pudiera haber en lo que él suponia un cuento.

Salieron á las cinco y media de la mañana, y como á las ocho le preguntó el *Portugués:*

—Jaime, ¿vamos hácia Jumilla?

—Sí.

—Pues falta bastante todavía.

—Llegaremos á las once.

—Pero, hombre, ¿no hemos de almorzar hasta entónces?

—¡Qué locura! Antes tomaremos algo.

—Pues no se dónde; vamos huyendo de ventorrillos y caseríos...

—Verdad es; en los unos y los otros hay que pagar, miéntras que hallando á algunos buenos amigos sucederá lo contrario.

—¿Y si no los encontramos?

—Hace diez minutos que los estoy viendo.

—¿Dónde?

—En la sierra.

—Por ella vamos, mas no distingo á nádie.

—Mira á la izquierda. ¿Qué ves allí?

—¡Ah! Unos carboneros.

—Exactamente.

—Temo, Alfonso, que esa pobre gente tenga poco y malo.

—Nos darán lo que haya con buena voluntad, y no somos nosotros de mejor condicion que ellos. Lo que coman esos hombres podemos aceptarlo tambien.

—Adelante, chico.

Y continuaron caminando hasta llegar á un paraje donde dos hombres y un muchacho, éste vive aún, convertian la leña en carbon.

Alfonso se acercó al dueño del horno y le saludó con urbanidad, preguntándole:

—¿Tienes algo que comer?

—Jaime, poca cosa, unas tortas con las cuales se podrá hacer gazpacho.

—Pues yo te ruego nos dispongas á mi compañero y á mí algo con que desayunarnos.

—No hay inconveniente, Alfonso; siéntate por ahí, que pronto estará.

Llaman gazpacho en esa parte de España y en algunos otros puntos, á unas tortas hechas sin levadura y que cuecen con aves, conejo, carne sustanciosa, ó á falta de esto con caracoles, formando un plato tan suculento, que su único defecto consiste en ser empachoso por la demasiada crasitud que presenta. Los pastores suelen hacerlo muy bien, y más de una vez yendo de caza nos lo han presentado á nosotros, y en verdad que nos gustó mucho.

De él comieron Jaime y el *Portugués*, con sobriedad el primero y vorazmente el segundo.

Al concluir interrogó Alfonso al dueño del horno:

—¿Me das tabaco para un cigarro?

—Sí.

Le contestó aquel, y sacó un rollo de tabaco negro, el cual se fumaba comunmente en aquella comarca, y de él picó el *Barbudo* para liar un cigarrillo de papel, que en el acto encendió.

—Malo es esto, carbonero,—añadió Alfonso, saboreando el humo y echando mano á su petaca.—Toma ese puro, que te gustará más: te lo fumas á mi salud.

—Gracias, Jaime.

—Yo te las doy á ti en nombre de mi compañero y mio. Adios.

—El te guarde, Alfonso, y ten entendido que si algo poseo yo y lo necesitas, puedes contar con ello.

—Me ofrezco á lo mismo.

Y ambos desaparecieron de allí, dejando á los carboneros que continuaran trabajando.

Llegaron á las once á Jumilla, y ya dentro del pueblo averiguaron que los realistas acababan de desarmar á los milicianos, pero que no intentaban nada contra la partida de bandoleros; ántes al contrario, empezaban ya, como en otros muchos puntos, á entretenerse en cazar negros, diversion *humana* y *favorita* de esos señores que, nacidos en el pueblo, pidieron siempre cadenas para el pueblo.

Alfonso aplaudió la idea de los realistas, conversó con varios de ellos, y despues de haberse ofrecido á los jefes, marchó á casa de un amigo, persona acomodada, al cual dió otro cigarro puro, y desapareció de Jumilla alegre y satisfecho.

Por el camino decia al *Portugués*:

—Ya me figuraba yo que los realistas no se meterian conmigo; los malos para nosotros fueron siempre los *negros*.

—Claro está.

—¡Pues que vivan los realistas y fuego á los liberales!

Ambos abandonaron el Carche, dirigiéndose á Orihuela, donde durmieron aquella noche.

Dicha ciudad fué hasta hace poco uno de los pueblos más levíticos de España y en el que contó con más simpatías la causa del absolutismo. Así es que Jaime fué muy bien recibido y hasta obsequiado. Allí hubo muy poquísimos nacionales, sustituyendo á estos un inmenso batallon de realistas. Alfonso tuvo varias entrevistas con uno de los jefes, resultando de ellas la órden siguiente que dió al *Portugués:*

—Parte inmediatamente al Carche, y procura que esta noche, sea á la hora que quiera, esté aquí Amorós con toda la partida.

—¿Tendremos tiempo?

—Si vas y venis á paso de tortuga, no; pero corriendo mucho desaparecen las distancias. No te detengas.

—Volaremos.

—Hacedlo así, que importa bastante vuestra presencia en la ciudad al amanecer.

Marchó el *Portugués*, y Alfonso quedó con su mujer é hijo el resto del dia y parte de la noche.

A las cuatro de la mañana abandonó su casa, saliendo á recibir á sus bandoleros, los cuales llegaron media hora despues.

Al frente de los veintiuno se situó á la salida del pueblo, esperando allí hasta las seis y media de la mañana, que apareció un coche tirado por briosas mulas. Al verlo, mandó Alfonso formar á los lados del camino, y sombrero en mano presentaron las armas, como si dentro fuera una persona real. Luégo siguieron el carruaje á una respetable distancia, pero sin perderlo de vista.

Dentro iban el Obispo de Orihuela, su secretario, un familiar y un paje. Al cruzar por delante de los bandidos, su Ilustrísima, sin saber quiénes eran, les echó tres ó cuatro bendiciones, que ellos recibieron con la cabeza baja y en la actitud más respetuosa.

Tres minutos después exclamaba el Obispo:

—¿Quiénes serán esos hombres?

El secretario sonrió maliciosamente, contestándole:

—Una partida de bandoleros.

—¡Jesús nos valga!

—No se asuste vuestra Ilustrísima; son gente de paz y buenos cristianos.

—¡Qué estás diciendo, hombre!

—La verdad, señor.

—¿Quién te ha dicho á ti que son ladrones?

—En primer lugar, Excelentísimo señor, usan trabucos; en segundo, llevan la faldilla escocesa que distingue á nuestros bandoleros, y en tercero, he reconocido al capitan, que es Jaime Alfonso, el *Barbudo,* al cual vi en otra ocasion en casa del cura Rodriguez.

—¿Qué hacía allí?

—Concluia de confesarse é iba á la iglesia á recibir el santo Sacramento de la Eucaristía.

—¡Ese bandido confiesa y comulga!..

—Todos los meses.

—Oí decir efectivamente que impone contribuciones y que roba muy poco en los caminos.

—Así es la verdad.

—Entónces no hay motivo alguno para temerle.

—Al contrario, señor; vienen escoltándonos, y seguros estamos de que nádie nos moleste.

—¿Qué dices, hombre?

—Véalo vuestra Ilustrísima.

Y el secretario se los presentó por la ventanilla trasera.

El Obispo los fué observando cinco minutos, exclamando al concluir.

—No veo mal alguno en que vayan ahí detrás.

—Al contrario, es un bien, porque ahora nos hallamos libres de ladrones y de *negros*.

—¡Sea todo por Dios!

El Obispo de Orihuela fué uno de los que merecieron la gran cruz de Isabel la Católica por su adhesion á la persona de Fernando VII y por los eminentes servicios que prestó á la causa del rey contra los liberales en el corto período constitucional que estaba espirando. Esta circunstancia nos dice lo fanático é inquisitorial de tan excelentísimo señor.

El coche siguió adelante, los bandoleros detrás, el público descubriéndose al ver el carruaje del Obispo, y éste *largando* bendiciones á *destajo*, cada una de las cuales costaba al país cincuenta duros próximamente. Ahora son más caras, pues los obispos cobran lo mismo y bendicen mucho ménos; pero no tienen ellos la culpa, sino el pueblo, que se ha empeñado en creer que esas cruces no se parecen en nada á la del sublime Jesús, que la absolucion no tiene efecto, que para nada le sirve, y, por último, que esos señores de báculo de plata y mitra de oro no se parecen en nada á los discípulos del Reden-

tor, á los inspirados del Espíritu Santo, á los Apóstoles, los cuales, esparcidos por el mundo, predicaban el Evangelio mendigando el sustento de la vida, cubiertos de harapos y siendo modelos de humildad, mansedumbre, abnegacion y caridad, fieles imitadores, en una palabra, del Divino Maestro.

Y nosotros decimos que si el oficio es malo, no lo emprenda aquel á quien le falten valor y constancia, y se quede de seglar como nosotros; pues no hay nada tan criminal y horrible como profanar lo más santo y elevado que existe en la tierra. Y es una nefanda profanacion llamarse discípulos y representantes del humilde Jesús, los soberbios que se cubren de oro, viven en la holganza y la molicie, y á los cuales se les puede decir hoy lo que dijo Dios á los fariseos: «Vosotros decis: haced lo que yo os digo y no hagais lo que yo hago.»

Pero Dios, en su recta justicia, ha dispuesto que no sea sólo su admirable Hijo Jesús el que los conozca; tambien estos *pequeñuelos* los vamos conociendo y pagando hoy, pero mañana será otra cosa.

El carruaje proseguia su camino escoltado por una banda de malhechores, el tan excelentísimo é ilustrísimo señor continuaba *largando* bendiciones, y de aplauso en aplauso recorria su extensa diócesis, deteniéndose á almorzar y comer en puntos donde sus itinerarios le tenian preparada expléndida mesa y á dormir en blando lecho, dispuesto tambien de antemano y como conviene á persona tan elevada, jefe de canónigos y la más opulenta de la provincia. Este pastor no comia gazpachos; sus ovejas le daban la sustancia de su carne, que brotaba en el sudor de la frente.

A la tercera noche de aquel *viaje* de *recreo* se le ocurrió á S. E. preguntar al secretario, con el cual se hallaba solo en este instante:

—¿Continúa escoltándonos Jaime Alfonso?

—¡Vaya! A su vista huyen los malos, es decir, los negros y malhechores que andan por los caminos.

—¿No le habeis dado nada?

—Nosotros, Excelentísimo señor, nada disponemos sin prévio mandato de V. E.

—Es decir, que va haciendo un gasto inmenso por causa nuestra.

—Así es la verdad, Ilustrísimo señor.

—¿Y dónde duermen?

—En las calles circunvecinas de nuestro alojamiento. Nos guardan de dia y de noche.

—Eso es muy meritorio.

—Si es un bendito el tal Alfonso.

—Mira, quiero conocerlo, hablar con él.

—Al momento, señor; no estará léjos de aquí.

—Pues que le avisen. Y miéntras yo esté con él, que no me interrumpa nádie, ni autoridad eclesiástica ni civil.

—Excelencia, muy bien.

—Contigo no reza la órden; comunicas mi mandato y te quedas junto á mí.

—No era necesario, pero V. I. será, como siempre, servido.

¿Qué diferencia habria entre estos hombres y los bracmanes y sus párias? Ninguna; pero van bajando de tal modo los unos y subiendo los otros, que estamos á punto de igualarnos. No se tardará en que desaparezcan los hijos del diablo y quedemos únicamente hijos de Dios con los mismos derechos y sin ninguna irritante preeminencia.

No vayan á creer nuestros lectores que exajeramos respecto de la conducta del Obispo y Jaime en la intencionada é impolítica revista que el pastor pasa á sus humildes ovejas; como si dijéramos, á los párias, ilotas ó sudras. Son escenas completamente históricas, y de cuya verdad tenemos datos y cuantas noticias hemos necesitado para convencernos de su exactitud hasta la saciedad.

Alfonso se presentó en el salon donde se hallaba sentado S. E., é inclinando una rodilla, besó su anillo episcopal.

—No me levantaré de aquí,—dijo al caer de hinojos,—sin haber recibido ántes la santa bendicion de V. I.

—Pues allá va, hijo.

Y se la echó, miéntras Jaime se santiguaba con el mayor recogimiento.

Esta bendicion, recibida de mano del Obispo de Orihuela por el bandolero Alfonso, nos recuerda otra, más célebre aún, y cuya anécdota vamos á referir á nuestros lectores, con permiso de los neos, fanáticos é inquisitoriales, que aunque pocos, todavía quedan algunos, para vergüenza de ellos y desdoro de España.

Cuentan que siglos atrás se asomó al balcon en el dia de San Pedro un Papa, que tenía gran talento, recien elevado á tan alta dignidad, y el cual quedó sorprendido al contemplar en la plaza del Apostol más de doscientos mil peregrinos, que se apiñaban ansiosos de recibir la bendicion que el Pontífice echa en igual dia de todos los años al que se toma la molestia de ir allí á recogerla.

—¡Jesús!

Exclamó el Papa viendo tantos bordones, hule y conchas de peregrinos. Y volviéndose á su secretario de Estado, que era tambien hombre de gran seso, le preguntó cada vez más admirado:

—¿Sabes tú de qué vive tanta gente?

Sin vacilar le contestó el interrogado:

—En su mayoría, cási en la totalidad, de engañar, Santísimo Padre.

—¡Ah, ignorantes!—dijo el Papa.—Vengo en este instante á la exigua minoría.

Y les echó la bendicion.

No dicen los crónicas quién era el Pontífice; pero por sus frases se parece más á Pio V que á Alejandro VI.

Volvamos á Jaime.

Se presentó aquel al señor Obispo sin armas, sombrero y en una actitud tan respetuosa como digna. A las pocas frases que hablaron mandó salir S. I. al Secretario, quedando encerrado sólo con el *Barbudo*.

Una hora permanecieron hablando, sin que se sepa la

cuestion ó cuestiones de que trataron, y sólo se pudo averiguar, que en el acto ofició el Obispo á la Autoridad civil de Murcia, mandando un propio con el pliego, en cuyo sobre se leia la frase «*Urgente.*»

Al dia inmediato continuó el Obispo su viaje. Al llegar á un sitio del camino en que no transitaba nádie por él, mandó parar S. E. el carruaje, y echando pié á tierra, exclamó:

—No os movais; siga el coche despacio, que quiero andar un poco sin que ninguno me acompañeis.

Y se quedó detrás del vehículo, caminando muy despacio.

A los dos minutos se incorporó Jaime, y sombrero en mano, le preguntó:

—¿Continúa bien, mi respetable señor?

—Hola, Alfonso, buenos dias. Estoy bien. ¿Y tú?

—Yo seré dichoso si V. E. me da su mano.

—Besa y contesta: ¿Qué has hecho?

—Todo lo que me mandó V. E.

—¿Qué dice tu gente?

—Desean vivamente obedecer á V. I., y se tendrán por muy felices si logran complacerle.

—Es decir que aceptan el indulto.

—Claro está.

—Y limpiarán la provincia de esa *polilla*...

—Si yo lo tomo con empeño, no queda un *negro* en toda la comarca.

—¡Son tan malos, tan impíos!

—Ya lo se, Ilmo. Sr., bien me han hecho sufrir.

—Tú conoces el terreno y todas las guaridas...

—¡Jesús! Por dedos, y no hay rincon donde yo no haya estado escondido alguna vez.

—Dicen que cuentas con buenos espías.

—¡Qué gente, admirable señor! En disimulo y habilidad no les aventaja el reverendo más diestro.

—¿Muchos?

—¡María Santísima! Exceden á nuestros deseos.

—¿Tienen buenas ideas?

—Realistas furibundos y probados desde que tenian uso de razon.

—¿Me juras limpiar como yo deseo, como conviene esta comarca?

—Se lo juro á V. E., y ha de quedar más que satisfecho de mí.

—Cuenta con el indulto para todos. Y ahora, hijo, recibe mi bendicion.

Jaime bajó la cabeza, el Obispo le echó aquella, y despues de besar su mano se volvió á poner al frente de la partida, en tanto que su Ilustrísima subió de nuevo al carruaje para continuar la marcha.

En el primer pueblo que se detuvieron recibió el prelado la contestacion de la autoridad civil de Murcia, é inmediatamente dictó á su Secretario un largo escrito, en el cual pedia el indulto de Jaime y de todos los indivíduos de su partida como cosa urgente, necesaria, indispensable.

Cuando hubo terminado lo firmó y selló, mandándolo con uno de los dos correos que le servian de itinerarios.

Luégo hizo entrar á Jaime, y le dijo:

—Desde este momento os amparo y protejo; no hagais nada sin mi permiso, y que vuestro lenguaje y conducta sean dignas del apoyo que ya os otorgo.

—Muy bien, señor.

—Es preciso que os olvideis hasta de que fuisteis bandoleros.

—Eso deseamos.

—Si os faltan recursos, me los pides.

—Gracias, Excelentísimo señor; por ahora tenemos bastantes.

—Retírate.

Y el Obispo prosiguió aquel delicioso viaje, en el cual era recibido por los pueblos con repique de campanas, colgaduras, y por la noche iluminando los balcones y ventanas.

Aquel paseo por la diócesis fue una ovacion continuada. Al pastor le dolia el brazo de echar bendiciones, y la lengua

á las ovejas de tanto vitorear. La ignorancia de nuestro pueblo se igualaba entónces á su valor y candidez.

Este obispo tiene una historia terrible, que callamos porque ha muerto ya y por la clase á que perteneció.

Terminada la excursion por toda la diócesis, se volvió el prelado á Orihuela. Cási á las puertas de la ciudad acercóse Jaime á una de las ventanillas del carruaje, y el Obispo mandó parar, preguntándole:

—¿Qué ocurre, Alfonso?

—Excelentísimo Señor, ha concluido mi mision de guardar y defender la muy noble persona de V. E., y le pido permiso para retirarme.

—¿Adónde vas?

—Donde V. I. me mande.

—Tú, ¿habias pensado algo?

—Si le parece bien, me marcharé al monte, lo más cerca posible de Orihuela, y en él esperaré sus órdenes.

—No; entras en la ciudad y te alojas en una posada, que nádie se meterá contigo. ¿Qué te parece?

—Muy bien, señor.

—¿Me respondes de tu conducta y de la de tus compañeros?

—Llevamos más de dos años sin haber faltado á nádie, en cuyo período me entretuve en hacer obras de caridad. Y si esto sucedió cuando no tenía que dar cuenta á los hombres de mis acciones, hoy que V. E. me patrocina, hoy que me ve mi dueño y señor...

—Basta, Alfonso. Entra en una posada y aguarda en ella el indulto.

—Vuestra mano, generoso señor.

El *Barbudo* tornó á besarle el anillo, el coche entró en el palacio episcopal, y los bandoleros en una posada de la calle del Rio.

Jaime alojó á su gente en los dos cuartos más grandes que tenía el establecimiento, mandó depositar las armas en una alcoba, dejó centinela, y despues de encargar repetidas veces á los suyos que no salieran y hablasen con la mayor com-

postura y comedimiento, entregó al posadero mil reales adelantados, mandándole que dispusiera tres comidas diarias, modestas, pero abundantes.

De este modo esperó la concesion y llegada del indulto.

Su conducta fué inmejorable, segun afirman, durante ese período; era visitado por todos sus amigos y por muchos conocidos, á los que recibió sin armas ni aparato alguno de defensa. Hablaba con ellos, contestando á todas sus preguntas que no se referian á su permanencia en Orihuela, y cuando algo le decian sobre ese extremo, escusaba la réplica, variando al punto de conversacion.

Por último, el Obispo, su protector, no tuvo una sola queja con que sonrojar á nuestro audaz bandolero.

CAPITULO XXXIX.

Indulto.—Jaime persiguiendo negros.—Sitio de Cartagena.

ALFONSO salia por la noche para tomar las órdenes de S. I. Luégo pasaba dos horas hablando con su mujer é hijo, y se retiraba entre sus compañeros, muy embozado siempre y sin hacer alarde de la proteccion que le concedia el Obispo.

Durante el dia sólo hablaba con los suyos y con los pobres que llegaban á la posada, á todos los cuales socorria sin excepcion.

Por fin una noche, al abandonar la casa de su esposa, le salió al encuentro un embozado, preguntándole:

—¿Eres Jaime Alfonso?

El *Barbudo* se descubrió el rostro, contestándole:

—Sí, señor. ¿Y usted, caballero?

El otro se bajó el embozo, y Jaime exclamó:

—¡Ah! El amigo íntimo de S. E., el comandante de los...

—¡Silencio!

—¿Le manda á V?..

—Claro está.

—¿Hay alguna noticia?

—Importante.

—Debe ser muy reciente.

—Acaba de llegar.



C. Mugica, dibº y litº. Lit. de J. Donon. Madrid.

—Mañana te entregaré el indulto.

—Pues mañana obedeceré al rey

—Pues estoy á sus órdenes.

—Mañana te entregaré el indulto.

—Pues mañana obedeceré al rey.

—Vino con algunas condiciones, y me manda S. E. para que te las participe y me digas si las aceptas ó no.

—Sepamos.

—Partirás conmigo á Murcia, quedando á las órdenes de Don Rafael de Garfías, Corregidor é Intendente de la provincia.

—No hay inconveniente.

—Te han de seguir todos ó aquellos que tú elijas de los de tu partida. Recibireis un diario, se os acuartelará como á tropa, obedeciendo ciegamente...

—Está bien.

—Si alguno ó algunos de vosotros volviérais á robar, será ahorcado en cuanto se le pruebe lo más pequeño.

—Es muy justo.

—Hasta aquí las condiciones del indulto. Quiere además S. E., y deseamos todos, que nos limpieis la comarca de negros.

—Eso es lo primero en que convinimos, y ofrezco solemnemente que no ha de quedar uno.

—Pues hemos concluido. Mañana á las ocho en el palacio episcopal.

—Hasta mañana, caballero.

Y ambos se retiraron, entrando Alfonso en la posada.

Eran las diez de la noche, pero todos le esperaban en su cuarto.

—Cerrad esa puerta,—dijo entrando,—y acercadse á mí. Hemos sido indultados.

—¿Todos?

—Los veintidos.

Alfonso les dijo las condíciones, añadiendo:

—Ea, muchachos, el que quiera puede irse mañana á su casa, que yo con diez ó doce tengo bastante para prestar al rey los servicios que se me piden.

Esto dió lugar á un murmullo continuado, pues unos de-

seaban seguir á Alfonso á Murcia, y otros, cansados de aquella vida azarosa, prefirieron retirarse al seno de sus familias.

Jaime oyó todas las opiniones, resultando que su hermano, Amorós, el *Portugués* y nueve más preferian ir á Murcia; cinco de los restantes no aceptaron la proposicion, y cuatro vacilaban. A los nueve últimos les dijo Alfonso:

—Vosotros os vais á vuestras casas. Trabajad en lo sucesivo y sed hombres de bien. Os regalamos á los nueve las armas, ropas y cuanto tenemos en la sierra; y ahí va además media onza para cada uno. En cuanto á vosotros doce, os venis á servir al rey, ínterin necesite de nosotros. Tomad cada uno diez y seis duros, y puesto que desde mañana dispondreis de un diario suficiente á cubrir todas las necesidades de la vida, arreglaos en lo sucesivo con él. Ya sabeis los veintiuno las condiciones del indulto: se nos perdonan todos nuestros delitos y faltas; pero en el momento que nos cojan *infraganti* ó nos prueben que hemos delinquido, nos ahorcan sin formacion de causa. Ahora estaremos todos vigilados por la autoridad, y es preciso una conducta irreprensible, pues lo que en otro se juzgaria una falta, en nosotros será crímen.

Alfonso continuó exhortándoles hasta las doce de la noche en que se retiraron á descansar. En cuanto amaneció se pusieron en pié, llamando á varios sastres, los cuales se encargaron de hacerles trajes á los trece que iban á Murcia.

A la hora convenida se presentó Alfonso en el palacio episcopal, donde le entregaron los indultos, dándole á la vez instrucciones y consejos.

La autoridad de Orihuela mandó traslado á la de Murcia y á las de todos los pueblos de aquella comarca.

Por último, no pudiendo disponer Jaime de los trajes encargados, hasta el dia siguiente á las nueve, convino con el caballero que debia llevarlo á Murcia en que su salida se verificaria á las diez.

El resto del dia lo ocupó Alfonso en despedir á los nueve compañeros que se le marchaban y en visitar á todos los amigos y conocidos que tenía en la ciudad.

Sus doce subordinados habian recibido órden de andar por donde quisieran, y se esparcieron por el pueblo, llamando la atencion del público y siendo objeto de la curiosidad, como asimismo interrogados á cada paso por cuantos les conocian.

Por la noche durmieron los doce en la posada, y Jaime con su mujer é hijo.

Por la mañana se despidió de ambos, dejándoles cien duros. Luégo vió al marqués del Rafal y á algunos otros caballeros, á todos los cuales les recomendó velasen por su esposa y heredero.

Se retiró á la posada, cambiando su traje de bandido por un calzon corto con chaleco y chaqueta todo de pana. Lucia en las tres prendas sobre doscientos botones de plata, los que al andar hacian un ruido que le era muy agradable á nuestro ex-bandolero, ascendido á jefe realista.

Mandó á los doce que debian seguirle, los cuales usaban un traje parecido al suyo si bien con mucho ménos lujo, que esperasen en la puerta llamada indistintamente de San Francisco y de Capuchinos. Y él, despues de pagar al posadero y á los sastres, marchó al palacio episcopal. Allí recibió las últimas instrucciones y postrer bendicion del prelado oriholano, montando, con el caballero que debia acompañarle á Murcia, en una tartana que esperaba á la puerta.

De este modo atravesaron la ciudad, incorporándoseles al salir José Alfonso, Amorós, el *Portugués* y los nueve restantes, los cuales siguieron á pié á derecha é izquierda de la tartana.

Con el traje que hemos descrito, llevaban sombrero del país, manta, media blanca con alpargata, canana, é iban armados con cuchillo y carabina.

Cuatro horas despues llegaron á Murcia, donde los recibió el Corregidor con bastante amabilidad.

Les dieron para habitar un cuartel abandonado y muy viejo, que existia en la plaza de Santa Eulalia, y desde el dia siguiente se dedicaron con incansable afan á perseguir á los

liberales que andaban errantes y fugitivos por la provincia, huyendo de la ferocidad de los realistas.

En relacion Alfonso con los hombres más fanáticos del absolutismo, é inoculadas en él las ideas de aquellos, desplegó una energía horrible en su nuevo y cruel oficio.

Miéntras fué bandido logró hacerse querer de muchos y hasta admirar de algunos por su generosidad, valor, destreza y humanidad; ahora le aborrecian cási todos, llamándole tigre, y sólo unos pocos le miraban con esa consideracion que se concede á un instrumento ciego y malo, pero indispensable á los perversos.

Toda la provincia de Murcia habia proclamado las cadenas y el absolutismo, á excepcion de Cartagena, en cuyos muros y castillos, erizados de cañones, lucía aún el pendon de la libertad.

Acudieron á Murcia fuerzas respetables para sitiar á Cartagena, en su mayoría franceses; declararon la provincia en estado excepcional, y los realistas disputaban á los soldados franceses y españoles su amor al rey, á la religion y á las cadenas, persiguiendo y atropellando á los liberales. Murcia fué uno de los pueblos que más se significó desde el año 24, presentando la division del partido absolutista. Allí como en Madrid y otros puntos apareció un grupo inquisitorial, fanático, cruel, grupo que recibia las inspiraciones de la sociedad *El Angel exterminador;* y otro, absolutista tambien, pero más templado, humano y transigente. A los hombres que componian éste, se les llamaba absolutistas ilustrados.

En los primeros meses triunfaron en Murcia los de *El Angel exterminador*, y era frecuente ver á un fraile que desde el púlpito, en medio de la plaza pública y ante una muchedumbre inmensa, presentaba con una mano á Jesús Crucificado y el puñal en la otra, excitando con frases buscadas el odio, la ira y el encono de los fanáticos contra los liberales, que ya huian perseguidos crudamente por los muchos instrumentos de la más estúpida y feroz de las reacciones.

—¡Matadlos,—gritaban con voz de trueno los de la cogu-

lla, el Cristo y el puñal,—exterminadlos á ellos, á sus hijos y descendientes! La mala semilla no debe fructificar en este país; acabad con ella, leales vasallos; la muerte, la sangre y la destruccion envuelvan y aniquilen á esa raza maldita!

Todavía nuestros padres recuerdan con horror los discursos de aquellos tribunos de hábito y capucha, asegurando que con sus estudiadas frases precipitaban á los realistas, hasta formar de ellos bandas de tigres cuya inhumanidad horroriza.

Jaime Alfonso fué el principal instrumento de esa cruel falange, y acabó por excitar el odio y desprecio en los más, siendo así que en este pueblo noble y generoso se quedaron siempre en minoría los perversos.

Ya no recordaba nádie la humanidad, valor y generosidad que un tiempo demostró el *Barbudo;* ahora veian en él un terrible malhechor, convertido en mercenario instrumento de la barbarie.

Los franceses y la tropa realista, unida á ellos, contemplaron con ira los hechos de Alfonso y del grupo que lo dirigia, y se quejaron al general Don Toribio Montes, que mandaba las fuerzas allí reunidas como comandante general de la provincia, de los excesos y punibles delitos que presenciaban; pero como no era el Corregidor é intendente Garfías el autor de aquello, sino la sociedad *El Angel exterminador*, residente en Orihuela y Murcia, y entre cuyos jefes habia algun obispo, canónigos, frailes y realistas de los más furibundos, la autoridad militar vaciló, pues nada podia hacer contra un partido que dominaba la situacion con su gran influencia y poder oculto y moral.

Montes, que era un militar pundonoroso y que nada tuvo de cobarde, sentia vivamente que en la provincia donde él mandaba se cometieran crímenes tan atroces. Y como diariamente recibia quejas y súplicas de los jefes del ejército francés y español, trató de hacer algo, y claro es que su mirada se fijó principalmente en Jaime y doce ex-bandoleros, vendidos á la sociedad *El Angel exterminador* en Orihuela, é instrumentos ciegos seguidamente de la misma en Murcia.

Con decir que el mismo Fernando VII temia y odiaba á ese nuevo y terrible partido absolutista, comprenderán nuestros lectores lo que era y suponia, pues nosotros no hallamos frases con que describir á aquellos *Nerones*.

Decidido el general Don Toribio, según acabamos de decir, á hacer algo, mandó llamar á Jaime Alfonso, y ocultando su verdadero pensamiento, le preguntó:

—¿Tú sirves al rey ó á quién?

—Yo,—contestó con resolucion el *Barbudo*,—defiendo la causa de S. M., que para eso me indultaron.

—Declarada la provincia en estado de sitio,—añadió el general,—la causa del rey tiene un solo jefe, y ese soy yo.

—Reconozco la autoridad de V. E., y en cuanto acabe de perseguir á los *negros*, en cuanto no quede uno, me pondré á sus órdenes.

—Pues qué, Jaime, ¿no soy yo enemigo de nuestros contrarios?

—Supongo que sí.

—¿Hay alguna otra autoridad en Murcia en quien yo haya delegado mi poder absoluto?

—Hay, Excmo. Sr., realistas á toda prueba, hombres de corazon leal, que trabajan con celo incansable por el exterminio de nuestros enemigos; y con ellos y por ellos estoy ocupado dia y noche...

—No continúes; en matar, prender y castigar á gente que huye, con los cuales se ha capitulado y los ampara la ley.

—Yo no entiendo de eso. S. I...

—Basta; ya estoy cansado de oir quejarse con razon á los jefes y oficiales de S. M., á los jefes y oficiales del ejército francés. Yo solo mando en la provincia, y juro á Dios que te mando fusilar en el momento que me desobedezcas.

—¿Para eso me han indultado?

—¿Te indultaron acaso para que de ladron descendieras á asesino?

—Se me entregó con condiciones...

—¡Mientes! Ayer pedí al Corregidor copia de tu indulto,

del cual no se me dió traslado, y no hallé nada en él que autorice lo que estás haciendo.

—Bien, pero privadamente Su Ilustrísima...

—Yo nada tengo que ver con eso; los enemigos del rey no están en esos rincones de la ciudad, de la huerta y de la sierra en que tú los buscas; se hallan en Cartagena; en los muros de esa ciudad ondea aún la bandera de los liberales; allí vas á ir á buscar *negros*; allí, que son leones; no aquí, que te se presentan como corderos. Te voy á hacer el inmerecido honor de incorporarte al ejército, y partes con tu gente á Cartagena; de lo contrario, como fuerza armada que me desobedece, os trataré cual rebeldes, y cuenta que os fusilo en el acto á los trece.

—Yo no puedo...

—¡Basta! Sal de aquí, y encomienda tu alma á Dios si no te inclinas ante mi órden.

Jaime desapareció, y dando cuenta á la Junta de la Fe de lo que acababa de sucederle, sonrieron los de *El Angel exterminador*, diciéndole:

—Nada temas, que podemos nosotros más que el genera Montes; sigue obedeciéndonos, y cuenta con nuestro apoyo y proteccion.

—¿Pero y si me fusila ese hombre?

—Si tal intentara, moriria él ántes.

—Yo debo á S. I. mi indulto, muchas otras cosas, y estoy en el caso de inclinarme ante ustedes, que lo representan aquí. ¿Qué hago?

Y Alfonso continuó desempeñando su papel de instrumento ciego.

El general Montes, con objeto de acallar las quejas que recibia del ejército, contó su entrevista con el ex-bandolero, su determinacion y órden que concluia de dar á aquél.

Esto fué orígen de que, sabiendo los franceses que Jaime continuaba persiguiendo á los liberales de la manera inhumana que lo habia hecho anteriormente, lo prendieran é intentasen fusilarlo.

El Comandante general tuvo noticias del hecho, y quiso marchar de la ciudad para que los franceses llevaran á cabo su deseo sin incurrir él en responsabilidad alguna; pero al montar en el carruaje se vió rodeado de los jefes de *El Angel exterminador*, personajes todos eclesiásticos y seglares de gran influencia y poder.

Montes cuestionó largo tiempo con ellos, hubo terribles amenazas de una parte y de otra, hasta que el jefe de aquella sociedad secreta enseñó un documento al general, ante cuyo contenido se asustó Montes. Combino, pues, en salvar la vida de Alfonso, pero con la condicion de que habia de partir aquella misma tarde al sitio de Cartagena.

Los protectores de Jaime, comprendiendo que el cerco de la plaza habia de durar muy poco, accedieron, y de este modo se realizó la transaccion y el *Barbudo* fue puesto en libertad.

Los de *El Angel exterminador* pensaban en estos momentos utilizar los servicios de Jaime en cuanto acabara el sitio, obligándole á que no descansara ínterin quedase un liberal ó tibio en la provincia; y el general Montes formaba á la vez la invariable decision de ahorcar á Jaime en cuanto tuviera ocasion.

Los horribles atentados de *El Angel exterminador* y la lucha entre los dos partidos absolutistas, debia necesariamente producir una víctima; el *último mono*, y como éste era Alfonso, se levantaba ya moralmente el patíbulo donde debia espirar.

Por el pronto fué al sitio de Cartagena, donde él y los suyos demostraron valor. La plaza resistió cuanto pudo, pero viendo sus bravos defensores que se quedaban solos en España, capitularon, ausentándose unos, y otros quedaron bajo la salvaguardia de un convenio que los realistas no cumplieron nunca. ¡Infelices de los que se fiaron de palabras, juramentos, convenios ú ofertas de los tiranos!

Nos falta espacio y debemos abreviar.

Jaime regresó á Murcia. La ciudad seguia en estado excepcional, y al presentarse Alfonso á Montes recibió la órden

de ir á verle todas las noches para darle cuenta de lo que practicaba durante el dia.

El *Barbudo* le obedeció, y todavía recuerdan los murcianos haberle visto y oido pasar por las mismas calles y á idéntica hora todas las noches.

Seguia usando el traje negro de pana con sus doscientos gruesos botones de plata; andaba con marcialidad, y el acompasado ruido que producia el choque de sus broches llamaba la atencion, hasta el punto de asomar los curiosos la nariz por los entreabiertos balcones ó ventanas para verlo cruzar en la forma expuesta.

Todos convienen en que su estatura era regular; un poco grueso; ancho de hombros; musculatura rígida; grave, ensimismado por lo comun; su mirada fija y penetrante, moreno, muy agraciado y simpático cuando estaba alegre.

Hacía poco que acababa de cumplir los cuarenta años.

CAPITULO XL.

Consecuencias de la ociosidad.—Supuesto robo.—Prision de Jaime y de sus compañeros.—Se fugan todos, ménos el capitan.—Sentencia de muerte.—Ejecucion.

Los liberales de Murcia desaparecieron cási en su totalidad; tal era la horrible persecucion de que fueron víctimas. Los pocos que quedaron, pobres artesanos sin medio alguno que les facilitase la fuga, se ocultaban de dia, saliendo los más míseros de noche á implorar la caridad pública. Ni áun á estos infortunados é inofensivos mendicantes perdonaba *El Angel exterminador*. De su prision y aniquilamiento encargaron á Alfonso, que aceptó gustoso; pero en verdad que tan infame tarea le ocupaba poco.

La ociosidad le pidió sus naturales efectos, y teniendo Alfonso aversion á las bebidas y al juego, se entregó al feo y asqueroso vicio de la crápula, ocupando algunas horas todas las noches entre rameras de lo más hediondo de la sociedad.

Montes supo que Jaime continuaba persiguiendo á infelices liberales, tan pobres y tan desgraciados que excitaron su caridad, aumentando considerablemente el deseo de vengarse de Alfonso y de los *demonios exterminadores*, mal llamados ángeles.

Temió luchar frente á frente con el poderoso partido que se extendia por toda España y cada vez ganaba más terreno,

en cuyo caso pensó hacer uso de una maldad para castigar otra. Se valió de un asesinato para dar fin del asesino. Al fin era realista tambien.

Uno de los jefes liberales de Murcia, emigrado á la sazon y residente en Lóndres, lo era el vizconde de Huertas, senador despues y liberal siempre. Con algunos criados de dicho señor se entendió el general Montes, de lo cual resultó un parte en que los dependientes del vizconde de Huertas decian á la autoridad que Jaime Alfonso el *Barbudo* y los doce hombres que le obedecian, se habian presentado en una posesion del vizconde, sita entre Cartagena y Murcia, confiscada ahora por el Gobierno, y que habian robado á mano armada varias mulas.

El general, única autoridad de la provincia, á consecuencia de la ley marcial, decretó en silencio la prision de los trece, y cuando los de *El Angel exterminador* se apercibieron, ya estaba cada cual incomunicado y sujeto con cadena y grillos en un calabozo.

No era tarde para aquellos hombres, cuyos ocultos manejos é ilimitado poder crecian por momentos. Sonrieron al saber la noticia y acordaron salvarlos.

No hemos podido averiguar si ellos descubrieron ó no la intriga de Montes, porque este salvó por el pronto todas las apariencias, el consejo que debia juzgar á los bandoleros se compuso de hombres que le obedecian ciegamente, y la sumaria se terminó con la brevedad que lo hacen los consejos de guerra, antítesis en el modo de instruir expedientes de nuestros tribunales civiles, entre los cuales debe imperar el poder de la eternidad.

Creemos, sin embargo, que los *exterminadores* no se apercibieron de la intriga de Montes; porque la verdad es que sólo se averiguó mucho despues por conjeturas verosímiles.

Pero á aquellos *deliciosos* ángeles del *exterminio* les importaba muy poco un robo más ó ménos en Alfonso, y á la siguiente noche se abrieron como por encanto los calabozos, los grillos y cadenas rodaron por el suelo, y Amorós, José Alfonso,

el *Portugués* y nueve compañeros restantes salieron por diferentes sitios para reunirse los doce en el Carche.

¿Por qué no se escapaba Alfonso? ¿Por qué quedó cási en las gradas del patíbulo? Se lo estaba él diciendo muchos años há, y se cumplió su vaticinio.

—¡Las mujeres me han de perder!

Exclamaba, y las mujeres lo llevaron á la horca.

Pero ¡qué mujeres, santo cielo! En todas partes suele ser la ramera una desgraciada sin pudor, vergüenza y educacion; pero en Murcia fueron hasta hace poco lo más corrompido y antipático, lo más grosero y abyecto que es posible imaginar. No conocia Jaime las grandes poblaciones, no pudo distinguir, y al explotar su bolsillo la prostitucion le inocularon una enfermedad sifilítica que lo inutilizó para todo.

La humedad del calabozo y su propio abandono desarrollaron el mal, y es lo cierto que cuando los agentes de sus amigos abrieron su mazmorra, estaba tendido, con fiebre é imposibilitado para andar. En tal estado lo volvieron á encerrar, con objeto de dar cuenta á la Junta, y que ésta determinase lo que tuviera por conveniente.

Pero no le dió tiempo Montes. Sabedor de la fuga de los bandidos, que acababa de tener lugar, se presentó en la cárcel, reprendiendo duramente á los que habian faltado á su deber de un modo tan insolente. En el acto cambió la guardia, poniendo hombres de su absoluta confianza, los cuales era muy difícil, si no imposible, que dejasen escapar al reo.

No contento con esto reunió el consejo, les contó lo que acababa de ocurrir, y participando todos los indivíduos que lo componian del enojo y antipatía que les inspiraba aquel poder oculto y misterioso, ante el cual las autoridades legítimas veian ilusorio el suyo, fuera de sí y despechados, sentenciaron á muerte á Jaime, le leyeron la condena, y fué puesto en capilla. En todo esto tardaron escasamente dos horas.

Alfonso comprendió la causa de aquella brevedad, de aquella terrible energía. Montes se vengaba de sus amigos ó protectores, sacrificándolo con un asesinato jurídico. El *Barbu-*

do merecia la muerte, pero no por el delito supuesto ni del modo fatal que se le imponia. Y era lo peor, que le devoraba ardiente fiebre, apénas podia sostenerse en pié, impidiéndole estas terribles circunstancias morir con el valor que tenía, con el que demostró siempre.

Ya en la capilla se confesó dos veces, pidiendo el Sacramento de la Eucaristía, que recibió fervoroso y contrito.

Inspiraba lástima su estado, y los indivíduos de la Junta de la Fe quisieron hacer el último esfuerzo por salvar su vida, pues hasta los de la Paz y Caridad les obedecian ciegamente; pero todos sus esfuerzos se estrellaron ante la grave enfermedad de Alfonso, la cual aumentaba por momentos.

Convencido él de esta verdad, dijo al fraile que le acompañaba:

—Padre, agradezco á V. y á todos esos señores el interés que se toman por mí; yo hice por ellos lo que pude. Miéntras fuí bandolero me estimaron los más; dejé de serlo, y cási todos me aborrecieron, por ser yo demasiado agradecido á los que me proporcionaron mi indulto. Me mandaron perseguir *negros*, yo los queria mal, ellos me precipitaban, y Dios me ha puesto en un estado que hace inútiles los sacrificios de esos señores. No puedo moverme, padre; bien lo ve V.; mi hora es llegada; el patíbulo lo están levantando ya, y en él me arrancarán la poca vida que mis males me dejan. ¡Ay, qué desgraciado fuí siempre! ¡Ni áun puedo morir como hombre, yo qué tan hombre fuí! ¡Padre, hábleme V. de Dios; quiero pensar en la otra vida, que esta nada me importa; quiero espirar como cristiano, y le recuerdo que fuí malo, muy malo! ¡Pablo, Pablo mio, se cumplió tu pronóstico; los realistas son mil veces peores que los liberales! ¡Unos cuantos me precipitaron, otros me ahorcan! Tarde los conozco; tarde empieza mi expiacion! Padre, ya no tengo materia, dé V. á mi espíritu consuelo. Y prohibo á todos que me vuelvan á hablar de cosas terrenales.

Aseguran que desde este instante sólo se ocupó Alfonso de su alma, quejándose por instinto de los males que sufria,

pero entregado completamente su espíritu á las ideas religiosas de que le hablaban los sacerdotes que entraban en la capilla.

Los agentes encargados por la Junta de la Fe de salvar á Jaime, dijeron á aquella que era imposible realizar su deseo por la postracion en que el reo se hallaba; y hasta hubo uno que añadió lo siguiente:

—Todo es inútil; si Alfonso no muriese en un patíbulo, sucumbiria víctima de los males que le aquejan.

—En tal caso,—le contestaron,—dejémosle que vaya al cadalso, y sea este motivo para devolver á Montes la venganza que él ejerce ahora contra nosotros.

Estas últimas frases fueron la postrer sentencia del *Barbudo*.

En la plaza de Santo Domingo levantaron el patíbulo y desde muy temprano se llenó la mencionada plaza y avenidas con la inmensa muchedumbre que acudió de la poblacion y la vega, ansiosa de contemplar el terrible espectáculo que la justicia de los hombres le ofrecia. No hablaban; demostraron sentimiento, disputándose sin embargo con atropellos y esfuerzos el paraje en que podia verse mejor la ejecucion del infortunado Alfonso.

¡Siempre lo mismo, pueblo ignorante! En tu rostro aparece el sentimiento, y en el hecho de correr al patíbulo como en un dia de fiesta ó diversion... no quiero decirte lo que patentizas en esos momentos, porque es muy dura la frase.

Huye de esos espectáculos de sangre y horror; pide á Dios desde el hogar donde te ocultes por la salvacion de la víctima, y el dia que realmente seas soberano, prohibe esas muertes, esos actos que en tiempo no lejano se llamarán hijos de la barbarie de los hombres.

La pena de muerte es demasiado castigo para algunos delitos, es poco para otros, pero nunca es justa. Dios, único que tiene derecho á llamarnos ante su augusta presencia, no abdicó su poder en ningun tribunal del mundo.

Jaime Alfonso llegó al patíbulo en un burro, con su hopa

amarilla, sostenido además por dos sacerdotes, pues de lo contrario hubiera ido al suelo. Estaba pálido, ojeroso, lánguida su mirada, la cabeza caida al lado derecho, y tan enfermo, que pronunciaba con trabajo las frases en demanda de perdon al cielo.

Abreviemos, pues nos duele este nuevo asesinato jurídico.

Ahorcaron al *Barbudo*; la multitud exhaló un grito de horror, y poco á poco fueron retirándose de la plaza de Santo Domingo.

Siguiendo la costumbre, lo descuartizaron y frieron sus miembros para depositarlos en jaulas de hierro, que fueron colocando en Crevillente, el Carche y otros sitios donde el infortunado bandolero habia delinquido.

Fué criminal; en la mayor parte de sus actos se le vió generoso, y su nombre apareceria mejor sin el instinto de venganza que le dominaba siempre. Vengativo, fué víctima de una venganza. «Quien á hierro mata á hierro muere,» dijo el Señor.

En el momento de espirar tenía cuarenta años de edad, ocho meses y diez dias.

Creemos que con otra educacion hubiera sido persona notable, á juzgar por el buen talento que todos le atribuyeron.

Entre los ladrones cuyos hechos han pasado á la posteridad, no registra la historia el nombre de ninguno tan generoso, sagaz, valiente ni entendido. Tampoco lo hubo más cariñoso y leal con sus amigos y compañeros, más fuerte ante el trabajo ni más sereno y bravo frente al peligro.

Si los de *El angel exterminador* no le hubieran obligado, por el agradecimiento, consejos y fanatismo, á que persiguiera á los pobres liberales, es indudable que Alfonso hubiera acabado sus dias respetado de todos y querido de los más; pero desde que el obispo de Orihuela comenzó á dirigirlo y encaminarlo, torció sus pasos, dando principio su perdicion. El tal prelado debia ser la antítesis del *Penitente*.

Mas no hay que culpar sólo al Excmo. oriholano y dignos

amigos de Murcia; contribuyó tambien poderosamente á precipitar á Jaime la época de fanatismo y exageraciones, de excesos y de barbarie. ¡Quiera el cielo que no vuelva España á presenciar otra como aquella! Desde entónces parece habernos abandonado la Providencia; desde entónces empezamos á ver déspotas en el trono, y ministros, ¡qué ministros, qué autoridades! Pueblo, tú tienes la culpa de que abusen y te esclavicen; recuerda tu conducta en los años 23 y sucesivos, y te convencerás que quien tal hizo no merecia gobiernos mejores que los de Calomarde, Narvaez y Gonzalez Brabo.

Me refiero á tú *ayer;* en el EPÍLOGO que sigue á este final te diré unas cuantas frases amigas sobre tu *hoy* y tu *mañana.*

Terminaremos esta novela histórica manifestando lo que fué de la partida de Alfonso, muerto el célebre capitan.

Su hermano José, Amorós, el *Portugués* y nueve restantes compañeros, indignados con el supuesto robo de las mulas en la posesion del vizconde de Huertas, se ensoberbecieron al saber lo que ellos llamaron siempre el asesinato de Jaime. Rompieron el indulto, y cuando hablaban con más calor sobre la persona que los habia de capitanear, se les presentó de improviso un jóven barbilampiño y audaz que les dijo:

—¡Yo, que soy el heredero de esa pobre víctima; yo, que amé á Jaime Alfonso más que todos vosotros juntos!

—¡Su hijo!

Exclamaron los doce, y abrazándolo con ternura, fué proclamado capitan el jóven José Alfonso.

Sabedor aquel en Orihuela de lo que habian hecho con su padre, corrió al monte, jurando vengarle, lo que empezó á realizar desde aquel momento.

Su tio Alfonso, Amorós, el *Portugués* y restantes se crecieron en valor, arrojo y temeridad; ya no eran hombres de corazon, sino leones que desafiaban toda clase de peligros.

Pero ¡ay! les faltaba lo principal, les faltaba aquella inteligencia privilegiada de Jaime, su destreza, su admirable sagacidad; el hombre que los guiaba, contenia, y supo en la mayor parte de los momentos supremos estar sobre sí, imponer

serenidad y sangre fría y de este modo vencer á soldados aguerridos.

La reorganizada partida demostró un valor cási heróico; pero tuvieron que sucumbir ante el número, y perecieron muchos.

El hijo de Jaime y el *Portugués* fueron tambien ahorcados en la misma plaza que el *Barbudo*. A José Amorós lo asesinó un guarda cuando el bandolero se hallaba jugando á las bochas; murió tambien el hermano de Jaime, y los pocos bandidos que quedaban desaparecieron de la comarca por algunos años, sin que al regresar se metiera nádie con ellos.

Los nueve que no tomaron parte con Jaime en la persecucion contra los liberales se ocultaron al saber que su antiguo capitan fué preso; pero como nádie los buscó, volvieron á salir, continuando en sus ocupaciones ordinarias. De estos hallamos uno en Lorca, pobre mendigo; no hace mucho se suicidó otro en Santa Pola; conocimos al más jóven de todos estando empleado de ordenanza ó carcelero en Murcia, y áun vive otro anciano, que frisa en los noventa años de edad.

Los de *El Angel exterminador*, que al indultar la partida del *Barbudo* eran inspirados por una idea egoista, lograron sólo vigorizar la persecucion que se hacía á los liberales y que hubiera muchas más víctimas de las que contemplaron, si ellos no tomaran parte en la concesion del mencionado indulto. Gente fanática, sin conciencia y obedeciendo á un pensamiento el más feroz y criminal que concibieron hombres, vieron impasibles los crueles efectos de la terrible persecucion que su soberbia y maldad inspiraron, permitiendo luégo que Alfonso pereciera en un patíbulo, víctima, no de sus delitos, sino de una venganza que ellos motivaron.

A su vez se vengaron despues del general que osó desobedecerlos, y más tarde llegó el año 33, en el que empezaron ellos á purgar sus faltas, que ya habrian espiado del todo sin la prediléccion, apoyo, fanatismo y liviandad de la digna hija de Don Fernando VII.

Jaime Alfonso dejó al morir otros hijos, otros herma-

nos y muchos parientes de que no hemos querido hacer mencion en esta novela, porque áun viven, y porque ellos son personas honradas y no tienen la culpa, ni contribuyeron con nada, ni son responsables de lo que practicaron sus padres ó parientes allegados.

Concluiremos diciendo que Jaime, el más célebre, el más valiente, el más entendido de los bandoleros de España, vivió siempre triste, melancólico, y fué muy desgraciado. Sirvan de ejemplo á las generaciones presente y venideras las frases que aparecian en sus labios de continuo:

—Son preferibles,—decia,—las sopas del pastor, el mendrugo del pobre, á la espléndida mesa del bandolero, á su rico traje, á su faja llena de oro. Mi vida es un infierno que empieza en este mundo y acabará sabe Dios dónde! ¡Ay del que me imite, ay de aquellos que sigan como yo el camino de la perdicion, la torcida senda del crímen!

FIN DE JAIME ALFONSO, EL BARBUDO.

EPILOGO.

Al narrar la vida de Jaime Alfonso hemos dicho algo de los tres grandes acontecimientos que presenciaron nuestros padres desde el año 1808 al de 1824: Guerra de la Independencia; establecimiento de la Constitucion en 1812, y revolucion con reaccion y consecuencias del 20 al 23. Justo es que algo digamos tambien sobre otro acontecimiento, sobre el más grande y trascendental que han visto los Españoles en el presente siglo. Nos referimos á la revolucion completa y radical empezada en 18 de Setiembre de 1868. Al efecto dejaremos atrás cuarenta y cuatro años.

¡Nos han tenido tanto tiempo con la mordaza puesta, tanto con la inteligencia encadenada, que al respirar el aura de la libertad es tal nuestro gozo, que quisiéramos atronar el espacio con voces, olvidar el pasado, para poder correr por el presente como el desgraciado que, despues de agotar su paciencia y sufrimiento en oscuro calabozo, se halla de pronto libre y en el campo, donde todo es sano, puro y agradable!

Ahora que no tenemos prévia censura ni cuatro censores, el de novelas, el fiscal de imprenta, el juzgado de idem y la Seccion del Gobierno, todos los que se juzgaban con derecho á mutilarnos á su antojo; ahora que se puede escribir en España; ahora que empiezan á desaparecer los párias y los tiranos se hunden, ayudemos, digamos algo, que áun cuando una piedra sea poco para levantar el gran edificio que debe construirse, llevando cada uno la suya, el edificio se levantará.

Se ha efectuado una gran revolucion de todos conocida, de pocos lamentada, de muchos aplaudida; destronamos á una

reina, por la cual hicimos el disparate de verter arroyos de sangre, y la echamos de España en union de sus hijos, parientes y de un consorte lo más hermoso, varonil, despreocupado, económico y tipo de buenas costumbres que parió madre.

Se ha presentado liberal gran parte del ejército; el resto sumiso, y esto ya es algo; el pueblo en parte es liberal, en parte republicano, y esto ya es mucho; no vemos ya aquella chusma realista que pedia cadenas y mordaza, y esto es muchísimo; se ha quedado el absolutismo entre la sotana, el trono y algunos ignorantes, y esto es más que todo, porque con esos tres podemos los más; podemos en el terreno intelectual y podemos tambien en el de las armas. No nos gusta á nosotros el último, somos partidarios entusiastas del primero; la idea lleva ó no por su bondad y lógica la conviccion á las masas; si la lleva, tiene más poder que todos los ejércitos del mundo; si sucede lo contrario, debe desecharse, en lo cual sólo cabe la lucha de la discusion y del razonamiento. En este terreno se nos encontrará á nosotros siempre; en el otro con dificultad. Queremos la paz, la dicha, la ventura de nuestra España, y odiamos á los déspotas de arriba ó de abajo, porque el déspota es tirano, el tirano malvado, y un malvado no puede querer otra paz, dicha y ventura que las suyas.

El rey es un hombre que puede ser bueno y malo; eso depende de la educacion, índole y hábitos; pero resultando que el oficio es difícil, penoso y caro; que la mayoría es mala; que la minoría deja mucho que desear, y que pueden las naciones pasarse sin ellos, como acontece en Suiza y los Estados-Unidos, no hallamos nosotros razon alguna para tenerlo. Hemos pasado ya tres meses sin ellos y sin Córtes, con un Gobierno elegido por una Junta, y la verdad es que no nos ha ido tan mal. ¡Oh! Nuestro pueblo ha demostrado una elevacion de sentimiento que quisiéramos verla en muchos Gobiernos.

Pero el presupuesto es mayor, nos dirán; la sotana sigue disponiendo de sus antiguos recursos é influencia; la empleomanía crece; no se ha derribado cási nada, y la mitad de lo que pidieron las Juntas se quedó en dicho. Cierto, mas consiste en

que nos hemos entretenido en romper una coalicion firme y segura para formar otra detestable, y la mayor parte del tiempo lo perdemos pensando en la monarquía, en un rey y en sus consecuencias. ¿Por qué? Aquí está el cáncer. Si no hay rey, no puede haber cruces, bandas, dias de gala, ley de castas, etc. ¿Y para qué queremos eso? Para que luzca el que bien ó mal ha subido, y para otra porcion de cosas á cual peores. Pero eso, direis, representa orgullo, vanidad, soberbia, con lo que se arruina y empequeñece la patria. Es innegable.

La república puede cortar todos los males que se deploran. La república, que suprimirá los coches de los ministros, subsecretarios, gobernadores, etc.; el Consejo de Estado; todos los funcionarios públicos que sobran, y que son bastantes; en tiempo de paz los soldados que no sean indispensables, y para siempre el estanco de tabaco y sales, el estanco de las libertades que nos faltan, y el estanco de la felicidad del pobre.

¿Se conseguirá eso alguna vez? Sí. Nos pondremos á la altura de los Estados-Unidos, á ser posible, les sobrepujaremos, cuando el pueblo aprenda más, cuando sea más laborioso, cuando se iguale en desarrollo intelectual á lo elevado de su sentimiento; en este último se sobrepone á todos los pueblos del mundo.

Leyendo, estudiando y entregado luégo á la meditacion, se eleva el espíritu y la luz del entendimiento crece, dilata sus rayos y se ve la verdad.

¡Por qué habian de existir tabernas! ¡Qué lástima de dinero y de tiempo! ¡Por qué esos casinos, centro del vicio, de la holganza y la molicie, cuando pudieran ser su antítesis, cuando debieran ser cátedras, templos del saber humano, donde sólo hallase goce el espíritu, pasto la sana moral y el vacío la materia!

Si no adelantais, si no aprendeis, os lo vaticinamos con dolor, tendremos rey y rey malo, déspota, egoista, que con nuestra propia madera nos hará la cárcel, de nuestro árbol cogerá el palo para sacudir en nuestras espaldas.

Y es lo peor que con el tirano rey os darán quinientos

mil tiranuelos peores que el coronado, pero que se cubrirán de oropel y os pegarán con su vara de oro, por ser el metal más concentrado y ménos quebradizo; y por ser nosotros los *paganos*, y por ser ellos los que amasen con nuestro sudor.

Hoy no reconoce rival en el mundo el poder de la inteligencia; sed, en consecuencia, inteligentes, y sereis soberanos; de continuar torpes, sereis ilotas.

Precisa fué una ignorancia, que no quiero calificar por su inmensidad y otras razones, para amar, aplaudir y matarse por Fernando VII; decimos lo propio en lo relativo á su hermano é hija.

En el pueblo inteligente como el de la Union Americana no puede tener influencia la hipócrita y fanática sotana; el pueblo inteligente no halla déspotas al recorrer la escala, desde el poder supremo hasta el del cabo de vara; el pueblo inteligente no paga presupuesto, sostiene sólo unas ligeras cargas tan justas como indispensables; el pueblo inteligente ama, no tiene á quién aborrecer, no llora, rie, y segun se va olvidando de su inmunda materia, va embelleciendo su espíritu hasta elevarlo á la filosofía del goce moral, supremo bien á que se puede aspirar en el mundo y principio exiguo del mayor que le espera en la vida desencarnada.

Dios es la suma sabiduría; el pueblo inteligente se acerca á Dios y es soberano; el estúpido vive en tinieblas, y en la oscuridad sólo reside el pária.

Pueblo español, te han declarado soberano, y vas á dar la prueba de si estás ó no en actitud de poder desempeñar tan elevada mision.

No te fijes en el Gobierno; sea bueno ó malo, se postrará ante ti si te ve inteligente: fíjate en los representantes á quienes vas á entregar con tus poderes la suerte de tu patria, tu porvenir. Basta ya de mandar á las Córtes especuladores políticos, chalanes de destinos, recoveros de influencia, vasallos del Gobierno. Manda hombres independientes, instruidos, con fe, con patriotismo. No mandes al que te lo pida, al que lo solicite, que el cargo, para bien desempeñado, es duro y mo-

lesto, y el que lo pretende busca otra cosa. Elige al que no pensó serlo y reuna las cualidades necesarias de aptitud, independencia y patriotismo. Entre un realista ó un moderado, elige á un moderado; entre un moderado ó un progresista, elige á un progresista; entre un progresista ó un republicano, elige á un republicano; y entre un republicano unitario ó un federal, elige al último: pero entre un pillo ó un hombre de bien, elige al honrado, áun cuando sea inquisitorial, pues el otro sería capaz de venderse al bey de Túnez.

No pierdas de vista, Pueblo, tu libertad, tus intereses, tu porvenir, el de tus hijos. Es preciso que desaparezca para siempre la odiosa contribucion de sangre, la trata de blancos, la esclavitud del pobre labrador, artesano ó jornalero que arrancan de entre los brazos de sus padres para convertirlo en burro de reata y llevarlo al matadero como á torpe ilota. Si el honor ó la integridad del territorio de España peligrasen, todos debemos ser soldados, todos, sin distincion ni privilegio; pero miéntras no suceda esto, ninguno.

Debemos amar á Dios con todo el entusiasmo de nuestra alma; entre otras cosas le debemos un espíritu que más tarde ó más temprano disfrutará del goce eterno, que irá á lo que llamais gloria, nunca al infierno; el infierno sólo existe en el cerebro de los tontos y de los malvados. Hay purgatorio, pero en esta vida; empieza en el trono y concluye en el alcalde, en el cabo de vara y en el monaguillo. Ese amor que debemos á Dios no necesita auxiliares, inspiradores ni intérpretes; pero en caso de quererlos, pagarlos de vuestros bolsillos y podreis elegirlos dignos de tan santa mision. Si le dais al Gobierno el encargo de pagarlos, serán lo que estais viendo. ¿Necesitamos enseñároslos? Recordad la sociedad *El Angel exterminador*. Yo me postraria con mucho gusto delante de San Pedro ó de uno que se le pareciera; mas para esos Excmos. Pedros de báculo de plata y mitra de oro sólo tengo una sonrisa desdeñosa. Amad á Dios, adoradle dia y noche, que vuestra caridad é inteligencia confirmen ese amor, y reiros de todo lo demás.

Por último, estamos pobres y son indispensables gran-

des economías; si los Gobiernos tiran vuestro dinero ó lo emplean mal, acabaremos de arruinarnos; ved lo que es más barato, y aceptad aquello ínterin dure nuestra pobreza. Somos pobres, pero no tanto que se haga imposible un cambio rápido y venturoso. Estudiad, aprended, ilustraos; mandad al Congreso hombres que os representen dignamente, y vereis qué cambio tan breve y radical, qué abundancia sigue á la miseria. Este es un país privilegiado; lo que necesita únicamente son inteligencia y patriotismo.

Lo elevado de tu sentimiento, Pueblo amigo, te hace digno de una república federal; tu falta de sabiduría expone la suerte de ese sistema sublime, admirable, humano. Tienes lo más, te falta lo ménos; ningun país del mundo te iguala en lo primero, muchos te aventajan en lo segundo: aprende y serás el primer pueblo de la tierra.

Llevo doce años escribiéndote libros, diciéndote verdades en medio de las fábulas; todas juntas no valen lo que esa última.

Apréndela, Pueblo.

FIN DEL EPÍLOGO.

INDICE

DE LOS

CAPITULOS QUE CONTIENE ESTA NOVELA.

PLANTILLA

PARA

LA COLOCACION DE LAS LAMINAS.





